La intervención francesa en la revista Historia Mexicana

Compiladora
Erika Pani

EL COLEGIO DE MÉXICO

La intervención francesa en la revista Historia Mexicana

Erika Pani
compiladora

La intervención francesa en la revista Historia Mexicana

EL COLEGIO DE MÉXICO

972.07
In61946

La intervención francesa en la revista Historia Mexicana / Erica Pani, compiladora -- 1ª ed. -- México, D.F. : El Colegio de México, Centro de Estudios Históricos, 2012
564 p. ; 22 cm

ISBN 978-607-462-373-4

1. México — Historia — Intervención europea, 1861-1876. 2. México — Política y gobierno — Siglo XIX. 3. Puebla, Batalla de — 5 mayo 1862. I. Pani, Erika, compiladora.

Open access edition funded by the National Endowment for the Humanities/ Andrew W. Mellon Foundation Humanities Open Book Program.



The text of this book is licensed under a Creative Commons Attribution-NonCommercial-NoDerivatives 4.0 International License: https://creativecommons.org/licences/by-nc-nd/4.0/

Primera edición, 2012

D. R. © El Colegio de México, A. C.
Camino al Ajusco 20
Pedregal de Santa Teresa
10740 México, D. F.
www-colmex.mx

ISBN 978-607-462-373-4

Impreso y hecho en México

ÍNDICE

Introducción, *Erika Pani* 9
Siglas y referencias 17

I
La historia de México y la intervención francesa
•19•

La intervención francesa, *Ernesto de la Torre Villar y Arturo Gómez Camacho* 21

La Doctrina Juárez, *Daniel Cosío Villegas* 69

Washington, París y el imperio mexicano, *José Fuentes Mares* 87

Posibles antecedentes de la intervención francesa, *Margarita M. Helguera* 115

La disputa financiera por el Imperio de Maximiliano y los proyectos de fundación de instituciones de crédito (1863-1867) *Leonor Ludlow* 139

Cómo fue que El Negrito salvó a México de los franceses: Las fuentes populares de la identidad nacional, *William H. Beezley* 177

II
La batalla de Puebla: Historia y memoria
•207•

Fortificación de Puebla, *Miguel Ángel Sánchez Lamego* 209
El combate de Barranca Seca, *Miguel Ángel Sánchez Lamego* 227

El 5 de mayo visto por sus autores,
Daniel Gutiérrez Santos 239
Explicación del embajador, *Lilia Díaz* 267

III
PERSONAJES
•287•

Victor Considérant ante el problema social de México,
Silvio Zavala 279
Pepita Peña y la caída de Bazaine, *J. M. Miquel i Vergès* 309
Comonfort y la intervención francesa,
Rosaura Hernández Rodríguez 339

La legión extranjera en la intervención francesa,
Marcel Penette y Jean Castaingt 357
Voluntarios extranjeros en los ejércitos liberales mexicanos,
1854-1867, *Lawrence Douglas Taylor Hanson* 405

IV
LA INTERVENCIÓN Y EL ESPEJO MEXICANO
•435•

Argentina y la intervención europea en México en 1862,
Ricardo R. Caillet-Bois 437
Gran Bretaña y la intervención francesa, *John E. Dougherty* 479
La intervención francesa y el imperio
en la prensa uruguaya, *Selva López Chirico* 513
La misión diplomática del peruano Manuel Corpancho,
1862-1863
Mario Federico Real de Azúa 545

Índice de personas 563

INTRODUCCIÓN

*Erika Pani**

A principios de los años ochenta Luis González y González escribía:

> La historia solicitada por el gobierno [...] no se deja para los momentos de ocio; se hace sin pretextos y excusas porque el gobierno paga por adelantado y dictamina quién es y quién no historiador patriota y revolucionario. Nos guste o no, tenemos que hacer la historia para la cual Aguilar Camín pide desconfianza, la que es "parte de una colección que celebre centenarios o aniversarios de hechos heroicos nacionales".[1]

No creo que sean muchos los historiadores que se preocupen hoy por que su trabajo los identifique como patriotas, y menos como revolucionarios —por lo menos no en el sentido al que se refería don Luis. De hecho, marcar distancia y manifestar desdén —más que desconfianza— por la historia "oficial" es parte esencial del discurso del académico: nuestra investigación parte de que es distinta a las versiones que hacen patria, y por lo tanto mejor. Sin embargo, parece que no podemos resistirnos a la celebración —que llamamos más parcamente "conmemoración"— de los hechos que constituyen esa biografía heroica de la nación que conceptualmente rechazamos como forma de hacer historia

La conmemoración se impone, a pesar de que sabemos que las cifras cabalísticas (diez, cincuenta, cien, mil años) no tienen ningún significado historiográfico, a menos de que obliguen, según la legis-

* El Colegio de México.

[1] González y González, *El oficio*, pp. 69-70.

lación vigente, a la desclasificación de archivos. Nos recuperábamos apenas del empacho de los centenarios; toca en el 2012 celebrar los 200 años de la promulgación de la constitución de Cádiz y los 150 de la batalla de Puebla. La celebración de la efeméride histórica no es ya para los historiadores una tarea patriótica, cuando no impuesta sí fuertemente incentivada desde arriba. Sin embargo, presenta una oportunidad: para reflexionar en torno a la trascendencia de ciertos sucesos que, por haberse consagrado como fiestas de guardar, pueden haber permanecido atrapados en un debate historiográfico unidimensional y empobrecedor; para explorar la lógica de un oficio cuyos practicantes, salvo excepciones, han sido poco dados a la introspección; para hacer balances, plantear problemas y abrir la discusión sobre un pasado que no es de los historiadores, sino que pertenece a todos.

La antología que publica El Colegio de México por cumplirse 150 años del 5 de mayo de 1862 intenta contribuir a esta conversación

Reúne los principales textos sobre la intervención francesa publicados en *Historia Mexicana*. Quienes lucharon contra la invasión francesa y el régimen monárquico que apuntalaron sus bayonetas describieron a la intervención como una "segunda guerra de independencia". Se convirtió en un episodio clave de la historia patria, ejemplar en cuanto a la facilidad con que se transformó un episodio violento y complicado en un cuento de buenos y malos, cuya moraleja era clara. La lucha contra de los franceses en general, y la batalla de Puebla en particular, mostraban lo que era posible cuando se unía la nación entera. Era cierto que los conservadores quedaban fuera; pero, a fin de cuentas, eran unos traidores, y eran poquísimos y tontísimos.

Los textos que reúne esta antología muestran lo que han hecho los historiadores de la segunda mitad del siglo XX y principios del XXI con este legado historiográfico. *Historia Mexicana*, fundada en 1951, es una de las publicaciones especializadas de mayor tradición.[2] Resulta por lo tanto un mirador privilegiado de la evolución de la historia profesional en México. Sus artículos y reseñas de libros nos

[2] La estadounidense *Hispanic American Historical Review* se fundó en 1918, la española *Revista de Indias* en 1940, la mexicana *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea* en 1965.

permiten, en el amplio horizonte de sesenta años cruciales para la consolidación de la historia como disciplina académica, rastrear lo que ocupaba y preocupaba a los historiadores en determinados momentos, rescatar los lenguajes, paradigmas y conceptos que estructuraban sus indagaciones, y trazar los contornos de la disciplina. El que estos textos se articulen en torno a un periodo cuyo relato parcial la historia nacional ha erigido como fundamental los hace aún más ilustrativos.

La intervención francesa no fue uno de los temas más socorridos en las páginas de *Historia Mexicana*, puesto que ni el siglo XIX ni la historia política eran objetos de un proceso de renovación historiográfica que se dio, en muchos aspectos, al margen de la versión patriótica, que era prácticamente la única que existía de este siglo.[3] Este número relativamente reducido de artículos se contrapone con una bibliografía muy amplia sobre el periodo dentro de la bibliografía histórica; más amplia, a decir de Ernesto de la Torre, que la de "otras etapas quizá de la misma importancia o aún, mayor".[4] Sin embargo, los artículos que se abocan a la guerra que hizo Francia a México, al "Cinco de mayo" —cuyo primer centenario la revista marcó con un número monográfico—[5], a los personajes que en ella participaron, y a las formas en que incidió en el escenario internacional, ofrecen un rico panorama de las maneras en que, a lo largo de medio siglo, distintos historiadores abordaron el periodo.

La primera parte de la antología pretende rastrear el modo en que los análisis de la intervención reflejan distintas formas de hacer y de escribir historia a lo largo de seis décadas. Abre con el artículo con el que Ernesto de la Torre y Arturo Gómez Camacho evalúan la producción historiográfica sobre esta "experiencia terrible", en el segundo de dos números que *Historia Mexicana*, para celebrar sus primeros quince años de vida, dedicó a una reflexión sobre lo que en historia se había hecho, y lo que quedaba por hacer. A más de 45 años de distancia, su detallada bibliografía comentada permite pon-

[3] De ahí que François-Xavier Guerra hablara del XIX como un "siglo desconocido". Guerra, "El olvidado".

[4] "La intervencion francesa", en este volúmen, p. 21.

[5] *Historia Mexicana*, XI:4, abril-junio, 1962.

derar lo que se ha avanzado, pero también lo que hoy, como entonces, sigue sin hacerse: reconstruir las biografías de los hombres de la época, obnubilados por la "enorme figura de Juárez", incluyendo a las "figuras negativas" del partido conservador, y rescatar los vínculos entre la "actividad político-militar" y procesos socioeconómicos "más amplios y más profundos". De la recopilación de De la Torre y Gómez cabe resaltar, para amainar el escepticismo que provocan las conmemoraciones, la importancia de las contribuciones que se realizaron en ocasión del centenario de la batalla de Puebla, a iniciativa de instituciones como la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística y el Instituto Francés de América Latina.

Esta primera parte reúne también una serie de trabajos que muestran cómo ha cambiado la mirada de los historiadores sobre una época de gran densidad histórica y muy manoseada por los discursos historiográfico y político. Cabe decir que, aunque el peso de la "versión oficial" es palpable, estos textos logran rebasarla, a través de una mirada incisiva y una investigación bien documentada que abarcan temas diversos. Dos de los historiadores más prolíficos de la revista en su primera época, Daniel Cosío Villegas y José Fuentes Mares, tan distintos en temperamento y en la forma de concebir lo mismo la historia que la relación de ésta con la nación, se abocan ambos a la historia diplomática, especialidad en la que la historia académica sentó sus reales, para curar a la historia nacionalista de su ombliguismo. Ambos autores se apoyan, a pesar de la solidez de su trabajo de investigación, más en la buena pluma que en un aparato crítico extenso.

El primero explora la forma en que, después de 1867, México repartió "un nuevo juego de baraja" para reconstruir su relación con el resto del mundo. El historiador chihuahuense, más argüendero, además de regañar retrospectivamente a Francia y a Gran Bretaña por no haberse dado cuenta de lo que les convenían unos "Estados *desunidos* de América", analiza el juego triangular de presiones diplomáticas que desembocó en el fin de la aventura mexicana de Napoleón III. Por su parte, al ocuparse de un periodo cuyo análisis se entrampaba en su doble naturaleza de momento histórico y dramático episodio literario, Margarita Helguera rescata como factor de un proyecto que *a posteriori* se clasificaría como "una aventura absur-

da" la idea de México que privaba en el imaginario de los franceses, producto de los libros de viajeros que consistentemente describían a la joven nación mexicana como un país muy rico y poblado de incompetentes.

Cuatro décadas después, y en el contexto de la renovación de una historiografía política más atenta a las dimensiones social, económica y cultural, los textos de Leonor Ludlow y William Beezley dejan a un lado los *leitmotivs* de la historia de la intervención (los motivos de la expedición, el papel desempeñado por Estados Unidos, las operaciones militares...). Ambos abordan temas que exigen una cronología más amplia que abarca el periodo de la guerra civil y el imperio de Maximiliano. Ludlow desentraña las posturas, intereses y estrategias de los distintos actores —los funcionarios de Hacienda franceses, los financieros ingleses y galos, los miembros de la elite del dinero en México— involucrados en la creación de instituciones bancarias en México para explicar un desenlace inesperado en el que se impone el pragmatismo inglés. Beezley se centra en los fantásticos espectáculos de títeres que eran tan populares en la época. Por medio de una descripción cultural "densa", al estilo del antropólogo Clifford Geertz, reconstruye una historia desde abajo de la identidad nacional, tema recurrente en la historiografía reciente, que a menudo ha permanecido encerrado en las prescripciones sugerentes pero problemáticas de la "comunidad imaginada" de Benedict Anderson.

La segunda parte está dedicada a la batalla de Puebla, y recoge algunos de los textos del volumen conmemorativo del primer centenario. Éste abarca tanto una sección de artículos como una de documentos, entre los que se reproduce la carta del muy mañoso diplomático francés Alphonse Dubois de Saligny a su gobierno, al día siguiente de la derrota francesa. Las operaciones militares son el tema que más llama la atención; el interés por la transformación de la batalla de Puebla en un "lugar de memoria" tanto en México como para la comunidad mexicano-norteamericana en Estados Unidos vendría después. Se trata además de un momento en que quienes hacían historia militar eran militares, y esto era considerado cosa buena.[6]

[6] Daniel Gutiérrez Santos y Miguel Ángel Sánchez Lamego, así como Marcel Pennette y

La forma y el contenido de los textos son muy tradicionales: se registran las distancias, el número de hombres involucrados, la organización de los distintos mandos y batallones, y en un caso se incluye un croquis. El tono lo es aún más, al describirse la lucha de "el pueblo en armas, [de] los hombres de la familia mexicana que veían amenazados sus hogares por la invasión extranjera". Sin embargo, los autores hacen un esfuerzo por abarcar a todos los actores involucrados en el conflicto y presentar la perspectiva de los distintos contendientes. En el caso del combate de Barranca Seca, Sánchez Lamego a un tiempo expone las razones, válidas, por las cuales Zaragoza no pudo capitalizar el triunfo del 5 de mayo y lo responsabiliza de este fracaso.

La tercera parte recoge una serie de artículos que reseñan a algunos de los actores, individuales y colectivos, que se subieron al abigarrado y dinámico escenario de la historia mexicana entre 1861 y 1867. Silvio Zavala rescata la extraña intervención en la "aventura mexicana" del socialista utópico Victor Considérant, que por esos años intentaba construir la comunidad ideal en Texas. Por medio de cuatro cartas, el discípulo de Fourier, que odiaba a Napoleón y desaprobaba el proyecto imperial, buscó convencer al mariscal Bazaine para que tomara medidas vigorosas en contra del régimen de peonaje que tanto degradaba a los mexicanos del campo. Se trata de una inverosímil iniciativa de reforma social, en la que una mezcla de oportunismo y filantropía se superpusieron a la antipatía ideológica y que, según Zavala, preconiza las "bases del desarrollo moderno" del México del siglo XX.

Aunque muy distinta al utopista, la mujer que es el objeto del artículo de José María Miquel i Vergès se le asemeja en lo audaz y "batalladora". Este autor ya había demostrado las virtudes de mirar la historia desde el punto de vista de la consorte.[7] En este texto cuenta la vida de Pepita Peña, la joven mexicana que se casó con el

Jean Castaingtt, autores del artículo sobre la legión extranjera que aparece en el siguiente apartado, eran militares en activo. Sánchez Lamego, quien fuera el primer director de la Escuela Militar de Ingenieros, y publicara siete artículos y una reseña en *Historia Mexicana,* alabaría el libro de Jack A. Dabbs sobre el mariscal Bazaine por no haber sido escrito "por un civil cualquiera". Sánchez Lamego, "[Sobre] Jack Autrey Dabbs", p.158.

[7] Miquel i Vergès, "La mexicana".

jefe de la expedición francesa, 35 años mayor que ella. Pepita siguió al mariscal Bazaine en la aventura y la desventura, rescatándolo incluso después de la derrota frente a Prusia, por la que fue juzgado y condenado, la misma fortaleza en la que había estado encerrado el "hombre de la máscara de hierro".

Los otros textos se centran en personajes más convencionales. Rosaura Hernández Rodríguez presenta a un Ignacio Comonfort —a quien consideraba "el primer priísta de la historia"—[8] que como soldado de la patria redime "al gobernante y al político". Por su parte, Marcel Pennette y Jean Castaingtt y Lawrence Douglas Taylor Hansen tratan un tema similar, aunque desde observatorios y momentos historiográficos distintos. Los dos primeros estudian a la legión extranjera del ejército francés, el tercero a los voluntarios extranjeros que se enlistaron en los ejércitos liberales, durante la guerra de reforma (1858-1860) tanto como la de intervención.

Pennette y Castaingtt hacen un recuento minucioso, desde una perspectiva muy militar, de las actividades de la legión, año con año, desde que parten de su base norafricana de Sidi Bel-Abbés a principios de 1863 hasta que salen de México a principios de 1867. Aunque se trata de un trabajo de detalle, más que de conjunto, el análisis de estos autores permite imaginar lo cotidiano de esta guerra en la que todo legionario debía llevar consigo "el total de sus prendas de vestuario, de equipo, de armamento", y en la que cuando los caminos eran malos se requerían, para remolcar cada pieza de cañón, "4 o 5 pares de bueyes" y 50 hombres. En cambio, más que el día a día de los combatientes, lo que interesa a Hansen son los móviles —ideológicos, económicos— que llevaron a europeos y estadounidenses a militar bajo las banderas del ejército republicano mexicano.

Finalmente, la última sección está dedicada a una temática que, como se ha mencionado ya, ha sido uno de los fuertes de *Historia Mexicana:* el ámbito internacional, al explorar las repercusiones de la intervención francesa en México para Gran Bretaña, Argentina, Uruguay y Perú. El artículo de John E. Dougherty advierte al lector sobre los peligros de pensar las asimetrías entre naciones o las esferas

[8] Jarquín, "Rosaura Hernández Rodríguez", p. 6.

de influencia como fijas e inamovibles. Demuestra que no fueron el poderío de Estados Unidos y la doctrina Monroe los que dieron forma a la política moderada de Gran Bretaña hacia la intervención de Francia en México, sino, como escribiera Charles Francis Adams, embajador de Estados Unidos en Londres, el peso de la política comercial en una nación que se inclinaba "hacia la producción más que hacia la destrucción".

Los textos de Ricardo R. Caillet-Bois, Mario Federico Real de Azúa y Selva López Chirico reseñan las manifestaciones republicanas y liberales de apoyo a México que se expresaron desde la prensa y la sociedad civil en distintos países de América Latina. Sólo en el caso de Perú tendrían estas expresiones de simpatía eco en la esfera oficial, postura que tendría en México un portavoz de excepción en la persona del ministro peruano, el joven Nicolás Corpancho. Estos autores muestran las ambigüedades de la "solidaridad hispanoamericana" —que se dibuja siempre como un bien deseable pero constantemente traicionado—, para asignarles orígenes distintos: la continuidad del panamericanismo peruano; el pragmatismo del gobierno argentino, consciente de la importancia de mantener buenas relaciones con las potencias intervencionistas; la "alienación europeizante" de la burguesía uruguaya y el peso avasallador que adquiriría de forma inevitable, dentro de la esfera pública, la guerra del Paraguay.

Los textos de esta antología, entonces, nos llevan por un recorrido por los distintos cuadros que pintaron los historiadores de la intervención francesa durante sesenta años de creciente profesionalización de la disciplina. Además del valor intrínseco de cada texto, la visión de conjunto sugiere las formas en que se han renovado las preguntas con las que interrogamos al pasado, los instrumentos a los que recurrimos para desbrozar los campos de la historia, y el lenguaje que utilizamos para interpelar a nuestro público lector. Esperemos que esta antología lleve a reflexionar sobre la guerra de Francia contra México tanto como sobre el quehacer historiográfico.

Siglas y referencias

González y González, Luis, "El quehacer histórico", en Luis González y González, *El oficio de historiar*, Zamora, El Colegio de Michoacán, 2003, pp. 57-70.

Guerra, François-Xavier, "El olvidado siglo XIX", en V. Vázquez de Prada e Ignacio Olabarri (eds.), *Balance sobre la historiografía sobre Iberoamérica (1945-1988)*, Pamplona, Ediciones Universidad de Navarra, 1989, pp. 593-625.

Jarquín, María Teresa, "Rosaura Hernández Rodríguez, una otomí del siglo XX", *La Gaceta de Ciencias Sociales y Humanidades de El Colegio Mexiquense*, 37, enero-febrero, 2006, pp. 3-7.

Miquel i Vergès, José María, "La mexicana Francisca Agüero, esposa de Prim", *Historia Mexicana*, IV:4, abril-junio, 1955, pp. 544-573.

Sánchez Lamego, Miguel Ángel, "[Sobre] Jack Autrey Dabbs, *The French Army in Mexico, 1861-1867. A Study in Military Government*, The Hague: Mouton and Co., 1963", *Historia Mexicana*, XIV:1, julio-septiembre, 1964, pp. 157-159.

I. LA HISTORIA DE MÉXICO Y LA INTERVENCIÓN FRANCESA

LA INTERVENCIÓN FRANCESA

*Ernesto de la Torre Villar**
Arturo Gómez Camacho

El periodo de la intervención francesa, en el que desemboca un gran trecho de nuestra historia nacional, en el que hacen crisis la inmadurez política de muchos mexicanos, los graves problemas económicos que la colonia y la independencia nos legaron —problemas que dejaron de ser puramente internos para convertirse en internacionales—, y también los conflictos sociales provocados fundamentalmente por la mala distribución de la riqueza, constituye uno de los periodos más intensos y dramáticos del desarrollo de México; periodo, por lo tanto, que no sólo dejó abundantes testimonios históricos, sino que ha mantenido el interés de los historiadores nacionales y extraños. De otras etapas, quizá de la misma importancia o aún mayor, hay menos bibliografía que de ésta, tal vez porque a la historiografía mexicana se ha aunado la de fuera en relación con la intervención.

La presencia de potencias extrañas, las más respetables de la época, y fundamentalmente de la francesa, en los asuntos americanos, y el haber resultado esa presencia negativa y trágica para ellas, despertó un gran interés. La intervención francesa no resultó una marcha triunfal de las soberbias milicias europeas por exóticas tierras fácilmente dominables. La batallas ganadas con grandes esfuerzos por los ejércitos republicanos hicieron comprender a los dirigentes de la intervención que el enemigo no era fácil, que el pueblo, aun cuando dividido, respondía con vigor a la agresión, que no aceptaba nueva dominación, que existía un pequeño pero fuerte, tenaz y consistente grupo al que no arredró la potencia imperial, y que a salto

* Biblioteca Nacional.
Historia Mexicana, vol. 15, núm. 4, II, abril-junio de 1966, pp. 580-624.

de mata ostentaba con dignidad la representación nacional a la cual nunca renunció; y que este pequeño grupo, apoyado más tarde con el vigor de la nación, desafió a las más poderosas casas reinantes de Europa, sentenciando a muerte a su representante, al inquieto y veleidoso príncipe Maximiliano de Habsburgo.

Si bien la política y el interés histórico europeo se volcaron por esa causa hacia México y dejaron testimonios amplios en rica documentación que obra en los repositorios de los Estados de Europa, como Francia, Austria, Bélgica, Inglaterra, España —en parte utilizados en la confección de numerosas obras históricas de desigual valor—, también se manifestó en abundantes relatos, no del todo documentados y no siempre de buena fe, escritos primero por testigos presenciales de los hechos, y luego por historiadores preocupados en ese episodio.

Por otra parte, el momento de la intervención europea coincide con la manifestación viva de Estados Unidos, una vez concluida la guerra de secesión, de detener a todo trance la presencia de los intereses político-económicos de Europa en América; esto es, de aplicar a todo trance la decisión de Monroe. El apoyo dado a la causa republicana aun en medio de grandes regateos, como se puede observar viendo la documentación de Matías Romero y conociendo la política de Seward, revela la resistencia norteamericana a la penetración europea en sus campos de expansión. Este interesado auxilio norteamericano manifiéstase con viveza en una extensa bibliografía que va a referirse no sólo a la intervención francesa y sus incidentes político-militares, sino también a la acción de los partidos políticos mexicanos rivales, que se recriminan mutuamente.

Por todo lo dicho, la bibliografía relativa a la intervención francesa es numerosa. En varias ocasiones ha tratado de recogerse. Una de las más antiguas compilaciones, sin ser completa, es la que formuló José María Andrade, y que apareció publicada en el periódico *El Federalista* durante los meses de noviembre y diciembre de 1877. Esta bibliografía ha comenzado a reeditarse en el *Boletín Bibliográfico de la Secretaría de Hacienda y Crédito Público* a partir del número 335, del 15 de enero de 1966. En ella pueden encontrarse

numerosos registros reveladores de la inquietud europea por el episodio imperial.

Los catálogos de las bibliotecas europeas, principalmente de las francesas, como se advierte en el catálogo manuscrito de George A. Barringer, *Catalogue de l'Histoire de l'Amérique,* 5 vols., París, Bibliothèque Nationale, Departement des Imprimés, 1903, que registra varios centenares de libros, muestran también la abundancia de esas obras.

Posteriormente a Andrade, don Jesús Guzmán y Raz Guzmán publicó dentro de la serie de bibliografías prohijadas por Genaro Estrada, en tres volúmenes, la *Bibliografía de la Reforma, la intervención* y *el imperio,* que aun cuando de difícil organización resulta bastante útil y amplia. A partir de los años 1930-1931 en que se editó esta obra, numerosos trabajos han aparecido observando a la intervención tanto desde el punto de vista mexicano como del ultramarino, tanto bajo la posición ideológica de los conservadores —no de los imperialistas, que no creemos que puedan existir a estas horas— como de los liberales.

La producción posterior acerca del periodo que nos ocupa puede dividirse en varios apartados: *a)* la que lo estudia con base en el enfoque de los personajes que en él intervinieron, esto es, desde el punto de vista biográfico; *b)* la que se refiere a los aspectos políticos y que hace hincapié en las diferencias ideológicas de los partidos contendientes, su participación dentro de la intervención en pro o en contra; dentro de este grupo podrían incorporarse los estudios que se ocupan de los aspectos diplomáticos; *c)* la que se circunscribe al aspecto militar, estrictamente a la lucha bélica; *d)* la que ahonda en la explicación de ese fenómeno con base en un análisis de los aspectos socioeconómicos del conflicto. Aparte deben ser consideradas las aportaciones documentales en forma de guías, colecciones como las prohijadas por El Colegio de México, y entre las que se cuenta la colección de Lilia Díaz, que contiene los antecedentes inmediatos de la intervención; el *Diario* personal *de* Matías Romero (1855-1865) preparado por Emma Cosío Villegas; el Archivo Histórico *de* Matías Romero. Catálogo *descriptivo. Correspondencia recibida* 1. *1837-1872,* editado bajo el cuidado de Guadalupe Monroy, y los de

Ernesto de la Torre, *Correspondencia diplomática franco-mexicana,* contentivo de los antecedentes más remotos, y su guía *de Las fuentes francesas para la historia de México y la guerra de intervención,* así como los trabajos de Gloria Grajales, Luis Weckmann y María del Carmen Velázquez. Dentro del mismo grupo habría que incluir las publicaciones documentales en torno a Zaragoza, su actuación militar y la acción del 5 de mayo, el sitio de Puebla.

Es muy posible que otros intereses hayan podido manifestarse en la vasta producción relativa a la intervención, mas con base en los enunciados podemos intentar un análisis de aquélla.

La del primer grupo, de desigual valor por su información y empleo de fuentes, por su perspectiva histórica y concepto de la biografía, por sus medios de expresión, por el análisis del espíritu y carácter auténtico de los personajes, por los estímulos científicos y sentimentales que motivaron las obras, es tal vez la más numerosa. Ella comprende estudios acerca de los personajes más eminentes del periodo, tanto de los que presencian los hechos en los últimos momentos de su actuación, como Santa Anna, cuanto de aquellos que en ese lapso surgen a la escena nacional, como Díaz. El centro de la escena está ocupado en todo momento, como en el extraordinario fresco que José Clemente Orozco pintó en el castillo de Chapultepec, por la enorme figura de Juárez. El emperador Maximiliano ocupa un sitio lateral en el que las luces de la compasión y de la incomprensión lo envuelven. No inspira odio, sino más bien piedad. Los restantes personajes de ese drama que fue el imperio aparecen no del todo perfilados en ocasiones, en otras mal entendidos, sin que se pueda conocer a fondo el importante papel que desempeñaron. Cierto es que Juárez opaca a muchos de ellos, y que su figura por muy diversas razones ha sido engrandecida en detrimento de las de los demás, mas también es verdad que ha faltado interés, voluntad, capacidad y reflexión para emprender estudios fundamentales acerca de otros hombres eminentes de la época.

Juárez, a partir de Zerecero, ha tenido biógrafos de calidad. Justo Sierra le consagró una de sus mejores obras, que es posible considerar como la biografía cívica más acabada. Después de él, Ralph

Roeder escribió un monumental trabajo en el que sitúa a la figura del patricio dentro de su época, todo con un gran equilibrio, serenidad y cariño. Después del libro de Roeder, el de Héctor Pérez Martínez es revelador de una nueva tendencia, la de la comprensión a fondo del personaje, sin exaltaciones, sin apasionamiento. Un estudio biográfico de Ezequiel A. Chávez nos muestra al oaxaqueño penetrado en su mente, en los meandros de su conciencia. José Fuentes Mares, en varias de sus obras —*Juárez y los Estados Unidos, Juárez y la intervención, México se refugió en el desierto, Juárez y el imperio* y *Juárez y la Reforma*—, con base en documentación precisa, mas en un tono polémico, presenta a la época y también al personaje ya no como un santón, sino como un hombre auténtico movido por las mismas pasiones e intereses de los otros hombres.

Maximiliano y Carlota, los emperadores desafortunados, han corrido con menos suerte. Después de la biografía de Egon Caesar Corti, quien dejó la obra más maciza, no ha aparecido ningún estudio acabado. Muchos han aparecido con un tono novelístico más que histórico, aun cuando alguno de ellos tiene gran calidad, como el de Rodolfo Usigli, *Corona de sombras.* La documentación con que hoy se puede contar para hacer un estudio a fondo de la pareja imperial es rica. Tanto en Austria como en México, en Bélgica, en Brasil, en Checoslovaquia, el número de cartas de y para Maximiliano es grande. Habría que manejar ese material con cuidado e inteligencia para entender la compleja personalidad de las dos figuras. En ocasiones parece ser que el temor de aparecer como biógrafo de ellos y de otros personajes, y el de arriesgarse a merecer por ello el calificativo de imperialistas o conservadores, detiene a numerosos historiadores. Biografiar a un personaje no forzosamente compromete, ni es revelador de sostener la misma ideología que aquél.

Otros hombres prominentes de la época, Doblado, Romero, los Lerdo, Iglesias, carecen de estudios completos. El de Knapp acerca de Sebastián Lerdo es un aporte, mas de ese núcleo liberal no se sabe aún lo suficiente. Compleja figura es la de Doblado, quien se antoja personifica al "político realista", y sin embargo, no se le conoce suficientemente, pese a la abundancia de testimonios. Dentro de las filas conservadoras, fuera de los trabajos de Luis Islas García

y Carlos Sánchez Navarro acerca de Miramón, no hay casi biografías de los personajes representativos. De muchos de ellos, como Márquez, de crueles, pero perfectamente bien definidos perfiles, poco se sabe. ¿Acaso las figuras negativas no necesitan ser estudiadas para conocer sus móviles, sus resentimientos, y poder explicar su actuación en la escena histórica?

El segundo grupo, referido a los aspectos de política interna y externa, ha sido importante. Entre las reediciones cuéntanse las acusatorias de los liberales debidas a Villaseñor y Villaseñor y a Bulnes. Recientes, mas del mismo carácter, son las de Alfonso Trueba. Cue Cánovas, por lo contrario, analiza y condena la actitud conservadora.

El aspecto militar ha sido, gracias a la conmemoración de las gestas poblanas, bien tratado. La mejor obra en este sentido es la del general Jesús de León Toral, quien con rigor y maestría analiza todos sus aspectos. Otras, más concentradas en ciertos aspectos bélicos, representan estimables aportes. El trabajo de León Toral complementa satisfactoriamente —aun cuando es de menor extensión— al de G. Niox, *Expedition du Mexique, 1861-1867, Récit politique et militare,* publicado en 1874. El "Estudio" de Daniel Gutiérrez Santos que viene en el libro de la Secretaría de Hacienda *A cien años del 5 de mayo,* el del general Sánchez Lamego, el de M. Penette y J. Castaing relativo a *La legión extranjera en la intervención,* son muy estimables. Excelentes el libro de Albert Duchesne, quien, como nadie, ha estudiado la participación belga en la invasión de México a través de la documentación del Museo Real de la Armada en Bruselas. Su obra *La participacion belge dans l'expédition française au Mexique* es un modelo de información y buen sentido. A su lado hay que situar el de Jack Autrey Dabbs, *The French Army in Mexico, 1861-1867. Study in Military Government,* La Haya, Mouton and Co. 1963, 340 p., mapa, estudio notablemente documentado.

El apartado cuarto, relativo a los aspectos socioeconómicos, se ha enriquecido en nuestros días; sobresalen los estudios de Luis Chávez Orozco, *Maximiliano y la restitución de la esclavitud en México,* los de Marcelo Bitar Letayf y Manuel Loza Macías; el de Nelson Reed

que, si no se circunscribe al solo periodo de la intervención sino al desarrollo general de la guerra de castas, sí penetra en los años del imperio, revelando un grave problema; los de Vicente Fuentes Díaz, plenos de sugerencias, los de Cue Cánovas, interesado en estos aspectos en todo el desenvolvimiento histórico mexicano. Más concretos son los escritos de Daniel Moreno y el de Francisco López Cámara, realizado este último con base en nueva documentación y una novedosa perspectiva. Estos trabajos completan, entre otros, el viejo estudio aparecido en la *Revue Contemporaine* de 1867, "La créance Jecker, les indemnités françaises et les emprunts mexicains". Pese a que hoy una nueva luz ilumina estos problemas, aún no madura la obra que, con base en la vasta documentación existente, pueda precisar los intereses europeos en los yacimientos mineros y las tierras cultivables de México, que se orientan a los territorios del noroeste mexicano, de Sinaloa hacia arriba. La tesis de James C. Shields de la cual se publicó un anticipo en el número 46 de la *Revista de Historia de América* (1958) da buenos elementos de meditación. En los archivos franceses obran hasta los planos de la distribución territorial que se haría de esas provincias, y se puede seguir la rivalidad de apetencia imperialista en que se enfrentan en México Estados Unidos y Francia, de la cual el asunto Jecker no es sino un capítulo.

Importa en este renglón tomar en cuenta la expansión demográfica europea, el auge del industrialismo del Viejo Mundo ansioso de mercados, la existencia de una sociedad burguesa que acrecentaba sus capitales, los problemas obreros surgidos de esa sociedad industrial, muy vivos a partir de 1848 y los cuales desembocan en el socialismo, y la necesidad del Estado francés de mantener una política militarista en el exterior para resolver los graves problemas internos que le aquejaban. Todas estas posibilidades son las que explican el porqué ciertos estados como Bélgica se vuelcan sobre el Congo, y Francia, además de participar en la distribución del continente negro, interviene en los territorios americanos, en donde va a enfrentarse con una potencia que no ve con buenos ojos la presencia de rivales en los campos que considera le están reservados.

Dentro de este apartado, falta hacer precisamente estudios que analicen la rivalidad económica de Estados Unidos y los países eu-

ropeos; el problema de la desamortización de los bienes del clero y su repercusión en la postura ideológico política de éste, básicos para entender la resistencia de ciertos sectores, tanto liberales como conservadores, a apoyar al imperio; la situación de las clases laborantes en otros aspectos que los que analizó Chávez Orozco; la estructura y composición de las clases sociales, principalmente la rural y la urbana; el fortalecimiento de la burguesía mexicana; las nuevas perspectivas comerciales del país; el ingreso de capitales extranjeros tanto europeos como norteamericanos a que dio origen la intervención francesa que divulgó las ricas posibilidades económicas del país, utilizables no mediante la ocupación violenta, sino mediante la suave penetración de los capitales; la presencia de unas nuevas técnicas y de peritos extranjeros; así como la filtración de ideologías político-sociales del mundo europeo que influirían dentro de cada una de los grupos en que la sociedad mexicana estaba dividida. Todos estos aspectos no han sido revisados ni utilizados en las obras que nos ocupan. Algunos han sido intentados con acierto, otros no. Cabe mencionar los pequeños mas certeros estudios de Silvio Zavala, Francisco López Cámara y Juan Hernández Luna, publicados en revistas no al alcance de todo el público, relativos a determinadas influencias del pensamiento europeo en ciertos personajes o acontecimientos mexicanos; o el muy sugerente de François Chevalier, quien observa en las formas de asentamiento de la población y el dominio territorial que éste ejerce, los posibles orígenes de una mentalidad y de una posición ideológica. Revela también aspectos interesantes en este sentido el pequeño estudio de Eliseo Rangel Gaspar, relativo a Jesús González Ortega. Extraordinario libro que excede la época es el de Jesús Reyes Heroles, gracias al cual es posible percibir un desarrollo gradual de la sociedad y su pensamiento.

Al momento de revisar pruebas de este trabajo me llega una valiosa contribución a esta bibliografía hecha por Geneviève Gille, conservadora del Archivo Nacional, a quien se deben importantes estudios referentes a la historia económica y la organización de los documentos a ellos relativos. El trabajo de Gille, aparecido en la *Revue d'Histoire Diplomatique*, París, núm. 3, julio-septiembre, 1965, cuyo título es *Les capitaux français et l'expedition du Mexi-*

que, analiza la presencia de los capitales particulares y oficiales en la intervención francesa en México. Este destacado ensayo, que circula individualmente impreso en París, Editions A. Pedone, 1965, 58 pp., muestra aspectos poco estudiados en este acontecimiento, y completa el viejo pero importante trabajo de Manuel Payno acerca de los gastos que ocasionó la intervención.

Resumiendo el estado de los conocimientos acerca de la intervención, podemos decir que existe en la actualidad una información completa acerca de las fuentes, como nunca antes se había visto. Los archivos de varios países que en ella intervinieron se han franqueado a los investigadores, permitiéndoles la copia y el análisis de la documentación que encierran, buena parte de la cual se ha publicado. Las guías y los catálogos han sido formulados con gran precisión, y la posibilidad de acceso a las fuentes extranjeras, aun sin salir del país, es factible en todo instante.

De los personajes salientes de la intervención tenemos buenos estudios, más de los del lado nacional y liberal que de los conservadores y extranjeros. Interesa que de aquí en adelante se adentre la investigación en las motivaciones ideológicas y emocionales, así como en la explicación de la conducta que adoptaron dentro de una sociedad que se hace en cada instante.

La acción meramente política y militar está ya suficientemente tratada. Faltaría por considerar la extracción social de sus dirigentes, su encuadramiento dentro de la configuración total del país, sus peculiares formas de pensar y actuar.

En lo futuro, la indagación del fondo económico-social de la intervención debe hacerse dentro de un trasfondo que muestre el cambio de México en ese aspecto dentro de los cambios universales; que revele los incentivos que a la expansión capitalista de Europa y de Norteamérica ofrecían las naciones americanas, México principalmente; la consideración o desconsideración que de sus valores económicos, sociales, culturales tuvieron las fuertes potencias de aquel entonces; la liga de los específicos intereses mexicanos, por razones ideológicas, con las diversas potencias, sus voluntarias consecuencias y sus fatales y no voluntarios errores. La intervención podrá verse,

así, más que como el desarrollo de un interés y una actividad político-militar como una consecuencia de fenómenos más amplios y hondos que sufrió México. Experiencia terrible, pero de la cual salió fortalecido.

I. CÉDULAS BIBLIOGRÁFICAS

1. Fuentes documentales

a) Fuentes documentales generales

1. *A cien años del 5 de mayo de 1862.* Dir.: Catalina Sierra; supervisión: Agustín Yáñez. México, Secretaría de Hacienda y Crédito Público, 1962. 527 pp. ilus. facs.

Importante colección documental relativa a la acción de armas del 5 de mayo de 1862. Contiene al principio sobrio y bello trabajo de Agustín Yáñez titulado *Proyección de la victoria,* enseguida un estudio de Daniel Gutiérrez Santos, titulado *La batalla,* en el que se ocupa del aspecto militar, y en tercer término un ensayo de Manuel J. Sierra: *El cinco de mayo y el principio de no intervención.* Posteriormente una sección reproduce los documentos más salientes de ese acontecimiento desde el punto de vista mexicano, procedentes de la Secretaría de la Defensa Nacional. Otra sección contiene la información francesa sobre el hecho, procedente del Ministerio de la Guerra del gobierno francés y la cual, con la mayor parte de la documentación referente a la intervención francesa, que se encuentra en El Colegio de México y que proviene de ese archivo, fue estudiada y microfotografiada por Ernesto de la Torre. La parte final reproduce editoriales, discursos, poemas, etc., destinados a exaltar la defensa mexicana y condenar la intervención. La obra, bellamente ilustrada, significa una digna manera de conmemorar el centenario.

2. *Colección de documentos inéditos o muy raros relativos a la Reforma en México. Obtenidos en su mayor parte de los archivos de las*

secretarías de Relaciones Exteriores y Defensa Nacional, y otros depósitos documentales de la ciudad de México y de fuera de ella. Prólogo de Antonio Pompa y Pompa. 2 vols. México, INAH, 1958.

Repertorio realizado con un amplio criterio en el que se contienen piezas documentales desconocidas o muy poco frecuentadas y que hace luz en el estudio de la Reforma en *México.* Los dos volúmenes presentados con gran pulcritud histórica y tipográfica se inician con un somero estudio en el que se señala la importancia de los testimonios centrados dentro de la época en que aparecieron.

3. Castañeda Batres, Óscar, *Leyes de reforma y etapas de la reforma en México.* México (Ed. del Boletín Bibliográfico de la Secretaría de Hacienda y Crédito Público), 1960, 294 pp.

Castañeda Batres analiza con cuidado las diversas etapas del movimiento reformista precisando las miras y logros que cada una de ellas tuvo. Estudia también las manifestaciones político-legales más relevantes, de las cuales nos presenta una selección hecha con juicio y penetración. A través de esta obra puede seguirse con claridad la trayectoria de la Reforma en México.

4. Díaz López, Lilia, *Versión francesa de México; Informes diplomáticos.* 3 vols. México, El Colegio de México, 1963-1966. Con base en una rica documentación procedente del Ministerio de Negocios Extranjeros de Francia, sección Correspondencia Diplomática, relativa a los años de 1853 a 1862, se prepararon los dos primeros volúmenes de esta serie. Lilia Díaz ha traducido y anotado documento por documento, con gran cuidado e inteligencia y preparado para cada uno de ellos un sobrio estudio en el cual analiza la época sobre la que gira la documentación. A través de ella puede seguirse la trayectoria de la diplomacia francesa frente a México y observar los encontrados intereses de que fue víctima el país. El estudio objetivo y atinado enriquece esta colección, una de las más importantes con que hoy se cuenta, relativa a los antecedentes inmediatos de la intervención.

5. González Navarro, Moisés, *La Reforma y el imperio,* en Miguel León Portilla *et al., Historia documental de México.* 2 vols. México, UNAM, 1964, II-255-336 pp. ilus. (Instituto de Investigaciones Históricas).

Síntesis de las etapas reformista e imperial, a la cual acompaña una rigurosa selección de documentos relativos a esos periodos. Dado el carácter reducido del trabajo, la aportación documental se ajusta a lo esencial. El prólogo esclarece y liga con éxito las dos épocas que comprende este trabajo.

6. Grajales Ramos, Gloria (ed.), *México y la Gran Bretaña durante la intervención, 1861-1862.* México, SRE. 1962 (Dir. Gral. de Prensa y Publicidad).

La documentación encontrada por la señorita Grajales en los archivos ingleses da una visión clara de cuál fue la política seguida por el gobierno británico frente a la intervención francesa, cuáles sus intereses y cuáles las reservas que mantuvo. La diplomacia inglesa, ligada en un principio a la francesa por razones económicas, va por las propias razones a separarse de aquélla.

Esta guía, de gran utilidad para el estudio de la política europea frente a América en el siglo XIX, representa un aporte para el estudio no sólo de la guerra de intervención, sino de la política en general de los países imperialistas en aquel tiempo.

7. Ocaranza, Fernando, *Juárez y sus amigos, colección de ens*ayos. México, Stlyo [1942), 251 pp. (IPGH, publicación núm. 65).
Con base en el estudio de la documentación epistolar de Juárez que se conserva en la Biblioteca Nacional, el doctor Ocaranza hizo una serie de estudios y análisis en torno de las relaciones amistosas de ese gobernante con sus colaboradores.

8. Robina, Lucía de, *Reconciliación de México y Francia, 1870-1880.* México, SRE. 1963. 244 pp. (Dir. Gral. de Prensa y Publicidad).

La guerra de intervención cortó las relaciones políticas con Francia, mas las relaciones espirituales no sólo continuaron sino que se afianzaron más. En este trabajo se da cuenta, con base en un estricto análisis documental, de cómo las relaciones entre los dos Estados volvieron a entablarse restableciéndose una antigua amistad.

9. Ruiz Castañeda, María del Carmen, *Periodismo político de la Reforma en la ciudad de México, 1854-1861.* México, UNAM, 1954. 216 pp. (Instituto de Investigaciones Sociales. Cuadernos de Sociología).

Avezada en las lides periodísticas, la autora estudia las aportaciones de la prensa reformista, las cuales provocaron tanto un cambio decidido en ese sentido, como una reacción violenta de los opositores. Este trabajo, hecho con material de primera mano, revela las fuentes en las que es indispensable estudiar el cambio ideológico político ocurrido en México el pasado siglo.

10. Sierra, Carlos J., *La prensa liberal frente a la intervención y el imperio.* México, Secretaría de Hacienda y Crédito Público, 1962. 205 pp. (Dir. Gral. de Prensa, Memoria, Biblioteca y Publicaciones).

Como el trabajo anterior, éste de Carlos J. Sierra, hecho con base en fuentes hemerográficas, significa un aporte para el estudio de la intervención y el imperio. Su autor ha recogido valiosos testimonios a través de los cuales muestra la repulsa viva de los grupos progresistas frente a la intervención extranjera.

11. Velázquez Chávez, María del Carmen, *Documentos para la historia de México* en *colecciones austriacas.* México, Secretaría de Hacienda y Crédito Público. 1963, 252 pp. ilus.

Este repertorio informa, con acuciosidad y detenimiento, de los documentos relativos a México que se encuentran en el Archivo Nacional, la Biblioteca Nacional y el Museo de Etnología de Viena a partir del siglo XVI. Muchos de ellos, de singular valor, se reproducen en el

propio libro con atinados comentarios. De los referentes a la época de Maximiliano, los cuales fueron microfotografiados y traídos a México, se da información amplia; la autora ha dejado su análisis particular y estudio para una publicación posterior. Con estos documentos y los que utilizó Corti es posible reconstruir la intervención austriaca en el segundo imperio mexicano.

12. Weckmann, Luis, *Las relaciones franco-mexicanas, 1827-1867.* 2 vols. México, SRE.

La rica documentación que existe en el archivo de la Embajada de México en Francia, hasta ahora no estudiado, permitió al autor la elaboración de este trabajo en el que se analiza con agudeza cuál fue el carácter de las relaciones diplomáticas franco-mexicanas y cuál fue la acción que nuestros representantes en París tuvieron que realizar para preservar la dignidad nacional.

b) Fuentes documentales particulares

13. Altamirano, Ignacio Manuel, *Aventuras por mar y tierra durante la intervención francesa.* Guadalajara, Vera, 1959. 31 pp. Reimpresión de la viva narración de Altamirano en los años en que ocurrió la intervención.

14. Hans, Albert, *Querétaro; memorias de un oficial del emperador Maximiliano.* Tr. del francés por Lorenzo Elizaga. México, Jus, 1962.

Obras de un testigo ocular que vivió muy cerca del emperador Maximiliano, estas memorias se reeditan como testimonio de la tragedia del año de 1867.

15. Hidalgo, José Manuel, *Proyectos de monarquía en México.* México, Jus, 1962. 240 pp. (Col. México Heroico, núm. 3). Uno de los monarquistas más notables de México dejó en esta obra huella palpable de su desesperación frente a la política mexicana del siglo XIX, la cual solucionaba con el fácil expediente de la monarquía consti-

tucional. Este trabajo hoy reeditado aparece sin ninguna aportación que permita engarzar el pensamiento de su autor con la época y revelar el espejismo americano frente a los sistemas monárquicos europeos.

16. Hidalgo, José Manuel, *Un hombre de mundo escribe sus impresiones; cartas de José Manuel Hidalgo y Esnaurízar, ministro en París del emperador Maximiliano*. México, Porrúa, 1960. XI-424 pp.

La correspondencia que aquí se publica permite conocer más a fondo el pensamiento de Hidalgo y de otros personajes que intervinieron activamente en promover la intervención y el establecimiento de una monarquía en México.

17. Juárez, Benito, *Documentos diversos y correspondencia.* Pról. Adolfo López Mateos. Selección y notas de Jorge L. Tamayo. México, Secretaría del Patrimonio Nacional, 1964.

El gobierno mexicano se propuso publicar la mayor parte de la documentación del presidente Juárez, cuya recopilación confió a Jorge L. Tamayo quien, con base en una prolija investigación en diversos archivos, ha comenzado a editar los documentos. Vienen precedidos de unas breves explicaciones que sitúan su finalidad y valor.

18. Lerdo de Tejada, Sebastián, *Memorias.* Estudio prel. de Leonardo Pasquel. México, Citlaltépetl, 1959.

Reedición de las supuestas memorias de Lerdo.

19. López de Santa-Anna, Antonio, *Mi historia militar y política, 1810-1874.* México, Nacional, 1958. 287 pp.

Reedición de esta obra que hace una extraordinaria luz sobre la personalidad y actividad de Santa Anna, la cual está íntimamente enlazada con el movimiento de Reforma.

20. Media, Francisco, *Memorias de don Francisco Mejía, secretario de Hacienda de los presidentes Juárez y Lerdo.* México, Secretaría de Hacienda y C. P., 1958. IX-183 pp.

En el género de las memorias, las de Mejía interesan porque se refieren a periodos clave de nuestra evolución política y, pese a su última finalidad justificativa, revelan aspectos difíciles, vistos por un testigo de valor.

21. *Puebla 1863; diario de guerra. Historia de la heroica defensa de Puebla de Zaragoza.* Redacción y formación de Fausto Marín Tamayo. Investigación realizada en el Fondo de Documentación del Centro de Estudios Históricos de Puebla. Puebla, Panamericana, 1963.

La defensa heroica de Puebla realizada por González Ortega y sus valientes colaboradores es analizada día tras día en esta obra que reproduce testimonios vivos del sitio. La recopilación está bien lograda y en ella se traslucen la emoción y la desesperanza de los defensores y su júbilo alternante.

22. Vidaurri, Santiago, *Correspondencia particular de don Santiago Vidaurri, gobernador de Nuevo León (1855-1864).* Pról. y notas por Santiago Roel, Monterrey, 1946.

Vidaurri fue uno de los personajes más salientes de la política mexicana del pasado siglo. La documentación que aquí se ofrece permite conocer mejor su difícil personalidad y entender su conducta.

23. Zaragoza, Ignacio, *Cartas al general Ignacio Mejía.* México, INAH, 1962. 213 pp. (Serie Historia, 9).

Epistolario de gran valor para la reconstrucción de la figura histórica de Zaragoza encajada dentro de su época y en relación con sus contemporáneos.

24. Zaragoza, Ignacio, *Cartas y documentos.* México, Fondo de Cultura Económica, 1962. 166 pp.

Selección de la documentación relativa a Zaragoza con un prólogo claro y justo, mas dentro del estilo conmemorativo que origina la obra.
25. Zarco, Francisco, *Textos políticos.* Introd. y selec. de Xavier Tavera Alfaro. México, UNAM, 1957. XXVL-161 pp. (Biblioteca del Estudiante Universitario, 75).

La figura de Zarco, ahora mejor conocida, está bien dibujada por Tavera, quien la sitúa dentro de las ideas y de la política mexicana con acierto y nos presenta una cuidada selección de textos del propio Zarco, muy bien realizada.

II. OBRAS GENERALES

26. Fuentes Díaz, Vicente, *La intervención europea en México, 1861-1862,* México, Ediciones del Autor, 1962, 237 pp.

Se refiere a la génesis del conflicto económico-político en que México se vio envuelto en la primera mitad del siglo XIX; a la deuda exterior contraída, al asunto de los bonos Jecker; los móviles financieros y políticos de la triple alianza; la política de Estados Unidos frente a la intervención y la defensa de la soberanía nacional hecha por Juárez.

27. *La intervención francesa y el imperio de Maximiliano cien años después, 1862-1962. Estudiado cien años después por historiadores mexicanos y franceses.* Edición preparada por Arturo Arnáiz y Freg y Claude Bataillon. México, Asociación Mexicana de Historiadores e Instituto Francés de América Latina, 1965. 218 [4] pp., ilus.

Es un análisis de la intervención desde puntos de vista tanto ideológicos como culturales e historiográficos muy diversos. Los trabajos que contiene son los siguientes: *Conservateurs et liberaux. Essai de géographie et de sociologie,* por François Chevalier; *La Reforma y el imperio,* por Moisés González Navarro; *Introducción a la intervención,* por Luis Chávez Orozco; *Puebla como reparación del orgullo nacional,* por Wigberto Jiménez Moreno; *L'économie du Nord-Est*

et la résistance à l'Empire, por Fréderic Mauro; *Consecuencias económicas de la intervención,* por Xavier Tavera; *La visión de México y los mexicanos en los intervencionistas,* por Ernesto de la Torre Villar; *El indigenismo de Maximiliano,* por Luis González; *La política de Maximiliano a través de sus leyes y decretos,* por Antonio Martínez Báez; *La intervención en el folklore mexicano,* por Vicente de T. Mendoza; *La intervención, tema en el teatro mexicano,* por Francisco Monterde; *La obra de la Commission Scientifique,* por Manuel Maldonado Koerdell; La *influencia francesa en la arquitectura y el urbanismo en México,* por Mauricio Cómez Mayorga; *Bibliografía austriaca sobre el imperio,* por Juan Ortega y Medina; *Francia y México — amor y recelo, 1867-1880,* por Daniel Cosío Villegas,

28. Ollivier, Émile, La *intervención francesa y el imperio de Maximiliano en México,* 2ª ed., México, Centenario, 1963. 295 pp.

Reimpresión de esta conocida obra que da una visión europea de la intervención. No se la ha actualizado y aparece ahora sin aportar nada nuevo.

29. Rivera y Sanromán, Agustín, *La reforma y el segundo imperio.* México, Comisión Nacional para las Conmemoraciones Cívicas de 1963, 1963. 371 pp.

Reedición del estudio del padre Rivera, sin adiciones críticas ningunas. Válido para conocer la ideología del célebre escritor y polemista.

30. Rivera Cambas, Manuel, *Historia de la intervención europea y norteamericana en México y del imperio de Maximiliano de Habsburgo.* 5 vols. México, Academia Literaria, 1962.

La amplísima obra de Rivera Cambas, rica en información, se reedita con un prólogo de Leonardo Pasquel, en el cual estima el valor de la misma y la preparación de su autor para emprender una obra de esa importancia. Un tomo dedicado a los índices indispensables en una obra de esa magnitud se ofrece para fecha próxima.

31. Schefer, Christian, *Los orígenes de la intervención francesa en México, 1858-1862.* Trad. Xavier Ortiz Monasterio. México, Porrúa, 1963.

Este libro de Schefer aparecido en francés con el título de *El gran pensamiento de Napoleón III,* en el cual se pretende justificar su política intervencionista, aparece en español sin que se sitúe su valor historiográfico ni político. Útil por cuanto sale de las explicaciones tradicionales.

32. Villarelo Vélez, Ildefonso, *La opinión francesa sobre la intervención francesa en México.* Saltillo, Ediciones de la Universidad de Coahuila, 1963, 63 pp.

Estudia la reacción provocada en la sociedad francesa, bastante disímil, por la intervención armada en una lejana república.

III. ANTECEDENTES SOCIALES, ECONÓMICOS, POLITICOS, CULTURALES

33. *Actas oficiales y minutarios de decretos del congreso extraordinario constituyente de 1856-1857.* Prólogo de Catalina Sierra. Notas de Xavier Tavera Alfaro. México, El Colegio de México, 1957. XII-688 pp.

La documentación completa del congreso constituyente de 1857 en el que desembocó el pensamiento liberal reformista no había sido publicada íntegramente. Gracias a la conmemoración centenaria y al esfuerzo de varias instituciones e investigadores se pudo presentar en pulcrísima edición, precedida de rigurosos prólogos, un acervo testimonial de primer orden. Este libro reúne un material que permite conocer en sus mínimos detalles el proceso legislativo de 1857 y con él los intereses político-ideológicos que en torno del constituyente se movieron, así como su técnica jurídica.

34. Arellano Belloc, Francisco, *La monarquía y los monarquistas mexicanos.* México, s. e., 1962. 24 pp.

Estudia sucintamente las ideas e intentos monárquicos habidos en México, los cuales afirma están sustentados en los intereses del grupo conservador.

35. Bitar Letayf, Marcelo, *La vida económica de México de 1824 a 1867 y sus proyecciones.* México, 1964. 363 pp. ils. (Tesis) Escuela de Economía de la UNAM.

Buen análisis de la situación económica mexicana a partir del año de la muerte de Iturbide y hasta el fusilamiento de Maximiliano. Emplea numerosas fuentes para fundamentar sus aseveraciones, mas no todas de primera mano. Maneja el autor con destreza la técnica económica, mas no tan bien la histórica. Es, en suma, un buen esfuerzo para comprender el desarrollo económico de México en el periodo nacional.

36. Cue Cánovas, Agustín, *El tratado Mon-Almonte; Miramón, el partido conservador y la intervención europea.* México, Los Insurgentes, 1960, 97 pp. (Reforma-Revolución, 3).

Estudia los esfuerzos del partido conservador para obtener de los gobiernos europeos el apoyo necesario que les permitiera estabilizar su posición frente a los avances liberales y a la anarquía reinante. Analiza las consecuencias de ese tratado que representa un paso hacia el intervencionismo.

37. Cue Cánovas, Agustín, *La reforma liberal en México.* México, Centenario, 1960. 219 pp.

Analiza el autor el desarrollo de las ideas liberales en México, precisando sus diversas etapas, la acción de los reformistas y las manifestaciones político-liberales más destacadas; señala al propio tiempo los obstáculos contra los que tuvieron que luchar.

38. Chávez Orozco, Luis, *Maximiliano y la restitución de la esclavitud en México, 1865-1866.* México, SRE, 1961. 168 pp. (Dir. Gral. de Prensa y Publicidad).

Con base en una documentación precisa, el destacado historiador señala cómo diversas medidas de Maximiliano, en lugar de expresar su ideario liberal, de que tanto se ha hablado, representan un retroceso social. Los testimonios que ofrece tienen un valor singular para el estudio de la historia socioeconómica mexicana. El análisis a fondo de la legislación imperial permitirá obtener una visión sólida de su trasfondo ideológico.

39. Gómez Arana, Guillermo, *La constitución de 1857; una ley que nunca rigió.* México, Jus, 1958. 61 pp.

Obra polémica destinada a mostrar cómo la constitución de 1857 no pudo tener aplicación por contrariar la forma de ser de grandes grupos afectados por sus disposiciones.

40. Loza Macías, Manuel, *El pensamiento económico y la Constitución de 1857.* México, Jus, 1959. 288 pp. ilus. (Tesis doctoral).

Estudia con rigor y acierto las diversas manifestaciones del pensamiento económico sustentado por los constituyentes del 57. Hecha con base en amplia bibliografía y reflexión, aun cuando no haya agotado las fuentes, sí permite entender la circunstancia económica en que surgió la constitución liberal.

41. Martínez Leal, Margarita, *Posibles antecedentes de la intervención francesa de 1862, a través de las obras de viajeros franceses.* México, UNAM, 1963. 256 pp. (Tesis).

Estudia la autora las obras de diversos autores que ejercieron en la mentalidad y opinión pública francesa una influencia mediata e inmediata que la orilló a interesarse por México y a intervenir en este país. Señala el valor que a cada uno de esos viajeros *se* puede asignar y el porqué de sus simpatías o diferencias por México.

42. Medina, Hilario *et al., El liberalismo y la Reforma en México.* México, UNAM, 1957. 789 pp. (Escuela de Economía).

Reúne este libro una serie de conferencias organizadas por la Escuela de Economía para conmemorar el centenario de la constitución de 1857 y sus prodromos. Cada uno de los autores, especialista en una determinada disciplina, aporta su caudal de conocimientos para precisar un aspecto determinado del fenómeno del liberalismo.

43. Mejía Zúñiga, Raúl, *Raíces educativas de la Reforma; biografía de una generación liberal.* México, SEP. Instituto Federal de Capacitación del Magisterio, 1963. 204 pp. (Biblioteca Pedagógica de Perfeccionamiento Profesional, 37).

Trabajo que permite encontrar las raíces de las ideas liberales y reformistas de un buen número de hombres del pasado siglo. Hinca el autor su interés en las innovaciones educativas y en la lucha que México sostuvo para renovar los sistemas de enseñanza, y también el contenido de la educación para hacer posible una transformación en muy diversos órdenes. Su publicación es positiva.

44. Payno, Manuel, *La reforma social en España y México; Apuntes históricos y principales leyes sobre desamortización de bienes eclesiásticos.* Introd. y selec. de Francisco González de Cosío. México, UNAM, 1958. 127 pp.

La desamortización de los bienes eclesiásticos fue el tendón de Aquiles de la Reforma mexicana. Payno se ocupó de ella y dejó un estudio que ahora se reproduce acompañado de la transcripción de varias disposiciones que tendían a poner en circulación los bienes de la iglesia.

45. Pompa y Pompa, Antonio, "La reforma liberal en México". ANCM/MyR, lix 1-3, 1960. pp. [115]-145.

Panorama de la Reforma liberal analizado con miras a encontrar su auténtico significado y expresiones más significativas. Es éste un trabajo divulgatorio.

46. Reyes Heroles, Jesús, *El liberalismo mexicano.* I. *Los orígenes;* II. *La sociedad fluctuante;* III. *La integración de las ideas,* 3 vols. México, UNAM, 1960-1961. (Facultad de Derecho). Se trata del estudio más serio y completo realizado en torno a la aparición del liberalismo en México y su manifestación en diversos campos. La documentación que el autor utiliza y da a conocer es rica y de primer orden. La estructuración del trabajo está hecha con inteligencia y conocimiento y la exposición de sus ideas es clara.

47. Salado Álvarez, Victoriano, *Episodios nacionales: Santa Anna, la Reforma, la intervención, el imperio.* 14 vols. México, s. p. i. 1945.

Salado Álvarez, quien quiso imitar los *Episodios* de Pérez Galdós, hace un trabajo en el que el conocimiento histórico se reviste de una forma literaria novelada que permanece sujeta a lo primero, atreviéndose solamente a crear ciertos personajes a los que introduce en un mundo cuya reconstrucción es un tanto forzada.

48. Tavera Alfaro, Xavier (ed.), *Tres votos y un debate del congreso constituyente, 1856-67.* Jalapa, Universidad Veracruzana, 1958. 178 pp. (Facultad de Filosofía y Letras, Cuadernos, l).

Recoge Tavera los testimonios de Isidoro Olvera, Ponciano Arriaga y Castillo Velasco, relativos a la moderación en la constitución, al derecho de propiedad y a la organización municipal, emitidos en el constituyente de 1857. Un acertado prólogo los sitúa dentro de su ambiente histórico, precisando los alcances de su intervención al formular la carta magna.

49. Torre Villar, Ernesto de la, *El triunfo de la república liberal, 1857-1860; Selección de testimonios de la guerra de tres años.* México, Fondo de Cultura Económica, 1960. LVI-312 pp. (Vida y pensamiento de México)

Después de un prólogo en el que se analiza el origen de la guerra de tres años, sus aspectos ideológicos y el carácter de sus protagonistas,

así como el desarrollo de la lucha ideológica y militar, se presenta un rico testimonial de ese acontecimiento, gracias al cual es posible descubrir los aspectos más salientes de esa contienda.

50. Trueba, Alfonso, *La guerra de tres años.* México, Campeador, 1953. 48 pp. (Figuras y episodios de la historia de México).

El autor analiza la guerra de tres años desde un punto de vista conservador, precisando el valor de la misma y la acción de las ideas y de los hombres que la promovieron.

51. Villaseñor y Villaseñor, Alejandro, *El 14 de marzo de 1858. El tratado Wyke-Zamacona. El golpe de Estado de Paso del Norte. Juárez y la Baja California.* México, Jus, 1962. 311 pp. (México Heroico, 5).

Reedición de esta obra del destacado biógrafo en la cual con su criterio conservador analiza la conducta de Juárez y su acción política.

52. Zarco, Francisco, *Crónica del congreso extraordinario constituyente, 1856-1857.* Estudio preliminar, texto y notas de Catalina Sierra Casasús. México, El Colegio de México, 1957. XXIV-1012 pp.

El trabajo periodístico diario de Zarco para informar de la labor del constituyente fue recogido con gran cuidado y ofrecido por vez primera en este libro que enriquece la bibliografía de la época.

53. Zarco, Francisco, *Historia del congreso extraordinario constituyente, 1856-1857.* Estudio preliminar de Antonio Martínez Báez. México, El Colegio de México, 1956. XXXII-1424 pp.

A más de la *Crónica* periodística, Zarco formuló la historia del constituyente, ya anteriormente publicada, la cual hoy se reedita expurgada de errores y enriquecida con un prólogo que la valora y con excelentes índices, al igual que las *Actas* y la *Crónica,* los cuales facilitan grandemente su consulta.

IV. BIOGRAFÍAS GENERALES Y PARTICULARES

54. Maximiliano, *El libro secreto de Maximiliano.* México, UNAM, 1963. 126 pp.

El libro contiene una nómina de los personajes más caracterizados de México, en torno de los cuales se emite una opinión no siempre favorable.

55. Ríos, Enrique M. de los *et al., Liberales ilustres mexicanos de la Reforma y la intervención. Galería biográfica anecdótica de los personajes del partido liberal ya muertos, que contribuyeron al triunfo de las instituciones democráticas...* México, Hijo del Ahuizote, 1890. [México, Talleres Gráficos de la Nación 1961], 440 pp.

Reimpresión de esta interesante obra que contiene numerosas biografías de liberales ilustres, con datos que resulta difícil obtener hoy en día. Hubiera sido conveniente enriquecerla con aportaciones biobibliográficas que la actualizaran.

56. Arroyo Llano, Rodolfo, *Ignacio Zaragoza, defensor de la libertad y la justicia.* Monterrey, s. e., 1962. 179 pp.

Esbozo biográfico ameritado, en el que se sitúa la personalidad del héroe dentro de una etapa dramática de lucha y agitación política. Presenta aspectos nuevos del biografiado.

57. Berrueto Ramón, Federico, *Ignacio Zaragoza.* México, Talleres Gráficos de la Nación, 1962. 343 pp.

Amplia biografía que se presenta acompañada de un valioso conjunto de testimonios relativos a la actividad de Zaragoza.

58. Castañeda Batres, Óscar, *Francisco Zarco.* México, Club de Periodistas, 1961. 437 pp. (Biblioteca del Periodista, 1).

La multifacética actividad de Zarco es analizada con cariño y conocimiento por Castañeda, quien subraya el valor de Zarco como periodista honesto, incansable y fiel a sus ideales. El estudio atrae por su fluidez y sinceridad.

59. Castañeda Batres, Óscar, *Francisco Zarco ante la intervención francesa y el imperio (1863-1864.)* México, SRE, 1958. 216 pp.

La patriótica actitud de Zarco de alertar a sus connacionales, dentro de un tono de severidad y de altura profesionales, del peligro de intervención que pronto se convertiría en realidad, y de defender con los argumentos indestructibles del derecho y la justicia la soberanía nacional, es estudiada en esta obra en la que se recogen los elevados escritos del genial periodista, en defensa de los derechos de México.

60. Conte Corti, Egon Caesar, *Maximiliano y Carlota*. México, Fondo de Cultura Económica. 1944. 748 pp.

Esta obra, hasta el momento la biografía más completa acerca de los emperadores, se reedita, mas sin ninguna aportación que a muchos años de distancia de su aparición la hubiera podido enriquecer. De toda suerte, constituye la obra más sensata acerca de los personajes imperiales, alejada de los estudios sensibleros a que con frecuencia dan lugar.

61. Fuentes Díaz, Vicente, *Gómez Farías, padre de la Reforma.* México, s. p. i., 1948. 250 pp.

Con cuidado y dedicación Fuentes Díaz proporciona en este libro el primer estudio más acabado del padre de la Reforma. Visto con simpatía el personaje, su conducta fue estudiada con base en testimonios muy valiosos hasta entonces dispersos. Si no se puede afirmar que este trabajo sea el definitivo, sí por lo menos hay que decir que es una base excelente para estudios biográficos más amplios.

62. Fuentes Mares, José, *Juárez y el imperio.* México, Jus, 1963. 252 pp. (México Heroico, 25).

Con su tono apasionado, Fuentes Mares incursiona en la etapa imperial frente a la cual sitúa a la persona de Juárez, quien luchaba con todos sus recursos para salvar al país. La confrontación de opiniones que se obtiene de este libro resulta positiva para el mejor entendimiento de Juárez y de la intervención.

63. González Ortega, José, *El golpe de Estado de Juárez. Rasgos biográficos del general Jesús González Ortega.* México, A del Bosque, 1941. 415 pp.

La personalidad de González Ortega, hasta ahora insuficientemente estudiada, adquirió en la guerra de tres años y durante la intervención perfiles agigantados que lo llevaron a aspirar, como a tantos otros generales de su época, a la silla presidencial. El rechazo de sus ambiciones por parte de Juárez lo enfrentó a uno de los personajes más importantes de nuestra historia y también a una continuada confrontación con aquél, no siempre positiva. González Ortega merece trabajos más amplios. Rangel Gaspar ya ha incursionado en ciertos temas y es de desear se prosiga en ese tono, más que en tratarlo como rival. Esta obra es una reedición del escrito de González Ortega y una biografía que hinca más en los aspectos políticos que en los sociales.

64. Harding, Bertita, *The Story of Maximilian and Carlota of Mexico.* México, Tolteca, 1953. 443 pp.

Biografía de los emperadores realizada con base en efectos más sentimentales que de rigor histórico.

65. Knapp, Frank Averill, *Sebastián Lerdo de Tejada, 1823-1889.* Trad. de F. González Arámburo. Jalapa, Universidad Veracruzana, 1961.

Knapp realizó una exhaustiva investigación para escribir este estudio que esclarece hasta donde es posible la personalidad de Lerdo de

Tejada. Objetiva e inteligentemente elaborada, representa el mejor trabajo acerca de ese hombre de Estado. Su calidad ha sido estimada al grado que la Universidad Veracruzana la hizo traducir. La edición original es de la Universidad de Texas, Austin, 1951.

66. McLean, Malcolm D., *Vida y obra de Guillermo Prieto.* México, El Colegio de México, 1960. 159-[2] pp.

Ésta es una obra más de las concernientes a la historia mexicana y sus hombres escritas por investigadores norteamericanos. El libro de McLean, bien informado y equilibrado, nos deja una visión de Prieto alejada de los aspectos romanticones y parroquiales con que muchas veces se la ha ornado. Si bien no es una biografía que alcance a entrar en todos los campos de actividad de Prieto, sí da elementos suficientes para entenderlo como un hombre de su tiempo y con base en él elaborar estudios más amplios y ambiciosos.

67. Merrifield Castro, Ellen Elvira, *Guillermo Prieto y su visión sobre la historia de México.* México, 1964. 220 pp. (Tesis).

Se refiere a los intereses históricos de Prieto y a la manera de abordar los distintos periodos de la historia mexicana que adoptó.

68. Miquel i Vergès, Josep María, *El general Prim en Españo y en México.* México, Hermes, 1949. 459 pp.

Amplio trabajo realizado con gran simpatía y comprensión del personaje, logrado gracias a abundantes lecturas y al conocimiento de la época en que actuó. Es una de las mejores biografías de Prim.

69. Molina Enríquez, Andrés, *Juárez y la Reforma.* 3ª ed., prólogo de Agustín Cue Cánovas. México, Libro Mex., 1958. 156 pp.

Reedición de este libro que le valió la fama a Molina Enríquez. El prologuista sitúa su valor y el de su autor dentro del campo de la historiografía mexicana.

70. Muñoz y Pérez, Daniel, *El general don Juan Álvarez; ensayo biográfico seguido de una selección de documentos.* México, Academia Literaria, 1959, XIV-519 pp.

Detallada biografía de Álvarez con un sentido de exaltación y rica documentación relativa a su persona y actividad. El material que se presenta es de primer orden para una reconstrucción a fondo de su vida y de buena parte de la época.

71. Núñez Mata, Efrén, *El general don Juan Prim defiende a México ante la intervención francesa.* México, 1962. 15 pp.

Elogio de la actitud justiciera del general Prim ante la intervención europea.

72. Pérez Martínez, Héctor, *Juárez, el impasible.* 3ª ed. Buenos Aires, Espasa-Calpe Argentina, 1956. 177 pp. (Colección Austral, 531).

Este trabajo de Pérez Martínez, a pesar de su brevedad, es uno de los mejores que tenemos acerca de Juárez. Con serenidad, sin violencia, con información y profundidad, nos presenta un Juárez pensante y actuante al que no arredra ni el miedo ni la desesperanza, y al que sólo preocupa la salvación de la república.

73. Poza, Ángel, *Carlos Salazar, 1832-1865.* Uruapan, Escuela Popular y Galería de Arte Manuel Ocaranza, 1963.

)
74. Ramírez Fentanes, Luis, *Zaragoza.* México. Banco Nacional Hipotecario Urbano y de Obras Públicas, 1962. 792 pp.

De entre todas las obras consagradas a exaltar la figura de Zaragoza ésta es la más amplia. Ricamente documentada, significa un esfuerzo muy apreciable.

75. Roeder, Ralph, *Juárez y su México.* 2 vols. México, 1958.

Roeder, después de Justo Sierra, es quien ha escrito el estudio más amplio y mejor acerca de Juárez. Este trabajo, reeditado nuevamente hace poco tiempo, tiene el mérito de recrear la época de Juárez, su ambiente, sus hombres, sus intereses, como pocas veces se había hecho. Es por sus méritos auténticos libro excepcional.

76. Sánchez Navarro y Peón, Carlos, *Miramón, el caudillo conservador.* México, Jus, 1945. 407 pp.

Los prohombres del partido conservador, pese a cualidades innegables que tuvieron, no han podido encontrar biógrafos a su altura. Este libro, hecho con simpatía, con conocimiento, llena una laguna dentro de la historia mexicana. Es de desearse que los historiadores se atrevan a ocuparse de esos hombres que también han hecho la historia mexicana, sin mostrarse vergonzantes, y sin injuriar a sus enemigos. Sánchez Navarro superó estas dificultades y su biografía es valiosa por su postura serena y sincera.

77. Sierra, Justo, *Juárez, su obra y su tiempo*. México, Nacional, 1965. 500 pp.

Es la biografía cívica más saliente de la historiografía mexicana. En ella puso Sierra todo su entusiasmo y volcó todas sus simpatías. Pese al tiempo transcurrido desde su aparición, atrae y entusiasma.

78. Torrea, Juan Manuel, *El general de división Ramón Corona; excelsitud como ciudadano, como militar, como gobernante y como diplomático.* s. l., s. e., 1944. 117 pp.

Estudio apologético del célebre militar, visto con gran entusiasmo. Torrea, apoyado en diversas fuentes, logró una biografía muy laudatoria.
79. Valadés, José C., *Don Melchor Ocampo, reformador* de México. México, Patria, 1954. 422 pp. ilus.

Valadés, consagrado a la biografía de discutidos personajes, construyó

una semblanza de Ocampo serena y precisa. No hay en ella ni apresuramiento ni exageraciones. Coloca a su personaje dentro de su época y nos revela un Ocampo íntegro, aun cuando no logra entrar muy a fondo en su pensamiento. Tal vez sea el complejo carácter de Ocampo el que origina que ni Valadés ni Romero Flores, otro de sus biógrafos, hayan podido dejarnos la biografía de Ocampo que necesitamos.

80. Vigil, José María, *José María Vigil.* Pról. y comp. por Carlos J. Sierra. México, Club de Periodistas, 1963. 298 pp. Semblanza bien lograda del destacado intelectual a la que acompañan selecciones bien hechas de su obra. El prólogo, bien equilibrado, nos revela a Vigil en su actividad múltiple.

V. OBRAS DIVERSAS. HISTORIA REGIONAL, POLÍTICA, ECLESIÁSTICA, MILITAR, ETC.

81. Cambre, Manuel, *La guerra de tres años en el estado de Jalisco.* Guadalajara, Gobierno del Estado, 1949. 516 pp. (Biblioteca de Autores Jaliscienses).

Es una reimpresión de la ricamente documentada historia relativa a la guerra de tres años, la cual, aun cuando la modestia del autor la limitó en su título a Jalisco, en realidad comprende lo ocurrido en otras entidades. Cambre, con gran minuciosidad, recogió extraordinaria información que da a su libro un valor inapreciable.

82. Campos, Sebastián I., *Recuerdos de la ciudad de Veracruz y Costa de Sotavento del estado, durante las campañas de tres años, la intervención y el imperio.* 2. vols. México, Citlaltépetl, 1961.

Interesante narración de carácter local que da una idea bastante clara de los acontecimientos de tipo político y militar ocurridos durante los años 1857 a 1867.

83. Cruz, Francisco Santiago, *La piqueta de la Reforma.* México,

Jus, 1958. 158 pp. (Figuras y Episodios de la Historia de México, 55).

Señala los destrozos cometidos en los bienes eclesiásticos como consecuencia de las disposiciones reformistas que los afectaron. Hace mención de las pérdidas sufridas por la nación en su patrimonio monumental por esos hechos.

84. Chávez Orozco, Luis. *El sitio de Puebla, 1863.* 3ª ed. México, Imprenta Artes Gráficas Comerciales, 1942. 92-2 pp. (Biblioteca de Historia Militar Mexicana).

Reimpresión de la vívida y bien documentada narración del heroico sitio sostenido por González Ortega y sus valerosos compañeros.

85. García Gutiérrez, Jesús, *La iglesia mejicana en el segundo imperio.* México, Campeador, 1955. 111 pp. (Figuras y Episodios de la Historia de México, 28).

Revela las vicisitudes de la iglesia mexicana durante la intervención. Defiende apasionadamente ciertas intervenciones políticas.

86. Huerta, Epitacio, *Apuntes para servir a la historia de los defensores de Puebla que fueron conducidos prisioneros a Francia.* México, Comisión Nacional para las Conmemoraciones Cívicas de 1963. 112 pp.

Reimpresión del trabajo consagrado a biografiar a los prisioneros mexicanos que fueron remitidos a Francia. Es una pena que esta obra no haya sido enriquecida con la vasta documentación que acerca de esos mexicanos existe en el Archivo Histórico del Ministerio de la Guerra que se encuentra en el castillo de Vincennes.

87. Junco, Alfonso. *La traición de Querétaro ¿Maximiliano o López?* México, Campeador, 1956. 245 pp.

Trata de descifrar un problema o enigma histórico bastante debatido.

88. Pompa y Pompa, Antonio *et. al., La Reforma en Jalisco y el Bajío.* Guadalajara, Libr. Font, 1959. 205 pp. (Congreso Mexicano de Historia, 1958).

Contiene diversos trabajos relativos a aspectos diferentes del movimiento reformista en el centro del país. Importante para la historia no sólo regional sino nacional.

89. Reyes de la Maza, Luis, *El teatro en México durante el segundo imperio (1862-1867.)* México, UNAM, 1959. 239-[2] pp. (Instituto de Investigaciones Estéticas, Estudios y Fuentes del Arte en México, 10).

Reyes de la Maza que hace, bajo un plan diferente al de Olavarría y Ferrari, un estudio casi exhaustivo del desarrollo del teatro mexicano, expone en esta obra lo acaecido en la farándula, de 1862 a 1867.

90. Ruiz, Eduardo, *Historia de la guerra de intervención en Michoacán.* México, Talleres Gráficos de la Nación, 1940. x-744 pp.

Obra llena de entusiasmo, brillante y viva. Ruiz nos dejó en ella una narración bien informada de la intervención en Michoacán, que, a más de ser verídica, es agradable.

91. Terrajas Valdés, Alberto, *Chihuahua en la intervención francesa.* Chihuahua, Atisbos, 1963. 143 pp.

Estudio regional acerca de la participación de Chihuahua y sus hombres en el periodo intervencionista. Rica en detalles y útil para conocer la situación general del país en la época.

92. Zarco, Francisco, *Las matanzas de Tacubaya, 11 de abril de 1859.* México, Secretaría de Hacienda y Crédito Público, 1959. 22 pp. (Edición del Boletín Bibliográfico de la Secretaría). Reimpresión del famoso folleto en que narra con patetismo y gran valentía los sucesos de Tacubaya, ordenados por Miramón y ejecutados por Márquez.

Las cédulas bibliográficas proporcionadas no agotan ni con mucho las obras referentes a la intervención aparecidas durante los últimos años. A partir de 1961 su número aumentó considerablemente en virtud de haber sido conmemoradas con entusiasmo las acciones militares de Puebla de 1962 y 1963. Varias instituciones preocupáronse por celebrar reuniones de historiadores que estudiaron este tema desde ángulos muy diferentes y convocaron diversos concursos en los que se presentaron ensayos de importancia. Diversas editoriales oficiales y particulares contribuyeron también a aumentar las publicaciones relativas a la intervención.

Por considerar que algunas de esas reuniones promovieron abundantemente el interés por ese periodo y lograron editar una serie que en lo futuro debe contar dentro de la bibliografía especializada, hemos colocado en un apartado diferente esa producción, cuya recensión quedó a cargo del señor Arturo Gómez Camacho.

ERNESTO DE LA TORRE VILLAR

EL CONGRESO NACIONAL DE HISTORIA PARA EL ESTUDIO DE LA GUERRA DE INTERVENCIÓN

Con motivo del primer centenario de la guerra de intervención Francesa en México, la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, a través de su sección de historia, convocó y llevó a cabo los días 19, 20 y 21 de julio de 1962 el Primer Congreso Nacional de Historia para el Estudio de la Guerra de intervención, de acuerdo con un temario elaborado por la misma sociedad. De las múltiples actividades desarrolladas por el congreso, la más importante sin duda fue la publicación de 27 volúmenes en los que se reunieron los estudios y ponencias presentados en él —59 en total—, y una *Memoria* en que se resumen las actividades desarrolladas por el mismo.

Como era de esperarse, el resultado fue sumamente heterogéneo. Junto a trabajos de buena calidad, verdaderas aportaciones a la historiografía mexicana, aparecieron algunos que carecen francamente de seriedad.

Sin embargo, creemos que a la postre el saldo rendido por dicho congreso fue positivo ya que de alguna manera u otra, en mayor o menor grado, los frutos obtenidos de tal evento contribuyen a esclarecer diversos aspectos de este periodo de nuestra historia, gracias al examen, análisis e interpretación y a la claridad y objetividad —no siempre logradas, por cierto—, que eran de esperarse bajo la perspectiva que da un siglo de distancia.

A continuación ofrecemos los registros bibliográficos correspondientes a los trabajos presentados, acompañados de una breve reseña, en el mismo orden en que fueron publicados. Para evitar repeticiones innecesarias dejamos asentado que todos fueron publicados en la ciudad de México, bajo el patrocinio de la Sección de Historia de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, durante los años de 1962 y 1963, en volúmenes numerados del 1 al 28 y bajo el rubro de "Colección del Congreso Nacional de Historia para el Estudio de la Guerra de Intervención".

1. Castañeda Batres, Óscar. La *convención de Londres (31 de octubre de 1861).* 76 pp.

Es una bien documentada monografía en la que se recogen algunas de las impresiones que dicha convención suscitó en México, España, Inglaterra y Francia y que sirvió de base para el envío de buques ingleses, franceses y españoles a las costas de Veracruz, con intenciones de invadir territorio mexicano.

2. León Toral, Jesús de, *Historia militar. La intervención francesa en México.* 302 pp.

Acucioso estudio logrado a través de años de trabajo y de cátedra, describe las operaciones militares más importantes en toda la república. El presente estudio fue premiado con el segundo lugar por la

comisión que dictaminó la calidad de los trabajos presentados al congreso.

3. Avilés, René, *La guerra de intervención en dos libros. El álbum de Hidalgo y La hija de Oaxaca.* 102 pp.

Trabajo de índole literario, en él se estudian dos libros bastante raros que se refieren a la guerra de intervención. Del primero se obtienen interesantes testimonios nacionales y extranjeros sobre don Miguel Hidalgo y Costilla. El segundo es una novela útil para conocer el ambiente en que se desarrolló la guerra de intervención, y la sociedad de la época.

4. Cáceres López, Carlos, *Chiapas y su aportación a la república durante la Reforma e intervención francesa. 1858-1864.* 80 pp. ils.

Cáceres López, investigador experimentado, autor de una *Historia de Chiapas,* ofrece una visión bien lograda de la actitud y actividad de dicho estado durante el periodo de la Reforma, su aportación en hombres y dinero durante la intervención y finalmente relata las batallas sostenidas en su territorio.

5. Moreno, Daniel, *Los intereses económicos en la intervención francesa.* 46 pp.

Uno de los pocos trabajos en que se aborda el aspecto económico de la guerra de intervención —fundamental para su cabal conocimiento—, a través del examen de fuentes históricas nacionales. Incluye un apéndice en que se comparan los gastos de los presidentes de México con los del imperio de Maximiliano.

6. Sierra, Carlos J., *Periodismo mexicano ante la intervención francesa. (Hemerografía). 1861-1863.* 176 pp. ilus.

Útil material para posteriores investigaciones, está formado con editoriales y artículos tomados de los principales periódicos de la época

en la ciudad de México, y de algunos diarios de diversos estados del interior de la república.

7. López Cámara, Francisco, *Los fundamentos de la economía mexicana en la época de la Reforma y la intervención. (La vida agrícola e industrial de México según fuentes y testigos europeos).* 96 pp.

Panorama de la situación económica en que se encontraba el país en vísperas de la gesta reformista y la intervención. El autor se sirvió para su elaboración de fuentes extranjeras, especialmente archivos diplomáticos y viajeros franceses. Mereció el tercer premio del congreso.

8. Rojas, Basilio, *Un chinaco anónimo. Feliciano García, un miahuateco en la historia.* 380 pp.

Estudio biográfico sobre este personaje de relevante actuación dentro del ejército republicano. El autor hace hincapié en el papel desempeñado por el estado de Oaxaca tanto en la Reforma como durante la guerra de intervención.

9. Hefter, J., *El soldado de Juárez, de Napoleón y de Maximiliano.* 32 pp.

Breve monografía histórica-militar sobre la actuación del soldado de línea de los ejércitos que participaron en la guerra de intervención. Incluye grabados de los uniformes usados en la misma.

10. Torre Villar, Ernesto de la, *Las fuentes francesas para la historia de México y la guerra de intervención.* 129 pp.

Fruto de varios años de investigación en archivos europeos, el contenido de este trabajo es más amplio de lo que abarca su título. El autor examina en primer lugar los principales archivos europeos —españoles, portugueses, italianos, alemanes, austriacos, ingleses, suecos, suizos, daneses y rusos— que guardan relación con la historia de América. En la segunda parte, dedicada a los repositorios franceses y su importancia

para la historia de México, se señala el valor de cada archivo y los volúmenes que contiene. Obtuvo el primer premio del congreso.

11. Zendejas, Adelina, *La mujer en la intervención francesa.* 110 pp.

Opúsculo en el que se reúnen semblanzas de las principales mujeres, tanto extranjeras como nacionales, que tomaron parte en sucesos de dicha guerra.

12. Cuéllar Abaroa, Crisanto, *Antonio Carbajal, caudillo liberal tlaxcalteca.* 128 pp.

Ensayo biográfico sobre este personaje poco conocido para el común del público, cuya actuación fue muy meritoria dentro de las filas del ejército republicano.

13. Hernández Tapia, Germán, *Ensayo de una bibliografía de la intervención europea en México en el siglo XIX (1861-1867).* 144 pp.

Se trata de un intento de reunir una bibliografía de la guerra de intervención. Contiene 817 fichas, la mayor parte de obras escritas en español y algunas en francés, inglés y alemán.

14. Hernández, Manuel A., *Memoria del general de división Juan A. Hernández sobre la guerra de intervención en el occidente y centro de la república.* 70 pp.

El autor, hijo del general Hernández, logró este meritorio ensayo biográfico auxiliado en primer lugar de las memorias de su padre y completándolo con otros documentos y apuntes relativos a los hechos de armas en que intervino.

15. Penette, M.; Castaint, J., *La legión extranjera en la intervención francesa. (Historia militar), 1863-1867.* 174 pp. ilus.

Valioso libro que viene a llenar un vacío en el estudio de la historia

militar de la guerra de intervención, es este que expone el desarrollo de las operaciones militares en que tomó parte la legión extranjera. Aporta un gran número de documentos inéditos pertenecientes a archivos franceses y mexicanos. Este trabajo fue reproducido en la revista *Historia Mexicana,* v. XII: 2, octubre-diciembre, 1962, pp. 229-273, ilus.

16. Zaragoza, Ignacio, *Epistolario Zaragoza-Vidaurri, 1855-1859.* Prologado y anotado por Israel Cavazos Garza. 140 pp.

A pesar de que las cartas reproducidas en esta obra son anteriores a la guerra de intervención, resulta interesante su lectura para el conocimiento de los personajes: el discutido cacique norteño y el vencedor de Puebla el 5 de mayo de 1862. El prólogo que las acompaña es muy incompleto.

17. García G., Raúl; Sánchez G., José María, *Tamaulipas en la guerra contra la intervención francesa.* 96 pp.

Se trata de un volumen integrado con material que será de utilidad para posteriores interpretaciones de los sucesos ocurridos en tal estado. Al final los autores presentan breves biografías de tamaulipecos que lucharon contra los intervencionistas.

18. Ordóñez, Plinio, D., *Licenciado y general don Lázaro Garza Ayala.* 256 pp. ilus.

Es un breve estudio biográfico sobre este caudillo liberal de Nuevo León que participó en la batalla del 5 de mayo de 1862 al lado del general Ignacio Zaragoza, del que también se presentan apuntes biográficos.

19. Carranco Cardoso, Leopoldo, *Acciones militares en el estado de Guerrero.* 96 pp.

Ensayo histórico acerca de la participación de gentes de tal estado en la época que abarca de 1849 a 1867. Se destaca la relevante actuación del caudillo Juan Álvarez.

20. *La batalla del 5 de mayo.* 200 pp.

En este volumen de carácter colectivo se recogieron siete trabajos relativos a esta batalla en que fueron derrotados los invasores.

Sánchez Lamego, Miguel A. *La batalla del 5 de mayo de 1862. (Algunas consideraciones novedosas),* pp. 9-35.

El autor proporciona nuevas luces sobre tal batalla, basándose en el estudio de nuevos documentos pertenecientes al Archivo Histórico de la Secretaría de la Defensa Nacional.

Arroyo Cabrera, Miguel, *Actividades de nuestro cuerpo médico militar en la batalla del 5 mayo de 1862.* pp. 37-52.

El doctor Arroyo Cabrera da noticia de los médicos militares que intervinieron en la acción y de los partes que rindieron sobre la misma.

Prado Vértiz, Antonio, *Después del 5 mayo. (De Puebla al Cerro del Borrego),* pp. 53-72.

Estudia las causas que llevaron al ejército nacional del triunfo del 5 de mayo al fracaso del Cerro del Borrego (13 de mayo).

Guzmán, Octavio, *La joyita colonial. El padre Miranda. La actitud de la población civil de Puebla,* pp. 73-89.

El autor busca en la fundación de Puebla, hecha por misioneros y frailes españoles, las raíces de su actitud revolucionaria y de apoyo a la intervención y el imperio.

Guzmán, Octavio, *Aclaraciones indispensables sobre el mito de los zacapoaxtlas en las conmemoraciones anuales de la batalla del 5 de mayo de 1862.* pp. 91-107.

Sostiene el autor que estos indígenas desempeñaron un importante

papel en la defensa de Puebla, a diferencia de lo que se creía anteriormente.

Cordero Torres, Enrique, *El partido liberal en la sierra poblana.* pp. 109-132.

Estudio dedicado a la actuación de los indios de Zacapoaxtla en las acciones de la sierra poblana.

Posada Olayo, María Dolores, *En la historia la verdad como norma.* pp. 133-199.

Estudia diversas acciones y personajes que intervinieron en la batalla del 5 de mayo de 1862.

21. Rangel Gaspar, Eliseo, *La intervención francesa en México. Consideraciones sobre la soberanía nacional y la no intervención.* 78 pp.

Se trata de un estudio jurídico en que se analizan e interpretan estos principios fundamentales de la política internacional de México.

22. Páez Brotchie, Luis, *Valiosos documentos tapatíos sobre la intervención francesa.* 160 pp. ilus.

Se reproducen treinta artículos escritos por el autor en el diario *El Informador,* de Guadalajara, Jal., con la presentación de interesantes documentos, algunos de ellos poco conocidos.

23. Minvielle Porte Petit, Jorge, *Antecedentes de la intervención.* Tafolla Pérez, Rafael, *El imperio y la república.* 196 pp.

El trabajo de Minvielle Porte Petit se refiere a los antecedentes de la intervención, localizándolos en las pretensiones europeas de dominar económicamente a la repúblicas americanas para procurarse materias primas, ayudados por circunstancias como la guerra de secesión en Estados Unidos y las ambiciones del Partido Conservador Mexicano.

El trabajo de Tafolla Pérez comprende desde el arribo de Maximiliano y la imposición de su imperio (1864), hasta su fusilamiento y la restauración de la República con la entrada de Juárez a la ciudad de México (1867).

24. *La intervención francesa. Estimación del hecho histórico.* 128 pp.

Bajo este título se recopilaron ensayos breves sobre temas muy generales.

Tarragó M., Ernesto, *Estimación del hecho histórico,* pp. 5-23. Estudia la actitud de Estados Unidos y de algunos países iberoamericanos ante la intervención francesa en México.

Gómez Camacho, Arturo, *La intervención francesa a través de la prensa de la ciudad de México.* pp. 25-45.

Con material tomado de periódicos de la época, el autor describe la actitud de la prensa de la ciudad de México ante la intervención.

Villarello, Ildefonso, *La opinión francesa sobre la intervención en México,* pp. 47-83.

Ensayo dedicado a estudiar la opinión pública francesa que en su mayoría repudió la intervención en México efectuada por su gobierno.

Ibarra de Anda, Fortino, *Bibliografía de la intervención y el imperio. Bibliografía alemana.* pp. 103-127.

Excelente bibliografía alemana en que se da noticia de libros, documentos y artículos periodísticos y de revistas, aparecidos de 1854 a 1961.

25. *Temas y figuras de la intervención.* 192 pp. ilus.

En este volumen se reunieron diversos trabajos, en su mayor parte esbozos biográficos:

Bassols Batalla, Ángel, *Importancia de la Carta de División Económico Administrativa de Manuel Orozco y Berra.* pp. 9-16, mapa.

Se trata de un estudio en que valoriza la importancia del estudio geográfico llevado a cabo por tan ilustre investigador mexicano —que "sirvió incidentalmente al imperio"— 1865.

Mendoza, Vicente T., *Algunas canciones y sátiras durante la intervención y el Imperio.* pp. 17-30.

El autor recurre a la disciplina folklórica como auxiliar de la historia, para presentarnos algunas canciones y versos nacidos del ingenio popular, en los que se satiriza a los invasores.

Neira Barragán, Manuel, *El folklore en el noreste de México durante la intervención francesa.* pp. 31-85.

Con el mismo criterio del autor del anterior trabajo, se estudian las manifestaciones folklóricas en tal región de la república, situándolas dentro de su contexto socioeconómico.

Uribe Romo, Emilio, *Intervención, indios y nacionalidad mestiza.* pp. 87-92.

Destaca la participación indígena en la defensa del territorio mexicano.

Rivera Torres, Josefina, *Ignacio Ramírez... El nigromante. Diputado constituyente.* pp. 93-107.

Se refiere a la actuación pública de este ilustre reformista.

Hernández Rodríguez, Rosaura, *Ignacio Comonfort y la intervención francesa.* pp. 109-130.

La profesora Hernández, que ha estudiado con profundidad a este

discutido personaje de la historia de México, se refiere en este trabajo a una época de su vida poco divulgada: su actuación al lado del presidente Juárez durante la guerra de intervención.

Núñez De León, A., *Apuntes biográficos del señor licenciado y general don León Guzmán.* pp. 131-150, retrato.

Breve opúsculo sobre la actuación militar y pública de este distinguido liberal.

Ramírez López, Ignacio, *Cronología de Manuel Doblado.* pp. 151-166.

Se destaca la labor de este personaje como gobernador del estado de Guanajuato en diversos periodos y en otros importantes puestos públicos.

Murillo Reveles, José Antonio, *Jesús Terán, embajador universal de la república juarista en Europa para luchar en contra de la intervención francesa en México.* pp. 167-191, ilus.

Apuntes sobre este colaborador del presidente Juárez que luchó en Europa para evitar la aventura en México de Napoleón III, y para acabar lo más pronto posible con el llamado imperio mexicano de Maximiliano de Habsburgo.

26. *La reforma y la guerra de intervención.* 240 pp.

Volumen en que se encuentran reunidos los siguientes trabajos de diversa índole:

Rodríguez Frausto, Jesús, *Tres guanajuatenses, cumbres del movimiento de Reforma en México.* pp. 9-24.

Breves apuntes sobre destacados actores de diversos periodos de la historia de México: Miguel Hidalgo y Costilla, José María Luis Mora e Ignacio Ramírez.

Lazcano, Jesús, *La Reforma. Revolución burguesa antifeudal.* pp. 25-45.

Estudia la Reforma como una lucha por la destrucción del Estado militar-clerical-feudal.

Evia Jiménez, Máximo, *Una generación reclama.* pp. 47-66.

Considera el movimiento de Reforma como la obra de una generación de patriotas reunidos en torno de su más alto representante: Benito Juárez.

Arellano Belloc, Francisco, *La monarquía y los monarquistas mexicanos.* pp. 67-92.

Bosquejo sobre las tendencias monárquicas en la historia de México, que —concluye el autor—, siempre estuvieron representadas por una minoría compuesta por gentes de la oligarquía detentadora de la riqueza, por la iglesia y por la milicia.

Padilla Penilla, Alfredo, *Significado inmediato de la batalla del 5 de mayo.* pp. 93-110.

Aborda el estudio del triunfo de Puebla como un paso en firme para la consolidación de la independencia y soberanía mexicana, que sirva como ejemplo para luchar contra cualquier intervencionismo imperialista futuro.

García Sela, Miguel, *El Cerro del Borrego y el sitio de Puebla.* pp. 111-181.

Considera el autor al desastre de El Borrego como un golpe desafortunado que sorprendió a las tropas mexicanas, y al sitio de Puebla como la acción más heroica que registra la historia de México.

Moreno, Pablo C., *Fernando Maximiliano José, emperador de México.* pp. 183-192.

Atribuye el fracaso del imperio de Maximiliano a la buena fe y egolatría del emperador, que no alcanzó a entender al pueblo que pretendía regir y se dejó engañar por sus mismos ministros.

Moreno, Pablo C., *La intervención francesa en México y el segundo imperio mexicano.* pp. 193-208.

Destaca el hecho de que la aventura imperial de Maximiliano sirvió para consolidar la nacionalidad mexicana y descubrir los auténticos valores nacionales.

Arvizu V. Mellano, José, *El sitio de Querétaro.* pp. 209-239. Estudia los incidentes de este sitio donde fue hecho prisionero Maximiliano acompañado de su séquito, y de su juicio y ejecución.

27. *Linares, Sinaloa, Durango, Tabasco y Chiapas en la* guerra *de intervención.* 230 pp., ilus.

En este volumen se reunieron los siguientes trabajos de tipo regional, en su mayoría dedicados a regiones del norte de la república mexicana.

Salle Arredondo, Pablo, *Linares, la primera ciudad nuevoleonesa que se rebeló contra el imperialista Vidaurri.* pp. 9-61, ilus., gráfs.

Estudia la rebelión de esta ciudad contra el cacique norteño Vidaurri, al que desconocieron como gobernador por haberse levantado en contra del presidente Juárez.

Nakayama A., Antonio, *Las operaciones militares contra los franceses en Sinaloa.* pp. 63-94.

Se refiere a la defensa que hicieron los sinaloenses de su territorio y que culminó con la expulsión de los invasores galos.

Alonso Vara, Victoriano, *Cuatro aspectos de la intervención francesa en Durango.* pp. 95-105.

Brevemente relata la entrada del ejército francés en tal ciudad; la instalación del gobierno imperialista; un incidente en que un soldado mexicano gritó "mueras" a los franceses por las calles; el incendio del convento de San Francisco, donde se hallaba acuartelado el ejército francés, llevado a cabo por un ex oficial del ejército liberal.

Rodríguez Miramontes, Francisco, *Participación del estado de Durango en la guerra de Reforma.* pp. 107-120.

Relata las operaciones militares en que intervinieron oficiales y soldados de este estado y la actitud del mismo durante la Reforma y la intervención.

López Reyes, Diógenes, *Tabasco ante la invasión de su territorio por las fuerzas intervencionistas de 1863-64 a 1867.* pp. 121-129.

Breve ensayo acerca de los hechos de armas ocurridos en dicho estado.

López Gutiérrez, Gustavo, *Chiapas en defensa de la patria. Su participación ante la intervención francesa,* pp. 131-228, ilus.

Buena aportación para el estudio de la historia regional de la intervención francesa, detalla las acciones militares comprendidas en el periodo 1861-1865.

28. *Primer Congreso Nacional de Historia para el Estudio de la Guerra de intervención. Memoria. (Julio 19, 20 y 21 de 1962).* 220 pp. ilus.

En este volumen se reproducen la convocatoria, bases y temario del Congreso Nacional de Historia para el Estudio de la Guerra de Intervención, así como los discursos inaugurales y de clausura del mismo. Se dan a conocer los dictámenes de las diversas secciones del congreso, algunas reseñas bibliográficas sobre trabajos presentados, y el dictamen y relación de obras premiadas. Consideramos que los

mejores estudios fueron los dedicados a estudiar el aspecto militar de la guerra de intervención (núms. 2, 9, 15, 19, 20), y los de índole bibliográfica (núms. 6, 10, 13, 22, 24-4 24-5). Merecen también especial mención los que abordaron el campo biográfico (núms. 8, 12, 14, 18, 25) y los de carácter regional (núms. 4, 17, 27). Creemos de interés reproducir la relación de las obras premiadas por la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística: un primer premio para la obra publicada con el núm. 10, un segundo premio para la núm. 2, un tercer premio a la núm. 7, tres cuartos premios a las núms. 12, 15 y 22 y doce premios complementarios para "estimular el espíritu de investigación" a los núms. 1, 8, 11, 14, 17, 18, 19, 20-6, 21, 23(2) 25-4, 25-6.

ARTURO GÓMEZ CAMACHO

LA DOCTRINA JUÁREZ

*Daniel Cosío Villegas**

El fácil ejercicio periodístico de comentar y citar los mensajes presidenciales hasta hacer con ellos libros enteros donde se pretende presentar la "política" exterior, la educativa, o la agraria del país, no ha encontrado, por lo visto, mucha sustancia en el manifiesto y el mensaje de Juárez, ambos de 1867. Los dos son, sin embargo, documentos notables: resisten venturosamente la comparación con cualquier otro de esta u otra época de nuestra vida nacional. Muy conocido es, por lo menos, un párrafo del manifiesto que Juárez hace público el 15 de julio de 1867, al regresar el gobierno republicano después de cuatro años de ausencia, durante los cuales se repliega ante la acometida extranjera y conservadora, para sobreponerse a ella finalmente. Ese párrafo es el famoso de "entre los individuos, como entre las naciones, el respeto al derecho ajeno es la paz". Pero en el mismo manifiesto hay esta otra frase: "Hemos alcanzado el mayor bien que podíamos desear al ser consumada por segunda vez la independencia nacional". Su importancia es singularísima, pues sin duda es la convicción de que sólo con la victoria sobre la intervención y el imperio México había alcanzado de verdad su autonomía. En esta idea se inspiró el otro documento, el mensaje que Juárez lee el 8 de diciembre de 1867 al reanudarse, con el IV congreso, la vida constitucional del país: en sus escasas tres páginas y media no llega a asomar siquiera la jactancia, ni la propia de su autor, a quien los hechos habían convertido en el símbolo del triunfo republicano, ni de la República o del país, por la victoria completa sobre el partido conservador y la iglesia, sobre Francia y el imperio, y sobre las potencias de la Euro-

Historia Méxicana, vol. 11, núm. 4, abril-junio de 1962, pp. 572-545-

* El Colegio de México.

pa occidental que, aun cuando no participaron en la lucha armada contra la República, tomaron sin vacilar y sin escrúpulo el partido de Francia y del imperio. Tampoco, ni remotamente, transpira odio por el enemigo vencido, ni la más lejana insinuación de vengarse o desquitarse de él. Sobrio en su extensión y en su lenguaje, es nobilísimo de intención, pues todo él, en rigor, se endereza a congratularse por la natural facilidad con que la república ha reiniciado su vida, conservando la paz, creando la confianza, eligiendo autoridades legítimas y estables, lo mismo las municipales que de los estados y la federación. Y anuncia también el mensaje la fe, la decisión y la firmeza con que la República debe acometer la tarea de reconstruir el país y hacerlo progresar hasta obtener el bienestar y la dicha prometidos por las leyes y las instituciones republicanas y democráticas.

De ese mensaje, sin embargo, no interesa aquí sino uno sólo de sus aspectos, aun cuando de los más novedosos y menos comentados. Juárez dice en él que el pueblo había combatido la intervención monárquica, cuyo propósito fue destruir la República y su gobierno, hasta alcanzar el doble resultado de derribarla, y de que la República, en pie siempre, saliera con bien de la lucha y "más fuerte en el interior y más *respetada en el exterior*". En seguida hace la observación de que "los hijos del pueblo", al ir recuperando el territorio, antes ocupado por los ejércitos adversarios, habían restablecido autoridades republicanas que desde el primer momento dieron protección y garantías a todos, inclusive a sus enemigos, fueran éstos mexicanos o extranjeros. En cuanto a la posición internacional en que se hallaba la República restaurada, Juárez destaca el hecho de que México se quedó durante la guerra con la sola compañía de las repúblicas americanas, cosa explicable por ser comunes a todos los principios y las instituciones democráticas. En cuanto a las demás naciones, Juárez dice clara, templada y diplomáticamente:

> A causa de la Intervención, quedaron cortadas nuestras relaciones con las potencias europeas. Tres de ellas, por virtud de la Convención de Londres, se pusieron en estado de guerra con la República. Luego, la Francia sola continuó la empresa de la intervención; pero después reconocieron al llamado gobierno sostenido por ella los otros gobier-

> nos europeos que habían tenido relaciones con la República, a la que desconocieron, separándose de la condición de neutralidad. De este modo, *esos* gobiernos rompieron sus tratados con la República, y *han mantenido y mantienen* cortadas con nosotros sus relaciones.
>
> La conducta del gobierno de la República ha debido normarse en vista de la de *aquéllos* gobiernos. Sin haber pretendido nada de ellos, ha cuidado de que no se haga nada que pudiera justamente considerarse como motivo de ofensa; y no opondría dificultad para que, en circunstancias *oportunas,* puedan celebrarse *nuevos* tratados, bajo condiciones *justas y convenientes,* con *especialidad* en lo que se refiere a los *intereses del comercio.*

Juárez recalca que su gobierno había cuidado de que los nacionales de esas potencias residentes en México gozaran de la protección de las leyes y de las autoridades del país en el mismo grado y con el mismo título que los mexicanos. Semejantes medidas, y la nobleza del pueblo mexicano, que hacía verlos no como enemigos personales y ni siquiera del país, habían dado el resultado de que ningún extranjero se hubiera quejado de nada. Así, Juárez todavía se da el lujo de comentar con la misma sobriedad:

> *Prácticamente* se ha demostrado que por la ilustración de nuestro pueblo, y por los principios de nuestras instituciones liberales, los extranjeros residentes en México, *sin necesidad* de la protección *especial* de los tratados, son considerados con igualdad a los mexicanos y disfrutan de los derechos y las garantías otorgadas por las leyes.

En esa forma, sin alzar la voz y menos usar una sola palabra airada o siquiera altisonante, Juárez anuncia, a Europa y al mundo, que México se dispone a dar una nueva mano en el juego de cartas internacional.

En primer lugar, hace la observación de que la victoria había fortalecido interiormente al país, es decir, las diferencias profundas, en apariencia irreconciliables, que habían separado a los mexicanos, y que, por sobre todas las cosas, hicieron posible —y, para algunos, irremediablemente necesaria— la intervención, habían desaparecido,

o, al menos, iban a hallar un modo de avenirse. Desde luego, los liberales, antes divididos por tanto motivo ideológico o personal, reconocieron ante la intervención y el imperio el denominador común de su nacionalismo y de su republicanismo. En seguida, los conservadores, al ser derrotados militarmente de un modo ya irreparable, no sólo tendrían que renunciar a acudir de nuevo al extranjero para imponerse a sus adversarios, sino que debían hallar un *modus vivendi* dentro de las instituciones republicanas y democráticas previstas por la constitución. Formarían y actuarían, sin duda, como un grupo o partido opositor, pero no de las instituciones, sino de los programas o medios del gobierno liberal.

Mas Juárez señala también la otra consecuencia necesaria de la victoria: ahora se respeta más a México en el exterior, porque, aparte de haber ganado internamente en cohesión y fuerza, cualesquiera que fueran las explicaciones y atenuantes, el hecho grueso, pero indiscutible, habría sido que el mayor poder militar de la tierra había fracasado en su propósito de mantener en México el imperio de Maximiliano. Esa fortaleza nueva a que Juárez se refería en su mensaje, la que creaba una actitud de respeto en el exterior, no era, por supuesto, de naturaleza militar, aun cuando la contienda, en último término, se hubiera liquidado militarmente. Su esencia, más que nada, era moral: la resolución tenaz, el carácter firme, para defender en todos los terrenos, incluso el de la lucha armada, un modo propio de ser, el suelo en que se vive y lo que en él florece, lo mismo lo espléndido o simplemente bueno, que lo malo y hasta lo condenable sin reserva.

Juárez en seguida subraya el hecho de que la protección de las autoridades republicanas, en cuanto se instalan en los lugares desalojados por sus adversarios, se extiende hasta sus enemigos, los mexicanos conservadores y los extranjeros que en alguna forma habían servido al gobierno imperial. Es más: la equidad de esas autoridades, y, sobre todo, la ilustración del pueblo mexicano, habían demostrado, con la fuerza incontrastable de los hechos, que los extranjeros vivían exactamente como los mexicanos, sin necesitar para ello de la protección "especial" que pretendían otorgarles los tratados o convenciones internacionales. La experiencia había demostrado, pues, que esos tratados no eran tan necesarios como México lo había creído hasta

entonces, y como ciertamente se lo habían asegurado las potencias extranjeras que los exigieron. Juárez remacha suavemente este clavo al decir que si alguna vez México se decide a celebrar nuevos tratados con los países con quienes ahora no tiene relaciones, preferirá los comerciales, es decir, los que crean relaciones e intereses económicos, a los simplemente políticos, o sea, los que crean tan sólo relaciones de gobierno a gobierno.

Todo esto, sin embargo, no era sino el trasfondo o el soporte de la declaración más importante del mensaje: México consideraba insubsistentes todos los tratados que lo habían ligado a esas potencias hasta principiar la guerra de intervención. La importancia de esa declaración se mide con facilidad si se recuerda, primero, que los únicos tratados que México tenía con Inglaterra, Francia y España eran los que amparaban las deudas contraídas por el país, muchas de ellas desorbitadas, de un origen y una historia no ya irritantes, sino oprobiosas, y, por otra parte, que el incumplimiento de los tratados y del pago de las deudas que amparaban había sido la causa principal de coaligarse los tres países acreedores para imponer su pago con las armas.

Pero Juárez se cuidó mucho de darle a esa resolución el carácter de un acto resuelto por México; antes bien, la atribuye a la conducta de esas potencias. Decía que tres de ellas, España, Inglaterra y Francia, se habían puesto en estado de guerra contra México a consecuencia del convenio que firmaron en Londres el 31 de octubre de 1861, y aun cuando sólo Francia la llevó materialmente adelante, las otras desconocieron a la república al reconocer al imperio, y, en consecuencia, ellas fueron las que cortaron sus relaciones con la República. De ese modo, los tres países rompieron sus tratados con México, a quien no le quedaba entonces otro camino que conformarse a lo resuelto por Francia, España e Inglaterra. A pesar de ello, México no opondrá dificultad para que, cuando sea oportuno, se celebren nuevos tratados; pero, como nuevos, tendrán que hacerse en condiciones también nuevas, o sea, "justas y convenientes" para México.

Ezequiel Montes, a quien, como presidente de la cámara de diputados —única que entonces existía— le tocó contestar el informe de

Juárez, además de insistir en el buen trato que los franceses residentes en México habían recibido en los peores momentos de la guerra, recordó el decreto del 12 de abril de 1862, cuyo artículo 59 declaraba que quedaban bajo la salvaguarda de las leyes y las autoridades mexicanas. Define más los campos cuando declara que sería injusto tener como culpable de la intervención al pueblo de Francia, pues había sido obra exclusiva de Napoleón III. Todavía más, admite agradecido que franceses eminentes hubieran protestado públicamente contra ella, hecho que —se aventura a suponer— alguna vez crearía una política francesa nueva, que haga justicia a México y repare los agravios cuya víctima había sido México.

Montes, sin embargo, en su deseo de ser, o más enérgico o más explícito, sólo recogió del mensaje de Juárez un punto, y ciertamente no el de mayor interés:

> México —dijo— no rehúsa su amistad o su comercio a ningún pueblo de la tierra; pero no solicitará las relaciones diplomáticas de ninguna nación: ha probado al mundo que es capaz de defender sus derechos soberanos contra un enemigo poderosísimo, y está convencido de que no necesita de que ningún gobierno extranjero reconozca su existencia como nación independiente.

En el espíritu del mensaje de Juárez estaba que México no solicitara de nadie la reanudación de las relaciones diplomáticas, así como considerar innecesario a su condición de soberano el reconocimiento de los gobiernos extranjeros; pero, aun solicitada por éstos, ¿la reanudación se haría admitiendo la vigencia de los tratados que México había celebrado alguna vez con ellos, o, como Juárez lo había anunciado, sólo se celebrarían tratados nuevos, y, además, justos y ventajosos?

El mensaje de Juárez y la respuesta de Ezequiel Montes fueron comentados por los principales periódicos de la época, aun cuando no con mucha perspicacia ni especial detalle. *El Monitor Republicano* consideró importante esta declaración sobre una nueva política internacional, y aseguró que, en contraste con los problemas de política interna, respecto de los cuales las opiniones estaban divididas,

expresaba "fielmente la voluntad nacional". *El Globo,* vocero de la oposición porfirista, y dirigido por Manuel María de Zamacona, creyó que el mensaje usaba un lenguaje débil o de escaso relieve al comentar la situación internacional del país:

> Al triunfar México, han triunfado con él los pueblos todos que gimen bajo el yugo de la fuerza. Las palabras con que anunciamos solemnemente nuestra victoria son una promesa y una profecía de redención para todas las naciones oprimidas, y deberían haber tenido un tono grave y elevado para que penetraran en todos los corazones.

El Constitucional, además de creer que el mensaje expresaba ideas y sentimientos de toda la nación, extremaba hasta la vulgaridad la sensación de horror de volver a tratar con quienes tantos males habían traído a la nación:

> Por ahora, México sólo conserva relaciones amistosas con las repúblicas hermanas de la América, y ojalá que nunca volviéramos a entablar ningunas con los reyes europeos, tan falsos, tan desleales y odiosos.

El horror de *El Constitucional* resultó tan ingobernable, que censuraba la excesiva "espontaneidad" con que Juárez se disponía a recibir sugestiones para celebrar tratados comerciales con esos "reyes odiosos": antes de hacerlos, deberían, por lo menos, reparar las "enormes pérdidas" que le habían acarreado a México.

Fue Francisco Zarco —como era de esperarse— el comentarista más atento. Dedicó un largo artículo de *El Siglo XIX* a juzgar el mensaje presidencial, y otro a la respuesta de Montes. Zarco convenía en que, a diferencia de los norteamericanos, los mensajes presidenciales en México no eran largos ni detallados, ni se les destinaba a provocar el gran debate político, corriente en Estados Unidos. Las circunstancias especialísimas que acompañaban a éste de Juárez, sin embargo, habían creado una verdadera expectación, no sólo en el país, sino en el mundo entero, según Zarco suponía. Advierte y alaba su tono "sereno y tranquilo", así como la exclusión de toda pasión o resentimiento. A pesar de ello, Zarco, amigo y admirador de Juárez,

pero hombre independiente hasta la inhumanidad, hace esta observación, que debió herir profundamente a Juárez, y que ciertamente no justifica la sola lectura del mensaje:

> Hay, sin embargo, en el estilo cierta languidez, cierta debilidad, que hacen la impresión de la fatiga del viajero que, después de una penosa peregrinación, vence su última jornada.

Zarco hubiera deseado que el presidente, tras consignar el hecho de que México había contado durante los años aciagos de la intervención con la simpatía de las repúblicas americanas, anunciara su propósito de estrechar con ellas las relaciones hasta formar el reconocimiento expresado por el apoyo prestado a México por Estados Unidos, a pesar de haber sido tardío y de no haber pasado jamás de ser moral. Una aprobación total le merecen la declaración de que las potencias que reconocieron al imperio habían roto sus tratados con México, y la disposición de celebrar nuevos que sean justos y convenientes.

La misma naturaleza de los mensajes presidenciales mexicanos hacía que las respuestas de los presidentes de la cámara fuesen siempre "una lánguida paráfrasis de cada párrafo [de ellos], sin que expresen las opiniones y los propósitos de la representación nacional". En esta vez, por excepción asegura Zarco, la respuesta de Ezequiel Montes indica un "completo acuerdo" entre los dos poderes en la materia de las relaciones internacionales.

No provocaron una reacción inmediata la declaración del presidente Juárez y el comentario de Ezequiel Montes, pues la República debía hacer frente a una tarea de reconstrucción capaz de consumir íntegramente su tiempo y su energía. Así, Juárez mismo, el iniciador de esta nueva actitud internacional, no volvió a señalarla en sus seis siguientes mensajes al congreso, de 29 de marzo, 1 de abril, 31 de mayo y 16 de septiembre de 1868, y del 21 de enero y 19 de abril del año siguiente. Y, sin embargo, tan el asunto estaba en el aire, que Manuel María de Zamacona, al responder al penúltimo de esos mensajes, donde Juárez aludió a la ratificación hecha por la cámara de la convención de reclamaciones firmada con Estados Unidos el

4 de julio de 1868, afirma que la tal convención era un "anuncio al mundo" de que "el pueblo mexicano" fincaría sus futuras relaciones internacionales en "bases de justicia, de igualdad y reciprocidad". Zamacona —como antes Ezequiel Montes— recogió sólo un punto de la declaración primitiva de Juárez: los nuevos tratados debían ser justos para México, o sea, que si algo concedía, algo debía recibir en cambio. En verdad era pertinente este comentario, pues, contrariamente a lo que en algún momento se temió, esa convención de reclamaciones preveía que las dos partes contratantes presentaran las reclamaciones que tuvieran contra la otra. Y Ezequiel Montes, como acaba de verse, insistió en que México no daría el primer paso para reanudar las relaciones con los países que lo habían ofendido con la intervención. Pero ni uno ni otro aludieron siquiera a la insubsistencia de los viejos tratados, que, para Juárez, era el eje de la nueva posición internacional de México.

Juárez, ante esta comprensión apenas parcial de su doctrina y ante la posibilidad de lograr pronto su primer fruto, resolvió reiterarla ante el mismo IV congreso, el 31 de mayo de 1869. Se refirió primero a las relaciones con Estados Unidos, y, al hacerlo, inventó una expresión que más de sesenta años después iba a atribuirse a un presidente norteamericano: habló, en efecto, de que México mantenía con Estados Unidos las mejores relaciones de amistad y de "buena vecindad". Pero su objetivo no era inventar frases, por supuesto, sino reiterar que México consideraba insubsistentes los antiguos tratados, a pesar de lo cual estaba dispuesto a remplazarlos con otros nuevos, justos y convenientes, en cuanto lo pidieran los gobiernos interesados. Esa resolución era tanto más justificada cuanto que Juárez pudo anunciar entonces, con sereno orgullo, que una "nueva y grande potencia europea", la Alemania del Norte, había iniciado sus relaciones con México proponiendo concertar un tratado de comercio.

El presidente de la cámara —en esta vez Francisco Gómez del Palacio— comentó el tema de las relaciones exteriores, en primer término, para dolerse de que, dada la situación creada en ellas por el imperio, los legisladores poco habían podido hacer en esta materia, como no fuera asociarse, "declaradamente y sin reservas", con "simpatías y

decidido apoyo", a la doctrina presidencial, que el poder legislativo encontraba "llena de conveniencia y de dignidad". Aun cuando —según se ha visto ya— los presidentes de la cámara habían subrayado alguno de los puntos de la doctrina juarista, era ésta, en rigor, la primera vez en que se habló de una manera explícita y reiterada de que el poder legislativo la aprobaba. Tal vez ocurrió así porque Gómez del Palacio recogió algo más de su esencia, al decir:

> entablar de nuevo relaciones con los gobiernos de los países que le trajeron [a México] la ruina y la desolación, e intentaron arrebatarle su independencia, no es cosa que convenga a sus intereses ni cumple a su decoro tomar la iniciativa; jamás ha derivado beneficio alguno de sus tratados con las potencias europeas, y es natural que no desee con ellas más relaciones que las que exige la más estricta y rigurosa justicia.

Salvo la insubsistencia de los antiguos tratados, Gómez del Palacio había comentado los otros dos puntos de la doctrina de Juárez: México no tomaría la iniciativa para el reanudamiento de relaciones, y los nuevos tratados que se le propusieran debían ser justos y ventajosos para él.[1]

En esa expresión de su mensaje: "*grande y nueva* potencia" —expresión que, sin duda, Juárez escogió cuidadosamente— estaba el gran secreto... un gran secreto que ni él ni su ministro de Relaciones descubrieron. Más de un año antes habían principiado las gestiones: George Bancroft, ministro norteamericano en Berlín, escribió el 17 de abril de 1868 al secretario de Estado, William H. Seward, una carta personal donde le transmite la noticia de que algún alto funcionario de un nuevo Estado alemán —al cual él mismo y Seward llaman indistintamente en su correspondencia "Prusia", "Alemania del Norte", "Estados Unidos del Norte de Alemania", "Confederación Germánica del Norte", etc.— había manifestado su deseo de "restablecer" sus relaciones con México, cosa que a Bancroft le parecía sumamente recomendable.

[1] *Informes y Manifiestos* II 3-30; *El Monitor Republicano* 12, 15, 17 de diciembre, 1867; *El Siglo XIX*, 11, 12 de diciembre, 1867.

Seward toma muy a pecho la sugestión, pues fortificaría la posición internacional de Estados Unidos como intermediario entre Europa y la América Latina, y aumentaría así el prestigio y la influencia de su gobierno en una y otra parte. Por cable y en cifra —vía La Habana—, en efecto, Seward instruye a su representante en México para que de una manera personal y confidencial se le transmita al presidente Juárez un mensaje suyo. Dice en él que le parece innecesario reiterar al presidente su deseo de velar por la seguridad y el bienestar de México. De ahí que quiera recomendarle que considere la posición política peculiar de Prusia, "ahora la Alemania del Norte": sirve de freno de Francia y de Austria, las dos potencias de quienes México había sufrido más con la intervención; Prusia, además, no se mezcla en los asuntos internos de los países americanos. Por eso cree que México se beneficiaría de mantener relaciones diplomáticas con Prusia, "cabeza de la Confederación Germánica del Norte". Seward, además, tenía razones para creer que, si se lo indicaba así, el rey de Prusia mandaría a México un ministro. Pedía, en fin, que se le contestara cuanto antes, y de una manera confidencial, a través de Edward Lee Plumb, su encargado de negocios en México.

El 9 de junio pudo Plumb dar cuenta de haber cumplido con el encargo, y aun transmitir la respuesta de Lerdo de Tejada, respuesta que éste había considerado, sin embargo, durante tres largas semanas. El ministro mexicano principia por agradecer la intención y los términos benévolos del mensaje de Seward, y por declarar su conformidad con las consideraciones que éste hace para fundar la recomendación. A ellas, Lerdo quiere agregar una de su propia cosecha:

> El gobierno de México tiene también el mejor espíritu para desear [las relaciones], porque entre el recuerdo de sus dificultades con otras potencias europeas, conserva una grata memoria de que mantuvo relaciones de cordial amistad con Prusia, sin que ningún motivo de desacuerdo las turbase por muchos años.

Este aparente desahogo sentimental perseguía el propósito de paliar la siguiente dificultad, la única que Lerdo se sentía obligado a señalar a Seward: el gobierno de México había declarado ya que

consideraba caducos los tratados que tenía celebrados con los países que habían participado en la intervención, o que desconocieron a la República al entablar relaciones con el imperio. Por añadidura, como semejante declaración había sido aprobada ya por el congreso, el ejecutivo no podía ahora sino acatarla. Lerdo saca entonces una conclusión que parece confusa o débil, pero que sin duda es intencionada:

> La buena voluntad del Ejecutivo para reanudar relaciones con Prusia sólo se detendría por la necesidad de mantener generalmente ese principio respecto de otras naciones con las que la República ha tenido graves dificultades.

La conclusión parece confusa, porque dice *reanudar* relaciones con Prusia, a pesar de que en esa misma nota Lerdo habla de esta potencia "como cabeza de la Confederación Norte-Alemana"; pero la intención se advierte cuando Lerdo la concluye asegurando que si Prusia quería mandar a un ministro para negociar un tratado de amistad nuevo, sería bien recibido, es decir, sería bien recibido porque Prusia llenaría las tres condiciones esenciales proclamadas por Juárez en su mensaje: solicitar la reanudación de relaciones, aceptar la caducidad de los viejos tratados, y celebrar nuevos, justos y convenientes para México.

Seward, o no entendió la duda de Lerdo, o no le dio el valor de un obstáculo insalvable para la negociación que hacía, y esto a pesar de que Lerdo, inseguro de haberse expresado con toda la eficacia necesaria, inmediatamente le pidió a Matías Romero —que "tanto sabía de la política internacional de Estados Unidos"— que le explicara a Seward la posición de México. Éste, sin embargo, le aseguró a Romero que le había parecido satisfactoria la respuesta del gobierno mexicano, y volvió a repetir que creía necesario que México reanudara cuanto antes sus relaciones con las potencias europeas, pues mientras viviera en el aislamiento en que ahora se encontraba, subsistiría el peligro de que se formara en su contra "alguna combinación". Por otra parte, Seward no perdió tiempo en mandar la respuesta de Lerdo a Bancroft, a quien le recomienda, por una parte, que ni ése ni ningún papel concerniente a esta negociación fuera registrado oficialmente

en los archivos de la legación y en los de la cancillería alemana; por otra parte, que, a más de hablar con algunos de los altos funcionarios de esa cancillería sobre el asunto, le enseñe confidencialmente la nota de Lerdo.

Cuando esta comunicación de Seward llega a Berlín, Bancroft estaba ausente, de modo que la atendió el encargado de negocios Alexander Bliss. No pudo avanzar mucho, sin embargo, pues Delbrück, presidente de la cancillería, quiso de momento reservarse su opinión sobre los documentos que se le dieron, limitándose a agradecer la mediación del secretario de Estado. Un mes después Bancroft —de regreso en su puesto— puede comunicar que la Confederación del Norte de Alemania había resuelto enviar a México un encargado de negocios con plenos poderes para negociar un tratado. Bancroft, a más de rogarle a Seward que interceda cerca del gobierno mexicano a fin de lograr una "buena recepción" para el enviado, explica la buena solución (que nadie había sospechado hasta entonces) que la cancillería alemana había hallado: el encargado de negocios no representaría al reino de Prusia, sino a la Confederación del Norte de Alemania, que, como Estado nuevo, no tuvo ni podía haber tenido relaciones con el imperio de Maximiliano. Bancroft, temeroso, quizás, de que no se entendiera suficientemente la diferencia, insiste: "no se trata, pues, de una reanudación de relaciones diplomáticas, sino de que por primera vez se establecen".

El secretario Seward se apresuró a darle tan buenas noticias a Matías Romero: "Deseo sinceramente, por el interés de México y de Estados Unidos, que el nuevo representante sea recibido bondadosa y favorablemente". Explica en seguida que no se trata de reanudar relaciones con un antiguo Estado, sino de crearlas por la primera vez con uno nuevo. "Así —agrega— se evitan todas las antiguas complicaciones." Inseguro Seward de que todo esto pudiera satisfacer plenamente a Lerdo y a Juárez, concluye su nota informal a Romero: "Confío demasiado en la discreción del gobierno mexicano para dudar de que inferirá las muchas razones que hay en favor de la opinión que he expresado, sin hacer una relación especial de ellas".

Lerdo de Tejada tuvo una reacción que pudo haber parecido curiosa a Seward, pero que se avenía perfectamente a la nueva polí-

tica internacional del presidente Juárez: México recibiría con toda la consideración al enviado de la Confederación Germánica del Norte, aun cuanto antes había declarado que lo recibiría como representante de Prusia para que negociara con México un nuevo tratado. Lerdo se contuvo en sus instrucciones a Romero, pues no llegó a decir lo que, sin embargo, puede inferirse de ellas: puesto a elegir, México hubiera preferido reanudar sus relaciones con Prusia a crearlas con la Confederación Germánica del Norte, pues así hubiera logrado el primer acatamiento a su nueva política: Prusia había pedido la reanudación, y la había pedido reconociendo la caducidad de los viejos tratados, puesto que despachaba a un enviado especial a negociar uno nuevo.

Matías Romero no recibió en Washington esa nota de Lerdo, pues había sido llamado a México para encargarse de la Secretaría de Hacienda. Desde aquí le envió una copia a Seward, y éste, a su vez, la transcribió a Bancroft para que diera a conocer confidencialmente su sustancia a las autoridades alemanas. El 15 de enero de 1869 Bancroft comunica (todavía bajo la forma de una carta personal) que la cancillería alemana le informaba que el rey de la Confederación había aprobado ya el nombramiento de un cónsul general y encargado de negocios, que se trasladaría a México. Bancroft, a más de felicitar a Seward por el feliz término de la negociación, insistía en que se le recomendara al gobierno de México darle al enviado alemán una recepción cordial. Menos de un mes después, Bancroft comunica, además del nombre del encargado elegido, la noticia de que en varias cortes europeas había suscitado gran interés este hecho, y que sabía, aun cuando privadamente, que Bélgica, Francia e Inglaterra podrían resolverse en no lejano tiempo seguir el camino así abierto por el gobierno de Estados Unidos.

Seward no da a entender que estuviera particularmente satisfecho con el éxito, quizá porque no dejaba de considerar que, después de todo, a él no se le había ocurrido iniciar la gestión, aun cuando no cabe duda de que la manejó con gran vigor. En cambio, parece preocuparle más de la cuenta la recepción que von Schloezer podía tener en México. Para asegurarse de que sería la mejor, escribió esta vez a su nuevo ministro en México, el general William J. Rosecrans;el enviado alemán es persona de gran distinción, como que desciende

de un gran historiador alemán, y como está ya para embarcarse hacia México, quiere recomendarle que se le pida al presidente Juárez y a su ministro de Relaciones Lerdo que lo reciban amablemente:

> Estos dos distinguidos caballeros —le decía— están enterados de que yo, desde el punto de vista de los intereses de México, le concedo gran importancia al restablecimiento de relaciones diplomáticas, con aquellos estados europeos con los cuales pueda hacerse sin comprometer el honor del gobierno de México o herir las susceptibilidades de la nación.

Seward agrega que tiene razones para creer que la decisión de la Confederación Germánica del Norte puede dar lugar a otras semejantes de parte de varias potencias europeas.

Von Schloezer llegó a México provisto de una carta credencial de Bismark, como canciller de la Confederación Alemana del Norte, para el presidente Juárez, y aun cuando la singularidad de no proceder de un jefe de Estado dio lugar a varias conversaciones entre él y Lerdo de Tejada, al fin se convino en que éste lo recibiría oficialmente el 4 de mayo de 1869, y que su entrevista con el presidente, que tendría un carácter privado, ocurriría el 7. Presentadas sus credenciales, von Schloezer anuncia que trae consigo un proyecto de tratado de comercio, que desearía dejar en manos de Lerdo desde luego.[2]

George Bancroft tomó vuelo con el éxito de su gestión, pues apenas conocido el nombre del encargado de negocios alemán —prenda que consideró como definitiva—, se lanzó a promover la iniciación de relaciones de México con Italia. El 19 de marzo de 1869, sin decirle agua va al departamento de Estado, le escribe una carta personal a su

[2] Archivo Nacional (Washington), Despachos Diplomáticos, Alemania 5 mayo 1869; *ibid.*, Instrucciones Diplomáticas, México, 13 mayo 1868; Archivo Secretaría de Relaciones, México: L-E-7 6 27 junio, 26 agosto 1868; Archivo Nacional (Washington), Despachos Diplomáticos, Alemania, 22 junio, 23 julio, 26 agosto, 1868; Archivo Secretaría de Relaciones, México: L-E-7 14 septiembre, 7 noviembre 1868; Archivo Nacional (Washington) Instrucciones Diplomáticas, Alemania, 1 diciembre, 1868; *ibid.*, Despachos Diplomáticos, Alemania, 15 enero, 1 febrero 1869; *ibid.*, Instrucciones Diplomáticas, México, 24 febrero 1869; Archivo Secretaría de Relaciones, México: L-E-8 2 marzo, 2, 5 de abril, 1, 3, 4 de mayo 1869.

"amigo" Matías Romero, ministro de Hacienda entonces, que inicia con esta complacida afirmación:

> Tan firmemente establecida en Europa está mi reputación de amigo de la República Mexicana, que quienes le desean bien me hacen depositario de sus simpatías.

Le cuenta entonces a Romero que cree fundadamente que el reino de Italia desea enviar a México un ministro residente; pero que, para hacerlo, desearía estar seguro de que será bien recibido, y sin que esto obligue al gobierno de México a corresponder con el envío de un agente diplomático a Florencia, entonces capital de Italia.

Bancroft, conocedor de la tesis del gobierno mexicano, tras de asegurarle a Romero que no le escribiría esa carta sin tener la certeza de que así favorece los intereses y la buena fama de México, entra en explicaciones: el reino de Italia es, desde luego, una nueva potencia (formada apenas en 1861); a pesar de ello, ha adoptado una actitud claramente desfavorable a Austria, y ahora se empeña en tener una política exterior propia, sobre todo con respecto a Francia. La creación de relaciones con México, quien no las tiene con Francia y de la cual ha recibido agravios, equivale a que Italia proclame ante el mundo su independencia internacional, además de ser una prueba de amistad por México. Italia puede ayudar a reafirmar el crédito exterior de éste, y, por supuesto, no pretenderá mezclarse en sus asuntos interiores. Bancroft, en fin, le pide a Romero que hable del asunto con el presidente Juárez y con el "secretario de Estado de México", y que le transmita pronto sus opiniones.

Romero, como era natural, envía la carta a Lerdo, acompañada, eso sí, de una versión al español, con el ruego de que se le diga qué debe contestar. Lerdo lo hace después de consultar con el presidente: cree que las observaciones de Bancroft acerca de la posición y la política internacionales de Italia son "muy oportunas, sabias y fundadas". Además, la circunstancia, también señalada por Bancroft, de que Italia "en su forma actual" es una potencia nueva, facilitaría mucho las cosas. Pero esta admisión de Lerdo no le impide repetirle a Romero que México había hecho desde el 8 de diciembre de 1867 una

declaración sobre la caducidad de los viejos tratados y su disposición de negociar nuevos cuando así lo desearan las potencias que habían roto con la República. Repite asimismo que, como el congreso había aprobado la declaración, el ejecutivo debía ajustarse a ella. Pero claro que, dicho todo esto, y en un lenguaje sin variante alguna, Lerdo reconoce que nada de ello es aplicable al presente caso, "porque si bien es cierto que cuando existía el reino de Cerdeña celebró con la República un tratado, no ha tenido ninguno con la nueva potencia del reino de Italia". Por eso, México está dispuesto a celebrar con ésta un tratado, y si el nuevo reino desea enviar un ministro, México lo recibirá con el "honor y las consideraciones debidas".[3]

Parecía llegado el momento en que el departamento de Estado tomara cartas en el asunto, pues en cuanto recibió la respuesta de Romero, Bancroft se dirigió al nuevo secretario de Estado Hamilton Fish, si bien en forma privada, y éste, ya oficialmente, al nuevo ministro de Estados Unidos en México, Thomas H. Nelson. Fish informa a Nelson algo que Bancroft había callado al comunicarse con Romero; como Italia no tenía una comunicación directa con México, el gobierno de Italia había ordenado a su ministro en Berlín que diera a conocer a Bancroft su deseo de "reanudar" sus relaciones con México. Fish cree que Nelson puede tratar el asunto callada y directamente con el presidente Juárez. Se le ordena que lo haga así sin un aplazamiento innecesario, y que le asegure al presidente que Estados Unidos vería con complacencia una resolución favorable de parte de México.[4]

Nelson tuvo buena fortuna, pues el 6 de julio asiste a uno de los raros banquetes oficiales que entonces se ofrecían, que dan al presidente Juárez y su gabinete en pleno. La comida, que en buena medida dio una ocasión para conversar espontánea y cordialmente sobre cuestiones internacionales, ofrece al ministro norteamericano una ocasión excelente para abordar a Juárez una vez concluida. Para su sorpresa, en cuanto le da a conocer el contenido de sus instruccio-

[3] Archivo Secretaría de Relaciones, México: L-E-14 19 de marzo, 20 de abril, 3 de mayo, 1869.

[4] Archivo Nacional (Washington), Instrucciones Diplomáticas, México, 16 de junio, 1869.

nes, Juárez acepta la sugestión sin titubeos, expresando, además, su reconocimiento al gobierno de Estados Unidos por la diligencia que había puesto en el asunto. Con esta prenda, Nelson se resuelve a despachar al día siguiente una nota formal al ministro Lerdo, que éste contesta a las veinticuatro horas. La nota de Lerdo casi no varía de la carta que le había escrito antes a Romero para que la transmitiera a Bancroft, excepto en un punto que no deja de tener importancia: dice que el gobierno de México había manifestado "desde hacía tiempo" su buena disposición de recibir a los representantes de aquellas potencias que quisieran renovar sus relaciones con él.[5]

El Departamento de Estado se apresuró a transmitirle a Bancroft las copias de los despachos de Nelson y de la respuesta a ellos del ministro mexicano de Relaciones Exteriores. Pronto comunica a Ignacio Mariscal, el nuevo ministro de México en Washington, que el gobierno italiano ha nombrado su ministro a Carlo Cattaneo, a quien Lerdo recibe el 16 de noviembre de 1869 como encargado de negocios. Así se crean las relaciones diplomáticas entre los dos países.[6]

Éstos fueron los primeros casos en que se aplicó la política internacional anunciada por Juárez en diciembre de 1867. Fueron, por supuesto, los más sencillos; los realmente gordos eran los de España, Francia e Inglaterra, es decir, las potencias signatarias del convenio de Londres. La primera reanudó sus relaciones con México en 1871; la segunda en 1880 y la tercera, en 1885. Bélgica, caso intermedio, en 1879. En todos ellos se defendió y se impuso esa política internacional, aun cuando atemperada por el tiempo y las circunstancias.

[5] Archivo Nacional (Washington) Despachos Diplomáticos, México, 8, 9 de julio, 1869; Archivo Secretaría de Relaciones, México, L-E-14 9 de julio, 1869.

[6] Archivo Secretaría de Relaciones, México: L-E-14 1, 16, 17, 27 de diciembre, 1869.

WASHINGTON, PARÍS Y EL IMPERIO MEXICANO

José Fuentes Mares

El 3 de abril de 1865, con la rendición de Richmond, capital de los Estados Confederados de América, se desvanecía la última esperanza del imperio mexicano, ya no por los graves aprietos domésticos cuanto por la amenaza exterior que le caía encima. Que Estados Unidos no permitiría el establecimiento de un trono en América era cosa obvia, y más todavía cuando el sostenimiento de ese trono reclamaba el auxilio de potencias europeas. El gobierno de Washington toleraba los regímenes coloniales *existentes* —la dominación española en Cuba, particularmente— pero sólo mientras llegaba la ocasión de eliminarlos. Era un campo en el que Jefferson sentó normas definitivas: dejar en paz a las colonias españolas mientras la joven unión alcanzaba la mayoría de edad. El famoso estadista rechazaba la posibilidad de que alguna otra potencia, europea por supuesto, reclamara la herencia de la vieja nación colonizadora. España, al fin, iba de salida, y suponer que Francia pudiera suplantarla iba contra la dialéctica de los acontecimientos. Entre los planes de Francia y la debilidad de España estaban ellos. Estados Unidos, escribió Jefferson, será "el nido de donde salgan los polluelos encargados de poblar América". ¿Sabían eso Napoleón y Maximiliano?

Es dudoso que lo supieran, pero pudieron imaginarlo por lo menos. Napoleón, concretamente, no tenía derecho a señalarle riesgos, y trazarle una conducta consonante. No cuidarse en la ignorancia cuando tantos antecedentes debiese firmaba todavía la convención de Londres, para intervenir en México, y ya Estados Unidos puntualizaba una serie de advertencias inequívocas. El 24 de septiembre de

Historia Mexicana, vol. 13, núm. 2, octubre-diciembre de 1962, pp. 244-271.

1861 se dirigió el secretario de Estado a Mr. Adams, ministro en Londres, para que notificara a lord Russell "la profunda preocupación" del gobierno americano por los preparativos de guerra que, en Europa, se hacían para emprender la expedición mexicana". Mientras, William H. Dayton, ministro en París, hablaba con Thouvenel el 27 de ese mes, y expresaba los temores de Washington en el sentido de que México pudiera perder su independencia, a resultas de la acción que Francia, España e Inglaterra proyectaban.[1]

En Madrid, por último, las palabras del ministro americano a Calderón Collantes, secretario de Estado, distaban de ser modelo de buenas maneras: "El gobierno de Estados Unidos —le dijo—, confía que ninguna potencia amiga introducirá cambios importantes en un país contiguo a Estados Unidos sin previa consulta con el gobierno de Washington".[2] Napoleón se encontraba al corriente de la actitud de Washington antes de que en Londres se firmara la famosa convención para intervenir en México, y por eso, cuando al discutir el anteproyecto propusieron los ingleses que se invitara al gobierno americano para que se sumara a la expedición, Napoleón apoyó la idea, que pasó al texto definitivo de la convención del 31 de octubre. Aquí, en el artículo IV, se dijo que las altas partes contratantes, deseando que las medidas que adoptaban "no tuvieran un carácter exclusivo", y sabiendo, además, "que Estados Unidos tenía reclamaciones que hacer valer" en contra de la república de México, se le enviaría una copia de la convención para que se uniera al pacto y a la empresa misma, aunque por otro lado, y bajo la presión de las circunstancias, no pudieran, en espera de la respuesta americana, retardar las operaciones militares.[3] Así creyó resolver su problema Napoleón. Corría la caravana de acuerdo con los ingleses, y que después aceptaran o no la invitación en Washington era algo que le tenía sin cuidado. Suponía que con buenos modales contendría la amenaza

[1] William H. Dayton a William H. Seward, París, 27 de septiembre de 1861, desp. 51, en *The Present Condition of Mexico,* House of Representatives; 37th Congress, 2d Session; Ex. Doc. Na 100, p. 49.

[2] Carl Schurz a William H. Seward, Madrid, 9 de octubre de 1861, desp. 27, en *op. cit. supra,* p. 223, ed. cit.

[3] Artículo cuarto de la convención. Su texto íntegro en francés e inglés, en *op. cit. supra,* p. 135.

del monroísmo, y se entregó a lo suyo, pensando que lo demás era cosa de los demás.

Pero a los señores Lincoln y Seward no se les resolvía el problema de ese modo. Bajo el apremio de su conflicto interno no podían esgrimir la doctrina Monroe, pero tampoco iban a dejarse atar por una convención que amenazaba sus intereses continentales. De momento Mr. Seward agradeció el cumplido, pero poco después, el 4 de diciembre, se dirigió a los ministros de Inglaterra, Francia y España, en términos que dejaban en el aire los sueños del emperador de los franceses.

> En cuanto a la invitación consignada en el artículo IV de la Convención, el gobierno de Estados Unidos prefiere mantener su tradicional política exterior, contraria a la celebración de alianzas con otras naciones, máxime que dicha invitación se dirige contra México, profundamente perturbado tanto por la lucha de las facciones, en lo interior, como por la guerra que tendrá que sostener contra las naciones extranjeras.[4]

Washington no se encontraba interesado en los beneficios de la convención de Londres. Las últimas palabras de Seward, tan paternales, rechazaban la idea de aliarse con tres naciones para recoger los frutos de su propio huerto. Del huerto que Jefferson destinara a "los polluelos" que poblarían América.

Entre septiembre y diciembre de 1861 se redujo el gobierno de Washington a definir los campos. Bajo los efectos de su guerra civil, iniciada apenas, y no por cierto en ritmo favorable a los intereses de la unión, Lincoln y Seward sólo señalaban principios y definían posiciones, en espera de que los sucesos internos les dejaran libertad de acción. Adoptaban la espera vigilante en 1861 porque no podían hacer otra cosa, pero Napoleón, en cambio, sí pudo hacer más: simplemente actuar, mientras Estados Unidos se veía forzado a esperar. Napoleón pudo y debió reconocer al gobierno de los Estados Confederados, máxime que, hasta su gabinete, le llevaron la oportunidad de vender el reconocimiento al precio que le viniera en gana, inclu-

[4] William H. Seward a Gabriel G. Tassara, Henri Mercier y lord Lyons, Washington, 4 de diciembre de 1861, en *op. cit. supra*, p. 188, ed. cit.

yendo en él la colaboración confederada para asegurar el éxito de la empresa mexicana. Pero no lo hizo, y además dio con la puerta en las narices a los enviados del sur, mientras en México rompía con Inglaterra y España, y mientras, en las Tullerías, Mr. Dayton reiteraba la posición de su gobierno:

> El presidente considera su deber manifestar [...] que ningún gobierno monárquico que pudiera establecerse en México, en presencia de barcos y ejércitos extranjeros, podrá gozar de viabilidad alguna, en cuanto a su permanencia.[5]

En Washington no podían hacer más, cuando su propia existencia andaba en juego, y no era juicioso enredarse en problemas internacionales. Pero echaban los cimientos que resistieran más tarde la construcción entera: el gobierno y el pueblo de la Unión transigían con la intervención, mientras los europeos llevaran a México reclamaciones sobre pesos y centavos. Pero nada de política. Nada de interferir en cuestiones internas del país, tocantes a su integridad territorial o a su forma de gobierno. Es lo que podía hacer de momento William H. Seward, el gran maestro de la obra: reunir los testimonios oficiales indispensables para probar, en su oportunidad, que la intervención europea no podía rebasar las reclamaciones económicas. Era poco en apariencia; mucho en cuanto a sus alcances futuros. Ni una sola vez mencionó el nombre del presidente Monroe, ni menos todavía su célebre mensaje del 28 de diciembre de 1828. Pero sin aludir al monroísmo colocaba la primera piedra: nada de política; manos fuera.[6] El día que terminara la guerra civil, habría tiempo para traer a cuento a Jefferson, a Monroe, y al cuantioso ejército que tendrían sobre las armas.

Napoleón colaboraba inconscientemente con los planes de Washington, y el 8 de julio de 1862 tuvo la ingenuidad de declarar sus intenciones. Su carta de esa fecha, al general Forey, revela hasta dónde puede llegar un hombre cuando piensa con la cabeza del fémur izquierdo.

[5] William H. Seward al ministro de Estados Unidos en Francia, Washington, 3 de marzo, 1862, desp. 121, en *op. cit. supra,* p. 188, ed. cit.

[6] José Fuentes Mares, *Juárez y la intervención,* cap. III, p. 128, México, 1962.

> No faltarán personas que pregunten a Ud., por qué vamos a gastar hombres y dinero en colocar a un príncipe austriaco sobre un trono.
>
> Dado el estado actual de la civilización del mundo, la prosperidad de América no es indiferente a Europa, porque alimenta nuestra industria y hace vivir nuestro comercio. Tenemos interés en que la república de Estados Unidos sea poderosa y próspera, pero no tenemos ninguno en que se apodere de todo el golfo de México, domine desde allí las Antillas y la América del Sur, o sea la sola dispensadora de los productos del Nuevo Mundo. Dueña de México, y por consiguiente de la América Central y del paso entre dos mares, no habría ya más potencia en América que Estados Unidos. Antes al contrario, si un gobierno estable llega a constituirse con las armas de Francia, habremos puesto un dique al desbordamiento de Estados Unidos.[7]

Decía todo lo que no debió decir sin reconocer, ese mismo día, la independencia de los Estados Confederados de América. Pero lo dijo, permitió además que se publicara, y el texto de la carta a Forey cayó como bomba lo mismo en Washington y en Richmond que en París. Slidell, el agente confederado en Francia, fue inmediatamente a ver a Thouvenel y, aun sin instrucciones de su gobierno, trató de capitalizar la situación en beneficio de su causa. Seguro de cuál había de ser el lado flaco de Napoleón, el 21 de julio puntualizó que los Estados Confederados de América, ajenos al "espíritu de proselitismo que tan poderosamente caracteriza al pueblo" del que acababan de separarse, "no veían con malos ojos la expedición de México".[8] Slidell pensaba que era el momento para que el emperador, al cotejar ambas actitudes, pudiera actuar en consecuencia. Si Washington persistía en la enemistad, mientras Richmond ofrecía apoyo y alianza, era lógico que Napoleón tratara con éstos a despecho del disgusto de aquéllos. Se hallaba en la dorada coyuntura, por lo demás, ya que los acontecimientos militares apuntaban hacia la victoria del sur, pero el

[7] Napoleón III al general Forey, Fontainebleau, 3 de julio de 1862, en Genaro García, *Documentos inéditos o muy raros para la historia de México*, t. XIV, p. 9 y ss., México, 1907.

[8] John Slidell al ministro de Negocios Extranjeros; París, 21 de julio de 1862, en James D. Richardson, *Messages and Papers of the Confederacy*, t. II, p. 283, Nashville, 1906.

hombre de las Tullerías cerró de nuevo los ojos a la evidencia, como si en México no anduviera de por medio buena parte de su futuro.

En octubre del mismo año, cuando el rey de Bélgica solicitó su apoyo para recibir a los Estados Confederados de América en la familia de las naciones, Napoleón, preocupado seguramente por el riesgo prusiano, salió de nuevo por la tangente. Temía tal vez una larga campaña mexicana, y no quería enfrentarse abiertamente a Washington, en cuyo apoyo confiaba "para obtener los elementos de vida destinados a sus ejércitos en México",[9] aunque por otra parte corriera ciertas atenciones a los confederados, cuyas esperanzas cultivaba bajo cuerda.[10] Y así hasta el día que ocuparon la ciudad de México los soldados de Forey, y principió a funcionar la regencia del imperio. La instalación de la Regencia, y la marcha de Juárez hacia el norte eran hechos que reclamaban una nueva consideración del problema mexicano, sobre todo por quien se encontraba expuesto a sus resultados. Así opinaba Mason, el enviado confederado en Londres.

> Tan pronto como el imperio en México llegue a ser un hecho consumado —escribió a Judah P. Benjamin—, o antes todavía, en el momento en que dicho imperio aparezca cosa resuelta apoyada por Francia, tendrán que surgir relaciones nada amistosas entre este país y Estados Unidos. No sabemos cuál sea la forma que dichas relaciones adopten inicialmente, pero son indudables los beneficios que por ese concepto recibiremos.[11]

La significación política del establecimiento de un gobierno mexicano, bajo la protección de Napoleón, era obvia para todo el mundo salvo para el protector mismo. En Monterrey se hallaba Mr. Quintero, el enviado confederado cerca del gobernador Vidaurri, y hasta él llegó un tal Vigneau, agente confidencial de Almonte, quien

[9] A. Dudley Mann a Judah P. Benjamin, Bruselas, 13 de marzo de 1862, desp. 41, en *op. cit. supra*, t. II, p. 436, ed. cit.

[10] A. Dudley Mann a Judah P. Benjamin, Bruselas, 8 de mayo de 1863, desp. 45, en *op. cit. supra*, t. II. p. 480, ed. cit.

[11] J. M. Mason a Judah P. Benjamin, Londres, 4 de septiembre de 1863, desp. 44, en *op. cit. supra*, t. II, p. 557, ed. cit.

expresó "la disposición amistosa del nuevo gobierno de México hacia los Estados Confederados", y agregó que el mismo Almonte había sugerido a Napoleón "la conveniencia de reconocer desde luego nuestra independencia". Fue más lejos todavía el hijo de Morelos, ya que aseguró a Quintero, siempre por medio de Vigneau, que el emperador Maximiliano efectuaría, a su llegada, el reconocimiento de los Estados Confederados de América.[12]

El 7 de enero de 1864, y sin tomar las precauciones que la prudencia aconsejaba, Judah P. Benjamin dirigió al general William Preston instrucciones para una misión oficial en la capital mexicana. "Es conveniente informarle —decía—, *que bajo los efectos de una invitación formal de la regencia,* que provisionalmente gobierna esa nación hasta la llegada del nuevo soberano, el presidente ha determinado enviar un ministro a México."[13] Todavía no sabían en Richmond hasta dónde era inútil entenderse con Almonte, y aun con el mismo Fernando Maximiliano, cuando lo que importaba era introducir un rayo de luz en el cerebro de Napoleón. Eso fue lo que nunca consiguieron los agentes confederados, de modo que cuando el futuro emperador de México llegó a París, en los primeros días de marzo, los acontecimientos culminaron en el más terrible desengaño.

Fernando Maximiliano estuvo en París entre el 5 y el 12 de marzo de 1864, a ultimar los detalles de su aceptación de la corona mexicana, y Slidell, que allí residía, se valió de Gutiérrez Estrada para gestionar una entrevista. El agente se prometía un éxito lisonjero, ya que conocía la inclinación de Gutiérrez por la causa del sur, y a su través tenía noticias de la parecida simpatía de Maximiliano. Pero corrían los días, y no se le llamaba. Temeroso ya, pues se aproximaba el momento en que el archiduque saldría para Viena, Slidell volvió a la carga, ahora en gestión personal ante el secretario del príncipe, pero tampoco tuvo respuesta.[14] Primero atribuyó el desaire al hecho de

[12] Instrucciones del secretario de Estado Judah P. Benjamin al general William Preston para su misión en México, Richmond, 7 de enero de 1864, en *op. cit. supra,* t. II, p. 611 y ss., ed. cit.

[13] *Op. cit., loc. cit. supra.*

[14] John Slidell a Judah P. Benjamin, París, 16 de marzo de 1864, desp. 40, en *op. cit. supra,* t. II, p. 654, ed. cit.

que M. Mercier, antiguo ministro de Francia en Washington, recién llegado a París, pudiera haber dicho a Maximiliano algo sobre una conversación que tuvo con Lincoln, y en la cual dijo el presidente que reconocería al gobierno imperial de México bajo la condición de que dicho gobierno no iniciara gestiones, de ninguna clase, tendientes al reconocimiento de los Estados Confederados,[15] pero al siguiente día supo Slidell que el archiduque partió sin hablar con Mercier. ¿Entonces?

Entonces Napoleón, por supuesto. Ni Mercier habló con el archiduque, ni significaban poco ni mucho las opiniones de Gutiérrez Estrada o la buena voluntad de Maximiliano. En Richmond, Judah P. Benjamin tenía ya una idea correcta de las cosas, y con la amarga convicción de la "falta de sagacidad" de la política napoleónica, se daba por vencido. Reconocía, en suma, que el archiduque estaba bajo la influencia de Napoleón, y Napoleón bajo la de William H. Seward.[16] En esos términos escribió a Mr. Preston, a La Habana, indicándole que el emperador Maximiliano pospondría toda relación con los agentes confederados, hasta recibir respuesta de Washington a sus gestiones *(overtures)* de reconocimiento.[17]

Al fin comprendían en Richmond la mala fe de Napoleón, y sobre todo su tontería. Su mala fe porque no vaciló "en romper las promesas que nos tenía hechas", y su tontería por no ver que la seguridad del nuevo imperio dependía "de nuestro éxito, al interponer una barrera entre la agresión norteña y el territorio de México".[18] Pero ni en París, donde la supervivencia de los Estados Confederados debió interesar crucialmente, ni en Londres, donde el problema les afectaba de rondón, adoptaron el consejo de la lógica y la experiencia. Si Estados Unidos era enemigo de ambos imperialismos políticos y mercantiles, hasta un retrasado mental habría acariciado la ilusión de desunirlos. Los Estados *desunidos* de

[15] *Op. cit., loc cit. supra.*

[16] Judah P. Benjamin a William H. Preston, Richmond, 20 de junio de 1864, desp. 6, en *op. cit. supra,* t. II, p. 650, ed. cit.

[17] *Op. cit., loc. cit. supra.*

[18] Judah P. Benjamin a John Slidell, Richmond, 23 de junio de 1864, desp. 40, en *op. cit. supra,* t. II, p. 564, ed. cit.

América tenían que ser el ideal político de Europa, máxime cuando, entre 1861 y 1862, se les ofreció la desunión en bandeja de plata. En ese momento les tenían desunidos por obra de sí mismos, sin colaboraciones extrañas, y toda la lógica que pueda caber en la política aconsejaba fomentar la desunión, y aprovecharla. En vez de eso los ingleses se encogieron de hombros, y Napoleón adoptó actitudes esquizofrénicas, como la de pretender intervenir en el conflicto, como componedor amigable. Sólo que ni los beligerantes le permitieron desempeñar ese papel, ni tampoco aprovechó para sus fines la oportunidad dorada. Cortó al fin toda relación con Slidell, se convirtió en observador neutral de las batallas donde se ventilaban sus intereses, y así vio cómo se pelearon Bull Run, Gettysburg y Appomattox.

Judah P. Benjamin, el gran político del sur, puntualizaba lleno de amargura: "He dicho que estamos peleando las batallas de Francia e Inglaterra, y no necesita pensarse mucho para llegar a esa conclusión".[19]

No era preciso ser un genio para concluir que en Appomattox, al desplomarse la última esperanza confederada, se resolvía igualmente la suerte del imperio mexicano. Tal cosa pensaba Benjamin el 27 de diciembre de 1864.

Lo pensaba y escribía el 27, la víspera de los Santos Inocentes.

Algunos meses corrieron entre Appomattox y la adopción, en Washington, de medidas radicales. Mientras, iban y venían emisarios del sur, empeñados en lograr, para millares de vencidos, la oportunidad de cruzar el río Grande, en busca de tierras que colonizar, o de un puesto entre los soldados del imperio.[20] Eran días de dolor en el inmenso territorio que se extiende entre el Potomac, los montes Apalaches, Nuevo México, el río Grande y California. Vagabundos, dueños

[19] Judah P. Benjamin a John Slidell, Richmond, 27 de diciembre de 1864, en *op. cit. supra*, t. II, p. 695, ed. cit.

[20] Sobre las gestiones para acomodar en México a los sudistas derrotados, unos en tierras por colonizar, y otros en el ejército: Alphonse Danó al ministro de Negocios Extranjeros. Nota muy reservada; México, 11 de junio de 1865, en *Archives du Ministére des Affaires Étrangéres, Fonds: Mexique*, vol. 63, ff. 342-352. En lo sucesivo designaremos este archivo bajo la sigla AMAE.

de raído uniforme y de alguna pistola, llegaban hasta la frontera. No soportaban su "homeland" vencido y vacío, sin sus dogmas sociales y su antiguo sentido de la vida. Tanto caló entonces el odio —porque a nadie se odia con más fuerza que a quien acaba con ilusiones e impone dogmas enemigos—, que dura todavía, con hombres y mujeres atormentados por la derrota y las represalias, como aquella marcha de la muerte que regó con lágrimas el camino del general Sherman hasta el mar. Era un ambiente tenso, en el que pareció lógico el asesinato del presidente Lincoln, en el Teatro Ford de Washington, y el atentado contra Seward, en su propia casa, donde le dejaron por muerto. El norte se llenó de luto vivo, del que se comunica y circula sin esfuerzo, llevado por el dolor de la gente, y llegó a Chihuahua, capital de la república de México, donde la bandera estuvo a media asta en homenaje al gigante caído. Pero el atentado no iba a modificar el curso de la historia. Abrió apenas un compás de espera, en la política exterior sobre todo, mientras el país y Mr. Seward restañaban sus heridas.

Unos meses antes de que la guerra concluyera, al perfilarse como cosa hecha la victoria de la Unión, Seward había trazado ciertas normas para los diplomáticos norteamericanos en Europa, respecto del ya inminente imperio mexicano. Entre marzo y noviembre de 1862 se dirigió a Karner, ministro en España, a Motley, ministro de Austria, a Wood, ministro en Dinamarca, entre otros. En Copenhague, por ejemplo, Wood había tenido la ligereza de visitar al enviado mexicano imperial acreditado en Rusia y los países nórdicos. Este hecho, al igual que los problemas que planteara Karner, sobre su conducta en el caso de que Fernando Maximiliano visitara Madrid durante su viaje a México, proporcionó al secretario de Estado la ocasión de reiterar la conducta de Estados Unidos para con el imperio mexicano: por mantener relaciones con el gobierno de Juárez, el de Estados Unidos no reconocería la existencia de ningún otro "gobierno revolucionario", establecido al margen y contra la autoridad de aquél.

Al terminar la guerra, consumado el atentado en el Teatro Ford, Fernando Maximiliano daba todavía rienda suelta a su optimismo, y soñaba en capitalizar la derrota del sur, al valorase en Washington tanto la neutralidad que guardó durante la contienda como el hecho

de no haber prestado oídos a los emisarios de Richmond.[21] Entonces resolvió enviar a Estados Unidos al general Almonte y a Joaquín Degollado, seguro de que el presidente Johnson, al tanto de sus ideas liberales, habría "depuesto sus prevenciones",[22] pero a la vez, fiel a su costumbre de encender una vela a Dios y otra al diablo, mandaba al general Robles a negociar con el general Slaugther las condiciones para recibir, en México, a los remanentes del ejército del sur. El emperador se proponía sacar a un tiempo ventajas de vencedores y vencidos, y de paso quitarse de encima a Almonte, que le estorbaba ya. Era un "exilio honroso" para el viejo gestor del imperio, y el emperador tuvo la debilidad de confesarlo al ministro de Francia, quien, lejos de aplaudir la medida, encontró que se alejaba así de la capital, en forma poco honrosa, "a los dos únicos y verdaderos partidarios de nuestra intervención y del imperio".[23]

El marqués de Montholon, antiguo ministro en México, acreditado ya en Washington, cargaba con buena parte de la responsabilidad en el optimismo de Fernando Maximiliano. Montholon estaba convencido de que el gobierno de Estados Unidos reconocería al imperio mexicano antes de seis meses,[24] y ni siquiera los sucesos de Matamoros y Brownsville, donde autoridades civiles y militares de Estados Unidos instalaron centros de conspiración y propaganda en favor de Juárez, lograron mermar sus esperanzas. Todavía sugirió que se destinaran mil pesos mensuales para "modificar" el lenguaje de la prensa norteamericana, desfavorable al imperio,[25] pues suponía que el gobierno se encontraba inclinado a mantener su neutralidad e impedir el reclutamiento de "inmigrantes" destinados al servicio de la república, pero una vez que D. Joaquín Degollado se presentó en Washington con una carta de Maximiliano para el presidente Johnson, y que éste no se dignó recibir la carta ni menos al emisario,[26] se

[21] *Op. cit., loc. cit., supra.*

[22] *Op. cit., loc. cit., supra.*

[23] *Op. cit., loc. cit., supra.*

[24] Alphonse Danó al ministro de Negocios Extranjeros. México, 29 de junio de 1865, en *op. cit. supra,* vol. 63, *in fine,* ff. 405-411.

[25] Alphonse Danó al ministro de Negocios Extranjeros. Nota confidencial, México, 11 de agosto de 1865, en *op. cit. supra,* vol. 64, ff. 98-101.

[26] *Op. cit., loc. cit., supra.*

vio obligado a modificar sus convicciones. Su confianza en la neutralidad de Estados Unidos se desplomó por fin. Pero aun así ignoraba que todos —él, Danó y el emperador Maximiliano— jugaban a la gallina ciega, porque donde el optimismo había naufragado ya era en la corte de las Tullerías.

Primero el 17 de agosto, y luego el 10 de septiembre de 1865, Drouyn de Lhuys indicó a Montholon que el gobierno del emperador deseaba, "con la mayor sinceridad" la llegada del día en que "el último soldado francés" pudiera abandonar el territorio mexicano, fin para el cual esperaba Napoleón la colaboración americana,[27] pero fue un mes después, el 18 de octubre, cuando el emperador confió a su ministro en Washington la misión de convencer a Johnson de que su gobierno podría contribuir a "apresurar el momento" de que abandonara México el último de sus soldados, *garantizando* tan sólo que no se pretendía "entorpecer" el nuevo orden de cosas:

> Y la mejor garantía de sus intenciones, que pudiera darnos, sería el reconocimiento del emperador Maximiliano por el gobierno federal.[28]

¿Cómo pudo suponer Luis Napoleón que si durante casi cuatro años se negó Washington a dar su espaldarazo al estado de cosas existente en México, iba a hacer eso ahora, en 1865? ¿Cómo pudo imaginar que si, con el agua al cuello, Estados Unidos rehusó dar las seguridades que pretendía, las iba a conseguir cuando estaba a flote? Misterio. Cerrado misterio. La garantía que Napoleón buscaba habría sido probable tres años antes, cuando el conflicto interno se inclinaba hacia la victoria del sur, pero entonces, en vez de echar su espada sobre uno de los platillos, para cortar por lo sano y ponerse a salvo de futuros riesgos, le dio por ser árbitro entre los beligerantes. Equivocó el procedimiento, y perdió la jugada, pero querer ahora capitalizar su error, y obtener garantías para salir del atolladero, era razonar como un zulú. Pretendía una garantía para retirarse. Una

[27] Drouyn de Lhuys al marqués de Montholon. Reservada. París, 18 de octubre de 1865, en *Correspondencia de la legación mexicana en Washington durante la intervención francesa,* t. VII, ed. cit. En lo sucesivo mencionaremos esta obra bajo la sigla CLMW.

[28] *Op. cit., loc. cit., supra.*

garantía de quien, con sólo proponérselo, podría echar de México en seis meses a todos sus soldados y generales, con Maximiliano y los suyos por añadidura.

El proyecto de Luis Napoleón se comunicó al mismo tiempo a Bazaine, que le opuso objeciones débiles, fincadas, sobre todo, en el hecho de que por carecer el imperio de "raíces muy profundas" podría resultar peligroso dejar abierta la puerta a la influencia americana, salvo en el caso de que se diesen "garantías muy serias" previas al retiro de las fuerzas.[29] Las garantías que el mariscal reclamaba eran aproximadamente las que Drouyn tenía en mente cuando envió a Washington su nota del 18 de octubre. Pero la respuesta de Seward, el 6 de diciembre, disipó las esperanzas. Lamentaba, para principiar, que la idea del emperador de los franceses resultara "impracticable del todo", pues aún reconociendo el derecho de las naciones soberanas "para hacerse la guerra unas a otras", no podía perderse de vista que el reconocimiento de tal derecho dependía de que no se invadiera "nuestro derecho, o se amenace nuestra seguridad o justa influencia". El punto fundamental de queja radicaba no en el hecho de que el ejército francés se encontrara en México, sino en el de haber arruinado un gobierno republicano "con el que Estados Unidos simpatiza muy profundamente", para instalar en su lugar una "monarquía extranjera", considerada por Estados Unidos como injuriosa y amenazadora.[30]

Después de cuatro años de abstinencia, la madre de los polluelos mostraba las poderosas garras. La balanza del poder en América, inestable durante la guerra civil, recuperaba su equilibrio, o mejor dicho su desequilibrio permanente. Faltaba poco también para que en Europa la tal balanza resultara menos que una frase. Los prusianos la pondrían en peligro en Sadowa, al vencer a los austriacos, y la reducirían a la nada en Sedan y en Metz. Napoleón quiso adelantarse a los acontecimientos aplicando remedios caseros y tardíos, y por lo pronto jugó una carta de árbitro en los asuntos americanos. De un

[29] Mariscal Bazaine al ministro de Negocios Extranjeros, México, 2 de enero de 1866, en AMAE, *Fonds: Mexique,* vol. 65, ff. 450-455.

[30] William H. Seward al marqués de Montholon, Washington, 6 de diciembre de 1865, en CLMW, t. VII, p. 31, ed. cit.

extraño árbitro con la cola entre las piernas. Como si no existieran Seward y la doctrina Monroe.

Ésta, la doctrina Monroe, fue la respuesta que dio Washington a su desafortunado intento. En las ideas fundamentales de la nota del 6 de diciembre campeaba la figura del famoso presidente de Estados Unidos. No tienen desperdicio las palabras de Seward, resonancias del mensaje del 2 de diciembre de 1823.

> Tan injusto como imprudente sería, por parte de Estados Unidos, tratar de destruir los gobiernos monárquicos de Europa, para remplazarlos por repúblicas, como nos parece injusto que los gobiernos europeos intervengan en América para remplazar, con monarquías e imperios, los regímenes republicanos.[31]

La publicación, en México, del decreto del 3 de octubre de 1865, vino a empeorar una situación grave de suyo. Apenas enterado Seward del famoso decreto, instruyó al ministro de Estados Unidos en Francia para que, por órdenes del presidente, "llamara la atención del gobierno francés, con la mayor seriedad" por causa de los "procedimientos militares" que se adoptaban en México, y en virtud de los cuales se negaba a los mexicanos, "en armas en defensa de su propio gobierno republicano", los derechos consagrados internacionalmente en beneficio de los prisioneros de guerra.[32] Y el 30 de noviembre, enterado ya del fusilamiento de Arteaga y Salazar en Santa Ana Amatlán, escribió a París nuevamente:

> Otra vez debo encargaros que llaméis la atención al gobierno imperial [...] Si después resultaren ciertos esos hechos, como hay muchos motivos para creerlo, no dudamos que el gobierno de Francia jamás autorizará procedimientos que tanto repugnan a los sentimientos de la civilización moderna, y a los instintos de la humanidad.[33]

[31] *Op. cit., loc. cit., supra.*

[32] William H. Seward a Mr. Bigelow, ministro en Francia, Washington, noviembre 3 de 1865, en *op. cit. supra,* t. VII, p. 99, ed. cit.

[33] William H. Seward a Mr. Bigelow, Washington, 30 de noviembre de 1865, en Niceto de Zamacois, *Historia de México,* t. XVIII, cap. V, p. 262, México-Barcelona, 1885. Seward

A esas alturas, por supuesto, Napoleón y su ministro de Negocios Extranjeros estaban hasta la coronilla. "Nosotros no somos el gobierno de México —respondió Drouyn cuando Bigelow le comunicó la protesta de Seward—; nos hacéis mucha honra en tratarnos como si lo fuésemos. ¿Por qué no ocurrís al presidente Juárez?"[34] Era ciertamente un rapto que nada bueno auguraba, ya que no sólo llamaba a Juárez "presidente", sino que además daba a Washington carta blanca en los asuntos mexicanos. "No puede hacerse una declaración más amplia —pensaba Romero—; y ella autorizaría a este gobierno a enviar un ejército a derrocar a Maximiliano."[35] Que el barco imperial se hundía en México era claro, y lo era también que los franceses buscaban sólo una salida de emergencia. Otro que veía las cosas de ese modo era Calderón Collantes, el secretario de Estado de doña Isabel II. Bien informado por el marqués de la Ribera —ojos acostumbrados a las cosas de México—, comprendió cuál era el fin que se deparaba al experimento imperial. Los compromisos de Francia con España forzaron el reconocimiento del régimen, pero no irían más lejos. Todo lo contrario: conducirse cautelosamente, y cortar "intimidades" que pudieran "comprometer a España".[36]

Así terminaba 1865, sombríamente. En México, la pérdida de la confianza era total, y que nunca se había visto una suspensión de negocios semejante a la que se padecía entonces fue lo que "personas imparciales" aseguraron al marqués de la Ribera.[37] La República se encontraba reducida al último extremo de la miseria, en Paso del Norte, pero era cierto también que los franceses habían ganado todas

---

dijo a Romero que Estados Unidos sentía "profundamente" la muerte de esos "bravos campeones de la causa de la libertad", y reprobaba ese sistema de hacer la guerra, que "tan mal se avenía" con la tesis de las "naciones civilizadas". William H. Seward a Matías Romero, Washington, 14 de marzo de 1866, en CLMW, núm. 187, p. 288, ed. cit.

[34] Bigelow a William H. Seward, París, 30 de noviembre de 1865, en *op. cit. supra,* p. 99, ed. cit.

[35] Matías Romero al ministro de Relaciones Exteriores, Washington, 6 de enero de 1866, en *op. cit. supra,* p. 8, ed. cit.

[36] Saturnino Calderón Collantes a J. Jiménez de Sandoval, Real Orden, San Ildefonso, 3 de noviembre de 1865, en Archivo de la Legación de España en México, caja 116, leg. 1. En lo sucesivo este archivo se mencionará bajo la sigla ALE.

[37] J. Jiménez de Sandoval a S. Calderón Collantes, México, 28 de agosto de 1865, en *op. cit. supra,* desp. 98, caja 117.

las batallas sin vencerla. Hasta donde los franceses llegaron en 1865, llegaron, sin ganar después un metro más. Mientras, los llamados "disidentes" no daban su brazo a torcer, ni parecía afectarles siquiera el desconsuelo de la retirada permanente. Más bien ocurría lo contrario: "brotan de las piedras —escribía Jiménez de Sandoval—, sin importarles el crecido número de víctimas que cuentan en sus filas".[38]

Sólo Fernando Maximiliano no valoraba lo que ocurría en México, ni menos, por supuesto, lo que pasaba en Washington y en París. Creyó tal vez que el decreto del 3 de octubre pondría fin a los problemas militares, porque así se lo aseguró Bazaine, y cuando llegó a su conocimiento el llamado golpe de Estado, en Paso del Norte, supuso que si bien Juárez no había abandonado el territorio nacional, quedaría tan desprestigiado en cambio a los ojos de Washington que nada podría salvarlo. Fraguó entonces un silogismo ingenuo, de los que conducen a las conclusiones deseadas: si el señor Juárez había prorrogado sus funciones presidenciales, violando la constitución que decía defender, y si el gobierno de Estados Unidos reclamaba sobre todas las cosas un gobierno respetuoso de sus propias normas de derecho público, ese mismo gobierno no podría continuar reconociendo a un gobierno espurio, y se vería en la necesidad de tratar con el gobierno imperial. Premisa mayor. Premisa menor. Y conclusión optimista.

Jamás sospechó que a los hombres de Washington pudiera interesar más la doctrina de Monroe que todos los silogismos, y tampoco supuso que Napoleón pudiera conducirse como lo que realmente era.

Se concretó a no pensar, uno de sus hábitos arraigados.

Enero de 1866. Washington era un nido de conjeturas junto a su helado Potomac. A bordo de una goleta de guerra, Seward acababa de partir rumbo al Caribe. Oficialmente se explicó el viaje por motivos de salud, pero aquí y allá prosperaban ciertas sospechas, ya que por el soleado mar quedaban México y los franceses; Santa Anna en Saint

J. Jiménez de Sandoval a S. Calderón Collantes, México, 9 de enero de 1866, en *op. cit. supra*, desp. 5, caja 144.

Thomas, y en Cuba el capitán general. Matías Romero aprovechó la recepción oficial del día 1 para meter las narices donde pudo. El ministro de Marina colmó su inquietud, al confirmar que el viaje del secretario de Estado nada tenía que ver con su salud, e igual cosa le dijo el ministro del Interior. El ministro de España fue más lejos, asegurando que Seward llevaba órdenes para que el general Sheridan no hostilizara a los franceses, especie que políticos y funcionarios federales "rechazaron con indignación" después.[39] Romero no descansaba un momento, y seguía pistas para explicar el misterioso viaje, que por cierto desviaba la atención pública de los acontecimientos importantes: el primer mensaje anual, que Johnson acababa de pronunciar en el congreso, y el inminente discurso de Napoleón ante el cuerpo legislativo de Francia.

El 4 de enero, finalmente, Romero recibió la visita del ministro de Rusia, que llegaba a comunicarle una nueva versión del viaje. Según el barón de Stoeckle, Seward había ido a Saint Thomas para pedir a Santa Anna que organizara un gobierno en México, a la salida de Maximiliano, para cuyo fin el gobierno de Washington propondría tanto al emperador como a Juárez que se retiraran de la lucha, con el objeto de que el antiguo "héroe de Tampico" organizara un gobierno provisional, en tanto se preparaban y consumaban nuevas elecciones.[40]

Aunque inexacto en el detalle, acertaba en lo principal el ministro ruso, ya que el viaje del secretario de Estado se había resuelto inesperadamente, al terminar 1865, ante la repentina complicación de la situación mexicana. Los decretos del 8 de noviembre permitieron a Juárez continuar en la presidencia, mas colocaron también a los hombres de Washington bajo el fuego graneado de buena parte de la opinión pública norteamericana, sensible al problema constitucional que de pronto surgía en el vecino país, atizado por la propaganda de González Ortega y sus partidarios. Se hallaban además en un momento complejo, incierto en cuanto a la actitud final de Francia,

[39] Matías Romero al ministro de Relaciones Exteriores, Washington, 1 de enero de 1866, en CLMW, desp. 1, p. 2. ed. cit.

[40] Matías Romero al ministro de Relaciones Exteriores, Washington, 4 de enero de 1866, en *op. cit. supra,* desp. 5, p. 5, ed. cit.

cuando los acontecimientos de Paso del Norte llegaron a fortalecer la propaganda antijuarista de franceses, imperialistas y partidarios de González Ortega. Un señor Plumb, que escribía por cuenta de la legación de México en el *Herald* de Nueva York, "creyó que la publicación del decreto relativo al general Ortega produciría más mal que bien". Y Romero, que compartía su opinión, sólo dio a la publicidad el decreto relativo a la prórroga presidencial de Juárez, y no el que eliminaba a González Ortega, que a juicio del ministro debió dejarse pendiente hasta que el hombre de Zacatecas hubiera tomado las medidas agresivas que se daban por seguras. "Después de este acto de rebeldía, el decreto habría venido muy bien, y habría sido considerado no sólo conveniente sino necesario." Juárez y Lerdo de Tejada pensaban de otro modo, pero Romero lo atribuía a que se encontraban lejos de Washington. "Si hubieran estado ustedes entonces aquí, habrían pensado como yo, en vista de las circunstancias".[41] Otro importante periódico de Nueva York —*The News*—, comentaba una semana antes de partir Seward:

> Prescripción más clara que ésta [la del artículo 86 de la Constitución] no se podría dar, y de ella resulta claro que es González Ortega y no Juárez el Presidente Constitucional de la República Mexicana, dado el caso de que la tal República exista. En consecuencia, si nuestro Gobierno da algún valor a la Constitución Mexicana, y si nombramos Ministro, debemos acreditarlo cerca de Ortega y no de Juárez. Estas consideraciones fueron discutidas en el Gabinete, en la reunión de ayer. No se negó que Ortega pudiera tener razón, y se cree que se resolvió que, en las actuales circunstancias, no conviene enviar Ministro a la República de México.[42]

Mas independientemente de la estatura política que adquiría con el apoyo de la opinión pública "constitucionalista" de Estados Unidos, Jesús González Ortega principiaba a dibujarse también

[41] Matías Romero al ministro de Relaciones Exteriores, Washington, 2 de marzo de 1866, en *op. cit. supra*, desp. 149, p-- 225, ed. cit.

[42] Alejandro Villaseñor y Villaseñor, *El golpe de Estado de Paso del Norte*, cap. XVII, p. 217, México, Jus, 1962.

como candidato a Napoleón para el caso, nada remoto, de verse forzado a acceder a *la solución republicana* que Washington exigía. Las recientes notas de Drouyn de Lhuys, buena parte de las cuales se habían dado a la publicidad, dejaban ver que el emperador de los franceses buscaba una oportunidad para salir de México con decoro, y tanto Johnson como Seward sospechaban que, al abandonar a Maximiliano, y renunciar a la subsistencia del imperio, Napoleón trataría de implantar una república, encabezada por un presidente que garantizara los intereses comprometidos. Este presidente no podía ser Juárez, por abundantes razones, pero podría ser González Ortega, a quien el de Guelatao eliminó en Paso del Norte a costa de la constitución, punto en que la opinión pública americana reaccionaba en forma casi unánime y adversa.

Que Napoleón proyectaba salir de la trampa cogido a una solución "republicana", era cosa cierta. En París era del dominio público que en el consejo de ministros se hablaba con desenfado de una solución de ese tipo para finiquitar la cuestión mexicana, y don Jesús Terán, que se encontraba en aquella ciudad, sospechaba que la trama partía de la formación de un partido franco-mexicano, que enarbolara una nueva bandera al partir Maximiliano, y restableciera la República con el mariscal Bazaine como presidente interino. "Así piensan atar las manos y callar la boca a los Estados Unidos", escribía a Matías Romero.[43] Los nuevos proyectos franceses llegaban a Washington en forma de rumores, por lo general, aunque aquí se daba por cierto que no habría transacción sobre esa base, sí en cambio, llegado el caso, tampoco podrían convertir a Juárez en cuestión de honor. Si Napoleón cedía buenamente en punto a la retirada absoluta de sus fuerzas, llevando consigo a Maximiliano, y por supuesto a Bazaine, ellos tal vez tendrían que conceder algo en cuanto a la persona del nuevo presidente. Sacrificar a Juárez, por ejemplo. ¿Y entonces? Entonces tal vez González Ortega, o ¿por qué no? don Antonio López de Santa Anna, el eterno pretendiente. Por lo demás nada se perdía con efectuar sondeos, y en cambio se ganaban algunos buenos días

[43] Jesús Terán a Matías Romero, París, 19 de febrero de 1866, en CLMW, desp. 66, p. 265, ed. cit.

de sol en el Caribe. Unas vacaciones, tan merecidas por el atareado secretario de Estado.

Cierto día ancló un barco de Estados Unidos en la bahía de Saint Thomas, y de él descendió Seward, que después de presentar sus respetos al gobernador de la colonia tomó camino de la casa del famoso desterrado. El jalapeño, según su vieja costumbre, dejó ir la lengua. Habló, como un César, de su sangre vertida en la primera guerra de su patria contra los franceses, y de su pierna amputada en la defensa del 11 de septiembre de 1829, y de haber sido el primero que juró, "sobre las arenas de Veracruz", la "ruina de los tiranos". Seward trató de meter baza en aquel discurso, y le recordó sus viejos sondeos imperialistas, y aun su adhesión pública al imperio dos años antes, pero Santa Anna salió por la tangente, y continuó con el recuerdo de sus hazañas.[44] Al despedirse, Seward le aseguró que Estados Unidos jamás reconocería al imperio mexicano, y que pronto llegaría la ocasión de poner en práctica nuevamente la doctrina Monroe.[45] Santa Anna le acompañó hasta el carruaje, y anunció que al día siguiente le pagaría la visita.

Pero a la mañana siguiente, cuando el héroe de Tampico y de San Jacinto llegó a la bahía, el barco había desaparecido. Seward navegaba de regreso, y el 28 de enero se hallaba de nuevo en Washington, donde entre otros impacientes le esperaba Romero, a quien concedió audiencia desde luego. Don Matías no salía de su asombro al ver a Seward ameno y locuaz, todo lo contrario de la actitud que guardó en los días previos al viaje. Más todavía: ahora le daba explicaciones sobre su visita a Saint Thomas, que atribuyó a motivos de salud, aunque accidentalmente vio a Santa Anna, en cuya casa estuvo, por parecerle poco noble "no atender la invitación de un antiguo enemigo de Estados Unidos". El secretario de Estado agregó, para terminar, que el antiguo prisionero de San Jacinto le produjo la impresión de ser "un hombre de muy buen entendimiento, de voluntad

[44] José Fuentes Mares, *Santa Anna: Aurora y ocaso de un comediante,* cap. X, p. 360 y ss., 2ª ed., México, Jus, 1959.

[45] Antonio López de Santa Anna al coronel Manuel M. Jiménez, San Thomas, 15 de enero de 1865, en Genaro García, *op. cit. supra,* t. XIII, p. 127, ed. cit.

muy firme, y de buenas dotes para ser jefe de partido".[46] Aquí apostilló Matías Romero:

> Creo que por engañado que esté Mr. Seward respecto de los méritos y cualidades de Santa Anna, no lo estará tanto como antes de verlo. Si realmente creyó que podría ser el hombre para la situación, me parece que habrá tenido motivo para cambiar de opinión.[47]

Y así era: Seward había mudado de ideas, y sabía que no podía pensar en un "tercer hombre" como solución para México. El lugar de Santa Anna estaba en un museo, no en la presidencia de una república puesta al día. Juárez y Maximiliano eran figuras vigentes, por lo menos, que representaban principios actuales, enemigos y batalladores. Ahora quedaba solamente llevar a la práctica las ideas que Mr. Johnson sustentó en su primer mensaje presidencial, que eran por supuesto las del secretario de Estado: Estados Unidos, que no interfería cuando las potencias escogían sus dinastías y sistemas de gobierno, esperaba ser acreedor de una consideración igual cuando los intereses continentales americanos andaban de por medio. "Consideraríamos una gran calamidad para nosotros, para la causa del buen gobierno y para la paz del mundo —dijo Johnson al terminar su mensaje— que alguna potencia europea desafiaría al pueblo americano, obligándolo, en cierto modo, a la defensa de los principios republicanos contra la intervención extranjera."[48]

Ahora, en cuanto a quién fuera el presidente de la república que Johnson defendía tan ardorosamente, tampoco era ya motivo de discusión. No podía pensarse en Santa Anna, ni por otros motivos en González Ortega, eliminado de un plumazo en Paso del Norte, el 8 de noviembre de 1865, sin que un solo mexicano disparara un tiro en defensa de su causa. Quedaba Juárez solamente.

El hombre de Guelatao había ganado la partida.

[46] Matías Romero al ministro de Relaciones Exteriores, Washington, 19 de febrero de 1866, en CLMW, desp. 76, p. 90, ed. cit.

[47] *Op. cit., loc. cit., supra.*

[48] El mensaje del presidente Johnson, en Matías Romero al ministro de Relaciones Exteriores, Washington, 5 de febrero de 1866, *op. cit. supra,* desp. 80, p. 96, ed. cit.

En París, al terminar el año de 1865, corrían rumores en el sentido de que, en su próxima aparición ante el cuerpo legislativo, el emperador anunciaría el regreso del cuerpo expedicionario. Las noticias y versiones fueron copiosas de seguro; ya José Manuel Hidalgo las comunicó personalmente a Maximiliano a mediados de enero, y en Washington las daban por ciertas. Cuando Romero visitó a Mr. Summer, presidente de la comisión de relaciones exteriores del senado, éste le aseguró que a principios de enero anunciaría Napoleón el regreso del cuerpo expedicionario, y agregó que, mientras tanto, no era conveniente adoptar medidas que pudieran modificar, en sentido adverso, la conducta inminente del emperador de los franceses.[49]

El 9 de enero, efectivamente, confirmando las sospechas que corrían en Washington, París y México, Drouyn de Lhuys envió una nota al ministro de Francia en Estados Unidos, destinada a preparar el campo. Aquí decía el ministro de Negocios Extranjeros que la divergencia entre los dos gobiernos nacía de una apreciación errónea de las intenciones de Francia, nunca hostiles "a las instituciones del Nuevo Mundo, y menos aun a las de Estados Unidos", como lo probaba la ayuda en hombres y dinero que Francia les prestó durante su guerra de independencia; la invitación que en noviembre de 1861 se les hizo para que se sumaran a la expedición contra México, y finalmente la neutralidad que la misma Francia guardó durante la contienda civil.[50] Cierto que en México se encontraba instalado un imperio, mas no estaba allí porque el ejército francés hubiera "llevado las tradiciones monárquicas en los pliegues de su bandera", sino por la existencia, en el país, de un "partido poderoso" cuyo origen era "muy anterior" a la expedición. Francia no tenía por qué cargar con responsabilidades en punto a la decisión del pueblo mexicano, que llamó al emperador Maximiliano. Por lo demás, como no envió su expedición a México "para hacer proselitismo monárquico" sino para obtener reparaciones, sonaba la hora de "aproximar, en todo

[49] Matías Romero al ministro de Relaciones Exteriores, Washington, 31 de enero de 1866, en *op. cit. supra,* desp. 26, p. 26, ed. cit.

[50] La nota de Drouyn de Lhuys al marqués de Montholon se encuentra en Niceto de Zamacois, *op. cit. supra,* t. XVIII, pp. 57-361, ed. cit. También la sintetiza Seward en su nota al ministro de Francia del 12 de febrero de 1866, en CLMW, p. 496, ed. cit.

lo posible", el momento de retirarse "con seguridad para nuestros nacionales, y con dignidad para nosotros mismos".[51]

En forma cada vez más definida, Luis Napoleón buscaba escapatoria al callejón que parecía no tenerla, pero en el astuto secretario de Estado no encontraron eco los argumentos *à la française*, y el 12 de febrero, en una nota extensísima, que es también uno de los documentos diplomáticos más importantes en la historia del imperio mexicano, respondió a Drouyn de Lhuys. Seward no deseaba convertirse en juez, y como tal analizar los motivos que originaron la guerra entre Francia y México, ya que sólo le competía hablar de esa guerra "hasta el punto en que nos afecta, por cuanto trasciende a nuestros intereses", y a las instituciones americanas en este continente. Contra esas instituciones e intereses se había levantado un trono en México, y en él, apoyado por armas extranjeras, se instaló un monarca, extranjero también. De aquí resultó que, independientemente de que las primitivas miras de la expedición francesa no hubieran sido "abandonadas ni olvidadas" —se refería Seward a las reclamaciones económicas—, su importancia vino a menos, sin embargo, hasta quedar subordinadas *"a una revolución política que ciertamente no hubiera ocurrido sin la violenta intervención francesa":*

> Estados Unidos no ha encontrado prueba alguna satisfactoria de que el pueblo haya manifestado su voluntad, creando o aceptando el llamado imperio, que se pretende haber sido establecido por él en la capital. Estados Unidos opina que semejante aceptación no pudo prestarse libremente, ni solicitarse con lealtad, en ninguna circunstancia, hallándose presente el ejército invasor, y creen que la retirada de las tropas francesas es indispensable para que tenga lugar semejante manifestación de parte de los mexicanos [...] Estados Unidos reconoce, y es preciso que continúe reconociendo en México, solamente la antigua república [...] Así es que, con razón o sin ella, la presencia en México de ejércitos europeos, que sostienen a un príncipe de Europa con atributos imperiales, sin el consentimiento del pueblo y contra

[51] *Op. cit., loc. cit. supra.*

> su voluntad, se considera fuente de temores y peligros no sólo para Estados Unidos, sino también para todos los estados independientes y soberanos, fundados en el continente americano y en sus islas adyacentes [...] Ignoro si podemos esperar que Francia acepte este modo de ver las cosas, mas sea de ello lo que fuere, reproducimos el principio de que ninguna nación extranjera tiene derecho a intervenir en esos ensayos de México, y bajo el pretexto de querer corregir sus errores, privar a su pueblo de su derecho natural a una libertad republicana e independiente.[52]

Y para cortar en definitiva, y de raíz, la esperanza napoleónica de canjear la retirada del cuerpo expedicionario por el reconocimiento del imperio, Seward puntualizó:

> Sería poco noble, de parte de Estados Unidos, suponer que, al hablar de arreglos preliminares, el emperador se propone dejar establecidas en México, antes de retirar sus fuerzas, las instituciones que han sido precisamente el motivo grave de que los mismos Estados Unidos hayan objetado la intervención francesa. Sería aún más irregular suponer que, por un momento, Estados Unidos podría consentir o tolerar, aunque fuera indirectamente, el establecimiento de tan odiosas instituciones.[53]

El 5 de abril contestó Drouyn de Lhuys la nota del secretario de Estado. Texto breve, prueba hasta dónde se cogía Napoleón de un clavo ardiendo, ya que le bastó leer en la nota de Seward que Estados Unidos mantendría su política tradicional de no intervención, para entender que allí se le abría la escapatoria que buscaba. Le bastó la declaración de Seward en el sentido de que el gobierno de Estados Unidos se había apegado en el curso de su historia, y se apegaría en lo futuro, a esa regla de conducta, para contestar que su gobierno recibía *"con entera confianza esa seguridad"*, y encontraba en ella *"una garantía suficiente para no diferir ya por más tiempo la*

[52] William H. Seward al ministro de Negocios Extranjeros, Washington, 12 de febrero de 1866, en CLMW, pp. 496-506, ed. cit.

[53] *Op. cit., loc. cit. supra.*

adopción de medidas que tengan por objeto disponer el regreso de nuestro ejército".

> El emperador —concluía la nota— ha resuelto que las tropas francesas evacuarán en tres porciones: la primera, debe partir en el mes de noviembre de 1866; la segunda en marzo de 1867, y la tercera en el mes de noviembre del mismo año.[54]

Era lo mismo, palabra más o menos, que Napoleón anunció el 22 de enero, al comparecer ante el cuerpo legislativo:

> El gobierno fundado por la voluntad del pueblo de México se consolida —dijo—. Vencidos y dispersos los disidentes, no tienen ya jefe. Las tropas nacionales han demostrado su valor, y el país ha encontrado las garantías de orden y seguridad necesarias para el desarrollo de sus recursos y el incremento de su comercio, que ha ascendido de veinticinco a sesenta y siete millones, con Francia solamente.
>
> Como me prometía el año anterior, nuestra expedición toca a su fin. Estoy en tratos con el emperador Maximiliano para fijar la salida de nuestras tropas, a fin de que su regreso se verifique sin comprometer los intereses franceses que hemos ido a defender en aquel lejano país.[55]

Independientemente de su habilidad para hilvanar tal número de insensateces en tan pocas líneas, era cierto que Napoleón tenía miedo, mucho miedo, y que estaba resuelto a salir del embrollo de cualquier modo. ¿Que Estados Unidos ratificaba su política de no intervención? Magnífico, eso bastaba. Para ese fin, durante cinco años, Francia invirtió en la empresa sangre y millones: para obtener de Seward una declaración, en el sentido de que Estados Unidos permanecería fiel a la norma de no intervención que le trazó el señor Jorge Washington, padre de su independencia.

[54] Drouyn de Lhuys al marqués de Montholon, París, 5 de abril de 3866, en *op. cit. supra,* p. 506, ed. cit.

[55] Niceto de Zamacois, op. *cit. supra,* t. XVIII, p. 362, ed. cit., también doc. 102, de CLMW, p. 146, ed. cit.

En la capital norteamericana el mensaje de Johnson y el discurso de Napoleón produjeron desconsuelo en Matías Romero, quien por lo visto esperaba una declaración de guerra a Francia de parte del presidente, o que el emperador de los franceses anunciara la evacuación para hora fija del siguiente día. Algo menos insatisfecho se encontraba Juárez en Paso del Norte: "Por lo contrario, a mí me sorprendió agradablemente lo que dijo [Mr. Johnson], porque yo poco o nada me esperaba. Yo nunca me he hecho ilusiones respecto del auxilio abierto que pueda darnos esa nación. Yo sé que los ricos y los poderosos ni sienten, ni menos procuran remediar las desgracias de los pobres".[56] Y en abril, cuando bajo los efectos de la nota americana del 12 de febrero Napoleón doblaba las manos definitivamente y comunicaba a Washington las fechas de la evacuación de México, volvía D. Benito a las andadas: "Yo no me llevo chasco, porque hace mucho, muchísimo tiempo, que tengo la convicción de que de ese gobierno no hemos de recibir ningún auxilio directo en fuerzas ni en dinero".[57]

Para Juárez, por lo visto, el único auxilio digno de consideración consistía en dólares y en soldados, pensando tal vez en una intromisión de los barcos de guerra de Estados Unidos, como la de marzo de 1860 en Antón Lizardo, donde le aseguraron el triunfo en la guerra de Reforma. Ahora "no se hacía ilusiones" aunque por otro lado actuaba como si se las hiciera, ya que en ningún momento frenó los trabajos de Romero por obtener la colaboración armada de Estados Unidos, y tanto insistió Matías en el auxilio militar, que el secretario de Estado, hasta la coronilla del oaxaqueño, se vio en el caso de puntualizar los riesgos:

> Trató también de manifestarse Mr. Seward —escribió Romero a Lerdo de Tejada—, que a México mismo convenía que los Estados Unidos no le den auxilio ninguno físico, y que sólo cuente con el moral que

[56] Benito Juárez a Pedro Santacilia, Paso del Norte, 19 de enero de 1866, en *Epistolario de Benito Juárez,* p. 348, prólogo y notas de Jorge L. Tamayo, México, 1957.

[57] Benito Juárez a Pedro Santacilia, Paso del Norte, 13 de abril de 3866, en *op. cit. supra,* p. 354, ed. cit.

> ha tenido hasta aquí. Dijo que estaba seguro que si un ejército de los Estados Unidos iba a México nunca regresaría: que sí era fácil arrojar a los franceses de nuestro país; pero que sería imposible arrojar a los yankees: que medio millón de pesos que el Gobierno de los Estados Unidos nos prestara ahora, nos costaría después un Estado, y por cada arma que nos diera en estas circunstancias tendríamos que pagar con un acre de tierra mineral.[58]

En tremenda paradoja, nuevamente los yanquis velaban por nosotros. Como cuando el senado rechazó el tratado McLane-Ocampo, en 1860. Como cuando rechazó el tratado Corwin-Doblado, en 1862. Juárez, por aquello de que "los ricos y los poderosos ni sienten, ni menos procuran remediar las desgracias de los pobres", había perdido las ilusiones de recibir "auxilio directo en fuerzas o dinero", pero así y todo su ministro en Washington, más tozudo que su paisano, sólo cejó cuando Mr. Seward le advirtió las consecuencias. Efectivamente, una vez que los americanos expulsaran de México a los franceses ¿quién los expulsaría a ellos? Era un riesgo que no se habían planteado, por lo visto, ni Romero ni Juárez.

Sorprende que el Benemérito de las Américas, recién elevado a esa dignidad, estimara sólo el auxilio en dólares y soldados, cuando otras ayudas eran más valiosas. Washington no había cedido un instante en su reclamación de que las fuerzas francesas abandonaran México, y Juárez jugaba a la gallina ciega cuando, en abril de 1866, negaba que el gobierno de Estados Unidos hubiera exigido a Napoleón que retirara sus fuerzas "en mayo".[59] Es posible que "en mayo" no, pero él sabía que Washington exigía la evacuación del cuerpo expedicionario de tiempo atrás, y *permanentemente.* Por último, al terminar el conflicto, y ante las evidencias incontestables, Juárez reconoció el "apoyo moral" de Estados Unidos, y lo hizo como quien concede una migaja. Aunque el "apoyo moral" hubiera consistido en

[58] Matías Romero al ministro de Relaciones Exteriores, Washington, 6 de abril de 1866, en CLMW, doc. 266, pp. 384-385, ed. cit.

[59] Benito Juárez a Berardo Revilla, Paso del Norte, 24 de abril de 1866, en *Epistolario,* p. 357, ed. cit.

cinco años de presión incesante sobre Napoleón, que culminó con las notas del 6 de diciembre de 1865 y del 12 de febrero de 1866.

Con estas notas, verdaderos medios de apremio, culminó el "apoyo moral" de Washington a la causa de la República. Las contestó Napoleón el 9 de abril, fijando la forma y fechas de la evacuación del cuerpo francés expedicionario.

POSIBLES ANTECEDENTES DE LA INTERVENCIÓN FRANCESA

*Margarita M. Helguera**

La historia de México tuvo en el siglo XIX un episodio que siempre será motivo de estudio y curiosidad: la intervención francesa de 1862. Fue éste uno de los más críticos momentos de nuestro siglo pasado, un momento clave en la trayectoria de México. La intervención merece los más serios estudios desde el punto de vista histórico, pero es indudable que podría ser el tema central de una gran obra literaria (no es de extrañar que Rodolfo Usigli haya escrito una de sus mejores obras inspirándose en esos sucesos). Las consecuencias trágicas que la intervención tuvo para sus protagonistas europeos parecen el ejemplo mismo de lo que la fortuna adversa puede ocasionarles a los mortales: ruina, desolación, locura y muerte. Napoleón III, protagonista principal, cayó vertiginosamente desde una situación en apariencia brillante hasta el terrible desastre de Sedan, en 1870. A muchos siglos de distancia parece reproducirse la dramática historia del rey Creso que Herodoto nos cuenta en su obra. Los otros personajes principales, Maximiliano y Carlota, corrieron con una suerte aún más desdichada. El elegante, refinado y rubio Maximiliano, vástago ilustre de una de las casas reales más viejas y poderosas del mundo, acabó su vida solitario, enfermo y angustiado, frente a un pelotón de fusilamiento en una ciudad provinciana de un país hostil y que le era casi desconocido. Carlota, bella y llena de ambición, tuvo que salir de México a toda prisa, con la agobiante seguridad de que el tan deseado imperio se había perdido sin remedio; pero no sólo se perdió el imperio sino que Carlota perdió la razón. Y para que el suceso fue-

Historia Mexicana, vol. 15, núm. 1., julio-septiembre de 1965, pp. 1-24.

* Universidad Nacional Autónoma de México.

ra más rápidamente conocido en todo el mundo y tuviera un efecto más impresionante, la casualidad quiso que Carlota tuviera su primer gran ataque de locura en pleno Vaticano. Realmente una especie de halo fatal parece envolver las vidas de estos tres personajes, tan llenos de oropel al principio y tan lamentables al final de la aventura.

Por otro lado, por el lado mexicano de la tragedia, aparece un personaje lleno de fuerza dramática, aunque sus características tengan, comparándolo con los tres europeos, un aspecto menos esplendoroso: Juárez. Los tres protagonistas imperiales tienen como antagonista a este silencioso, impasible y positivamente enigmático personaje que fue Benito Juárez. Napoleón III, Maximiliano y Carlota resplandecen, elegantes, enjoyados y condecorados. Napoleón tenía unos grandes bigotes; Maximiliano una rubia barba. Juárez solía llevar como atuendo habitual una levita oscura, no tenía ni barbas, ni bigotes, pero se apoyaba en algo mucho más sólido que sus rivales: la razón y la justicia. A la postre Juárez, el que de niño había sido un humilde pastor, acabó fusilando al archiduque de Austria y causando inquietud y malestar al sobrino de Napoleón el grande.

El resultado funesto que la intervención tuvo para los archiduques y para el emperador de los franceses condiciona la imagen que el curioso lector se forma de este episodio. El lector, después de conocer someramente los acontecimientos, llega a la conclusión de que la intervención fue una aventura absurda y Maximiliano y Carlota unos insensatos al embarcarse en ella. Sin embargo, si se profundiza un poco, se descubre que los archiduques no tenían en Europa un porvenir muy claro. Francisco José, el emperador de Austria, no parecía desear que su hermano Maximiliano ocupara cargos de primera categoría; Maximiliano y Carlota no tenían más futuro que vegetar en su castillo de Miramar; para la ambición de ambos, en especial de Carlota, tal situación no era nada deseable. Llega a comprenderse que, tras recibir a la delegación de miembros del Partido Conservador Mexicano y confiando en la ayuda de Napoleón III, Maximiliano y Carlota se lanzaran con positiva avidez a la empresa mexicana.

¿Pero, y Napoleón III qué motivos tuvo para meterse en tales complicaciones?

Es de sobra sabido que la intervención empezó siendo triple;

en ella participaban los gobiernos de España, Gran Bretaña y Francia. Los acuerdos se tomaron en una convención reunida en Londres en octubre de 1867. Ingleses y españoles venían dispuestos a cobrar sus deudas valiéndose de procedimientos amenazadores, pero sus intenciones no parecían ir más allá, y en la convención de Londres se habían comprometido a no interferir en los asuntos de política interna de México. (Tal vez España tuviera otros proyectos, pero el talento y clara visión de Juan Prim evitaron mayores complicaciones.) Pero muy pronto la actitud francesa se mostró cada vez más agresiva contra el gobierno de Juárez y los buenos oficios de Manuel Doblado resultaron inútiles. La intención del gobierno de Napoleón III era claramente la de dominar militarmente México, con vistas a dominarlo políticamente, aprovechando una serie de circunstancias favorables en la política internacional.

Al llegar a este punto del conocimiento el lector se plantea una pregunta de difícil contestación: ¿qué se proponía Napoleón III, qué proyectos tenía sobre México?[1] En efecto, lanzarse a una empresa transatlántica tan costosa y tan complicada sólo se comprende suponiendo que el gobierno francés tuviera la más completa seguridad en su éxito y suponiendo, también, que el resultado de ese éxito sería algo sensacional para Francia. Ahora bien, esas risueñas visiones que el dominio de México parecía prometer ¿cómo se formaron, qué origen tuvieron?, ¿qué creían los franceses que iban a encontrar en México?

Lo primero que se le ocurre a uno es que los informes de los representantes diplomáticos franceses acreditados en México fueron la base sobre la que el gobierno francés edificó su empresa. Hasta cierto punto tal suposición es verdadera.[2] Tanto el vizconde de Gabriac, como su sucesor Dubois de Saligny, como el jefe de las fuerzas expedicionarias francesas, almirante Jurien de la Gravière, escribieron siempre sus informes en apoyo de la intervención y con total confianza en el fácil éxito militar de la empresa. Ninguno de los tres

[1] Christian Scheffer, *La grande pensée de Napoleon III,* París, Librairie Marcel Rivière, 1939, p. II.

[2] *Versión francesa de México. Informes diplomáticos. 1858-1862,* volumen segundo, traducción y prólogo Lilia Díaz, México, El Colegio de México, 1964.

manifestó nunca la menor duda por el triunfo de la expedición y ninguno de los tres tuvo la menor vacilación en cuanto a la legalidad y justicia de la intervención; al contrario, como muchos de sus compatriotas, estaban convencidos de que la intervención francesa salvaría a México de la disolución y del caos a que sus guerras civiles la estaban conduciendo, así como de la muy positiva amenaza de que Estados Unidos se lo anexara.

Sin embargo, estos informes diplomáticos, aunque alentaron y reforzaron el proyecto, no parecen ser ni su origen, ni su apoyo único. ¿Habrán sido los conservadores mexicanos que residían en Europa los que hicieron nacer el proyecto en el gobierno francés? Pasan por la memoria todos los manejos e intrigas de personajes como Gutiérrez de Estrada, Almonte, Hidalgo, Miranda, etc. Los intentos de este grupo por hacerse oír, unas veces, por Isabel II de España, y las más por Napoleón III. Su apoyo al archiduque Maximiliano en quien vieron un príncipe ideal para México —no sabe uno basándose en qué criterio— y su conexión estrecha con el partido opuesto al gobierno de Juárez. Pero resulta difícil admitir que un grupo de extranjeros expatriados tuviera tal fuerza de convencimiento y que el gobierno francés les diera crédito. Sin duda no fueron las maniobras de este grupo de conservadores las que incubaron en Francia la idea de la intervención.

Ya llegado a este punto, y completamente intrigado, el curioso se pregunta cuál habrá sido el poderoso aliciente que impulsó al gobierno francés a decidir la intervención y a suponer, sin género de duda, que de dicha intervención se obtendrían frutos brillantísimos. Y entonces se descubre una larga, insistente y abundante presión que la opinión pública francesa fue recibiendo durante toda la primera mitad del siglo XIX y que pudo influir, ¿por qué no?, en el criterio del propio gobierno imperial: una serie continua de libros narrando experiencias de viajeros franceses en México.

Es un hecho bien conocido que la corona española nunca vio con buenos ojos que visitantes extranjeros recorrieran sus posesiones. Los relatos de viajes por México durante los siglos coloniales son relativamente escasos, aunque entre ellos esté la obra maestra de este género: el *Ensayo político sobre la Nueva España,* del barón

Alejandro de Humboldt. Precisamente el *Ensayo* tuvo una gran influencia en la opinión pública europea y revivió la idea, ya vieja, sobre la riqueza fabulosa de México.[3] El *Ensayo político* ofreció a Europa la imagen de unas regiones inmensas, muy ricas, de muy variadas riquezas, pobremente explotadas por una metrópoli en decadencia. La independencia de México, unos años después, dejó abiertas las puertas a la especulación. Aquella admirable riqueza había dejado de tener dueño y estaba entregada a sus propias fuerzas. La codicia y la curiosidad europeas, dos características esenciales de la cultura de Occidente, sólo necesitaban un pequeño estímulo para fijarse sobre México.

Al convertirse en nación independiente, México permitió con cierta facilidad la entrada de extranjeros en su territorio. Franceses, ingleses y alemanes recorrieron frecuentemente nuestro país, y muchos de ellos fijaron aquí su residencia con el deseo de emprender algún rápido y lucrativo negocio que les permitiera volver enriquecidos a su patria. La colonia extranjera más numerosa asentada en México fue siempre la francesa (exceptuando naturalmente a los españoles)[4] y, asimismo, los viajeros escritores franceses fueron los más numerosos durante la primera mitad del siglo XIX.[5]

Un nexo sutil se fue estableciendo, en esa época, entre los dos países, México y Francia, por el hecho de residir en el primero un importante núcleo de población procedente del segundo, y porque los lectores franceses fueron recibiendo información abundante sobre nuestro país a través de las obras de compatriotas y contemporáneos suyos.

Hay que advertir que la abundancia de relatos de viajes demuestra que fue éste un género literario muy solicitado durante el siglo pasado; con frecuencia las obras que mencionaremos recibieron los honores de una segunda, y a veces tercera edición, aunque realmente

[3] Daniel Cosío Villegas, "La riqueza legendaria de México", en *El Trimestre Económico*, México, Fondo de Cultura Económica, abril-junio, 1939, VI, núm. 1.

[4] Francisco López Cámara, *Los fundamentos de la economía mexicana en la época de la Reforma y la intervención*, México, Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, sección Historia, 1962, p. 17.

[5] Lucien Biart, *La tierra caliente. Escenas de la vida mexicana*, México, Editorial Jus, 1962, p. 191.

no sean libros de una calidad particularmente notable. Esto refuerza la impresión de que la literatura viajera gozaba de gran demanda y de que México era tema de cierto interés para los lectores franceses.

Ahora bien, ¿qué decían sobre México estos viajeros?, ¿qué tipo de noticias juzgaban dignas de ser conocidas en Francia?

Analizando algunos libros de viajes por México tendremos una respuesta a estas preguntas y nos haremos cierta idea de la opinión que el francés medio tenía sobre México.

Los viajeros cuyas obras vamos a utilizar forman un conjunto bastante heterogéneo. Hay que añadir que conocemos, en general, pocos detalles de sus vidas; las noticias que aquí se presentan proceden fundamentalmente de sus propias obras. Las obras, por su parte, son tan desiguales como sus autores; unas son buenas y bastante acertadas, otras parecen pura fantasía con pocos fundamentos; unas son benévolas, otras son hostiles. Algunos de estos libros fueron redactados casi al mismo tiempo que su autor viajaba (el diario es una costumbre muy característica del siglo XIX, y muchos de estos libros fueron, en su primera versión, un simple diario de viaje), otros datan de años después, cuando el autor, en la calma de su gabinete, organizó sus recuerdos y sus notas.

El más antiguo de los que vamos a citar es un autor que se firmaba J. C. Beltrami. Su obra fue escrita en francés y publicada en París, probablemente en 1830; Beltrami firmó el prólogo en diciembre de 1829. Nosotros hemos trabajado con una edición traducida al español y publicada en 1852 por la imprenta de Francisco Frías, en Querétaro. En esta edición el libro se llama sencillamente *México*. La obra está planeada en forma de epistolario y la primera carta la fechó el autor en Tampico el 28 de mayo de 1824. Este Beltrami no era en realidad francés, pero residía en Francia y escribía en francés. Probablemente era un desterrado político; algún principado italiano, sometido a la reacción que siguió a la caída de Napoleón I, lo persiguió por sus ideas liberales. Él afirma que viajaba por placer, por curiosidad, y que los gastos salían de su propio bolsillo, e insiste frecuentemente en la escasez de sus medios. Su obra es una especie de compendio de historia de México, para ilustración de las personas

que desconocieran totalmente nuestro país. Insiste muy particularmente en la expedición de Francisco Javier Mina, pues le parece una hazaña notable, cuyo recuerdo aún está fresco. Es Beltrami un observador benévolo; en general todo le parece bien y merece su aprobación. Este personaje era violentamente anticlerical, tenía por España verdadera fobia, lo cual nos inclina a creer que tal vez fuera de origen napolitano. Era hombre de cierta cultura clásica, más humanista que científica; probablemente ejerció la carrera de leyes.

Mencionaremos ahora a un joven colono de la zona del río Coatzacoalcos, Pierre Charpenne. Charpenne llegó a México muy joven, de unos veinte años aproximadamente. Era natural del Mediodía de Francia y vino a México por espíritu de aventura, deseando enriquecerse rápidamente. No le sonrió la fortuna y tras un año de penalidades, fatigado y desanimado volvió a su patria. Su libro es un relato de viajes sencillo y agradable; era un gran amante de las bellezas naturales y todos sus gustos y afinidades se inclinaban hacia el romanticismo. El viaje de Charpenne data de 1831; el libro fue publicado al poco tiempo de su regreso a Francia y se titula *Mon voyage au Mexique.*

Sigue en fecha un autor muy importante: Michel Chevalier, quien viajó por Estados Unidos y por México entre 1833 y 1835. Michel Chevalier no era un viajero vulgar: era un agente del gobierno francés y, según afirma él mismo, Adolfo Thiers lo envió a observar las obras públicas en Estados Unidos, especialmente los ferrocarriles, de cuya introducción en Francia era Chevalier ferviente partidario. Chevalier es una figura muy distinguida; hombre muy concienzudo en sus trabajos, nos ha dejado una obra notable sobre Estados Unidos, que contiene numerosas referencias a México: *Lettres sur l'Amérique du Nord,* editada en París en 1837. Sobre México en especial publicó también unas *Lettres* (que no hemos podido encontrar) entre julio y agosto de 1837 en el *Journal des Débats.* Con motivo de la expedición contra México, organizada a finales de 1861, volvió a editar esas cartas o artículos, ahora en forma de libro y ampliándolas considerablemente, con el título de *Le Mexique ancien et moderne.*

Chevalier hizo estudios en la Escuela Politécnica de París, saliendo de ella con el grado de ingeniero de minas. Sin embargo no fue

su profesión la que le dio renombre, sino sus estudios en cuestiones de economía política, materia en la cual se lo respetaba como gran autoridad. En su juventud había sido un entusiasta seguidor de las ideas de Fourier y Saint-Simon. Más tarde fue profesor de economía política en el Colegio de Francia y miembro distinguido de la Academia de Ciencias Morales y Políticas. Durante el régimen de Napoleón III gozó de gran influencia, fue senador y consejero de Estado; el importante tratado del libre cambio, firmado en 1860 con Inglaterra, fue negociado por él en la parte francesa.[6]

Citaremos a continuación *Mexique et Guatemala,* de un señor M. De Larenaudière, editado en París en 1843. Poca cosa podemos decir de este autor; su libro insiste, sobre todo, en cuestiones de geografía y de ciencias naturales. Dedica cierta atención a la historia antigua de México, basándose en Clavijero. Cita abundantemente a Humboldt (cosa que todos hacen) y menciona, también, a su predecesor Beltrami.

Usaremos bastante a un autor cuyo nombre era Isidore Löwenstern, quien publicó en París en 1843 una obra titulada *Le Mexique, souvenirs d'un voyageur.* Löwenstern no era francés, era un judío austriaco convertido luego al catolicismo, pero su lugar habitual de residencia era Francia y escribía sus obras en francés. Fue miembro correspondiente de varias sociedades científicas francesas. La mayor parte de sus obras versan sobre asuntos de arqueología y numismática. Era persona acaudalada, aunque al final de sus días se vio en necesidades por los malos manejos de un administrador. Gracias a su fortuna personal pudo realizar largos e interesantes viajes por el Oriente, por América e incluso llegó a China. A pesar de su fortuna y de las facilidades que ésta le proporcionaba, Löwenstern era persona de humor desapacible y poco comprensivo; en México encontró pocos motivos de satisfacción y muchos de queja.

Por las mismas fechas del viaje de Löwenstern, poco más o menos, estuvieron en México dos novelistas. El más notable se llamaba Eugenio Gabriel Luis de Bellemare, pero firmaba sus producciones con el seudónimo de Gabriel Ferry. Este autor, hoy casi desconocido, gozó en su tiempo de notoriedad, sus obras tuvieron varias edi-

[6] Scheffer, *op. cit.,* p. 257.

ciones y algunas de ellas merecieron un prólogo lleno de alabanzas de George Sand. Vivió Bellemare unos cuantos años en México; según parece, había venido a arreglar una cuestión de intereses familiares; falleció en un naufragio en aguas americanas en 1852. Escribió varias obras que tienen como escenario México. Son novelas de tipo costumbrista y pintoresco, bien escritas y muy amenas. Su fama literaria se asentaba, precisamente, sobre sus libros de asunto mexicano, considerados por sus contemporáneos como muy ilustrativos y curiosos. *Scènes de la vie mexicaine* es una de sus obras.

El otro novelista es Paul Duplessis, muy inferior en simpatía y calidad literaria a Ferry. Las obras de Duplessis que se han consultado son *Aventures mexicaines y Un mundo desconocido.* La primera se ha consultado en una tercera edición fechada en París, en 1848; la segunda la conocimos en una traducción al castellano hecha en España y que data de 1861. La obra se presenta como procedente de un famoso autor y muy instructiva para penetrar en el conocimiento de México. Las obras de Duplessis no parecen justificar el éxito y las varias ediciones, pero el hecho es que en su tiempo fueron muy leídas. Son relatos parecidos a los de Gabriel Ferry, exagerando la nota pintoresca y el costumbrismo.

Siguiendo cierto orden cronológico mencionaremos ahora a un autor de quien tenemos muy pocos informes: Charles Olliffe, cuya obra lleva el título de *Scènes américaines, dixhuit mois dans le Nouveau Monde.* Es un librito muy pequeño y muy superficial, lleno de erudición clásica y de arranques líricos. Las únicas afirmaciones un poco sólidas proceden siempre de citas del *Ensayo* de Humboldt. Consultamos esta obra en una segunda edición fechada en París en 1853. El autor advierte en el prefacio que se ha decidido a lanzar esta segunda edición en vista del gran éxito alcanzado por la primera. Este detalle nos hace sospechar el interés con que eran acogidas las noticias sobre México, cuando una obra insignificante obtiene los honores de una segunda edición.

Entre 1846 y 1847 visitó Yucatán un señor llamado Arthur Morelet, como etapa de un viaje por América Central y la isla de Cuba. No tenemos informes sobre la personalidad de este viajero; él afirma que viajaba por placer con la intención de conocer cosas nuevas e

interesantes y que los gastos salían de su propio bolsillo. El libro en que narra sus viajes fue editado en 1857; lleva el título de *Voyage dans l'Amérique centrale et le Yucatan.*

Entre 1852 y 1854 causaron inquietud en México la persona y los proyectos de un aventurero notable, el conde francés Gastón de Rousset-Boulbon. Este aventurero tenía unos planes confusos que parecían encaminarse a la conquista de Sonora y a la emancipación de ese estado, separándolo de la nación mexicana y creando una nueva república al estilo de Texas, pero bajo la tutoría de Francia. El proyecto fracasó y Rousset perdió la vida. Entre los franceses que lo acompañaron o que, por lo menos, lo conocieron, estaba un Hyppolite Coppey, que publicó un folleto apologético en memoria del conde, explicando o justificando sus proyectos. Conocemos esta obrita en una traducción y edición modernas, pero otro viajero francés, autor de una obra muy interesante, cita el folleto de Coppey en su obra publicada en 1857. Este segundo autor es Mathieu de Fossey.

Nos ocuparemos ahora de un autor muy importante, Jean Jacques Ampère. En este caso la importancia depende más de la calidad de la persona que de la calidad de la obra. Efectivamente, la obra sobre América de Ampère es buena, pero no excepcional; en cambio, la personalidad y el total de los trabajos de Ampère son muy interesantes. Ampère era hijo de un sabio ilustre, André Marie Ampère, físico notable que se hizo inmortal por sus trabajos en el campo de la electricidad. Ampère hijo se dedicó a la historia y a la filosofía, fue profesor de historia de la literatura francesa en el Colegio de Francia, miembro de la Academia Francesa y colaborador y socio de varias publicaciones y sociedades científicas. Viajó infatigablemente, causando la amplitud de su cultura la admiración de sus contemporáneos. Es autor de varias obras importantes sobre cuestiones literarias, pero la que aquí se mencionará lleva el título de *Promenade en Amérique,* consultada en una segunda edición publicada en 1856. Ampère llegó a México en enero de 1852 y salió en abril del mismo año.

Viene ahora un autor destacado, no por la fama de la persona, sino por la indiscutible calidad de la obra: Mathieu de Fossey. De Fossey llegó a México como colono y se estableció en las orillas del Coatzacoalcos. La colonización fracasó y los colonos pasaron gran-

des penalidades. Muchos de ellos volvieron a Francia, otros murieron por efecto de enfermedades tropicales. De Fossey perseveró, a pesar de las dificultades, y el resto de su vida residió en México, donde llegó a gozar de cierta fortuna y consideración. Como el clima de la ciudad de México no le probaba, residía habitualmente en Oaxaca. Al poco tiempo de llegar a México Mathieu de Fossey publicó una obrita sobre el país a donde venía como colono. Esta obra se consultó en una versión española publicada en México en 1844. Lleva el título de *Viaje a México.* Cuando De Fossey llevaba ya muchos años de estancia en México rehízo su obra, ampliándola considerablemente. Esta nueva versión fue publicada en París en 1857 con el nombre de *Le Mexique.* De Fossey era hombre inteligente y buen observador; su larga estancia le permitió un conocimiento muy superior al de los otros viajeros; su obra nos proporciona una visión interesante y bastante completa de la realidad mexicana de su tiempo, sobre todo en los aspectos económicos.

En 1857 publicó en París su *Journal d'un missionnaire au Texas et au Mexique* el abate Emmanuel Domenech. El abate vino a cumplir una misión religiosa a Texas en 1846. Domenech era entonces muy joven y estaba recién ordenado. Por estas fechas Texas no formaba ya parte de México pero el misionero en sus recorridos atravesaba con frecuencia la frontera, internándose en territorio mexicano. La vida misionera aparece en este libro durísima y agotadora, a tal grado que el abate, pese a su juventud, enfermó gravemente y tuvo que volver a Francia en 1852. Abandonando por cuestiones de salud la labor misionera, se dedicó a escribir, haciéndose de cierto prestigio como autoridad en asuntos americanos. Probablemente ésa fue la razón de su relación, años más tarde, con los sucesos de la intervención francesa. Domenech, según parece, vino al principio como capellán de las fuerzas expedicionarias francesas, y poco después volvió a Francia con una comisión que podríamos llamar agente de prensa y propaganda de Maximiliano. De esta época data una obra titulada *Juarez et Maximilien.*[7]

[7] Francisco de Paula Arrangoiz, *Méjico desde 1808 hasta 1867,* 4 vols., Madrid, Imprenta de Pérez Dubrull, 1871, IV, p. 88.

En 1862 publicó Lucien Biart su libro *La tierra caliente,* obra que conocemos en una traducción española de reciente publicación. Lucien Biart era un naturalista que residió bastantes años en México, publicando varias obras de escenas mexicanas, de lectura amable. El autor conoció a fondo las regiones por él descritas porque tenía el hábito de viajar a pie, buscando ejemplares para sus colecciones. Sus especialidades eran la botánica y la entomología.

Finalmente mencionaremos a Désiré Charnay, quien en su tiempo tuvo cierta fama como arqueólogo. Algunas de sus obras más importantes están dedicadas a las antigüedades mexicanas: *Anciennes villes du Nouveau Monde y Cités et ruines américaines.* Charnay tradujo al francés las *Cartas de relación* de Hernán Cortés. Vino a México comisionado por el gobierno de Napoleón III en 1857, con el propósito de estudiar las antiguas culturas mexicanas. Producto de este viaje son los libros antes citados, uno de los cuales, *Cités et ruines américaines,* lo dedicó el autor al emperador de los franceses con gran efusividad.

Los libros anteriormente mencionados son sólo una muestra, tomada al azar, de la abundante corriente literaria que los franceses le dedicaron a México durante todo el siglo pasado.

Analizados superficialmente estos escritores viajeros se descubre la gran variedad que reina entre ellos. Unos, como Beltrami, son optimistas y todo lo encuentran bien; otros como Löwenstern o Chevalier, son pesimistas y ven muy oscuro el futuro de México. Unos, como Olliffe, poseen una gran cultura clásica; otros, como Chevalier o De Fossey, se especializan en cuestiones de economía y política; otros más se interesan por la arqueología, como Charnay; algunos clasifican plantas e insectos, como Biart. Los hay difíciles de acomodar en el marco de un conocimiento específico, como Morelet. Tres de ellos son gente de letras: dos novelistas fascinados por una comarca exótica, Duplessis y Ferry, el tercero un sabio historiador: Ampère.

Löwenstern era muy rico, Beltrami se queja de ser pobre. Chevalier y Chamay vinieron como enviados por gobiernos franceses. De Fossey, Charpenne y probablemente Coppey vinieron como co-

lonos. Algunos, como Olliffe, Ampère y Morelet, hicieron por México un viaje rapidísimo. Charpenne y Löwenstern estuvieron en el país cerca de un año. De Fossey vivía en México. El abate Domenech conoció especialmente la región noreste del país; Morelet conoció el sureste. Beltrami era anticlerical y probablemente ateo; Domenech era un misionero católico; Löwenstern había practicado la religión mosaica.

Añadamos, finalmente, que los viajes datan de muy distintas fechas. Los viajeros conocieron México en distintas épocas, con distintos presidentes, e incluso bajo diferentes constituciones políticas. Ellos mismos procedían de muy diversas clases sociales y económicas y su formación intelectual era de lo más dispar. Pero a través de esas grandes diferencias, que a veces rayan en divergencia, descubrimos una serie de rasgos comunes. Algunas de estas coincidencias son producto de la observación de una misma realidad. Es natural que sucesivos viajeros descubran en un país una serie de hechos, o de costumbres, que permanecen casi inalterables porque son lo que constituye la realidad característica de ese lugar. Sin embargo, hay otras coincidencias mucho más importantes y más interesantes, que no dependen ya de la realidad observada, sino de una reflexión sobre dicha realidad. Es decir, ante algunos rasgos notables de la vida mexicana estos autores reaccionan de una manera bastante parecida y las reflexiones a que se entregan resultan singularmente semejantes en todos ellos.

Los lectores contemporáneos de estas obras deben haber descubierto esos temas comunes y, precisamente por el hecho de su repetición, deben haberles concedido mayor importancia que al resto de los relatos. Es probable, además, que hayan quedado más grabados en la memoria del público y hayan dejado más huella por la misma razón. También es posible que los lectores terminaran imaginándose a México a través de esos repetidos enfoques.

Estos temas comunes a todos los viajeros son muy interesantes y muy reveladores, hay en ellos un fondo económico y político bastante marcado. No se concretan a reflexiones o análisis sobre hechos o situaciones mexicanas; a través de ellos se transparenta Europa. Las ambiciones o necesidades europeas surgen en el fondo de los proble-

mas mexicanos; diciéndolo de una manera un poco melodramática, en estos libros se intuye que Europa está al acecho y que México es la presa deseada.

He aquí estos grandes temas que aparecen en todos los viajeros y que forman el verdadero meollo de sus obras:

a) la riqueza inagotable de México;
b) la desastrosa situación política de México;
c) los mexicanos y sus defectos;
d) las grandes reformas y mejoras que podrían introducir los europeos en México;
e) los inconvenientes, muy escasos, que habría que afrontar para llevar a cabo dichas reformas;
f) sugestión o petición declarada de una intervención francesa en México, lo que sería un bien para todos, franceses como mexicanos.*

El tema inicial de la riqueza de México es el más amplio y el más repetido. Los viajeros que visitaron nuestro país durante el siglo XIX llegaron con la idea preconcebida de que México estaba dotado de unas inmensas riquezas naturales. Nada de lo que vieron durante su viaje les hizo cambiar de opinión; aunque la nación atravesara por frecuentes crisis políticas; aunque el problema máximo de todos los gobiernos fuera la falta de fondos, los viajeros siguieron convencidos de la existencia de una riqueza natural inmensa, pero deficientemente explotada. He aquí dos ejemplos breves que pueden servir como muestra de esa opinión general. Dice J. C. Beltrami:

> Poseen [los mexicanos] todas las calidades de tierras y todos los climas propios a las producciones de ambos mundos: la naturaleza les ha concedido un depósito general de todos los metales los más preciosos y necesarios; la Providencia los colocó entre la Europa y las Indias orientales y los dos grandes mares bañan sus costas en una

*Es imposible, dada la brevedad de este trabajo, presentar una selección de fragmentos que ilustren y demuestren la tendencia de los viajeros a insistir particularmente en los temas enumerados. De vez en cuando se intercalará alguno especialmente claro y breve.

> extensión inmensa [...] Además el mar de California les ofrece perlas, así como las tierras interiores oro y plata, recogidos con abundancia en su seno.[8]

J. J. Ampère visitó México poco después de concluida la guerra con Estados Unidos. Este autor supone que el desastre se va a repetir en un futuro no lejano y exclama:

> que deviendra ce beau et malheureux pays, le plus riche en productions de tous gentes qui soit au monde, le seul qui reunisse les métaux precieux au productions végetales des climats tropicaux et des climats tempérés.[9]

Esta fabulosa riqueza de México tan exageradamente ponderada por los viajeros se catalogaba, a grandes rasgos, en dos clases: riqueza de origen mineral y riqueza debida a la explotación agrícola. La primera clase, la riqueza obtenida de las minas, causa en los viajeros un verdadero espejismo. La riqueza del subsuelo de México en vetas de plata es descrita por todos ellos de una manera llena de entusiasmo y avidez. Veamos un par de ejemplos. Dice Mathieu de Fossey:

> Les mines du Mexique ont donné les neuf dixièmes de tout l'argent qui circule dans le monde entier, et celles de Guanaxuato fournissent à elles seules les trois quarts de ce qu'on tire annuellement du sein de la terre. C'est en considérant les groupes des montagnes entasséee les unes sur les autres, dont les entrailles recélent tant de métaux précieux, qu'on demeure étonné des richesses incalculables de ce pays privilegié de la nature.[10]

Charles Olliffe concluye así sus observaciones sobre las minas de México: "A mesure que les siècles s'écoulent les célèbres

[8] J. C. Beltrami, *México,* 3 vols., traducido del francés para el folletín de *El Federalista,* Querétaro, Imprenta de F. Frías, 1852, III, p. 237.

[9] Jean-Jacques Ampère, *Promenade en Amérique,* 2 vols., 2a. ed., París, Levy Frères, 1856, II, p. 285.

[10] Mathieu de Fosay, *Le Mexique,* París, Plon Éditeur, 1857, p. 436.

mines d'argent du Mexique ne semblent nullement en voie de s'epuiser".[11]

La idea común a todos los viajeros es que las minas mexicanas son las más importantes del mundo y que el momento de su extinción está todavía muy lejano, porque el subsuelo entero de México es una veta riquísima.

Si la minería era un infalible camino hacia la riqueza en México, los viajeros afirman que la agricultura podía serlo igualmente. Además la agricultura podía abarcar cultivos tropicales, cada vez de mayor demanda en los mercados del mundo: vainilla, cacao, café, etc.; cultivos de tipo subtropical, esenciales para la economía internacional: azúcar, algodón, tabaco, etc.; o cultivos propios de clima templado: cereales, legumbres, frutales, etc., etc. Los suelos y los climas de México servían para todo, según los viajeros. Veamos un par de ejemplos. Dice Löwenstern:

> J'y trouvai une des nombreuses preuves qu'au Mexique c'est dans la fertilité du sol qu'il faut *chercher* la véritable richesse.[12]

Y Mathieu de Fossey dice del Bajío.

> Les torres du Bajío rendent communément trente grains de blé pour un, sans jamais recevoir d'engrais. On se fera une idée de cette prodigalité de la cères mexicaine en réflechissant que l'on ne récolte en France que sept fois la semence, terme moyen.[13]

Por cierto, aquí conviene recordar que el hecho de que México produjera algodón (cuidadosamente registrado por todos los viajeros) fue un factor importante en la decisión del gobierno francés de intervenir en 1862, cuando Estados Unidos, primer productor mundial de algodón, había suspendido sus exportaciones a causa de la guerra de secesión, con gran perjuicio de la industria textil francesa.

[11] Charles Oliffe, *Scènes Américaines,* 2a ed., París, Libraire Amyor, 1863, p. 308.
[12] Isidore Löwenstern, *Le Mexique,* París, Arthus Bertrand Éditeur, 1843, p. 203.
[13] De Fouzy, *op. cit.,* p. 439.

A la riqueza minera y agrícola hay que añadir las posibilidades infinitas de la pesca, en un país tan extensamente dotado de litorales sobre dos océanos.

Este tema de las riquezas naturales de México, tan reiterado y atractivo, debe de haber causado en más de un lector francés el deseo de emigrar a esta comarca favorecida por la naturaleza. Y no sería remoto que algún miembro del gobierno francés, al leer uno de estos libros, haya suspirado pensando en lo útiles que serían las riquezas mexicanas puestas al servicio de Francia.

Si la minería y la agricultura son los dos caminos más despejados para la obtención de la riqueza, los viajeros hacen saber que queda otra posibilidad, posibilidad que hasta los momentos en que ellos escriben no ha tenido desarrollo: la industria y el comercio. Sobre este aspecto de la economía mexicana los viajeros proporcionan escasas noticias, pero éstas apuntan siempre hacia la gran oportunidad que se le presenta a la gente emprendedora. En México no existía apenas algo que mereciera el nombre de industria, el comercio interior era pobre y el exterior se basaba en la exportación de un limitado número de productos tropicales. Todo este vastísimo campo de actividad estaba virgen, esperando gente decidida que se lanzara a explotarlo. Y, en efecto, poco a poco, a lo largo del siglo XIX, México se fue llenando de comerciantes, artesanos y capitanes de empresa extranjeros y como siempre —exceptuando a los españoles— el número más crecido era de franceses.[14]

Un curioso libro, titulado *Les français au Mexique,* obra de Auguste Genin, un francés que residió muchos años en México a fines del siglo pasado y principios de éste (trabajaba en la fábrica nacional de armas y pólvora), nos muestra cómo la sociedad mexicana estaba incrustada de inmigrantes franceses dedicados a las más diversas actividades, en algunas de las cuales ejercían un verdadero monopolio: cocineros, modistas, peluqueros, dueños de empresas de transporte, dueños de hoteles, etc. Estos franceses trabajaban enérgicamente con el fin de enriquecerse y volver a Francia en posesión de una cierta fortuna. Désiré Charnay comenta: "La société française au Mexique

[14] López Cámara, *op. cit.,* p. 66.

est composée de gens énergiques qui, partis de bas, sont guidés à la fortune grâce à un travail obstiné".[15]

No olvidemos que uno de los motivos de la intervención de 1862 era, precisamente, el de proteger las vidas y fortunas de estos ciudadanos franceses en México, cuyos éxitos y fructuoso trabajo comentan los viajeros. Y esto nos lleva a tratar el segundo gran tema de la obra de los viajeros: la situación política de México en la primera mitad del XIX.

Es el caso que la historia política de México durante el siglo pasado es realmente impresionante. La guerra siempre es nefasta, pero la guerra civil parece serlo mucho más; México vivió largos años de su historia saliendo de una contienda para entrar en otra. Cuando en 1857 estalló la guerra de reforma la situación empeoró de una manera terrible; no en balde decía justo Sierra: "Al mediar el año de 59, la guerra tenía el grandioso aspecto trágico de un suicidio nacional".[16] Este espectáculo lastimoso, un país que se debatía con desesperación para no hundirse definitivamente y que a cada convulsión parecía hundirse más, era notorio y muy visible, todos los viajeros lo observaron de inmediato. En unos causó una impresión de consternación, en otros cierto regocijo, según los temperamentos. En los libros de los viajeros México es más una entidad geográfica que una política. Tiene personalidad física: bellos panoramas, ricas minas, altas montañas... Pero no tiene personalidad como Estado político, su organización interior está sujeta a cambios tan frecuentes que no merece la pena, según los viajeros, tratar de profundizar en ello; además su influencia internacional es nula. Veamos unos breves ejemplos. Dice De Larenaudière: "Étrange destinée que celle d'un pays ou la fièvre révolutionnaire semble l'état normal".[17] Gabriel Ferry, en cuanto llegó a la ciudad de México, fue a visitar el Zócalo, donde encontró una confusa muchedumbre y entre ella "officiers et bourgeois s'entretenaient des révolutions faites ou à faire".[18] Y Ampère comenta:

[15] Désiré Charnay, *Cités et ruines américaines,* París, Gide Éditeur, 1863, p. 149.

[16] Justo Sierra, *Juárez, su obra y su tiempo,* en *Obras completas del maestro Justo Sierra,* México, UNAM, 1959, vol. XIII, p. 159.

[17] M. de Larenaudière, *Mexique et Guatemala,* París, Didot Frères Éditeurs, 1843, p. 213.

[18] Gabriel Ferry, *Scènes de la vie mexicaine,* París, Lecou Editeur, 1855, p. 94.

"comme le Mexique est toujours au moment de se briser et de se dissoudre, si on veut le trouver à peu prés vivant il faut se hâter de le visiter".[19]

Nuestros viajeros suponían que los días de México como Estado soberano e independiente estaban contados y sospechaban que el fin de esa situación de desastre sería su anexión a Estados Unidos, a menos que alguna nación europea supiera aprovechar las circunstancias. Si se quiere frenar a esos peligrosos Estados Unidos, dicen los viajeros, conviene no perder de vista a México.

Al tratar el tema de la situación política se pasa automáticamente al siguiente gran tema: los mexicanos. Porque salta a la vista que entre las posibilidades naturales de México y sus instituciones sociales y políticas hay un abismo de incongruencia. Si México es un país riquísimo ¿cómo se explican sus desdichas políticas?, ¿dónde está la falla? Respuesta unánime de los viajeros: la falla está en los mexicanos que no merecen el país que poseen.

A los mexicanos los viajeros les atribuyen defectos muy graves, entre los que destaca su propensión a la vagancia. Veamos algunas muestras de esas poco benévolas opiniones. Dice Chevalier, después de haber alabado las virtudes de los norteamericanos: "tandis que les Hispano-Américains semblent n'être qu'une race impuissante qui ne laissera pas de postérité".[20] (Chevalier no conoció más país de Hispanoamérica que México.) Escribe Löwenstern: "Au Mexique c'est la dépravation d'une nation entière qui irrite, c' est le déchainement complet d'hommes incapables de se gouverner qui effray".[21] El abate Domenech dice: "j'avais surtout affaire aux Mexicains, qui component le fond de la population [...] j'allai me touver seul au milieu d'hommes ignorants, superstitiéux, nonchalants, enclins à l'immoralité".[22]

A estas duras críticas no escapa ningún sector de la sociedad

[19] J. J. Ampère, *op. cit.*, II, p. 225.

[20] Michel Chevalier, *Lettres sur L'Amérique du Nord*, 2 vols., París, Librairie Gosselin, 1837, II, p. 378.

[21] Löwenstern, *op. cit.*, p. VII.

[22] Emmanuel Domenech, *Journal d'un missionnaire au Texas et au Mexique*, París, Librairie Gaume, 1857, p. 252.

y tanto el sexo femenino como el clero reciben unas dosis bastante altas, quedando muy mal parados.

Una cosa muy curiosa y digna de anotarse es el interés que todos los viajeros manifiestan por el ejército mexicano, al que observan con gran atención. Como todo el resto de la sociedad los militares presentan en estas obras una imagen deplorable. Gabriel Ferry analiza la condición de los oficiales y concluye que son unos ineptos: "car on ne lui a rien appris, pas même les elements de son métier".[23] Comenta Domenech que en Matamoros ha observado una guarnición mexicana: "Ces soldats dorment presque toute la journée, sous un bosquet de palma christi planté près de leur baraque. Sur cet échantillon de l'armée mexicanne, je jugeai que les succès remportés par les Américains n'avaient rien de surprenant".[24] Y Mathieu de Fossey concluye: "Il n'y a pas en France un sergent intelligent qui n'en sache plus qu'un officier supérieur au Mexique; il n'y a pas un sous-lieutenant qui, après une campagne, ne puisse battre tous les généraux de la république".[25]

Algunos años después, en 1862, el general Lorencez decidió llevar adelante él solo la intervención, a pesar de que Inglaterra y España retiraron sus fuerzas. Juan Prim, el plenipotenciario español, advirtió que los elementos con que contaban los franceses eran excesivamente escasos (se conservan de él unas cartas muy agudas y realmente proféticas), pero Lorencez no prestó atención, convencido de la abrumadora superioridad francesa y de la igualmente abrumadora incapacidad mexicana. El resultado fue el famoso encuentro del 5 de mayo en Puebla, en que los franceses fueron derrotados. ¿De dónde sacó Lorencez su ciego convencimiento?

La manifiesta falta de capacidad de los mexicanos, según los viajeros, nos conduce al siguiente tema: las mejoras que los europeos podrían introducir en México. Resulta claro que si México es un país rico y lleno de recursos y los mexicanos son incapaces de explotarlo debidamente, se están perdiendo esos recursos de una manera lastimosa, en perjuicio de toda la humanidad. La teoría de los viajeros es

[23] Ferry, *op. cit.*, p. 234.
[24] Domenech, *op. cit.*, p. 288.
[25] De Fossey, *op. cit.*, p. 265.

que si los mexicanos se dejaran guiar por los europeos, el beneficio sería para todos. Dice Morelet, hablando de la región de Campeche: "une direction intelligente doublerait le revenu de ces bois et les préserverait de la ruine qui menace incessamment de les atteindre. Ces observations ne seraient point perdues en Europe, mais le mal réside bien moins ici dans la qualité du terrain que dans le caractére de la population".[26] Y Lucien Biart escribe: "Por falta de brazos, de medios de comunicación y de industria, la República Mexicana que puede aprovisionar a Europa de algodón, sigue siendo tributaria de los Estados Unidos, su poderoso vecino... ¡Ay! ¡Tanto desheredado en Europa y aquí tanta riqueza perdida!"[27] Y Chevalier concluye: "ce n'est pas la faute de la nature, c'est celle des hommes. On retrouve ici la funeste influence de la mauvaise organisation politique qui y arréte les progrés de tout genre".[28]

Los viajeros manifiestan claramente el deseo que tienen de ver las riquezas de México bajo dirección europea, o más exactamente, francesa, con lo cual el país mejoraría y el mundo entero gozaría los beneficios. La posibilidad de que México, por obra y esfuerzo de los propios mexicanos, pudiera salir adelante, es algo que no se le ocurrió a ninguno de nuestros autores.

Sin embargo, aunque los viajeros están incitando a sus compatriotas a que se trasladen a México con el fin de encabezar la revolución económica del país, se sienten en la obligación de advertirles a los futuros inmigrantes europeos que tropezarán con algunos obstáculos e inconvenientes. Pero estos inconvenientes presentados por nuestros autores son relativamente benignos; el europeo no encontrará en México ningún obstáculo insalvable. Los inconvenientes, tal como los presentan los viajeros, son de dos clases: humanos y naturales. Los primeros dependen de los defectos de carácter que, según ellos, son propios de los mexicanos y que hay que tener en cuenta, puesto que los naturales del país proporcionan la mano de obra

[26] Arthur Morelet, *Voyage dans L'Amérique centrale et le Yucatan,* París, Gide Éditeur, 1857, p. 291.

[27] Biart, *op. cit.,* p. 132.

[28] Michel Chevalier, *Le Mexique ancien et moderne,* París, Hachette, 1863, p. 423.

esencial. Los segundos son debidos a la naturaleza física de México. Entre los primeros están la propensión a la vagancia, las frecuentes revoluciones con su consiguiente desorden e inestabilidad política, económica y social; la ausencia de buenos medios de comunicación y la pavorosa abundancia de bandidos y asaltantes. Según Ampère en México hay dos cosas totalmente insufribles: "la fèvre jaune et les brigands».[29] En cuanto a los inconvenientes naturales, el propio Ampère nos da la clave de uno de los peores: una de las cosas más temibles de México era el terrible "vómito prieto", la fiebre amarilla, mal endémico en todo el litoral del golfo.

Las quejas con motivo de los bruscos cambios de temperatura son también muy frecuentes, e igualmente frecuentes son las quejas por la abundancia de insectos y reptiles ponzoñosos. Cosa curiosa, según los viajeros los animales grandes, pumas, jaguares, coyotes, etc., son más bien inofensivos, pero en cambio los bichos pequeños son molestísimos y peligrosos. Y, finalmente, un inconveniente de mayor magnitud, la escasez de agua. "Ce pays manque de rivières navigables et n'a généralement pas assez d'eau."[30]

La verdad es que los inconvenientes son casi nulos en la visión de los viajeros. Si se considera que en estos tiempos los franceses estaban penetrando en Gabón, Madagascar, o en Tahití, etc., se comprende que ninguna de las molestias propias de México les parecieran excesivas: al fin y al cabo México era un país europeizado en gran proporción, no un territorio salvaje e inhóspito.

Para concluir, ¿a dónde conducen todas estas consideraciones en las obras de los viajeros? En casi todos ellos, clara y abiertamente, a sugerir al gobierno de Francia que aproveche las desdichas políticas de México para intervenir y convertirlo en una especie de protectorado francés, añadiendo que cuanto más pronto se tome tal medida será mejor, porque si no Estados Unidos se adelantará. A los lectores modernos nos sorprende que un punto tan grave de política internacional se trate con tanta ligereza, pero los europeos del siglo XIX, por efecto de la política de la Santa Alianza, estaban muy familiarizados

[29] Ampère, *op. cit.*, II, p. 234.
[30] Larenadière, *op. cit.*, p. 5.

con las intervenciones militares y les parecía un paso político justificado, o cuando menos comprensible y justificable.

Es difícil encontrar ejemplos breves y claros sobre este punto, es más bien una cuestión de atmósfera, del ambiente y tónica general de estos libros, pero *Le Mexique ancien et moderne* de Chevalier, o los últimos capítulos de la obra de De Fossey, no son sino una explicación y una justificación de la intervención francesa. En el resto de las obras mencionadas se encuentran muchas páginas que abundan en la misma tendencia.

Esto es, muy escuetamente presentado, lo que los viajeros expresaban en sus obras y lo que el lector medio francés obtenía de su conocimiento. Y se puede suponer, con fundamento, que el gobierno imperial, encabezado por Napoleón III, amplió sus noticias sobre México estudiando estas obras. Cuando el asunto de los bonos Jecker y la deuda exterior mexicana hicieron crisis, la atención de Francia se fijó en México; al pensar en México pasaron sin duda por la mente de los consejeros de Napoleón las noticias de comentarios de los viajeros franceses que habían tenido directo contacto con nuestro país. Y la suposición no es gratuita. De los viajeros aquí mencionados hubo tres que estuvieron directamente relacionados con el gobierno imperial: Michel Chevalier, el consejero de Estado; Désiré Charnay, el arqueólogo cuyo viaje y cuyos libros fueron patrocinados por el propio emperador; y el abate Domenech, agente de enlace entre el imperio de Maximiliano y la opinión pública francesa; la posición de Domenech le obligó a tener relación con el gobierno francés, puesto que la situación de Maximiliano dependía de la política de Napoleón III.

No cabe duda, Napoleón III debió tener, como muchos de sus súbditos, un cierto conocimiento de México apoyado, en parte, en las obras de los viajeros. Conoció, pues, esos grandes temas comunes a todos. Pero entre esos temas faltó uno, que olvidaron los viajeros y que olvidó Napoleón: los mexicanos, pese a todos los defectos que se les atribuyen, pudieron sacar adelante su país.

LA DISPUTA FINANCIERA POR EL IMPERIO DE MAXIMILIANO Y LOS PROYECTOS DE FUNDACIÓN DE INSTITUCIONES DE CRÉDITO (1863-1867)

*Leonor Ludlow**

La historiografía sobre el periodo del segundo imperio en México (1863-1867) preserva gran parte de las versiones y razones que construyó la fracción del liberalismo decimonónico, enfatizando sobremanera las ambiciones internacionales en combinación con las traiciones de la "reacción mexicana", ocupada en la preservación del antiguo orden. El carácter de gobierno usurpador y su brevedad han llevado incluso a considerar el periodo imperial como inexistente, como lo muestran varios manuales de historia de nuestros días, en los que están ausentes esos años, a diferencia de las detalladas narraciones de hechos que permiten destacar la valentía y convicción de las fuerzas liberales encabezadas por el presidente Juárez.

Me parece necesario dejar a un lado las visiones sectarias con el fin de alcanzar un análisis y balance más equilibrado de la razón de ser del imperio, y de su impacto en el proceso posterior que heredó estructuras y prácticas económicas imperiales. Ya que durante ese periodo se inició un proceso de recomposición de las familias políticas y financieras del periodo anterior, con el consiguiente reacomodo de las elites del dinero que paulatinamente abandonaron el jugoso y especulativo campo del crédito público para adentrarse en la promoción de inversiones en los sectores mercantil, productivo y de infraestructura, como quedó de manifiesto en los años de la res-

Historia Mexicana, vol. 47, núm. 4, abril-junio de 1998, pp. 765-805.
* Universidad Nacional Autónoma de México.

tauración republicana encabezada por los presidentes Benito Juárez y Sebastián Lerdo de Tejada.

Este texto tiene el objeto de analizar las diferentes estrategias de crédito de poderosos grupos financieros europeos que concurrieron sobre la empresa imperial mexicana durante el primer año de vida del régimen de Maximiliano (1864). Sobre los mismos se impuso el pragmatismo inglés, no obstante el dominio diplomático militar del gobierno francés de Bonaparte, como se aprecia en el manejo de las finanzas, la política de comunicaciones y de colonización que sobrevivió a través de varias empresas; ejemplo entre ellos fue el Banco de Londres, México y Sudamérica, que funcionó sin cambio alguno hasta fines de los años 1880.

I

Se debe recordar que el segundo imperio formó parte de las primeras políticas de expansión económica y territorial que caracterizaron la primera etapa de los imperialismos inglés y francés de los años 1860. De tal forma que el retiro de las tropas inglesas del puerto de Veracruz, en abril de 1862, no significó que los financieros y comerciantes británicos abandonaran las reclamaciones presentadas por sus súbditos en la convención inglesa, ni por los tenedores de bonos de los préstamos concedidos a los primeros gobiernos independientes por la banca inglesa. Los ingleses buscaron diversas vías para mantener el dominio que desde antes de la guerra de independencia alcanzaron a tener en diversos sectores de la economía mexicana, como el control del comercio de minerales y la circulación monetaria, además de su fuerte participación en el comercio exterior y en el crédito público.

El representante inglés Charles Lennox Wyke, por la vía diplomática, logró satisfacer parte de sus intereses, al obtener una promesa del gobierno juarista para formar una comisión que diera inmediata solución a esos reclamos. Eso quedaba demostrado en la entrega de recursos que durante 1861 se hizo de bienes del clero o de los ingresos obtenidos por la venta de propiedades desamortizadas, como lo ejemplificaban los acuerdos establecidos con Nathaniel Davidson,

representante de las ramas inglesa y francesa de la banca europea de la familia Rothschild,[1] o los pagos cubiertos a la poderosa firma mercantil anglosajona de Barron y Forbes.[2]

Pero al mismo tiempo fue garantía importante para los intereses británicos el hecho de que las tropas francesas permanecieran en tierras mexicanas en virtud de la alianza anglofrancesa que desde la guerra de Crimea se había expresado entre algunos grupos políticos en los ámbitos político, militar y financiero.[3]

La colaboración entre estas naciones fue recomendada por el consejero imperial Michel Chevalier al emperador Bonaparte. En su texto *Le Mexique, ancien et moderne* señalaba la necesidad de establecer "Un buen acuerdo entre las dos naciones más poderosas del globo [...] [dada] la concordancia de visiones sobre los principales acontecimientos y sobre el mercado general de los negocios".[4]

Hay que recordar que los gobiernos de Bonaparte II y de la reina Victoria manifestaron una clara vocación imperial al ser partícipes activos en la reconstitución de los territorios europeos y mediterráneos ocurrida durante esa época de "formación de naciones". El dominio de ingleses y franceses se tradujo en abiertas expansiones económica y financiera hacia diversas regiones del mundo, como Egipto o Turquía y China, así como Argentina, Brasil y México; la colaboración no fue ajena a conflictos entre ingleses y franceses, como ocurrió durante la unificación italiana y la relación con el ve-

[1] En las primeras ofertas que se le hicieron a Maximiliano para que aceptase el cargo se prometió conseguir un préstamo por 25 000 000 de pesos mexicanos "para cuya obtención podía mediar la casa Rothschild y en el que había que procurar que participasen, además de financieros franceses, financieros ingleses", Conte, 1944, pp. 106, 111.

[2] Los arreglos y cálculos de los adeudos con los ingleses fueron compilados por Payno, 1982, pp. 1-140. La correspondencia de Davidson con la dirección de la firma es la fuente principal del artículo de Gille, 1965. La narración del préstamo de Miramar y el crédito que se pidió en 1864, en Lefèbre, 1869, vol. II, pp. 143-206.

[3] El historiador inglés George Macaulay Trevelyan considera que esta alianza fue estratégica para los ingleses dadas las ambiciones expansionistas de Bonaparte II, pero señala que a pesar de los buenos oficios del ministro de Asuntos Extranjeros, lord Palmerston, "los ingleses siempre fueron incrédulos"; Cottrel, 1984, p. 470. Asimismo, afirma que a pesar de los avances de expansión financiera de los franceses, debieron quedar "bajo la dependencia de Inglaterra", dada su experiencia y amplitud de relaciones dentro y fuera de Europa; Cottrel, 1984, pp. 178-179.

[4] Chevalier, 1863, p. 496.

cino austriaco, y más adelante por el avance del poderío prusiano encabezado por el canciller Bismarck.[5]

La combinación de los intereses financieros en Londres y París fue parte importante de esa alianza diplomática militar entablada entre los respectivos gobiernos, y en ella destaca la colaboración en países como Austria o Egipto (la construcción del canal de Suez) por parte de las casas inglesas de Baring con la firma Crédit Mobilier de Isaac Pereire, quien fue el banquero favorito del régimen bonapartista.[6]

Los acuerdos entre la Francia de Bonaparte y la España isabelina no fueron menos importantes en la decisión de formar la alianza tripartita contra el gobierno juarista. De una parte, estas naciones y Austria[7] estuvieron a favor de la política pontificia en el proceso de unificación italiana,[8] pero además, en el ámbito europeo sobre estas naciones pesaba igualmente la influencia de la dinastía de los Rothschild a través de sus ramas francesa y austriaca, así como por los lazos financieros que la primera mantenía con el régimen español del que había recibido, desde principios del siglo XIX, el derecho a explotar las minas de azogue de Almadén,[9] lo que le permitió a este emporio europeo mantener el monopolio mundial de este producto, indispensable para la producción argentífera.

Las viejas alianzas establecidas desde los días de la Santa Alianza entre esta potencia financiera europea y los citados gobiernos ex-

[5] Chevalier, 1863; Girarard, 1986, pp. 275-292.

[6] Girarard, 1986, pp. 210-212; acerca de las relaciones de estos grupos con Bonaparte véase Bouvier, 1992, p. 111. También en Plessis, 1979, pp. 110-112.

[7] Las relaciones financieras con Austria se establecieron mediante la intervención del banquero francés Archile Fould, en B. Gille, 1970, pp. 170-173 y 182. Un estudio completo sobre esta colaboración a través del Anglo Österrischische Bank, en Michel, 1977, pp. 228-233.

[8] El equilibrio europeo del decenio de 1850 comprendía igualmente las alianzas con el papado, en especial por el apoyo franco-austriaco para devolver al papa Pío IX su residencia en la ciudad de Roma, combinación que fue un factor importante para atender las demandas de los ultramontanos mexicanos e inclinarse por Maximiliano de Habsburgo dado su rasgo de príncipe católico. Sobre este punto, Chevalier dedica un capítulo especial en el que explica al emperador los pros y contras de las presiones del catolicismo mexicano en la empresa imperial, apartado que lleva por título: *La tentative de régénerer le Mexique, considérée dans ses rapports avec l'attitude actuelle de la Cour de Rome, vis-à-vis de la civilisation moderne,* en Chevalier, 1863, pp. 543-597.

[9] Bouvier, 1992, pp. 144-149, 166-169.

plica el porqué de la selección de un príncipe austriaco católico para gobernar México. Decisión que políticamente justificó el consejero político, Michel Chevalier, en la necesidad de sumar los intereses españoles, en parte por la influencia de España sobre su antigua colonia, lo que permitiría constituir una firme alianza entre naciones latinas y católicas que deberían hacer frente a los avances anglosajón y protestante.[10]

En términos económicos y de corto plazo el expansionismo bonapartista prometió a los capitales franceses y a sus aliados europeos abrir las puertas a sectores clave de la economía mexicana, como era el "crédito público, el establecimiento de una banca nacional, los ferrocarriles y las minas".[11] Lo cual resultaba muy prometedor en ese momento, dada la relativa parálisis de los negocios parisinos durante 1860-1861 como resultado de la aplicación del librecambismo, que provocó una baja en los ingresos aduanales, y como consecuencia de los altos costos de las intervenciones militares en Roma y en China, que terminaron por desnivelar el presupuesto imperial.[12]

Pero las promisorias alianzas mercantiles y financieras prometidas entre inversionistas ingleses, franceses y españoles sólo pudieron realizarse en algunos renglones, como la ampliación de los intercambios directos entre los puertos franceses y españoles con los mexicanos.[13] Otro terreno de colaboración fueron los créditos concedidos al imperio de Maximiliano por casas bancarias y bancos londinenses y parisinos.[14] Además, en agosto de 1864 se traspasó la concesión de la Compañía Imperial a inversionistas británicos para terminar de construir el primer ferrocarril entre la ciudad de México y el puerto de Veracruz.[15] Sin embargo, no fue posible lograr la colaboración en otros sectores donde se registró un fuerte conflicto de intereses, como ocurrió en el manejo y distribución de los ingresos aduanales, en la venta de las propiedades eclesiásticas y en las empresas de colonización.

[10] Chevalier, 1863, pp. 497-499.

[11] G. Gille, 1965, p. 194.

[12] Barbier, 1991, p. 204.

[13] Véase Cadier, 1991, pp. 205-212; véanse además los textos de Maillefert, 1992, pp. 165-167 y Arnaud, 1891, p. 36.

[14] En G. Gille, 1965, pp. 200-214.

[15] Chapman, 1975, pp. 103-108 y G. Gille, 1965, pp. 243-248.

La competencia entre franceses e ingleses, una vez que quedaron a un lado los intereses y reclamos de los residentes españoles, se extendió al gobierno imperial, cuyos exiguos recursos fueron disputados por las cabezas militar y financiera que Bonaparte envió a México para dirigir las finanzas y el ejército invasor, tensiones y desacuerdos que se agudizaron a medida que el endeudamiento de la administración de Maximiliano iba en aumento, y en tanto que la promesa de abundantes recursos fiscales desaparecía por la imposibilidad de las tropas imperiales de controlar el territorio mexicano.[16]

II

En el ámbito financiero hubo una franca colaboración entre inversionistas franceses e ingleses, según ha mostrado la historiadora francesa Geneviève Gille, cooperación que se extendió al sector de las iniciativas que presentaron estos grupos para establecer el primer banco del país. Entre 1863-1864 se presentaron ante la regencia, Maximiliano y Bonaparte, varios proyectos para fundar instituciones de crédito, promovidos por asociaciones financieras anglo-francesas que buscaron la concesión gubernamental en materia bancaria, lo que se traduciría en privilegios de diferente naturaleza, consistentes en la concesión del monopolio de la emisión, la libre circulación de billetes en todo el territorio nacional, el manejo en el comercio de la plata y el papel de agente financiero del erario, y hasta el no pago de impuestos o la dotación de terrenos para la construcción del inmueble.

Las iniciativas presentadas por los sindicatos anglo-franceses tuvieron rasgos y metas comunes, propias de la creciente expansión financiera que en forma conjunta llevaban a cabo comerciantes de materias primas, casas bancarias e instituciones de crédito radicadas

[16] A pesar de los constantes movimientos de tropas se mantuvieron controladas bajo el orden imperial las ciudades de Zacatecas, San Luis Potosí, Guanajuato, Querétaro, Guadalajara, Morelia, México, Toluca y Puebla, algunas plazas en el sur y en la región del golfo, como las de Orizaba, Córdoba, Tehuacán, Teotilán, Yahutatla y Oaxaca, junto a los puertos de Guaymas, Tampico, Tuxpan, Veracruz, Manzanillo, Tepic, Acapulco y Mazatlán, y los puntos fronterizos de Piedras Negras y Reynosa en Tamaulipas, en Chevalier, 1965, pp. 9-25.

en las ciudades de Londres y París, quienes reforzaban sus iniciativas con los respectivos gobiernos y cabezas del ejército garantes de la expansión político-militar en algunas regiones.[17]

La colaboración entre comerciantes y financieros era factible en la medida en que sus objetivos eran complementarios, ya que unos iban en pos del control del comercio de materias primas y de alimentos, en tanto que los otros les procuraban parte de los recursos y mecanismos de pago en zonas lejanas, donde optaron, preferentemente, por establecer agencias o filiales de banca colonial, buscando con ello "ofrecer servicios bancarios a los negociantes que operaban en regiones nuevas, en las cuales se carecía de infraestructuras crediticias, pero además, tales establecimientos se beneficiaban de esta situación atrayendo como sus clientes a las clases acomodadas nativas".[18]

El modelo franco-inglés de banca colonial en ese periodo se implantó en diversas regiones del mundo, con el objeto de concentrar y modernizar las relaciones financieras entre el viejo continente y algunos países localizados en África, Asia y América Latina, víctimas del rezago bancario pero provistos de materias primas y de alimentos demandados en Europa o en otras zonas del planeta, al alcanzar con esto el monopolio de la comercialización de productos como los metales preciosos e industriales, insumos y alimentos, como el café y el azúcar, entre otros.

De esta forma, estas instituciones fueron intermediarias de préstamos extranjeros con el fin de dar fuerza a las estructuras hacendísticas de gobiernos nacionales o coloniales, necesitados de recursos dada la dificultad de obtener suficientes fondos por medio del fisco. Asimismo, mediante la creación de bancas, los mercaderes europeos lograron asegurarse el manejo de determinados centros productivos agrícolas y mineros sin necesidad de desembolsar capitales para abrir nuevos centros, ya que gracias a los bancos lograron dominar o influir, al menos en el comercio de estos bienes.

[17] Youssef Cassis afirma que la segunda expansión de la llamada banca colonial (o "anglo-foreign banks") se registró de 1860-1870, y su éxito se debió fundamentalmente a su relación con las finanzas internacionales, y en algunos casos con la Foreign Office, en Cassis, 1987, p. 37.

[18] Cassis, 1987.

Cuadro 1

Institución	Promotores	Préstamos promedio (millones de pesos)	Concesión (años)	Acciones	Capital (Millones de pesos) Social	Inicial
Banco de México[1] Octubre de 1863	París: Salomón Heine Crédit Mobilier Op penheim y Cía., Fould y. Cía., firmas inglesas	61 6%	30	100	10	?
Banco Imperial Mexicano[2] Noviembre de 1863	Consorcio anglo-francés: Société International et Financière y Glynn Mills y Cía.	40% del contrato anterior cubierto	50	100	10	3.5
Banco Franco-Mexicano[3] Septiembre de 1864	Alianza europa presidida por Heine y Cía., Mallet y Cía., Hottinguer y Cía., Fould y Cía., de París, y Finlay Hodgson y Cía., de Londres	50% 6%	30	100	10	?
Banco Nacional[4] Noviembe de 1864	Banca Europea de los Rotschild, a través de su agente en México	Convenciones y reclamo de Jecker y Cía		100	20	5

[1] *Banco de México,* en *Colección de las leyes, decretos y reglamentos del imperio mexicano,* México, 1864, vol. I.

[2] (Borrador del) Proyecto Banco Imperial Mexicano (19 de noviembre de 1863), 16 ff: en AGN, II Imperio, vol. 10, exp. 47, "Bancos nacionales", 1864.

[3] (Documentos de la Casa Imperial (jefe del gabinete del emperador, barón Felix Eloin?); Informe sobre el establecimiento de un banco. 18 de septiembre de 1864; Carta en la que se dan plenos poderes a Hottinguer y Compañía para organizar la fundación del Banco Nacional Franco Mexicano, 26 de noviembre de 1864, en Proyecto Banco Imperial Mexicano (19 de noviembre de 1863), 16 ff., en AGN, II Imperio, vol. 10, exp. 47.

[4] Davidson, 1864 y G. Gille, 1965, pp. 209 y 215.

[5] El préstamo no se pagó completamente, véase Lefèbre, 1869, vol. n, pp. 143-146.

Lo anterior queda de manifiesto en los cuatro proyectos bancarios localizados hasta ahora, los cuales tienen varios rasgos en común, según se aprecia en el cuadro 1. Estos proyectos coincidían con los lineamientos presentados por comerciantes y agiotistas mexicanos desde mediados del siglo XIX con el fin de dar aliento al comercio, pero también se intentó crear una banca de gobierno. Todos estos proyectos marcaban un cambio en la vida mercantil y crediticia mexicana, en la medida en que se trataba de fundar establecimientos modernos, acordes con el dinamismo mercantil entre algunas plazas y con el exterior.[19]

Tres de los cuatro proyectos presentados ante las autoridades mexicanas o francesas en 1864, fueron respaldados por un préstamo. Promesa excelente para que las propuestas bancarias fueran bien recibidas por los respectivos gobiernos, por el estado de bancarrota de la hacienda pública. Este tipo de propuestas presentadas en México y en otros países eran complementarias para los objetivos expansionistas de los financieros europeos, ya que la futura institución de crédito, además de ser el canal propio del crédito ofrecido, recibiría diferentes privilegios y prebendas, al demandar: *a)* el rango de única institución de crédito por varias décadas; *b)* la prerrogativa del monopolio de la emisión fiduciaria; *c)* el mando del comercio de la plata en los ámbitos interno e internacional, con el objeto de intervenir en el mercado internacional de divisas instituido en el patrón oro-plata, y *d)* el monopolio de la emisión de billetes como títulos de pago utilizados comúnmente entre el comercio.

Una segunda característica de esos proyectos fue el intento por adquirir el carácter de "banca de gobierno" o de "Estado", para lo cual el régimen imperial les aseguraría el curso legal de sus billetes al admitirlos a la par en las oficinas de la hacienda pública

[19] Los proyectos reflejaban igualmente la reanimación de la actividad mercantil del país, y en particular del eje México-Veracruz, según relataban viajeros y contemporáneos. Al lado de la recuperación de los negocios se expresaron otros signos de reanimación, como fueron las innovaciones en la legislación mercantil definidas en el Código de Comercio de 1852, además del impulso que se dio para fomentar la actividad económica, a través de la creación del Ministerio de Fomento, Colonización, Industria y Comercio (1853) destinado a promover la colonización extranjera, la apertura de nuevas fuentes productivas y las obras de comunicaciones y de traza urbana. Véase Ludlow, 1995, pp. 351-357.

en todo el país, además de concederle la potestad de desempeñarse como intermediarios financieros ante los acreedores internos e internacionales, a cambio de la apertura de una cuenta corriente comercial con base en la cual el banco determinaba el monto de común acuerdo con Maximiliano, respaldada en la hipoteca de diversos ingresos fiscales, pero sujeta a una tasa baja de interés (6%) en caso de incumplimiento.

En tercer término, se observa en todos estos proyectos de creación de instituciones de crédito la promesa de atender los servicios bancarios requeridos por los empresarios de aquellos años, y ofrecerles realizar, entre otras, las funciones propias de una banca de servicios comerciales, como el descuento, el cobro de documentos, el manejo de cuentas corrientes y el cambio.

La propuesta para fundar el Banco de México fue promovida por el entonces ministro francés de Hacienda, Archile Fould, en octubre de 1863, quien avaló que el erario francés, fuera del presupuesto aprobado, consiguiera un costoso crédito respaldado con los ingresos aduanales; estos recursos se destinaron, en parte, a cubrir una cantidad al gobierno francés con base en el contrato de Miramar (21 000 000) y pagar una indemnización a los acreedores franceses (25 000 000 de pesos), pero la mayor parte debería ser entregada al mariscal Aquiles Bazaine para que pagara a las tropas francesas, dada la necesidad de formar un "verdadero ejército" que pudiera evitar en el futuro serios reveses como el sufrido meses antes en la ciudad de Puebla, y que en el corto plazo obligó al presidente Juárez a dejar la ciudad de San Luis Potosí y emigrar hacia el norte del país. Además de Fould, participaron también en ese crédito las firmas francesas de Heine, de Marcuard y Cía., de Hottinguer y Cía., y quedó como responsable de la operación la firma londinense de Glynn & Mills, que aportó gran parte de los recursos de un préstamo al presupuesto francés que fue calificado como "muy elevado".[20]

[20] El ministro de Finanzas, Archil Fould, calculó en 3 000 000 de francos estos gastos, Barbier, 1991, p. 219. Véase también G. Gille, 1965, pp. 205-209. La propuesta fue presentada en septiembre de 1863 a Maximiliano por Francisco de Paula de Arrangoiz, en su calidad de presidente de la comisión de hacienda de la asamblea de notables, y por Bourdillon del *Times* de Londres en México, que precisó que la alianza financiera franco-británica, sería

Tanto Fould como Heine y Hottinguer condicionaron el préstamo a Bonaparte a la concesión gubernamental para fundar una institución de crédito que se denominaría Banco de México.[21]

La noticia acerca del establecimiento de este banco se difundió en México el 18 de marzo de 1864 en el periódico *La Sociedad.*[22] En la nota se informó que el acuerdo había sido firmado en la ciudad de París, días antes (2 de enero), entre uno de los miembros de la regencia, el general Juan Almonte y una sociedad de banqueros franceses compuesta por el citado ministro de Hacienda y los financieros Salomón Heine, el representante de la casa de Oppenheim y Cía., y del Crédit Mobilier, firma promovida por las dinastías financiera y política de la familia Pereire, todos ellos firmes apoyos financieros del régimen bonapartista. Además, se afirmó que en el contrato de concesión también se aceptó que la empresa abriera sucursales y agencias en todo el territorio mexicano, en las cuales se podría recibir el pago de los impuestos federales, obligaciones que podían ser cubiertas con los billetes del banco que se aceptarían con curso voluntario en todo el país, con el propósito de animar y facilitar los negocios del comercio, al que se invitaba, además, a intercambiar pagarés o letras de cambio y metales preciosos.[23]

Un mes más tarde el periódico notificó al público la decisión de Maximiliano de no aprobar la concesión que el general Almonte había otorgado a los banqueros franceses para fundar la primera institución de crédito del país. La negativa se justificó con base en un juicio de índole liberal contra el otorgamiento de privilegios, dado que una situación de excepción como ésta legitimaba la creación de "un verdadero monopolio oneroso [para el] país".[24]

La negativa de Maximiliano formó parte de la diferencia de

"un medio indirecto de asegurar la monarquie mexicaine" (en francés en el original), en Conte, 1944, pp. 611-612. Véase el texto de la convención de Miramar y los términos del préstamo, en Payno, 1980, pp. 774-779.

[21] G. Gille, 1965, pp. 224-225.

[22] *La Sociedad, Periódico Político y Literario,* 18 de marzo de 1864, núm. 274, p. 2.

[23] Bertrand Gille afirma que no se conoce con precisión la participación del grupo del Crédit Mobilier en la fundación de ese banco en México; sin embargo, hay varios administradores del crédito que participaron en el proyecto. B. Gille, 1970, pp. 175-176.

[24] *La Sociedad, Periódico Político y Literario,* 12 de abril de 1864, núm. 298, p. 1.

opiniones frente al grupo financiero que rodeó a Bonaparte, en particular la comisión financiera mexicana establecida de acuerdo con el tratado de Miramar con el objeto de atender los reclamos de los residentes extranjeros, vigilar el manejo del tesoro imperial y convenir los créditos en el extranjero, además de negociar los adeudos pendientes con ingleses y franceses.[25]

A lo anterior se añadían diversas razones de las autoridades que apreciaban que el permiso bancario

> era contrario a las ideas liberales, que en economía política profesa el archiduque. El futuro emperador, que toma por lo serio el régimen constitucional, quiere reservar á los representantes de la nación, la decisión de las cuestiones financieras y económicas; por lo que se enviará anticipadamente al consejo de Estado una petición de concesión, la que después se someterá al voto de la Asamblea nacional.[26]

Los contemporáneos afirman que esta negativa provocó el reclamo del ministro de Hacienda francés, Archil Fould, al mariscal Achilles Bazaine, cabeza de las tropas imperiales en México, porque se desperdiciaba una gran oportunidad dado que "la banca es el instrumento más útil para el desarrollo del crédito en México".[27]

Al poco tiempo del arribo de Maximiliano a la ciudad de México se hizo patente la imposible reconstrucción de la estructura financiera mexicana, tarea que se habían propuesto llevar a cabo consejeros del emperador, financieros y banqueros afines a esta aventura, así como los funcionarios franceses enviados a México. La diferencia de puntos de vista entre unos y otros se acentuó a medida que los con-

[25] La Comisión Financiera Mexicana fue dirigida por el conde de Germiny, que era gobernador honorario del Banco de Francia y había sido ministro de Hacienda, y el financiero Corta, supervisor de la hacienda pública mexicana, en Lefêbre, 1869, pp. 144-145. Véase también Payno, 1980, pp. 765-770 y 779-786.

[26] *La Sociedad, Periódico Político y Literario,* 12 de abril de 1864, núm. 298, p. 1.

[27] Rivera Cambas, 1987, vol. II, pp. 636-637. Según el entonces presidente de la comisión de hacienda en París, Francisco de Paula de Arrangoiz, Maximiliano expresó en una carta escrita en Bruselas sus dudas de ir a París "por temor de que M. Fould *volviera a la carga para arrancarle la sanción del decreto expedido por el general Almonte relativo al Banco*", a lo que agrega que esto fue motivo de desconfianza entre la administración bonapartista y el futuro emperador, en Arrangoiz, 1968, p. 574.

flictos hacendísticos del régimen imperial se agravaron. Reclamos que se sumaron a los acreedores ingleses[28] que debieron sacrificar sus ingresos aduanales como resultado de medidas de reordenación administrativa que impuso, por una parte, la administración liberal, pero también el mando militar encabezado por el mariscal Bazaine, no obstante que los recursos del tesoro eran insuficientes para sufragar los gastos de la corte y satisfacer los compromisos que el emperador establecía con los grupos y sectores que lo apoyaban.[29]

El 19 de noviembre de 1863 fue presentado el segundo plan para fundar el Banco Imperial Mexicano, proyecto que fue presentado por un consorcio anglo-francés denominando Société Internationale et Financière, dirigido por el banquero anglo-holandés Hope y la firma inglesa de Glynn Mills y Cía., en Londres. Esta última había convenido con los banqueros franceses tomar el saldo no cubierto por el primer préstamo (61 000 000 de pesos).[30]

La Société Financière Internationale o International Financial Society formó parte de los sindicatos bancarios o "bancas de negocio" que se fundaron indistintamente en Londres y París, con el objeto de combinar intereses y recursos de banqueros, comerciantes y financieros dedicados especialmente a la promoción de las "bancas coloniales", también llamadas "overseas banks". Esta firma nació en mayo de 1863 por la combinación del Crédit Mobilier de los Pereire, y posteriormente de la casa parisina de Mallet y Cía., con las firmas inglesas promotoras de la Banca Otomana y de otras instituciones en Austria y Egipto, posteriormente.[31]

Partícipe de la aventura europea en México, la Société Finan-

[28] G. Gille, 1965, pp. 200-224 y Bazant, 1981, pp. 101-106.

[29] Fuente importante para reconocer las clientelas del imperio de Maximiliano es sin duda el texto de Payno, 1982.

[30] G. Gille, 1965, pp. 209-211. Los agentes más destacados de estas firmas fueron la casa de Manning y Mackintosh para el caso de la firma Baring, y agentes como Drusina y posteriormente Davidson para la banca Rothschild. Sobre los términos del convenio, Payno, 1980, p. 771.

[31] La compañía contó con un capital nominal de 3 000 000 de libras y sus 150 000 acciones fueron suscritas en París y Londres, pero el dominio inglés fue razón del retiro del Crédit Mobilier y sus filiales en Italia, España y Holanda, en Cottrel, 1973, pp. 181-182. Los términos de la operación en Payno, 1980, pp. 782-786.

cière Internationale[32] recuperó las directrices y parte de los compromisos de la primera iniciativa. Uno de los miembros del consorcio, la casa inglesa de Glynn Mills & Co., intentó negociar con el Crédit Mobilier, pagar el saldo no cubierto por las firmas francesas en el préstamo citado con anterioridad,[33] pero al no tener éxito por las difíciles condiciones que impuso el Crédit, éste, tras varios meses de negociaciones, traspasó el compromiso a Baring & Brothers, agente financiero de México en Londres.[34]

En tanto esto ocurría, la Société Internationale Financière decidió solicitar a las autoridades imperiales su autorización para fundar el Banco Imperial Mexicano. El Archivo General de la Nación guarda un borrador manuscrito de este proyecto, en el que se definen las características de esta institución, a la que se califica, en primer término, como "Banco del Estado" (con base en el modelo del Banco de Francia) dado que su funcionamiento debía quedar "bajo la protección de su Majestad [...] y la vigilancia de su Gobierno" que estaría representada por un comisario y un inspector, al lado de quienes estaría el consejo de administración, formado por un director gerente y tres miembros que serían nombrados por los socios fundadores en París y Londres durante los cinco primeros años; posteriormente, se planteó que fueran denominados o elegidos por la asamblea de accionistas. Además, se estableció en el proyecto que la futura institución estaría capacitada para realizar todo tipo de operaciones de crédito al gobierno y entre los particulares, además de tener en monopolio la emisión para billetes que serían reconocidos al portador y tendrían curso legal, entendiéndose por ello que serían recibidos en las oficinas de la tesorería y canjeados a la par, tanto los billetes emitidos por la matriz como los de sucursales.

[32] Carta de Hope al conde Fery Zichy, fechada en Trieste, 8 de abril de 1864. AGN, II Imperio, vol. 10, exp. 47, "Bancos nacionales", 1864.

[33] Sobre ello, comenta Arrangoiz que en esta operación no participó ningún mexicano, y que Zichy logró la operación gracias a la confianza que le tenía Maximiliano. Véase también el texto del préstamo firmado por Maximiliano y Bonaparte en Tullerías, 1968, pp. 575, 580-581. Conte afirma que los ingleses aceptaron dar el empréstito porque parte de estos recursos fue entregada a los acreedores británicos, Conte, 1944, pp. 241 y 619.

[34] Cottrel, 1973, pp. 183-184. La negociación entre firmas francesas e inglesas en G. Gille, 1965, pp. 211-213.

Por último, la firma se comprometía a abrir una cuenta al gobierno imperial en México por 10 000 000 de francos (equivalentes a 50 000 000 de pesos) con respaldo de los recursos provenientes de la aduana y de otras contribuciones fiscales, mientras que el gobierno se responsabilizaba de ceder el terreno necesario para la construcción del edificio de la matriz siempre que la firma la costeara, pero una vez que caducara la concesión el gobierno devolvería a los inversionistas el monto gastado para esta obra, además de solicitar la autorización para que el banco quedara libre de todo tipo de impuestos.[35]

El periódico *La Sociedad* dio a conocer al público mexicano, el 12 de abril de 1864, la noticia de estas negociaciones, información que había sido tomada del *Diario de la Marina* publicado en la ciudad de La Habana, Cuba, que señaló que "los especuladores ingleses" habían reunido 50 000 000 de francos (equivalentes a 250 000 000 de pesos) con el objeto de fundar un banco en la ciudad de México, pero se añadía que aún no se había recibido la autorización requerida.[36]

Desconozco las razones que motivaron que este banco no fuera instalado, pero es posible que ello hubiera sido resultado de la imprevista apertura de una filial inglesa denominada Banco de Londres, México y Sudamérica que desalentaría la iniciativa sin que aquél tuviera necesidad de obtener autorización de los imperios mexicano y francés, además de haber sido promovido por la casa bancaria de Baring & Brothers, que en los primeros meses de 1864 entraba en las operaciones financieras europeas con el imperio de Maximiliano por acuerdo de Pereire, que era uno de los banqueros más cercanos a Bonaparte y al ministro de Finanzas Archile Fould.

En septiembre de 1864 el rechazo de Maximiliano al primer proyecto bancario aprobado por la regencia, y la sorpresiva entrada de una filial bancaria inglesa en la ciudad de México, motivaron la definición de un nuevo préstamo y de un tercer proyecto bancario.[37] Los

[35] (Borrador del) Proyecto Banco Imperial Mexicano, 19 de noviembre de 1863, AGN, II Imperio, vol. 10, exp. 47, "Bancos nacionales", 1864.

[36] *La Sociedad, Periódico Político y Literario,* 1 de mayo de 1864, núm. 317, p. 2.

[37] Según Conte, esta iniciativa provino de una entrevista en la ciudad de Compiègne entre el rey Leopoldo de Bélgica y el emperador Bonaparte con Archile Fould, antiguo presidente de la Banca de Francia, y el financiero Corta, al terminar su residencia en México. Conte, 1944, p. 302. La negociación de esta operación en G. Gille, 1965, pp. 211-224. Véase Lefêbre,

financieros franceses presionaron a Maximiliano mediante la intervención de Bonaparte con el fin de "frenar el descrédito del préstamo de Miramar"[38] y cumplir con los firmantes de la convención francesa que habían recibido mínimas cantidades, lo que suponía acercarse con la casa francesa de Rothschild que había otorgado dos préstamos a los gobiernos de Miramón y Márquez, además de su participación en la firma de Jecker y Cía.,[39] acreedora del tesorero mexicano y promotora de la empresa francesa, de acuerdo con la historiografía.

Bonaparte reintrodujo en la negociación la primera propuesta bancaria con los promotores. Por su parte, Maximiliano estaba en favor de la negociación ante la urgencia de solventar sus gastos administrativos y de la corte, para lo cual participaron como representantes del emperador francés Eloin, responsable de la casa imperial y el diputado Corta, anterior responsable de la hacienda pública en México, y por parte del ex príncipe austriaco Bourdillon, corresponsal del *Times* de Londres en México, y el legislador inglés o comerciante inglés en México, Barron, heredero del antiguo cónsul inglés en México, fundador de una próspera casa mercantil y bancaria en la ciudad de San Francisco, inserta en el auge del oro californiano.[40]

La primera comisión optó por traspasar la responsabilidad al antiguo grupo de financieros, compuesto por connotados miembros de la llamada "haute banque" o "banca protestante", que fuera fortalecida durante el periodo de Luis Felipe d'Orleáns, entre las cuales se encontraban las casas bancarias francesas de Hottinguer y Cía.,[41] Mallet y Cía., Seilliere y Cía., Marcuard y Cía., A. M. Heine, junto a las firmas inglesas de Finlay y Cía., Hodgson y Cía., y Pillet Will y Cía.; las dos primeras casas bancarias londinenses fundaron con

1869, pp. 153-154.

[38] Las negociaciones sobre el crédito comenzaron en junio de 1864; véase Payno, 1980, pp. 772-774, 788-792.

[39] G. Gille, 1965, pp. 195-197.

[40] Sobre este punto es importante aclarar que en algunos de los textos se menciona a Barron y en otros a Baron.

[41] A lo largo del siglo la firma de Hottinguer participó en la compraventa de plata en el mercado internacional, así como en diversas actividades bancarias y financieras, en Bonin, 1991, pp. 15-17.

el Crédit Mobilier la Compagnie Financière International de Londres.[42]

Los responsables de la operación definieron los montos, condiciones de un crédito que debía compartirse entre el tesoro francés y el erario imperial mexicano,[43] a la vez que redactaban el reglamento del futuro Banco Nacional Franco Mexicano cuya concesión gubernamental debía aprobar su funciones como institución de emisión y descuento, incluida la compraventa de metales preciosos, y responsable de las cuentas gubernamentales. Sería dirigida por un comité de cinco miembros en París y otro en México, el cual sería nombrado por la asamblea general que se reuniría anualmente.

El préstamo se entregó sólo en parte. A pesar de lo anunciado en París sólo hubo dos pequeñas emisiones, pero el banco no fue fundado.[44] La iniciativa no tuvo éxito a causa de las diferencia de opiniones que se sucedieron entre los representantes de Maximiliano y los miembros de la comisión financiera mexicana que radicaba en París, entre los gobiernos imperiales acerca del manejo de la hacienda pública mexicana, diferencia que se sumó y confundió con las dificultades acumuladas a lo largo de seis meses para lograr un acuerdo entre los financieros parisinos y londinenses con los representantes de Bonaparte y los funcionarios del imperio de Maximiliano.

A fines de 1864, tras el fracaso de los proyectos anteriores y dada la inclusión de la banca Rothschild en las últimas negociaciones de crédito, Nathaniel Davidson, agente de las ramas inglesa y francesa y miembro de la comisión de hacienda del imperio mexicano, a su regreso a México presentó la cuarta propuesta bancaria, con el fin de establecer el Banco Nacional, proyecto que se difundió en un folleto en el que se definían los rasgos y atribuciones de la futura institución.

[42] Como representante de la futura sociedad en México fue nombrado Miguel Heine. Véase Arrangoiz, 1968, pp. 625, 626. El texto de la carta de Maximiliano a Napoleón III en Conte, 1944, pp. 637-638 y G. Gille, 1965, pp. 226-229.

[43] G. Gille, 1965, pp. 211-224 y Arrangoiz, 1968, pp. 625-626. Véase también Rivera Cambas, 1987, vol. III, p. 65.

[44] Lefèbre señala que hubo una gran especulación sobre esta operación promovida fundamentalmente por los miembros de la Comisión Financiera radicada en París, Lefèbre, 1869, pp. 154-155. Se trata de los llamados "azulitos" o "petits bleus" que quedaron sin pagar hasta el periodo de Díaz; su historia en Topik, 1993, pp. 445-470.

En el texto solicitó el establecimiento de esta firma sobre iguales bases y funciones definidas en los tres proyectos anteriores. Con la gran diferencia de que Davidson pensaba para este futuro banco, que se lograran conjuntar intereses y recursos de capitalistas mexicanos y extranjeros, lo que a su juicio permitiría al gobierno lograr simultáneamente créditos externos y préstamos de los mexicanos. Esto tenía el objeto de lograr "conciliar" estos intereses "hasta llegar a identificarlos al grado de no ser posible su distinción".

Una segunda diferencia entre esta iniciativa y las anteriores fue el hecho de que el proyecto no fue antecedido de ningún préstamo internacional, que en este caso debió haberse promovido por alguna de las ramas de los Rothschild, que esperaban los resultados de los sucesos europeos que cambiaron el equilibrio de fuerzas en el viejo continente, producto de cambios azarosos como fueron los fallecimientos de lord Palmerston, primer ministro inglés, y del rey Leopoldo de Bélgica, quienes habían sido importantes aliados de Napoleón II en la aventura imperial mexicana.

Dada la crisis en el escenario internacional, y ante la creciente debilidad de Maximiliano por las diferencias con el Vaticano, y por ende con los conservadores, Nathaniel Davidson esperó también los resultados, con el fin de evitar un nuevo error como el de septiembre de 1858, en que concedió un préstamo al gobierno de Miramón a cambio de propiedades eclesiásticas, operación que hubo de revisar en 1861 con las fuerzas juaristas, que le condicionaron el reconocimiento de las operaciones anteriores a cambio de dinero en efectivo.[45]

Davidson, al igual que otros agentes de la banca inglesa, era buen conocedor del mundo de los negocios de la ciudad de México y estaba al tanto de la debilidad financiera de la administración imperial por formar parte de la comisión de hacienda en París, por lo que realizó operaciones diversas que le fueron solicitadas por el gobierno imperial de Maximiliano.[46] Pero no promovió el otorgamiento de

[45] El llamado "Negocio Davidson", en Payno, 1982, pp. 117-130.

[46] Entre 1865-1866 se le entregaron por premio 5 500 pesos, además de las cantidades remitidas a Europa por la emperatriz Carlota, y de la entrega de cantidades autorizadas por la comisión, en Payno, 1980, pp. 663, 674, 676, 686.

ningún nuevo crédito en vista de la situación incierta en que se vivía. Por ello, buscando alejarse de los vaivenes de la política, Davidson, en colaboración con Pío Bermejillo, Juan Antonio Béistegui, Eustaquio Barron y Manuel Escandón,[47] directivos de importantes casas bancarias mexicanas, promovieron, a fines de 1864, la fundación de un establecimiento bancario que debería contar con el concurso de los viejos y nuevos miembros de la "elite del dinero".

Todos ellos eran acreedores internos del imperio durante los últimos años de la vida de este régimen, que respaldaron sus créditos con ingresos aduanales o que se vieron obligados a otorgar una contribución cotidiana a la administración central del imperio,[48] ataduras que se traducirían en oposición a Maximiliano, razón por la cual algunos de estos propietarios y capitalistas optaron por establecer vínculos con las fuerzas liberales, cuyos ejércitos avanzaban sobre la capital y a los cuales facilitaron pertrecho y alimentos, como fue el caso de Limantour padre, de Carlos Haghenbeck, de Ricardo Sáinz, de Luis Sauto o de Íñigo Noriega.

Entre los miembros de esa "elite del dinero" se encuentran algunos personajes que participaron en la creación de instituciones de crédito del periodo porfirista;[49] otros, en cambio, desaparecieron de la primera línea del mundo de los negocios de la ciudad de México, como fue el caso de varios herederos de la "aristocracia del dinero", como Manuel Agreda, la testamentaria de Alamán, los hermanos Torres Adalid o la familia de Lizardi, así como prestigiados empresarios mexicanos de mediados de siglo, como Gregorio Mier y Terán, Cayetano Rubio o Martín Carrera. En tanto otros acreedores imperiales preservaron su sitio en este universo; entre ellos destacan fortunas familiares de origen colonial o del periodo independiente, como fueron las familias de los Iturbe, los Escandón, los Béistegui o los Landa, entre otros, que permanecieron al lado de prósperas firmas de comerciantes españoles como la de los hermanos Muriel,

[47] *Banco de Londres y México,* 1864, p. 20.

[48] Estos inversionistas facilitaron recursos a todas las administraciones o fueron víctimas de préstamos forzosos o de toma forzada de bienes. La lista de estos personajes o firmas de vieja filiación o recién llegados se encuentra en Payno, 1980, pp. 876-898.

[49] Ludlow, 1990, pp. 979-1028.

de Cardeña y Cía., de Francisco de P. Portilla o de Pío Bermejillo, de ingleses como Barron y Forbes o de Graham Greaves, o de franceses como las firmas de Labadie, de Bablot o de Zolly, así como capitales de residentes prusianos o hanseáticos como el cónsul Benecke o la casa de Uhink, entre otras muchas que desarrollaron sólidas redes mercantiles y financieras entre la ciudad de México y diversas plazas del país.

Davidson invitó a esos capitalistas que dominaron el mundo de los negocios de la ciudad de México, durante los primeros años del régimen porfirista, al proponerles fundar una institución emisora con carácter exclusivo y monopólico, que hiciera frente a la filial inglesa. Por lo cual planteaba, por primera vez en la historia monetaria mexicana, el reconocimiento del "curso legal" de esos billetes bancarios, cuya introducción debe ser paulatina en el entendido de que los metales preciosos seguirán siendo la base del sistema monetario, pero aconsejaba que no se debía entorpecer su exportación. En uno de sus párrafos el agente de Rothschild consideró que "hubiera desaparecido la nacionalidad mexicana, a no ser por el equilibrio que se ha mantenido entre los metales preciosos por medio de la exportación constante de las platas producidas por nuestras minas". Más adelante precisaba las cantidades que debían aportar los futuros accionistas, con el fin de que participasen "capitalistas y comerciantes de esta capital" con 5 000 000 de pesos hasta completarse la suscripción de 20 000 000, que debía ser el total del capital social restante que debía ofrecerse en las plazas europeas; insistía, por último, acerca de la importancia de que participasen los inversionistas mexicanos, ya que con ello evitarían ser excluidos de negocios y giros de primera importancia.[50]

Pero la quiebra del imperio en términos políticos y financieros limitó los avances, y la iniciativa no fue retomada sino hasta 1882, al ser restablecidas las relaciones diplomáticas y financieras con los gobiernos de Francia e Inglaterra.[51]

[50] Davidson, 1864.
[51] Ludlow, 1986, pp. 299-345.

III

Unos meses antes, hacia fines de 1863, un grupo de capitalistas londinenses promovió el establecimiento de una filial de una banca colonial a la que inicialmente llamaron Bank of Mexico Limited, y firmaron su acta constitutiva el 15 de febrero de 1864, en el entendido de que esta casa formaba parte de futuros establecimientos en Argentina, Brasil, Perú y Chile.

Los banqueros ingleses tuvieron que cambiar el nombre de la futura institución bancaria al hacerse públicas las negociaciones que el comité financiero mexicano entablaba con los representantes de la regencia para fundar un banco con el mismo nombre (Banco de México), a la vez que otorgaban el crédito de Miramar para sufragar el gasto de traslado de los ejércitos del mariscal Bazaine.

La debilidad financiera del régimen de Maximiliano ante la elite económica parisina fue aprovechada por los capitales ingleses conocedores de la situación mexicana, como era el caso de agentes y comisionistas ligados a la casas bancarias londinenses de los Baring, que controlaba gran parte del comercio de metales, en particular en monedas de plata que eran remitidas a diversos países de Europa, a Estados Unidos y a China. Las filiales de la banca inglesa en México y Latinoamérica,[52] o en otras ciudades, como El Cairo, Shanghai y Hong Kong, fueron promovidas por un poderoso sindicato formado por sociedades como los "joint stock bankers" o las pujantes compañías de seguros, así como individuos miembros de las minorías política y económica londinenses, como era el caso de los "merchant bankers", así como de varias firmas que dominaron el comercio de plata mexicana y la deuda interna, como ocurrió con la firma de Baring y hermanos. En su mayoría estaban vinculados con el tráfico de diversos productos de exportación como fueron la plata, el algodón, el café o el cobre, entre otros, y promovían la formación de estas asociaciones de accionistas con el fin de hacer frente a la competencia de otras firmas europeas.

[52] Bajo esta denominación e iguales características se fundaron diversas firmas en varias regiones del mundo, entre las que se encontraba el Banco de Londres y Río de la Plata, administrado por la casa bancaria inglesa de los Baring, en Cassis, 1987, p. 38.

Eso les permitió escapar de la disputa financiera que establecieron los medios de aportación franceses e ingleses y sin buscar concesión gubernamental ni privilegio alguno optaron por establecer el primer banco del país, para lo cual enviaron a la ciudad de México a los representantes Guillermo Newbold y Roberto Geddes, que llegaron al puerto de Veracruz el 1 de mayo de 1864.[53]

Durante su primer año de vida los directivos de la filial mexicana, tras matricularse en el tribunal de comercio de la ciudad de México, optaron por expandir sus actividades y relaciones con el comercio y las firmas bancarias existentes, beneficiándose de la incierta situación de las ofertas bancarias presentadas a las autoridades mexicanas y francesas.[54]

Una vez llevados a cabo los registros y arreglos necesarios para la apertura de la casa matriz, el de Londres, México y Sudamérica se anunció en la prensa como una empresa emisora con un capital de 2 000 000 de libras esterlinas, o sea 10 000 000 de pesos, y se aclaró que se tenía la "facultad de aumentarlo". Se precisaba, además, que la primera emisión ya había terminado, y alcanzó la cifra de 1 000 000 de libras, equivalente a 5 000 000 de pesos, cantidad que fue suscrita en 20 000 acciones con un costo de 50 libras (250 pesos). Y se consideró que el monto del capital reunido era una "circunstancia que desde luego proporciona mayores garantías de las que pudieren ofrecer las empresas particulares"; además, se aseguraba que serían otorgados los mismos beneficios que se daban en Inglaterra a las instituciones por acciones conocidas como los "joint stocks banks" (banca por acciones).[55]

Por último, Newbold y Geddes difundieron, en la prensa y mediante diversas cartas, los rasgos y objetivos de la futura institución

[53] *La Sociedad, Periódico Político y Literario,* 3 de mayo de 1864, núm. 319, p. 3. La narración de la llegada de estos agentes en el cap. I del libro de aniversario del *Banco de Londres y México,* 1964.

[54] Antes del registro del Banco Newbold obtuvo su matrícula núm. 4327 expedida el 6 de mayo, AGN, Ignacio Cosío, vol., 371, ff. 251v., 254v., 256. Días más tarde, el 22 de junio, obtuvo la matrícula requerida, de acuerdo con el artículo 53 del código de comercio de 1854, y reportó el establecimiento del primer local en la calle de Capuchinas núm. 3 (hoy Venustiano Carranza).

[55] *La Sociedad, Periódico Político y Literario,* 5 de julio de 1864, núm. 380, p. 2.

que contaba con un capital social de 10 000 000 de pesos, y anunció que realizaría todo tipo de operaciones mercantiles y bancarias como:

1. El descuento de letras de cambio, tanto del comercio como de otras procedencias que merezcan la aprobación del banco.
2. Hacer préstamos de dinero con garantía de propiedades o productos que el banco estime satisfactorios, con el interés y por el tiempo que mutuamente se acuerde.
3. Admitirá también el banco, depósitos de dinero por el tiempo y con el interés que de común acuerdo se arreglare al efectuar tales depósitos.
4. El banco abrirá cuentas corrientes sin cargo alguno para el uso y conveniencia de su clientela.
5. El banco descuenta las libranzas del comercio y negocia letras de cambio sobre Londres, París y otras ciudades principales de Europa y América, y también sobre las ciudades del interior donde tiene agencias, al cambio corriente en las fechas en que se verifiquen tales operaciones.

En aquellos textos dirigidos a sus potenciales clientes los representantes ingleses aprovechaban la ocasión para difundir el papel de las instituciones de crédito en los siguientes términos:

> Las ventajas que establecimientos de esta clase proporcionan al comercio y al público son bien sabidas. El numerario en circulación aumenta con ellos, y los agricultores, comerciantes y empresarios de todo género, obtienen fondos a interés moderado.
>
> La noticia que damos, constituye una nueva prueba de la confianza que los capitalistas europeos, que tan renuentes se habían manifestado siempre, van teniendo en cuenta la estabilidad de nuestras nuevas instituciones.[56]

La administración de Newbold se mostró conocedora de las prácticas mercantiles mexicanas y de inmediato se relacionó con numerosas casas del país en los primeros meses de vida del banco, gra-

[56] *La Sociedad, Periódico Político y Literario,* 10 de mayo de 1864, núm. 326, p. 3.

Cuadro 2

Ciudad	*Firma*	*Actividad*
Acapulco	Raimundo Fernando y Sobrinos Pedro Narvarte y Cía.	
Aguascalientes	Gómez de Hornedo y Hnos.	
Celaya	Tomás Horncastle	
Campeche	Domingo Trueba	
Culiacán	Valentín Vidaurreta	
Colima	Oeding y Cía.	Comisión, importación
Durango	Antonio Arana	Ropa, algodón, azúcar, etc.
Guadalajara	Francisco Martínez y Cía.	Almacén y banco
	Fernández Somellera y Hnos.	Comerciante
Guanajuato	T. Lehman	
	Luis McGowan	Comerciante
	Demetrio Montes de Oca	Comerciante
Guaymas	J. A. Robinson	
	Francisco Espriú	
Hermosillo	Celedonio Ortiz	
Matamoros	José Sanromán	
	Albino López	
	Francisco Armendáriz	
	Hernández y Hnos.	
	Bahnsen y Cía.	
Mérida	Bernabé de Mendiolea	
Morelia	Nicolás de Oruña	Almacén
	Manuel Elguero	Tabaquería
Monterrey	Nazarena, Cortes y Cía.	
	Echeguren, Quintana y Cía.	
Puebla	Velasco Hnos.	Escritorio
	Nerón y Cía.	Almacén y compañía
Puerto Isabel	Castaño Hermanos	
San Luis Potosí	Davies y Cía.	Almacén
Tepic	Nazarena Cortés y Cía.	
Tabasco	Nicolás Rondamina	
	Juan Ruiz	
Tampico	Diego de Lastra	Importación de ropa
	Dionisio Camacho	Almacén, comisión
		Agente Cía. Transatlántica Francesa
		West Indian & Pacific Co.
	Manuel A. Fernández	Pulpería, abarrotes
	Á. Gutiérrez y Victory	Almacén, comisión
	Ramón Obregón	Importación, ropa

Cuadro 2 *(continuación)*

Ciudad	*Firma*	*Actividad*
	Víctor García y Stewart	Almacén, comisión
	Jolly y Cía.	Almacén, comisión
Veracruz	Velasco Hnos.	
	Labadie y Cía.	
	Francisco Cano o Canal	Corredor
	José Beltrán Salazar	
	Andrés Anglade y Cía.	Agente vapores españoles
	A. Somohano y Cía.	Almacén
	Graham Greaves y Cía.	
	R. C. Ritter y Cía.	Almacén y representante vapores EUA; cristalería y locería
	Viya Hnos.	Almacén
Zamora	Jesús M. Plantarte y Cía.	Abarrotes
Zacatecas	John V. Clemente	
	Tomás Horncastle y Cía.	
	Alezander y Cía.	
	William Newal y Cía.	

Fuentes: AGN, Ignacio Cosío, vol. 371, 1864 y Maillefert, 1992. Parte de esta lista fue publicada en *Banco de Londres y México,* 1964, pp. 19-20.

cias a lo cual se logró establecer una red amplia de negocios con las firmas locales, y la institución pudo concentrar esas operaciones bajo su égida, pero ofreciendo por igual los servicios bancarios a empresas grandes y pequeñas dedicadas a actividades diversas, seguramente todas ellas vinculadas desde hacía años con las casas bancarias y mercantiles inglesas.

La apertura de esta red de operaciones fue respaldada unos meses más tarde con la inauguración de las primeras diez sucursales en los centros mineros y puertos más importantes del país, o en plazas mercantiles de fuerte actividad,[57] como fueron:

Cuadro 3

Sede de la sucursal	*Responsable*
Veracruz	Bates, Barton y Cía.
Tampico	Stewart, Jolly y Cía.

[57] *Banco de Londres y México,* 1964, p. 20.

Cuadro 3 *(continuación)*

Sede de la sucursal	*Responsable*
Guanajuato	Archibaldo McGowan
Zacatecas	Alexander y Cía. William Newal y Cía.
San Luis Potosí	Davis y Cía.
Morelia	Manuel Elguero
Matamoros	Bahnsen y Cía.
Puebla	Nerón y Cía.
Colima	Oetling y Cía.
Durango	Antonio Arana Delius Hermanos

Además de la red interna y de las representaciones en Londres y París, los directivos de la firma establecieron agencias de la filial mexicana en las capitales de Cuba y Columbia Británica.[58]

Ante la oferta de Davidson y los banqueros mexicanos de abrir un establecimiento bancario, Newbold opinó:

> No creo que un nuevo banco aquí nos perjudique, antes era ventajoso, a menos de que se le otorgue el privilegio exclusivo de emitir billetes, que es lo que sus organizadores desean. En mi opinión resultará muy perjudicial imponer una emisión de billetes en este país, que estimo acaba de librarse de una bancarrota completa durante sus revoluciones por la ausencia de papel moneda. Es indudable que una pequeña emisión de billetes sería útil en México; pero ella debe ser limitada y ningún banco disfrutar del privilegio exclusivo de realizarla.[59]

Un año más tarde, al desaparecer en 1865 la amenaza de los potenciales competidores bancarios, Newbold y Geddes optaron por confirmar la existencia del establecimiento, al solicitar su registro ante

[58] *La Sociedad, Periódico Político y Literario*, 10 de mayo de 1864, núm. 326, p. 3.
[59] Citado en *Banco de Londres y México*, 1864, pp. 20-21.

notario público.[60] Años más tarde, al presentarse la polémica bancaria más importante del periodo porfirista, se puso en tela de juicio la validez legal del Banco de Londres, México y Sudamérica, alegándose que no contaba con la legalidad suficiente. Sin embargo, un especialista de aquellos años nombrado por Manuel Dublán, entonces secretario de Hacienda, afirmó que todos los registros administrativos y notariales eran suficientes para que el banco tuviera vida legal, pues agrega que eran "todos los requisitos exigidos por las leyes entonces en vigor".[61] Además de que la administración juarista revalidó esta determinación judicial por la ley del 20 de agosto de 1867.[62]

En el segundo documento otorgado por el notario Ignacio Cosío fue registrada el acta original en la que se señala que el objetivo de la institución de crédito en México era el de promover las relaciones con ese país, razón por la cual se daban plenos poderes a Guillermo Newbold para que pudiera conducir los

> negocios de un Banco de depósitos y emisiones, y negocios de Banca en todos sus ramos, descuentos, transacciones de Cambios, especies, fianzas y otros valores y sus representantes, recibir depósitos, de dinero, recibir y hacer empréstitos, emplear fondos, tomar fianzas y disponer de ellas ya sean efectos o garantías personales, servir de Agentes en asuntos monetarios para cualquier Gobierno ó demás autoridades y corporaciones Públicas ó Particulares e individuos, establecer y conducir Bancos, Bancos Sucursales y agencias en donde la Compañía tuviere por conveniente; y con ese fin aceptar u obtener, poseer y observar los decretos, concesiones, poderes, derechos ú otros privilegios hechos ó que se hagan, concedidos por y cualquier Gobierno ó Autoridad, concernientes a los objetos de la Compañía y emprender, todo y cualquier negocio ú operación financiera y monetaria; y practicar toda y cualquiera cosa que la Compañía de tiempo en tiempo juzgare ser accidental ó sirva para obtener cualquiera de estos objetos o que de alguna manera resulten en beneficio de la Compañía,

[60] AGNM, Ignacio Cosio, notario núm. 57, vol. 372, año de 1865, Protocolización de la copia de los Estatutos del Banco de Londres, México y Sudamérica, 2 de marzo de 1865, ff. 136-198.

[61] Labastida, 1989, p. 63.

[62] Citado en *Banco de Londres y México*, 1864, p. 33.

así como tales adiciones o extensiones que la Compañía de tiempo en tiempo determine y resolviere por resolución especial.[63]

El documento fue firmado por los promotores del Banco de Londres, México y Sudamérica:

Cuadro 4

Nombre	*Acciones*	*Domicilio*	*Ocupación*
William Julius Marshal	100	Londres	Comerciante
John Paterson	100	Londres	Comerciante
James Levy Hart	100	Londres	Comerciante
Frederick Harrison	100	Londres	Banquero
London and Country Bank	100	Londres	Banquero
Charles Argles	100	Londres	Caballero
William Flux	100	Londres	Caballero
Edward Hitchings	5	Lexington	Caballero

De acuerdo con el citado documento el establecimiento sería dirigido desde Londres (16 King William Street) por un comi-

[63] En la traducción del poder se indica: El Banco de Londres, México y Sudamérica Limited hace saber: "desea así mismo autorizar a William Newbold [...] y como Director del dicho proyectado Establecimiento Sucursal, Y por Cuanto que pueda llegar á ser ó juzgarse ser necesario o expediente para que la dicha Compañía requiera del Emperador ó del Gobierno de México ciertos poderes y concesiones para la emisión de Billetes [...] nombra a Newbold como apoderado legal y verdadero para que a nombre de y por parte de la Compañía pueda practicar diligencias en los asuntos y demás cosas de la misma. Igualmente se le dio poder y autoridad para diligenciar y obtener predios, arrendarlos a plazos fijos o como fuere conveniente en el Imperio de México, asimismo amueblar las casas o predios, asimismo como recibir dineros y depósitos, girar, endosar, aceptar, descontar, negociar letras de cambio y pagarés a nombre del Banco, además de dirigir los negocios de Banca de costumbre. Podía demandar, enjuiciar para recobrar los pagos o adeudos pendientes, deudas, derechos, bienes, géneros, mercancías, muebles, y otros efectos. Del mismo modo podía aceptar u endosar cualquier letra o letras de cambio, pagarés o vales y para firmar, endosar, aceptar, asignar o transferir toda letra o letras, o conocimientos u órdenes de entrega u otros símbolos o indicantes de mercancías, póliza o pólizas de seguro, contratos y cartas de fletamientos, certificados de buques, cartel o carteles de ventas (inventarios), Fondos públicos o del Gobierno". AGN, Ignacio Cosío, notario núm. 57, vol. 372, 1865. Manuscritos. Protocolización del poder conferido por los Directores del Banco de Londres, México y Sudamérica al señor don Guillermo Newbold, ff. 123v, 429.

té directivo, en el que participaron como presidente John Paterson, también cabeza del Standard Bank of British South Africa, y como vicepresidente James L. Hart, que fungía como vicecónsul de Londres en la ciudad de México. En el comité estaban otros expertos y accionistas de la institución, como William Walter Cargile, miembro de la cámara alta del parlamento y directivo del Oriental Bank Corporation, Frederick Harrison, también presidente del London and Country Bank,[64] Abel Heywood y Robert Rumney, directores del Alliance Bank, ligado a una de las compañías de seguros más importantes en Londres, así como William A. Dones, que había dirigido el Anglo-Mexican Mines Company, ligado a la casa bancaria de Baring. A este organismo pertenecieron también Lewis Langworthy, de la ciudad de Manchester, William J. Marshall, presidente del London Bank of Scotland. Además, la empresa contaba con una agencia en la ciudad de París a cargo de la firma de Bischoffshein, Goldschmidtz y Cía., que le abrió al de Londres, México y Sudamérica un crédito por 20 000 libras esterlinas.[65]

A través de un primer acercamiento a los fondos notariales de 1864, primer año de vida de la empresa, se aprecia la dinámica de los negocios que impusieron Newbold y Geddes al Banco de Londres, México y Sudamérica al autorizar la apertura de

> una cuenta de depósito en la cual figuraran por primera partida, los $5 000 que acaban de entregarnos. En esa cuenta les abonaremos intereses a razón del 6% al año. También les abriremos una cuenta activa, o sea cuenta corriente, en la cual sentaremos todos los pagos y cobros que hagamos por su cuenta. En esta última están ustedes facultados para disponer de una cantidad doble de la que tengan a su crédito en su cuenta de depósito, hasta la concurrencia de $20 000. Es decir que desde ahora pueden ustedes disponer hasta de $10 000 y cuando cuentan $10 000 al haber de la cuenta de depósito, pueden hacer uso

[64] Fue uno de los primeros bancos privados por acciones ("joint stocks banks") fundado en 1836, que contó con una amplia red de agencias en la provincia inglesa, *Banco de Londres y México,* 1864, pp. 26-27.

[65] Firma inglesa con sede en Londres y París, y agente financiero de la filial en París en *Banco de Londres y México,* 1864, p. 32.

Cuadro 4

	Monto	*Meses*	*Documento*	*Escritura*	*Se liquida*
Mateo Tijera[68]	10 000	12	Pagaré	Casa	Sí
Nicolás Montes de Oca[69]	10 000	12	Pagaré	Tocinería	No
Pedro Serrano[70]	10 000	8	Libranzas	Casa	No
Marcelino Rocha[71]	30 000	12	Pagaré	Cinco casas y una hacienda	Sí
Soledad Mateos de Ramírez[72]	2 500	5	Pagaré	Casa	Sí
Rosario Arias de Suárez[73]	25 000	12		Tres haciendas D. F. y Estado de México	?
Camilo Toledano[74]	400	12	Pagaré	Terreno en Tacubaya	Sí
Francisco González Hermosillo[75]	1 100	8	Pagaré	Casa (Ags.) y futuros y honorarios	Sí
Francisco Prieto[76]	3000	6	Pagaré	Molino, aperos y mulas	Sí
Teresa Aguilar de Gómez Linares[77]	4 000	12	Pagaré	Hacienda por testamentaría y otros bienes	Sí
Antonio Groso[78]	1 000	12	Pagaré	Rancho de Coyuya	Sí
Ignacio Torres Adalid[79]	10 000	12	Pagaré	Casa	Sí
Enrique Gibbon[80]	10 000	6	Pagaré	Mina La Purísima	Sí
Severo Ortega[81]	1 500	12	Pagaré	Casa	Sí
Dolores Salazar[82]	400	12	Pagaré	Casa	Sí
Hijos de Bernabela de Arriaga[83]	1 000	12	Pagaré	Casa	Sí
Alfredo Boches[84]	6 082	14	Mensualidades	Hipoteca dos lotes y finca	Sí
Amilcari Roncari[85]	3 000	12	Pagaré	Casa	Sí
Leonel Chassin[86]				Escrituras y derechos de un molino	Sí
Francisco de la Fuente[87]	40 000	6	Pagaré	Hipoteca de un hotel	sí

[68] Se precisa que es español, AGN, Ignacio Cosío, notario núm. 57, 3 de agosto de 1864, vol. 371, ff. 225v.-227v.

[69] AGN, Ignacio Cosío, notario núm. 57, 5 de agosto de 1864, vol. 371, ff. 227v.-230 y fojas anexas.

[70] AGN, Ignacio Cosío, notario núm. 57, 10 de agosto de 1864, vol. 371, ff. 233-234v., 237.

[71] Comerciante de Guanajuato, AGN, Ignacio Cosío, notario núm. 57, 13 de agosto de 1864, vol. 371, ff. 242v., 245v.,y 248.

[72] AGN, Ignacio Cosío, notario núm. 57, 13 de agosto de 1864, vol. 371, ff. 248v.-250.

[73] Se aclara que la operación se realiza con licencia que le otorgó su marido y que fue convenida por intermedio del corredor Simón Gutmann, además de que el banco le entregó la cantidad prestada en letras giradas sobre Londres (47 peniques por peso), y que se pagaría en moneda de plata fuerte, AGN, Ignacio Cosío, notario núm. 57, 18 de agosto de 1864, vol. 371, ff. 251v., 254v., 256.

[74] AGN, Ignacio Cosío, notario núm. 57, 19 de agosto de 1864, vol. 371, ff. 256-258.

[75] Se otorgó una prórroga hasta el 12 de noviembre de 1869, AGN, Ignacio Cosío, notario núm. 57, 20 de agosto de 1864, vol. 371, ff. 260v., 262v.

[76] AGN, Ignacio Cosío, notario núm. 57, 29 de agosto de 1864, vol. 371, ff. 278-279v.

[77] El banco le entregaría el dinero por depósito regular; se precisa además que el capital y los réditos tendrían que ser cubiertos en moneda de plata fuerte, de la ley de 10 dineros 20 granos. AGN, Ignacio Cosío, notario núm. 57, 29 de agosto 1864, vol. 371, ff. 283v.-285.

[78] A pagar en moneda de plata fuerte, AGN, Ignacio Cosío, notario núm. 57, 29 de agosto de 1864, vol. 371, ff. 285-286v.

[79] AGN, Ignacio Cosío, notario núm. 57, 30 de agosto de 1864, vol. 371, ff. 292-294v., 296.

[80] Inglés, solicita préstamo en representación de la Compañía de Minas de Guadalupe. El banco le entregaría el dinero por depósito regular; además se indica que se concedió prórroga de acuerdo con la petición de los accionistas: Enrique Gibbon, J. B. Jecker, Vicente Escandón, Ignacio Arróniz, Ignacio Fuentes, Pablo Bonfil, Juan Ricardo Rule, Bruno de Ordovilla, Rafael Beraza y Pedro Rincón, AGN, Ignacio Cosío, notario núm. 57, 31 de agosto de 1864, vol. 371, ff. 301-302 y dos fojas anexas.

[81] AGN, Ignacio Cosío, notario núm. 57, 2 de septiembre de 1864, vol. 371, ff. 305-306.

[82] AGN, Ignacio Cosío, notario núm. 57, 6 de septiembre de 1864, vol. 371, ff. 311-313.

[83] AGN, Ignacio Cosío, notario núm. 57,1 de octubre de 1864, vol. 371,

[84] Súbdito francés, por vía de depósito irregular, y se cubriría con moneda de plata fuerte, AGN, Ignacio Cosío, notario núm. 57, 6 de octubre de 1864, vol. 371, ff. 355v.-358. 83 AGN, Ignacio Cosío, notario núm. 57, 1 de octubre de 1864, vol. 371, ff. 344v.-358.

[85] Súbdito italiano, se anota que el crédito se traspasó al repostero italiano Lorenzo Fulcheri. AGN, Ignacio Cosío, núm. 57, 9de noviembre de 1864, vol. 371, ff. 397-398v. Esta última operación fue realizada el 20 de agosto de 1866, en vol. 389, ff. 382v., 384v.

[86] Doctor francés, se comprometió Chassin a que si existía haber en favor del banco, lo pagaría en moneda de plata fuerte. En caso de no cumplir, el banco podría disponer de la escritura. AGN, Ignacio Cosío, notario núm. 57, 5 de diciembre de 1864, vol. 371, ff. 413v., 415v.

[87] Español vecino, se le otorgó la cantidad por vía de depósito irregular. AGN, Ignacio Cosío, notario núm. 57, 15 de diciembre de 1864, vol. 371, ff. 428-430v., 433.

> de $20 000. Las condiciones de esta última cuenta serán las siguientes: cargaremos a ustedes en interés del 12% anual sobre las partidas a su débito, y les abonaremos 9% anual a su rédito, cargándoles además una comisión de 1/4% sobre el lado mayor de la cuenta.[88]

El servicio se otorgó sobre todo a productores (panaderos y tocineros), a comerciantes de mediana talla y a propietarios de fincas rústicas o urbanas, algunos de ellos agricultores y otros profesionistas liberales, siendo excepcionales las operaciones por cantidades mayores de prósperos hacendados y compañías de minas.

En la casi totalidad de los casos registrados en el cuadro 4 los individuos residían en la ciudad de México, y justificaban su petición en la necesidad de "fomentar sus negocios". Se trata de un contrato mercantil denominado "escritura de reconocimiento", por medio del cual el notario, además de referirse al monto de la operación, registraba el plazo convenido y las garantías que ofrecía el préstamo al banco; se trataba, en todos los casos, de la firma de pagarés o la entrega de libranzas, además de la escritura de la propiedad o de las propiedades cuando la cantidad fuera más alta. En el caso de no redimirse el título de pago en el plazo previsto se establecía que se pagaría 6% de interés, y en algunos casos se señalaba que la institución entregaba la cantidad solicitada por medio de un depósito o en letras de cambio pagaderas en Londres, en tanto que el particular se obligaba a retribuirle la cantidad en moneda fuerte de plata.

El éxito de las cuentas corrientes y la inmediata expansión de corresponsales y sucursales animó a los directivos del Banco de Londres, México y Sudamérica en abril de 1865 a imprimir y poner en circulación los primeros billetes con valor de cinco pesos y por un monto de 1 400 pesos, habiendo ese año una nueva emisión de billetes con valor de 10, 20 y 50 pesos, y un año más tarde comenzaron a circular billetes de más alta denominación equivalente a los 100 y 500 pesos.[89]

[88] Un ejemplo de oficio citado en *Banco de Londres, México y Sudamérica,* 1964, p. 26.
[89] *Banco de Londres y México,* 1964, p. 26.

A pesar de la situación reinante, el banco continuó sus operaciones, facilitando dinero a empresas metalúrgicas (De las Delicias de Gustavo A. Beaurang) y de textiles de lana (Hércules en Querétaro, de Cayetano Rubio) o en la venta de algodón mexicano en Londres a través de Matamoros y Tampico, así como en otras firmas, cervecerías y mercantiles. Además participó activamente en el comercio de títulos de crédito gubernamental, como fueron los documentos que adquirió de las convenciones española e inglesa, estos últimos pertenecientes a connotados prestamistas como Pablo Martínez del Río, José C. Murphy, Manuel J. Lizardi, José de Anzoátegui, J. A. de Béistegui, todos ellos de la empresa de tabaco, así como del agente de la firma londinense de Baring, Eduardo J. Perry, entre otros acreedores, que traspasaron sus documentos al banco con el fin de que los negociase ante el gobierno, operación a la que se sumaron futuros empresarios de la generación siguiente, como el minero Félix Cuevas[90] y el comerciante veracruzano H. de Viya.

A fines de ese año se había roto el frágil equilibrio militar y financiero que había alcanzado el segundo imperio, y la oposición fue en aumento. De una parte, las fuerzas conservadoras y algunos moderados adictos al régimen lo abandonaron como resultado de la política secular de Maximiliano y de la imposibilidad de que este régimen y el reacio Vaticano de Pío IX se pusieran de acuerdo en los términos del proyectado concordato. A esta debilidad interna del gobierno imperial se sumaba la nueva ofensiva liberal tras la terminación de la guerra de secesión estadounidense, que se acompañó del apoyo del gobierno de Lincoln a las fuerzas liberales, lo que permitió al presidente Juárez reinstalar su gobierno en agosto de 1865 en Paso del Norte (hoy Ciudad Juárez).

El giro en la vida política debilitó al gabinete de Maximiliano y reforzó a las tropas del general Bazaine, que se apoderó de los exiguos recursos del tesoro imperial para pagar a los ejércitos franceses. En el interior del país se desvanecían las promesas de la aventura imperial, por lo que en enero de 1866 Bonaparte optó por abandonar a Maximiliano con el fin de concentrar sus energías en Europa, reforzando

[90] *Banco de Londres y México,* 1964, pp. 31-32.

su alianza con Austria en lucha contra el naciente poderío prusiano, [91] en tanto que los capitales franceses ya dirigían sus tropas invasoras y sus recursos pecuniarios a zonas más prometedoras(Egipto, Túnez y Turquía) o simplemente optaban por invertir en la construcción ferroviaria y en la apertura de empresas bancarias en países vecinos, como España e Italia. Estos conflictos de intereses marcaron una parte importante del fracaso del régimen de Maximiliano, a la vez que Bonaparte perdía progresivamente a sus principales aliados financieros y militares en Europa. Ante tal situación Bonaparte no dudó en ordenar el retiro de los ejércitos franceses de tierras mexicanas, no obstante las presiones que hizo el general Almonte ante su gabinete y las propuestas financieras que ofrecieron los representantes mexicanos a banqueros parisinos a nombre de Maximiliano.[89]

El fin del segundo imperio se aceleró hacia mediados del año de 1866, y entre las filas de la elite del dinero de la ciudad de México muchos optaron por apoyar a las filas liberales, cuyos ejércitos avanzaron exitosamente en dirección a la capital. El gobierno de Estados Unidos acompañó de un préstamo de 20 000 000 de pesos el reconocimiento al gobierno del presidente Benito Juárez, decisión que fue seguida del retiro de los ejércitos del general Bazaine del territorio mexicano, acontecimientos que aceleraron la abdicación de Maximiliano, y permitieron a los comercios prusiano y español tomar a su cargo el manejo administrativo de la ciudad y situarse en la delantera de los negocios, al momento en que las fuerzas liberales entraron triunfantes a la capital mexicana.

Tras el fusilamiento de Maximiliano se dejó a un lado el problema de la deuda pública convenida desde el periodo independiente; algunos acreedores internos de la era del agio habían fallecido y otros tuvieron que gestionar ante las autoridades republicanas la legitimidad de sus protestas, que debieron ser consideradas como deuda interna, en tanto que los reclamos de los tenedores extranjeros hubie-

[91] Los cambios en la geopolítica alteraron la situación que el segundo imperio tenía en 1862; cuatro años más tarde Prusia y Austria se habían unido, Italia había logrado llevar a cabo su unificación a pesar de la oposición del emperador, e Inglaterra y Rusia optaron por una política aislacionista que los mantenía fuera de las tensiones europeas. Girarard, 1986, pp. 376-377.

[92] Se conoció como convención del 30 de julio de 1866, y en ella se ofrecía entregar a Francia la mitad de los ingresos aduanales, en Lefèbre, 1869, pp. 336-338.

ron de esperar varios años a causa del rompimiento de relaciones diplomáticas entre México y sus gobiernos.

Hacia fines de los años 1860 surgieron los nuevos financieros de las fuerzas republicanas, que de inmediato recibieron como pago de sus créditos fincas rústicas y urbanas que años antes eran propiedad de instituciones eclesiásticas; varios de ellos formaban parte de las comunidades de residentes europeos que fueron en aumento desde mediados de siglo y cuyo patrimonio provino fundamentalmente del universo mercantil, cuyo dinamismo era producto del crecimiento de las ciudades y de su relación con los ejércitos liberales dueños de los espacios mercantiles durante los años de la guerra.

La incorporación de esos nuevos miembros a la elite del dinero de la capital mexicana se ajustó de inmediato a los cambios introducidos en la vida administrativa y mercantil del periodo imperial que se preservaron en la etapa siguiente, pero la consolidación de estos sectores dependió del favorecimiento de las camarillas políticas en pugna encabezadas por Sebastián Lerdo de Tejada y Porfirio Díaz.

Siglas y referencias

AGN Archivo General de la Nación, México.
AGNM Archivo General de Notarías de la Ciudad de México, México.

Arnáiz y Freg, A. y Claude Bataillon, 1965, *La intervención francesa y el imperio de Maximiliano. Cien años después*, México, Asociación Mexicana de Historiadores/Instituto Francés de América Latina.

Arnaud, 1891, *Les barcelonnettes au Mexique. Extraits des documents et considerations historiques sur la valée de Barcelonnette*, s. e.

Arrangoiz, Francisco de Paula de, 1968, *México desde 1808 hasta 1867*, México, Porrúa.

Banco de Londres y México, 1864, *Banco de Londres y México, 100 años de su fundación*, México.

Barbier, Frédéric, 1991, *Finance et politique. La dynastie des Fould*,

XVIII^e-XX^e siècle, París, Armand Colin.
Bazant, Jan, *Historia de la deuda exterior de México, 1823-1946,* México, El Colegio de México.
Bonin, Hubert, 1991, *L'argent en France depuis 1880. Banquier, financiers et épargnants,* París, Masson.
Bouvier, Jean, 1992, *Les Rothschild. Histoire d'un capitalisme familial,* Bruselas, Éditions Complexe.
Cadier, Gabrielle, 1991, "Les consequénces du traité de 1860 sur les échanges franco britanniques", en Crouzet, pp. 205-212.
Cassis, Youssef, 1987, *La City de Londres, 1870-1914,* París, Librairie Blenin.
Conte Cortin, Egon Caesar, 1944, *Maximiliano y Carlota,* México, Fondo de Cultura Económica.
Crouzet, François M. (coord.), 1991, *Le négoce international, XVIII^e-XX^e siècle,* París, Centre National des Lettres, Economica.
Cottrel, Philip L., 1984, *Historia política de Inglaterra,* México, Fondo de Cultura Económica.
Chapman, John Gresham, 1975, *La construcción del ferrocarril mexicano (1837-1880),* México, Secretaría de Educación Pública.
Chevalier, François, 1965, "Conservateurs et liberaux au Mexique, Essai de sociologie et geographie politique de l'independance à l'intervention française", en Arnaiz y Freig y Bataillon, pp. 9-25.
Chevalier, Michel, 1863, *Le Mexique ancien et moderne,* París, Librairie de Hachette et Cie.
Davidson, N., 1864, *Apuntes sobre el establecimiento de un Banco Nacional en México,* México, Imprenta de Andrade y Escalante.
Gille, Bertrand, 1970, *La banque en France au XIX^e siècle, Recherches historiques,* París y Ginebra, Droz.
Gille, Geneviéve, 1965, "Les capitaux français et l'expedition du Mexique", en *Revue d'Histoire Diplomatique,* 69, julio-septiembre, pp. 193-250.
Girarad, Louis, 1986, *Napoleon III,* París, Librairie Arthéme Fayard.
Labastida, Luis G., 1989, *Estudio histórico y filosófico sobre la legislación de los bancos,* edición facsimilar de la de 1889, México, Miguel Ángel Porrúa/Banco Nacional del Pequeño Comercio.

Lefêbre, E., 1869, *Documentos oficiales recogidos en la secretaría privada de Maximiliano. Historia de la intervención francesa en Méjico*, Bruselas y Londres, vol. II.

Lévy Lébover, Maurice, 1977, *La position internationale de la France. Aspects économiques et financiers, XIX et XX siècles,* París, Éditions de l'École des Hautes Études en Sciences Sociales.

Ludlow, Leonor, 1986, "La construcción de un banco: El Banco Nacional de México, 1880-1884", en Ludlow y Marichal, pp. 299-345.

——, 1990, "El Banco Nacional Mexicano y el Banco Mercantil Mexicano: Radiografía social de sus primeros accionistas, 1881-1882", *Historia Mexicana*, XXXIX: 4 (156), abril-junio, pp. 979-1028.

——, 1995, *Las dinastías financieras en la ciudad de México. De la libertad comercial a la reforma liberal,* tesis doctoral, El Colegio de Michoacán.

Ludlow, Leonor y Carlos Marichal, 1986, *Banca y poder en México, 1800-1926,* México, Grijalbo.

Ludlow, Leonor y Jorge Silva-Riquer, 1993, *Los negocios y las ganancias de la colonia al México moderno,* México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora/Instituto de Investigaciones Sociales, Universidad Nacional Autónoma de México.

Maillefert, Eugenio, 1992, *Directorio del comercio del imperio mexicano,* edición facsimilar, México, Instituto Dr. José María Luis Mora.

Michel, Bernard, 1977, "Les capitaux français en Autriche au début du XIX^e^ siècle", en Lévy Lébover, pp. 228-233.

Payno, Manuel, 1980, *Cuentas, gastos, acreedores y otros asuntos del tiempo de la intervención francesa y el imperio,* obra escrita y publicada por orden del gobierno constitucional de la república por... de 1861-1867, edición facsimilar de la de 1868, México, Miguel Ángel Porrúa.

——, 1982a, *México y sus cuestiones financieras con la Inglaterra, la España y la Francia,* edición facsimilar, México, Secretaría de Hacienda y Crédito Público/Miguel Ángel Porrúa.

Payno, Manuel, 1982b, *Cuentas, gastos y acreedores,* edición facsi-

milar, México, Secretaría de Educación Pública/Miguel Ángel Porrúa.

Plessis, Alain, 1979, *De la fête imperiale au mur des fédérés, 1852-1871,* París, Points-Histoire du Seuil.

Rivera Cambas, Manuel, 1987, *Historia de la intervención europea y norteamericana en México y del imperio de Maximiliano de Habsburgo,* edición facsimilar de la de 1888, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, vol. II.

Topik, Steven C., 1993, "Controversia crediticia: Los 'azulitos' del periodo de Maximiliano", en Ludlow y Silva-Riquer, pp. 445-470.

CÓMO FUE QUE *EL NEGRITO* SALVÓ A MÉXICO DE LOS FRANCESES: LAS FUENTES POPULARES DE LA IDENTIDAD NACIONAL

*William H. Beezley**

Napoleón III, el advenedizo emperador de Francia, soñó con un imperio mundial basado en su liderazgo sobre los países europeos y aquellas de sus ex colonias que compartían una herencia latina. Para justificar sus planes imperiales para el hemisferio occidental, sus consejeros acuñaron la frase América Latina, que expresaba los objetivos de su campaña. Como parte de su proyectada esfera de influencia, Napoleón identificó a México como la piedra angular y ordenó una invasión del país en 1862. Las tropas galas, pese a la aplastante victoria mexicana del 5 de mayo de 1862, pronto arrollaron a los ejércitos defensores y ocuparon la ciudad de México en 1863. Napoleón III envió luego a sus títeres Maximiliano y Charlotte, quien hispanizó su nombre a Carlota para gobernar a su dependiente, el imperio mexicano. Durante la intervención e imperio franceses, de 1862-1867, mientras los invasores extranjeros y sus aliados conservadores mexicanos intentaban derrotar a Benito Juárez y sus fuerzas liberales en el norte, el emperador Maximiliano con sus ministros trataban de crear apoyo popular para el régimen extranjero —al tiempo de suprimir las críticas a éste— en las regiones ocupadas. Sin embargo, las críticas persistieron. Por ejemplo, el poeta oaxaqueño Manuel E. Rincón, que vivía en la ciudad de México, escribió una comedia de un acto llamada *Cosas del día,* acerca del gobierno. Con la esperanza

* University of Arizona.

Historia Mexicana, vol. 57, núm. 2, octubre-diciembre de 2007, pp. 405-444. Traducción de Servando Ortoll.

de evadir a los censores, Rincón inauguró la obra en Orizaba, pero las autoridades imperiales la clausuraron después de una función, por sus referencias satíricas a los franceses. La comedia no se volvió a presentar, pero el guión se vendió bien bajo cuerda, especialmente en Oaxaca y otras provincias fuera de la ciudad capital.[1]

El emperador intentó incrementar la popularidad de su gobierno, si no es que la lealtad al mismo, expandiendo la lista de días festivos, con celebraciones más elaboradas del día de la independencia, y agregando nuevas conmemoraciones al calendario, como su cumpleaños y el de la emperatriz. Maximiliano buscó promover espectáculos favorables —o al menos neutrales— al régimen. En sus esfuerzos por encontrar diversiones más aceptables, nombró director del teatro imperial y poeta de la corte a José Zorrilla, el famoso vate y dramaturgo español, quien se encontraba en México para escapar de un matrimonio infeliz en su tierra natal. En 1865 Zorrilla estrenó en la ciudad de México su obra ahora clásica *Don Juan Tenorio.*[2]

Pese a los esfuerzos del emperador por censurar y distraer a sus críticos con espectáculos y días festivos patrocinados por el imperio, sus empeños no lograron eliminar varias formas de sátira popular. Los periódicos, más particularmente *La Orquesta* y *La Chinaca,* publicaban caricaturas políticas ocasionales. Por encima de todo, las funciones de títeres continuaron con toda su furia con comentarios sarcásticos acerca de Maximiliano, de la misma manera en que el titiritero Louis Lemercier de Neuville se mofó de Napoleón III en Francia.[3] Los titiriteros mexicanos formaban parte de una tradición de mucho arraigo en la que los títeres se desempeñaban como críticos sociales. En 1823 unas marionetas aparecieron en *Seis noches de títeres mágicos,*[4] para atacar satíricamente al primer emperador de México, Agustín I. Esta tradición ha continuado hasta nuestros días. En Estados Unidos, desde 1961, el Bread & Puppet Theater [Teatro de Pan y Títeres] ha protestado contra una variedad de temas, desde

[1] Méndez Aquino, "El teatro del siglo XVI", t. II, p. 370.

[2] Véanse Barreiro y Guijosa, *Títeres mexicanos,* p. 71 y Zorrilla, *El drama del alma,* un largo poema épico sobre la experiencia de Maximiliano y su muerte en México.

[3] Moreno, "La época independiente", pp. 227-233 y Blumenthal, *Puppetry,* p. 157.

[4] Colección Lafragua.

la guerra de Vietnam hasta la burocracia gubernamental. Incluso en 2000, cuando tuvo lugar la convención del Partido Republicano en Filadelfia, la policía arrestó a Mathew Hart y a otros miembros de la Spiral Q Company [Compañía de Teatro Spiral Q] por planear protestas utilizando títeres.[5]

Durante los años de la intervención francesa en México hubo un espectáculo de títeres extremadamente popular y que formaba parte de esta tradición; se trataba de una representación en dos actos llamada *La guerra de los pasteles,* que por implicación criticaba al emperador respaldado por los franceses. El columnista Guillermo Prieto asistió al melodrama y reportó así la acción de los títeres:

> Representa el teatro un espeso bosque que parece desierto; cruzan de vez en cuando chillones con cachuchas, y gesticulando horriblemente, unos monos repelentes de interminables colas. Sale El Negrito, personificación de la Patria, con sus calzoneras, espada y sombrero con toquilla tricolor [...] los monos se agrupan, uno se adelanta [...]
>
> El Negrito, creyéndole el demonio, exclama:
>
> —De parte de Dios te digo que me digas qué quieres.
>
> —Que me pagues mis pasteles —dice el mono.
>
> —Ven por la paga [...] —alza entonces la bandera tricolor que ha estado oculta, y cambia instantáneamente la escena; es el Castillo de San Juan de Ulúa, son nuestros soldados, y es el mar con la escuadra francesa [...] Se agitan las banderas, suenan tambores y clarines, y se empeña un tiroteo de cohetes escupidores, cámaras, etcétera, que convierten en un caos la galera.

En el escenario los títeres que representan las tropas francesas se adentran en el fuerte y gradualmente comienzan a silenciar los cañones mexicanos. "El Negrito, que ha estado infatigable, embiste, mata, empuña la bandera y se abre paso hasta lo más alto de la fortaleza [...] Allí se arrodilla, hace la señal de la cruz y grita [...] 'Ah! María Santísima de Guadalupe'."

En ese instante el foro se ilumina con luces de bengala y entre

[5] Anthony, "A Snapshot Puppeteers", y Swortzell, "A Short View", pp. 12 y 30.

una lluvia de confeti de oro y estrellas, desciende la virgen del cielo, rodeada por los arcángeles. Cuando ella y su séquito se posan en el fuerte, los franceses inmediatamente giran sobre sus talones y corren, arrojando sus armas al escuchar las trompetas mexicanas que anuncian la carga de la caballería. Mientras van batiéndose en retirada y suben a sus barcos los títeres que representan a los soldados franceses se convierten en feos y gruñones monos.

> En ese momento, El Negrito proclama:
> ¡Ay Veracruz, Veracruz!
> ¡Ay Veracruz infeliz,
> qué susto le dio Santa Anna
> al almirante Baudín![6]
> Y cae el telón.

El público zapatea, rechifla y aplaude mientras El Negrito derrota a los franceses que conforman una muestra representativa de los distintos estratos de los residentes de la ciudad. El heterogéneo auditorio, tan diverso como los residentes de la capital, goza del entretenimiento, especialmente de la acción que despliega la destreza de los titiriteros: ellos asisten al espectáculo cada vez que los titiriteros se presentan en teatros regulares, y en los escenarios que improvisan en las plazas, en especial la de Salto del Agua y la que se encuentra a un costado de la catedral nacional.

El público que presenciaba esta obra de títeres era una muestra representativa de la población de la ciudad. Pese a que, tal como Entendimiento le dijo al Periquillo: "el público son todos y ninguno; es decir, está compuesto por los sabios y los ignorantes",[7] sabemos que dicho público incluía a individuos que conectaban la literatura clásica con la política contemporánea. Ignacio Manuel Altamirano, Manuel Gutiérrez Najera, Ignacio Ramírez y Guillermo Prieto, con los presidentes Antonio López de Santa Anna, Benito Juárez y Por-

[6] Prieto, *Memorias*, t. 1, p. 215 y reimpreso en Iglesias Cabrera y Murray Prisant, *Piel de papel*, p. 82.

[7] Fernández de Lizardi, *The Mangy Parrot*, p. 109.

firio Díaz, en un momento u otro, se unieron a las multitudes de niños y adultos, ricos y pobres, educados y no educados, que asistían a las representaciones.[8] Ciertamente no había dos espectadores que reconocieran las mismas referencias y alusiones, pero podemos identificar las muchas posibilidades que seguramente entendieron algunos de ellos.

Buena parte del público entendía la sátira implícita sobre el régimen de Maximiliano. El sarcasmo era lo que predominaba sobre todo lo demás, salvo por la acción. Más allá de la sátira, los individuos indudablemente identificaban otros temas comunes. Guillermo Prieto reportó que el público se unía a la conmoción de la escena del combate "con una gritería de los demonios, palmadas, patadas y golpes en bancos y palcos".[9] Esto demuestra que en su mayoría los espectadores reconocían al protagonista El Negrito y que, como vemos, conocían el llamado requerido para que él entrara en acción. En algunos casos, los miembros del auditorio también se reconocían a sí mismos, porque la obra contenía alusiones, referencias, implicaciones e imputaciones en abundancia.

Metodológicamente, esta discusión se basa en el análisis de la "descripción densa" establecido por el antropólogo Clifford Geertz, una de las piedras angulares de la historia cultural. El énfasis en el sarcasmo pícaro, pero significativo, y en el revertir los órdenes étnicos y de género se deriva de las teorías carnavalescas de Mijail Bajtin. En términos generales, esta investigación representa un esfuerzo para ir más allá del énfasis excesivo de Benedict Anderson sobre la capacidad de alcanzar una familiaridad con la cultura oral y visual como clave para comprender la comunidad imaginaria que constituye la identidad nacional, y demostrar de manera sutil que las "armas de los débiles" de James C. Scott son, más que otra cosa, la fortaleza de los valores de la comunidad. Acometer estos dos propósitos ha requerido emprender lo que Ricardo Pérez Montfort llama "metodología aleatoria".[10]

[8] Hernández, "Entre el azar y el vértigo", p. 126.

[9] Prieto, *Memorias,* t. 1, p. 215.

[10] Geertz, "Thick Description"; Bakhtin, *Rabelais;* Anderson, *Imagined Communities;* Scott, *Weapons, y* Pérez Montfort, *Estampas,* p. 12.

Ahora bien, antes de que alguien se pregunte si éste es un análisis social de arriba abajo, sería bueno considerar que una compañía de títeres no era simplemente una empresa comercial; era mucho más que eso: representaba los medios de subsistencia de toda una familia. Decir que su objetivo era ganar dinero no captura la urgencia del esfuerzo. Los titiriteros no buscaban sacar ganancias, sino ganarse la vida: una proposición totalmente diferente. Los titiriteros tenían que ser sensibles a cómo el público recibía sus espectáculos. No requerían sondeos de opinión o índices de audiencia. Si los titiriteros no evaluaban bien a su público, la gente no regresaba para el espectáculo de la segunda noche. El juicio del auditorio era inmediato y final. En consecuencia, algo mucho más importante que la novedad de actores tirados por cuerdas era lo que atraía a los espectadores al teatro: la calidad era lo que contaba.

Por estas razones, *La guerra de los pasteles* abre un acceso inusual a la historia y cultura populares de mediados del siglo XIX. En la medida en que los titiriteros entretenían al público, algunos entre ellos veían la oportunidad de describir México a los mexicanos. Los titiriteros reconocían o asumían que existía una curiosidad popular sobre cómo era la nueva nación. Los directores de varias compañías —la familia Rosete Aranda, por ejemplo— buscaban representar un viaje que los títeres guiaban y en que se mostraba a la gente y los diversos lugares del país. Los títeres representaban *tableaux vivants, o semivivants* de celebraciones del día de la independencia, del día de la virgen de Guadalupe, de la semana santa y otras festividades de importancia nacional; variaciones regionales de estas fiestas, y otras actividades populares, como corridas de toros y bailes. Todavía más, los titiriteros presentaban tipos sociales regionales, como la china poblana y las mujeres de Tehuantepec. El teatro de títeres incluía el folklore y la geografía que la gente reconocía por medio de la observación y la tradición oral.

La revisión de *La guerra de los pasteles* revela el papel que los títeres desempeñaron en la creación de una historia oficiosa que contribuyó a excitar un sentido popular de identidad nacional y de la singularidad de lo mexicano. También demuestra el uso poderoso de la sátira por la que los mexicanos deberían ser mundialmente famo-

sos.[11] En su esfuerzo por ridiculizar la ocupación francesa y al emperador títere, el melodrama se centró en otra intervención, la ocurrida entre 1837-1838, en la que los franceses, al menos desde la perspectiva mexicana, se mostraban absolutamente torpes. Este breve episodio se desarrolló cuando los funcionarios franceses trataron de aprovechar la oportunidad que se les presentaba en el momento en que Antonio López de Santa Anna dejó al gobierno mexicano totalmente desorganizado, luego de perder Texas. Los franceses exigieron que los mexicanos pagaran préstamos que les habían hecho y presentaron demandas adicionales. Los mexicanos alegaron la bancarrota. En respuesta, el gobierno galo envió fragatas para bloquear el puerto de Veracruz. Los funcionarios del gobierno mexicano, como parte de una medida para ganar tiempo, aceptaron revisar las reclamaciones y descubrieron una por 200 pesos, presentada por un panadero francés en la ciudad de México, quien juró que los soldados, durante un golpe de Estado militar, se comieron todas las existencias de pasteles, galletas, tartas y empanadas de su negocio. Aunque originalmente rechazaron las reclamaciones, a la larga los mexicanos tuvieron que pagar a los franceses —incluido entre ellos el panadero— un total de unos 8 000 000 de pesos. No satisfechos con esto, los franceses decidieron darles una lección a los mexicanos: la marina francesa bombardeó el puerto de Veracruz... y casualmente le pegó a una de las piernas de Santa Anna, cuando galopaba por la playa para salvar la ciudad. A partir de entonces, los mexicanos satíricamente se refieren al episodio como la guerra de los pasteles.

Los títeres concibieron una versión de la batalla de Veracruz para burlarse de los soldados franceses dispuestos a dar la vida por dulces sabrosos y por el emperador Maximiliano mediante la representación imaginativa de la guerra de los pasteles. Los elementos del melodrama contribuyeron a cimentar estas burlas. La obra contenía referencias y alusiones sumamente ricas en torno de eventos fundamentales, mitos trillados y estereotipos que comprendían la identidad popular nacional.

[11] Sobre el humor negro, especialmente en la política, véase Moreno, "La época independiente", pp. 113-114.

El melodrama comenzaba con un recordatorio de los demonios que amenazaban la nación y su forma de vida. Cuando el telón se alzaba y aparecían monos, el público inmediatamente reconocía la representación como una sátira política que identificaba así a los malhechores que buscaban dominar a la sociedad. El mono Vano, con su horripilante cara, chillidos y larga cola enroscada, sirvió como una de las primeras y más dominantes caricaturas de los políticos en México. La imagen apareció por primera vez en 1808 y cobró notoriedad poco después en los almanaques populares que publicaba José Joaquín Fernández de Lizardi, con ilustraciones de José María Torreblanca, mejor conocido como el grabador que diseñó el sello oficial de la nación. El mono Vano —feo y garrafal político— apareció en caricaturas, espectáculos de títeres e incluso se convirtió en una de las cartas en la lotería de figuras. Durante las guerras de reforma (1858-1861) la referencia se volvió más específica, ya que los liberales usaban como su lema de reunión la canción "Los monos verdes", que se mofaba de las tropas conservadoras, vestidas con uniformes aceitunados. Los liberales continuaron entonando esta descripción sarcástica de los conservadores que se alinearon con los franceses durante la intervención.[12]

Los políticos conservadores, ya fueran nacionales o franceses, eran representados como una maldición sobre la sociedad. El mono parecía casi humano, feo, era cierto, y con otras fallas, pero la imagen era como la de un espejo en una casa de diversión carnavalesca, con rasgos humanos distorsionados.

Por consiguiente, El Negrito confundía a los políticos franceses y a los monos malvados con el diablo. Las tropas francesas que invadieron México en 1862 recibieron aliento de los políticos conservadores mexicanos. Los liberales los consideraban malvados, monos vanos, el mismo diablo encarnado por sus acciones maléficas. Los monos títeres maldecían tanto a los invasores franceses como a los políticos conservadores nacionales.

Como adláteres del diablo, los monos aparecen en la iconografía de la religión popular que se remonta a la época medieval. El arte

[12] Moreno, "La época independiente", pp. 26, 113-114.

religioso con frecuencia caracterizaba así a los esbirros irredentos del diablo y a los pecadores impenitentes que arañaban a los fieles. De esta manera, los títeres monos, con sus polivalencias alegóricas, permitían la fácil identificación de los auditorios. Para cualquiera a quien se le escapara la referencia, ésta se vuelve evidente cuando las tropas francesas se alejan corriendo del puerto y se convierten en monos, como parte de uno de los trucos más populares y técnicamente difíciles representados por las marionetas.[13]

La gente, al menos los liberales, tenían sus héroes. Contra los franceses se alzaba El Negrito, uno de los títeres más famosos del teatro de marionetas decimonónico. Él aparecía como el símbolo de las tradiciones nacionales y locales. El Negrito personalizaba al pueblo mexicano en general y a la región jarocha de Veracruz en particular. Para la década de 1860 su reputación como personaje audaz, satírico y humorístico estaba bien establecida, gracias a sus encuentros con el títere criollo y aristocrático don Folías. Muchos de los embrollos domésticos llegaban a su clímax cuando El Negrito le contaba a don Folías que su esposa le era infiel. El Negrito se revelaba osado en su papel del mensajero intrigante que denunciaba a la esposa adúltera; satírico, en su preocupación aparente por el decoro matrimonial, y humorístico, en su danza alegre desbordante de placer ante la turbación evidente de don Folías.

Ciertamente, el público estaba enterado del papel que desempeñaba El Negrito y de su sello característico, que consistía en zapatear fuerte durante su aparición en estas obras; así que cuando la escena en la guerra de los pasteles cambió a la batalla que entabló El Negrito con los soldados-monos en Veracruz, el público imitó su conducta distintiva zapateando también con fuerza. Esto constituía un llamado a su campeón para asegurar la victoria mexicana contra los franceses, justo como él triunfó en otros melodramas contra su Némesis de la alta sociedad, don Folías. El zapatear con fuerza como forma de comunicación recordaba la decisión que tomaron los funcionarios españoles durante la colonia de prohibir a los esclavos africanos y afroespañoles que tocaran el tambor, pues los españoles

[13] Blumenthal, *Puppetry*, pp. 88, 93 y 96-97.

temían que esos instrumentos comunicaran mensajes de complicidad. El batir de las manos y el zapatear con fuerza remplazaron, para la población negra en Cuba y Veracruz, a los tambores. Estas acciones recordaban al auditorio que los negros, en una ocasión anterior, habían triunfado contra las leyes y los líderes imperiales. Más aún, El Negrito triunfó contra todas las posibilidades y así, sin duda, alentó al público contra la ocupación de las tropas francesas y las pretensiones de Maximiliano y Carlota.

Estas características sugieren que el títere conocido como El Negrito se derivó del modelo, o se dio de manera simultánea, con el renombrado poeta José Vasconcelos, apodado El Negrito. Este último prevaleció durante el siglo XVIII como el satirista y la persona ocurrente que gozara de mayor popularidad durante la época borbónica. José Vasconcelos nació en Almolonga, Puebla, de padres esclavos traídos del Congo; la primera etapa de su vida permanece desconocida, especialmente cómo aprendió a leer y escribir y cómo consiguió su libertad. Vasconcelos desarrolló una fuerte relación con los jesuitas, y esto puede explicar su aprendizaje. Como adulto, apareció en la ciudad capital ganándose la vida por su ingenio, componiendo poemas jocosos de cinco versos, ganando duelos verbales, y sobreviviendo a trampas lingüísticas preparadas para atraparlo en declaraciones antirreligiosas y antimonárquicas.

Su agudeza lo volvió sumamente popular, por sus muchos versos que tenían un toque de sátira contra la política y los españoles, que casi bordeaba la blasfemia. Como solterón confirmado, El Negrito Vasconcelos argumentó que el matrimonio le ofrecía a un hombre poco más que una esposa que sólo le causaría celos y preocupaciones. Aunque murió en 1760, su reputación y poemas siguieron recibiendo reconocimiento y su fama impactó con fuerza la cultura popular. El humorista, novelista y editor de almanaques José Joaquín Fernández de Lizardi con frecuencia usaba epígrafes que lo citaban. El editor rival Blanquel, a partir de 1860, incluía anécdotas sobre El Negrito Vasconcelos en el almanaque de cada año, con poemas y ocurrencias reales o apócrifas. Durante la misma década, el titiritero Soledad Ayucardo, conocido como don Chole y dueño de un pequeño teatro en la Alameda de la ciudad capital, representaba obras que

incluían a El Negrito poeta. A todo lo largo del siglo XIX los vendedores en los portales de Puebla vendían títeres de El Negrito poeta.[14]

Pese a su popularidad, a primera vista El Negrito parecía un campeón raro e inverosímil en la tierra de grandes culturas indígenas y en la nación de la así llamada raza cósmica, forjada con la mezcla de pueblos americanos y europeos. Dos explicaciones imperan: primero, el drama mostró que el origen étnico contaba menos que la ropa y la conducta. El Negrito vestía como el mexicano por antonomasia, hablaba el mexicano y actuaba como el mexicano por excelencia, así que todo esto volvía su pigmentación irrelevante. Este títere implicaba que los individuos tenían la oportunidad de moldear sus identidades, más que de vivir durante el resto de sus días bajo las condiciones en que nacieron. El Negrito representaba las posibilidades que ofrecía el liberalismo, especialmente las oportunidades y obligaciones que enfrentaba cada persona. El Negrito, con la ayuda de la virgen, pero como individuo, derrotó a los franceses. El títere demostró lo que una persona podía animarse a consumar con iniciativa, riesgo y valor.

Un segundo factor influye en la situación. Al aceptar a El Negrito, el público objetaba a un símbolo europeo para el pueblo mexicano: los miembros del público rechazaban al mestizo, el producto vivo de la subyugación europea a los pueblos indígenas; también rechazaban una figura indígena, porque Benito Juárez se había convertido en el símbolo indio de la nación, sin dejar espacio político para otro;[15] ellos rechazaban, debemos notar de igual manera, a una mujer por la visión de género prevaleciente de mediados de siglo XIX. El Negrito, en las circunstancias del momento, ofrecía una opción significativa a otras posibilidades étnicas.

Al identificar a El Negrito como la personificación del pueblo, los miembros del auditorio eligieron una parodia simbólica con tintes raciales. Se puede comparar a El Negrito con otro títere negro con un carácter completamente diferente, que apareció aproximadamente al mismo tiempo en el teatro inglés. Al títere británico le faltaba

[14] Torres, *El humorismo,* pp. 149-155; Moreno, "Mito y realidad", pp. 9-18; Jurado Rojas, *El teatro de títeres,* p. 36, e Iglesias Cabrera y Murray Prisant, *Piel de papel,* pp. 160-161.

[15] Claudio Lomnitz trata a Juárez como uno de los tres tótems de México, con la virgen de Guadalupe y la figura juguetona de la muerte, en Lomnitz, *Death,* pp. 1-5.

el poder del habla, y sólo podía rezongar *"shalla-balla"*. En 1836 el personaje fue conocido como Jim Crow por la canción que entonaba Thomas Rice, un trovador inglés.[16] A diferencia de este personaje, el títere mexicano hablaba con elocuencia y actuaba con bravura. Los titiriteros, con frecuencia, marcan la clase o la importancia social de los títeres asignándoles mayor tamaño, pero El Negrito siempre aparecía del mismo tamaño que los otros títeres, indicando que él era un actor serio e importante dentro de la cultura nacional.

Implícita también en la confrontación de El Negrito con los franceses se encontraba una alusión a la rebelión haitiana que dirigió Toussaint L'Ouverture, en la cual este líder independentista expulsó con éxito a las tropas francesas de lo que habría de convertirse en la nación isleña de Haití. El levantamiento de esclavos y negros libres abrumó a los franceses y alimentó el temor de que se suscitaran revueltas similares entre colonizadores europeos por toda la región.[17] La rebelión haitiana marcó el final del imperio colonial francés en América, imperio que las tropas francesas que llegaron a México durante la década de 1860 vinieron a restaurar. El Negrito, por su presencia, aludía a esa previa y humillante derrota.

Alusiones menos evidentes ridiculizaban la política exterior que englobaba las preferencias racistas de Maximiliano. El emperador extendió su reconocimiento diplomático a los Estados Confederados de América, que luchaban por preservar la esclavitud y, después que Estados Unidos ganó la guerra civil, Maximiliano permitió que los confederados emigraran a México con sus esclavos. Los mexicanos conocían bien todo lo relacionado con la abolición de sus esclavos en 1827 y, durante los años anteriores a la ocupación francesa, los títeres representaban con regularidad otro drama que aludía a los asuntos de la guerra civil en Estados Unidos: "La cabaña de Tom, o la esclavitud de los negros".[18] Dado que las tropas de la Unión derrotaron

[16] Shershow, *Puppets and "Popular" Culture*, p. 171.

[17] Michel-Rolph Trouillot discute el patrón general de desestimar la revolución haitiana en la historiografía occidental. Véase Trouillot, *Silencing*.

[18] Reyes de la Maza, *El teatro en México*, p. 189. Este melodrama permaneció popular y fue representado en el teatro Larrea de Tlalpan en 1907. Véase AHDF, Archivo Histórico de Tlalpan, c. 224, exp. 54, en que se aprueban las representaciones de la Compañía Dramática Mexicana de "La cabaña del tío Tom o La esclavitud de los negros' que incluían danzas en el

a los confederados en Estados Unidos, El Negrito simbolizaba una derrota posible para Maximiliano.

El Negrito encarnaba la cultura jarocha con sus tradiciones liberales en Veracruz. Su vestimenta provenía de los jarochos, especialmente los vaqueros de la región, que con frecuencia eran afromexicanos. El estado de Veracruz tenía el porcentaje más alto en México de afromexicanos entre sus pobladores, la cifra real más alta y, en el momento de la independencia, quizás el número más grande de negros libres en toda América.[19] Los afromexicanos impactaron de manera indeleble la cultura jarocha tanto en la cría de ganado como en la agricultura de plantación, y en actividades populares, incluida la música y la danza. Incluso sin sus ropas jarochas, el público asociaba a El Negrito con el Veracruz costeño. Todavía hoy una expresión residual de la importancia de la población afromexicana se vuelve patente durante el carnaval en Veracruz, con la figura a gran escala (¡un títere!) de El Negrito de Batáy, y en su Ballet Folklórico de México Amalia Hernández incluyó la danza de este mismo personaje con raíces cubanas y su música específica.

Como representante de Veracruz, El Negrito recordaba al público que cuando el nuevo emperador y la emperatriz llegaron por barco al puerto tuvieron una recepción callada. Sin duda el público disfrutaba la manera en que los residentes de Veracruz insultaron a Maximiliano y Carlota al permanecer encerrados dentro de sus casas, con las puertas y ventanas atrancadas frente a unos monarcas impuestos por los franceses. Cualquier referencia verbal o visible a Veracruz recordaba esta irreverencia.

Más aún, al aceptar a El Negrito, la gente del público lo aclamaba como su campeón. Así él personificaba la típica figura de la comunidad conocida como el cacique, o el valiente local, con frecuencia identificado por los forasteros como un bandido social[20] que

estilo cubano. En Estados Unidos, "Uncle Tom's Cabin" era representada por los Jubilee Singers (cantantes de la quincuagésima celebración) y titiriteros afroamericanos que utilizaban las Buffalo Historical Marionettes [Marionetas Históricas de Búfalo] como parte del proyecto del Teatro Federal, 1935-1939. Véase Blumenthal, *Puppetry*, p. 177.

[19] Vinson, *Bearing Armes*, p. 25.

[20] Frank, *Posada's Broadsheets*, pp. 70-85.

aparecía en los periódicos de gran formato y en la lotería de figuras. Este protector —y a la vez portavoz— incorporaba los valores compartidos de la comunidad, sus retos, objetivos y raíces rurales. Con frecuencia no era un político o burócrata, sino un individuo conocido por su ingenio, fuerza y valor. En general estos valientes o héroes locales tenían pocas ambiciones políticas o afiliaciones de partido, pero como los milicianos de la era, servían a su comunidad.

Sin embargo, como afromexicano El Negrito seguía inquietando. Los titiriteros, los reporteros y la reacción documentada del público siempre se referían al títere negro en el diminutivo, nunca como El Negro —que no dejaría duda acerca del personaje como un negro adulto—, reflejando el malestar mexicano típico con lo étnico, especialmente con cuestiones de pigmentación. Más bien la forma diminutiva volvía ambiguo el color de la piel (quizá un poquito negra) y proyectaba cierta actitud condescendiente, a la vez que el término expresaba cariño. Estas incorporaciones contradictorias que permanecen incrustadas en la cultura se volvieron noticia en 2005, gracias a las declaraciones del presidente Vicente Fox y de la publicación de una estampilla postal que honraba a un travieso héroe negro de tiras cómicas de la década de 1960 —Memín Pinguín— cuyos rasgos y payasadas fueron calificadas de racistas por grupos de derechos civiles estadounidenses.

El presidente George W. Bush declaró que las estampillas eran ofensivas, sin "lugar alguno en el mundo de hoy", y el líder de los derechos civiles, el reverendo Jesse Jackson, quiso que el gobierno mexicano las sacara de circulación. Sixto Valencia, el caricaturista de Memín, declaró: "lo dibujé sin tener la intención de ofender a nadie". Algunos mexicanos concordaron con que las estampillas eran insensibles, pero muchos otros atacaron a Estados Unidos por su hipocresía en cuanto a su trato a los negros en el pasado, y a los inmigrantes ilegales mexicanos en la actualidad. Ciertamente este títere mexicano despertó una multitud de convicciones y estereotipos con cada representación.[21]

A lo largo de la obra la bandera nacional verde, blanca y roja

[21] Bremer, "Defying U. S."

o "tri" (por tricolor), simbolizaba al gobierno nacional liberal en la ciudad de México. La paradoja del liberalismo —libertades individuales incrementadas bajo un creciente control político centralizado— se transmite claramente en el simbolismo de la bandera. Sus colores vienen de la bandera de san Hipólito, inicialmente el santo patrón de la ciudad de México. La imagen nacional del águila, la serpiente y el nopal sirvió como expresión alegórica de la fundación de Tenochtitlan, la capital del imperio azteca.[22] Éstos eran símbolos para centralizar la nación, bajo la férula de la ciudad de México: exactamente lo que los liberales de Benito Juárez, tras expulsar a los franceses, querían lograr.

Las acciones de El Negrito con la bandera en el segundo acto de la obra recordaban una leyenda fundamental de la resistencia nacional: la de los niños héroes, que narra la historia de los bravos cadetes que defendieron el fuerte de Chapultepec contra los infantes de marina durante la guerra mexicano-estadounidense. Cuando la batalla estaba claramente perdida, más que rendirse, los últimos seis cadetes tomaron la bandera y treparon al parapeto más alto, donde Juan Escutia se envolvió en el pabellón y los seis se lanzaron a su muerte.[23] Durante la obra El Negrito toma la bandera nacional y la traslada al punto más alto en el fuerte, lo cual recuerda al auditorio esta historia ampliamente repetida del heroísmo nacional.

Justo en este momento de la obra se interrumpía la acción y El Negrito y la virgen de Guadalupe ofrecían al público un retablo cultural fundamental. La imagen de El Negrito de rodillas ante la virgen recordaba cientos de retablos, cartas de devoción y pinturas religiosas que representaban la leyenda más popular de México sobre la aparición de la virgen de Guadalupe a san Juan Diego. Más aún, el llamamiento a la virgen remitía a obras, danzas y representaciones de títeres utilizadas para justificar la conquista y evangelización de México. La aparición de la virgen, en una advocación o la otra, ha-

[22] Florescano, *La bandera mexicana.*

[23] Los otros cinco cadetes fueron Juan de la Barrera, Fernando Montes de Oca, Vicente Suárez, Agustín Melgar y Francisco Márquez. Los niños héroes son celebrados por toda la nación. Existe una pintura de los seis en las oficinas municipales de Ocotlán de Morelos, Oaxaca. Para una historia de este evento legendario, véase Plasencia de la Parra, "Los niños héroes".

bía derrotado al enemigo. Aparentemente ella había dispersado a los moros en Granada, durante la batalla final de la reconquista —tras 700 años— en 1492.

También el llamamiento a la virgen para recibir auxilio forma una de las narrativas más generalizadas en la literatura española. Gonzalo de Berceo, uno de los primeros autores españoles en escribir en la lengua vernácula, compuso los *Milagros de nuestra señora* en algún momento entre 1246-1252, y con frecuencia se representaba su obra con títeres. Desde ese tiempo la narración ha permanecido igual: después de sufrir una grave injusticia o un terrible mal, la víctima llama a la virgen, quien cambia totalmente la situación.[24] Desde una etapa temprana durante el periodo colonial los frailes utilizaban historias, danzas y dramas para demostrar el éxito basado en la intercesión de la virgen, un llamado a Santiago, la ayuda de san Hipólito (los españoles conquistaron la ciudad de México en su día), u otro auxilio milagroso.[25] La escena recordaba al público que los mexicanos —en este caso El Negrito— podían apelar a su virgen y recibir su auxilio.

La virgen de Guadalupe en la obra fusionaba a la religión local o vernácula con el nacionalismo. Un llamamiento a la virgen de Guadalupe hace una conexión entre El Negrito y el padre Hidalgo; entre la lucha contra los franceses y la lucha por la independencia. Un ruego a la virgen demostraba el viejo dicho: "60 por ciento de los mexicanos son católicos; 95 por ciento de los mexicanos son guadalupanos". En otras palabras, los liberales, en su lucha contra la iglesia católica romana, oficial y jerárquica, y su dominante presencia institucional en la vida cotidiana, no abandonaban su devoción personal a la virgen de Guadalupe. Por supuesto, deberíamos también notar que la virgen, en esta advocación de Guadalupe, aparece claramente como un personaje mexicano y no europeo.

Este melodrama considera la práctica del curanderismo, esto es, el uso de curanderos locales que ejercitan la medicina folklórica. Una alusión a esto aparece cuando El Negrito ruega a Guadalupe para

[24] Nooteboom, *Roads to Santiago,* pp. 196-197.
[25] Barrero y Guijosa, *Títeres mexicanos,* p. 33.

que cure el cuerpo político mexicano del mal francés. Esta súplica trajo a la virgen con un grupo de arcángeles y, con toda seguridad, entre ellos se encontraba san Miguel, el conquistador del demonio y del mal. La ocupación francesa era la enfermedad de la sociedad civil mexicana; el mal francés —o sífilis— aquejaba a los individuos desafortunados, en este caso la nación mexicana. San Miguel, uno de los arcángeles que descendieron con la virgen de Guadalupe, es una de las figuras santas principales que expulsaron el mal y derrotaron a Satanás.

La sugerencia del mal francés era un comentario velado, pero efectivo tocante a los rumores que corrían por todo el país acerca del emperador. El cotilleo reportaba ampliamente que Maximiliano sufría sífilis, explicando así por qué él y Carlota no tuvieran hijos y dormían en habitaciones separadas. Como no lograron tener heredero, adoptaron al nieto del emperador Agustín de Iturbide. Si dejamos a un lado estas alusiones, la obra contiene una referencia directa a la práctica del curanderismo en el verso proclamado por El Negrito como conclusión. Él declaró "¡qué susto!" le sacó Santa Anna al almirante francés. Un susto es mucho más que un sobresalto: describe una condición que combina profunda tristeza, pérdida de apetito y sueño irregular. Esta experiencia causa que el alma se separe del cuerpo. Podría notarse que Freud identificó una conexión entre pérdida, pesar y depresión. El antropólogo John M. Ingham encontró en el poblado de Tlayacapan, Morelos, que cerca de dos terceras partes de los casos de susto se relacionan con niños. El niño típico que padecía la enfermedad del susto era tímido, melancólico y sobreprotegido por parte de una madre que centraba su vida en los hijos. La posible víctima del susto era así un hijo de mamá, un candidato, más adelante en la vida, a ser dominado por su esposa. En otras palabras, "un mandilón". El almirante parecía también tímido o una persona cobarde. La única cura para el susto era una curación folklórica llamada diversamente agua de espanto, un escapulario, poner a la sombra, o usar los evangelios. Esto último requiere la ayuda de San Miguel para expulsar el mal y regresar el alma al cuerpo.[26]

[26] Mary Ingham, pp. 74-76; Alonso, *Thread Blood.*

El Negrito, en la obra, acusaba al almirante francés de ser hijo de mamá o intimidado por su esposa, y ciertamente no un verdadero hombre. Más aún, pese a toda la ciencia y a la medicina francesa, la única cura para su condición eran las prácticas de curanderismo folklórico mexicano. De esta manera, mientras el títere salvaba a México, él señalaba la eficiencia del conocimiento local *versus* la ciencia impuesta;[27] la experiencia cultural mexicana *versus* la impuesta civilización europea traída por los franceses y su emperador importado.

Finalmente, los títeres en la obra diferenciaban sus actitudes en torno de lo correcto y lo incorrecto, el bien y el mal. La conquista, la codicia y el imperialismo eran malos; la comunidad, la religión y los individuos mexicanos con diversidad étnica y regional eran lo bueno. Este binomio axiomático expresado de manera maniquea expresaba una visión fundamental del nacionalismo romántico,[28] y se convirtió en uno de los fundamentos de la emergente identidad nacional.

Este drama de títeres provee un punto de partida para la discusión que sigue sobre cómo los individuos comenzaron a pensar en ellos mismos como mexicanos y, después de la independencia en 1821, a lo que se referían cuando hablaban de la república, o de "mi patria" o de "mi tierra". Sabemos que al decir "México", tanto entonces como ahora, ellos querían decir la ciudad de México.[29] Lo que los mexicanos pensaban acerca de su identidad surgió de una gran cantidad de formas oficiales, institucionales, informales y familiares que enseñaban valores y conformaron el nacionalismo durante el siglo XIX. Los museos servían como las principales instituciones para enseñar, de manera informal, la historia nacional.[30] Las fuentes populares incluían —aunque no se limitaban— a fiestas cívicas y religiosas, comprendidos los carros alegóricos y otra parafernalia;[31] los almanaques, conocidos durante el siglo XIX como calendarios; el arte

[27] Éste es el tema del libro de Scott, *Seeing.* Scott llama este conocimiento local *motis.*

[28] Illades, "La representación", p. 20.

[29] Sin debatir a los autores directamente, este estudio reseña los argumentos, entre otros, de Anderson, *Imagined Communities;* Weber, *Peasants;* y, de maneras diferentes, las conclusiones de Scott, *Weapons,* y de Florescano, en varios ensayos y libros acera del surgimiento del nacionalismo mexicano, por ejemplo *Espejo mexicano.*

[30] Véase Rico Mansard, *Exhibir para educar.*

[31] Pérez Montfort, *Estampas,* p. 12.

folklórico, especialmente los juegos para niños, como la lotería de figuras y el juego de la oca, y las representaciones públicas populares, en particular el teatro de títeres itinerante. Cada una de estas formas servía como puntos de referencia de la memoria y de la identidad.

Durante las fiestas, las imágenes y otros artículos perecederos (como comida, regalos y recuerdos), asociados con el lugar —que frecuentemente incluía monumentos conmemorativos, estatuas yreliquias, e incluso los edificios y barrios que constituían las etapas y los destinos de las celebraciones—, servían como fórmulas nemotécnicas para la gente ordinaria.[32] El día de la independencia, durante el siglo XIX, celebraba al padre Miguel Hidalgo y ligaba la guerra independentista con el sacrificio, al asegurar la presencia de los veteranos de esta lucha y posteriormente de otras luchas nacionales.[33] Los calendarios identificaban las fechas para todos los eventos importantes y por lo general explicaban sus significados para las fiestas, monumentos y costumbres.[34] Los juegos repetían en símbolos la historia popular de la pasión de Cristo,[35] los iconos de grandes patriotas y los estereotipos de la sociedad.

Los títeres representaban los conflictos humanos más comunes y expresaban las preocupaciones más humanas, como la vida doméstica, la fe de todos los días, los intereses eróticos, la crítica social, la autocaricatura, el humor picaresco y el espíritu aventurero.[36]

La Compañía de títeres Rosete Aranda, la más importante de México, nació en 1835 en Huamantla, Tlaxcala. Hoy en día el Museo Nacional del Títere está ubicado en ese mismo lugar como tributo a estos representantes del arte y del entretenimiento popular. Los programas formales de la Compañía Rosete Aranda se iniciaron en 1850 y continuaron hasta la década de 1950. Durante esta era los Rosete

[32] Los historiadores de Francia han prestado atención especial a este tema. Véanse Ben-Amos, *Funerals;* Ozouf, *Festivals;* Rearick, *Pleasures,* y Troyanski, "Monumental Politics".

[33] Véase la agenda para las celebraciones de la independencia en Oaxaca desde 1830 en AHMO, Independencia, c. 7.

[34] El único estudio histórico de este tema es Quiñones, *Mexicanos en su tinta.*

[35] Un buen lugar para comenzar el estudio de estos juegos es Semo, *La rueda del azar;* especialmente Vázquez Mantecón, "La república Ludens", pp. 93-126. En particular, las cartas de lotería utilizaban los símbolos asociados con las advocaciones de san Jerónimo. Mis agradecimientos a Terry y Margarita Rugeley por ayudarme a hacer esta identificación.

[36] Barreiro y Guijosa, *Títeres mexicanos,* p. 14.

Aranda ofrecieron representaciones a personas tan notables como los presidentes Antonio López de Santa Anna, Benito Juárez y Porfirio Díaz. Mediante sus viajes anuales por toda la república la compañía familiarizaba a los mexicanos con otros compatriotas, con su geografía y con sus razones para celebrar, lo que indica que conocía la historia nacional. Por supuesto, los títeres también representaban personajes folklóricos tradicionales. Comenzando con la España de la época colonial, estas figuras folklóricas familiares incluían a don Folías y El Negrito, Vale Coyote, los famosos títeres del portavoz de los deseos y sentimientos del pueblo, y doña Pascarroncita Mastuerzo de Verdegay y Panza de Rez y Gay Verde.[37] Su repertorio incluía el discurso de Vale Coyote; las coplas de don Simón y doña Pascarroncita;[38] historias tradicionales; escenas religiosas de semana santa, navidad y otros días festivos, y escenas típicas de la capital: el paseo de las calles de La Viga y Bucareli, corridas de toros, peleas de gallos, celebraciones del día de la independencia, dramas históricos, figuras folklóricas populares como *Chucho el Roto,* y una comparación de los viejos y los nuevos tiempos: "Antaño y ogaño". Con frecuencia los melodramas incluían una orquesta tradicional en miniatura, así como obras de teatro de moda y de la ópera europea. Los títeres representaban historias de la vida cotidiana y de gente ordinaria con problemas que involucraban a su familia, el trabajo, la política, los caciques y el romance. Tomadas en conjunto, estas actividades proveyeron las fuentes comunes y populares para conformar, durante el siglo XIX, la identidad popular nacional.

ALGUNAS CONCLUSIONES

Los títeres y sus minidramas narraban relatos fundamentales acerca de México, su historia y su cultura. Sus representaciones, sin intentar hacerlo, ofrecían un índice para la sociedad, y los audito-

[37] AGT, Rosete Aranda, Libros de Contabilidad *y* Jurado Rojas, *El teatro de títeres,* pp. 67-78.

[38] Rosete Aranda, *La compañía de títeres,* pp. 20-24.

rios veían que la vida no era un acto involuntario.[39] No había títeres llamados "el Estado", "el mercado", "la iglesia", o "el pueblo". Más bien los títeres representaban a hombres y mujeres que constituían el gobierno, el comercio, la iglesia y la comunidad y por lo tanto, a quienes se les podía y debía imputar la responsabilidad por los eventos. Esto servía como recordatorio de que los seres humanos —incluido cada miembro del público, y no fuerzas invisibles o grandes instituciones—, conformaban la historia y la cultura. De esta manera, los títeres impartían lecciones sobre el individualismo y alentaban a que se considerara a las personas responsables por sus acciones.

El teatro de títeres durante el siglo XIX reunió el conocimiento local y lo unió a la emergente memoria nacional. Los títeres ofrecían estereotipos de cada región, representaban los eventos cívicos y religiosos en el calendario, e incorporaban los héroes y momentos heroicos del pasado. Todavía más, según los títeres conformaban la memoria popular, también incitaban, si no es que demandaban, la participación del público. Esto era especialmente cierto con los cócoras —o individuos que interrumpían las representaciones por el gusto de molestar—, quienes formaban una parte vital del teatro en vivo, ya que desafiaban a los títeres para que mostraran representaciones más ingeniosas.

La memoria popular de la historia nacional, según la representaron los títeres durante el siglo XIX, giraba alrededor de las acciones de hombres y mujeres. Decir que Hidalgo, Juárez, la Corregidora y la virgen de Guadalupe encarnaban los momentos heroicos y las realidades trágicas del pasado de la nación no descarta en lo más mínimo al resto de la gente, el pueblo. Solamente si uno ignora lo obvio o recurre a alguna teoría desdeñosa de la política o sobredeterminada del teatro de la vida, puede insistir en que este énfasis en la figura de hombres y mujeres fracasa como historia nacional. Hidalgo en su papel como el padre de la independencia no es un actor solitario, ni es una metáfora para una clase social ni para una elite estrecha. Más bien Hidalgo es una metonimia para un gran segmento de los mexicanos; él formó con ellos parte de un mismo grupo y de una misma experiencia: el drama de su vida fue el de ellos. ¿No resulta extraño

[39] Dircks, *American Puppetry,* p. 3.

que este truísmo no haya surgido de los historiadores? No surgió ni entonces ni ahora, sino de los títeres mismos quienes, movidos por cuerdas, tiraron de la memoria nacional.

Esta discusión permite tres generalizaciones finales. Primero, los espectáculos públicos siempre incluían títeres definidos ampliamente (enmascarados, mojigangas, figuras articuladas en carros alegóricos, judas y otros títeres) y personajes enmascarados para fiestas como el carnaval, corpus christi, bailes, pastorelas y la independencia. Estas figuras, con máscaras y ropas distintivas, se movían por las calles y plazas, y representaban personajes y criaturas históricas, bíblicas, de ficción y mitológicas, y reducían virtudes, vicios, y abstracciones políticas a figuras antropomórficas. Estas representaciones utilizaban un lenguaje visual para transmitir ideas políticas, conceptos religiosos, literatura popular, personajes imaginarios y figuras folklóricas a la población en general, casi completamente analfabeta. Esta instrucción visual comenzó durante el periodo colonial.[40] Por ejemplo, la mascarada de enero de 1621 incluyó a figuras de los bien conocidos y populares romances caballerescos escritos por el Amadís de Gaula, don Belianis de Grecia e, incluso en una etapa tan temprana, a don Quijote de la Mancha. Estos personajes siguieron gozando de popularidad en fiestas de disfraces y en celebraciones públicas durante todo el siglo XIX.[41] Éste consistía en un método, quizás el más importante, para transmitir el legado cultural. Los títeres y otras formas populares utilizaban a personajes y expresiones políticas, religiosas y literarias como se presentaban ante la población general. Aunque usualmente no formaban parte de una campaña pedagógica, los títeres contribuían a una religión popular, una cultura cívica y una identidad nacional siempre cambiantes.

Segundo, los titiriteros (como la familia Rosete Aranda), los editores de almanaques, los artesanos que producían las decoraciones efímeras de los festejos —desde fuegos artificiales y comidas de fiesta, hasta regalos tradicionales— y los impresores y pintores de juegos de lotería, crearon un sentido popular del nacionalismo y de la iden-

[40] Curcio-Nagy, *The Great Festivals.*

[41] Barreiro y Guijosa, *Títeres mexicanos,* p. 38.

tidad nacional durante el siglo XIX. Los funcionarios gubernamentales, en varios momentos durante el siglo XIX, trataron infructuosamente de promover un nacionalismo extendido, y los intelectuales, especialmente los escritores, dedicaron buena parte de sus esfuerzos, de 1821-1889, a crear una literatura que reflejara las actitudes nacionales.[42] Esto último fue en parte exitoso, especialmente en novelas costumbristas, pero los proveedores de fuentes populares tuvieron un impacto mayor. Esto resultó no por designio, sino más bien por casualidad o quizá, mejor dicho, por accidente, ya que estos individuos se ocupaban de su negocio para ganarse la vida. Ellos formaban parte de las pequeñas burguesías, un grupo más bien sorprendente por haber logrado esta proeza, si bien lo hizo de manera involuntaria. Con sus acciones estos mismos individuos mostraron el funcionamiento de la más ignorada y quizá la única ley de la historia: la ley de las consecuencias involuntarias de las acciones del individuo.

Tercero, las pequeñas burguesías ayudaron a crear una identidad nacional que reconocía diferencias étnico-culturales, rurales-urbanas y físicas. El Negrito, Vale Coyote y los otros títeres ayudaron a formular este nacionalismo que subrayaba, por encima de todo, la diversidad cultural y física de la nación. Ellos la representaban con telones de fondo que mostraban la multiplicidad del paisaje y la serie de figuras y celebraciones regionales. Este énfasis en el regionalismo contradecía los programas centralizadores y estandarizadores de los regímenes nacionales, especialmente del gobierno porfirista, que estrechaba cada vez más su definición sobre qué grupos étnicos y raciales deberían ser incluidos en la sociedad. Los excluidos eran ignorados, trivializados o criminalizados en la práctica cotidiana y burlados en la teoría. La estampa continuada de la sociedad más diversa no representaba un tipo de resistencia por parte de las pequeñas burguesías, que intentaban de maneras sutiles e indirectas desafiar el centralismo nacional, sino más bien un esfuerzo por encontrar las maneras más precisas y divertidas de retratar la naturaleza del país y su gente.

Para los funcionarios gubernamentales, incluidos los representantes locales —los jefes políticos—, El Negrito y otros títeres per-

[42] Martínez, "México en busca de su expresión", pp. 707-755.

sonificaban un sentimiento potencialmente problemático. Pero lo que pudiera parecer una especie de resistencia desde la perspectiva de funcionarios de gobierno, era poco más que una taxonomía de representantes y geografías regionales dirigidas a divertir, a través del autorreconocimiento, a la gente del público.[43]

Esta identidad nacional luego edificaba sobre los valores, preconcepciones y conductas que expresaban actitudes profundamente grabadas en la memoria acerca de la etnia, género y jerarquía social, al tiempo que desarrollaba una diversidad física y cultural. Los títeres ubicaban este sentido de identidad nacional en la comunidad local, con su énfasis en las tradiciones del pueblo. Esto creaba una identidad nacional romántica que en la literatura y en el arte se ha etiquetado como costumbrismo, identidad que reflejaba muchas ideas de Europa occidental, así como opiniones sociales y político-liberales mexicanas. Los artistas románticos producían libros de fotografías que presentaban imágenes de gente local que se desempeñaba en sus ocupaciones cotidianas.[44] A diferencia de extranjeros como Claudio Linati, quien pintaba a los mexicanos —especialmente a los indígenas— como seres exóticos, estos ilustradores y escritores mostraron a sus compañeros hombres y mujeres como miembros íntimos, si bien poco conocidos, de la comunidad.[45] Este liberalismo, que reconocía la diversidad de grupos étnicos, sociales y económicos, creó el marco del que surgió el nacionalismo popular, pero no inspiró, sino que corrió paralelo al ampliamente difundido sentido de identidad nacional que resultó de, entre otros, los titiriteros itinerantes.

Este sentido de identidad nacional apenas se encontraba en su lugar antes de que una segunda generación de porfiristas —es decir, la de los tecnócratas que remplazaron a los veteranos de la guerra contra los franceses— se encargara del régimen nacional a comienzos de la década de 1890 y negara la diversidad nacional. Los miembros de esta generación promovieron la cultura criolla siguiendo las

[43] Reyes, "Del Blanquita", p. 31 e Inclán, *Astucia.*

[44] La década de 1840 atestiguó la aparición de muchas publicaciones; incluían: *Heads; Les français, Los españoles y Los cubanos;* Ramírez *et al., Los mexicanos,* y Barajas Durán, "Retrato", pp. 140-141.

[45] Barajas Durán, "Retrato", pp. 116-117.

líneas que sugerían las tablas estadísticas de 1830 del Instituto Nacional de Geografía y Estadística.[46] Éstas definían a los mexicanos del campo, a los indígenas, a los africanos, a los asiáticos y a otros grupos étnicos como pintorescamente folklóricos, tal como aparecían en las ilustraciones costumbristas, o peligrosamente incivilizados, como los revelaban las estadísticas criminales. Los intelectuales, especialmente los escritores —que pudieron haber servido como los líderes vernáculos del nacionalismo basado en la diversidad cultural y geográfica— se dispersaron después de 1889 cuando muchos de ellos se unieron al movimiento literario antirromántico y anticostumbrista llamado modernismo.[47] Así los tecnócratas del gobierno, los promotores científicos y los intelectuales literarios, durante el decenio de 1890, llegaron a hablar el mismo idioma del positivismo y adoptaron el objetivo nacional de la modernización, ambos moldeados en la retórica de una versión local del darwinismo social. La revolución de 1910, de muchas maneras, fue la consecuencia, ciertamente involuntaria, de sus acciones.

SIGLAS Y REFERENCIAS

AHDF Archivo Histórico del Distrito Federal, México, D. F.
AHMO Archivo Histórico del Municipal de la Ciudad de Oaxaca, Manuel R. Palacios, Oaxaca, Oaxaca.
AGT Archivo General de Tlaxcala, Tlaxcala.

Alonso, Ana María, *Thread of Blood. Colonialism, Revolution, and Gender on Mexico's Northern Frontier,* Tucson, University of Arizona Press, 1995.

Anderson, Benedict, *Imagined Communities: Reflections on the Origin and Spread of Nationalism,* Londres, Verso Editions, 1983.

Anthony, Vincent, "A Snapshot of Puppeteers of the United States and Canada", en Dircks (ed.), 2004, pp. 9-21.

[46] Mayer Celis, *Entre el infierno.*
[47] Martínez, "México en busca de su expresión", pp. 738-755.

Bakhtin, Mikhail, *Rabelais and His World,* traducción de Helene Iswolsky, Bloomington, Indiana University Press, 1984.

Barajas Durán, Rafael, "Retrato de un siglo. ¿Cómo ser un mexicano en el XIX?", en Florescano (coord.), 2002, pp. 130-141.

Barreiro, Juan José y Marcela Guijosa, *Títeres mexicanos: Memoria y retrato de autómatas, fantoches y otros artistas ambulantes,* México, Grupo Roche Syntex de México, 1977.

Ben-Amos, Avner, *Funerals, Politics, and Memory in Modern France, 1789-1996,* Nueva York, Oxford University Press, 2000.

Blumenthal, Eileen, *Puppetry: A World History,* Nueva York, Harry N. Abrams, Inc., 2005.

Bremer, Catherine, "Defying U. S. Mexicans Flock to Buy 'Racist' Stamps", *Reuters,* en línea, consultado el 1 de julio de 2005.

Los cubanos pintados por sí mismos, La Habana, 1840.

Curcio-Nagy, Linda A., *The Great Festivals of Colonial Mexico City; Performing Power and Identity,* Albuquerque, Nuevo México, University of New Mexico Press, 2004.

Dalton Palomo, Margarita y Verónica Loera y Chávez C. (coords.), *Historia del arte de Oaxaca: Colonia y siglo XIX,* Oaxaca, Gobierno del Estado de Oaxaca, Instituto Oaxaqueño de las Culturas, 1997, t. II.

Dircks, Phyllis T. (ed.), *American Puppetry: Collections, History and Performance,* Jeffersson, McFranland & Company, 2004.

Los españoles pintados por sí mismos, Madrid, 1840.

Fernandez de Lizardi, José Joaquín, *The Mangy Parrot: The Life and Times of Periquillo Sarniento Written by Himself for His Children,* traducción de David Frye, Indianapolis, Hackett Publishing Company, Inc., 2004.

Florescano, Enrique, *La bandera mexicana: Breve historia de su formación y simbolismo,* México, Santillana, 2000.

Florescano, Enrique (coord.), *Espejo mexicano,* México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 2002.

Les français peints par eux mêmes, París, 1940.

Frank, Patrick, *Posada's Broadsheets; Mexican Popular Imagery, 1890-1910,* Albuquerque, Nuevo México, University of New Mexico Press, 1998.

Geertz, Clifford, *The Interpretation of Cultures,* Nueva York, Basic Books, 1977.

——, "Thick Description: Toward an Interpretative Theory of Culture", en Geertz, 1977, pp. 3-32.

González y González, Luis *et al., Juegos y juguetes mexicanos,* México, Fundación Cultural Cremi, 1993.

Heads of the People or Portrait of the English. Drawn by Kenny Meadows, Londres, Willoughby and Co., W Lane and Smithfield, 1840, 2 vols.

Hernández, Jorge F., "Entre el azar y el vértigo", en González y González, 1993, pp. 99-132.

Historia general de México, México, El Colegio de México, 2000.

Iglesias Cabrera, Sonia y Guillermo Murray Prisant, *Piel de papel, manos de palo: Historia de los títeres en México,* México, Espasa-Calpe Mexicana, 1995.

Illades, Carlos, "La representación del pueblo en el segundo romanticismo mexicano", *Signos Históricos,* 10, julio-diciembre 2003, pp. 16-36.

Inclán, Luis G., *Astucia, el jefe de los Hermanos de la Hoja o los charros contrabandistas de la Rama,* México, Fondo de Cultura Económica, 2005.

Ingham, John M., *Mary, Michael, and Lucifer; Folk Catholicism in Central Mexico,* Austin, University of Texas Press, 1986.

Jurado Rojas, Yolanda, *El teatro de títeres durante el porfiriato: Un estudio histórico y literario,* Puebla, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, 2004.

Lomniz, Claudio, *Death and the Idea of Mexico,* Brooklyn, Zone Books, 2005.

Martínez, José Luis, "México en busca de su expresión", en *Historia general,* 2000, pp. 707-755.

Mayer Celis, Leticia, *Entre el infierno de una realidad y el cielo de un imaginario: Estadística y comunidad científica en el México de la primera mitad del siglo XIX,* México, El Colegio de México, 1999.

Méndez Aquino, Alejandro, "El teatro del siglo XVI a la mitad del siglo XX", en Dalton Palomo y Loera y Chávez C., 1997, t. II, pp. 347-382.

Moreno, Daniel, "La época independiente entre la independencia y la Reforma", *Artes de México,* "El humorismo mexicano", 1971, 18, 147, pp. 17-73.

"Mito y realidad del Negrito poeta", *Artes de México,* "El humorismo mexicano", 18, 147, 1971, pp. 9-17.

Nooteboom, Cees, *Roads to Santiago: A Modern-Day Pilgrimage Through Spain,* traducción de Ina Rilke, Nueva York, A Harvest Book, 1992.

Ozouf, Mona, *Festivals and the French Revolution,* traducción de Alan Sheridan, Cambridge, Harvard University Press, 1988.

Pérez Montford, Ricardo, *Estampas de nacionalismo popular mexicano: Diez ensayos sobre cultura popular y nacionalismo,* México, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, 2003.

Plasencia de la Parra, Enrique, "Conmemoración de la hazaña épica de los niños héroes: Su origen, desarrollo y simbolismos", *Historia Mexicana,* XLV2(178), octubre-diciembre, 1995, pp. 241-279.

Prieto, Guillermo, *Memorias de mis tiempos,* México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1992, t. 1.

Quiñones, Isabel, *Mexicanos en su tinta: Calendarios,* México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1994.

Ramírez, Ignacio *et al., Los mexicanos pintados por sí mismos,* México, M. Murguía, 1854.

Rearick, Charles, *Pleasures of the Belle Époque; Entertainment and Festivity in Turn-of-the-Century France,* New Haven, Yale University Press, 1985.

Reyes, Aurelio de los, "Del Blanquita, del público y del género chico mexicano", *Diálogos,* XVII: 2, marzo-abril, 1990, pp. 29-31.

Reyes de la Maza, Luis, *El teatro en México entre la Reforma y el imperio, 1858-1861,* México, Imprenta Universitaria, 1958.

Rico Mansard, Luisa Fernanda, *Exhibir para educar: Objetos, colecciones y museos de la ciudad de México (1790-1910),* México, Ediciones Pomares, 2004.

Rosete Aranda, Francisco, *La compañía de títeres de los hermanos Rosete Aranda,* Huamantla, Gobierno del Estado de Tlaxcala, 1983.

Scott, James C., *Seeing Like a State: How Certain Schemes to Improve the Human Condition Have Failed,* New Haven, Yale University Press, 1999.

——, *Weapons of the Weak: Everyday Forms of Peasant Resistance,* New Haven, Yale University Press, 1985.

Semo, Ilán (coord.), *La rueda del azar: Juegos y jugadores en la historia de México,* México, Ediciones Obraje, 2000.

Shershow, Scott Cutler, *Puppets and "Popular" Culture,* Ithaca, Cornell University Press, 1995.

Torres, Teodoro, *El humorismo y la sátira en México,* México, Editora Mexicana, 1943.

Trouillot, Michel-Rolph, *Silencing the Past: Power and the Production of History,* Boston, Beacon Press, 1995.

Troyanski, David, "Monumental Politics: National History and Local Memory in French *Monuments aux Morts* in the Department of the Aisne since 1870", *French Historical Studies,* 15:1, 1987, pp. 121-141.

Vázquez Mantecón, Álvaro, "La república Ludens", en Ilán Semo (coord.), 2000, pp. 93-126.

Vinson, Ben, III, *Bearing Arms for His Majesty: The Free-Colored Militia in Colonial Mexico,* Stanford, Stanford University Press, 2001.

Weber, Eugen, *Peasants into Frenchmen: The Modernization of Rural France,* Stanford, Stanford University Press, 1976.

Zorrilla, José, *El drama del alma: Algo sobre México y Maximiliano. Poesía en dos partes con notas en prosa y comentarios de un* loco, Burgos, D. T. Arnaiz, 1967.

II. LA BATALLA DE PUEBLA: HISTORIA Y MEMORIA

FORTIFICACIÓN DE PUEBLA

*Miguel A. Sánchez Lamego**

La causa oficial de la intervención francesa en nuestro país fue la suspensión de los pagos de la deuda exterior a Inglaterra, Francia y España, en vista del estado de bancarrota económica en que se encontraba el erario mexicano; pero la causa real no fue otra que el derecho del más fuerte para atropellar al débil. La preeminencia de este derecho hizo que el señor ministro Saligny desconociera la firma que había estampado en los tratados de Soledad y ordenara el avance de las tropas francesas sobre territorio mexicano. Fue así como se creó el estado de guerra entre Francia y México.

El ejército francés de invasión, compuesto aproximadamente de unos 5 200 hombres, marchó hacia el interior de la república sin encontrar resistencia decidida por parte de los mexicanos. El combate de Fortín (19 de abril de 1862) sólo fue una simple escaramuza y el de las cumbres de Acultzingo (28 de abril) un conato de oposición mal realizado. Así, para el día 4 de mayo, el ejército francés se encontraba estacionado en el pueblo de Amozoc, unos 17 kilómetros al oriente de la ciudad de Puebla. Entre tanto, el pequeño y maltrecho "cuerpo del ejército de oriente" mexicano, que había ido replegándose sin oponer obstáculo serio al enemigo, había llegado a la ciudad de Puebla desde el 3 de mayo. Esta fuerza se componía de unos 4 000 hombres, que desde el 20 de febrero anterior estaban a las órdenes del general de división Ignacio Zaragoza.

Seguramente que el general mexicano pronto se percató de que, para poder enfrentar sus tropas a las huestes francesas, aureoladas con el prestigio de ser los "primeros soldados del mundo", era necesario,

*Academia Nacional de Historia.

Historia Mexicana, vol. 11, núm. 4, abril-junio de 1962, pp. 519-526.

ante todo, organizar defensivamente la ciudad, y para el efecto desde el día de su llegada dictó las órdenes relativas. Sin embargo, como había una carencia absoluta de herramientas, pues nuestras tropas no estaban dotadas orgánicamente de ellas, el general Zaragoza se dirigió al ministro de la Guerra el mismo día 3 de mayo, en los términos siguientes: "Por la diligencia de mañana, sírvase mandarme 300 zapapicos, 200 barretas y 150 palas o las más que sea posible de estas últimas". Si el envío llegó a tiempo a Puebla, fue en esa exigua cantidad; con ello y con lo que se pudo conseguir en la ciudad, nuestros soldados ejecutaron los pocos trabajos de fortificación que era posible realizar, teniéndose como se tenía el tiempo en contra y el enemigo al frente.

Todos esos trabajos de fortificación fueron concebidos y dirigidos por los jefes y oficiales que formaban la sección de ingenieros del cuerpo de ejército de oriente, encabezada por el coronel del arma Joaquín Colombres y compuesta por el teniente coronel Francisco de P. Durán, capitanes segundos Agustín Linarte y Albino Magaña, y tenientes Agustín Arellano y Eugenio Izquierdo.

En nadie mejor que en ese jefe de ingenieros pudo haber confiado el general Zaragoza la organización defensiva de la ciudad, pues el coronel Colombres aunaba al conocimiento profundo del arte de la fortificación el hecho de ser originario de Puebla; es decir, conocía cabalmente el terreno.

Los hechos siguientes hablan bastante sobre la experiencia que en asuntos de fortificación poseía Colombres: el 19 de noviembre de 1841 egresó del Colegio Militar con el grado de teniente de ingenieros; como oficial subalterno participó en la campaña de 1846-1848, contra los norteamericanos, obteniendo dos medallas de honor y un diploma por sus actuaciones en la organización defensiva de la ciudad de Monterrey, en septiembre de 1846, de Molino del Rey y del pueblo de Atzacoalco en el valle de México, en agosto y septiembre de 1847. Asistió, además, a la defensa del castillo de Chapultepec, donde fue hecho prisionero. Por otra parte, en el ejercicio de su carrera militar había ejecutado otros trabajos parciales de fortificación; unos en la ciudad de México en 1844, otros en la misma ciudad de Puebla en 1845, y, por último, unas reparaciones en el fuerte de San Carlos de Perote en 1855.

La experiencia de Colombres en materia de fortificación y defensa explica la aprobación inmediata que el general en jefe otorgó a su plan de defensa que consistió, a grandes rasgos, en lo siguiente: acondicionar solamente los frentes norte, oriente y sur de la ciudad, en vista de que el enemigo se hallaba a muy corta distancia y el ataque podía producirse de un momento a otro.

En el frente norte la ciudad se halla dominada por una cresta topográfica de dirección general noroeste-sureste, que termina en sus extremos en dos cerros desnudos de vegetación. El cerro oriental, llamado de Guadalupe, con una altura aproximada de 100 metros sobre el nivel del valle, estaba coronado por el convento o iglesia dedicada a la Guadalupana, y el cerro occidental, llamado de Loreto, de un nivel más bajo que el anterior (50 metros más o menos), se encontraba coronado por un pequeño "fuerte" también llamado de Loreto. La distancia entre las cimas de los dos cerros era de mil metros, descendiendo la cresta suavemente de un cerro al otro, pero con las pendientes del lado exterior bastante inclinadas. La defensa de este frente era obra relativamente fácil de organizar, pues requería poco trabajo. El "fuerte" de Loreto necesitaba solamente pequeños acondicionamientos; y en cuanto al fortín del cerro de Guadalupe, se decidió que con apuntalar ligeramente las fortificaciones existentes sería suficiente.

En el frente oriental, sector de posible ataque por ser la desembocadura probable del enemigo, se realizaron trabajos solamente de defensa exterior en los linderos de la población. Se puso especial atención en la iglesia de los Remedios, que fue fortificada, y se hicieron barricadas en todas las calles que desembocaban a este frente, desde el barrio de Xonaca hasta el del Carmen, aspillerando los muros de las casas que tenían vistas hacia el exterior.

El frente sur, también sector de posible ataque, se organizó de modo semejante al anterior. Este frente se hallaba en mejores condiciones, debido a que delante de las barricadas se extendía un magnífico glacis natural, constituido por el terreno descubierto que existía en ese suburbio de la ciudad.

Las barricadas realizadas en los linderos de la población se repetían cada 200 o 300 metros hacia el interior, de manera que consti-

tuían varias "líneas" sucesivas que daban "profundidad" a la organización defensiva; esta organización en profundidad fue facilitada por el gran número de iglesias y conventos y de otras recias construcciones coloniales que había ahí y cuyos muros, de mampostería de piedra de más de un metro de espesor, constituían magníficos abrigos contra las vistas y los fuegos del adversario.

Finalmente, se organizó un reducto en el centro de la ciudad, uniéndose por medio de comunicaciones cubiertas los conventos que rodeaban a la catedral, en cuyos muros se abrió gran número de aspilleras, cerrando las bocacalles adyacentes con ayuda de barricadas.

Así, pues, los trabajos llevados a cabo en los frentes sur y oriental no fueron, en resumen, más que barricadas, aspillerado de muros, apertura de fosos en los arroyos de las calles, horadación de muros en las casas adyacentes para ligarlas entre sí, etc. Es decir, más que trabajos de fortificación, fueron trabajos de acondicionamiento. En cuanto al frente norte, se proyectó y organizó como sigue: el convento de Guadalupe debería quedar encerrado en un fortín con parapetos de tierra. Ahora bien, la iglesia o convento en cuestión, reconstruida en el año de 1758, a iniciativa de don Luis Osorio, sobre los restos de una antigua iglesia llamada de San Cristóbal, que había sido destruida por un rayo en el año de 1756 y reconstruida por fray Francisco de San Miguel, comprendía tres naves con dos torres que fueron demolidas para evitar que sirvieran al enemigo para referir su tiro de artillería.

El fortín proyectado y realizado quedó compuesto de dos baluartes hacia el frente norte, unidos por una cortina de unos 40 metros de largo; el resto comprendía cinco tramos de muralla sin baluartes, de manera que el flanqueo del foso era incompleto en los frentes restantes. Debido a esto, más tarde, al organizar dicho fortín de una manera más completa, se le proveyó de tres redientes o "plazas de armas" exteriores, colocados en los frentes oriental, sur y occidental. La entrada a esta obra se hacía por un puente de mampostería que cruzaba el foso y quedó mediocremente defendida por medio de un "garitón" que se construyó en el interior.

La "muralla" o "escarpe", constituida por un muro de mampostería, adosado al terreno, con una altura mínima de 7 metros so-

bre el nivel del fondo del foso, quedó coronada por un parapeto de tierra de 1.60 m de espesor, sosteniéndose la tierra, por el lado interior, con un delgado murete de mampostería de piedra de sólo 0.25 m de grueso. El obstáculo se completaba con un foso de una anchura media de 6.50 metros que rodeaba al recinto. La contraescarpa, con una altura media de sólo 1.80 metros, también era de mampostería de piedra, de unos 0.40 metros de espesor. Prácticamente no existía un camino cubierto hacia el exterior, y la corona de la contraescarpa quedaba al nivel del terreno natural.

El convento, que poseía unos 18 locales, fue aprovechado como reducto del fortín, y en su interior se edificaron los abrigos, pues el espesor de sus muros (variable de 0.60 a 0.75 metros), proporcionaba seguridad suficiente. El polvorín fue instalado en el sótano de este edificio, una vez aspillerados convenientemente los muros de la edificación. Además, en el baluarte occidental se acondicionaron cinco troneras, otras tantas en el baluarte oriental, dos en la cortina norte, cuatro en la cortina oriental, cuatro en la cortina occidental y tres más en los frentes restantes, de manera que el fortín podía admitir 22 piezas de artillería; todas, tirando a "barbeta". Debe aclararse que en todo el perímetro el parapeto permitía el tiro de la infantería, y como el piso del interior del fuerte no estaba a nivel, en algunos tramos hubo necesidad de hacer una banqueta para permitir a los tiradores hacer cómodamente su tiro por encima del parapeto.

En cuanto al "fuerte" de Loreto, era una obra de planta cuadrangular, cuyas ruinas existen todavía. Este fuerte, de trazado abaluartado, comprendía cuatro baluartes circulares, que recuerdan los llamados "rondeles" tan usados en Europa durante el siglo XVI, ligados por otras tantas cortinas de unos 60 metros de longitud.

El obstáculo del "fuerte", es decir, el foso, también de 6.50 metros de anchura media en el fondo, tenía (y aún conserva en la actualidad) parte de su escarpa y contraescarpa cortadas en la roca caliza, pero su profundidad era pequeña, pues en algunos lugares apenas alcanzaba 1.50 metros. La escarpa, de mampostería de piedra, tenía un espesor medio de 1.80 metros y estaba coronada por una banqueta de tiro, a lo largo de las cortinas solamente, y por un parapeto del

mismo material, de un espesor variable de 0.80 a 0.90 metros en todo su desarrollo.

En el interior de la obra existía la antigua iglesia, edificada hacia 1720 por el padre Baltazar Rodríguez Zambrano, a semejanza de la catedral de la ciudad de Loreto, en los Estados Pontificios, encerrando la "santa casa". Este santuario se consideró como fortaleza a partir de 1789, fecha en que se creó el regimiento provincial de Puebla. Hacia 1803 se lo destinó a lugar de arresto para oficiales; en 1812 se fortificó ligeramente y en 1821 el brigadier español Ciriaco del Llano mandó hacer allí una fortificación en toda forma, quedando comprendida en su interior la iglesia en cuestión, para resistir el ataque emprendido por Agustín de Iturbide, al sufrir la ciudad de Puebla el primer sitio que registra su historia y que concluyó con la entrada a la plaza del ejército trigarante, el 2 de agosto de 1821. Esa iglesia, cuyos muros tienen un espesor medio de 0.80 metros, servía de reducto a la guarnición defensora, pues comprendía unos 16 locales, sin sótanos, situados alrededor de un patio central.

La entrada del "fuerte", establecida hacia el sur, estaba defendida débilmente por dos "garitones" interiores, por lo que se construyó un "rediente" para reforzar el lugar; el foso se salvaba por medio de un puente ciego de mampostería.

Además, fueron acondicionadas ocho troneras en cada baluarte, por lo que el "fuerte" podía alojar 32 piezas de artillería en total.

Todos los trabajos antes mencionados con algún detalle fueron emprendidos, unos desde el día 3 de mayo y los otros, sólo hasta el 4, debido a que como ya se ha repetido varias veces, se carecía de la herramienta necesaria.

Organizada como acaba de indicarse la defensa de la ciudad de Puebla, las tropas mexicanas ocuparon las obras en la forma siguiente.

La división del general Negrete (unos 1 200 hombres), fue destinada a ocupar los cerros de Loreto y Guadalupe, y con las brigadas Berriozábal, Díaz y Lamadrid, se formaron tres columnas para realizar los contraataques; pero en vista de que el adversario atacó los cerros, cosa que el general en jefe mexicano consideró poco probable, a última hora dispuso que la brigada Berriozábal reforzara la posición defensiva de los cerros, ocupando el cuerpo de carabineros a caballo

la izquierda de la posición, para evitar el movimiento envolvente por ese lado; quedando el batallón de zapadores de la brigada Lamadrid, en el barrio de Chanenetla, constituyendo la reserva de esas fuerzas.

De todas las obras de fortificación sólo el "fortín" de Guadalupe fue atacado. Este "fortín" fue sometido a un cañoneo ininterrumpido durante cerca de dos horas, recibiendo buen número de impactos de la artillería francesa, sin resultado favorable para la fortificación; y de las tres columnas de ataque lanzadas por los franceses sobre la línea de los cerros de Loreto y Guadalupe, solamente una pudo llegar a coronar el parapeto casi intacto del fortín de Guadalupe, sin que los asaltantes lograran apoderarse de la obra, porque el reducto desempeñó perfectamente su papel, al recibir a los atacantes con un vivísimo fuego de fusilería, que partía del parapeto y de la edificación interior, obligándolos a retirarse después de sufrir fuertes pérdidas.

Debido a la defectuosa preparación de las tropas mexicanas (la mayor parte de ellas tenía una mediana instrucción), el pánico hubo de hacer presa en ellas cuando algunos enemigos lograron coronar el parapeto, pero gracias a la energía del general Miguel Negrete la confianza volvió al espíritu de aquellos soldados patriotas, que, aun carentes de las buenas cualidades de las tropas veteranas, poseían un valor desmedido y una abnegación sin límites.

La batalla terminó, como es sabido, con la retirada tres días después del ejército expedicionario invasor rumbo a la ciudad de Orizaba, habiéndose realizado el milagro de que el mal organizado ejército mexicano batiera a un ejército de tradición gloriosa, todo esto debido en gran parte a la utilización racional del noble arte de la fortificación.

Por último, conviene hacer constar que el triunfo de las armas mexicanas en Puebla se logró bajo las siguientes adversas situaciones.

1. Los progresos habidos en la fortificación en aquella época, especialmente en Estados Unidos, no eran aún conocidos en México. Me refiero, por una parte, a la aparición del "orden disperso" en lugar del "orden cerrado" acostumbrado hasta entonces. También hay que agregar que se prestó poca atención a las defensas accesorias.

2. Las dos fortificaciones de Loreto y Guadalupe fueron organizadas para servir simultáneamente como baterías de artillería y como

puntos de apoyo de infantería. Es decir: podían participar tanto en la lucha lejana como en la cercana, pero al estar colocadas ambas armas (infantería y artillería) en la misma cresta de fuego, se arriesgaba que los parapetos para la infantería fueran destruidos durante la lucha lejana y que, al llegar la lucha cercana, la infantería ya no tuviera sus parapetos en buenas condiciones. Esto no llegó a suceder, porque la artillería francesa no pudo arreglar su tiro de destrucción, debido a que los fortines mexicanos coronaban la cresta topográfica y el tiro no fue de fácil corrección para los artilleros.

3. La carencia en el ejército mexicano de tropas en posesión de herramientas de trabajo eficaces, así como la falta de unidades con conocimientos técnicos —tropas de ingenieros— hizo imposible realizar obras de mayor consistencia. El batallón de zapadores, que desde 1828 había existido en el ejército mexicano, desapareció en 1860 y no había sido reorganizado aún en el nuevo ejército federal. El batallón de zapadores de la brigada Lamadrid, aunque llevaba ese nombre, en realidad era un batallón de infantería, pues su personal de tropa no estaba instruido en los trabajos relacionados con su especialidad y, además, la oficialidad era de aquella arma y no de ingenieros.

EL COMBATE DE BARRANCA SECA

*Miguel A. Sánchez Lamego**

Al día siguiente de la jornada del 5 de mayo de 1862 los franceses permanecieron quietos en su campamento de Amalucan, en tanto que el cuerpo de ejército de oriente procedió a levantar el campo de batalla. Ese día 6, en la mañana, entraron a Puebla las brigadas O'Horán y Carbajal, que el día anterior habían sido destacadas por el general Zaragoza hacia el rumbo de Atlixco e Izúcar de Matamoros, para fijar a la partida reaccionaria del general Márquez e impedir que ésta se uniera a los franceses en esos días; y por la tarde hizo su entrada procedente de México la brigada Antillón, constituida por elementos de la guardia nacional del estado de Guanajuato, que había sido enviada por el gobierno general, para reforzar al cuerpo de ejército de oriente (estas últimas tropas, aun cuando habían forzado su marcha, no pudieron llegar antes a Puebla).

El día 7, ante la pasividad de los franceses, contando ya con un efectivo mayor y en cumplimiento de órdenes del Ministerio de Guerra, el general Zaragoza dispuso que la brigada Carbajal, más el regimiento de caballería del coronel Miguel Ameche, marcharan con rumbo a Amozoc (sobre el camino a Veracruz, unos 15 km al oriente de Puebla), para hostilizar a los invasores por su retaguardia. Sin embargo, esta operación no pudo llevarse a la práctica porque el día 6, a las cuatro y media de la mañana, la mayor parte de la guarnición del fuerte de San Carlos de Perote, unos 300 hombres encabezados por el teniente coronel de artillería Ignacio Echegaray, desconocieron al gobierno juarista y después de poner preso al comandante militar de la fortaleza, general Francisco Paz, abandonaron el lugar y se dirigie-

* Academia Nacional de Historia.

Historia Mexicana, vol. 14, núm. 3, enero-marzo de 1965, pp. 469-487

ron a Orizaba, llevando consigo una batería de artillería de campaña, para unirse a los invasores por intermedio del general reaccionario José M. Gálvez. El día 7 en la tarde, al tener conocimiento de lo anterior, el general Zaragoza le ordenó entonces al general Carbajal que en lugar de hostilizar la retaguardia de los invasores, como se le tenía prevenido, con los elementos que tenía a sus órdenes, el 8 por la mañana muy temprano saliera en pos de aquellos rebeldes; así lo hizo este jefe y el 10 les dio alcance en la cañada de Ixtapa, donde después de dos horas de combate los dispersó totalmente, recuperando las piezas de artillería que por orden superior fue a devolver hasta Perote.

Mientras esto sucedía, el general Zaragoza, la mañana del día 8, llevó a cabo una revista de sus tropas en el llano situado al oriente de la ciudad de Puebla, a la vista de los franceses, quienes no sólo no se animaron a entablar una batalla campal sino que a las dos de la tarde de ese día iniciaron un movimiento retrógrado hacia el oriente, yendo a pernoctar esa noche al pueblo de Amozoc, lugar en donde permanecieron los días 9 y 10 para trasladarse el 11 al pueblo de Tepeaca (15 km al oriente de Amozoc). Según el diario de operaciones del cuerpo de ejército de Oriente, el 9 los franceses se movieron de Amozoc a Tepeaca, lugar donde permanecieron los días 10 y 11.

El día 10 el general Zaragoza dio nueva organización a su cuerpo de ejército: el 11 recibió noticias del triunfo alcanzado por el general Carbajal en la cañada de Ixtapa y entonces, el 12 en la mañana, partió de Puebla en pos de los franceses, rindiendo la jornada en Amozoc. Los franceses, por su parte, ese día 12 se movieron de Tepeaca para Acatzingo (unos 12 km al oriente de Tepeaca).

Con su nueva organización, el cuerpo del ejército de oriente, con efectivo aproximado de 7 500 individuos de tropa, quedó formado como sigue:

I. MANDO

Comandante en jefe, general de brigada Ignacio Zaragoza.
Cuartel maestre, general de brigada Francisco Mejía.
Comandante general de artillería, coronel graduado, capitán Zeferino Rodríguez
Comandante general de ingenieros, coronel Joaquín Colombres.

II. TROPAS

i. *División de infantería "Berriozábal"*, al mando del general de brigada Felipe B. Berriozábal, compuesta de tres brigadas, como sigue:

a) *Brigada "Antillón"* (general graduado coronel Florencio Antillón).
1er. batallón ligero de Guanajuato.
3er. batallón ligero de Guanajuato.
6° batallón ligero de Guanajuato.

b) *Brigada "O'Horán"* (general graduado coronel Tomás O'Horán).
1er. batallón ligero de Toluca.
2° batallón ligero de Toluca.
3er. batallón ligero de Toluca.
Batallón fijo de Veracruz.

c) *Brigada "Díaz"* (general graduado coronel Porfirio Díaz).
Batallón "Guerrero" de Oaxaca.
Batallón "Morelos" de Oaxaca.
Batallón 1° de guardia nacional de Oaxaca.
Batallón 6° de guardia nacional de Oaxaca.

2. *División de infantería "Negrete"*, al mando del general de brigada Miguel Negrete, compuesta de 3 brigadas, a saber:

a) *Brigada "Lamadrid"* (general graduado coronel Francisco Lamadrid).
Batallón rifleros de San Luis.
Batallón "Reforma".
Batallón de zapadores de San Luis.
1er. batallón ligero de San Luis.
2° batallón ligero de San Luis.

b) *Brigada "Rojo"* (general graduado coronel José Mariano Rojo).
Piquete del batallón fijo de Morelia.
Piquete del batallón tiradores de Morelia.
Piquete del batallón cazadores de Morelia.

Batallón "Hidalgo" de Morelia.
Batallón rifleros de México.
4° batallón de guardia nacional de Puebla.
c) *Brigada "Alatorre"* (general graduado coronel Francisco Alatorre).
Batallón mixto de Querétaro.
6° batallón de línea.
2° batallón de guardia nacional de Puebla.
6° batallón de guardia nacional de Puebla.

3. *Brigada de caballería "Álvarez"* (general graduado coronel Antonio Álvarez).
Cuerpo carabineros a caballo.
Escuadrón lanceros de Toluca.
Escuadrón lanceros de Oaxaca.

4. *Brigada de caballería "Carbajal"* (general graduado coronel Antonio Carbajal).
1er. cuerpo lanceros de Morelia.
5° cuerpo de policía.
Escuadrón lanceros de Quezada.
1er. cuerpo cazadores a caballo.
Cuerpo de exploradores.

5. *Sección "Cuéllar"* (coronel Ignacio Cuéllar), compuesta de:
Escuadrón exploradores del ejército.
29 Escuadrón exploradores del ejército.

6. *Artillería.*
Tres y media baterías de batalla y dos de montaña.

El día 13 el cuerpo de ejército de oriente marchó de Amozoc hasta las cercanías de Acatzingo, pero sólo la brigada "Álvarez" y la sección "Cuéllar" llegaron a este lugar, pues la infantería y la artillería contramarcharon para pernoctar en Tepeaca: los franceses se desplazaron de Acatzingo a Quecholac (15 km al sureste de Acatzingo).

El 14 la división "Berriozábal", con la artillería y el cuartel general, se movieron para Tecamachalco (25 km al sureste de Tepeaca); la división "Negrete" marchó para Acatzingo y la caballería fue enviada hacia adelante, para que hostilizara a los franceses por su retaguardia; éstos, a su vez, ese día se movieron de Quecholac a San Agustín del Palmar (22 km al sureste de Quecholac).

El 15 la división "Berriozábal" y la artillería permanecieron en Tecamachalco, en tanto que la división "Negrete" se trasladó a Quecholac; la brigada "Álvarez" parece que llegó hasta las cumbres de Acultzingo, en donde llevó a cabo algunas talas sobre el camino para obstaculizar el desplazamiento de los franceses, y la sección "Cuéllar" quedó explorando el camino entre Tecamachalco y San Agustín del Palmar; los franceses este día se desplazaron de San Agustín del Palmar a la cañada de Ixtapa (unos 18 km al sureste de San Agustín del Palmar).

El 16 la división "Berriozábal" y la artillería permanecieron en Tecamachalco y la división "Negrete" se movió para San Agustín del Palmar. Como se recibieron informes en el sentido de que la partida reaccionaria del general Leonardo Márquez (fuerte en unos 2 500 jinetes), que a toda costa quería unirse a los franceses, se había movido de Izúcar de Matamoros con rumbo a Orizaba y que el 14 había pasado por Molcaxoc (25 km al sur de Tepeaca) y el 15 por Ixcaquixtla (45 km al poniente de Tehuacán), el general Zaragoza supuso que este día 16 llegaría a Tehuacán o podría atacar su línea de comunicaciones con Puebla, al poniente de Tecamachalco y dispuso, en consecuencia, que la brigada "Carbajal", que se había incorporado en San Agustín del Palmar, fuera a situarse en el pueblo de Chapulco (sobre el camino de Tehuacán a Puente Colorado, unos 20 km al norte de aquel puente), para evitar que impunemente los reaccionarios pudieran pasar de Tehuacán a Puente Colorado y de allí a Acultzingo y Orizaba, y que la sección "Cuéllar" se colocara a retaguardia del cuerpo de ejército de oriente y vigilara el camino entre Tecamachalco y Puebla. Los franceses, por su parte, se movieron de la cañada de Ixtapa para Acultzingo (15 km al oriente de la cañada de Ixtapa), bajando con mucho cuidado y trabajo las cumbres, logrando despejar el camino, que tenía algunos obstáculos artificiales

acumulados por la caballería del general Álvarez y los vecinos de aquellos lugares.

El 17 la división "Berriozábal" se movió hasta San Agustín del Palmar; la división "Negrete" se pasó a la cañada de Ixtapa, la brigada "Álvarez" a Puente Colorado, lugar de donde partía el camino a Tehuacán, pasando por Chapulco; la brigada "Carbajal" permaneció en Chapulco y la sección "Cuéllar", en Tecamachalco. Como el general Zaragoza supo hacia el mediodía que el general Márquez, la mañana de ese día, había partido de Tehuacán con rumbo a Orizaba, siguiendo caminos extraviados a través de la sierra de las cumbres de Mexicatepec, la cual limita por el sur la llamada cañada de Acultzingo, dispuso que la división "Negrete", la tarde de este mismo día, se pasara a Puente Colorado y que la brigada "Álvarez", se moviera para Acultzingo. Esta última unidad inició su desplazamiento al día siguiente a las cinco de la mañana y bajo el mando inmediato del general de brigada Santiago Tapia, cuartel maestre del cuerpo de ejército de oriente desde el día is, a quien encargó el general Zaragoza hiciera lo que conviniese para impedir que la partida del general Márquez se uniera a los franceses. Éstos, por su parte, este día 17 se movieron de Acultzingo a la hacienda de Tecamalucan (15 km al noreste de Acultzingo y 18 al suroeste de Orizaba).

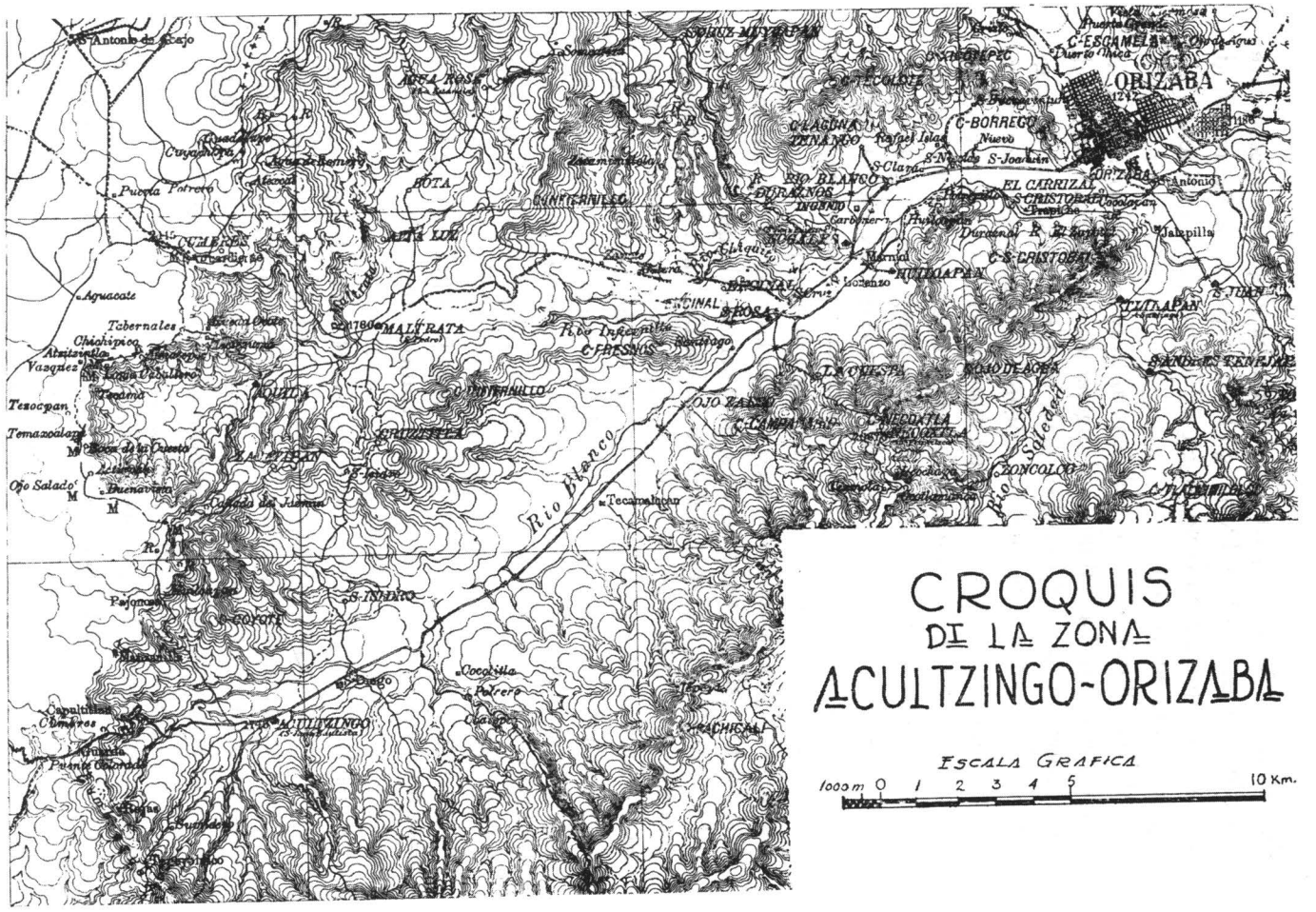
Los traidores, efectivamente, se desplazaron el día 17 de Tehuacán hacia Orizaba a través de la sierra y hacia las cinco de la tarde, después de una marcha penosísima, comenzaron a llegar al rancho del Potrero, situado en el fondo de una entrante de la sierra de Mexcatepec, llamado de la Barranca Seca, casi al pie de la ladera norte de esta serranía y alejado unos 6 km al sureste de Acultzingo (por allí baja la vereda escabrosa que, viniendo de Tehuacán, pasa por el pueblecillo de Maderas y, siguiendo por el fondo del entrante antes mencionado, viene a unirse a la carretera Acultzingo-Orizaba, como un kilómetro al noreste de la Venta de San Diego, la cual dista unos 1 500 m al noreste del pueblo de Acultzingo). El general Márquez se adelantó a sus fuerzas con un grupo de ayudantes y en Tecamalucan se le presentó al general Lorencez como a las cinco de la tarde, para continuar después hasta Orizaba y presentarse con el general Juan

N. Almonte. Antes de partir para Orizaba el general reaccionario le ordenó al general José Domingo Herrán que tomara el mando de las tropas y que pasara la noche en el Potrero, para continuar al día siguiente sobre Orizaba.

El día 18 por la mañana el general Lorencez se movió con sus tropas para Orizaba y al llegar al Ingenio (unos 10 km al noreste de Tecamalucan y como 8 km al suroeste de Orizaba) dejó al 99° regimiento de infantería de línea del coronel L'Heriller con dos piezas de artillería de montaña, para que ayudara en caso necesario a las fuerzas del general Márquez, ya que éste le informó el día anterior que tenía conocimiento de que las tropas mexicanas del general Zaragoza estaban bajando por las cumbres de Acultzingo para impedir la incorporación de sus fuerzas al cuartel general invasor en Orizaba.

Efectivamente, la brigada "Álvarez", al mando del general Tapia, arribó al pueblo de Acultzingo como a las nueve de la mañana de este día 18 y allí recibió informes en el sentido de que la caballería del general Márquez estaba saliendo por la Barranca Seca y tomaba el camino para Orizaba; inmediatamente continuó su marcha y hacia las diez de esa misma mañana llegó a la desembocadura de la Barranca Seca, en donde entroncaba la vereda seguida por los reaccionarios con el camino principal Acultzingo-Orizaba; inmediatamente tomó contacto con sus enemigos, desplegándose para combatir. Como sabía que sus adversarios eran muy superiores en número, envió a uno de sus ayudantes ante el general Zaragoza para pedirle que le mandara unos mil hombres de infantería como refuerzo, con los cuales creía poder batir a sus enemigos.

La fuerza de caballería que llevaba el general Tapia se componía de 662 individuos de tropa de caballería, pertenecientes a los cuerpos carabineros a caballo, escuadrón lanceros de Toluca y escuadrón lanceros de Oaxaca. Las tropas de Márquez se componían de unos 2 500 jinetes distribuidos en dos divisiones; la división "Vicario", que mandaba el general Juan Vicario, formada por dos brigadas al mando de los coroneles Juan Vicario hijo y Ponciano Castro, y la división "Márquez" compuesta también de dos brigadas, al mando del general José Domingo Herrán y del coronel José G. Campos (estas tropas habían caminado más de 150 km por


CROQUIS
DE LA ZONA
ACULTZINGO-ORIZABA
ESCALA GRAFICA
1000 m 0 1 2 3 4 5 10 Km.
ORIZABA
Río Blanco
Río Seco
Río Tecamalucan
ACULTZINGO
MAL PAIS
MALPRATA
CUAUHTEMOC
EL CARRIZAL
RIO BLANCO
CONCOLCO
SAN CRISTOBAL
SAN JUAN
SAN ANTONIO TENEJAC
LA OVEJERA
LA CUESTA
LA MESA
LA CRUZ
LA ESPERANZA
LA CUMBRE
LA CIMA
LA CAÑADA
LA CIENEGA
LA CRUZ
LA CUESTA
LA MESA
LA CIMA
LA CAÑADA
LA CIENEGA

pésimos caminos, desde Matamoros Izúcar hasta el Potrero, en los cuatro días anteriores).

Para oponerse a sus adversarios, los reaccionarios también se desplegaron formando su línea de batalla en la forma siguiente: al centro la división "Vicario"; como ala derecha, la brigada "Herrán" y como ala izquierda la brigada "Campos". Como las tropas fueron llegando poco a poco al lugar del combate, la línea de batalla se estableció paulatinamente, y cuando llegó a Barranca Seca el general Márquez, hacia las once de aquella mañana, el tiroteo entre las guerrillas avanzadas de ambos bandos se había generalizado, sin que ninguno de los dos adversarios se arriesgara a emprender el ataque formal.

El general Zaragoza, que tenía su puesto de mando en la cañada de Ixtapa, dispuso ese día 18 que la brigada "Díaz" de la división "Berriozábal" se trasladara a la cañada de Ixtapa; que la división "Negrete" permaneciera en Puente Colorado manteniéndose lista para bajar las cumbres de Acultzingo, y que la brigada "Carbajal" se moviera para San Agustín del Palmar a vigilar la retaguardia del cuerpo de ejército de oriente. Hacia el mediodía recibió el informe y la petición de refuerzos del general Tapia y mandó inmediatamente en su auxilio a los piquetes de los batallones fijo de Morelia, tiradores de Morelia, cazadores de Morelia e "Hidalgo" de Morelia, pertenecientes a la brigada "Rojo" y al batallón de zapadores de San Luis, de la brigada "Lamadrid", que hacían un total de 1 190 hombres, todos al mando del general graduado coronel de infantería José Mariano Rojo.

Como el descenso de las cumbres de Acultzingo no era muy fácil, apenas hasta las cinco de la tarde fueron llegando estas tropas a Barranca Seca, y considerando el general Tapia que sólo tenía que habérselas con unos dos mil jinetes de Márquez, se lanzó a la carga con dos columnas de infantería, por su frente e izquierda y con una de caballería, por su derecha.

En un principio el ataque de los republicanos tuvo éxito, pero en aquellos momentos llegó al campo de la lucha el 2º batallón del 99º regimiento de infantería de línea francés, al mando del comandante Lefêvre (unos ochocientos hombres), cuyos elementos habían salido del Ingenio como a la una y media de esa tarde, y habían recorrido

en sólo cuatro horas los 20 km que separan aquel poblado de la Barranca Seca (el general Márquez, hacia el mediodía, consideró que sus adversarios estaban esperando la llegada de refuerzos para emprender su ataque y entonces decidió pedir el auxilio de los franceses, enviando para ello al general Antonio Taboada, quien rápidamente se desplazó hasta el Ingenio). Estos infantes cargaron sobre los republicanos. El ala izquierda del dispositivo mexicano fue envuelta y arrollada después de una lucha encarnizada, por lo que el general Tapia se vio en la imprescindible necesidad de ordenar la retirada, la que se efectuó más tarde, con grandes pérdidas.

Los piquetes de los batallones fijo, cazadores y tiradores de Morelia, que formaron la columna de ataque de la izquierda, que fueron los arrollados, se retiraron tomando el rumbo de Maltrata. Los batallones "Hidalgo" y zapadores, que formaron la columna del centro, se replegaron por la cordillera situada al sur de la cañada de Acultzingo para ir a salir a Puente Colorado. Finalmente, el general Tapia, con los restos de la caballería, se replegó por el camino carretero, conteniendo a los jinetes enemigos que acosaron a los republicanos hasta la altura de la Venta de San Diego. Afortunadamente en aquellos momentos comenzó a oscurecer y con las sombras de la noche cesó la persecución.

Cuenta la tradición que al retirarse las tropas republicanas, el subayudante del batallón "Hidalgo", que llevaba la bandera de su cuerpo, cayó herido de muerte. Los componentes del batallón que pasaban por allí siguieron la huida sin hacer caso de la bandera, pero un sargento, cuyo nombre no recogió la historia, se detuvo para recuperarla y, como no tuvo tiempo de desprenderla del asta, antes de verla caer en poder del enemigo, le prendió fuego a una caja de municiones que estaba cerca y voló en pedazos con todo y bandera.

Las bajas sufridas por los franceses y tiradores fueron pequeñas (cerca de doscientos hombres entre muertos y heridos), en relación con las que tuvieron los republicanos (unos 1 000 hombres entre muertos, heridos y prisioneros), particularmente en dispersos, pues éstos dejaron en poder de aquéllos cerca de ochocientos prisioneros. Los piquetes de los cuerpos fijo de Morelia, tiradores de Morelia y cazadores de Morelia quedaron reducidos a poco menos de un cente-

nar de individuos de tropa y por disposición del general Zaragoza del día 22 de ese mes de mayo fueron enviados a México a las órdenes del general Rojo, para que el gobierno general los mandara a Michoacán a reponer sus efectivos. El batallón "Hidalgo" de Morelia, también por disposición del general Zaragoza, ese mismo día 22 fue disuelto y su mermado personal quedó refundido en el batallón de zapadores de San Luis, que también resultó muy castigado.

La derrota de Barranca Seca entibió mucho el ardor bélico ofensivo del general Zaragoza, quien el día 19, después de reconocer personalmente el terreno donde había tenido lugar el combate del día anterior, retiró a la división "Negrete" para San Andrés Chalchicomula y a la brigada Álvarez a la hacienda de Vaquería, cerca de Quecholac. Además fue a establecer su cuartel general en San Agustín del Palmar, llevando consigo a la brigada "Díaz", que el día anterior había llegado a la cañada de Ixtapa hacia las seis de la tarde y que el 19 debía pasarse a Tehuacán, para recibir una fuerza que venía procedente de Oaxaca; es decir, se situó a la defensiva, sobre la altiplanicie mexicana, en la zona Tecamachalco-San Andrés Chalchicomula-San Agustín del Palmar, en espera de los refuerzos que se le tenían ofrecidos de las divisiones de Jalisco y Zacatecas (esta última a las órdenes del general Jesús González Ortega), con cuyos refuerzos, en el mes de junio siguiente, volvió a tomar la ofensiva e intentar el ataque de la plaza de Orizaba, cuartel general de los franceses, para sufrir el serio descalabro del cerro del Borrego, el 14 de este mes.

Conclusiones

Primera. Algunas personas le han criticado al general Zaragoza que a pesar de contar desde el día 6 de mayo con una respetable superioridad numérica sobre su adversario, no estorbó para nada la marcha retrógrada del ejército expedicionario francés, desde las cercanías de Puebla hasta la ciudad de Orizaba, no obstante que el terreno se prestaba mucho para hostilizarlo y aun para aniquilarlo, causando que la pasividad asumida por el general mexicano hiciera que la batalla del 5 de mayo se convirtiera en una victoria sin fruto.

La crítica anterior no es muy justa, porque si bien es cierto que con la incorporación al cuerpo de ejército de oriente de las brigadas O'Horán, Carbajal y Antillón el efectivo de esa gran unidad resultó muy superior al del ejército expedicionario francés, conviene recordar que en aquellos días el general Zaragoza tenía que habérselas no sólo con los franceses, sino también con la división de caballería reaccionaria del general Márquez, fuerte en unos 2 500 jinetes, que se hallaban por Matamoros Izúcar y Atlixco.

Por otra parte, se vio en páginas anteriores que el general en jefe mexicano el día 7 en la tarde tuvo que distraer a la caballería del general Carbajal para que persiguiera a los sublevados de Perote y que, cuando estas tropas se le incorporaron después de someter a aquellos traidores, recibió informes de que el general Márquez, con sus fuerzas, estaba muy adelantado en su marcha para reunirse a los franceses, por lo que apenas pudo interponer algunas de sus fuerzas en Barranca Seca, para tratar de evitar esa unión.

Se puede pues concluir que del 6 al 17 de mayo de 1862 el general Zaragoza estuvo imposibilitado de adoptar una actitud ofensiva sobre los franceses capaz de aniquilarlos, y la crítica hecha a sus operaciones militares en ese lapso no es justa.

Segunda. Este hecho de armas, adverso a la causa nacional, puso de manifiesto en forma clara y terminante la superioridad de las veteranas tropas francesas sobre las noveles tropas republicanas mexicanas, pues aquéllos se hicieron respetar, no sólo por la cohesión de sus elementos, producto de su buena disciplina y orden, sino también por su magnífica organización y, sobre todo, por la gran fuerza moral basada en una tradición de gloria militar.

Tercera. Aunque en la opinión de todos los que se han ocupado de estos sucesos la derrota de Barranca Seca se le atribuye al general Santiago Tapia, de acuerdo con las responsabilidades militares debería cargársele al general Zaragoza, puesto que éste era el comandante en jefe del cuerpo de ejército de oriente. Por otra parte, quien dosificó la cantidad de infantería que en la tarde del 18 marchó en auxilio del general Tapia fue precisamente el general Zaragoza, y es

evidente que este refuerzo fue pequeño e insuficiente, no obstante que era perfectamente conocido el efectivo de las fuerzas del general Márquez. Además, hallándose Márquez en Barranca Seca, 24 km al suroeste de Orizaba, era muy probable que fuese auxiliado por los franceses, particularmente por tropas de caballería, al igual que él auxiliaba a la brigada "Álvarez" desde Puente Colorado, y el general Zaragoza, para esos días, ya se había dado cuenta del valor de las tropas francesas. Sólo una subestimación del valor del adversario pudo conducir al general Zaragoza a no enviar mayores refuerzos en auxilio del general Tapia y si esto no le hubiera sido posible, entonces debió mandarle orden de replegarse sobre Acultzingo, las cumbres y Puente Colorado, sin empeñar un combate a fondo.

Así pues, con esta derrota, el general Zaragoza empañó un poco la brillante victoria que pocos días antes, el 5 de mayo, había conquistado en las goteras de la ciudad de Puebla, al defender con maravillosa precisión el cerro y el fortín de Guadalupe, abatiendo el orgullo militar del ejército expedicionario francés que mandaba el general de Lorencez.

Para completar este estudio se transcriben a continuación los partes de esta acción, rendidos por los generales Zaragoza, Tapia y Márquez, que son los documentos que sirvieron de base para hacer este trabajo. El primero, en original, forma las fojas 39 y 40, del expediente x1/481-4/8847 del Archivo Histórico de la Secretaría de la Defensa Nacional; el segundo, también en original, forma las fojas 42 y 48 del mismo expediente, y el tercero fue tomado del que apareció en el diario metropolitano *El Siglo XIX* del domingo 20 de julio de 1862.

El parte del general Zaragoza dice:

> Por fin los restos de los rebeldes que aislados se abrigaban en el sur del estado de Puebla, han puesto en claro su perfidia y traición a la Patria; una columna de dos mil caballos acaudillada por Márquez, subiendo de Tehuacán a la sierra de Orizaba por sendas escabrosas, bajó el día de ayer por Barranca Seca a la vía carretera contando con el apoyo de los franceses.

Cuando yo tuve noticias positivas de los últimos movimientos de los traidores, mandé situar la División Negrete desde Cerro Gordo hasta Puente Colorado, haciendo avanzar hasta Acultzingo la Brigada Álvarez de Caballería, encomendando al C. General Cuartel Maestre, enfilarse al enemigo y le impidiera el descenso de la sierra; mas paulatinamente se fue empeñando el combate con la expresada Brigada de Caballería, llegando al caso de emplear también algunos Cuerpos de Infantería. El Combate fue largo y sangriento, debido al auxilio eficaz que las fuerzas francesas prestaron a los rebeldes; cubiertas aquellas por las fragosidades del terreno y las chusmas que estaban a su vanguardia, arrolladas éstas y casi deshechas, cayeron de sorpresa sobre los dos mil hombres de mis fuerzas que únicamente se habían destinado a la operación indicada, resultando que al anochecer se retirase el enemigo hacia el Ingenio y Orizaba y el C. General Tapia se replegase hacia las cumbres.

Nuestra pérdida entre muertos, heridos y prisioneros ha sido muy poca; pero la oscuridad de la noche, tan nebulosa frecuentemente en las Cumbres y los bosques de las montañas impidieron la reunión de todos los Cuerpos y una retirada precisa como en otra vez se ejecutó, siendo la pérdida total de mil hombres: con todo, este suceso no ha entibiado el valor y entusiasmo de este Cuerpo de Ejército, que conserva todo su brío y animación, para sostener a su Patria, a lo que sin excepción cooperaremos con empeño.

El enemigo se halla colocado desde el Ingenio hasta Escamela y yo, desde la Cañada hasta el Palmar, observando sus movimientos, para obrar según las circunstancias lo exijan.

Todo lo que participo a usted para que se sirva dar cuenta al C. Presidente de la República.

Libertad y Reforma. Cuartel General en la Cañada de Ixtapa a 19 de mayo de 1862. I. Zaragoza (Rúbrica).

C. Ministro de la Guerra. México.

El segundo documento dice:

Con fecha de ayer, me dice el C. General Cuartel Maestre, lo siguiente:

No siempre la fortuna es compañera de la justicia... Ayer, una

fuerza exploradora fue batida por otra del enemigo muy superior en número: a las cinco de la mañana de dicho día emprendí la marcha rumbo a Acultzingo con seiscientos sesenta y dos dragones de la Brigada Álvarez, para hacer un reconocimiento y evitar, si era posible, la incorporación de los traidores reaccionarios al ejército francés. En dicho pueblo se me informó, que los traidores a las órdenes de Márquez y Cobos, en número más de dos mil, estaban pasando por Barranca Seca, distante de allí cerca de una legua al oriente. Me dirigí a este punto a donde llegué a las diez de la mañana, y vi que en efecto el enemigo en su mayor parte había tomado el camino de Orizaba. Desde luego me propuse cortarlo, pero como el terreno era sumamente favorable para él y mi fuerza mucho menor que la suya, antes de emprender un ataque formal mandé pedir infantería y permanecí en observación para descubrir si el enemigo estaba apoyado por los franceses. Aunque adopté esta medida, por que lo aconsejaba la prudencia, confieso que ni por un momento pude persuadirme que la iniquidad de los reaccionarios fuese tal, que los llevara a unirse con los extranjeros para derramar la sangre de sus compatriotas, hasta que pasó por mi vista, con gran sorpresa, la mayor de las traiciones. A las cinco de la tarde llegó la infantería, en número de mil ciento noventa hombres; y en el concepto de que únicamente a los dos mil traidores tenía yo que batir, emprendí la carga con dos columnas de infantería por mi frente e izquierda y con una caballería por la derecha, arrollando cuanto a nuestro frente se oponía y haciendo gran perjuicio al enemigo. Obligados los traidores a aglomerarse en un punto y acosados por nuestros fuegos a su frente y flanco izquierdo vimos instantáneamente aparecer tres gruesas columnas de franceses que arrojándose muy próximamente sobre nuestra tropa, fatigada y un tanto desorganizada a causa del mismo combate, la hicieron retroceder. No podía ser de otro modo, atendida la sorpresa, y que el grueso de los contrarios eran dos tantos mayor que el nuestro, compuesto de mil ochocientos cincuenta y cuatro hombres. Declarada nuestra derrota, la columna de la izquierda, compuesta de tres piquetes de Morelia, tomó el cerro hacia Maltrata; la de Zapadores y Batallón Hidalgo de Morelia, la cordillera de nuestra derecha, retirándome yo con la caballería por el centro a la oración de la noche. Esto probablemente evitó que el enemigo

nos hiciera gran número de prisioneros, pues arrojó sobre nosotros más de mil caballos. El descalabro de ayer para nada debe influir en las operaciones subsecuentes de la guerra, pues físicamente, sólo hay algunos centenares menos de hombres y en lo moral se ha dado una prueba de la decisión de los mexicanos. Si cree usted necesario un parte detallado de la acción, lo dará tan luego como reúna los pormenores. Si el General en jefe o el Supremo Gobierno de la Nación quieren someterme a un juicio por esta derrota, pronto estoy a contestar los cargos que se me hagan. Como mexicano, me cabe la satisfacción de haber combatido a los enemigos de mi patria, aunque el éxito no haya correspondido a mis deseos.

Y lo transcribo a usted, adjuntándole el croquis respectivo, para que se sirva dar cuenta al C. Presidente de la República.

Libertad y Reforma. Cuartel General en el Palmar, a 20 de mayo de 1862. I. Zaragoza (Rúbrica).

C. Ministro de Guerra. México.

Finalmente el tercer documento:

Ejército Mexicano.

General en jefe.

E. Señor.

El 17 del presente, a las cinco de la tarde, que a la cabeza de mi Caballería llegué al rancho del Potrero, que está al fin de la montaña por donde descendía mi tropa luchando con todas las dificultades del terreno, que es como V. E. sabe, sobre manera escabroso y pendiente, supe por mis exploradores que el Ejército francés se hallaba acampado en la hacienda de Tecamalucan y en virtud de esta noticia di mis órdenes al Sr. General D. Domingo Herrán, para que reuniese la fuerza y permaneciese con ella en aquel lugar, esperando mis instrucciones, partiendo yo inmediatamente para dicha hacienda, con objeto de conferenciar con V. E. En ella supe que S. E. estaba en esta ciudad, y seguí en el acto con el fin indicado, teniendo el honor de presentármele y conferenciar como lo deseaba.

Ya desde Tecamalucan había yo prevenido al Sr. General Herrán, que luego que estuviera reunida toda la fuerza, continuara su marcha

hasta dicha hacienda, acampando allí aquella noche, para seguir por la mañana en los términos que expresaban las instrucciones que le di para el efecto. Pero como siempre calculé que el enemigo que ocupaba las Cumbres de Acultzingo, había de hacer cuanto esfuerzo pudiera para impedir el movimiento que ejecutaba mi Caballería, o al menos para cortar la parte de sus fuerzas que le fuera posible, salí de esta ciudad por la mañana del 18, para ir a su encuentro y presenciar lo que ocurría, a fin de disponer lo conveniente.

Pronto vi que no me había engañado, porque uno de mis Ayudantes de Campo me avisó en el camino, que el enemigo se hallaba al frente de mi Caballería; redoblé el paso, y al llegar a Barranca Seca, que es el punto en que se reúne el camino de las Cumbres que traían los contrarios, y el del Potrero por donde venía mi tropa, encontré a ambas fuerzas ya formadas frente a frente una de otra, a la distancia de un tiro de mosquete. El enemigo constaba de mil caballos; estaba organizado en cuatro columnas, dos en el centro y dos en los extremos, cubriendo su frente con una línea de tiradores, aprovechando los accidentes del terreno que ocupaba y extendiéndose desde la montaña en que apoyaba su derecha, hasta la loma que queda al otro lado del camino principal por su costado izquierdo. Mi Caballería tenía también una línea de tiradores, al frente de los tiradores enemigos, que ocupaban el mismo espacio; el Sr. General D. José Domingo Herrán, que mandaba la derecha de la línea, tenía cubierto el frente, por donde pasa el camino principal, con una guerrilla de 50 hombres, y había situado dos columnas convenientemente a retaguardia de sus tiradores, a las órdenes de los valientes Coroneles D. Antonio Salas y D. Doroteo Vaca. El Sr. General D. Juan Vicario, ocupaba con su División el centro de la línea y a retaguardia de sus tiradores, tenía también dos columnas a las órdenes del Coronel D. Juan Vicario y otra a las del denodado Coronel D. Ponciano Castro y el Sr. Coronel D. José G. Campos cerraba la izquierda con su Brigada, manteniendo otra columna a retaguardia de sus tiradores.

Es justo tributar aquí el debido elogio a los Sres. Generales D. José Domingo Herrán y D. Juan Vicario y al Sr. Coronel D. José G. Campos, que son los que establecieron la línea de este modo, conte-

niendo al enemigo y cubriendo la marcha de sus fuerzas, que estaban aún acabando de salir de la montaña, todo en presencia de aquél y sin que éste pudiera impedir, ni dar un paso adelante por las buenas disposiciones de los jefes mencionados.

En la situación expresada se pasó la mayor parte del día, sin que ninguna de las dos líneas se moviera de su punto, entreteniéndose sólo los tiradores en pequeñas escaramuzas de poca importancia; la enemiga, sin atreverse a emprender nada y la nuestra, sin poder verificarlo tampoco, ya por la imposibilidad en que se hallaba a consecuencia del estropeo de la caballada y de la escasez de su armamento ya también por lo mucho que disminuyó sus fuerzas, teniendo que enviar a esta ciudad toda la parte de ella que estaba completamente inútil.

Cerca de las cinco de la tarde, se observó en el campamento enemigo la llegada de nuevas fuerzas de infantería y caballería, que habían sido colocadas desde mucho antes cautelosamente tras los accidentes del terreno que las ocultaba. En seguida rectificó su formación la línea de tiradores enemigos; se notó movimiento en sus columnas de Caballería y cuando creyeron tener asegurada la victoria, se arrojaron repentinamente las tres columnas de esta arma, del centro y de la derecha, mezcladas con otras dos columnas de Infantería de más de mil hombres cada una, que ya se le habían incorporado, y atacaron el centro de mi línea con tanto valor y decisión, que lograron penetrar en ella, mezclándose las fuerzas contrarias y las mías, en medio de la lucha más encarnizada. Al mismo tiempo, el ala izquierda del enemigo, formada de su columna de Caballería de aquel costado y unida a otra de infantería igual a las anteriores, se arrojó con el mismo vigor sobre la derecha de mi línea, pero menos feliz que sus compañeros, no logró llegar a mi campo, y antes bien, fue rechazado por los valientes que defendían aquel costado. Apenas había comenzado la lucha de una manera tan decidida por ambas partes, cuando llegó a mi campo el 2° Batallón del Regimiento de Infantería francesa Núm. 99, que para auxiliar a mi Caballería había hecho una marcha penosa de cinco leguas con una velocidad admirable y lleno de entusiasmo y de valor, tomó desde luego parte en la lucha mandado por su bizarro Comandante Lefevre, que puesto a su cabeza, dictó hábil y activamente, las disposiciones necesarias, las cuales fueron cumplidas por los valientes que

lo obedecían. Sin pérdida de momento, la guerrilla de vanguardia fue la primera que entró en combate, ejecutando un cuarto de conversión sobre la derecha y rompiendo sus fuegos sobre el ala izquierda del enemigo; la primera mitad de compañía marchó de frente, dispersándose al mismo tiempo en guerrilla y rompió los suyos sobre el ala derecha de la línea enemiga, que como se ha dicho ya, había penetrado en nuestro campo y en él sostuvo la lucha con la valiente División del bizarro General D. Juan Vicario que recibió una herida en aquellos momentos. La segunda mitad de Compañía, hizo un cuarto de conversión sobre la derecha y se posesionó del puente del camino que estaba en medio de los dos campos y por el cual pretendía pasar el enemigo. Otra mitad de Compañía, marchó de frente para reforzar a la primera, porque allí era el punto de ataque del enemigo, en cuya virtud había cargado por aquel costado la mayor parte de sus fuerzas. En un momento se generalizó el combate; el intrépido comandante que mandaba la Infantería, cargó denodadamente con el resto de su Batallón formado en columna sobre el enemigo de nuestra izquierda, que se obstinaba en arrancar la victoria. Entonces fue cuando más brilló el valor y disciplina de los bizarros soldados franceses, que seguían el ejemplo de sus valientes jefes y Oficiales. Al emprender su marcha el Núm. 99, la verificó también en su compañía la División de Caballería del ameritado General D. Juan Vicario, entre tanto que la Brigada del valiente Coronel D. José G. Campos, que como antes se ha dicho, cerraba la izquierda de nuestra línea, ejecutaba su movimiento por su lado. Mucha era la obstinación del enemigo por conservar su puesto, pero fue mayor el arrojo de nuestros valientes, que se lo quitaron por la fuerza, conquistando el terreno palmo a palmo y demostrando a la afamada Infantería francesa, que con el valor y la disciplina se vencen las dificultades en la guerra y se alcanza la victoria en el campo de batalla.

Ya se había logrado arrojar al enemigo y comenzaban los defensores a perseguirlo, cuando de repente fuimos acometidos con el mayor vigor, por otra columna de Infantería enemiga que apareció por nuestro flanco izquierdo, batiendo encarnizadamente a los que ejecutaban la persecución y pretendiendo envolvernos por aquel lado. Fue necesario hacer algo para trabar la lucha con aquella columna; así se verificó sin perder momento, pero aunque resueltos nuestros

contrarios se empeñaban en pasar adelante, la columna de Infantería francesa, que con armas a discreción marchó a su encuentro y haciendo que se declarase en derrota en aquel flanco.

También por la derecha de nuestra línea estuvo la lucha encarnizada, el valiente General D. José Domingo Herrán, que mandaba en aquel costado, sostuvo el combate denodadamente, peleando sin cesar contra las fuerzas enemigas superiores a las suyas; la Infantería francesa que se batía en su línea, contrajo un grande mérito, porque siendo en tan escaso número, dio ejemplo de arrojo y bizarría, pasando el puente y yendo a batir al enemigo en su propio campo. La valiente División de Caballería del General Herrán unió sus esfuerzos a los de la Infantería y pasando a la vez el mismo puente, logró batir y derrotar al enemigo en aquel lado, y emprendiendo desde luego su persecución, teniendo la gloria de reunirse en este movimiento con sus compañeros de armas que acababan de vencer en el flanco izquierdo y que seguían la persecución por aquel costado, la cual se continuó por espacio de una legua hasta la Venta de San Diego.

V. E., que conoce lo abierto del terreno en aquel lugar, comprenderá todo el estrago que sufrió el enemigo perseguido por nuestra Caballería durante el combate, sin embargo de que tuve la satisfacción de defender yo mismo a los prisioneros, prohibiendo terminantemente que se les hiciera el menor mal y gocé a la vez el placer de ver a mis bizarros vencedores, luego que terminó la lucha, tender la mano de amigo a los mismos de quienes poco antes acababan de recibir una agresión tan encarnizada. Mil doscientos cincuenta prisioneros de Infantería y Caballería, montados los de esta clase y armados todos; la bandera de un Batallón tomada por la valiente Infantería del Núm. 99; muchos fusiles, mosquetes, lanzas, parque, etc., fueron los trofeos de la victoria y sus consecuencias, V. E. las está palpando. Las fuerzas enemigas que acaudillaba Zaragoza en las Cumbres de Acultzingo, han abandonado esta fuerte posición y se han retirado hasta S. Agustín del Palmar, que está a catorce leguas a la espalda de dicho punto, sobre el camino de Puebla, probablemente para replegarse a aquella ciudad, en caso de ser atacado.

Tengo el honor de pasar a disposición de V. E., 24 Jefes y Oficiales prisioneros a quienes he guardado todo género de consideraciones.

Acompaño a V. E., marcados con los núms. 1 al 3, los partes respectivos de los Sres. Generales Herrán y Vicario y Coronel Campos; bajo el núm. 4 verá V. E., la relación nominal de los jefes y Oficiales prisioneros; bajo el núm 5, el estado de los individuos de tropa que están en el mismo caso, los cuales, como V. E., sabe, se hallan en libertad y defendiendo voluntariamente y con el mayor entusiasmo la causa santa de nuestra patria, que es lo que nosotros sostenemos. El núm. 6 es el estado de los heridos que tuvimos. El núm. 7 es el de los muertos y el núm. 8 es la relación del armamento y municiones tomadas al enemigo.

Réstame sólo manifestar a V. E., que los valientes que combatieron en esta función de armas, todos cumplieron con su deber, dando en esta jornada una lección severa a los cabecillas Zaragoza, Tapia, Negrete y Álvarez. El primero que dispuso venir a derramar la sangre de sus hermanos; el segundo, que ejecutó sus órdenes; el tercero que sirvió de 2° y el cuarto, que mandaba la Caballería.

Creo de justicia, llamar la atención de V. E., respecto del comportamiento de los Sres. Generales D. Agustín Zires y D. José María Herrera y Lozada, quienes a pesar de no tener colocación se presentaron en el momento del combate, movidos sólo de su valor y patriotismo. El primero fue empleado como Cuartel Maestre y el segundo, prestó muy buenos servicios. De la misma manera hago presente a V. E., que el Sr. General Taboada, con la más grande actividad, desempeñó todas sus comisiones que le confié, entre las que se cuenta la muy importante de venir hasta el Ingenio por la Infantería que condujo el mismo Sr. General, logrando que llegase en el momento más a propósito.

Y no puedo concluir este parte, sin lamentar la sensible pérdida del bizarro Coronel D. Ponciano Castro, que murió a consecuencia de una herida recibida en lo más reñido de la línea.

Aprovecho esta ocasión, para reproducir a V. E., las protestas de mi alto respeto y distinguido aprecio.

Dios y Ley. Cuartel General en Orizaba, mayo 23 de 1862. Leonardo Márquez (Rúbrica).

Exmo. Sr. General D. N. Almonte, jefe Supremo de la Nación. Presente.

EL 5 DE MAYO VISTO POR SUS AUTORES

*Daniel Gutiérrez Santos**

I

La batalla del 5 de mayo de 1862 adquiere una importancia preponderante en la vida nacional por las consecuencias que se originaron y que nos permiten calificar esta acción como una batalla decisiva en nuestra historia. En Puebla se consolidó la nacionalidad mexicana. No se luchó por ideas de partido ni porciones territoriales; allí se vivió y murió por la vida de una nación libre y al llamado de la patria respondieron por igual el fronterizo de Chihuahua, el habitante del altiplano y el sureño de Oaxaca. En síntesis, unió con lazos indestructibles lo que en los 50 años anteriores amenazaba con desmembrarse. A partir de entonces sería imposible que se repitiera el caso de Texas.

La afirmación anterior es indiscutible, y se basa en el hecho de que en Puebla se libró una acción de armas entre las tropas expedicionarias francesas, instrumento bélico del imperialismo europeo, representado en su época por Napoleón III, y el ejército mexicano; pero no un ejército regular que defendía un territorio, sino los ciudadanos, el pueblo en armas, los hombres de la familia mexicana que veían amenazados sus hogares por la invasión extranjera. En esa batalla combatió una sola unidad de línea "el fijo de Veracruz". La inmensa mayoría la formaron unidades de la guardia nacional como los "tiradores de Morelia", "rifleros de San Luis", "nacionales de Puebla", "lanceros de Oaxaca", etcétera.

No menospreciamos la bravura y el heroísmo del soldado francés,

* Escuela Superior de Guerra.

Historia Mexicana, vol. 11, núm. 4, abril-junio de 1962, pp. 579-602.

bravo contendiente, pero si en Puebla vencieron las armas nacionales fue por su fe en la justicia y la razón, a pesar de la superioridad técnica, de armamento, mandos y entrenamiento de las tropas francesas.

Esta acción se recuerda y glorifica en su aniversario año tras año y se ha relatado repetidas veces, por lo que considero que una nueva narración resultaría superflua en la celebración de su centenario. Encuentro de más valor el acopio de documentos originales, escritos a raíz de la batalla por sus actores y testigos presenciales, que permiten conocer los hechos y captar los sentimientos de sus autores en forma tal que se convierte en realidad actual esa grandiosa epopeya, evitando la apreciación subjetiva que cada escritor vierte en sus obras.[1]

A manera de antecedentes recordaré algunos acontecimientos importantes: el presidente Juárez se había anotado una gran victoria política al firmarse los tratados de Soledad, ya que allí se le reconoció como gobernante representativo de la nación mexicana y en Puebla se demostró por primera vez que había un pueblo que lo respaldaba. El ejército mexicano arribó a esa ciudad el 3 de mayo de 1862, después de librar algunas escaramuzas entre Orizaba y Puebla, seguido a una jornada de distancia por el enemigo que pernoctaba en Amozoc; así pues, para el amanecer del día 4 de mayo tenemos ya a los contendientes frente a frente: los mexicanos dispuestos a resistir al invasor, y éste buscando la oportunidad de atacar. Sin embargo, la acción no se libraría sino hasta el día siguiente. Dejemos a los propios contendientes que nos relaten la acción. Sólo para coordinarla dividiremos esta batalla en tres partes y al final de cada una de ellas haremos una síntesis.

Preliminares

General Zaragoza: "Después de mi movimiento retrógrado que emprendí desde las Cumbres de Acultzingo, llegué a esta Ciudad el día

[1] Los partes de los generales mexicanos han sido tomados del Archivo Histórico de la Secretaría de la Defensa Nacional, leg. X1/481.4/8723, caja 808: Documentos relacionados con la batalla del 5 de mayo.

3 del presente, según tuve el honor de dar parte a usted. El enemigo me siguió a distancia de una jornada pequeña, y habiendo dejado a retaguardia de aquél a la segunda brigada de caballería, compuesta de poco más de 300 hombres, para que en lo posible le hostilizara, me situé, como llevo dicho, en Puebla. En el acto dí mis órdenes para poner en regular estado de defensa los cerros de Guadalupe y Loreto, haciendo activar la fortificación de la plaza, que hasta entonces estaba descuidada. Al amanecer del día 4 ordené al distinguido general, ciudadano Miguel Negrete, que con la segunda División de su mando, compuesta de 1 200 hombres, lista para combatir, ocupara los expresados cerros de Loreto y Guadalupe, los cuales fueron artillados con dos baterías de batalla y montaña. El mismo día 4 hice formar a las Brigadas Berriozábal, Díaz y Lamadrid tres columnas de ataque, compuestas: La primera, de 1 082 hombres, la segunda de 1 000 y la última de 1 020. Toda infantería; además una columna de caballería con 550 caballos, que mandaba el ciudadano General Antonio Álvarez, designando para su dotación una batería de batalla. Estas fuerzas estuvieron formadas en la plaza de San José hasta las doce del día, a cuya hora se acuartelaron. El enemigo pernoctó en Amozoc. A las cinco de la mañana del memorable día 5 de mayo aquellas fuerzas marchaban a la línea de batalla que yo había determinado y [que] verá usted marcada en el croquis adjunto; ordené al ciudadano Comandante Militar de Artillería, Coronel Zeferino Rodríguez, que la Artillería sobrante la colocara en la fortificación de la plaza, poniéndola a disposición del ciudadano Comandante Militar del Estado, General Santiago Tapia."

General Negrete: "Con arreglo a la orden que se sirvió darme el ciudadano General en jefe, al amanecer del día cuatro ocupé los cerros de Guadalupe y Loreto, dejando en éste a los batallones Fijo y Tiradores de Morelia, de la primera Brigada y al 64 de Puebla de la segunda, con una batería de batalla y montaña; y en el de Guadalupe, el Batallón de Cazadores de Morelia de la primera Brigada y Mixto de Querétaro y 24 de Puebla de la segunda, con una batería de Artillería de batalla y montaña. Inmediatamente dispuse que sin pérdida de tiempo toda la fuerza se ocupase en fortificar dichas posiciones, teniendo la satisfacción de que al amanecer quedasen en

disposición de resistir el ataque que preví debía dirigir al día siguiente el invasor."

General Lamadrid: "Tengo el honor de poner en el superior conocimiento de usted las operaciones practicadas por la Brigada de mi mando en la gloriosa y siempre memorable jornada del día cinco. Cumpliendo con las superiores órdenes que recibí, marché a situarme con mi Brigada al punto llamado del Rosario, desprendiendo de ella, por orden del ciudadano General en jefe, el Batallón de Rifleros para que pasara a tenderse en tiradores al frente de nuestra línea emboscada a fin de atraer sobre nuestra columna las del enemigo."

General Berriozábal: "En cumplimiento a las órdenes e instrucciones verbales que el ciudadano General en jefe se sirvió darme la noche de ayer, me situé en la mañana de hoy en la garita de Amozoc, con la Brigada que está a mis órdenes, compuesta de los Batallones Fijo de Veracruz, 1° y 3° de Toluca, formada en dos columnas de ataque y lista para dar con ellas la carga prevenida llegado el caso que se me fijó."

General Álvarez: "La brigada de mi mando compuesta de los Cuerpos Carabineros, Lanceros de Toluca y el de Oaxaca, se situó el día anterior de orden de usted apoyando la derecha de nuestra línea."

Coronel Morales: "Cuerpo de Lanceros de Toluca". Tengo el honor de poner en el superior conocimiento de usted este Cuerpo a mi mando estando situado el día anterior en una plazuela junto a la garita nueva..."

Príncipe Bibesco[2] (oficial del ejército francés que tomó parte en la batalla): "Son las nueve cuando los cinco mil franceses desembocan en la llanura donde se eleva Puebla. Divísanse bien pronto las torres de la Catedral pero la Ciudad no aparece todavía, si no como una masa confusa en medio de los jardines de que está rodeada. El cuadro en que la vemos, a la distancia en que nos hallamos, está formado en el fondo por las alturas del Ixtacíhuatl y del Popocatépetl, que cierran el valle de Puebla del lado de México; a la izquierda por el monte Tepozúchil, a cuyo pie está trazado el camino que seguimos; a la derecha por el Fuerte de Guadalupe. Todo está tranquilo en

[2] Tomado de su obra *Combats et retraite des six mille,* París [¿1876?].

la llanura. La marcha continúa. Sin embargo una línea de tiradores enemigos no tarda en mostrarse y romper el fuego a nuestra derecha; pero, rechazada por nuestros cazadores a pie, se retira lentamente y acaba por desaparecer tras la pendiente cubierta de árboles que liga a Guadalupe con Puebla.

"El general manda hacer alto y disponer el café, mientras su jefe de Estado Mayor, el coronel Valezé, ejecuta un reconocimiento con el escuadrón de cazadores en dirección de la Rementería. Su objeto es estudiar el terreno que conduce a Guadalupe y juzgar en cuanto es posible, de la posición exacta del Fuerte. Guadalupe corona un movimiento de terreno de muy pronunciado relieve, que se desarrolla delante de nosotros y hacia la derecha, ocultándonos completamente a Loreto, otro pequeño fuerte situado a la extremidad opuesta del mismo movimiento. [A] cosa de mil metros de distancia de Guadalupe, Loreto domina también pero mucho menos el norte de Puebla. Débese poder llegar a Loreto que nos es completamente invisible, por pendientes más suaves que las de Guadalupe, pero también bajo fuerzas más temibles. Su ataque exigiría un movimiento muy dilatado, que además expondría por largo tiempo las tropas al fuego de Guadalupe, y nos tendría lejos del convoy, en cuyo rededor nos obligan a mantener nuestras reservas, tanto su importancia, como nuestro corto efectivo. Sea como fuere Guadalupe domina a Puebla, la posición de ese Fuerte tiene que dar por resultado necesario la rendición de la Ciudad; es pues la llave de la posición, es decir, el verdadero punto de ataque escogido por el General desde la víspera. Para llegar, hay que dirigirse con una parte de las fuerzas más allá de una profunda barranca, accesible a la infantería, pero que necesita algún trabajo para el paso de la artillería. Los ingenieros se ponen rápidamente en obra, y al cabo de una hora quedan las pendientes practicables para el carruaje.

"Entre tanto, con la mirada vuelta hacia la ciudad, parecía que el general aguardaba el efecto de aquellas promesas tantas veces repetidas desde el desembarco. En vano busca en esa llanura que había quedado enteramente silenciosa el entusiasmo de la Puebla antijuarista; los diez mil hombres de Márquez, que deberían haberse encontrado allí, al mismo tiempo que él, y aquel gran partido de la intervención

que desde hacía meses se le anunciaba todos los días para el siguiente. Nada en la llanura, nada en el camino.

"De repente se oye un cañonazo, uno sólo, ha partido del Fuerte de Guadalupe. A esta señal, que es tal vez para el enemigo la del combate, el general toma sus disposiciones de ataque."

Fórmanse tres columnas

"La primera comprende dos batallones del 2° Regimiento de Zuavos y diez piezas. Tiene orden de atravesar la barranca, marchar paralelamente al frente de Guadalupe en dirección de la derecha, y una vez a la altura del Fuerte, volver a la izquierda y dirigirse sobre él. La segunda, compuesta por el batallón de Marinos y de una batería de montaña servida por la marina, debe seguir a la primera y oponerse a todo movimiento que envuelva su flanco derecho. La tercera, fuerte de un batallón de infantería de marina, tendrá que establecerse detrás de la línea formada por los zuavos y hallarse lista para apoyarlos. Por su parte el intendente Racoul está encargado de instalar provisionalmente la ambulancia volante a mil quinientos metros más adelante de la grande Hacienda de la Rementería, propia para recoger los heridos. La guardia del convoy, concentrado en el camino de Puebla, detrás de la garita de Amozoc, y la vigilancia de ese camino se confía a los sólo cuatro batallones que quedan todavía disponibles. El escuadrón de caballería se encarga especialmente de explorar los flancos y la retaguardia de la División."

En resumen, los preliminares de la batalla del 5 de mayo en Puebla fueron los siguientes:

FUERZAS CONTENDIENTES

Francesas: 8 batallones de infantería (500 hombres cada uno aproximadamente) y un escuadrón de caballería (200 hombres aproximadamente), con la denominación de 2° regimiento de zuavos (2 batallones).

3er. Regimiento de marina (2 batallones).

99° Regimiento de infantería de línea (2 batallones). Batallón de fusileros marinos, y batallón de cazadores de Vincennes. Aproximadamente 500 hombres.

Mexicanas: 2ª división de infantería con efectivos de 1 500 hombres, integrada por los batallones: fijo de Morelia, tiradores de Morelia, 6° de nacionales de Puebla, 2° de Puebla, cazadores de Morelia, mixto de Querétaro y 6° de Puebla.

Brigada Berriózábal: con efectivos de 1 082 hombres, formada por los batallones fijo de Veracruz, 1° ligero de Toluca y tercero ligero de Toluca.

Brigada Lamadrid: con efectivo de 1 000 hombres, la constituían los batallones Reforma, rifleros de San Luis y zapadores. Brigada Díaz: Con 1 020 hombres la formaban los batallones , Morelos, Guerrero y el resto del 1° y 2° de Oaxaca (100 hombres) que habían escapado al desastre de Chalchicomula. Brigada Álvarez, con 550 hombres, integrada por los carabineros de Pachuca y los escuadrones lanceros de Toluca y lanceros de Oaxaca.

Plan de operaciones

Francés: De la descripción que hace el príncipe Bibesco podemos llegar a la conclusión de que el mando francés fincó su plan de operaciones en un ataque (en fuerza) sobre el fuerte de Guadalupe, realizado por dos batallones de infantería, y protegidos sus flancos por un batallón de la misma arma cada uno.

El general, conde de Lorencez, subestimando a su enemigo, se lanzó al ataque sobre el punto más fuerte de la posición mexicana, en un alarde de fanfarronería, para demostrar la superioridad de sus tropas. Es inconcebible que un comandante de tropas de la experiencia y conocimientos del general Lorencez olvidara la máxima de la ciencia bélica que señala que el punto del ataque será aquel en que el enemigo presenta mayor debilidad, y en este caso cualquiera era preferible a Guadalupe.

Mexicano: El general Zaragoza eligió las llanuras al este de la

ciudad de Puebla, situadas entre el cerro de Guadalupe y las alturas del Tepozúchil como campo de batalla, escogiendo como posición para esperar el ataque los cerros de Guadalupe y Loreto, posición ésta sobre la que basaría su plan de operaciones.

Para el efecto organizó sus tropas en dos agrupamientos fijos y cuatro móviles; los primeros destinados a mantener sus posiciones a toda costa (Negrete en Guadalupe y Loreto y Tapia en la ciudad propiamente dicha); los segundos para maniobrar al enemigo en caso de pasar a la ofensiva, en una segunda fase de la batalla, o bien para reforzar en su caso a los agrupamientos de los cerros y de la ciudad.

De todas maneras, justo es pensar que la concepción del general Zaragoza preveía la batalla en dos fases: la primera para detener al enemigo y la segunda pivoteando sobre su posición de los cerros para pasar a la ofensiva maniobrando con sus agrupamientos móviles.

Continuemos leyendo los documentos anteriores para analizar la primera parte de la lucha:

Primera fase

General Zaragoza: "A las diez de la mañana se avistó al enemigo y, después del tiempo muy preciso para acampar, desprendió sus columnas de ataque, una hacia el cerro de Guadalupe compuesta de 4 000 hombres, con dos baterías, y otra pequeña de 1 000 amagando nuestro frente. Este ataque que no había previsto, aunque conocía la audacia del ejército francés, me hicieron cambiar mi plan de maniobras y formar el de defensa, mandando en consecuencia que la brigada Berriozábal a paso veloz reforzara a Loreto y Guadalupe y que el Cuerpo de Carabineros de a Caballo fuera a ocupar la izquierda de aquellos para que cargara en el momento oportuno."

General Ignacio Mejía (jefe de estado mayor del general Zaragoza): "Al fijar el ejército francés invasor su campamento al pie del cerro Amalucan, tomando por base de operaciones la Hacienda de los Álamos y destacar su columna desde ese punto hacia el Cerro de Guadalupe, se había guarnecido toda nuestra línea, defendiendo este

cerro y el de Loreto; la segunda División al mando del C. general Miguel Negrete, auxiliado por la Brigada Berriozábal, que se mandó a la cima entre los dos fortines para proteger los flancos al Cuerpo de Carabineros de la primera Brigada de Caballería, al mando de su jefe el C. general Antonio Álvarez, que fue destinado a cubrir la izquierda del ala derecha formando ángulo con los fortines, se encontraba nuestra línea de batalla corrida desde el cerro de Guadalupe hasta la plaza de Román, que es el frente de la situación del enemigo; a la misma altura de la posición del cerro de Guadalupe, sobre el camino que sale para la garita de Amozoc [se colocaron] dos piezas de Artillería protegidas por la Brigada Lamadrid que se había situado en la iglesia de los Remedios y cuya pieza cubría desde el cerro hasta la posición.

"La División de Oaxaca se situó con otras dos piezas de Artillería en la plazuela del Román que cerraba nuestro costado derecho y de donde parte otro camino carretero que va [a] concluir a la garita de Amozoc, situándose al costado de esta propia plazuela los escuadrones Lanceros de Toluca y de Oaxaca pertenecientes a la II Brigada de Caballería.

"Tal era nuestra posición a las once tres cuartos de la mañana del cinco de los corrientes, hora en que el enemigo desprendió de su ala derecha sus columnas de ataque y reserva que deberían apoderarse del cerro de Guadalupe. Este momento se anunció con dos cañonazos en dicho cerro y el toque de la campana de la Ciudad.

"Los enemigos adelantaron sus columnas protegidas de tiradores y emprendieron la subida del cerro al que se aproximaron mucho. Por nuestra parte se desplegaron los batallones de Zapadores y Reforma apoyados del Rifleros y protegieron perfectamente el costado derecho, la Brigada Berriozábal y la 1ª de Caballería, cooperaron por la izquierda, de manera que estos esfuerzos unidos a la tenaz resistencia de los heroicos defensores del Fuerte dieron por resultado que el enemigo fuera rechazado."

General Negrete: "Como a las diez de la mañana llegó éste [el enemigo] y formó su campamento en la hacienda de Los Damos, en donde descansó una hora, al momento mandé disparar el cañonazo que me previno el General en jefe, sirviera de señal de su aproximación, y me puse en actitud de resistirlo. Poco después de las once

puso en movimiento el enemigo más de 4 000 hombres formados en fuertes columnas con numerosas alas de tiradores y dos baterías de artillería, dirigiéndose a atacar decididamente a Guadalupe. En cuanto comprendí el movimiento que proyectaban dispuse que al llegar a tiro de cañones se rompiera el fuego de la artillería y ordené al general Rojo que los Batallones Fijo y Tiradores de Morelia y 6° Nacional de Puebla, formaran una columna de reserva situándose entre los dos cerros y mandara desplegar en tiradores al frente del 6° Batallón de Puebla, con orden de replegarse haciendo fuego en retirada según las columnas enemigas fueran avanzando. En los momentos de romperse el fuego se presentó a la izquierda de la posición de Guadalupe el C. general Felipe Berriozábal con su Brigada, avanzó a paso veloz, mandado por el General en jefe a reforzar este punto, y de acuerdo con él formé con su Brigada y mi reserva una línea de batalla que se extendía desde Guadalupe hasta Loreto.

"Los soldados franceses con un arrojo que no desmentía la fama de valientes que tan justamente han adquirido, seguían avanzando al paso de carga protegidos por su artillería convenientemente situada, que arrojaba multitud de proyectiles sobre el cerro, y por el 2° Regimiento de Zuavos que marchaba desplegado en tiradores haciendo fuego sobre nuestros soldados. El 6° Batallón de Puebla se replegó a nuestra línea según se le tenía prevenido con muy buen orden y haciendo fuego bastante activo.

"Entonces el enemigo, creyendo descubrir la línea, carga denodadamente con una fuerte columna formada de los regimientos 1° y 2° de la infantería de Marina y es recibida por los fuegos de la artillería de Loreto y Guadalupe y por el activísimo de nuestra batalla, que, no contento con hacerlo a pie firme, se lanza súbitamente sobre el enemigo, que amedrentado de tal audacia retrocede en completo desorden hasta sus posiciones donde de nuevo se organiza."

General Berriozábal: "A las once de la mañana por orden del C. General en jefe me dirigí a paso veloz a la altura de los cerros de Guadalupe y Loreto con objeto de auxiliar al C. general Miguel Negrete encargado de aquellas posiciones.

"Llegué oportunamente, pues el enemigo estaba acabando de organizar sus fuerzas para el ataque; convine con el general Negrete

en que con sus reservas y mi Brigada formáramos una batalla apoyada por una zanja azolvada, en cuyas extremidades se encuentran las mencionadas posiciones de Loreto y Guadalupe. Así se verificó y haciendo la maniobra a paso veloz, quedó establecida la batalla y lista a resistir el choque del enemigo. A las 11 y tres cuartos dos batallones de Zuavos extendidos en tiradores se nos presentaron haciéndonos un fuego mortífero y preparando la carga de dos columnas; avanzaron intrépidamente sobre nuestra línea protegidos por el fuego vivísimo de su artillería rayada; nuestros tiradores de batalla se replegaron en buen orden y el enemigo con una bravura propia del soldado francés y digna de mejor causa se arrojó sobre nosotros. Nuestros sufridos soldados, no menos valientes que los franceses, recibieron el fuego nutrido de los zuavos sin disparar sus armas, esperando la voz de mando de sus jefes; cuando tuvimos al enemigo a menos de cincuenta pasos, el general Negrete y yo mandamos romper el fuego y los valientes soldados franceses vinieron a morir a quince pasos de nuestra batalla. Las columnas fueron diezmadas por nuestras fuerzas, puestas en completo desorden y obligadas a huir al frente de los modestos soldados de México, quienes cargaron inmediatamente sobre aquéllos, trabándose entre algunos soldados un reñido combate a la bayoneta que nos hizo dueños del campo. El valiente coronel Camaño tomó la bandera de su Cuerpo, el primero ligero de Toluca, al cargar sobre los invasores; los batallones Fijo de Veracruz y Tercero Ligero de Toluca, no se quedaron atrás y sus jefes se distinguieron por el orden con que lo ejecutaron."

General Porfirio Díaz: "Me es grato poner en el superior conocimiento de usted los pormenores de la función de armas de ayer en lo relativo a la 3° División que actualmente mando. A las once y media de la mañana cuando las columnas del enemigo estuvieron al alcance de nuestra artillería comenzó un fuego nutrido de esta arma de una y otra parte. Durante este cambio de proyectiles y durante los primeros ataques que la Infantería enemiga dio a los fortines de Guadalupe y Loreto, las columnas que estaban a mis órdenes permanecieron en quietud, puesto que según instrucciones superiores, no llegaba aún el momento de moverlas."

Príncipe Bibesco: "El general da la orden para que principie el

movimiento y al punto las tres columnas atraviesan la barranca y marchan al través de la llanura en la dirección que les ha sido indicada. En este momento una línea de fuego ilumina el frente de la fortaleza, que observa nuestro ataque y algunas balas bien dirigidas vienen a rebotar en medio de nuestras filas. No hay duda. Es la lucha!

"Son las doce. Nuestra columna de vanguardia ha llegado al cambio de dirección, voltea a la izquierda y mientras la artillería toma posición a dos mil doscientos metros de Guadalupe, los zuavos se despliegan a ambos lados de nuestras baterías, esperando con el arma al pie se abra una brecha que están impacientes por asaltar.

"Comienza el fuego de nuestra artillería, el del enemigo se hace más vivo. Desde un punto que ha escogido para juzgar mejor del combate, el general observa pronto que nuestro tiro, no obstante su precisión, está amenazado de quedar sin efecto, y mandó luego al comandante de artillería, orden de avanzar y continuar el fuego. No obstante, la disposición del terreno es tal que se pierde enteramente de vista el fuerte al acercarse, y que no es posible, para batirlo, colocar las diez piezas de artillería montadas a una distancia menor de dos mil metros. Más allá se presenta una nueva barranca a cuya salida comienzan las pendientes que conducen a Guadalupe; así es que el enemigo cuyas piezas están perfectamente servidas, tiene desde el principio la ventaja del tiro, y nosotros nos vemos forzados, al cabo de cinco cuartos de hora de un cañoneo que ha agotado la mitad de nuestras municiones, sin dañar las defensas de Guadalupe, a confiar el éxito de la jornada a la intrepidez de nuestra sola infantería.

"El general ha acudido ya: ya ha formado dos columnas con todas las tropas presentes en el lugar del combate y les ha señalado los puntos de Guadalupe, sobre los cuales recibe orden de lanzarse. Por un lado el comandante Cousín, a la cabeza de un batallón de zuavos atraviesa a la izquierda las quebraduras del terreno y llega al pie de la explanada; por el otro lado, el comandante Morand se dirige oblicuamente a la derecha con otro batallón de zuavos, para echarse en seguida sobre Guadalupe, procurando abrigarse de Loreto. Cada columna es seguida de dos destacamentos de Zapadores que llevaban sendas tablas aderezadas de escalones clavados, medios de escala asaz

insuficientes, pero el único que la precipitación de los sucesos permite procurarles. El destacamento de la izquierda está provisto además de un saco de pólvora destinado a hacer saltar la puerta del reducto. Sintiendo que la victoria depende del golpe de audacia intentado en aquel momento, el general no vacila en mandar por el batallón de cazadores a pie, que había quedado en guarda del parque, y hacerle conducir a la posición con objeto de que apoyase al batallón Cousín.

"El general y su Estado Mayor siguen el movimiento de las tropas para ir a situarse en un punto desde el cual sea fácil verlo y dirigirlo todo. El enemigo le reconoce por su guión y desde que está en el campo no ha cesado de ser el punto de mira de los artilleros mexicanos, pero la muerte no ha hecho todavía más que amenazar. He aquí ahora que hiere a su lado; llega una bala, rebota, arranca del caballo al subintendente Racoul, y le arroja expirante en el polvo. El capellán de la División pasa en aquel momento, ve al desgraciado, acude, echa pie a tierra, y sosteniendo al moribundo con una mano, le bendice con la otra. Patético espectáculo el de aquella tranquila y serena bendición del sacerdote en medio de la muerte que le cerca!"

Hemos visto las versiones de la primera fase de la lucha contada por sus autores; ahora reuniendo éstas, comparándolas y analizándolas, resumiremos.

Al amanecer del día cinco de mayo de 1862, precisamente a las tres horas, los ayudantes de campo del general Zaragoza se presentan en los alojamientos de las tropas, llevando órdenes para conducirlas a su colocación en el dispositivo. La brigada de Oaxaca es la primera en llegar a la ladrillera de Azcárate y su comandante, el general Porfirio Díaz, forma sus batallones en columna y los protege con una línea de tiradores al frente; en seguida la brigada Berriozábal toma su colocación en la línea a la altura de la garita de Amozoc y, al igual que Díaz, despliega sus tiradores. Otro tanto hacía el coronel Lamadrid con su brigada, teniendo como base la iglesia del Rosario, situada en las faldas del cerro de Guadalupe. Por último la brigada de caballería se colocó en el ala derecha de todo el dispositivo nacional.

A las cinco de la mañana el general Zaragoza, montado y acom-

pañado por su estado mayor, recorrió la línea aprobando los dispositivos de los comandantes subordinados, modificándolos en el sentido de que cada brigada recogiera sus tiradores y que el batallón rifleros de San Luis, desplegado en tiradores, cubriera todo el frente del dispositivo mexicano.

Por su parte, el ejército francés, al amanecer, emprende su marcha de Amozoc a Puebla. Al llegar a la llanura choca con un pequeño núcleo de jinetes que al mando del capitán Martínez, en cumplimiento de las órdenes del general Zaragoza, comenzaron a hostilizar a los europeos. El cambio de disparos fue rápido y en corto tiempo el capitán Martínez se replegó hacia Puebla.

A las nueve horas el general Lorencez ordenó hacer alto a sus tropas para que éstas tomaran el desayuno en tanto que el coronel Valeze, con el escuadrón de caballería, hacía un reconocimiento en dirección de la hacienda de Rementería. Al finalizar, el coronel Valeze ordena que los zapadores se adelanten para hacer practicable el terreno al paso de la artillería.

Zaragoza, que desde Guadalupe observaba al enemigo, se dio cuenta que éste abandonaba el camino de Puebla dirigiéndose hacia la garita de peaje, deduciendo por lo tanto que el francés podría dirigir el ataque sobre los cerros o bien trataría de rodear la ciudad.

Lorencez, después del alto, ordena su dispositivo de ataque, que consiste en tres columnas. La primera la constituyen dos batallones del 2° regimiento de zuavos, apoyada por dos piezas de artillería con misión de desplazarse en dirección paralela al fuerte de Guadalupe, para una vez colocados a su altura cambiar de dirección y lanzarse al asalto sobre el fuerte.

Un batallón de fusileros navales formaría la segunda columna y seguiría a la primera para que, una vez que ésta se lanzara al ataque del fuerte, pasara a constituir el flanco derecho de los zuavos, participando en el ataque.

Finalmente, un batallón del 3er. regimiento de marina formaba la tercera columna, con misión de desplazarse a retaguardia de uno de los batallones de zuavos para apoyarlos durante el ataque.

En reserva, el general Lorencez deja al 99° regimiento de línea, el batallón de cazadores a pie y un batallón del 3er. regimiento de

marina, en tanto que la caballería cubría los flancos y la retaguardia del dispositivo francés.

El general de Lorencez se lanza al ataque con la mitad de sus efectivos —pensando que para la operación con eso es suficiente— y deja cuatro batallones en segunda línea, tal vez con intención de reforzar su ataque en un segundo tiempo, protegiendo así sus trenes de las sorpresas de los guerrilleros, que tanto daño le habían causado durante su marcha desde la costa.

Se dispara un cañonazo en Guadalupe; es la señal de que el enemigo inicia el ataque; son las 11.45; el general Zaragoza se convence de que el esfuerzo francés se dirige a Guadalupe y rápidamente se prepara a hacerle frente, modificando para el efecto su dispositivo. Ordena que la brigada del general Berriozábal se traslade a paso veloz a la explanada que existe entre ambos fuertes, al mismo tiempo que el cuerpo de carabineros de la brigada de caballería se traslade al flanco izquierdo del dispositivo para que, apoyándose en el cerro de Loreto, prolongue dicho flanco.

El general Negrete, por su parte, al darse cuenta de la dirección del ataque francés, forma una brigada al mando del general Rojo con los batallones fijo de Morelia, tiradores de Morelia y 6° de nacionales de Puebla (Zacapoaxtla). Este último batallón, en cumplimiento de órdenes, se despliega en tiradores al frente de los fuertes; es el primero en cruzar sus armas con los franceses y tiene por misión replegarse al sentir el esfuerzo enemigo sobre la línea constituida por los otros dos batallones.

En esos precisos momentos, y cuando el general Rojo formaba su línea, llega la brigada del general Berriozábal; rápidamente se ponen de acuerdo los generales Negrete y Berriozábal desplegando la brigada Rojo hacia el fuerte de Loreto y la Berriozábal hacia el fuerte de Guadalupe, quedando establecida una línea en la explanada que separa ambas posiciones. Esta línea permaneció en espera de la llegada del francés, ocupando una zanja azolvada que existía al cubierto de las vistas del atacante y con órdenes de no romper el fuego hasta que no se ordenara.

Cuando los franceses se aproximaron a una distancia de 1 200 metros de los fuertes empezaron a desplegar sus columnas de ataque,

dirigiéndose sobre el de Guadalupe y el terreno que media entre éste y el de Loreto, con apoyo de su artillería que, mal servida y emplazada a gran distancia, poco daño hacía a nuestras posiciones.

Nuestra artillería contestó el fuego con eficacia, pero las columnas atacantes no fueron suficientemente batidas debido a la protección que les daba lo quebrado del terreno; sin embargo, cuando éstas llegaron a la planicie fueron batidas con gran eficacia con esta arma.

Los franceses chocaron con el batallón de Zacapoaxtla, el cual, batiéndose con bizarría, se replegó ordenadamente sobre su línea en cumplimiento de las órdenes recibidas, momento en el cual desencadenaron el fuego las brigadas Rojo y Berriozábal, precisamente cuando sus tiros lograban mayor eficacia, sorprendiendo a los atacantes y desorganizándolos. Las tropas francesas, sujetas al fuego de los fuertes y de las brigadas mencionadas, se replegaron sobre sus posiciones iniciales, seguidas por las tropas mexicanas que les disputaban el terreno en lucha cuerpo a cuerpo.

Al observar que los franceses hacían movimientos para reforzar con sus unidades de segunda línea a las columnas de ataque, el mando mexicano ordenó que sus tropas regresaran a sus posiciones iniciales.

Segunda fase

General Zaragoza: "Poco después mandé al batallón Reforma de la Brigada Lamadrid para auxiliar los cerros, que a cada momento se comprometían más en su resistencia. Al Batallón de Zapadores de la misma brigada le ordené marchara a ocupar un barrio que está casi en la falda del Cerro, y llegó tan oportunamente que evitó la subida de una columna que por ahí se dirigía al mismo cerro, trabando combates casi personales. Tres cargas bruscas ejecutaron los franceses y en las tres fueron rechazados con valor y dignidad; la caballería situada a la izquierda del Loreto, aprovechando la primera oportunidad, cargó bizarramente, lo que les evitó reorganizarse para su nueva carga.

"Cuando el combate del cerro estaba más empeñado, tenía lugar otro no menos reñido en la llanura que formaba mi frente. El C. general Díaz, con dos cuerpos de su brigada, uno de la de Lamadrid,

con dos piezas de batalla y el resto de la de Álvarez, contuvieron y rechazaron a la columna enemiga que también con arrojo marchaba sobre nuestras posiciones; la columna se replegó hacia la hacienda de San José Rementería, donde también lo habían verificado los rechazados del Cerro, que ya de nuevo organizados, se preparaban únicamente a defenderse, pues hasta habían clarabollado las fincas, pero yo no podía atacarlos porque derrotados como estaban, tenían más fuerzas numérica que la mía; por lo tanto mandé hacer alto al general Díaz que con empeño y bizarría los siguió y me limité a conservar una posición amenazante."

General Ignacio Mejía: "Repitieron [los franceses] dos veces más la carga y en la última con tal arrojo que han quedado multitud de muertos y prisioneros en los mismos fosos de Guadalupe. Toda la línea tomó parte en el combate, replegándose el Batallón de Rifleros a la derecha y saliendo a substituirlo el Batallón Guerrero de la 21 Brigada de la División de Oaxaca.

"Comprometido este batallón por haberse posesionado el enemigo de un vallado con sus tiradores, fue necesario auxiliarlo con la 1ª Brigada de la propia División y de este modo en combates empeñados se le fue desalojando de vallado en vallado, mas habiéndose adelantado mucho nuestras fuerzas, hasta cerca de la base de operaciones del enemigo, se hizo salir al resto de la 2ª brigada de la división mencionada con dos piezas que estaban sobre el camino de Amozoc y que, incorporadas a las demás que se batían, completó la derrota de los enemigos, que a la vez fueron cargas por el Batallón de Rifleros que antes se había retirado y por la 1ª Brigada de Caballería con las fuerzas que tenía en el ala derecha e izquierda de toda la línea, haciéndole varios prisioneros que fueron tratados con humanidad y remitidos los heridos a los hospitales.

"A las cuatro y media de la tarde cesaron los últimos fuegos; el enemigo se retiró a su campamento luego que obscureció, nuestras fuerzas se mantuvieron adelante de la línea, se levantó el campo, recogiéndose nuestros muertos y heridos hasta donde alcanzó el tiempo y al obscurecer se retiraron a sus posiciones."

General Negrete: "De nuevo se organiza [el enemigo] y cubierto por los zuavos de tanto renombre, que avanzaban en tiradores,

carga por segunda vez tratando de romper nuestra línea y por segunda vez es rechazado por nuestra batalla con el mismo orden y entusiasmo, dejando en su fuga regado el campo con más de 300 entre muertos, heridos y prisioneros, de los valientes vencedores de la Crimea y de la Italia.

"En los momentos precisos de esta segunda carga, el general Rojo, que se hallaba a la izquierda de la línea, juzgó a propósito dar aviso al general Antonio Álvarez, que con dos cuerpos de caballería estaba situado abajo de la loma del cerro de Loreto, que era el momento de presentarla por el flanco derecho del enemigo para aprovechar una oportunidad que nos diese por resultado una completa victoria. Así lo verificó y en los momentos en que desfilaba se presentó el Batallón Reforma, conducido por su teniente coronel C. Modesto Arriola, que se sirvió mandar de refuerzo el C. general en jefe, y también recibió orden y la ejecutó con entusiasmo y decisión para marchar en columna protegiendo la carga de caballería.

"Por último, como a las cuatro de la tarde fueron completamente rechazados de la línea de batalla; entonces dirigieron los invasores otra columna formada por el acreditado Regimiento de Vincennes, cubiertos por un ala de tiradores del famoso Regimiento de Zuavos, que atacó con intrepidez la fortificación de Guadalupe llegando hasta el foso, logrando algunos cazadores apoderarse de la trinchera en que quedaron muertos, y rechazada la columna a la que nuestros soldados salieron a batir fuera del parapeto. El enemigo dejó más de 30 muertos y algunos heridos, encontrándose entre los primeros a un jefe de alta graduación, condecorado por Napoleón el grande con la Cruz de la Legión de Honor."

General Berriozábal: "El enemigo, entendido y tenaz, tenía preparadas nuevas columnas y fuertes alas de tiradores; con ellas volvió inmediatamente a la carga, pero los jefes todos de nuestras fuerzas, y muy particularmente el C. general Negrete, cuya serenidad y actividad fueron notables, restablecimos la batalla y esperamos otro empuje que hacía el enemigo. Sus esfuerzos fueron inútiles y por segunda vez lo obligamos a huir dejando multitud de muertos que recibieron balas por la espalda; por segunda vez cargaron también con arrojo extraordinario nuestros cuerpos y el ejército francés

habría quedado enteramente destruido en esos momentos si hubiéramos tenido desde el principio alguna caballería de qué disponer, pero estando empleada por otros puntos y a pesar de haberla pedido repetidas veces, no fue posible que llegara hasta concluir la última carga. Sin embargo de esto, su presencia y el arrojo con que el valiente general Álvarez cargó en el poco terreno de que podía disponer, bastó para que el enemigo no repitiera su ataque de frente, pero sí volvió a llamarnos la atención con algunos tiradores mientras por el flanco derecho de la fortificación de Guadalupe cargaba una fuerte columna de cazadores de Vincennes, que con un arrojo extraordinario llegó hasta el foso y algunos de sus soldados saltaron el parapeto, mas los defensores del punto, con una serenidad tambien admirable, lograron arrojarlos quedando en dicho foso más de 30 cadáveres del enemigo.

"En estos momentos se me presenta el Batallón Reforma de San Luis que me envió el General en Jefe, de cuyo cuerpo destaqué una compañía para que batiera el enemigo por su flanco derecho.

"Éste fue destruido completamente y como los anteriores nos presentaron sus soldados las espaldas sin haber vuelto a emprender otro ataque desde esa horas que eran las cuatro treinta de la tarde.

"Pendiente y dedicado al costado derecho de nuestra línea, que era por donde el enemigo redoblaba sus ataques, no pude observar el izquierdo con la precisión que hubiera deseado para dar cuenta al C. General en jefe de los hechos más notables de los batallones que lo cubrían, pero el C. general Negrete lo hará indudablemente por ser fuerzas de su División."

General Lamadrid: "Verificada esta maniobra permanecí en el punto susodicho hasta que el enemigo cargó con ímpetu y decisión sobre el cerro de Guadalupe; y entonces, por orden del C. General en jefe, maniobré sobre mi flanco izquierdo hasta colocarme en la garita de Amozoc, mandando desde este punto, como se me previno, el Batallón Reforma en auxilio de los valientes que defendían el expresado cerro; a los pocos momentos recibí nueva orden de marchar al paso veloz con el Batallón de Zapadores a ocupar el barrio de Sechola para impedir que los franceses se apoderaran de tan importante punto y defender la derecha de nuestra posición de Guadalupe, se-

riamente amenazado entonces. Cuando llegué al barrio expresado ya estaba ocupado en parte por el Batallón número Uno de Cazadores de Vincennes y una fracción del 99° de Línea. En el acto ordené al mayor de la Brigada C. comandante Telésforo Tuñón Cañedo que con doscientos zapadores al mando del encargado del detall de dicho cuerpo, C. Ignacio Rosas, defendiese nuestra izquierda y ocupase la torre de la iglesia para hostilizar y ver al enemigo y sus movimientos, mandando al mismo tiempo al jefe de Cuerpo de Zapadores, teniente coronel Miguel Balcázar, defendiese nuestra derecha y atacase al enemigo; ambos jefes cumplieron a mi entera satisfacción mis órdenes y pronto se trabó, como ha visto el C. General en jefe, un encarnizado combate.

"A este tiempo una columna desprendida de la fuerza enemiga se echó sobre el heroico Batallón de Rifleros, que formándose en columna con sus valientes jefes a la cabeza, C. coronel Carlos Salazar y teniente coronel Francisco Fernández, resistió el potente primer impulso de los franceses y ayudado por una parte de las fuerzas de Oaxaca y de los Lanceros de Toluca, aunque inferiores en número, cargaron con tal denuedo sobre los franceses que éstos después de una lucha tenaz dieron la espalda a los nuestros y los del 99° y los Cazadores corrieron en el desorden más completo ante los soldados mexicanos dejando en su fuga multitud de muertos, heridos y todas las mochilas del 1er. Batallón de Cazadores de a pie.

"El Batallón de Zapadores a este tiempo se cubría igualmente de gloria, desalojando palmo a palmo al enemigo de sus posiciones y logrando ver correr delante de sí, en el desorden que corrieron por todas partes de la línea, a los zuavos y cazadores que dejaron en el campo que ocupaban muchos muertos, heridos y armas.

"El Batallón Reforma, de la manera heroica que acostumbra, se batió en el cerro de Guadalupe, avanzando hasta la falda del expresado [cerro] dos compañías con su valiente teniente coronel a la cabeza, C. Modesto Arriola, donde con los Zuavos se batieron cuerpo a cuerpo y al arma blanca."

General Porfirio Díaz: "Entre las dos y tres de la tarde, cuando más se empeñaba el combate en los fortines mencionados, observé que una gruesa columna de infantería se dirigía a mi frente apoyada

por un escuadrón y trayendo a vanguardia una numerosa línea de tiradores que ya comenzaba a batir al Batallón de Rifleros de San Luis que en la misma forma cubría nuestra frente.

"Los Rifleros permanecieron combatiendo en su puesto, en términos de que, al emprender su retirada como según [las] instrucciones que prevenía el caso, ya no sólo era batido por los tiradores enemigos, sino que comenzaba a sufrir los fuegos de la columna. En este momento mandé que el Batallón Guerrero, a las órdenes del teniente coronel C. Mariano Jiménez, se moviese en columna hacia el enemigo y desplegando sobre la marcha en batalla a su frente, los batiese sin dejar de ganarle terreno; comprometido este batallón en un serio combate y habiéndose alelado mucho, era indispensable protegerlo y doblar su impulso en caso necesario y a este efecto destaqué los Batallones 1° y 2° de Oaxaca, al mando de sus respectivos jefes, C. coronel Alejandro Espinosa del primero y C. teniente coronel Francisco Loaeza del segundo, formando en una sola columna siguieron al enemigo con tal impulso que le fueron desalojando sucesivamente de las sinuosidades [del] terreno, que era una continuación de parapetos sobre la llanura. Cuando nuestro ataque daba este resultado, las columnas francesas que por última vez y con indecible vigor atacaban el fortín de Guadalupe, se convirtieron en torrentes de fugitivos que veloces descendían del cerro y parecían pretender cortar a los que combatíamos en el valle. En este momento mandé que el Batallón Morelos, que hasta entonces formaba mi reserva, se moviese en columna mandada por su teniente coronel C. Rafael Ballesteros, y con diez piezas de batalla viniese a reforzar mi izquierda, como lo hizo, acabando de rechazar a los que no consumaban aún su fuga. Mandé también que por [la] derecha marchase [el batallón de] Rifleros con los escuadrones Lanceros de Toluca y Oaxaca en paralelo con Morelos y a su altura. Cuando en esta forma perseguía al enemigo recibí repetidas órdenes para hacer alto y lo verifiqué dejando a mi retaguardia el sitio del combate y con el enemigo al frente en el más completo desorden y a distancia de 600 metros. En esta situación y cambiándonos muchos tiros de artillería, permanecimos hasta las 7 de la noche, hora en que por orden superior volví a ocupar mi línea."

General Álvarez: "Pero siendo necesaria la presencia de una

parte de esa caballería a inmediaciones de los cerros de Guadalupe y Loreto, que se hallaban fuertemente atacados por los enemigos de la patria, recibí nueva orden para colocar en paraje conveniente al cuerpo permanente de carabineros; así lo verifiqué, marchando con él y situándolo cerca de este último punto, para aprovechar el momento que se me presentara de cargar sobre el enemigo con buen éxito, y en efecto, al ser rechazadas las fuerzas enemigas, me sirvió de apoyo alguna infantería que, desprendiéndose de sus posiciones, marchaba en su persecución a la carga; ella, como usted sabe, con el mejor resultado que podía esperarse. Tuvo el mencionado cuerpo las novedades que constan en la adjunta relación."

Coronel Morales: "A las dos y media de la tarde, hora en que el enemigo atacaba el cerro de Guadalupe me previno el C. General en jefe del Ejército emprendiese la marcha hacia la garita vieja de Amozoc, y habiéndolo así verificado y a la vez que llegaba el cuerpo a dicho punto comenzaba el enemigo a atacarlo, resistiéndoles con la fuerza de su mando el general Porfirio Díaz quien, habiéndole hecho emprender su retirada, se me previno por dicho General en jefe darle la carga en aquellos momentos de triunfo para nuestras armas, disponiendo yo entonces que el primer escuadrón, formando una batalla, la emprendiese continuando en seguida el segundo escuadrón y el piquete de los Lanceros que manda el teniente coronel Félix Díaz, formando una columna para reforzar al primero sobre dos de los cuerpos enemigos a quienes perseguían en un espacio de más de 500 varas hasta que aquéllos, llegando a un bordo situado a la izquierda del camino, se organizaron y parapetaron en el mismo bordo a la vez que otro cuerpo de ellos se hallaba emboscado en una barranca, se presentó cargando sobre nuestra derecha; en estos momentos en que ya no me era posible continuar la carga por lo obstruido del camino, comencé a hacer mi retirada en el mejor orden hasta situarme a 200 varas de aquella garita.

"Entonces la infantería que allí estaba con el expresado general Díaz comenzó de nuevo a hostigar [al enemigo] hasta que por segunda vez emprendió la retirada. En este momento se me previno darle de nuevo un alcance, lo cual ejecuté en el mejor éxito en un espacio de más de 100 varas de terreno parejo en donde nuestros soldados lan-

cearon a algunos, pero después de este espacio en que ya el terreno es bastante quebrado y lleno de barrancas y bordos, y por lo mismo el enemigo encontraba en él un apoyo para resistirme, hice alto a distancia de 20 pasos del enemigo para organizar mi fuerza y retirarme, situándome después a retaguardia de los batallones Rifleros y Oaxaca que habían ido a protegerme, quienes, haciendo un esfuerzo, lograron quitar a aquellos las posiciones que tenían y perseguirlos hasta el centro del grueso de todas sus fuerzas, quedando ya entonces con mi Cuerpo en el centro de dichos batallones, permaneciendo en dicha posición hasta las ocho y media de la noche en que por orden del C. General en jefe emprendimos la marcha para esta ciudad, cubriendo yo la retaguardia de la infantería hasta situarme al mismo punto de donde había partido antes."

Teniente coronel Félix Díaz: "Tengo el honor de participar a usted que la columna que se formó del Cuerpo de Lanceros de Toluca y el que yo tengo la honra de mandar, cargó dos ocasiones sobre el enemigo por disposición del General en jefe de este Cuerpo de Ejército, logrando en la primera arrollar al enemigo, haciéndole algunos muertos; y en la segunda sólo se desalojó al enemigo de las barrancas que ocupaba no habiéndose seguido la carga por el mal terreno y [por) haber sufrido las novedades de que doy cuenta en la relación separada."

Coronel J. Solís (Comandante del 3er. Cuerpo del Resguardo): "Tengo el honor de participar al C. General en jefe lo ocurrido el 5 del presente en el Cuerpo de mi mando, en la acción habida con el enemigo extranjero a las goteras de esta ciudad.

"En cumplimiento de su superior orden me situé en el rumbo de San Ignacio, y posteriormente mandé a apoyar la columna de infantería que subía al Cerro de Guadalupe; en seguida recibí órdenes de incorporarme al Cuerpo de Carabineros y, en esta posición, las columnas de nuestra infantería rechazaron a las del enemigo.

"Emprendí en el acto la carga poniendo mi fuerza a la vanguardia de dichos carabineros y ésta fue mi satisfacción, porque la pérdida de mi brazo derecho no hizo desmayar a mis soldados que siguieron batiéndose con denuedo hasta que el toque [de] reunión en el cerro los hizo retirarse sin pérdida más que de un caballo herido."

Príncipe Bibesco: "Entre tanto sigue la lucha más terrible. A medida que nuestras columnas se aproximan al fuerte, la defensa se multiplica, el fuego redobla y pronto hay sólo en el aire un silbido no interrumpido de balas de fusil y de cañón. A la izquierda los cazadores de a pie acaban de aparecer sobre la posición. ¡Helos ahí que se lanzan al lado de los zuavos! ¡Qué lucha de heroísmo entre esos hombres por escalar las formidables defensas todavía intactas de Guadalupe...!

"Vanamente nuestros soldados saltan la zanja y coronan en gran número la parte del terraplén, todos sus esfuerzos se estrellan contra un reducto inexpugnable, cuyo centro forma la iglesia, en que están tres líneas de fuego y que defienden las tropas de los generales Negrete y Berriozábal. En fin, como para hacer impotentes nuestros últimos esfuerzos, se desata una violenta tempestad acompañada de granizo...

"Dos líneas de infantería mexicana, bien emboscadas y apoyadas por numerosa caballería, se despliegan sobre la cresta que une el Fuerte de Guadalupe con el de Loreto. Marchamos directamente sobre el enemigo; pero somos tomados de flanco por las baterías de Loreto, invisibles hasta entonces, y nos causan pérdidas sensibles. Los marinos y la batería de montaña, que estaban de reserva, son sucesivamente enviados en auxilio de los zuavos y el combate prosigue con encarnizamiento...

"Los soldados nos dan una carga terrible. Por otra parte, nuestras tropas tomadas entre los fuegos cruzados del fuerte y de las masas acumuladas en la altura, sucumben bajo la metralla y acaban por replegarse...

"En el mismo momento tenía lugar en la llanura un combate heroico entre dos compañías a pie y una parte de la caballería mexicana. El comandante Magin y el 1er. Batallón de Cazadores acaban de trepar la pendiente que conduce a Guadalupe, guiados por un teniente de E. M. encargado de indicarles el punto de ataque; hállanse a algunos pasos del foso cuando del lado de los jardines de Puebla, se produjo en medio de los árboles como un remolino semejante a las ondulaciones que forman a distancia las columnas en marcha. Fue un rayo de luz; no había duda, detrás de aquellos árboles el enemigo se

preparaba a aprovechar el alejamiento del Escuadrón de Cazadores de África, en observación del lado del noreste, y el aislamiento del batallón para atacarle por la retaguardia... El general, puesto al corriente del peligro que amenaza a los cazadores de a pie del teniente Ney d'Elchingen, ordena al Coronel L'Heriller, que había quedado guardando el parque, para que apoye a toda prisa al comandante Mágin con un Batallón del 99° de Línea...

"Son las cuatro, se ha marchado desde las cinco de la mañana y batido desde las doce del día. Testigo de los esfuerzos sobrehumanos de sus tropas durante esa lucha desigual, reconociendo la imposibilidad de una nueva tentativa sobre Guadalupe, el general Lorencez da la señal de retirada."

Hemos visto en los relatos que anteceden que, con pequeñas diferencias y cada quien en su zona de acción, coinciden en la forma en que se realizó este hecho de armas; pero además salta a la vista que en esta segunda fase de la batalla el comandante francés se empeña a fondo y con todos sus elementos y tal parece que se da cuenta tarde de su error, pues aun cuando insiste en su ataque sobre Guadalupe, al fracasar éste por segunda vez desplaza sus esfuerzos sobre la llanura para ir a chocar contra la brigada de Oaxaca y el batallón Reforma de San Luis.

Efectivamente, en esta segunda fase de la batalla la lucha se generaliza; los beligerantes se empeñan a fondo y con todos sus efectivos, y, ante su fracaso inicial, el comandante francés utiliza todos sus elementos en un ataque general, sin ningún resultado.

El batallón de cazadores de Vincennes, el 99° de línea y los batallones de marinos van entrando en línea. Así tenemos a los marinos reforzando a los zuavos por segunda vez sobre la posición de los fuertes; y los cazadores y el 99° regimiento de línea combatiendo sobre la planicie entre el cerro de Guadalupe y el del Tepozúchil.

El ataque sobre los fuertes se inicia a las 14 horas: los zuavos y los marinos con un valor temerario reafirman su fama de veteranos y primeros soldados del mundo.

Fue tal el ímpetu de los invasores que, a pesar del valor desplegado por nuestras tropas en este segundo ataque, logran llegar a los

fosos de Guadalupe, los sobrepasan y, colocando sus escalas llegan hasta la berma de las fortificaciones, pero allí están los nuestros para disputarles el terreno en lucha cuerpo a cuerpo. Los franceses llegan a abrazarse de los cañones de la defensa; nuestros artilleros, que se encontraban desarmados, cooperan con la infantería golpeando con los escobellones.

La lucha en Guadalupe estaba indecisa, pero en esos momentos, a paso veloz, llega el refuerzo enviado por el general en jefe mexicano. Es el batallón Reforma de San Luis que se une a la brigada Berriozábal para cargar de flanco sobre el ataque enemigo, obligando al francés a retroceder.

Al mismo tiempo, y precisamente sobre un flanco del cerro de Guadalupe, otra columna francesa atacaba las posiciones mexicanas, desplazándose por el barrio de Xomaca, pero pronto es detenida y cargada por su flanco por el batallón de zapadores de la brigada Lamadrid, que no le permite cooperar en el ataque sobre el cerro.

Los rifleros de San Luis y la brigada de Oaxaca, hasta ese momento espectadores de las acciones libradas en los cerros, pronto son atacados por las tropas francesas que, procedentes de su campamento, vienen a participar en la lucha. El choque es encarnizado y el enemigo detenido y obligado a replegarse a gran prisa, pero es reforzado por los fugitivos del cerro, a pesar de lo cual la brigada de Oaxaca continúa ganándoles terreno en acción sostenida hasta obligarlos a meterse en su campamento cuando ya oscurece.

Toda la línea mexicana inicia la persecución al dar media vuelta el enemigo; sin embargo, reciben órdenes del general en jefe de volver a su línea de partida. Solamente la brigada de Oaxaca y los batallones de rifleros y zapadores continúan la lucha hasta que la caída de la noche los obligó a volver a sus posiciones iniciales.

La victoria es completa, los franceses se agrupan en su campamento sorprendidos y sin poder creer lo sucedido. El mejor comentario que podemos hacer sobre este hecho es el que manifiestan los heroicos defensores de Puebla en los párrafos siguientes:

Zaragoza: "Por demás no parece recomendar a usted el comportamiento de mis valientes compañeros. El hecho glorioso que acaba de tener lugar, patentiza su brío y por sí solo los recomienda.

"El ejército francés se ha batido con mucha bizarría. Su General en jefe se ha portado con torpeza en el ataque. Las armas nacionales, ciudadano nuestro, se han cubierto de gloria, y por ello felicito al primer magistrado de la República por el digno conducto de Ud. en el concepto de que puedo afirmar con orgullo que ni un solo momento volvió la espalda al enemigo el Ejército Mexicano durante la larga lucha que sostuvo."

Negrete: "Me es satisfactorio manifestarle que nada ha dejado que desear el digno y honroso comportamiento de los ciudadanos, generales, jefes, oficiales y tropa de las brigadas de Michoacán, Puebla y Querétaro que forman la división de mi mando, como la Brigada que manda el C. general Berriozábal, porque al frente de un enemigo tan respetable por sus gloriosos antecedentes de guerrero, supieron nuestros humildes soldados demostrarles que nada vale el valor cuando la justicia falta y han hecho comprender a los vencidos que no se ofende inútilmente a la patria, por desgraciada o débil que se le suponga, aunque les ha quedado el sentimiento de ver perecer a soldados tan valientes dignos de morir por una causa más noble y más honrosa para la ilustre e inteligente nación a que pertenecen."

General Lamadrid: "Muchas cruces de la Legión de Honor, medallas de Sebastopol, de Mangela, de Solferino y otras condecoraciones francesas que hoy guardan en sus bolsillos nuestros soldados, prueban al mundo que en esta jornada se portaron como republicanos y dignos hijos de la República Mexicana."

General Berriozábal: "Todos los jefes y oficiales de la Brigada de mi mando se han portado brillantemente, y con verdad puedo asegurar que no he notado un solo rasgo de cobardía en ninguno de ellos, por lo cual no hago especiales recomendaciones, pues repito que todos han cumplido perfectamente con su deber; y sólo de esta manera puede explicarse cómo ha sido derrotado el enemigo, acostumbrado a vencer en todas partes, como lo demuestran las condecoraciones que portaban al pecho y que fueron arrancadas en medio del combate por nuestros soldados."

EXPLICACIÓN DEL EMBAJADOR

*Lilia Díaz**

El documento que a continuación publicamos, tomado de los archivos del Ministerio de Relaciones Exteriores de Francia,[1] es un informe dirigido por Alphonse Dubois de Saligny, ministro francés en México de 1861 a 1868, a Antoine Edouard Thouvenel, ministro de Relaciones Exteriores de Francia, en ocasión de la derrota sufrida por el ejército intervencionista, el 5 de mayo de 1862, en su intento de tomar la ciudad de Puebla.

Al leer la correspondencia de Dubois de Saligny a su gobierno, podemos afirmar sin exageración que sus engañosos informes acerca de la situación económica, política y social del país fueron una de las causas que más directamente influyeron en la determinación de Napoleón III de llevar a cabo la intervención armada contra México.

Orizaba, 26 de mayo de 1862

Dos días antes de ponerse en marcha de Orizaba sobre Puebla, es decir, hace justamente tres semanas, el general conde de Lorencez escribía a París que esperaba que el emperador no se dejaría desanimar por los informes del señor almirante Jurien de la Gravière, ni abandonaría una empresa de la cual el general Lorencez veía el éxito como fácil y asegurado.

Hoy el general sostiene un lenguaje muy diferente: si se le da crédito, el emperador, engañado por informes inexactos, fue lanzado en una aventura, en una empresa imposible, o que al menos, exigiría, para ser llevada a buen fin, enormes sacrificios en hombres y en dinero.

* El Colegio de México.

Historia Mexicana, vol. 11, núm. 4, abriljunio de 1962, pp. 603-619.

[1] Fondos Mexique, 1862, vol. 88, ff. 422-438.

¿Cuáles son las causas que han podido, en tan corto tiempo, cambiar de un modo tan completo las ideas y las miras del general? ¿Cómo él, que el 26 de abril veía el éxito como fácil e infalible, ha sido persuadido a creerlo, si no imposible, al menos más que dudoso? Para los que juzgan las cosas con sangre fría e imparcialidad, la facilidad con la cual hemos operado nuestra marcha de Orizaba hasta Puebla, después nuestro movimiento retrógrado de Puebla hasta aquí, lejos de justificar este cambio de opinión del general, lo vuelve completamente inexplicable. El ataque contra Guadalupe, ataque hecho con tanta precipitación, no ha sido sino uno de estos accidentes tan frecuentes en la guerra, accidente lamentable sin duda, que tal vez no hace gran honor a la prudencia, a la circunstancia, ni a la habilidad de los jefes, pero que ha sido más bien glorioso para los soldados, que ha servido para probar una vez más que nuestro ejército es el primer ejército del mundo, y que, en todo caso, no cambiaba en nada el fondo de la situación sin el movimiento de retirada que le siguió.

El juicio llevado a Madrid y a Londres mismo, así como a París, sobre los actos de los plenipotenciarios de las potencias aliadas, me exime de entregarme aquí a la crítica de las faltas que han venido, desde el principio de la intervención, a desnaturalizar el pensamiento que la había dictado, y cambiar de una manera tan grave como inesperada una situación excelente en un principio.

Poco dispuesto a volver sobre los hechos consumados para buscar allí el texto que dé pie a recriminaciones personales desde ahora sin objeto, guardaría sobre el pasado un silencio absoluto, si el deber que me incumbe de librar la responsabilidad del gobierno del emperador y la mía de actos que nosotros no hemos podido ni prever ni impedir, no me obligara a hacer algunas reflexiones retrospectivas sobre los acontecimientos que han dificultado hasta el presente y vuelto menos fácil la ejecución de la voluntad de S. M. I. Este deber voy a esforzarme a realizarlo con una entera imparcialidad y una gran indulgencia para las personas, limitándome a juzgar fríamente los hechos en sí mismos y en sus inevitables consecuencias.

Mi firme convicción, la de todos los hombres al corriente de las cosas de este país, es que si el almirante Jurien, en lugar de actuar desacertadamente después del general Prim y de sir Charles Wyke,

en sus negociaciones tanto sin dignidad como sin resultado práctico posible, hubiera marchado resueltamente hacia adelante con su pequeño cuerpo de ejército, habría llegado hasta Puebla y probablemente hasta México sin dificultades serias y quizá sin disparar un solo tiro. Puedo citar al respecto una autoridad de la cual nadie, supongo, pensará en constatar la competencia, la del general Uraga. En el momento de mi paso a La Soledad el 16 de diciembre, y más tarde, en nuestra entrevista del 25, el general Uraga me confesó que no tenía para oponernos sino alrededor de 1 200 hombres mal armados, medio desnudos; necesitaba por lo menos un mes o seis semanas para recibir los primeros refuerzos que se le prometían, 2 000 a 3 000 hombres de las guardias nacionales de Oaxaca y de Morelia. En esta situación toda resistencia de su parte era imposible, y el general me pidió como un servicio que hiciera todo lo que de mí dependiera para impedir a los españoles avanzar adelante de los franceses. Si él debía rendir su espada, quería que fuese a un oficial francés. En cuanto a rendirla a un español, se suicidaría antes que sufrir tal humillación.

Mi carta del 14 de enero de 1862 contenía un relato muy circunstanciado de esta entrevista del 25 de diciembre, y se ha sabido en París en qué disposiciones había dejado al general Uraga.

El gobierno de Juárez, que no podía prever el giro que iban a tomar las deliberaciones de los plenipotenciarios aliados, sentía él mismo la imposibilidad de sostener la lucha contra nosotros, y todas las opiniones de México estaban de acuerdo entonces en anunciar que él hacía los preparativos para abandonar la capital a la primera noticia de nuestra marcha y retirarse a algún estado lejano. Se suponía que se dirigiría a Morelia en Michoacán, estado de un acceso bastante difícil. Por lo demás, era la única parte que le quedaba a Juárez, pues él sabía que en el momento en que marcháramos sobre la capital el general Robles, que todos los generales del partido conservador habían aceptado por jefe, debía reunir bajo sus órdenes a todas sus fuerzas, alrededor de 10 000 a 12 000 hombres, y actuar de acuerdo con nosotros. Esto es lo que hubiera ocurrido, pues, a Juárez y a su gobierno si el contingente francés hubiese marchado en seguida sobre México, según la voluntad del emperador y, desde los primeros días de febrero, nosotros hubiéramos encontrado instalado en la

capital un nuevo gobierno con el cual no habríamos tenido ninguna dificultad para entendernos, tanto sobre el arreglo de nuestras reclamaciones como sobre las medidas a tomar para el establecimiento, por la nación misma, de un gobierno definitivo estable y regular.

Este plan —no puedo dejar de insistir— en mi convicción, en la de todos los hombres que conocen a México, comenzando por aquellos mismos que temían más el éxito—, este plan era de una ejecución sencilla, infalible. La gran objeción que se hace a esto, yo lo sé, es la falta absoluta de medios de transporte. Esta objeción, por muy aparente que sea, no tiene nada de serio en el fondo, y es fácil probarlo.

Un ex ayuda de campo del general Corona —el último ministro de la Guerra bajo Miramón—, el señor comandante Ferro, hombre resuelto y de mucha influencia en el ejército, se había dirigido hacia fines de diciembre a Veracruz donde permaneció, no sin peligro para su persona, hasta el arresto de Miramón. Cada mañana venía a ofrecerme poner a nuestra disposición, en un plazo de tres a cuatro días, un cuerpo de mil jinetes, con los cuales se encargaría de detener y de traernos provistas de su atalaje y de sus arrieros todas las carretas que La Llave y Uraga estaban retirando al interior del país. Una vez asegurados nuestros transportes, el comandante Ferro, con su tropa, debía unirse a nosotros para guiar nuestra marcha y encargarse de proteger nuestro convoy. Por lo demás, no pedía otra cosa que la ración del soldado para sus hombres, en tanto que él actuaría de acuerdo con nosotros.

Habiendo rehusado el almirante este ofrecimiento por el motivo de que quería abstenerse de todo acto de hostilidad contra el gobierno de Juárez (como si la ocupación de Veracruz por los aliados no fuera un acto de hostilidad), yo volví al ataque durante cerca de un mes, con una impaciencia llevada hasta la importunidad, pero que no pudo vencer la resistencia del almirante.

Al negociar con Juárez, en lugar de actuar con vigor y decisión, se le había dado el tiempo de organizar los medios de resistencia; y como si se tuviera interés en que nada faltase a los errores cometidos, en vano me esforcé por lograr que se ocupase Tampico, conforme a la voluntad de los gabinetes aliados, o que al menos, y en ausencia de los medios materiales necesarios para esta ocupación, se bloquease

este puerto y el de Matamoros sobre el río Grande. No es sino a fin de marzo, o en los primeros días de abril, que este bloqueo debió ser puesto en ejecución, si es que lo ha sido —sin embargo, de esto no estoy aún seguro hasta ahora— y Juárez ha podido así recibir de Estados Unidos socorro en armas y municiones de toda clase.

Pero la actitud tomada frente al gobierno de Juárez por los plenipotenciarios aliados debía tener otras consecuencias más desastrosas aún.

Mientras que los miramientos verdaderamente inexplicables guardados hacia nuestro enemigo le daban la fuerza moral que le faltaba, ellos llevaban la desconfianza, el desaliento y pronto la exasperación a las filas de los conservadores. Los jefes militares de este partido hablaban de traición, se quejaban amargamente de Francia, con la que habían contado sobre todo, y hay que convenir que sus quejas, sus acusaciones, tomaban cierta apariencia de fundamento por las negociaciones secretas seguidas por el almirante con Doblado, quien no trataba sino de comprometernos frente a nuestros aliados naturales, al esforzarse, de acuerdo con algunos jefes comprados con dinero, en dividir al partido conservador y en ganarse a una parte de él en nombre de la independencia nacional amenazada por el extranjero.

Tres causas principales debían hacer fracasar la intriga hábilmente urdida por Doblado: primero, la llegada del general Almonte; después, la protección declarada que le fue otorgada en nombre de Francia; por último, el ascendiente ejercido por el infortunado general Robles, quien desplegó en estas circunstancias difíciles tanta actividad como prudencia y talento. Después de haber instruido y tranquilizado completamente a todos los jefes influyentes del partido conservador, él venía provisto de sus plenos poderes y de los de Vidaurri y Comonfort para entenderse con el almirante Jurien cuando fue arrestado, el 20 de marzo, y fusilado el 23 por orden formal del gobierno de México.

Este asesinato, cuyos verdaderos autores son conocidos del gobierno del emperador, no ha sido solamente, como yo lo escribía en aquella ocasión, un golpe funesto dirigido a nuestra política. Los últimos acontecimientos de que voy a rendir cuenta no han hecho sino probarlo en demasía. Sin embargo, los esfuerzos intentados por

Robles en las últimas semanas de su existencia para tranquilizar a los jefes del partido conservador sobre las intenciones de Francia y reunirlos alrededor de nuestra bandera, no fueron en vano, y sí se tiene que lamentar que algunos hombres sin conciencia y sin prestigio, como Zuloaga, se hayan dejado arrastrar por las intrigas de Doblado para desertar. Para ser justo, hay que reconocer que salvo raras excepciones casi todos los jefes importantes del partido se han mostrado inconmovibles, sobre todo desde la partida del almirante, en su resolución de secundar nuestra política, y que varios de los generales conservadores que el odio a los españoles había momentáneamente incorporado a Juárez no pedían sino venir a nosotros. Si se hubiera sabido o querido sacar provecho de estas disposiciones, nosotros seríamos en el presente dueños de México.

Desgraciadamente, he constatado hace ya mucho tiempo que existía en el general de Lorencez, pero más aún en su jefe de estado mayor, una decisión de tratar a todos los mexicanos, sin distinción de partido, de rango ni de carácter, con un soberano desprecio, y como a gente de una raza evidentemente inferior, de rechazar con desdén a los que nos ofrecían su ayuda y de poner una afectación a menudo tan pueril como ofensiva de actuar en este país como en tierra conquistada: "El ejército francés, donde quiera que se encuentre, es amo absoluto y tiene el derecho de hacer todo lo que quiera", tal es la respuesta invariable del señor coronel Velazé a las observaciones, a las quejas que llegan de todos lados. Por lo demás, esta extraña teoría que encuentra adeptos en el estado mayor no se pretende aplicarla solamente a los mexicanos. No se actúa con más ceremonia hacia todos aquellos que no portan espada, cualquiera que sea su nacionalidad. No se hace excepción en favor de los franceses, comenzando por el plenipotenciario de S. M., que el jefe de estado mayor declara, con un imperturbable aplomo, no es sino un subordinado del general en jefe y de él mismo, cuyo lugar está entre los equipajes y que no viene, a sus ojos, sino después del último oficial del ejército.

Mi carácter de representante del emperador me hacía un deber no tolerar groserías e injurias que como hombre tal vez me hubiera permitido perdonar, en recuerdo de antiguas relaciones de familia que se remontan a más de treinta años, y que pueden, por otra par-

te, explicarse, si no justificarse, por una especie de monomanía furiosa con raras intermitencias de razón. Pero el temor de agravar el mal y de comprometer aún más el bien del servicio por un enojoso estallido, me ha decidido a imitar el ejemplo del general Almonte, oponiendo cada día una calma y una paciencia imperturbables a los insultos más graves y más directos, y a esperar el momento en que el emperador, informado de lo que pasa, decida él mismo sobre los medios de hacer cesar un escándalo inédito, ejemplo que pone en peligro a la vez a la disciplina del ejército, a los intereses de nuestra política y a la dignidad misma del gobierno de S. M.

Al escribir hace tres semanas para anunciar que Gálvez había venido a unirse a nosotros con los 250 hombres colocados bajo sus órdenes, decía que su ejemplo encontraría más de un imitador en el ejército de Zaragoza, y que ya el general Negrete, antiguo ayuda de campo de Robles, que se encontraba en Tehuacán con 1 200 hombres, parecía decidido a pasarse con nosotros.

La conducta inexplicable de nuestros jefes militares y de su estado mayor ha hecho malograr las esperanzas que era permitido concebir al respecto.

Gálvez es uno de los que han hecho más daño al gobierno de Juárez; atrincherado en la posición del Monte de las Cruces, a 8 leguas de México, con una fuerza que no ha excedido jamás la cifra de 700 a 800 hombres, ha tenido al gobierno de México herméticamente bloqueado durante un año, y en un solo mes no sólo ha vencido sino destruido completamente tres cuerpos de ejército enviados contra él, entre otros los de Degollado y de Valle. Agregaré que de todos los jefes del partido conservador, él es el único quizás a quien no se ha tenido que reprochar jamás ningún acto de crueldad ni ningún exceso. En lugar de acogerlo como un auxiliar precioso, como la política lo aconsejaría, en lugar de mostrarle las consideraciones a las cuales tenía derecho, se le ha tratado como una especie de bandido, que valía poco más que los Carbajal y los Cuéllar. No hay humillación que no se les haya hecho a él y a sus soldados, cuya desnudez ha dado motivo a mil bromas, y a quienes se ha recibido más bien como mendigos que como auxiliares.

¿Habrá que extrañarse, después de esto, de que los que se apres-

taban a seguir a Gálvez hayan dudado, y que Negrete, en lugar de unirse a nosotros con sus 1 200 hombres, haya ido a encontrarse con Zaragoza y encerrarse en Puebla?

Los detalles que preceden, y que a pesar de mi deseo de escribir menos no he podido hacer más concisos, resumen la situación tal como estaba el 26 de abril, en el momento en que supimos que el almirante Jurien era invitado a tomar simplemente el mando de la división naval, y que el ministro del emperador se quedaría como plenipotenciario encargado exclusivamente de la dirección política de la expedición.

Falta por examinar los hechos realizados desde el 27 de abril, día en que el ejército se puso en marcha sobre Puebla. Estos hechos probarán hasta la evidencia, a toda persona imparcial, que la situación era buena, como el mismo general de Lorencez lo reconocía unos días antes, y que si se hubiera sabido aprovechar esta situación en lugar de actuar con una ligereza, una presunción y una impericia sin par, se hubieran consultado y escuchado a los que conocían al país, quienes estaban en condiciones y tenían misión de dar informes y opiniones útiles, era fácil evitar un fracaso que parece se había buscado con un propósito deliberado y cuya responsabilidad asusta hoy, como se ve por los esfuerzos hechos para apartarla de los verdaderos culpables y atribuirla a los que son completamente ajenos a ella.

A este respecto, viene al caso tal vez, antes de ir más lejos, recordar en pocas palabras la posición respectiva hecha al plenipotenciario del emperador y al comandante en jefe del cuerpo expedicionario.

Un despacho telegráfico de S. E. el ministro de Relaciones Exteriores, con fecha 20 de marzo, prescribía al ministro del emperador, entre otras recomendaciones, entenderse con el general y no sustituir —por cualquiera razón que fuera— con su propia responsabilidad la del comandante en jefe, en lo que concierne a las operaciones militares, o las cuestiones sanitarias y la seguridad de las tropas. Por su parte, S. E. el mariscal Randon, en su despacho telegráfico igualmente del 20 de marzo, prescribía al comandante en jefe entenderse con el ministro del emperador para los movimientos militares que él tuviera que ejecutar.

El plenipotenciario del emperador tiene la conciencia de haber

obedecido escrupulosamente las órdenes del gobierno imperial, y de no haber descuidado nada para establecer el entendimiento más completo con el general en jefe. Lamento no poder dar el mismo testimonio en lo que concierne al conde de Lorencez. No solamente él no ha dicho jamás una sola palabra de sus movimientos militares al representante del emperador, con quien había tenido orden de entenderse, sino que éste, que como consecuencia de las condiciones excepcionales en que se encuentra el país no tenía otro medio de subvenir a su seguridad que marchar con el ejército, ni siquiera fue nunca, salvo dos o tres veces, informado por el estado mayor de la hora de la salida de las tropas.

El 27 de abril, a las 6 de la mañana, el ejército se ponía en marcha sobre Puebla. El 28 forzamos el paso de las cumbres. Este asunto de las cumbres, al cual se han complacido en dar las proporciones y el nombre de una batalla, aunque no nos haya costado más que tres muertos y unos treinta heridos, era un éxito de la más grande importancia desde un doble punto de vista: primero, nos hacía dueños de la meseta que se extiende hasta Puebla y que produce en abundancia todo lo necesario para hacer subsistir a un ejército. Segundo, daba una justa idea de los enemigos que teníamos que combatir.

Las cumbres presentan, en una extensión de alrededor de ocho kilómetros, una sucesión no interrumpida de posiciones de tal modo formidables, que si se tratara de quitárselas por la fuerza a las peores tropas europeas, dudo que se encontrara un general bastante valiente para intentar la empresa.

Ahora bien, había bastado con 1 500 zuavos y cazadores a pie, y un escuadrón de cazadores de África, sin artillería, para expulsar a Zaragoza que las defendía con 6 000 hombres y bastante artillería. El asunto no había durado casi más tiempo que el que necesita un peatón para recorrer el terreno quitado al enemigo.

De la cañada de Ixtapan, donde pasamos la noche del 28 al 29, el ejército avanzó sin sufrir la menor resistencia hasta frente a Puebla, donde se reunió el 5 de mayo hacia las 9 de la mañana. Algunas personas nos habían hablado —el señor general Prim sobre todo— de las dificultades insuperables que debían detenernos a cada paso, de las numerosas guerrillas que iban a lanzarse contra nosotros de-

trás de cada matorral. La verdad es que no percibimos nada de todo esto. En cada una de nuestras etapas, sabíamos que Zaragoza había partido de allí algunas horas antes de nuestra llegada. En todas partes la población, que había huido delante de nuestros enemigos comunes, volvía al acercarnos nosotros, a pesar de las amenazas terribles y las violencias puestas en práctica para obligarla a huir de nosotros. En todas partes encontramos una acogida amistosa y simpática. Estas pobres poblaciones acostumbradas a la servidumbre, sometidas bajo el temor por la fuerza de la costumbre, no dudaban en venir frente a nuestros soldados con las pocas provisiones escapadas a la rapacidad de las tropas mexicanas, y a desafiar así el peligro que las amenazaba cuando nosotros nos hubiéramos alejado.

En cuanto a las guerrillas con las que se había querido espantarnos, nosotros no vimos ninguna. Supimos solamente que un cierto Coutolène nos había seguido la pista como un chacal, durante varios días, con unos cincuenta hombres, pero teniendo cuidado de mantenerse a una respetuosa distancia.

A nuestra salida de Kuecholac, el 3 de mayo, Coutolène nos asesinó a un soldado que se había quedado atrás. Tal es el único hecho de guerra que se produjo durante toda nuestra marcha de las cumbres a Puebla.

Esta ausencia de enemigos alteraba los cálculos, desilusionaba muchas esperanzas.

Los que no habían tomado parte en el asunto de las cumbres querían tener también algo de que hablar, y se produjo un hecho extraño. Era al general Almonte y al ministro de Francia a quienes se hacía responsables de esta decepción. Se les reprochaba —la palabra fue dicha y tuvo éxito— el no haber pedido al emperador enviar aquí a la gendarmería en lugar de un ejército.

El 5 de mayo, a las diez y media de la mañana, acompañado del general Almonte, con quien marchaba detrás de la ambulancia, alcancé al grueso de nuestras fuerzas. Tres cuartos de hora más tarde, y en el momento en que comenzaba a almorzar, oí de repente el ruido del cañón. Creí primero, como todos, en un simple reconocimiento, pero pronto quedé sorprendido al saber que se trataba de un ataque a fondo dirigido contra la iglesia de Guadalupe.

No siendo militar no estoy en condiciones para juzgar lo que puede haber de fundado en las críticas a las cuales ha dado lugar el ataque dirigido contra Guadalupe, así como tampoco de las razones con las cuales se pretende justificarlo.

Me declaro pues incompetente y me limito a agregar aquí, bajo el núm. 1, una nota redactada sobre esta grave cuestión por un hombre del oficio que asistió al asunto y que vio todo con sus propios ojos; sin embargo, no puedo dispensarme de hacer dos observaciones que me parecen importantes.

Desde Veracruz, y aunque no se preveía la necesidad de hacer un sitio, había sido de opinión que sería tal vez prudente proveernos a todo trance de dos piezas de sitio, y de dos morteros, lo que no hubiera aumentado mucho nuestro convoy. Pero esta idea fue rechazada y casi puesta en ridículo.

Los acontecimientos se han encargado de demostrar lo justo de esta idea. En fin, si se hubiera acogido a los auxiliares que no pedían sino unirse a nosotros, en lugar de rechazarlos con tanto desdén — como el general de Lorencez lo hacía aún la mañana del 5 de mayo, en el momento de comenzar el ataque—, se hubiera podido encargarlos de la guardia del convoy, y todas nuestras fuerzas hubieran estado disponibles.

Pero fuera, o al menos a un lado de la cuestión puramente militar, hay otras reflexiones que se presentan naturalmente a propósito del día 5 de mayo.

En la noche del 4 al 5 se remitió al general Almonte, quien informó de ello al general de Lorencez, dos cartas dirigidas a Zaragoza tres días antes por los jefes puros Mejía y O'Haran, cartas que habían sido interceptadas y de las cuales resultaba que la evacuación de Puebla por las fuerzas enemigas era considerada como indispensable, a menos que viniesen socorros de fuera. A la carta de Mejía se había agregado una posdata anunciando que acababa de recibir la orden de defender Puebla hasta la muerte.

Los papeles de Zaragoza, tomados después del asunto del 18 de mayo, han dado la prueba de que este proyecto de evacuar la plaza había existido realmente hasta el 2 y aun el 3.

Y se explica fácilmente por el temor que debía sentir Zaragoza

de ser atacado por dos lados a la vez, por el ejército francés y por las tropas de Márquez, y de verse, en caso de un fracaso probable, sin posible retirada. ¿Por qué no haber esperado por lo menos veinticuatro horas para asegurarse del estado real de las cosas? ¿Por qué no haber tomado el tiempo necesario para buscar, como lo querían los generales Almonte y Taboada y el señor Haro y Tamariz, crearnos inteligencias, no solamente en la ciudad, cuya población pertenecía al partido reaccionario, sino hasta en el seno de la guarnición? La verdad es que se quería a toda costa hacer un parte, que se creía en un éxito fácil y seguro, que se anunciaba en voz alta que se acostarían en la noche en el palacio del obispo, y que estaban decididos a no escuchar las opiniones ni los consejos de nadie.

Alrededor de una hora después de que habíamos abierto nuestro fuego pareció que se oyó un fuerte cañoneo del otro lado de la ciudad. Se creyó (yo fui de esta opinión, como los generales Almonte y Lorencez) en un ataque de Márquez. Pero esto no fue sino una ilusión. El ejército de Márquez, alrededor de 7 000 a 8 000 hombres, espaciados desde Cholula hasta Matamoros de Izúcar, no se había movido, y nosotros supimos más tarde la causa de esta fatal inacción.

El 6, a las 8 de la mañana, el general de Lorencez, a quien no había visto desde hacía cuatro días, vino a verme a la hacienda de San Diego de los Álamos, donde estaba nuestra ambulancia y donde había pasado la noche. —Señor ministro, me dijo al acercárseme, vengo a hacerle una visita y a preguntarle lo que hay que hacer. La fisonomía del general estaba completamente trastornada. Él escuchaba con un aspecto hosco y no parecía comprender las palabras con que trataba de calmarlo y demostrarle que exageraba extraordinariamente el alcance y las consecuencias de nuestro fracaso del día anterior, que aparte de lo que hay de lamentable siempre en un fracaso, la situación era en el fondo la misma. Lejos de ser desesperada, no tenía nada de inquietante.

El ejército de Zaragoza —yo tenía al respecto datos seguros— no se componía de 18 000 a 20 000 hombres como el general de Lorencez parecía creerlo, mucho menos de 30 000, cifra indicada por algunos alarmistas, sino de 8 000 a 10 000 hombres, de los cuales 3 000 a 4 000 eran guardias nacionales de Oaxaca y de Morelia,

y 1 000 jinetes de Carbajal y de Cuéllar —lo que constituía la única fuerza seria del enemigo—, y de 4 000 a 5 000 pobres diablos recogidos hacía menos de un mes en las calles de Puebla y de México, o en las haciendas, y quienes, enrolados muy a su pesar, no debían inspirar gran confianza a Zaragoza. La prueba de que éste sentía su impotencia es que no había obstaculizado nuestra retirada y que había dejado pasar la tarde y la noche sin osar atacarnos. En cuanto a mí, que conocía bien a las tropas de Juárez, deseaba un ataque, lejos de temerlo. Pero estaba seguro de que no tendría lugar. Nosotros podíamos, pues, tomar el tiempo de deliberar a gusto sobre el partido a seguir, y era necesario, ante todo, tratar de ponernos en relaciones con el ejército de los conservadores cuya vanguardia —un cuerpo de alrededor de 1 000 caballos bajo las órdenes del general Herrán— debía estar en Cholula, a dos leguas del otro lado de Puebla. El general, presa de un visible terror, guardaba un triste silencio. Terminó por balbucir algunas palabras confusas a través de las cuales adiviné su opinión de que debería tratar de negociar. Le declaré claramente que el honor de nuestros ejércitos excluía, según mi modo de ver, toda posibilidad de negociaciones después de un descalabro, y que estaba resuelto a obedecer a las órdenes del emperador que me ordenaban no tratar sino cuando fuéramos dueños de México. Después de lo cual propuse al general nos dirigiéramos a su tienda de campaña y reuniera allí a su estado mayor para deliberar sobre lo que había que hacer.

Parece inútil contar aquí en detalle las discusiones empeñadas ese día y en las reuniones que tuvieron lugar los días siguientes. Una cosa fue evidente a todo el mundo desde el primer momento, y es que el general había tomado el partido de llevar su retirada hasta Orizaba. El coronel Velazé, en el fondo, era de la misma opinión, sin dejarlo ver tan claramente.

La idea de un nuevo ataque a la fortaleza de Guadalupe fue rechazada como una locura y una imposibilidad; varios jefes de cuerpo, según lo que pretendió el coronel Velazé, declararon que si se ordenaba un nuevo asalto se negarían a obedecer.

El señor Haro y Tamariz, que había sido llamado a una de las reuniones a causa de su perfecto conocimiento del lugar, propuso entonces un ataque por El Carmen, el lado débil de la plaza, lugar

por el cual ha sido tomada y vuelta a tomar veinte veces desde hace 15 años.

El señor Haro y Tamariz mismo, aunque no había sido nunca militar, en 1856, con una fuerza de 2 000 voluntarios mexicanos, se apoderó de la plaza defendida por 6 000 hombres del ejército de Comonfort. Según él, bastaba con dos batallones para volverse dueños de la plaza, y ofreció servirles de guía. Esta proposición, combatida sobre todo por el coronel Velazé como insensata, fue igualmente rechazada. Emití entonces la idea de un movimiento estratégico, ya sea sobre Cholula, donde encontramos las fuerzas de Márquez, sea sobre San Martín, ciudad de 5 000 a 6 000 almas, en la parte más rica del país, a siete leguas de Puebla y sobre el camino de México. Esta marcha sobre San Martín, donde había en abundancia con qué hacer subsistir a nuestro ejército, debía tener un resultado decisivo. O Zaragoza, al permanecer encerrado en Puebla, nos abría la capital, defendida solamente por una miserable guarnición de 1 500 hombres, o él acudía para proteger a México, y entonces Puebla caía en manos de los conservadores, mientras que nosotros nos lanzábamos sobre Zaragoza; para lo cual nos bastaba con una hora o dos para aniquilar el ejército en una acción a campo raso.

Mi opinión, aunque compartida por varios oficiales del estado mayor, y entre otros por el señor capitán, quien no había sido contrario a la idea de un ataque por El Carmen, fue declarada impracticable por diversas razones poco concluyentes a mis ojos: las principales se basaron en la falta de víveres y de municiones. Ahora bien, se confesaba que nos quedaban aún diez días de víveres y 1 100 balas de cañón.

En lo que concierne a los auxiliares del país, se había producido un cambio de lenguaje en el estado mayor. No se rechazaba su concurso, pero se negaba su existencia. Márquez no había existido nunca; era un mito, un personaje fantástico inventado por el general Almonte y el ministro de Francia para asustar a las mujeres y a los niños de los liberales.

Los autores de estas agradables bromas estuvieron un poco desconcertados por una carta que el general Taboada recibió el 7 de mayo del general Herrán. Éste escribió que estaba en Cholula con 1 000 a 1 200 caballos, y que rogaba al general Almonte le enviara ór-

denes. Se le respondió que viniera a unirse a nosotros lo más pronto posible. El general de Lorencez, sobre quien la carta de Herrán había hecho impresión, rogó al general Almonte hiciera venir a Márquez con 6 000 hombres, pero los necesitaba en veinticuatro horas, porque estaba decidido a operar al día siguiente su movimiento de retirada. La tarde del 7, hacia las 6, el general de Lorencez y el coronel Velazé me platicaron una idea que les había venido súbitamente. Yo debía de valerme de mis relaciones con varios de los jefes del ejército enemigo para tratar de que se nos entregara la plaza. No tenía que regatear el precio: —Diez millones, veinte millones no serían demasiado, y podía contar anticipadamente con la aprobación del emperador. Sólo que no había tiempo que perder, y "era necesario" que el negocio fuera concluido la misma noche—. Ahora bien, cabe decir —y no lo ignoraba el estado mayor— que desde hacía tres días tratábamos inútilmente de hacer llegar avisos a nuestros amigos de la ciudad, tan rigurosa era la vigilancia.

En fin, el 8, hacia las 2 de la tarde, comenzó nuestro movimiento de retirada. Una media hora antes, el general de Lorencez, más aterrorizado que nunca, había venido a anunciarme que, según ciertos informes recibidos en el estado mayor, se disponían a atacarlo. Carbajal había partido con 2 000 hombres para disputarnos el paso en la fuerte posición de Chachapa, a una legua de nuestro campo, sobre el camino de Amozoc, y Zaragoza tomaba sus medidas para sorprendernos por atrás con todas sus fuerzas evaluadas en 20 000 hombres.

Todos mis esfuerzos para calmar al general fueron inútiles, y él no estaba aún completamente tranquilizado cuando llegamos la misma tarde a las 6 a Amozoc sin haber sido atacados y sin haber visto a Carbajal, quien se apresuró a dejar la ciudad al acercarnos.

En la noche del 8 al 9 el general Florentino López trajo al general Almonte una carta de Márquez y explicaciones sobre la inacción de las tropas de los conservadores el 5 de mayo. Zuloaga estaba desde hacía algún tiempo en conferencias con Doblado. Márquez, disgustado por estas intrigas, había renunciado al mando en jefe, que había sido dado a Cobos. El 4, Zuloaga, con el asentimiento al menos tácito de Cobos, se había puesto de acuerdo con Doblado sobre una suspen-

sión de hostilidades entre los dos partidos hasta el fin de la guerra con Francia, y el 5, a la una de la tarde, en el momento en que acabábamos de atacar Guadalupe, Zuloaga firmaba sobre esta base un arreglo por el cual, se asegura, le fueron pagados 200 000 pesos. El ejército estaba indignado por la conducta de Zuloaga. Los generales, sobre todo, mostraban una gran exasperación y pedían venir a juntarse con nosotros. Márquez nos ofreció 2 500 a 3 3000 hombres de caballería y rogaba al general Almonte enviarle sus órdenes. El 9, en el día, Almonte, después de haberse entendido con el general de Lorencez, escribía a Márquez para devolverle el mando en jefe y ordenarle se dirigiera sin retardo con todas las fuerzas de que pudiera disponer hacia Amozoc, donde nosotros lo esperábamos hasta el 12. El 11, a las 6 de la mañana, salimos de Amozoc. La noche del 14, en San Agustín del Palmar, Almonte recibió cartas de los generales Márquez, Vicario y Herrán. Márquez escribió el 12 de Matamoros Izúcar que al día siguiente, 13, según lo que había sido convenido, él estaría en Amozoc con Vicario y Herrán y 2 500 caballos. El general Almonte transmitió estas noticias al general de Lorencez, pensando que ellas lo decidirían a detenerse en San Agustín 24 horas, el tiempo necesario para permitir a Márquez reunirse con nosotros. El general en jefe se negó a ello. Después en su estado mayor se llegó a negar la existencia de las cartas de Márquez, Vicario y Herrán, aunque las mismas fueron, la noche del 14, vistas y leídas en los propios originales por el general de Lorencez, como lo habían sido por el plenipotenciario del emperador.

Yo había querido creer hasta el último momento, a pesar de la intención orgullosamente anunciada por el general de Lorencez de volver a pasar las cumbres, que él reflexionaría sobre esta fatal resolución, y que se decidiría a ocupar la meseta que se extiende entre San Agustín del Palmar, San Andrés y Tehuacán; rica comarca provista copiosamente de granos, ganado y forrajes de toda clase y cuya posesión nos hacía dueños de las cumbres. Pero vana esperanza. Bajo el pretexto de asegurar nuestras subsistencias, dejamos la región que las produce en abundancia para venir a Orizaba, que no produce nada, y que, al obtener sus provisiones de la comarca que nosotros dejamos abandonada al enemigo, va a encontrarse pronto presa del hambre. Es cierto, como dice la intendencia, que nosotros tendremos siempre

el recurso de aprovisionarnos en La Habana y en Nueva York. Para terminar con esta cuestión de las subsistencias, está bien hacer notar que el 7 de mayo, frente a Puebla, se anunciaba que no teníamos más que diez días de víveres. Ahora bien, el 17 entramos a Orizaba con 20 días de víveres y 58 días de vino.

El 16 de mayo pasamos las cumbres, y el 17 entramos a Orizaba. Márquez se reunió con nosotros la misma noche, anunciando que 2 500 jinetes que había dejado bajo las órdenes de Vicario y de Herrán llegarían al día siguiente. Él nos dio, sobre las causas que durante algún tiempo, y de una manera tan fatal, habían paralizado la acción de sus tropas, explicaciones de naturaleza a establecer que si Zuloaga había en efecto traicionado a su partido, Cobos era ajeno a esta infamia. Márquez, al deplorar los funestos resultados producidos el 5 de mayo por esta defección personal de Zuloaga, no le dio a ello ninguna importancia para el futuro. Parecía más bien feliz de verse, él y su partido, libres del "imbécil e innoble Zuloaga", como se complacía en llamarlo.

En cuanto a Cobos, Márquez se dice seguro de él y responde que en seguida que se le indique él vendrá con los 3 500 hombres colocados bajo su mando a ponerse a las órdenes del general Almonte.

El domingo 18, a las 5 de la tarde, Vicario y Herrán llegaron a Barranca Seca, al pie de las cumbres y a alrededor de cinco leguas de Orizaba, cuando fueron atacados por Zaragoza, quien seguía sus movimientos desde hacía varios días, con 6 000 hombres de todas las armas. Los conservadores, aunque agotados por la fatiga y la falta de alimento (hacía 36 horas que no comían) sostuvieron valientemente el choque e hicieron una resistencia desesperada. Sin embargo, comenzaban a debilitarse cuando la llegada de un batallón del 99° que acudió rápidamente del Ingenio, a petición de Márquez, cambió la faz de las cosas. En pocos instantes Zaragoza fue derrotado completamente, dejando en el campo de batalla 300 muertos o heridos, 1 300 prisioneros, de los cuales unos 30 son oficiales, y un número considerable de armas de toda clase.

En cuanto a nosotros, nuestras pérdidas son insignificantes. Son —no incluidas las de Márquez, se entiende— de tres muertos y 14 heridos.

Vicario, que se dice mostró una rara intrepidez, recibió dos heridas, felizmente mucho menos graves de lo que se había creído primero.

Este asunto de Barranca Seca, en la cual, al decir de los nuestros, los soldados de Márquez hicieron prodigios de valor, prueba ampliamente, con la facilidad de nuestra retirada hasta Orizaba, que los terrores que combatí vanamente eran imaginarios y que, a pesar del fracaso de Guadalupe, las tropas de Zaragoza no eran tan temibles como se complacían en suponerlo.

Las fuerzas reunidas aquí bajo el mando de Márquez presentan un efectivo de alrededor de 3 000 caballos y 1 200 a 1 500 infantes, todos voluntarios y habituados a las fatigas y a los peligros. Sin hablar del cuerpo que quedó bajo las órdenes de Cobos y al cual escribió que viniera a reunírsele, él no espera, dice, más que los fusiles que quedan disponibles en Veracruz para elevar la cifra de su infantería a 4 000 o 5 000 hombres, y se dice seguro —lo que estoy dispuesto a creerle— a encontrar en poco tiempo 10 000 a 15 000 voluntarios y más, si tuviera armas para darles y dinero para alimentarlos. Su opinión, que no expresa sino con una excesiva reserva, para no herir al general de Lorencez y a su estado mayor, es que nosotros vamos a estar pronto en condiciones de tomar una vigorosa ofensiva y de apoderarnos de Puebla y de México. Él me decía esta mañana en confidencia que si en la jornada del 5 hubiera tenido el honor de tener a su disposición dos mil zuavos o cazadores de a pie, hubiera tomado la ciudad en una media hora. Pero —agrega con más malicia que modestia real—,

> yo no soy un general francés acostumbrado a la gran guerra, no soy más que un jefe que hace la guerra a la mexicana, interesado mucho más en tener éxito seguro, que en ajustarme a las reglas del arte. Así pues, es el señor general de Lorencez quien, a pesar de su fracaso, ha tenido razón. Yo habría estado equivocado, pero habría tomado la ciudad, y entonces Zaragoza se hubiera precipitado a dejar Guadalupe, si le hubiera dejado tiempo para ello.

Márquez, aunque no comparte de ningún modo las ideas del general de Lorencez, que él supone, temo que no sin razón, resig-

nado a esperar aquí refuerzos de Francia, se muestra dispuesto a subordinar, por el momento al menos, su acción a la nuestra, y se pone enteramente a nuestra disposición, sea para asegurar nuestras comunicaciones con Veracruz, o para cualquiera operación que se juzgue a propósito emprender. Pero si él llega a sentirse bastante fuerte para actuar solo, no es imposible que se decida a intentar un movimiento contra Puebla y que logre apoderarse de ella. Mientras tanto, está impaciente por ver llegar al general Douay, que se dice desembarcó en Veracruz el 16, y que debe, a estas fechas, estar en marcha sobre Orizaba con Gálvez.

Omito hacer mención de un sucio libelo dirigido supuestamente por los soldados mexicanos a los soldados franceses y distribuido secretamente a nuestras tropas cuando nos detuvimos en San Bartolo, el 3 de mayo. Esta innoble publicación, aquí anexa bajo el núm. 2, primero no había sido distribuida sino en un muy pequeño número de ejemplares, pronto suprimidos, y no se había hablado de ello al estado mayor, sino como de una infame maniobra que había quedado sin efecto. Pero cosa singular, desde el asunto del 5 de mayo, fue esparcida a profusión entre nuestros soldados (sin duda por varios franceses renegados, grandes especuladores de los bienes del clero que viajaban detrás del ejército), y si se cree al señor coronel Velazé, ésta no hubiera dejado de producir un enojoso efecto sobre nuestras tropas, sobre todo en lo que respecta al señor general Almonte.

Yo creo que es hacer demasiado honor a un cobarde calumniador, y muy poco a la inteligencia y al buen sentido de los soldados franceses.

III. PERSONAJES

VICTOR CONSIDÉRANT ANTE EL PROBLEMA SOCIAL DE MÉXICO

Silvio Zavala

Voy a presentar el guión de esta conferencia[1] en tres actos y un epílogo.

Acto primero

A raíz de la conquista cortesiana conviven en México dos "repúblicas": la de los indios y la de los españoles.

Muchos lazos de índole diversa —familia, religión, lengua, cultura material— irían con el tiempo acercando y mezclando a unos y a otros habitantes, hasta constituir el pueblo que hoy llamamos mexicano. Pero las violencias de la guerra, la disimilitud en los usos y costumbres, las urgencias de la explotación económica, hacían difícil en varios respectos ese ajuste.

En particular resultaron penosas las relaciones de trabajo en los campos, las minas, los obrajes. Y, para organizarlas, vemos aparecer instituciones compulsivas como la esclavitud, el servicio personal de las encomiendas, las tandas de trabajo forzoso y finalmente la retención de los servidores mediante deudas.

En los menesteres rurales esta última institución alcanza considerable desarrollo. En el siglo XVIII los mandamientos y las ordenanzas del gobierno virreinal tratan de imponer ciertos límites al poder de los amos, pero ya el *peonaje* —como vino a llamarse esa forma de

[1] Leída en la Casa de México de la Ciudad Universitaria de París, en mayo de 1959.

Historia Mexicana, vol. 7, núm. 3, enero-marzo de 1958, pp. 309-328.

dependencia— aparece enraizado en las costumbres y admitido en la legislación.[2]

Una vez concluido el movimiento de la independencia política, esa herencia social se mantiene en México a lo largo del siglo XIX, como ocurrió en otras regiones de Hispanoamérica bajo nombres diversos: *terraje* en Colombia, *concertaje* en el Ecuador, *enganche* y *yanaconazgo* en el Perú, *pongueaje* en Bolivia, *inquilinaje* en Chile.[3]

ACTO SEGUNDO

Lugar y tiempo muy distintos: Europa a mediados del siglo XIX. Los problemas de la revolución industrial se hacen sentir con agudeza. Graves agitaciones políticas conmueven a varios países en el 48. El socialismo utópico cuenta con figuras de relieve agrupadas en varias escuelas.[4]

El título de la obra de Fourier, *Théorie de l'unité universelle; le Nouveau Monde industriel et sociétaire* (1829), nos recuerda, a tres siglos de distancia, la aproximación entre la esperanza utópica renacentista y el hallazgo de América, tal como se produjo en el pensamiento de Tomás Moro y en las fundaciones de Vasco de Quiroga en la primera mitad del siglo XVI.[5] Edgar Quinet comentaba que no en vano Fourier y los otros visionarios nos han enseñado que México es "la capital natural del mundo". Fourier quería situar allí el *Magnat* del género humano.[6] Por su parte, uno de los más prominentes guías de la escuela fourierista, Victor Considérant, había escrito una obra sobre el tema: *Le socialisme devant le vieux monde* (París, 1848); y el periódico del grupo llevaba como título *Le Nouveau Monde.*

[2] Véase el ensayo sobre "Orígenes coloniales del peonaje en México", en mis *Estudios indianos,* México, El Colegio Nacional, 1949, p. 309 ss.

[3] *Cf.* Ángel Rosenblat, *La población indígena y el mestizaje en América,* Buenos Aires, 2ª ed., 1954, vol. I, p. 27.

[4] Como presentación de conjunto, véase Georges Bourgin, Jean Maîtron y Domenico Demarco, "Les problémes sociaux au XLX[e] siècle", en *X Congresso Internazionale di Scienze Storiche (Roma, 1955),* Florencia, 1955, vol. V, pp. 51-141.

[5] Véase mi estudio *Sir Thomas More in New Spain, a Utopian adventure of the Renaissance,* Londres, Canning House, 1955.

[6] *L'expédition du Mexique,* Londres, 1862, p. 5.

La unión de esta terminología de la reforma social con la de la geografía de los continentes situados a uno y otro lado del Atlántico era atractiva, y el exilio de algunos revolucionarios ayudó a realizarla. La visión de América como un campo fértil para la renovación de la sociedad tuvo consecuencias prácticas en varias regiones transatlánticas durante el siglo XIX. He aquí algunos ejemplos que varios estudios recientes permiten agrupar.

Hacia 1840, observa Merle Curti, todas las comunidades inspiradas por el experimento de Owen en Nueva Armonía habían cesado de existir. Pero en las décadas del treinta y del cuarenta queda preparado el terreno para el florecimiento de las ideas de Fourier. En 184 Albert Brisbane, miembro de una familia acaudalada de Nueva York, se convierte al socialismo utópico y publica su obra *Social Destiny of Man. El* esfuerzo de Brisbane, unido al apoyo que recibe el movimiento de parte de Horace Greeley en el periódico *Tribune,* de Parke Godwin en el *Post,* y de George Ripley en el *Harbinger,* tuvo como efecto la formación de cuarenta a cincuenta falansterios; sin embargo, no fueron de larga vida.[7]

Parece haber una mezcla de inspiraciones de Proudhon y de colonialismo en la Compañía Belga de Colonización que, en 1841, obtuvo en arrendamiento el distrito de Santo Tomás en Guatemala, cerca del golfo de Honduras. Leopoldo I nombra como comisario gubernamental a Édouard Blondeel, encargado por sus instrucciones secretas de negociar con el gobierno guatemalteco la erección de Santo Tomás en un Estado independiente; mediante la transferencia a Bélgica de los derechos de la Compañía de Colonización, podría luego ese Estado convertirse en colonia belga. Blondeel entabla conversaciones con el general Carrera en 1847, pero los tratos no llegan a ser ratificados. Más tarde un método semejante conduciría al establecimiento del Congo Belga.[8]

Eugéne Tandonnet dedica hacia 1842 una buena parte del pe-

[7] *The Growth of American Thought,* Harper, Nueva York, 1943, pp. 379-380.

[8] *Cf.* Albert Duchesne, "L'expansion mondiale de la Belgique sous le règne de Léopold premier, 1831-1865", en *La Nation,* Bruselas, Ministère de la Défense Nationale, Service d'Éducation de l'Armée, 1948, núm. 23; y, del mismo, "L'expansion mondiale de la Belgique sous le règne de Léopold II, 1865-1909", *ibid.,* 1949, núm. 26.

riódico *Le Messager Français,* que se edita en la sitiada ciudad de Montevideo, a la difusión de las ideas de Fourier.[9]

La revolución de 1848 en Francia iba a tener repercusiones insospechadas a través del Atlántico, como ha mostrado Francisco López Cámara. Llegan a México varios refugiados políticos que "se enorgullecen de estar proscritos". Entre ellos se encuentran René Masson, Gustave y Édouard des Fontaines, el doctor de Nolhac, Isidore Deveaux y otros. Colaboran en periódicos radicales: *Le Trait d'Union y L'Indépendant.* Masson y Barrés son señalados en los informes diplomáticos como personas a sueldo de Miguel Lerdo de Tejada, el ministro de Hacienda del gobierno liberal de México. Masson es presentado como amigo íntimo y secretario o especie de consejero privado de Lerdo. El punto VI de un programa de reforma sometido al presidente Comonfort proponía una ley que decretara el fraccionamiento de la gran propiedad, para distribuir entre los indígenas el excedente y aumentar así la clase de los propietarios.[10]

Las consecuencias de ese mismo movimiento del 48 hacen pasar a Bélgica, y luego a Texas, a Victor Considérant. Según los datos que proporcionan sus biógrafos,[11] había hecho estudios formales de matemáticas en la Escuela Politécnica desde 1826, entrado en el cuerpo de ingenieros militares en 1828, y obtenido el grado de capitán en 1854. Él mismo refiere que colaboró en proyectos de reforma urbana de la capital francesa, que más tarde se llevarían a la práctica bajo el imperio de Napoleón III. Estimaba que la teoría de Fourier era una ciencia; su afición a los estudios sociales le acompañaría hasta los últimos años de su larga vida, cuando frecuentaba las aulas del Colegio de Francia en busca de conocimientos que contribuyeran a resolver

[9] C. M. Rama, *Las ideas socialistas en el siglo XIX,* Montevideo, 1949.

[10] "Les socialistas et la 'Réforme" mexicaine', *Nouvelles du Mexique,* París, núm. 9, abril-junio de 1957, pp. 19-20.

[11] Véanse, por ejemplo, los siguientes estudios: Maurice Dommanget, *Victor Considérant,* París, 1929; Pierre Collard, *Victor Considérant (1808-1893): Sa vie, ses idées,* Dijon, Imprimerie Barbier, 1910; Hubert Bourgin, *Victor Considérant: Son oeuvre,* Lyon, Imprimeries Réunies, 1909; Clarisse Coignet, *Victor Considérant: Sa vie, son oeuvre,* París, F. Alcan, 1895; Ernest Descailles, "Le socialiste français Victor Considérant en Belgique", *Bulletins de l'Académie Royale des Sciences, des Lettres et des Beaux-Arts de Belgique,* 3ª serie, vol. XXIX, 1895, pp. 705-748; L. Bertrand, *Histoire de la démocratie et du socialisme en Belgique depuis 1830,* Bruselas y París, 1906, vol. I, pp. 32 y 189.

los problemas de la sociedad; reconocía que la solución era más difícil en Europa, donde el socialismo atemorizaba a mucha gente. A su paso por Bélgica Considérant propuso al rey Leopoldo I que abdicara voluntariamente, pues creía que la época de las monarquías había terminado. Esperaba el advenimiento de una era que llamaba de la "federación democrática universal".

América gana prominencia en su espíritu y considera que en ella y por ella se han de resolver, tarde o temprano, "las dificultades sociales y la gran cuestión europea". Aspira a fundar en Texas un hogar de libertad, de luz y de vigor pacífico, en el que se condensarían los elementos más avanzados y las ideas más progresistas de la humanidad. Tiene la impresión de que el europeo, apenas desembarcado, reconoce que ha puesto el pie en un mundo nuevo. Le parece que la libertad es la vida, el alma, el honor, la conquista y aun la razón de ser y la condición de la existencia del pueblo americano. Este pueblo siente que representa la libertad en el mundo y que le corresponde la guarda de ella para el futuro colectivo de la humanidad. El americano se encuentra naturalmente bien dispuesto en favor de las actividades innovadoras. América es ya el Occidente del Mundo, conforme a la gran significación histórica de la frase: lo que la joven Europa ha sido con respecto a la vieja Asia, la joven América llega a serlo ante la vieja Europa. El hogar de luz y de impulso social ha procedido siempre de Oriente a Occidente, como el sol. La sociedad americana es la obra de los elementos modernos: ciencia, industria, comercio, trabajo, paz, libertad. Si existe una región del mundo dispuesta admirablemente para recibir el taller de la elaboración práctica del problema del destino social, es Texas. No se trata de abandonar la patria europea, sino de preparar su salvación y la del mundo.[12]

Considérant había efectuado un primer viaje a Estados Unidos en 1852 y regresado a Bélgica en agosto de 1853. Una compañía de colonización fue creada en Bruselas, el 26 de septiembre de 1854, con capital de 5 400 000 francos; tenía el propósito de adquirir en Texas 20 000 acres de tierra, a una legua de la "pequeña" población de Dallas, sobre el West Fork de la Trinidad, cerca del actual suburbio de

[12] *Au Texas*, París, 1854, pp. 22, 82-84, 159-160, 172-173.

Oak Cliff. En diciembre de 1854, bajo la guía de Considérant, un centenar de colonos parte hacia Nueva York, en el barco *L'Union*. Otro grupo sale de Amberes, en el *Lexington*, en enero de 1855. Cierto número de suizos embarcan en abril en Bremen y arriban a Houston, desde donde emprenden el camino hacia Dallas en carretas tiradas por bueyes durante treinta días.

La colonia —llamada La Reunión— contaría en 1855 con unas trescientas personas. Parece que hacia fines de 1856 la mayor parte de los colonos ha abandonado el lugar; sin embargo, el fundador no ceja en su propósito, pues en 1857 publica un folleto sobre las dificultades y los remedios de la empresa.

Vuelve Considérant a Europa con permiso de algunos meses en 1859. Retorna a Estados Unidos y ve la ruina de su colonia consumada hacia 1863, a causa de la sublevación de los estados del sur. Se retira a San Antonio, y regresa a Francia, en agosto de 1869, al decretarse la amnistía.[13]

En 1868 Considérant sostuvo correspondencia con Ernest Renan sobre los orígenes del cristianismo. Este tema le había interesado en años anteriores, pues en su *Discours à l'Hôtel de Ville* (1835) se expresó en estos términos: "Les moyens mis en oeuvre depuis dix-huit siècles par le christianisme ont été impuissants ou contraires dans l'oeuvre du bien que se proposait Jésus". En consecuencia, "il faut que les moyens capables du bien soient autres que les moyens chrétiens". Extractos de sus ideas se publicaron bajo el título *Le so-*

[13] El biógrafo P. Collard, *op. cit.*, menciona en la p. 146 un folleto de 1854, con el título *Du Texas, y* en la p. 162 otro de 1857, intitulado *Au Texas, ou exposé fidèle des hauts faits de science sociale exécutés par les grands hommes de la Phalange et de la Démocratie Pacifique dans le Nouveau Monde.* En la Biblioteca Nacional de París se halla catalogado un folleto de Considérant bajo el titulo *Au Texas,* París, Librairie Phalanstérienne, 1854, 194 pp., R32269, y otro distinto, *Du Texas, Premier rapport à mes amis,* París, Librairie Sociétaire, 1857, Pb. 1530 (en este segundo folleto se cita en la p. 5 una segunda edición de *Au Texas).* El folleto de 1857 aparece firmado en San Antonio el 8 de agosto. Lota M. Spell, *Music in Texas,* Austin, 1936, pp. 55-58, da algunas noticias sobre la colonia; calcula que llegaría a contar con unos quinientos miembros, y dice que entre ellos había algunas personas de refinada educación, escritores, músicos, etc. (uno de éstos fue Allyre Bureau, que había sido director musical del Théâtre de l'Odéon, en París). La señora Spell me ha comunicado amablemente esta noticia, y la de que se encuentra en vías de publicación una obra del Dr. Moreau, del Rice Institute de Houston, sobre *The French in Texas.* Acerca de la colonia de Texas véanse asimismo P. Collard, p. 142 ss., y H. Bourgin, *op. cit.*, pp. 110-114.

cialisme c'est le vrai christianisme. Païens, convertissez-vous! (París, 1849). Por su parte, Renan manifestaba:

> Ce grand mouvement fut, en effet, pour une part, un événement social; mais il fut, avant tout, un événement religieux, et c'est justement pour cela que l'élément du socialisme qu'il impliquait réussit. La solidité d'une fondation est en raison directe de la quantité de dénuement, de sacrifice, d'abnégation qui a été déposée dans ses bases [...] L'intérêt temporel ne suffit pas pour tirer de l'homme le degré d'héroïsme nécessaire pour les oeuvres communes vraiment durables et grandes.[14]

Considérant vive largos años en París en la oscuridad. Recogido por su amigo Kleine, director de la Escuela de Puentes y Caminos, a quien deja sus papeles, muere en 1893.[15]

Acto tercero

¿Cuál es la relación entre Victor Considérant y México, entre el primero y el segundo actos de esta historia; es decir, entre el peonaje que trae su origen remoto de la conquista española del siglo XVI y el socialismo utópico que se desarrolla en Europa a mediados del siglo XIX?

Durante su permanencia en Texas, Considérant tuvo la oportunidad de entrar en contacto con los mexicanos de la frontera y de visitar los estados de Nuevo León y de Coahuila. Conocía "la rica Monterrey", y había tratado a Santiago Vidaurri. Ello ocurrió, explica en 1865, cuando dos años antes quiso ver un poco de México y buscar cactus en las montañas.

Considérant admitía honradamente que su conocimiento del

[14] Véanse P. Collard, pp. 165-166, 239; H. Bourgin, p. 32. Armand Cuvillier, *Hommes et idéologies de 1840,* Librairie Marcel Rivière, París, 1956, p. 102, comenta: "D'abord hostiles au christianisme, les fouriéristes avaient été amenés, en partie sous l'influence de Buchez, à se regarder comme les véritables chrétiens du XIX[e] siècle". Véase asimismo, del propio autor, *Buchez et les origines du socialisme chrétien,* Presses Universitaires de France, París, 1948.

[15] H. Bourgin, p. 10; P. Collard, p. 172.

país era insuficiente, por no haber visto sino una parte y muy deprisa; pero había concebido ideas que no carecen de interés para la historia social de México.

Explicaba que en todo lo que había podido encontrar acerca del país no descubría ningún documento que ilustrara la formación, sin duda sucesiva, del *derecho* especial —si era lícito profanar la palabra subrayada al emplearla en este caso— que regula el estado de las masas dedicadas a los trabajos manuales o serviles.

Había visto a un lado del río Grande el funcionamiento de la esclavitud, y al otro lado el del peonaje, y pensaba que la segunda institución —"híbrida y bárbara"— era peor. Insistía en que su punto de vista era el de un europeo nacido en la atmósfera de un derecho social ya limpio de mucho polvo de los tiempos bárbaros.

Procuró "catequizar" a Vidaurri sobre el punto que él juzgaba capital: la necesidad de abolir el peonaje. En 1864 escribió a N. con motivo de que Vidaurri deseaba ir por la costa a Francia; antes de partir había dicho Vidaurri a Considérant que iría a París para saber lo que deseaba la intervención, y, ahora que podía considerarse como un hecho cumplido, "tácher de lui faire porter les meilleurs fruits pour le pays". Considérant vuelve a tratar la abolición del peonaje en cuatro largas cartas que dirige al mariscal Bazaine el 15 de mayo, el 28 de mayo, el 2 de junio de 1865 y el 29 de junio de 1867.[16]

El autor manifiesta que no conoce a Bazaine, pero que se permite tratarlo "como a un antiguo camarada". Observemos que uno de sus biógrafos lo llama también antiguo camarada del general Cavaignac.[17]

El estilo de las cartas es desordenado y abunda en repeticiones. Los juicios son rigurosos y los adjetivos cortantes. Franceses, españoles, mexicanos y estadounidenses hallarán frases que pueden

[16] La primera carta aparece fechada en La Concepción; las otras tres no llevan indicación de lugar. Las cuatro se publicaron en forma anónima en un libro intitulado *Mexique. Quatre lettres au maréchal Bazaine,* C. Muquardt, Bruselas, 1868; este volumen se atribuye expresamente a Considérant en el catálogo de la Biblioteca Nacional de París, 16°, pd. 363 y lb. 56. Bourgin, p. 113, se limita a decir que las cartas "traitent du Mexique, de sa situation économique et politique, et des questions connexes".

[17] *Cf.* P. Collard, p. 117.

resultarles incómodas. Pero hay inteligencia, observación y un profundo interés humano.[18]

Había encontrado a los angloamericanos de la frontera dotados de mayor energía de propósito que los mexicanos; mas en lo que respecta a las facultades afectivas y sociales, le parecía, a la inversa, que mediaba entre éstos y aquéllos tanta diferencia como la del hombre a la ostra. La raza mexicana era a sus ojos uno de esos raros frutos silvestres dotados de las calidades de los frutos más refinados, y si pudiera decirse, *une race inculte très cultivée*. El bajo pueblo, el hombre del campo sobre todo, le parecía de índole excelente, de cortesía innata, mezcla exquisita de simplicidad y de deferencia junto a una dignidad de las más notables. En México y en las praderas de Texas había encontrado siempre, en los pobres jacales, la misma acogida hospitalaria, buena y verdaderamente conmovedora. Las mujeres le parecían las más dulces y compasivas criaturas que existían en el mundo. No juzgaba que estas virtudes encantadoras crecieran con la elevación del individuo en la escala del rango y de la fortuna; más bien hallaba lo contrario. Veía, en fin, la distinción natural del mexicano como de un género muy superior a lo que en Europa se llamaba "las maneras distinguidas".

Estimaba que los mexicanos poseían inteligencia, pero no la fuerte que combina, ahonda y crea, sino la abierta, fácil y a menudo espiritual o social, es decir, la que se distingue en las cosas de la vida de relación.

Creía que la idea de la justicia era capital entre los mexicanos. Había fungido como árbitro oficioso en sus querellas y descubierto la facilidad con que se les ponía de acuerdo, y sobre todo cómo el que carecía de razón lo reconocía fácilmente cuando se le explicaba por qué su pretensión no era justa. Los consideraba generalmente valientes, sobrios por temperamento y por hábito y aptos para ser fieles. Estas tres cualidades, y sus disposiciones a la alegría, a la sociabilidad y a la excitación pasional, podían hacer de ellos excelentes

[18] H. Bourgin, p. 8, distingue "la vigueur, la finesse et l'éclat de sa penseé', y lo llama "esprit souple et divers". En el parlamento francés se le tenía por "rêveur". La empresa de Texas puso a prueba sus facultades mentales hasta llegar a la crisis.

soldados. Los generales Taylor y Scott, si no se engañaba, habían reconocido que los mexicanos, bien mandados, serían muy buenos soldados.

Considérant juzgaba que el peonaje era una máquina bárbara como procedimiento económico y como motor del trabajo nacional. Consumía el 90% de la fuerza motriz en resistencias pasivas, en deterioraciones físicas y morales del operario, reduciendo el efecto útil al mínimo y elevando al máximo la suma de los efectos perniciosos. No creía posible la transformación del sistema y aconsejaba destruirlo radicalmente. Si se deseaba tener un ejército, un gobierno y un pueblo en México, había que suprimir el peonaje. Era la reforma verdaderamente democrática y social, sin la cual las otras, por excelentes que fuesen en sí mismas, no constituirían sino un sistema bastardo e hipócrita, "una realización del derecho conteniendo una negación categórica del derecho". No admitía que esa servidumbre, como se decía, fuera el solo medio de hacer trabajar al hombre de ascendencia aborigen. El peón, constitucionalmente libre, era un galeote a perpetuidad.

Había quienes pensaban en la inmigración de trabajadores europeos. "Mais, nom de Dieu!, si l'on veut faire un peuple mexicane, une nation mexicaine, ne pourrait-on pas songer aussi pour cela, d'abord ou au moins en même temes, aux mexicains eux-mêmes?"

Considérant estimaba de mayor interés la reforma de la sociedad que la reorganización política. De ahí que el programa del partido liberal mexicano le pareciera insuficiente. Pensaba que la falta capital de ese partido consistía en haber dejado subsistir el peonaje, después de haber promulgado leyes de reforma excelentes. Juárez era un indio, y sería ridículo poner en duda que se hubiera mostrado un representante enérgico de las ideas modernas y del derecho en México; en su fuero interno querría esa otra reforma, que parecía incumbirle en particular; evidentemente Juárez, indio, hombre de principios, hombre de derecho, ha debido anhelar la supresión del peonaje. Nuestro autor conjetura que no ha osado llevarla a cabo a causa de quienes le rodean y de su partido. Juárez debió proclamar la abolición del peonaje como un coronamiento indispensable de la Reforma, completando esa medida de emancipación con una

ley de concesión de tierras a todos los peones que hubiesen llevado las armas y servido honorablemente contra la intervención. Sólo la supresión del peonaje podía dar a México un ejército nacional capaz de arrojar a Forey al mar.

La adjetivación de Considérant se vuelve particularmente enérgica al condenar la intervención y el proyecto monárquico de los conservadores mexicanos. Maximiliano llegaba a México cargado de un triple pecado original contra el derecho y el espíritu moderno, el derecho y el sentimiento nacional mexicano, y el derecho, el sentimiento y el irresistible destino del continente americano.

En medio de estas sombras, Considérant ve en el mariscal Bazaine a un hombre que salva la causa liberal por haber devuelto al clero político de México a sus sacristías, por haber traicionado los ardores de la reacción, por haber rendido homenaje al hombre que, antes de la intervención, había sido la personificación del derecho moderno y de la fuerza regeneradora y victoriosa en México, es decir, a Juárez, cuya obra de reforma ha protegido, impidiendo a sus aliados tocarla.

La monarquía en América era un barbarismo intolerable e imposible. "Que l'on ait l'idée d'importer la monarchie et ces marchandises en Amérique, c'est une spéculation à faire rire les employés de la douane et les courtiers des ports de débarquement." Los Estados europeos se han formado por la guerra, han salido del feudalismo militar. La América —se refiere particularmente a la anglosajona, y en ello ve el verdadero origen de su preponderancia sobre los pueblos de origen español— se ha fundado por y sobre el elemento moderno. Si el Viejo Mundo puede aún soportar gobiernos dinásticos, el nuevo continente no puede admitir sino gobiernos electivos. "L'Amérique a choisi pour elle le self government, et le peuple de l'Union [...] est de fait le père du self government sur ce continent et le fils aîné de la famille des peuples américains." En ese elemento moderno reside, a su juicio, la atracción que el Nuevo Mundo, y sobre todo la parte en que la formación social es más avanzada, ejerce sobre las masas proletarias del Viejo Mundo.

Maximiliano debía mostrarse hombre de derechos modernos, posando en tierra su corona y haciendo un llamamiento a la voz ver-

daderamente espontánea y libremente declarada del pueblo mexicano. Y debía sobrepasar a Juárez como reformador; sobrepasarlo con toda la altura de la gran reforma social en México sobre las reformas político-burguesas de Juárez, con toda la altura, espesor y peso de la abolición del peonaje sobre la abolición de la mano muerta eclesiástica. Para que Maximiliano fuese el esperado Quetzalcóatl, debía proclamar la abolición del peonaje, y efectuar entre los peones una distribución de las vastas tierras vacantes o dejadas incultas en México. La reforma del peonaje y la restitución de las tierras al pueblo mexicano requerían condiciones, un sistema de precauciones y de medidas sin las cuales el beneficio escaparía pronto y sin provecho de las manos de los pobres mexicanos. Si Maximiliano no hacía esta emancipación, sería efectuada contra él por el americano del norte, con la salvedad de las tierras que cayeran en manos del especulador. Aun el americano esclavista, el del sur, rechaza el peonaje, lo tiene por monstruoso y lo ha hecho desaparecer delante de él a medida "qu'il a mangé du Mexique".

Habiendo vivido en la frontera de Estados Unidos y de México, Considérant se daba cuenta de la importancia que tenía esta vecindad para los destinos del país mexicano.

> Les deux races, la mexicaine et l'anglo-saxonne, sont contrastées en *mineur* et en *majeur*. La dernière, dans l'état encore fort grossier de développement où elle se trouve, surtout vers les frontières par où elle accomplit sa rude conquête sur la nature sauvage, dévore ce qu'elle rencontre. Malgré les intentions généralement bienveillantes et les mesures protectrices du *gouvernement central* envers les Indiens, l'Indien disparaît comme le Buffalo devant la marche de l'individu anglo-saxon. C'est le fait. La race mexicaine est donc menacée d'engloutissement par le flot qui avance sur elle.

Creía que era necesario que México armonizara su estructura política, civil y social con la de América del Norte si no quería ser devorado por ella. "Le boa n'avale qu'un boeuf; ces gens-ci avaleraient des troupeaux [...] Les appétits des rois les plus connus dans l'histoire ne sont que des mauviettes à côté de ces estomacs; c'est la

boulimie d'une race de Gargantuas dans sa croissance." La libertad religiosa y el carácter absolutamente privado de los cultos, la abolición del peonaje en el campo social, eran medidas que podían contribuir a lograr esa armonía entre los dos países. Para sustraer a las razas de lengua latina del diente del individualismo anglosajón, convenía cimentar la homogeneidad de los principios esenciales de la sociedad y del gobierno, la alianza fraternal, la prefederación de las dos familias. América estaba llamada a la unidad, conservando sus variedades. Maximiliano podía contribuir a preservar la raza ayudándola así armoniosamente en la gran unidad o destino manifiesto del continente americano, cuya iniciativa gloriosa había tomado desde hacía casi un siglo la familia americana del norte. América estaba destinada, según nuestro autor, a convertirse pronto, en los tiempos del vapor y de la electricidad, del estrecho de Behring al cabo de Hornos, en democrática y unitaria, es decir, americana.

El triunfo del norte sobre el sur en la guerra civil de Estados Unidos daba carácter de urgente a la interrogación sobre la actitud que el partido victorioso adoptaría frente a la presencia de las tropas francesas en México. No es extraño, por ello, que Considérant incluyera en sus cartas al mariscal Bazaine algunas explicaciones sobre la doctrina de Monroe y sus posibles repercusiones en Europa, materia acerca de la cual no creía que hubiera ideas claras en Francia.

Veía en esa doctrina, en primer término, el enunciado de un derecho negativo, defensivo, puramente protector de América contra las empresas de Europa.

En segundo término, bajo el nombre probable de "doctrina americana", observaba que confería a Estados Unidos "un droit légitime de haute intervention dans tous les États de l'Amérique, du l'étroit de Behring au cap Horn, y compris les dépendances géographiques de ce continent dans les mers".

En tercer término, auguraba que investiría a ese pueblo de otro derecho o deber "d'intervention dans les affaires de l'Europe ellemême. Ce troisième terme est la pleine antithèse de la doctrine de Monroe, quoique nullement en contradiction avec elle, puisqu'il se déduit de la même formule générale et n'est que la suite du développement".

No deja de advertir las dificultades que esta situación diplomática creaban a Juárez en su lucha contra la intervención: "Il en redoute peut-être plus un secours trop puissant qu'il ne craint Maximilien et les forces dont vous disposez vous même".

Hasta aquí este sumario de las observaciones, propuestas y predicciones de una rara inteligencia de utopista que ilumina, y al mismo tiempo envuelve en paradojas, las complejidades de la situación política, social e internacional de América en aquellos años decisivos de la segunda mitad del siglo XIX.

EPÍLOGO

¿Llegaron las cartas de Considérant a manos de Bazaine? ¿Tuvieron alguna consecuencia?

Faltan hasta ahora algunos cabos para afirmarlo o negarlo. Pero a reserva de que estudios ulteriores aporten una mayor claridad, sabemos ya lo siguiente.

Un egresado de El Colegio de México, Hugo Díaz-Thomé, ha localizado en el Archivo General de la Nación de México, en la colección de documentos del imperio[19] que conservó José Fernando Ramírez (caja 18), varias piezas referentes a las medidas que Maximiliano quiso poner en práctica con respecto a los peones del campo y las condiciones de vida de los indios. Está en vías de publicación ese estudio, del cual me ha permitido el autor consultar los textos siguientes.

Una comisión presidida por Francisco Villanueva y compuesta por Evaristo Reyes, F. Hernández Carrasco, Faustino Chimalpopoca y Víctor Pérez, presenta a Maximiliano, el 14 de marzo de 1865, un enérgico informe sobre las causas que más influencia han ejercido en mantener y prolongar la condición triste y deplorable en que se encuentran los habitantes que forman la mayoría de la población del país. La misma comisión acompaña en esa fecha un proyecto de

[19] Sobre la existencia de esta colección de documentos me llamó la atención la señora Susana Uribe de Fernández de Córdoba, bibliotecaria de El Colegio de México.

ley que ha redactado para la organización de un consejo administrativo encargado de promover la educación, instrucción y mejora social de los pueblos de indígenas y conocer de sus quejas y litigios sobre tierras.

Maximiliano hace preparar, de otra parte, varios proyectos de decretos: uno sobre el trabajo libre y las deudas; otro sobre el censo o padrón general; otro sobre el estado civil, y otro sobre las tierras de los pueblos.

Estos proyectos se comunican al mariscal Bazaine, quien envía sus observaciones a Maximiliano, en 24 y 29 de septiembre de 1865. También opinan sobre ellos el padre Agustín Fischer, el 26 de septiembre de 1865, y el consejero del gabinete E. Bumont, el primero en contra de la reforma y el segundo en pro (e incluso parece que había tomado parte en la redacción de los decretos). Maximiliano pide asimismo su opinión a Félix Eloin, de su gabinete privado.

Maximiliano manifiesta a Bazaine, en el borrador de la carta de envío del decreto sobre el trabajo, que a medida que estudia más a México se convence más de que sobre los siete millones de indios que forman la gran mayoría de la población hay que apoyarse para emprender y llevar a cabo la regeneración del país.

Bazaine responde que no duda del excelente efecto que producirían las intenciones generosas de Maximiliano, pero teme que los resultados no sean tan rápidos como sería deseable, porque los abusos que se trata de extirpar están arraigados desde hace largo tiempo, y es probable que los hacendados, por interés, procuren paralizar las buenas intenciones de Maximiliano. En su opinión, hay que impedir que el peón gaste tanto en las fiestas religiosas y procurar el aumento de su paga para permitirle la amortización de la deuda existente. Lo primero podría obtenerse por el establecimiento de la comuna y lo segundo por la atracción de capitales extranjeros para provocar la concurrencia. Pero no es partidario de la supresión brusca de las deudas o de la mitad de ellas, sino de una emancipación gradual para que el indio tenga tiempo de prepararse para su nueva situación. Estas observaciones de Bazaine influyen en la modificación de varios artículos del proyecto.

El artículo primero decía inicialmente: "Los trabajadores son

libres para emplearse adonde mejor les acomode, así como para contratarse por un tiempo que no exceda del término de un año, después de cuyo término podrán renovar el contrato". En su forma revisada se añadía: "sin embargo, los que están adeudados con sus patrones, deberán trabajar a su servicio hasta que hayan satisfecho completamente su deuda".

El artículo once ordenaba en el primer borrador: "El propietario no podrá hacer anticipaciones, a los jornaleros, que exedan *[sic]* del valor de tres meses de salario, y si lo verifican será de su cuenta y riesgo." En el texto revisado se lee: "Queda prohibido al propietario hacer préstamos a sus operarios: si lo hiciere será de su cuenta y riesgo".

El artículo diecinueve estipulaba en el primer proyecto que las deudas contraídas por los peones de las haciendas hasta el día se reducirían a la mitad; el resto se reembolsaría reteniéndoles la sexta parte del jornal; si el peón cambiaba de hacienda, su nuevo patrón sería responsable de la sexta parte expresada durante el tiempo que trabajara en su finca. El texto revisado ordenaba: "Las deudas contraídas por los jornaleros de las haciendas serán pagadas descontándoles la sexta parte del jornal".

El artículo veinte en el primer texto decía: "Los hijos no serán responsables de las deudas que contraiga el padre". Y en su forma revisada: "Los hijos no serán responsables al pago de las deudas que contraiga el padre, sino hasta la cantidad que hereden de él".

Las observaciones de Bazaine originaron la adición de cláusulas en favor de los operarios de panaderías, tocinerías y fábricas de jabón en las ciudades.

El artículo noveno prohibía al propietario obligar al jornalero a comprar efectos en la hacienda. El artículo diecisiete abolía en las haciendas la prisión, el cepo, los latigazos y en general todos los castigos corporales. El artículo veintidós obligaba a todo propietario en cuya finca hubiera más de quince familias a tener una escuela gratuita. En su forma definitiva el decreto se publicó el 19 de noviembre de 1865, en veintiún artículos.[20]

[20] *Colección de leyes, decretos y reglamentos que interinamente forman el sistema po-*

Según otra versión, que no se compagina del todo con las fechas y datos ya citados, en agosto de 1865 gobierna Carlota durante un corto viaje de Maximiliano. Presenta a los ministros y logra que se apruebe un decreto destinado a humanizar las relaciones de los propietarios de las haciendas con sus peones: los préstamos hechos a éstos no podrían pasar del equivalente de treinta francos; los hijos no responderían de las deudas de los padres; se garantizaba el pago de los salarios; se limitaban las horas de trabajo y se suprimían los castigos corporales. Carlota informaba a Maximiliano el 31 de agosto:

> Je viens de remporter le succès sur toute la ligne, tous mes projets ont été adoptés. Celui des Indiens, après avoir excité un frémissement au moment de la présentation, a été accepté par une sorte d'enthousiasme. I n'y a eu qu'un seul avis contraire. Forte de ce succès, je leur a développé des théories sociales sur la cause de révolutions au Mexique, qui ont procédé de minorités turbulentes s'appuyant sur une grande masse inerte; sur la nécessité de rendre à l'humanité des millions d'hommes et de faire cesser une plaie à l'aquelle l'indépendance n'avait porté qu'un remède inefficace, puisque, citoyens de fait, les Indiens étaient pour tant restés dans une abjection désastreuse. Tout cela a gris, à mon vif étonnement, et je commence à croire que c'est un fait historique?[21]

Quizás el entusiasmo de Carlota hubiera sido menos ingenuo en caso de conocer la historia colonial del peonaje, enterrada entonces en los archivos y al parecer desvanecida de la memoria de los hombres.

Este episodio tuvo repercusiones diversas entre los escritores de la época. Karl Marx comenta en *El capital:*

Los códigos de todos los pueblos en que el trabajo es libre regla-

lítico, administrativo y judicial del imperio. Tomo sesto. Ministerio de Gobernación, México, Imprenta de A. Boix a cargo de M. Zornoza, Calle del Águila número 13, 1865, pp. 185-187. El decreto fue reproducido por J. Jesús Castorena, *Tratado de derecho obrero,* México, 1942, pp. 114-117. En la primera de las obras citadas se incluyen las leyes sobre creación de la junta protectora de las clases menesterosas (p. 183), sobre el registro civil (p. 189) y sobre tierras y aguas (p. 199).

[21] Sobre este episodio, cf. comtesse H. de Reinach-Foussemacne, *Charlotte de Belgique, impératrice du Mexique,* París, 1925, pp. 225-226.

> mentan las condiciones de rescisión del contrato. En varios países, particularmente en Méjico (antes de la guerra civil americana también en los territorios separados de Méjico, y de hecho en las provincias danubianas hasta los tiempos de Kusa), la esclavitud está disfrazada bajo la forma de *peonaje.* Por medio de adelantos, a deducir del trabajo, y que se transmiten de generación en generación, no sólo el trabajador, sino su familia, pasan a ser de hecho propiedad de otras personas y de sus familias. Juárez habla abolido el *peonaje.* El titulado emperador Maximiliano lo introdujo de nuevo por un decreto que en la cámara de representantes de Washington fue denunciado, con razón, como un decreto para el restablecimiento de la esclavitud en México.[22]

Ignoro el origen de la versión de Marx, pero no fue el único autor del siglo XIX que acogió ese relato.[23]

En la misma edición de las cartas de Considérant a Bazaine figura una nota —al pie de la página 8, donde el editor pone fecha a su prólogo en Bruselas, enero de 1868—, en la que se explica:

> Au moment où nous imprimons ces lignes, nous apprenons, par une correspondance du Messager franco-américan, que le lendemain de l'ouverture du Congrès mexicain (décembre 1867), Juárez se disposait d'élaborer une loi portant abolition de l'institution sociale dont il est ici question, à savoir du Péonage, servage mal déguisé d'une grande partie de la population indienne, et dont l'auteur des *Lettres* donne la définition et la triste description.
>
> On peut prévoir que cette loi rencontrera l'opposition du plus grand nombre des *hacienderos* ou grands propriétaires mexicains, de

[22] Marx, *El capital,* Madrid, 1931, p. 123, nota 1.

[23] Marx conocía las ideas de Considérant, según se desprende de ciertas analogías que se han señalado entre el *Manifeste de la démocratie au XIX^e siècle* (redactado por Considérant en agosto de 1843, publicado el mismo año y reeditado en 1847) y el *Manifiesto del Partido Comunista* de Marx y Engels (publicado en 1848); pero también hay diferencias entre uno y otro texto, sobre todo porque Considérant era demócrata pacífico. *Cf.* [B. Souvarine], "Matériaux d'histoire sociale. Le Manifeste de la Démocratie au XIX^e siécle de Víctor Considérant", en *Le contrat social,* París, Institut d'Histoire Sociale, vol. I, núm. 3, julio de 1957, pp. 190-202.

même que l'abolition de l'esclavage a été combattue par les planteurs des États du Sud: mais Juarez, représentant de la race rouge du Mexique sur laquelle tombe presque exclusivement le Péonage, ne laissera pas inachevée l'œuvre qu'il vient de commencer résolument, et que l'auteur des *Lettres* espérait voir accomplir par Maximilien. Cet espoir a été déçu, car Maximilien, malgré ses bonnes intentions, cédant à la pression des grands propriétaires qu'il voulait se rallier, dans la déplorable situation qu'on lui avait faite, avait aggravé le sort des *peones,* en consacrant par un décret l'autorité des maîtres. L'abolition du péonage que l'auteur des *Lettres* a si vivement provoquée, est un signe du temps; elle répondra à deux sentiments qui, de jour en jour, exerceront plus d'empire: celui de la justice et celui de l'humanité.

El aspecto internacional a que se refiere Marx se halla recogido en otros testimonios de la época: el embajador francés en Estados Unidos envía al ministro del gabinete de su país un parecer del *attorney* de Estados Unidos que declara ser el peonaje esclavitud y llama la atención del gobierno francés sobre ese modo indirecto de trasladarla a México.[24]

Frente a las versiones de Marx y del editor de Considérant se encuentra, de pluma del historiador mexicano Justo Sierra, la siguiente explicación:

> Su empeño [de Maximiliano] en manifestar su gratitud a los indígenas, cuya pasiva adhesión a sus curas y a cuantos les ofrecían redimirlos del tributo y de la leva confundía Maximiliano con la adhesión a su persona, lo llevó al *socialismo de Estado,* y decretó la redención de los siervos de las haciendas, de los *peones,* en una ley inejecutable, por desgracia, pero animada de un admirable espíritu de equidad.[25]

En realidad ni Juárez ni Maximiliano lograron efectuar la abolición del peonaje a través de los agitados años de la Reforma, de la intervención, del imperio y de la república restaurada.

[24] *Cf.* José Fernando Ramírez, *Obras,* México, 1904, vol. IV, p. 368.
[25] *Evolución política del pueblo mexicano,* 2ª ed., México, 1940, p. 393.

En la era siguiente del porfirismo, tanto la hacienda como la dependencia de los peones continuaron caracterizando la vida del campo mexicano.

Sólo a partir de la revolución iniciada en 1910 se implantaron las reformas sociales avizoradas en el siglo XIX, y México puede verlas ahora como una de las bases de su desarrollo moderno.

PEPITA PEÑA Y LA CAÍDA DE BAZAINE

J. M. Miquel i Vergès

Pepita Peña es antítesis de Francisca Agüero.[1] Batalladora desde la época en que Bazaine la corteja en el México imperial, en aquel entonces contra el chisme y la irónica sonrisa, no ceja en su lucha hasta que la muerte del mariscal, acaecida en Madrid, cierra el último capítulo de su vida novelesca.

Bazaine, en cambio, tiene algo de Prim. La carrera militar ha sido para los dos dura y ruda; no ha habido academia; la academia, la guerra, y el ascenso, el heroísmo y la abnegación.

Nacido en Versalles el 13 de febrero de 1811, crece frente a las mismas inquietudes ambientales; los tres años que separan a Bazaine de Prim no son suficientes para distanciarlos, pero si, acaso, el escenario de los acontecimientos. Las carreteras de Francia, cuando Bazaine juega con soldados de plomo, parecen retener todavía las huellas de la *grande armée* perdida en el ocaso de una gloria que pugnará por renacer. Los caminos de España ensangrentados por la ofensiva y retirada francesas no han cesado en su púrpura; sangre de hermanos mantiene el delirio que se despertó cuando la invasión y no cesó después de la retirada. Francia se encerraba en la meditación mientras España abría todas las peligrosas puertas del individualismo guerrero. Prim encontró el ambiente en la guerra civil; Bazaine lo fue a buscar en la legión extranjera. Prim y Bazaine estuvieron siempre muy cerca y no se cruzaron jamás. Incluso para hacer más sorprendente la coincidencia, los dos enlazaron sus vidas con mujer mexicana.

Historia Mexicana, vol. 11, núm. 4, abril-junio de 1962, pp. 546-574.

[1] Véanse *Historia Mexicana,* vol. IV, núm. 4, abril-junio de 1955. J. L. Blasto, *Maximiliano íntimo.*

Demos muchos pasos adelante para volver luego al inicio. Mientras Bazaine no se resignaba a su cautiverio en la fortaleza de Santa Margarita, célebre por haber estado en ella la famosa Máscara de Hierro, hilo interminable de leyendas, hoy esclarecidas, su esposa, la mexicana Pepita Peña, trama un plan de fuga, plan audaz, inverosímil casi, pero no en balde la emperatriz de Francia, la española Eugenia de Montijo, le dirá en tono de melindre, desusado en ella: *Mais ma petite marechale, l'histoire s'occupera de vous avec avantage...*

Dicho que al fin resultó desmentido por los hechos, por lo menos en México. Apenas si en la heterogénea balumba de los acontecimientos del efímero imperio de Maximiliano suena su nombre. Las crónicas de la época hablan de su boda, de la pompa afrancesada del banquete, del atuendo de las damas, del porte gallardo —adjetivo muy del siglo—, de los caballeros, con sus uniformes deslumbrantes por las condecoraciones. Y sin embargo, ella, poco tiempo después del suntuoso festejo, desaparece del escenario mexicano. Su vida estará en París primero, más tarde en Madrid. No hay que olvidar que Josefa Peña cuenta tan sólo diecisiete años cuando enlaza su vida con Bazaine, a quien podríamos calificar de último virrey, aunque a decir verdad ninguno tuvo ni retuvo, como él, tanta autoridad, mando que incluso llegó a fastidiar a Maximiliano, al fin de cuentas su juguete trágico.

Corpulento aunque no rechoncho, el mariscal tiene cincuenta y cuatro años cuando su boda con Pepita, pero debió aparentar muchos más, ya que Blasio, en su *Maximiliano íntimo,* nos dice: "llamó mucho la atención este matrimonio, pues el mariscal aunque fuerte y vigoroso era ya un hombre de sesenta y tantos años".[2] Pero con el tiempo a cuestas y su viudez de una española (María Soledad Tormo), en los recuerdos, Bazaine bailaba habaneras y lanceros en los festejos de la corte con Pepita Peña, nieta de uno de los hombres iniciadores de la independencia, sobrina de un antiguo presidente de la república. Con su casamiento daba fe al refrán castellano: "moza lozana, la barba cana".

[2] *El emperador Maximiliano y su corte. Memorias de un secretario particular,* México, Librería Viuda de C. Bouret, 1905, pp. 74-77.

El destino, un destino dramático, la llevaba ya entonces asida de la mano.

Se conocieron el 15 de agosto de 1864. Bazaine daba en el palacio de Buenavista, que había sido de los Pinillos, un gran baile, el primero desde la llegada de Maximiliano y Carlota. En aquella fiesta Pepita iba ataviada con un vestido azul y estaba algo deslumbrada por el ambiente. La invitación se la había proporcionado un primo hermano suyo, Enrique Peña y Barragán, quien, al decir de algunos, resistía la confabulación familiar para que se casara con Pepita. De ser verdad esta versión, aquel inicio de festejo con Bazaine debió caerle de maravillas.[3]

Pepita, huérfana de padre, vivía con su madre en casa de una tía, Juliana Azcárate, viuda del que había sido presidente de la república, Manuel Gómez Pedraza. Los Azcárate y los Pedraza eran familias de abolengo en el México del XIX, en el cual, a pesar de los trastornos políticos a partir de la lucha por la independencia, el resquiezo que quedaba de la época colonial permitía mantener, aunque con luz débil, el esplendor criollo de la última década del setecientos.

Su primera danza, aquella noche, con el mariscal Bazaine, fue un vals, muy de la época y que la llevaría, con otras notas, a revolotear por el mundo.

A partir de aquel día el hombre fuerte del débil imperio pierde algo de su antipática presunción. Los vecinos de la calle del Coliseo Nuevo, donde vive Pepita, atisban al mariscal que, como cualquier mozuelo, anda y reanda frente a la casa de su amada y, en algunas oportunidades, a caballo y acompañado de su vistosa escolta de virrey. Resultaría teatral el desfile y un tanto jocoso el mariscal, con sus años, caracoleando el caballo árabe ante los ojos complacidos de Pepita, quien saludaba al galán levantando la mano.

La familia juarista, por cierto, parecía también complacida; por lo menos aquel relucir de uniformes franceses impresionaría asimismo a la señora Azcárate, viuda de Peña.

De fiesta en fiesta, de baile en baile, se desmadejaba el hilo y

[3] Manuel Romero de Terreros, *La corte de Maximiliano. Cartas de don Ignacio Algara*, México, Editorial Polis, 1938.

en uno de ellos, en el de carnaval, se llegó al ovillo. Pepita Peña fue pedida en matrimonio por Bazaine. Las sonrisas irónicas de la alta sociedad mexicana, en algunos aspectos afrancesada, se mutaron en expresiones de sorpresa. La emperatriz había contribuido mucho a la decisión. Quizá ya de entonces no estaba cuerda.

A raíz del nacimiento del primer hijo de Pepita y de Bazaine, los emperadores aceptan el padrinazgo del niño, pero ya es ésta la última escena del primer acto de su aventura iniciada en México. Otro hijo nació cuando ya se hacían los preparativos de la huida (en términos militares retirada), del ejército de Bazaine.

En 1867 veintiocho mil franceses embarcaban en Veracruz; en el último barco que levó anclas iba Bazaine. El dorado sueño americano del segundo imperio francés había terminado.

Resignada a estar en la capital de Francia, en el París de sus ensueños de adolescente, Pepita, con sus dos hijos y una doncella mexicana llamada Dolores, pasea por los Campos Eliseos y asiste con su esposo a las fiestas y recepciones a que da lugar la exposición.

En aquel año, París es la ciudad más deslumbrante de Europa; allí acuden el zar de Rusia y el rey de Prusia, pero Bismarck ya puede observar que detrás de la aparatosidad del ejército imperial, con uniformes de lucidos colores, hay un fondo de lamentable ineficacia.

En aquel ambiente un tanto exótico para un mexicano ¿no añoraría Pepita el México imperial, cuando bailaba con el emperador la cuadrilla de honor en los bailes de palacio? A pesar de todo hay bastantes datos para sospechar que Pepita se resistió a salir de México, donde en los últimos meses, después de la partida de Carlota, era ella la emperatriz. La adulación de los afrancesados no tenía límites.

El proceder de Bazaine en México el imperio francés quiere olvidarlo después del estallido de los fusiles en Querétaro, pero en cambio los emperadores, compensación limitada, lo distinguen y lo reciben en la corte con Pepita, quien habla frecuentemente en castellano con la emperatriz. Esta distinción le amortigua algo el pesar por la pérdida de su primer hijo, a quien, por lo visto, el padrinazgo de Maximiliano y Carlota puso en mal camino.

Cuando nace una niña del matrimonio, otros emperadores la apadrinan, esta vez Eugenia y Napoleón, y la niña es bautizada con el nombre de pila de la emperatriz. Apenas empieza entonces el segundo acto.

En 1870 hay inquietud en Europa; el segundo imperio está viejo y simbolizado por el propio Napoleón con los múltiples tintes de su cabello; sin embargo nadie se da cuenta de ello y menos Pepita, quien "fue vista en la primera Corte de cuaresma, luciendo un vestido de gasa, tafetán y satén en tres tonos de verde, con una mantilla de encaje sobre sus hombros y unas hojas de terciopelo en su cabello". Las damas españolas, o de lengua castellana, estaban de moda en la corte imperial. Pepita lucía, además del atavío, sus veintidós años.

Generalmente las guerras de antaño nacían acompañadas de un indescriptible entusiasmo popular. Este hecho se produjo en Francia en 1870. Nadie, o muy pocos, preveían la derrota, aunque entre ellos estaba Bazaine, de quien se dice que dijo al partir para el frente: *Nous marchons à un desastre.* En contraste, sonaba en París y se extendía por Francia la frase más que insensata de Eugenia de Montijo: *Ce ma guerre.*

Gritos de aflicción, de socorro y de angustia, sonaban al poco tiempo alrededor de Metz y después de Sedan, en réplica a las voces callejeras de la capital de Francia, al estallar el conflicto. Las tropas francesas se retiraban a Metz poco más tarde de la pérdida de Alsacia por Mac-Mahon. La sombra fantasmagórica de Napoleón I se había desvanecido, en el fulgurar de los cañones prusianos; tan sólo, como una caricatura trágica, quedaba el emperador, con su enfermedad, entonces incurable. Sobreponerse al dolor resultó quizá su único timbre de gloria en el desastre.

No hubo en aquella retirada francesa nada de la de 1914 y sí mucho de 1940. Incluso entre las voces republicanas que desde París clamaban por el retiro de Napoleón del frente parece que se mezcló la de Pepita Peña, más que enterada del descorazonamiento de su esposo. Napoleón era un estorbo y Francia quería depositar su última esperanza en Bazaine. Por eso cuando se habló de una suscripción para regalar a Mac-Mahon una espada de honor, Pepita Peña replicó:

"Si es así como recompensan la derrota ¿qué piensan hacer con el vencedor?"[4] No había otro posible vencedor que Bazaine.

Sin embargo Bazaine no fue, hasta unos días después, sino un juguete del emperador.

Si un Napoleón no mandaba su ejército, la dinastía se desmoronaba. Al último lo dejó, pero el ejército era, como él mismo, un cadáver malandante por carreteras en las cuales acechaba la muerte.

Después se dirá, incluso por defensores del general, que sus años contribuyeron a una supuesta ineficacia y que su matrimonio con una jovencita mexicana de diecisiete años hubo de contribuir a su prematura vejez. Ni esto faltó en la maledicencia; algunos vieron en Pepita Peña un factor en el desastre de 1870. El despecho que nace de las derrotas es a veces más apasionado que el orgullo engendrado por las victorias.

Famélicos los hombres, muriéndose cada día a centenares los caballos por falta de pienso, el ejército de Bazaine estaba hora tras hora más imposibilitado para acción alguna. Había de resignarse a la suerte de todos los sitiados en el curso de la historia. Mientras tanto se sabía que las tropas prusianas envolvían París.

Después de mil y una negociaciones fracasadas, la alternativa de los ejércitos prusianos fue ésta: "rendición incondicional". El 27 de octubre los alemanes aprisionaban en Metz el último ejército del imperio: ¡117 000 hombres!

No ha de haber entonces ecuanimidad para el vencido y prisionero Bazaine. Una proclama de Gambetta, en la cual, por cierto, se aludía a México, terminaba así: "Bazaine a trahi". Esto, en otras palabras, quería decir: Francia no ha sido vencida sino traicionada por el imperio. Thiers ya había calificado a Gambetta como frenético. La espada entregada por Napoleón no era la espada de Francia. La guerra continuaba sobre las ruinas del imperio vencido en Sedan.

Una cosa era Francia y otra un enfermo emperador hecho prisionero en el frente. Los estudiosos de la historia de Francia no conocían otro suceso semejante que el de Francisco I en la batalla de Pavía.

[4] Philip Guedalla, *Los dos mariscales,* Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1948, p. 173.



Bazaine en la época de su proceso
(*L'Illustration*, París, 4 octubre de 1873).

Cuando se constituyó el gobierno de la defensa nacional, el ministro de Negocios Extranjeros declaró, a fin de disipar cualquiera duda: "No cederemos ni un pie de terreno ni una piedra de nuestras fortificaciones". Y hasta su alcance cumplió la promesa. Los alemanes en más de una ocasión pensaron seriamente en levantar el sitio de París. Pero cuando se acabaron incluso las ratas para alimentar a la ciudad, la capitulación resultó inevitable.

La mancha de traición —así es la política— alcanzó incluso a Pepita, la cual, para librarse de una detención a todas luces injusta, hubo de refugiarse con su madre en una embajada. Antes había aparecido en Tours, donde estaba el gobierno, con el deseo de reunirse en el frente con Bazaine. Este episodio ya explica su proceder cuando el cautiverio de Bazaine en Santa Margarita, ya que en aquel entonces estaba encinta, a punto de ser madre nuevamente. La supuesta traición de Pepita no resultó, no obstante, obstáculo para que Gambetta le pidiese su colaboración para descifrar unos de los últimos mensajes de Bazaine, la clave de los cuales había quedado en París. No había habido globos para los documentos.[5]

Mientras duraba todavía la guerra, Pepita pudo reunirse con Bazaine en Cassel.

Pepita, la mexicana Pepita Peña, tuvo entonces un gesto muy francés, aparatoso, simbólico y poético: mandó buscar un saco de tierra de Lorena y la extendió bajo su lecho de parturienta. Este proceder de Pepita agradó tanto a Bazaine que, emocionado, escribió al emperador cuando el nacimiento del niño: "Les prussiens ont un prisonnier de plus". En aquella guerra jugaron tanto las frases como las armas.

Reyes en el exilio no han escaseado nunca a partir del siglo XIX. Actualmente se ha acrecentado su merodear. En aquel entonces, después de la proclamación del imperio alemán en Versalles, están en Suiza, donde acude Bazaine después de la paz, la reina Isabel II y su hijo Alfonso, más tarde Alfonso XII. Prim los ha expulsado de España con la revolución de septiembre, la cual no desembocó en una

[5] El gobierno y altos funcionarios salieron de París en globo. Esto constituyó, en aquel entonces, una hazaña venturosamente repetida.

república, sino en una monarquía democrática y en la persona de un rey inadaptable en España: Amadeo de Saboya.

Por lo visto el destino de padrinos reales persigue a los hijos de Pepita y de Bazaine. El niño nacido en Cassel, sobre tierra de Lorena, lo apadrinarán Isabel II y el futuro Alfonso XII; por eso llevará el nombre del pretendiente a la corona de España: Alfonso.

Olvidado de unos, calumniado de los demás y con muy pocos partidarios, Bazaine se enternece con la aceptación de este padrinazgo. ¿A qué se debió? Se comprende el de Maximiliano y el de Carlota para el primogénito; el de Napoleón y el de la emperatriz para Eugenia, pero el hijo nacido en Cassel, ¿a qué tal deferencia? Es una historia vieja.

Suenan en España, en 1835, cañonazos y descargas de fusil. Hay un pretendiente, don Carlos, y una reina niña; con ellos dos bandos dispuestos a vencer o a morir. Y en el bando de la reina niña, Isabel II, se alista Bazaine, salido de las ardientes arenas de África, donde había empezado su carrera de armas en la legión extranjera. Al desembarcar en Tarragona con sus compañeros, "nobles proscrits ennemis de tyrans", como rezaba un fragmento de la canción de guerra de aquellos legionarios, cuenta tan sólo 24 años. Por allí anda también, por aquellas fechas, otro soldado de 21, con el cual ha de rozar muchas veces en su vida, sin enfrentársele nunca: Juan Prim.

Cuatro años pasó Bazaine en España, en el campo cristino, ascendiendo y observando a los generales, políticos casi todos, o por mejor decir, políticos vestidos de generales, los cuales se encaramaban en los cadáveres para asumir actitudes melodramáticas. Bazaine luchó con heroísmo en Pons, en Huesca, en Tortosa y en otros escenarios. Después de la heroica muerte de Conrad en el campo de batalla, Bazaine era la figura más destacada de la legión. Sin embargo, el oficial francés estaba atónito; no tenía capacidad para comprender cómo después de la victoria de España sobre Napoleón I sus moradores se despedazaban en una guerra que ni dinástica era; tan sólo se esgrimían personalismos y lemas capaces, por lo visto, de todo aquel desbarajuste, típicamente español. En disculpa de España es necesario decir que siempre ha gustado, en las guerras civiles, de lemas rimbombantes y trilógicos. Si cuando Bazaine se remataba a los heridos

al grito de "Dios, Patria y Rey", bordoncillo curioso y sarcástico, pues resultaba un Dios de venganza, una patria que destrozaban y un rey que no reinaba, últimamente, en pleno siglo XX, se fusilaba a los poetas al alarido de "Una, Grande y Libre".

En España, a Bazaine, luchando por Isabel II, se le ensombreció el rostro y mantuvo el rasgo de por vida. Pero se llevó algo más de esta facción: la Cruz de Carlos III, la de Isabel la Católica, junto con la alta distinción de la orden militar de San Fernando y, todavía, una experiencia que le servirá mucho en México: la de que a veces, especialmente en las contiendas civiles, la batalla es lo de menos y la escaramuza lo de más.

Desde el día que partió de España le han acontecido muchas cosas al militar, caído al fin en Metz, pero en la desgracia la destronada reina de España no olvida al hombre que blandió la espada por su trono. He aquí la explicación de aquel padrinazgo real. La reina de España, tan veleidosa, fue en todo momento —títulos y honores lo proclaman— pródiga para los que por ella lucharon.

El fastidio consume a Bazaine durante aquellos días en Suiza. Además no tiene un centavo y vive casi de milagro. El estribillo calumniador,

As-tu vu Bazaine
A la Porte des Allemands
Vendre la Lorraine
Pour deux cent mille francs?

que había sonado antes por las calles de Metz, resultó a todas luces el producto de una de tantas maledicencias con que los vencidos intentan en algunas oportunidades cubrir sus derrotas. Para casi todos la catástrofe era obra del imperio y Bazaine era el mariscal del finado imperio, con el cual mantenía todavía relaciones con mensajes al ex emperador.

Pepita, en Suiza, no tiene tiempo ni para la correspondencia, ya que incluso la servidumbre, a excepción de la doncella mexicana, ha abandonado a la familia. Con su madre atiende la casa y está al cuidado de los hijos. El esplendor de antaño se ha empañado para siempre.

A Bazaine le importa volver al servicio activo y reivindicarse de las calumnias. Francia necesita un militar como Bazaine, pero pesa más el mariscal del imperio que el soldado, y el gobierno lo deja sin mando cuando a la edad de sesenta años regresa a la patria con su familia. Corre entonces el mes de septiembre de 1871. Antes, empero, siempre fiel al imperio, había solicitado permiso al ex emperador que iba consumiéndose poco a poco en su retiro de Inglaterra. El viejo Napoleón III accedió emocionado; todo el mundo habíase alejado de él y no ha de transcurrir mucho tiempo para que un viejo militar de sus fuerzas, Mac-Mahon, sea presidente de la república. Bazaine, por lo menos —pensaría Napoleón—, es de la cepa de los mariscales del primer imperio. En el mensaje de Napoleón a Bazaine no faltaron unas palabras para Pepita. Él y Eugenia no la olvidaban.

Resuena todavía por Francia, y especialmente por París, el grito de "traición en Metz"; el traidor, naturalmente, es Bazaine, quien para reivindicarse pide una investigación y así, por el camino de la nobleza, llega a las fauces del lobo. Thiers, para quien Bazaine fue siempre "notre glorieux Bazaine", no gustaba de esta investigación, especialmente por no hacer revivir las ya un poco debilitadas pasiones, pero Bazaine insiste e insiste; le pesa la mancha de lodo que muchos lanzaron sobre su uniforme de mariscal y esta insistencia hace nacer nuevos reproches de sus adversarios. El tema de Metz vuelve a estar de actualidad en libros y en artículos; para atajar la mentira y los abusos, Bazaine mismo solicita un consejo de guerra. Parece que esta solución fue sugerida por Thiers a Pepita en una larga entrevista. Para Thiers —dice Phelip Guedalla—, Bazaine seguía siendo "notre premier général", e informó a Pepita que a su criterio era el único camino para que su esposo saliera del círculo cada día más cerrado de la calumnia.

Aguardar le era difícil a Bazaine; la vindicación le obsesionaba. Cuando se enteró que en su pueblo natal, en Versalles, iban a escenificarse los acontecimientos anhelados, se declaró él mismo detenido en su casa de la avenida Picardie y mandó a Pepita a un convento. En la gran prueba de su vida necesitaba el tranquilo aislamiento que conduce a veces a la serenidad.

Se escogió, para el juicio, el Gran Trianon. Unidos en la espera, en una larga y fastidiosa espera de diecisiete meses, Bazaine y Pepita sintieron el paso fatigoso de aquellos días de incertidumbre. Entre tanto habían sucedido acontecimientos notables para el detenido: Napoleón III había muerto; Pepita enfermaba de cuidado en su retiro conventual y Mac-Mahon, el que sabía más que nadie —al decir de Bazaine—, por qué las tropas francesas se retiraron a Metz, era presidente de la república. En contraste con las malas noticias se sentía, en su prisión voluntaria, alentado por la presencia de amigos, uno de los cuales le conturbaba un poco: era el futuro rey de España, Alfonso XII.

Corría ya el año de 1873 cuando el día 6 de octubre empezó el consejo de guerra con la lectura del secretario, en voz monótona, de los servicios de Bazaine desde que se inició en la legión extranjera como soldado raso. He aquí, para muchos, un punto de partida poco honorable. El mismo Bazaine experimentaba en este aspecto lo que se ha convenido en llamar complejo. Desde México escribía a su hermana:

> No puedo negar mi humilde origen y no me cabe duda de que el proceder del pueblo y haber salido de sus filas es la causa de que los envidiosos me persigan, especialmente desde mi promoción a mariscal; los oficiales que proceden de las escuelas especiales no pueden perdonármelo.[6]

Y este complejo lo siente también en Metz. Quizá fue, en campaña, su principal defecto. Lo ató a una discreción que no careció de grandeza. Recordando África, dijo en el proceso, hablando de su ejército en Metz: "pensé que no tenía derecho, por una gloria vana, a sacrificar aquellas vidas que eran tan preciosas para su país y sus familias". ¡Lástima que no pensara igual en México!

De todas maneras no vayamos a creer a pie juntillas lo dicho por Bazaine sobre su origen. La familia pertenecía a la alta burguesía; su padre fue un distinguido ingeniero que prestó sus servicios en

[6] Philip Guedalla, *op. cit.*, p. 130.

Rusia con el grado de lugarteniente del imperio. Su hermano, educado en la Escuela Politécnica, fue después uno de los más destacados constructores de las vías férreas, y su hermana contrajo nupcias con un célebre ingeniero de la época, apellidado Chapeyron. El mismo François Achille cursaba la carrera de abogado en la Universidad de París (1831) cuando Francia se encontró amenazada por una guerra europea. Entonces se alistó, como simple soldado, en el ejército francés. Seguramente lo que pesó en Bazaine fue su modesta entrada en las fuerzas de Francia, ya que de su formación intelectual hablan sus escritos y, muy alto, sus cartas familiares, algunas modelo de estilo epistolar.

En contraste con el origen militar del procesado, el presidente del tribunal es un príncipe de la casa de Orléans: Enrique Eugenio de Orléans, duque de Amaule, hijo del rey Luis Felipe y hermano del duque de Montpensier. En aquel entonces está ya viejo y ha pasado por unos largos años de exilio, pero en su juventud incluso fue uno de los candidatos a la mano de la reina niña de España, Isabel II. Lo que olvidaban todos, y Bazaine mismo, era que del pueblo y únicamente del fogueo en las batallas habían surgido los mariscales de Napoleón I. Pero quizá ya entonces el recuerdo resultaba un cuento viejo.

O mostrarse parco o escandalizar, y Bazaine estuvo parco los dos meses que se prolongó el proceso, dos meses mortales para Bazaine y Pepita, siempre presente en las sesiones, en las cuales muchas de las damas de París habían reservado asientos como si se tratara de la representación de un drama teatral. Bazaine mantuvo en todo momento discreción y se manifestó respetuoso con el segundo imperio y, por lo mismo, poco afortunado en el aspecto de defensa personal. Hubiera podido afirmar, entre otras cosas, que la culpa no fue de él sino de un emperador que había creído en el prestigio de un nombre para organizar y mandar un ejército, a fin de cuentas débil. Pero prefirió callar a dar explicaciones que hubiera sido, después de todo, un factor más para la desmoralización del país. Y no sólo enmudeció Bazaine, sino que su abogado defensor, quizá por consejo del propio mariscal, eludió el tema. Por eso —escribe Guedalla—, "Pepita Peña quedó con la viva sospecha de que el abogado había sacrificado

los intereses de su esposo en aras del bonapartismo". Mac-Mahon mismo, a pesar de que su nombre sonó en el proceso con facetas de peligro, exclamó después que se puso punto final al episodio teatral del Grand Trianon: "Bazaine no se ha defendido".

Sentenciar a Bazaine resultó fácil para un tribunal militar que deseaba para Francia un chivo expiatorio del desastre de 1870. Y la sentencia fue: muerte. Pero el que se asusta entonces es Mac-Mahon y, con él, el propio duque de Amaule, quien solicita del presidente de la república clemencia para Bazaine. Mientras tanto Mac-Mahon ya había considerado el caso con sus ministros, partidarios unos del extrañamiento, otros de la condena a perpetuidad. Al último quedó la sentencia en veinte años. En definitiva, cadena perpetua, pues Bazaine iba a cumplir sesenta y tres años. En la mesura de Mac-Mahon hubo, sin duda, buena parte de cinismo.

Ahora le toca actuar a Pepita Peña, ya que el mariscal, al conocer su condena a muerte, se negó a cualquier gestión de clemencia. El obispo Dupanloup, quien había visitado repetidamente a Bazaine en su retiro, antes del proceso, la aconseja y Pepita se presenta, ya de noche, en la residencia oficial del presidente de la república, con una pregunta en la mente, exteriorizada a poco en los labios: "¿Piensa usted fusilar a mi marido?" Mac-Mahon le comunica la modificación de la sentencia y la consuela, pero para Pepita las palabras del antiguo compañero de armas de su esposo suenan a hueco. Para ella cabe más responsabilidad en el desastre de 1870 en Mac-Mahon que en su esposo. De todas maneras, se muerde los labios y deja la residencia "como un torbellino", escribe un comentarista.

Generalmente las multitudes resultan olvidadizas y es frecuente en la historia verlas tirando del carro del vencedor, como antes lo hicieran con el del entonces vencido. Hay, empero, en las mismas multitudes, otra faceta: la de lanzarse sañudamente contra el caído. En aquella ocasión se confirmó la regla y Bazaine fue vergonzosamente befado por las turbas, que ni siquiera sabían de qué se trataba, ni quién era el hombre, ni por qué había habido un consejo de guerra. Era cuestión de gritar y en este aspecto, Francia, como buen pueblo latino, no va a la zaga de ningún otro. Tampoco faltan, para el caído

en desgracia, estímulos para sobrellevar el dolor. Antes de partir para la isla donde está enclavada la fortaleza de Santa Margarita, a la cual estaba destinado Bazaine, hubo mensajes de aliento y visitas que pregonaban la protesta contra el fallo; entre las visitas no faltó la de la ex reina de España, acompañada, esta vez de una hija suya: la infanta Eulalia de Borbón.

Nunca, probablemente, desde que se destinó el islote como prisión y se construyó la fortaleza, había habido un preso de la categoría de Bazaine. Además Bazaine no era en el castillo de Santa Margarita un cautivo cuya situación se pareciera algo a su más célebre antecesor, la "Máscara de Hierro". En contraste con aquel desventurado hombre, Bazaine disfrutó de una cierta comodidad, y cuando Pepita se reunió con él, Bazaine dispuso que la habitación de su esposa fuera decorada con cretona rosa.[7] El reverso de la medalla resultó ser que se le leía la correspondencia e incluso hubo indicaciones tendientes a demostrarle que, en definitiva, a pesar de su categoría militar, no era más que un preso común. Las indicaciones consistieron en la posibilidad de raparlo y vestirlo de presidiario.

Poco a poco, la paciencia de Bazaine fue agotándose y decidió escapar. Pero, ¿cómo?

Inútilmente Pepita, al ver la desazón del esposo y su inconformidad, había abandonado la isla con sus hijos y acudido nuevamente a Mac-Mahon en demanda de clemencia. El presidente de la república no podía ser débil en aquel momento. ¿La clemencia no hubiera encerrado, en muchos aspectos, una forma de *mea culpa* en el desastre? La visita de Pepita a Mac-Mahon fue violenta, pero si algo amedrentaría a Mac-Mahon en su inquebrantable decisión de dejar a Bazaine en la fortaleza, quizá fuera la impetuosidad de aquella jovencita mexicana de veintiséis años, abnegada y dispuesta a cualquier lucha por su esposo de sesenta y tres. En este aspecto, ¿qué mejor timbre para Bazaine?

Finalizar el episodio de la fortaleza de Santa Margarita era para Bazaine y sus fieles amigos trabajo casi imposible. Así empezaron los proyectos, en los cuales, a más de su ayudante, el coronel Willete,

[7] *Ibid.*, p. 248.

intervino un viejo amigo de Bazaine, el antiguo capitán Doineau, salido de un pasado tenebroso: de cuando había asesinado a Aga de los Beni-Snouss en la carretera de Tlemcen. Iban a cumplirse veinte años de aquel episodio que acarreó una condena a muerte, y Bazaine algo hizo en aquella ocasión a favor de Doineau. De aquí su aparición en aquellos días de zozobra en el islote solitario.

A Bazaine le parecía imposible, en su constante obsesión de huida, realizarla. Proyectos no faltaron e incluso hubo, como en los cuentos románticos, unas señoritas inglesas, asiduas paseantes en bote alrededor de la fortaleza, ofreciéndose para la arriesgada empresa. Pero Bazaine quiso depositar la confianza en los fieles y no en amistades advenedizas, por generosas y estimables que fueran. Y las inglesas quedaron en segundo término, por el momento, ya que ni el propio Bazaine sabía a punto fijo en qué ocasión habría oportunidad y cuál sería el procedimiento. En su desesperación, incluso pensó huir en la forma que fuera y después cruzar a campo traviesa el continente hasta la frontera. El pensamiento de Bazaine era a todos luces un desatino, pero detrás de Bazaine, o por mejor decir, antes de Bazaine, estaba en esta oportunidad la mexicana Pepita Peña.

La historia ha olvidado demasiado pronto a Pepita Peña. Lo que hizo a partir de aquel momento para ayudar a su esposo en el proyecto de fuga resulta un episodio de aventuras casi increíble.

Para evitar estorbos, Pepita dejó a los niños en Bélgica y se trasladó a Génova, en donde aparece, confabulación familiar, un primo mexicano. ¿Quién era? No he conseguido precisarlo bien. Al decir de algunas crónicas francesas de la época se apellidaba Rull. Pero este apellido no es mexicano y la ll final repugna a la fonética del idioma castellano. Parece que su nombre completo era Antonio Álvarez Rull; sin embargo, estos apellidos no explican el parentesco del joven con Pepita. En aquel momento los personajes del suceso esconden sus nombres e, incluso, su nacionalidad; el primo mexicano y Pepita adoptan el ampuloso título de duques de Revilla y empieza el capítulo más interesante de la historia de Pepita Peña.

Me aventuro a pensar, sin prueba alguna, que el título fue suge-

rido por Pepita a su amigo o primo. ¿No pensaría en Revillagigedo, mutilando el apellido? Yo lo creo muy probable.

Para los marineros del puerto de Génova los forasteros no son otra cosa más que un linajudo matrimonio español aficionado a las excursiones marítimas, ya que lo que interesa naturalmente a Pepita es partir en un viaje de placer en un vaporcito. Este vaporcito, *Barone Ricasoli,* levó anclas para Golfe Jouan. La elección del vaporcito no resultó fácil; no había muchos, y de otra parte a Pepita, en aquel momento crucial de su vida, la embarga una inquietud que la lleva fácilmente a la superstición. En esta oportunidad nos aparece nuevamente muy afrancesada, como cuando el gesto de Cassel, y a pesar de su juventud y de su vida azarosa, al corriente de la historia de Francia. A Pepita le subyuga una embarcación que lleva un nombre que parece predestinar al éxito de la empresa, especialmente cuando la empresa es una fuga. El vaporcito se llamaba *Elba*. Pero el *Elba* estaba ya comprometido.

Pepita, antes de partir de Génova, manda un telegrama a Doineau comunicándole que todo estará listo para la noche del 9 de agosto. Doineau lo expone a Bazaine, pero en esta oportunidad es Bazaine quien titubea. ¿No estaba decidido a huir? Sí, pero la fuga propuesta y organizada por Pepita no solamente no parece fácil, sino imposible; imposible, especialmente, para Bazaine, hombre corpulento, de mucho peso y de sesenta y tres años y, en consecuencia, nada ágil. ¿Pero cómo desbaratar con una negativa todo el trabajo hecho y los esfuerzos y sacrificios de Pepita? Willete da ánimos a Bazaine y éste, al último, se decide. En definitiva, ¿qué le puede suceder? Morir. ¿Pero es que después de la negativa de Mac-Mahon a Pepita no estará enterrado en vida, no será un ser destinado a una muerte por consunción en la isla maldita? Si en ocho meses de reclusión creció, día a día, el inconformismo, ¿cómo iba a tolerar, suponiéndole con vida, los veinte años, menos cuatro meses, que le quedaban de condena?

Una vez decidido, se encuentra Bazaine en otro momento crucial de su vida, como cuando África, como cuando España, como cuando la guerra de Crimea, como cuando Solferino, como cuando México, como cuando Metz. Valiente, repleto de aquel valor personal que todavía contaba en los militares del siglo XIX, Bazaine lo

había sido siempre; en el mismo consejo de guerra se le reconoció esta virtud militar.

Y era necesaria la valentía, ya que el plan de fuga incluía, o por mejor decir se basaba, en un descenso a la largo de la muralla de la fortaleza hasta las rocas junto al mar, y el descenso se confiaba a unas débiles cuerdas que habían servido para atar los equipajes de Bazaine y de Pepita cuando su reclusión en Santa Margarita. Estas cuerdas, casi mecates, infundieron tan poco temor al alcaide que Bazaine pudo retenerlas en sus habitaciones. Se unieron los trozos, probaron, con Willete, su solidez y, una vez terminado aquel trabajo que había de poner a Bazaine en la certeza de un fracaso, se escondió aquel artefacto que ya simulaba una cuerda. Después de cenar, Bazaine tuvo una charla informal con el alcaide, y cuando éste se despidió del prisionero, Willete y Bazaine, antes de que el centinela ocupara su puesto y Bazaine quedara bajo llave, se escondieron en el terrado de la muralla. Willete ató un extremo de la cuerda en el cuerpo de Bazaine y el otro lo hizo pasar, para ayudar el descenso, por una gárgola de la muralla.

Bazaine empezó a deslizarse mientras Willete hacía esfuerzos sobrehumanos para retener el peso del cuerpo de su amigo, el cual, poco a poco, iba abandonando la fortaleza. A cada metro que la cuerda pasaba por las manos ardientes de Willete, el mariscal ganaba un pedazo de esperanza en el proyecto de su desesperada huida.

Antes de la bajada de Bazaine por el farallón Pepita actuó mucho y bien para ligar todos los cabos que habían de conducir al éxito. La noche del 8 de agosto los condes de Revilla se embarcaron para Porto-Maurizio. Después, ya en Cannes, se resguardaron en Golfe Jouan, en cuyo lugar fueron a tierra en un bote salvavidas del *Barone Ricasoli,* con el pretexto, harto raro, de encontrar un criado de cierta edad. En aquel momento ya está Bazaine en el juego, ya que de triunfar habrán hallado al servidor: será el propio mariscal.

Entre siete y ocho de la tarde Pepita y su primo penetran en el restaurante Chelet du Diable y solicitan al dueño del establecimiento. Éste se llama Marius Rocca y acude solícito a atender a los dos forasteros, quienes, sin lugar a duda, a fin de impresionar más, no habrán dejado de presentarse al humilde propietario del restaurante

como los condes de Revilla. La sorpresa de Rocca se acrecienta al saber que la pareja española desea un bote a remos para hacer un paseo por la bahía. ¿Un bote a remos, en aquella hora, con mal tiempo y a través de un mar un tanto alborotado? Marius Rocca intenta disuadirlos, pero la pareja consigue, probablemente con dinero, vencer su resistencia y, asimismo, el ofrecimiento de proporcionarles un marinero para aquel extraño paseo.

Pepita iba ataviada con un impermeable, dando a Marius Rocca, con aquella indumentaria, la impresión de estar preparada para los golpes de mar. "Será una pareja romántica" —pensaría—, y alquiló a los condes de Revilla su propio bote. Todo parecía salir a pedir de boca con los planes de la mexicana. Ya a la mar, Pepita se desprendió del impermeable y quedó con un vestido blanco, probablemente para hacerse más visible en el momento anhelado, en el cual Bazaine se encaminara al bote. Debieron llegar entre nueve y diez de la noche a la fortaleza de Santa Margarita, ya que el oleaje era fuerte. Desde la playa de la Croizette a la isla hay aproximadamente unos setecientos metros, pocos en verdad, pero duros, con mal tiempo y a fuerza de dos remos únicamente.

Nunca en la vida de Pepita hubo un momento más angustioso. Al llegar, o apenas llegados los condes de Revilla a la fortaleza, vieron el cuerpo de Bazaine tambaleándose inseguro y chocando contra las rocas que formaban los treinta metros de altura, desde la terraza hasta la base del farallón. En una oportunidad un grito de congoja salió de los labios de Pepita. "Se mató" —dijo—, observando que por unos momentos el cuerpo de Bazaine permanecía inmóvil; pero el mariscal estaba, al parecer, tan sólo aturdido, ya que al cabo de un minuto retornó al vaivén de su voluminoso cuerpo bajo de la crestería.

Al fin llegó a las primeras rocas de la fortaleza; se desprendió de la cuerda y, a tumbos o como fuera, avanzó hacia el bote, desde el cual los tripulantes mexicanos prendían fósforos para la mayor orientación del fugitivo. Al último Pepita pudo abrazar a su esposo en libertad. Se habían cumplido hasta aquel momento los designios de la mexicana y salvado los peligros previstos, ya que entre los imprevistos hubo uno del que Pepita no tuvo conocimiento sino días

después: un pescador de La Croizette que escuchó o supo por el propio Rocca de aquel sospechoso paseo de dos forasteros por la bahía se hizo a la mar para ver si acontecía algo anormal en la fortaleza. Sin embargo, cuando él arribó al islote-presidio la fuga ya se había realizado y todo parecía normal. El pescador regresó a La Croizette con las sospechas desvanecidas.

Vapuleado, maltrecho y herido, llegó Bazaine con los pretendidos condes de Revilla al lugar donde habían dejado el bote salvavidas. Allí abandonaron la embarcación de Rocca a la deriva y se dirigieron nuevamente al *Barone Ricasoli,* acompañados del criado por el cual habían ido a tierra. Bazaine, entonces, se llamó simplemente Pedro. Era ya más de media noche cuando, por orden de los condes de Revilla, el capitán del *Barone Ricasoli* emprendía su ruta rumbo a Génova. Pocas horas después Willete dejaba la fortaleza y tomaba el tren para París, mientras el *Barone Ricasoli* navegaba ya en aguas de jurisdicción italiana. El éxito había coronado la audacia de Pepita Peña. En la mañana del 10 de agosto Bazaine pisaba tierra extranjera. El cautiverio era ya cosa del pasado.

La protesta popular se levantó contra las autoridades y salpicó al propio Mac-Mahon. No se creyó la versión de que Bazaine descendiera con la ayuda de una cuerda los treinta metros de muralla, mayormente cuando se reconstruyó la fuga, escogiéndose para la prueba a un joven de catorce años, hijo de un pescador, ágil y audaz. La reconstrucción se realizó en pleno día y con buen tiempo, a pesar de lo cual el joven hubo de saltar peligrosamente en el último tramo de la cuerda y, ensangrentado por los golpes, pudo llegar trabajosamente a la base de la muralla. Las sospechas entonces se acrecentaron y se llegó a la versión de que en la fuga de Bazaine intervinieron el director de la prisión, M. Marchi, y alguno de los guardianes. Algo de fundamento pudo haber en la *vox populi,* ya que M. Marchi y cuatro de los centinelas que la noche de la evasión estaban en servicio fueron arrestados. *L'Illustration,* en la misma semana, mandó un enviado especial a la isla de Santa Margarita, misión difícil, ya que el gobierno había prohibido el acceso a la fortaleza. El reportero vio la cuerda y afirmó, cosa en verdad sorprendente, que era nueva y de una sola

pieza y no de pedazos atados. También se dijo que estaba manchada de sangre, y el enviado de *L'Illustration* aseveró que las pretendidas manchas de sangre no eran otra cosa que pintura. Pero uno se pregunta: ¿para qué esta farsa?

Asimismo, el periodista afirmaba que la cuerda era demasiado corta para facilitar con éxito la evasión. En resumen: *L'lllustration* sostenía que Bazaine no había huido en la forma pretendida, sino por una puerta cualquiera, en complicidad con los guardianes. "No hemos de tardar mucho —escribía el periodista— en saber la última palabra del enigma." *L'Illustration,* sin embargo, no habla más del asunto; Pepita Peña, en cambio, publicó en la *Gazette de Cologne* los pormenores del episodio, aproximadamente como lo hemos descrito, e incluso exponía que la cuerda había sido hecha por ella misma.

Al mismo tiempo, Bazaine, también desde Colonia, escribía al ministro del Interior afirmando que tan sólo sus parientes eran los responsables de la fuga. Con ello quería salvar a Willette y Doineau, los cuales, aunque detenidos y procesados, fueron condenados únicamente a unos meses de prisión. Asimismo Rocca fue sometido a un proceso verbal sin consecuencias. Igualmente las señoritas inglesas paseantes de la bahía atrajeron la atención de las autoridades, desorientadas por aquella fuga increíble e irritadas por la befa y comentarios del pueblo, aficionado ya entonces a las investigaciones detectivescas.

Si algo hay semejante a un extenso y cómodo cautiverio, es un exilio. Bazaine empezaba en aquella madrugada del 10 de agosto de 1874 su paso, cada día más incierto, por un mundo en el cual no habría honores, ni grados, ni siquiera estímulos para la lucha. Iniciaba, como todo exiliado, el camino muchas veces desesperante de la resignación. Únicamente existía una probabilidad de detener su vacilante errar: la restauración bonapartista. Pero, ¿quién podía creer en ella? Los Bonaparte se habían hecho añicos en Sedan y el príncipe imperial, única esperanza de los pocos fieles del imperio, no ha de tardar mucho en caer bajo los zulúes. Las débiles ilusiones de Bazaine fueron así, paulatinamente, desvaneciéndose.

Inmediatamente después de su desembarco en Génova se dirigió con Pepita (el primo mexicano al parecer se va de la escena) a Sui-



Pepita Peña, orando en la capilla del Trianon, mientras los jueces deliberaban sobre la sentencia que había de recaer en Bazaine. (*L'Illustration*, París, 20 de diciembre de 1873).

za, en donde está refugiada con el príncipe imperial la ex emperatriz Eugenia, a fin de presentarles sus respetos. Se manifiesta una vez más en esta ocasión su fidelidad al imperio, fidelidad que inclusa llegó a sorprender, en la dura prueba que sufrió Bazaine después de México, a Thiers, quien había preguntado al mariscal, antes del desastre de 1870: "¿Por qué tan fiel al imperio, cuando el imperio lo ha tratado tan mal?"

Es en esta oportunidad, en Suiza, cuando en presencia del príncipe heredero Eugenia de Montijo tuvo aquellas palabras para Pepita Peña recogidas ya anteriormente: *Mais ma petite maréchale, l'histoire s'occupera de vous avec avantage; vu, avez été encore la plus heureuse.*

Seguidamente Bazaine, con Pepita, se dirigieron a Colonia y después a Spa, donde estaban sus hijos. En los primeros días de septiembre se encontraba, no sabemos si con su esposa, en Lieja; desde allí escribió una carta abierta a Mr. James Gordon Bennett, publicada en el *Herald* de Nueva York, en la cual la crítica sobre los acontecimientos del desastre de 1870 llegaba casi al acierto. ¿Pensaba entonces Bazaine en México? Es casi seguro, ya que en la carta había una alusión a su esposa, originaria de América. Algunas gestiones se hicieron para acogerlo en México, gestiones que debieron llevar Pepita y su madre. Pero ¿qué gobierno mexicano iba a aceptar a Bazaine, heridor, por servir a Napoleón, de un pueblo en el cual las llagas por él abiertas no habían cicatrizado todavía?

En su vagabundear de exiliado estuvo en Londres, donde pudo conocer a la familia de las señoritas inglesas, otrora paseantes en bote por la bahía en donde está enclavada la fortaleza de Santa Margarita. En esta estampa romántica no faltó, después de su venturosa fuga, una carta de una de ellas, Charlotte Campbell, rubricada, para identificación del mariscal, como la de *La robe bleue.*

Londres podía ser el primer paso para América, pero cuando se cerraron las puertas de México, un acontecimiento político europeo abría una posibilidad de refugio seguro. En España, después de la muerte trágica de Prim, se hirió también de muerte la dinastía de Saboya, introducida a España por el conde de Reus. Una república que casi no gobernó fue la inesperada solución de un pueblo en aquel

entonces de raigambres monárquicas. Ante la debilidad del nuevo régimen, los carlistas volvieron a los trabucazos y los monárquicos isabelinos a las conjuraciones. El resultado fue la proclamación, en Sagunto, por el general Martínez Campos, del rey Alfonso XII; es decir, del compadre de Bazaine, el que llevó a la pila bautismal a su último hijo, nacido en Casel, cuando el mariscal era prisionero de los alemanes. El antiguo pretendiente a la corona de España, el que lo había alentado con sus visitas antes del proceso en el Grand Trianon, era entonces rey de España. La incertidumbre de la familia de Bazaine parecía terminada; al fin había un camino seguro: el de España.

¿Quería el viejo mariscal reanudar sus laureles guerreros en la península? Mucho se habló de ello, pero no en balde habían transcurrido cuarenta años de cuando luchaba por Isabel II niña, y además el escenario donde cayó no era el mismo de antaño, ni había legión francesa a que incorporarse. En cuanto a los militares españoles —carlistas y cristianos—, los temía tanto por sus audacias como por sus intrigas. Y él ya no estaba en edad de ofrecer, como en un juego de esgrima, su cuerpo a las balas silbantes. Además había hijos y tenía suegra y esposa; las mujeres, deseosas de calma después de tanto ajetreo.

En febrero de 1875 la familia Bazaine estaba en Santander y, pocos meses después, se instalaba en Madrid. El mariscal había caído, para siempre, en la capital de España, resignado a veces, inquieto siempre por sus ansias de rehabilitación, inconforme con un destino que limitaba cada día más cualquier perspectiva futura.

Bazaine, poco a poco, como cualquier viejo, fue viviendo de recuerdos; es decir, del pasado. En sus paseos diarios por las calles de Madrid era un cuerpo sin alma, pero en las frías tardes y noches invernales se encerraba en sí mismo y escribía para la historia *Episodes de la guerre de 1870 et le blocus de Metz,* con cuyo texto esperaba llegar a esclarecer las causas de la derrota de Francia y reivindicarse de las calumnias que su proceder suscitó y que tuvieron el final vergonzoso del proceso del Grand Trianon.

Una familia deshecha por los acontecimientos seguía la vida rutinaria, monótona y triste de los caídos. Hubo, en verdad, compensaciones que debieron halagar especialmente a Pepita. El matri-

monio fue recibido algunas veces en las recepciones celebradas en la corte de Alfonso XII, hasta que una protesta oficial del embajador francés puso un alto definitivo a aquellas atenciones. Alfonso no era ya un pretendiente, sino el rey, y la política exigía un más riguroso ostracismo para el vencido, ya que Bazaine, además de traidor, era un fugitivo que se había aprovechado de deferencias y privilegios con él tenidos en la prisión para burlarse de una sentencia.

El ridículo del gobierno francés creaba estímulos que desembocaban en el odio y este odio llegó al pueblo y del pueblo a Madrid, en la persona de un comerciante de la Rochelle, quien en 1887 —Bazaine tenía setenta y seis años— le hirió con un puñal en el rostro. Diecisiete años después de la guerra de 1870 los viejos de Francia todavía pensaban en Bazaine como el causante del desastre. Esta voz, a pesar de los acontecimientos de Francia, no ha terminado todavía su monótono eco.

Bazaine, no obstante, contribuyó mucho al renacimiento del pasado. En 1883 publicó su libro *Episodes de la guerre de 1870 et le blocus de Metz,* con el cual volvieron los comentarios y, con ellos, las pasiones. Francia no olvidaba, y a través del tiempo la leyenda pesaba más que la historia.

El libro de Bazaine llevaba una dedicatoria muy elocuente de su respeto para la España acogedora y de su fervor hacia la realeza por la cual había expuesto su vida cuando joven. La dedicatoria decía: *A Sa Majesté la Reine Isabelle II. Madame; Votre Majesté m'ayant témoigné, dans les mauvais comme dans les bon jours, sa constante bienveillance, je la supplie d'agréer la dédicacé de ce livre militaire, dont le but est de démontrer que le soldat qui avait servi la cause de Votre Majesté, pendant sa minorité, est resté digne de sa royale sympathie. Son trés humble et très dévoue serviteur.—François Achille Bazaine.—Ex-fusilier, au 37 de Ligne.—Ex-officier supérieur au service de l'Espagne. Ex-Maréchal de France.—Refugié en Espagne depuis 1874.*

Vieja ya, o por mejor decir, envejecida —contaba cincuenta y tres años— y muy gorda, Isabel II debió recibir el libro en su llamado palacio de Castilla, en París, donde residía habitualmente, a pesar de la proclamación de su hijo como rey de España. No le placía, después de

la agitación de su reinado, que le valió ser llamada "la de los tristes destinos", hacer un papel secundario en la corte de España. Su retiro voluntario fue París, en donde mantuvo una pequeña corte de incondicionales. En París vivía también su madre, María Cristina, y asimismo el esposo de Isabel, el enigmático personaje que se llamó Francisco de Asís. Todos en residencias separadas. El libro de Bazaine llenó un espacio más de la magnífica biblioteca del palacio de Castilla, en la cual destacaban muchos valiosos volúmenes con suntuosas encuadernaciones. Pero es dudoso que Isabel, Borbón al fin y al cabo, pasara sus ojos más allá de la dedicatoria. Sabemos que su educación literaria fue descuidada, y aunque en la mesa de su despacho hubiera una magnífica edición del *Quijote,* nunca hojeaba este libro, sino *Rocambole.* Además, ¿por qué le había de interesar el episodio de Metz? Su real agradecimiento fue, no obstante, expuesto a Bazaine. El viejo soldado vivía en los recuerdos de la realeza. Esto debió bastar al resignado proscrito. Tanto su vida como la de la reina habían entrado en la fase crítica de las evocaciones, especialmente para Bazaine, ya que Isabel todavía daría de qué hablar resguardada tras los muros del palacio de Castilla.

Obsesionado por los acontecimientos que labraron su desgracia, Bazaine escribe a los amigos, a los pocos amigos que le quedan todavía en Francia, sin darse cuenta de la tragedia familiar.

A Pepita y a su madre no les gusta España; añoran México, pero ya no el México imperial, sino el clima, el ambiente, las relaciones perdidas. El calor insufrible del verano madrileño las aniquila; el frío de los inviernos las enferma: "La casa —escribe Bazaine a Francia en un invierno— es un hospital". Además hay un factor desesperante de todo desterrado, perseguido en su patria y ya viejo: la pobreza. Bazaine no había tenido nunca bienes y a Pepita las donaciones del imperio le habían resultado un sueño más de los múltiples que inspiraron el segundo imperio francés en América. De éstos, únicamente persistirá por muchos años el delirio trágico de la emperatriz Carlota.

La vejez de Bazaine empeora todavía la situación de la familia. Alfonso estudia en Francia; el hijo mayor en el monasterio de El Escorial; Eugenia se educa en las ursulinas de Madrid. Su esposa se encuentra sola, desalentada. ¿Dónde han ido a parar la alegría y belleza juveniles?

En 1886 Pepita decide hacer un viaje a México. ¿Para qué? Bazaine tenía entonces setenta y cinco años y su proceder resulta raro. ¿Por qué no acompaña al viejo hasta la muerte?

Quizá perdió su tenacidad heroica; quizá se debatía en la desesperación de un olvido que ella creía injusto; quizá pensaba todavía en un hogar mexicano para los suyos. La filosofía popular ha creado la expresión a la cual nos atenemos ante el enigma: "¡Quién sabe!"

¡Qué diferente el México que dejó al que halla! Ya no es joven, cuenta treinta y nueve años y sus tiempos de deslumbrante pujanza están más lejos por los acontecimientos que por el tiempo.

La república se ha consolidado y el imperio ni recuerdos sugiere. Es todavía demasiado pronto para que entre en la historia trágica del mundo del ochocientos.

La conmiseración de algunas antiguas amistades la humilla más que la conforta. Años atrás la envidia había desatado lenguas; ahora, en el regreso, vuelven las habladurías y no faltarían voces que manifestaran el acierto de un pronóstico de desdicha emitido en 1865, cuando la felicidad era para Pepita esperanza. De aquellas voces hay constancias. En una carta escrita por Rosa Rincón a Manuel Romero de Terreros se lee: "porque y con todo su mariscalato, comprenderás bien si es digna de compasión una víctima, que lo es sin conocerlo, la pobre".[8]

Ni los regalos de boda pudo retener Pepita. Claro que entre ellos hubo uno dadivosamente escandaloso, incluso para la aristocracia más o menos inclinada al imperio: el palacio de Buenavista, joya arquitectónica de México, obra de Tolsá. Hasta se creó la duda en torno del obsequio. En el libro de correspondencia ya citado hay testimonio de ella. La carta dice:

> Le contaré algunas cositas que andan hablando por ahí. Una de ellas es que, como el general o mariscal Bazaine se casa con la señorita Peña, a quien tanto conoce usted, el Emperador, o la Emperatriz, dicen, ha dado a esta joven novia, por vía de dote, la casa de la señora Pérez Gál-

[8] *Maximiliano y el imperio según correspondencias contemporáneas que publica por primera vez don Manuel Romero de Terreros...*, México, Editorial Cultura, 1926, p. 83.

> vez, en que vive el mismo mariscal, la cual como usted sabría, compró el gobierno en tiempo de la regencia. Yo no lo creo, pero se dice con mucha generalidad.

La carta sigue con otras noticias y, probablemente, no fue terminada el mismo día en que se escribió el párrafo transcrito, ya que al final insiste y confirma la noticia: "Es cierto que la Emperatriz ha dado, como acabo de decir a usted, la casa de Buenavista a la señorita Peña. Yo no quería creerlo, pero es verdad".[9] ¿Regresó Pepita a México con la esperanza de retener algo de aquel generoso obsequio? Otro interrogante entre los múltiples que su proceder plantea. Sin embargo, es posible que de realizarse esta ilusión hubiera sacado a la familia de la pobreza, en todos los tiempos inspiradora de desatinos.

Pensaría quizá en las cláusulas que encerraba la donación del palacio expuestas en una carta de Maximiliano a Bazaine el mismo día de la boda del mariscal con Pepita y cuando el emperador, al lado de la novia en el banquete y ante ochenta comensales, entregó el palacio a los novios. La carta rezaba así:

> Mi querido mariscal Bazaine: Queriendo daros una prueba de amistad y asimismo de agradecimiento por los servicios personales prestados a nuestra patria y aprovechando para ello la ocasión de vuestro matrimonio, damos a la mariscala el palacio de Buenavista, comprendiendo en él los jardines y los muebles, bajo la condición que el día que regreséis a Europa o que por cualquiera otro motivo no queráis conservar la posesión de este palacio para la mariscala, la nación volverá a recibirlo y entonces el gobierno se compromete a darle en calidad de dote la suma de cien mil pesos.—Vuestro afectísimo.—Maximiliano.[10]

El gobierno, naturalmente, recobró el palacio, pero Pepita no pudo obtener, si es que puso empeño en ello, ni un centavo de los cien mil pesos. El cuento de hadas inspiraría el chacoteo de los mexicanos, otrora, algunos de ellos, asistentes al gran baile que dio Pepita

[9] *Ibid.*, p. 67.
[10] J. L. Blasio, *op. cit., loc. cit.*

en su palacio a los pocos días de su boda, mientras parte del pueblo contemplaba atónito, entre farolillos venecianos, la iluminación del jardín en el que el arte pirotécnico compitió con el culinario. Desde atrás de las rejas la multitud aplaudía el efecto luminoso de unas letras en las cuales se leía: *Vive Napoleón III. Vive l'empereur Maximilien.*

Pepita se había afrancesado hasta el extremo de adoptar en su patria la lengua del esposo, error que contribuyó, entre otros, a la malquerencia de buena parte de la sociedad mexicana, y que se había manifestado ya anteriormente, en las participaciones de boda.[11]

En la soledad de México únicamente tiene el consuelo de la compañía de su hija Eugenia. Las cartas de su esposo debieron ser, asimismo, un refugio para Pepita. En 1888 Bazaine, desde Madrid, escribía a un amigo: "el pasado ha muerto". Lo mismo hubiera podido escribir Pepita desde su patria. La muerte definitiva de este pasado se encarna, en aquel mismo año, con la del mariscal, acaecida en Madrid el 23 de septiembre de 1888. Tan sólo estuvieron en el último trance sus dos hijos y acompañaron al cadáver hasta el cementerio de los extranjeros. Un sacerdote francés dijo el responso del mariscal ante muy pocas personas.

Pepita recibió la noticia con la resignación de los vencidos. El silencio iba penetrando más y más en su vida de viuda de un proscrito y, en México, odiado. De la aventura desventurada le quedan sus hijos, aunque no ha de tardar en recibir la triste nueva de la muerte del mayor, oficial español, acaecida en el pueblo de Zongo (Cuba), cuando España daba los últimos estertores de su agonía imperial.

A su lado está Eugenia, mientras el hijo menor, Alfonso, sigue también la carrera de las armas en España.[12] Van pasando los días monótonos, tristes, repletos de añoranzas, mientras Pepita es casi como

[11] "M-Madame Vve. de la Peña y Azcárate, a l'honneur de vous faire part du mariage de Mademoiselle Josefa de la Peña y Azcárate sa fille, avec S. E. le Maréchal de France, Bazaine, Commandant en Chef le Corps Expeditionaire du Méxique. México, le 26 de juin 1865."

[12] A este hijo le persiguió como un estigma el apellido. Sirvió a México en la época de Porfirio Díaz, pero un escrito, intentando reivindicar a su padre cuando la intervención, le valió la baja en el ejército. El hijo de Pepita era tolerado, pero el de Bazaine exigía, en México, una discreción que no supo tener. Alfonso regresó a España y en 1914 se alistó voluntario en el ejército francés cuando la guerra con Alemania. Sus méritos en campaña no le valieron el perdón de su apellido y hubo de regresar a España después de la victoria de su patria. Ni México ni Francia supieron olvidar.

un fantasma del pasado, ya muerta para el futuro que no puede reservarle más que la muerte. El tiempo parecía así vengarse de su intensa vida emocional, demasiado precoz.

Ni alientos le quedaron para volver a España. Europa había resultado también otro sueño, una farsa más como la del imperio mexicano.

Los meses han tejido años y la soledad se acrecienta, hasta que el vacío se hace definitivo el 7 de enero de 1900. Iba a cumplir cincuenta y tres años. Los médicos habían diagnosticado cáncer. A su lado está, encarnación del pasado, Eugenia. Los viejos amigos o se los ha tragado el tiempo o la desprecian. La juventud la ignora. Unos pocos la acompañan hasta el cementerio francés —última fidelidad a su esposo—, pero ni nicho propio tuvo, ni epitafio de recuerdo.

Su cuerpo fue sepultado en la capilla de la familia Pedraza. El olvido, constante, tenaz, la persiguió hasta la tumba.

COMONFORT Y LA INTERVENCIÓN FRANCESA

*Rosaura Hernández Rodríguez**

Cuando Ignacio Comonfort derogó la constitución de 1857 tanto liberales como conservadores lo acusaron de llevar a la patria a una guerra fratricida.

Al dejar la presidencia después de su golpe de Estado salió del país y aparentemente quedó desligado de la política. Sin embargo, los liberales moderados enemigos de Juárez, aprovechando los rumores de una próxima guerra extranjera, sondearon la opinión pública sobre el regreso de Comonfort.

Hubo varias proposiciones para traerlo; una de ellas, de los liberales moderados, pedía que el congreso de la unión, erigido en gran jurado, lo juzgara, ya fuera por petición del mismo don Ignacio o de la legislatura de algún estado, como ocurrió en los casos de Juan José Baz, Manuel Payno y otros personajes que intervinieron en el golpe de Estado de 1857. La de los liberales radicales se dejó escuchar en labios de Ignacio Altamirano quien, al tratarse el caso Payno, atacó duramente a Comonfort:

> Comonfort ha venido ya a asomar su cabeza a las puertas de la República esperando, con su sonrisa falsa, la absolución de Payno, que le allanará el camino. ¿Tendremos miedo a Comonfort, de quien se dice por sus afectos que estará aquí dentro de seis meses triunfante? [...] El traidor de diciembre viene a pretender el mando supremo, porque confiará en que el pueblo mexicano es tan olvidadizo y versátil, como él lo conoció. Es preciso manifestarle que se equivoca. Castiguemos a Payno y en vez de arrojar a los pies de Comonfort las flores de

*Universidad Nacional Autónoma de México.

Historia Mexicana, vol. 13, núm. 1, julio-septiembre de 1963, pp. 59-75.

> la adulación y las llaves de la República, arrojémosle la cabeza de su cómplice.[1]

En vista de esto, la actitud del propio Comonfort fue escribir al presidente Juárez, ofreciéndole sus servicios militares, con lo cual reanudaron su antigua amistad y, aun cuando no conocemos la carta que don Benito le contestó, Comonfort la comenta bien, asaltándole únicamente el temor de que las buenas intenciones del presidente fueran obstaculizadas por aquellas personas que tomaban como bandera el odio a su persona.[2]

La situación anárquica de Tamaulipas permitió que Comonfort entrase al país: don Jesús de la Serna y algunas tropas adictas a él se encontraban en pie de guerra para desconocer al gobierno, y Santiago Vidaurri, como gobernador y jefe militar de los estados de Nuevo León, Coahuila y Tamaulipas, confió a Ignacio Comonfort el mando de tropas que resguardarían la frontera del último estado, pues había continuos problemas con Estados Unidos de Norteamérica, ya que la escasa vigilancia del lado mexicano daba lugar a que numerosos malhechores se internaran en nuestro país, cometiendo fechorías. La misión de Comonfort consistía en pacificar Tamaulipas, resguardar su frontera norte y el litoral en caso de guerra extranjera.

Los brotes de rebeldía en Tamaulipas fueron sofocados con la presencia de los cuatro mil hombres de Comonfort, que obligaron a los de Serna a desistir de sus propósitos. Fue la primera ocasión en que Comonfort apareció nuevamente en la escena pública con el aplauso —al menos— de la gente del norte, que admiró su tacto e inteligencia para manejar a las tropas. Los periódicos locales comentaron que, con su llegada, el orden y la tranquilidad garantizaban la estabilidad del gobierno constitucional.

Transcurría abril de 1862 cuando Ignacio Comonfort dirigió

Siglas: AHSDN: Archivo Histórico Secretaría de la Defensa Nacional. BLTSH: Biblioteca Lerdo de Tejada, Secretaría de Hacienda. CDIRHM: Colección de Documentos Inéditos o muy raros para la Historia de México.

[1] *La Estrella de Occidente*, periódico oficial del estado de Sonora, tomo IV, núm. 18, viernes 18 de octubre de 1861, AHSDN, x1/481.4/8294, f. 9v.

[2] Archivo General Ignacio Comonfort, carta de Comonfort a Sebastián Lerdo, Tula, Tamps., 8 de agosto de 1862, BLTSH, núm. 49644.

su primera proclama a los soldados bajo sus órdenes, pidiéndoles la más estricta disciplina, pues no permitiría ninguna murmuración en contra del gobierno que atravesaba por dura crisis, debida a las elecciones de diputados y al conflicto exterior.

Una vez pacificado Tamaulipas, los esfuerzos del jefe de las armas se concretaron a disciplinar y adiestrar a sus bisoños soldados. Eso, de por sí, presentaba problemas para cualquier jefe de tropa, y en el caso de Comonfort doblemente, pues entre sus subordinados, por muy ignorantes que fuesen, no estaba oculta su actitud política del año 57. Su presencia en México fue muy discutida, se le tenía desconfianza, algunos periódicos lo hostilizaban y, por lo tanto, su labor se veía entorpecida por el ambiente que en su contra se había formado. Sin embargo, algunas personas todavía confiaban en él y emprendieron una lucha tenaz para reivindicarlo. Uno de ellos fue Santiago Vidaurri, a quien le debió el mando militar de Tamaulipas y la ayuda en hombres y dinero provenientes de Nuevo León. El gobierno federal se concretó a rehabilitar a Comonfort en su empleo de general de división con la autorización de recabar fondos para el sostenimiento de sus tropas.

Las fuentes de ingreso más seguras en Tamaulipas eran las aduanas marítimas, aun cuando casi no dejaban utilidad a las provincias, ya que la plata, principal objeto de exportación que salía por Tampico, pagaba sus derechos aduanales en el interior.

Como el conflicto con Francia hacía necesario reconcentrar tropas en el centro del país, le fue ordenado a Comonfort que marchara a la capital por el rumbo que creyera conveniente, trasladando la división del norte a su mando que debería sostener con los productos de las aduanas de Tampico y Matamoros.

Veracruz era la zona de penetración de las fuerzas invasoras, y la división del norte debería marchar a auxiliarla y situarse entre el cerro del Borrego y Jalapa, pero hubo de abandonarse esta idea porque surgieron inconvenientes para llegar oportunamente, como el clima y la escasez de recursos de la costa. Sólo el traslado de esta división de Tampico a Puente Nacional o La Soledad en Veracruz era calculada por el comandante en más de treinta y cinco días, cubriendo una distancia de doscientas cuarenta y tres leguas.

Al aproximarse los franceses a la capital el gobierno elaboró un nuevo plan de ataque en el que el ejército de oriente, más próximo al enemigo, debería ser auxiliado por un ejército llamado del centro, cuya jefatura fue dada a Comonfort. Este cargo le fue conferido en octubre de 62 mientras el ejército de oriente resistía penosamente el avance francés. Las tropas de que podía disponer el ejército auxiliar estarían integradas por un núcleo formado por la división del norte, además de las tropas existentes en el Distrito Federal, no incluyendo las brigadas de Jalisco y Michoacán, que irían directamente a colaborar con el cuerpo de oriente. Se dejó a Comonfort el entrenamiento de estas tropas para que quedaran listas a presentar combate al enemigo.[3]

El nombramiento de Comonfort como jefe del ejército del centro desató las censuras de sus enemigos, que veían en el mando de un número considerable de tropas, un peligro para un nuevo golpe de Estado. No andaban muy equivocados, pues si las fuerzas puestas bajo el mando de Comonfort no eran destinadas a enfrentarse directamente a Juárez, sí servirían para que su general luciera sus dotes militares en busca de reivindicar su nombre al luchar contra el invasor francés. Este nombramiento fue discutido acaloradamente en el gabinete de Juárez y originó que Manuel Doblado, entonces ministro de Relaciones, abandonara su puesto. La separación de Doblado restaba apoyo a Comonfort y desintegraba el grupo moderado del gabinete, por lo que Manuel Siliceo se apresuró a escribir a Comonfort a raíz de los ataques expresados por Zarco. Los liberales, según Siliceo, sólo deberían clasificarse en:

> liberales pícaros, ladrones, intolerantes, exclusivistas, ambiciosos y locos y de liberales hombres de bien que huyen de ensuciarse con aquéllos, pero que con más patriotismo que ellos, sin cacarear tanto, en el momento supremo sabrán manifestarlo, sosteniendo el honor, la dignidad de México, defendiendo a la Patria.[4]

[3] Comunicación del ministro de la Guerra, Miguel Blanco, a Ignacio Comonfort, México 30 de octubre de 1862, AHSDN, x/481.4/8808, f. 37.

[4] Carta de Manuel Siliceo a Ignacio Comonfort, México, 31 de agosto de 1862, BLTSH No 49657.

Ya en camino hacia la capital la división del norte fue enterada del desastre sufrido por González Ortega en el cerro del Borrego, y como la marcha a Veracruz incluía el paso por la Huasteca, decidió el general en jefe escoger el camino de San Luis Potosí, más cómodo para transportar la artillería.[5] A la columna se le agregaron fuerzas del segundo distrito del estado de México y las de San Luis. También se facultó a Comonfort para organizar tropas y proveerse de armamento y recursos en el mismo estado de San Luis Potosí, y en los de Zacatecas y Michoacán.[6]

Parecía inminente que los franceses se apoderaran de Puebla y que su objetivo próximo fuera la misma capital de la república. Los moderados deseaban defenderla hasta lo último, mientras los puros, al parecer, sólo le concedían una importancia pasajera. Los primeros afirmaron que si los franceses ocupaban la ciudad de México, sería cosa de cuatro o seis años el tiempo necesario para expulsarlos y que los gobiernos extranjeros reconocerían al instalado en la capital. El grupo, si bien quería defender la capital, pensaba más bien en seguir gobernando a salto de mata, como lo había hecho durante la guerra de Reforma.[7]

Aparte de los problemas económico-militares que traía como consecuencia la toma de la capital, los amigos de Comonfort complicaron más las cosas al pedirle a éste que formara una coalición o liga de los estados de la república y eliminara a Juárez, pues consideraban que su gobierno no resistiría la invasión francesa y sucumbiría, precisamente, al abandonar la capital.[8] Sin embargo, personas más sensatas, como Ezequiel Montes, comentaban que la coalición (en la que se mezclaban los nombres de Vidaurri, Doblado y Comonfort) parecía totalmente imposible, a menos que Comonfort hubiese perdido el juicio.[9]

[5] Comunicación de Ignacio Comonfort al ministro Blanco, Tampico, Tamps., 23 de junio de 1862, AHSDN, x1/481.4/8767, f. 46.

[6] Comunicación de Ignacio Comonfort al ministro Blanco, México, 8 de noviembre, 1862, AHSDN, x1/481.4/8844, f. 31.

[7] Carta de José M. Lafragua a Ignacio Comonfort, México, 13 de julio de 1862, BLTSH, núm. 49672.

[8] Carta de M. Ortiz de Montellano a Ignacio Comonfort, México, 2 de septiembre de 1862, BLTSH, núm. 49652.

[9] Carta de Ezequiel Montes a Ignacio Comonfort, México, 5 de octubre de 1862, BLTSH, núm. 49679.

Comonfort, manteniéndose en lo posible al margen de estas sugestiones, afirmó varias veces que él sólo serviría a su patria como soldado y que en momentos tan críticos no debía censurase al gobierno, sino prestarle todo su apoyo para expulsar al enemigo:

> México necesita hoy de la cooperación y abnegación de todos sus buenos hijos y yo he querido ser de los primeros en dar este ejemplo para manifestar que en las presentes circunstancias debe cesar toda consideración extraña a la defensa nacional.[10]

La vuelta de Comonfort al ejército inquietaba no sólo a los políticos, sino también a los militares en servicio, como el propio Ignacio Zaragoza, jefe del ejército de oriente, quien mandó reprimir los brotes de alegría que algunos soldados expresaron al enterarse de la posibilidad de que Comonfort asistiera a la defensa de Puebla.[11] La muerte de Zaragoza terminó con las rencillas que pudieran haber existido entre los dos jefes, pero enfrentó ante la opinión pública a González Ortega y a Comonfort. La solución presidencial resolvió en parte el problema, dejando a González Ortega el mando de oriente y destinando a Comonfort a ser el enlace entre el poder ejecutivo y el ejército de oriente.

El plan de campaña del gobierno consistía en dar el mayor apoyo en elementos humanos y provisiones al ejército de oriente, sirviendo el del centro para coordinar las operaciones entre el presidente de la república, la Secretaría de Guerra y el general González Ortega, sin que el grupo de Comonfort interviniera directamente en la lucha contra el enemigo, debiendo únicamente distraer la atención de éste para facilitar los movimientos del cuerpo de oriente.

La toma de Puebla era clave; su caída llevaba consigo la de la propia capital de la república, así como la pérdida del camino a Veracruz. De este modo, Puebla se convirtió en el escenario en el que dos figuras políticas, al mando de los dos principales ejércitos mexicanos,

[10] Carta de Ignacio Comonfort a Juan Antonio de la Fuente, San Luis Potosí, 11 de septiembre de 1862, BLTSH, núm. 49711

[11] Carta de Antonio Bergino a Ignacio Comonfort, México, 19 de julio de 1862, DLTSH, núm. 49655.

se disputaran, no sólo la gloria militar, sino también la suprema magistratura de la nación. Juárez, al confiar la defensa del país a estos dos hombres, arriesgaba en mucho su propia suerte; por lo tanto, equilibraría sus fuerzas, reservándose el mando supremo sobre los dos generales, aun tratándose de la estrategia militar.

La amistad de Comonfort y González Ortega se fortaleció. Obligados por las circunstancias, colaboraron en la defensa de Puebla, sufrieron juntos la precaria situación de sus tropas y la crítica de la opinión pública. Naturalmente, esto fue momentáneo, pues González Ortega, después de haber capitulado, aunque honrosamente, señaló que la plaza se había perdido por la ineficacia del ejército del centro.

Por otra parte, los conservadores, al mando del general Tomás Mejía, atacaron Querétaro; de caer esta ciudad la de México se vería amenazada por dos puntos: al oriente por los franceses y al occidente por los reaccionarios de Mejía. Para defenderse de éstos, Comonfort debería enviar mil quinientos hombres y reforzar al general Arteaga, defensor de esa plaza. Las órdenes fueron terminantes a pesar de las protestas del jefe del ejército del centro, quien informó al ministro de la Guerra que sus hombres carecían de armamento y del entrenamiento necesario, pues la mayoría procedía de los cuerpos de guardia nacional, y que la única división en la que podía confiar era la del norte, entrenada por él mismo, y que sugería fuera la que vigilara la capital, mientras que la guardia nacional del Distrito Federal recibía instrucción en los campos cercanos. Comonfort insistió en que si se restaba una tercera parte a sus tropas, no podría presentar una defensa efectiva en caso de que los franceses avanzaran a México, como era de esperarse. La resolución presidencial fue que se enviara el auxilio a Querétaro y que las tropas de Comonfort regresaran en caso de no ser necesaria su presencia allá; así sucedió, quedando una parte del ejército del centro entre Arroyo Zarco y San Juan del Río, ya que no fue necesaria su llegada a Querétaro, gastándose así inútilmente esfuerzo material y humano.[12]

[12] Comunicaciones del ministro Blanco a Ignacio Comonfort, México, 14, 15 y 22 de noviembre de 1862; y de Ignacio Comonfort a Blanco, 15 de noviembre, 1862, AHSDN, xl/481.4/8947, ff. 25-27.

Para el aprovisionamiento del ejército de oriente el gobierno autorizó al jefe del ejército del centro a disponer de las rentas públicas del Distrito Federal, estado de México, San Luis, Zacatecas, Michoacán, Nuevo León y Coahuila, a ocupar propiedades particulares en el Distrito Federal y a pagar a los dueños el arrendamiento o importe de sus fincas, dando aviso a la Secretaría de Hacienda.[13] Basado en esto, Comonfort solicitó del estado de México trescientas sesenta mil raciones alimenticias, prometiendo, a nombre del gobierno general, que se pagaría a los particulares en bonos. Inútil es decir que esta ayuda fue casi nula, pues dicho estado carecía de recursos.[14]

Todos estos movimientos habían colocado a Ignacio Comonfort en una muy buena posición dentro de la política del país, pero sus amigos querían más, ansiaban verlo combatiendo y derrotando a los franceses y así lo esperaron cuando el cuartel general del ejército del centro quedó situado en San Martín Texmelucan, con un grupo de jefes de los que se esperaba lo mejor: Anastasio Parrodi, José Durán, Ramón Iglesias, José María Yáñez, Florencio Villarreal, Pedro Hinojosa, Tomás Moreno y Manuel Pueblita.[15]

Difícil era para las tropas mexicanas, escasas y mal armadas, atacar a los franceses; lo único que podían hacer era distraer por varios puntos su atención para que disminuyera el ataque a Puebla. Antes de que se iniciara éste, los franceses procuraron dominar las regiones que aseguraban mejores mantenimientos, como Atlixco, la hacienda de Chahuac, rica en cereales, y Huejotzingo, abundante en frutos y ganadería. La ofensiva de diversas columnas del ejército del centro logró replegar a los franceses en Cholula, evitando que se apoderaran de toda la región y en especial de Chahuac, hacienda que fue saqueada y quemadas las casas de los peones.[16] Estas operaciones traían como consecuencia la necesidad de más caballos, artillería y hombres para

[13] Comunicación del ministro de Hacienda al de Guerra, México, 14 de diciembre de 1862, AHSDN, xl/481.4/8875, f. 12.

[14] Carta de Francisco Ortiz de Zárate a Ignacio Comonfort, Toluca, 12 de diciembre de 1862, MTSHM, pp. 30-34, 36, 39.

[15] Plana de jefes y oficiales del ejército del centro, AHSDN, xl/481.4/ 8824, f. 3.

[16] Parte de Ignacio Comonfort al ministro de la Guerra, San Gerónimo, 28 de abril de 1863, AHSDN, xl/481.4/9102, f. 16.

cubrir una línea aproximada de doce leguas. Comonfort, en sus partes al Ministerio de la Guerra, explicaba su difícil situación por la escasez de tropas y elementos de combate, suplicándole que calmara las opiniones tanto públicas como privadas en el sentido de que la lentitud de movimientos del ejército del centro no satisfacía las necesidades, ya que estas críticas perjudicaban el estado de ánimo tanto de tropas como de jefes y oficiales:

> seguiré haciendo esfuerzos para introducir víveres a Puebla, pero le suplico calme a los que no comprenden lo que es la guerra y quieren que las cosas vayan al vapor. Para el acierto de las operaciones se necesita meditarlas bien y oportunidad al realizarlas.[17]

Cada vez llegaban más refuerzos a Forey y cada vez faltaban más a González Ortega, por lo que la desmoralización empezaba a cundir en las tropas mexicanas. Por eso el jefe de oriente, angustiado, escribió a Comonfort (como su único conducto para hacer llegar a Juárez ese estado de cosas) una patética carta, según la cual la oficialidad mexicana estaba cansada de luchar:

> lucho con todas las dificultades que pueden imaginarse, a veces ando pidiendo 15 pesos para poder enviar un correo. He vendido hasta los espejos de palacio para pagar los gastos de hospitales y de maestranza, pues como usted sabe, estos últimos son indispensables, pues sin ellos no habría guerra, ni yo tendría actualmente armas, parque ni cartones, pues aunque estos últimos ya existían, unos se me han desfogonado y otros me los ha desbaratado el enemigo. No tengo tampoco víveres y los que adquiero es con sacrificios inauditos y sin esperanza de conseguir otros para lo sucesivo y en cuanto todos me dicen que la tropa se muere de hambre, que la fuerza se desmoraliza por el hambre, que la fuerza se deserta por el hambre, etc., todo esto que es una verdad y que se exagera en circunstancias como las presentes me aflige de una manera extraordinaria. Además, desde hace 25 días me hablan muchos

[17] Parte de Ignacio Comonfort al ministro de la Guerra, San Gerónimo, 21 de abril de 1863, AHSDN, xt/481.4/9102, f. 91.

de los generales del ejército para persuadirme que era conveniente a los intereses de la república, del ejército y del gobierno, salvar a éste, abandonar a Puebla [...] A todo esto contesté desde entonces de la manera más terminante y concluyente; que yo no me había propuesto jamás salvar el ejército sino el honor de la república y que sacrificaría a aquél si esto era necesario al honor de ésta, de cuya responsabilidad sólo me eximiría una orden expresa del gobierno. Los sucesos posteriores nos fueron favorables y yo en consecuencia cesé por algunos días de luchar con estas dificultades; pero hace seis días que se me presentaron en palacio los señores generales que mandan las divisiones a una hora que yo no me esperaba, manifestándome por sí y a nombre de los otros generales y oficiales del ejército, la necesidad que había de abandonar la ciudad y salvar los elementos de guerra que fuera posible, fundando su manifestación en que no había víveres ni esperanza de que se nos remitieran; que no había recursos, que había perdido la moral nuestras tropas (ejército) como lo habían demostrado dos avanzadas y además cuarenta hombres de la fuerza de Guanajuato que se fueron con el invasor y otra fuerza de Durango que se sublevó también a favor de aquél y por último, que la idea del ejército era abandonar a Puebla por temor de no verse expuesto él mismo a disolverse. Para salvar mi responsabilidad todos me ofrecieron su firma que colocarían al pie de una acta. Yo contesté a todo esto con razones que no contestaron y resolvía al mismo tiempo de una manera enérgica y terminante que yo no abandonaría Puebla mientras tuviera un cartucho y un mendrugo de pan que darle al ejército, esto es, mientras yo no tuviera que luchar con lo imposible [...] Mi resolución, pues, prevaleció sólo como un mandato. Digo a usted todo esto para que por su conducto llegue esta carta a conocimiento de los señores presidente y ministro de la Guerra con el objeto de que sepan el estado en que se halla esta plaza, por ser de mi deber y para que en virtud de esto se sirva el mismo supremo Gobierno darme las instrucciones correspondientes para normar a ellas mis procedimientos [...] Por lo que respecta a víveres y parque, yo ya no puedo mantenerme por 8 días, aunque [fuera] dueño de toda la ciudad, como que lo seré. Los inditos que me mandó Aurellano por disposición de usted sólo me trajeron 60 arrobas de harina y galleta. El ejército gasta 2 000 raciones diarias de víveres. Le manda un abrazo

> su amigo y compañero que lo aprecia, J. G. Ortega. Aumento: Va con muchas correcciones esta carta. Dispénselos, amigo mío, pues debe usted suponerse lo ocupado que estoy y el estado en que debe estar mi cabeza después de haber pasado un día como éste. Los generales Paz, Mendoza, Berriozábal, Negrete, etc., lo saludan afectuosamente.[18]

Comonfort envió al presidente Juárez copia de esta carta, añadiendo una propia:

> Te acompaño copia de una carta que acabo de recibir del señor general Ortega cuyo contenido, como verás, es de la mayor gravedad: por lo que a mí toca, estoy pronto a librar una batalla con la fuerza que cuento actualmente, ya sea para introducir víveres a la plaza, o para procurar la salida de sus defensores. Pondré en juego cuanto de mí dependa para asegurar su éxito: pelearé como bueno y haré que peleen lo mismo los que me obedecen. Tú comprenderás que un soldado no puede ofrecer más. Espero, en consecuencia, tus órdenes que cumpliré sin vacilar, y las que tengas que darle al señor Ortega; suplicándote únicamente, que hagas que el propio que conduce la presente esté de vuelta mañana a las 12 de la noche, cuando más, pues los momentos son preciosos y es menester aprovecharlos. No he querido hacer uso del telégrafo para comunicarte lo expuesto, porque ni es conveniente que se trasluzca la situación de Puebla, ni los movimientos que me toquen emprender.[19]

Estas cartas indujeron a Juárez a convocar una reunión de ministros que resolvió que el ejército del centro tuviera como "urgentísima obligación la de procurar introducir víveres y municiones suficientes para que no careciera de ellos el ejército de oriente", además de cuidar la línea de comunicación entre Veracruz y Puebla e interceptar la llegada de refuerzos a los franceses.[20]

[18] Carta de González Ortega a Ignacio Comonfort, Zaragoza, 25 de abril de 1863, AHSDN, x1/481.4/9102, f. 6.

[19] Carta de Ignacio Comonfort a Benito Juárez, San Gerónimo, 28 de abril de 1863, AHSDN, x1/481.4/9102, f. 10.

[20] El ministro Blanco a Ignacio Comonfort, México, 29 de abril de 1863, doc. cit., f. 233.

Esta delicada comisión no tuvo la suerte deseada y el fracaso de las batallas de Ocotlán y San Lorenzo Amecatlán, que eran los puntos por donde se pretendía introducir los víveres, llevaron consigo la derrota de Puebla y la lluvia de ataques a Comonfort, al que se hacía directo responsable de que Puebla no hubiera podido defenderse. Los periódicos desataron sus antiguas predicciones acerca del comportamiento de Comonfort, pero a pesar de esto Juárez lo apoyó decididamente:

> El gobierno general que está plenamente satisfecho del valiente comportamiento de usted así como de la conducta que observó y operaciones que practicó para la realización del plan, no cree necesario sujetarlo a un juicio para depurar su conducta militar, porque sabe muy bien, que por más que los resultados no hayan correspondido al fin que se propuso, ésta fue una lamentable desgracia dimanada de causas que no fue dado a usted superar y que disminuyó en lo posible por sus fructuosos esfuerzos para introducir el orden en la retirada al frente del enemigo. Lo que tengo el honor de comunicar a usted por expreso acuerdo del supremo magistrado de la nación, cumpliendo esta orden con tanta mejor voluntad, cuanto que habiendo sido testigo en Puebla de Zaragoza de varios hechos importantes íntimamente relacionados con el movimiento de usted, tuve oportunidad de observar que, faltando la cooperación de la plaza en un momento no combinado, dicho movimiento debería concluir forzosamente por un desastre.[21]

Comonfort fue, sin duda, quien más sintió estos fracasos que le restaban la oportunidad no sólo de defender a la patria, sino de morir por ella como lo hubiese deseado, en vez de contemplar la angustiosa situación de la derrota. Se apresuró a renunciar al cargo de jefe del ejército del centro, renuncia que le fue aceptada por Juárez, felicitándolo por el valor y empeño con que había tratado de cumplir su comisión y lamentando que la mala suerte le hubiese acompañado.[22]

[21] El ministro de la Guerra Felipe Berriozábal (tachado), a Ignacio Comonfort, México, 2 de mayo de 1863, AHSDN, x1/481.4/9103, f. 205.

[22] Comunicaciones del ministro Blanco a Ignacio Comonfort, México, 16 de mayo de 1863. AHSDN, x1/481.4/9103, f. 175.

Después de una breve licencia, Comonfort colaboró de nuevo con el gobierno de Juárez. Pero antes veamos las opiniones referentes al sitio de Puebla.

En el parte que González Ortega dirigió al gobierno explicó la derrota.

Primero, porque el mando del ejército se dividió entre dos generales: jefatura de oriente y del centro, lo que menoscababa su autoridad por los cargos políticos y militares que había desempeñado Comonfort, a quien consideraba con más experiencia.

Segundo, porque siendo el jefe del ejército del centro el intermediario entre el poder ejecutivo y la comandancia de oriente, las órdenes y comunicaciones, a más de que se retrasaban, pasaban por la opinión de Comonfort.

Tercero, porque Comonfort guardó para sí los puntos clave por donde pretendía introducir víveres y armas, no comunicándolo a González Ortega, lo que hizo que éste no pudiera apoyar sus movimientos. Tampoco aceptó sugerencias del jefe de oriente para atacar en un momento preciso, sino que en vez de actuar inmediatamente, pedía órdenes al ejecutivo, perdiendo con esto un tiempo valiosísimo.

En suma, la actuación de Ignacio Comonfort, según la opinión del general González Ortega, fue responsable de la caída de Puebla.[23]

Cuando los franceses se abastecían de alimentos en los lugares cercanos a Puebla, pudieron observar los movimientos de los ejércitos mexicanos. Pronto se dieron cuenta de la calidad de las tropas destinadas a combatirlos:

> las fuerzas de Comonfort, inferiores bajo todos aspectos a las de González Ortega, fueron destinadas a hostilizar el ejército franco-mexicano, y estas últimas [las de González Ortega] se encerraron dentro de las murallas con cuantos elementos tenían.[24]

esperando que las tropas del ejército del centro les introdujeran los elementos necesarios para la lucha.

[23] Jesús González Ortega, *La defensa de la plaza de Zaragoza en 1863,* México, Tipografía de Gonzalo A. Esteva, 1881, pp. 4-109.

[24] Tirso Rafael Córdoba, *El sitio de Puebla,* Puebla, Imp. J. M. Vanegas, 1863, p. 35.

> Pero examinada la cuestión con la debida imparcialidad ¿qué podía hacer D. Ignacio Comonfort en obsequio de los sitiados cuando éstos se habían cortado a sí mismos toda comunicación?[25]

Forey, como un zorro, vigilaba todos los movimientos de Comonfort, y decidió atacarlo para cortar definitivamente toda comunicación a Puebla, ocasión que se presentó al aproximarse las tropas del ejército del centro al pueblo de San Lorenzo, donde fueron batidas por el general Bazaine.

Cuando los sitiados de Puebla se enteraron de lo ocurrido a las tropas que iban a ayudarlos, cundió la desesperación, empezaron a dispersarse y González Ortega se preparó a entregar la ciudad en la forma más digna posible.

El comentario del lado francés es por demás irónico:

> en Puebla se encerró la tropa menos mala con que contaba el gobierno de D. Benito Juárez, dejando que por fuera expedicionasen las gentes de Comonfort, quienes de soldados sólo tenían el nombre.[26]

La caída de Puebla puso casi automáticamente en manos de los franceses la capital de la república. El gobierno de Juárez emigró y para septiembre de 1863 había formado en San Luis Potosí un nuevo gabinete: Relaciones, a cargo de Manuel Doblado; Justicia, en manos de Sebastián Lerdo de Tejada y posteriormente de José María Iglesias; Guerra, bajo la dirección de Ignacio Comonfort, quien a la vez era general en jefe del ejército de operaciones, cargo con el cual murió, y Hacienda, bajo la administración de José Higinio Núñez.

Juárez, al encargar el ministerio de Guerra a Comonfort, demostró que la confianza absoluta que le tenía no había disminuido con su infortunada actuación al mando del ejército del centro. Nuevos y graves problemas tenía que resolver su ministro de Guerra: organizar un ejército, que se llamaría ejército de operaciones, destinado a combatir en el Bajío al invasor francés y a las tropas mexicanas que

[25] *Ibid.*, p. 39.
[26] *Ibid.*, p. 133.

se le habían unido. Para ello, Comonfort gozó de amplias facultades que lo autorizaban a disponer de todas las fuerzas humanas posibles, ya fueran guardia nacional, ejército u otras improvisadas en los estados de México, Querétaro, Michoacán y Guanajuato. Para el sostenimiento de este ejército podían utilizar todas las rentas federales, impuestos ya existentes o nuevos, bienes nacionalizados, etc. Respecto a la autoridad militar, podía Comonfort modificar o cambiar el plan de operaciones aprobado por el gobierno, nombrar y remover jefes y oficiales, dando cuenta de sus pasos por el ministerio respectivo.[27]

No se descartó la posibilidad de que elementos mexicanos al servicio del invasor desearan volver a las fuerzas del gobierno, por lo que el ministro de Guerra estaba autorizado a admitir la sumisión de ellos, respetando sus personas y grados cuando lo creyere pertinente, salvando únicamente el decoro nacional y exceptuando de dichas garantías a los que hubieran militado en primerísimos lugares al lado del enemigo.[28]

La misión de Comonfort no era exclusivamente de guerra, sino también de paz. A su muerte, López Uraga, general que lo sucedió en el mando del ejército de operaciones, preguntó a Lerdo de Tejada si tendría las mismas atribuciones que el antiguo ministro de Guerra, y de la contestación del ministro de Relaciones y Gobernación se desprende que Comonfort tuvo, además, una misión diplomática que no llegó a cumplir, pues la muerte lo sorprendió:

> que no se habían dado facultades al c. Comonfort para iniciar de ningún modo oficial ni privadamente, sino tan sólo para oír las proposiciones que quisiere hacerle el enemigo: que aun para esto, se pusieron muy expresa y minuciosamente todas las restricciones exigidas por el interés y el decoro de la república y del gobierno, que se le dieron tales facultades con el carácter de personales, y no trasmisibles a quien quiera que fuese su sucesor, porque sólo se le dieron en atención a que era miembro del gobierno como ministro de la Guerra, circunstancia

[27] Comunicación de Lerdo de Tejada a Ignacio Comonfort, San Luis Potosí, 20 de octubre de 1863, AHSDN, x1/481.4/9037, ff. 53-56.

[28] Lerdo de Tejada a Ignacio Comonfort, San Luis Potosí, 19 de noviembre de 1863, AHSDN, doc. cit., ff. 57-58.

> esencial en el caso para que cualquiera proposición del enemigo siempre se entendiera dirigida a un miembro del gobierno constitucional, que por los términos literales y restricciones de tales facultades, se limitaban a lo que se refiriese a un armisticio que el enemigo pretendiera celebrar, con objeto de abrir negociaciones de paz: que habiendo motivo para creer que en la reciente desgracia de la muerte del señor Comonfort se han perdido y pueden llegar a conocimiento del enemigo, algunos documentos relacionados con este asunto, necesita el gobierno seguir una conducta diversa para evitar los inconvenientes del conocimiento anticipado del enemigo; y ya por estas graves consideraciones no pueden darse las indicadas facultades al c. gral. Uraga, a reserva de que, por la justa confianza que el gobierno tiene de él, le dará en lo de adelante, todas las que exijan las circunstancias.[29]

La presencia de Comonfort y Doblado en el gabinete de Juárez provocó duros comentarios en contra del presidente, al que acusaron los liberales puros de entregar en manos de los moderados el gobierno de la república, en momentos tan críticos, pues sospechaban que estos últimos sucumbirían ante el invasor.

Una vez encargado del ministerio de Guerra, Ignacio Comonfort discutió planes con el propio Juárez y su gabinete y marchó al Bajío con las instrucciones antes citadas. Iba el soldado, el diplomático, el amigo, en el cual Juárez cifró todas sus esperanzas de reorganizar un ejército y probablemente de llegar a un acuerdo pacífico con las tropas franco-mexicanas, pero la muerte cortó este último hilo del cual pensaban asirse los moderados para introducir un nuevo orden de cosas. Decimos moderados, porque ellos fueron los que se interesaron más en que la figura política de Comonfort volviera al poder en cualquier forma. Mérito muy grande es, para nuestro personaje, el haber mantenido una línea de conducta fiel al gobierno que le dio una oportunidad de reivindicarse ante su pueblo, rechazando las innumerables voces de deslealtad que llegaban a sus oídos, y sufriendo calladamente los ataques de la opinión pública.

[29] Comunicación de Lerdo de Tejada al gral. López Uraga, San Luis Potosí, 22 de noviembre de 1863, AHSDN, xx/4814/go37, ff. 35-39.

La muerte de Comonfort, acaecida el 13 de noviembre de 1863, fue llamada por la *vox populi* asesinato. Cuando Comonfort marchaba del pueblo de Chamacuero —que hoy lleva su nombre— a Querétaro, fue sorprendido por hombres al mando de los hermanos Troncoso que, aunque militaron bajo las órdenes del general conservador Tomás Mejía, saqueaban y robaban por su cuenta, y precioso botín debió parecerles el ministro de la Guerra de Juárez al que atacaron, partiéndole la cabeza de un machetazo.

La invasión francesa logró traer al seno de la patria a un personaje que, combatido por todos los partidos políticos, olvidó a éstos y dedicó sus últimos esfuerzos a salvar a la nación de la invasión extranjera.

Una vez más quedó acéfalo el ministerio de la Guerra. Poco después el gobierno de Benito Juárez emigró rumbo al norte, dejando San Luis Potosí. Atrás de él quedaron muchos cadáveres de mexicanos que sacrificaron sus vidas en la política nacional, y entre ellos el de uno cuyas cualidades de hombre hicieron pasar por alto las que faltaron al gobernante y al político, pues, según comentarios de sus contemporáneos,

> al paso que eran desaprobados y combatidos sus actos, respetábase su persona.[30]

[30] *El Pájaro Verde,* tomo 1, núm. 109, México, viernes 20 de noviembre de 1863.

LA LEGIÓN EXTRANJERA EN LA INTERVENCIÓN FRANCESA[1]

Marcel Penette
Jean Castaingt

El 1 de enero de 1862 el regimiento extranjero[2] se estaciona en Sidi Bel-Abbés, antiguo aduar argelino promovido a rango de ciudad gracias a las obras ejecutadas por la legión extranjera.[3]

Sin embargo, según era costumbre en la legión extranjera durante los periodos de calma, cuando no estaban empeñadas sus unidades en operaciones de mantenimiento de orden, varias compañías del RE estaban repartidas fuera del sitio principal de su estacionamiento. Acampaban cerca de las carreteras en construcción (Daya, La Tenira, Bukanefís, Sidi Khaled, La Mare, El Tessalah) y en la proximidad de los penales militares (Ben Yub y Bukanefís). Así habían pasado los años de 1860 y 1861, retirándose a Sidi Bel-Abbés durante la temporada calurosa que va de julio hasta fines de septiembre.

Al comenzar el año de 1862 el RE no debía formar parte del primer cuerpo expedicionario francés destinado a México, como tampoco de los refuerzos que se mandaran después. Su personal efectivo era entonces de 2 635 hombres entre oficiales, suboficiales, cabos y legionarios, al mando del coronel Mathieu Butet.[4]

Los primeros siete meses de 1862 pasaron sin que se alterara

Historia Mexicana, vol. 12, núm. 2, octubre-diciembre de 1962, pp. 229-273.

[1] Trabajo presentado en el Primer Congreso Nacional de Historia para el Estudio de la Guerra de Intervención, organizado por la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística.

[2] En adelante nos referiremos a este cuerpo con la sigla RE.

[3] "La legión de aventureros que estaba en África", Francisco Zarco, *El Siglo XIX*, México, 26 de enero de 1868.

[4] Procedente del cuerpo de suboficiales, ingresó al servicio militar en 1828, a los 18 años; fue ascendido a oficial en 1837.

la rutinaria vida de la legión extranjera; así llegamos al 15 de agosto, aniversario del nacimiento de Napoleón I.

> Este día 4 la ciudad de Bel-Abbés estaba de muy buen humor; en su cuartel, empavesado y adornado con guirnaldas de follaje, los soldados de la legión cantaban y bebían esperando la llegada del coronel que, según la costumbre establecida en semejante día, llega con la oficialidad, pronuncia un discurso y toma una copa de vino a la salud del emperador. Esta visita precede siempre a una comida muy deseada por aquellos que aún tienen fuerzas para llegarse hasta el lugar que les es asignado en el banquete. Aquel día colgaban de las ventanas grandes cartelones con la inscripción de las hazañas del regimiento, numerosas por cierto, y de las campañas, más numerosas todavía. Los apellidos de nuestros generales procedentes del cuerpo de suboficiales se leían también sobre otros cartelones.[5] Un letrero se encontraba bastante a la vista y sin inscripción. —¿Qué es esto? ¿Qué significa esta cosa blanca? —pregunta el coronel Butet. —Es el lugar previsto para inscribir la campaña de México —le contestaron. Y, de todas partes gritaron: "Vámonos a México".[6]

El mismo día sucede un acto de insubordinación grave que no tenía precedente en el historial de la oficialidad de las legiones extranjeras, al saberse que los regimientos de zuavos estacionados en Orán, a dos jornadas de Bel-Abbés, saldrían de refuerzo con destino a México.

Los oficiales del RE mandan una petición al emperador sin respetar las reglas de la jerarquía militar, solicitando el honor de servir en esta nueva campaña.

> Nuestro excelente coronel, "Papá" Butet, nos reunió para decirnos que no era él de la madera de que se hacen los generales; que se extrañaba mucho de haber alcanzado el empleo de coronel; que temía que su personalidad fuese un obstáculo para la realización de nuestros de-

[5] Gabriel de Disbach de Torny, *Sirviendo como teniente suizo en el regimiento extranjero,* diario inédito, Archivo de la Legión Extranjera.

[6] *Ibid., ut supra.*

seos; que le era muy penoso tener que arrestar a algunos de nosotros en castigo de un acto, irregular por cierto, pero que él no reprobaba; en fin, que iba a pedir su cambio para conseguir otra comisión en el estado mayor de las comandancias de plaza.[7]

Sin embargo, nuestra gestión tuvo un desenlace favorable merced al deseo del emperador de complacer al RE.[8]

1863

El 19 de enero el nuevo comandante del RE, coronel Pierre Jeanningros,[9] recibía la orden de relevar inmediatamente los cuerpos estacionados fuera de la cabecera de la unidad y de organizar dos batallones para salir de inmediato a México. Según la orden del ministro de la Guerra, mariscal Randon, el RE debía contar con 200 plazas, organizarse en dos batallones de siete compañías cada uno, plana mayor y banda de guerra. Cada legionario debía llevar el total de sus prendas de vestuario, de equipo, de armamento, y la mochila llena. Además tenía que llevar una reserva de vestuario para un año, a saber: tres camisas, tres pares de zapatos, tres pares de polainas, un medio suministro de cantimploras grandes, y también grandes marmitas y platos, una décima parte de tiendas cónicas y de medias cobijas. Todo el equipo y la indumentaria empacados con cuidado y transportables a lomo. Además de los cartuchos individuales,[10] cada legionario debía llevar una reserva de 60 cartuchos. Los oficiales recibirían una media indemnización de campaña antes de que saliera la unidad.

El armamento del RE era la carabina rayada modelo 1859, llamada "carabina de los cazadores a pie" o "de la guardia"; la guardia

[7] Charles Zede (1837-1908), *Mes mémoires,* Les Carnets de la Sabretache, París, 1933; *Revue de la Legion Extrangère,* Sidi Bel-Abbés, 1957-1958.

[8] *Ibid., ut supra.*

[9] Pierre Jeanningros (1816-1908), general de división jubilado en 1882. Véase Francisco del Paso y Troncoso, *Diario de las operaciones militares del sitio de Puebla en 1869,* México, Secretaría de Guerra y Marina, 1909, p. 293, su opinión sobre el general Jeanningros.

[10] Decreto imperial del 2 de septiembre de 1858, *Revue d'Infanterie Française,* julio, 1900.

imperial había recibido este armamento antes que los cazadores. Esta carabina tiraba una bala perfeccionada por el comandante (y más tarde coronel) Nessler, del modelo 1859, pero cuyo final arreglo data de 1863 (bala modelo 1863), de cavidad cuadrangular, la última de las balas utilizadas en los fusiles de percusión en servicio en el ejército francés; el sistema de culata móvil del fusil modelo 1866 "Chassepot" vino a suplantarla. Las principales modificaciones de esta carabina rayada, especialmente el sistema de rayados progresivos, se debían a un oficial de artillería, el capitán Minié, que le dio su nombre.[11]

Cada batallón llevaba dos mulas de abasto; era 37 el número de mulas previsto para el regimiento: 4 para el estado mayor, 28 para las 14 compañías, 4 para la contabilidad y la ambulancia; 1 para transportar la caja de herramientas del armero.

El primer batallón quedó al mando del comandante Munier; el segundo, al mando del comandante Regnault. Los dos batallones salieron de Sidi Bel-Abbés los días 26 y 27 de enero respectivamente, y pararon el primer día en el Oued Imbert y el segundo, en El Tlelat. El estado mayor viajaba con el segundo batallón, y el teniente coronel Giraud tenía la responsabilidad del movimiento general de los dos batallones de marcha, formando así el regimiento extranjero. A su llegada a Orán, los días de estancia en esta ciudad[12] los aprovechó la tropa para completar el suministro de las mochilas y dar la última mano a los preparativos de embarque. El día 7 de febrero el general de división Deligny, comandante de la zona militar de Orán, pasó revista a los dos batallones de marcha, y en una arenga breve les recordó el pasado glorioso del RE y les indicó su futura línea de conducta. El mismo día la oficialidad de la guarnición ofreció un "ponche" de honor al RE, y el 9 se efectuó el embarque en el puerto de Mers el Kbir.[13]

[11] En esta época los norteamericanos utilizaban el arma que llamaban "rifles Minié", aparte de sus "Sharps Spring Field" modelo 1841 modificado y el "Enfield" modelo 1853.

[12] La prensa de Orán de la época ofrece crónicas muy breves. En una de ellas se menciona la salida de esos navíos, según oficio de 24 de febrero, es decir 14 días después, Archivos Generales de Orania.

[13] El gobernador general de Argelia, 18 de marzo de 1863, participa al ministro de la Guerra la salida de los buques que conducían al RE a México. Matías Romero, en su despacho núm. 55 de 19 de marzo de 1863, informa a la Secretaría de Relaciones Exteriores dicha sali-

El primer batallón, la plana mayor del regimiento y el coronel Jeanningros embarcan a bordo del *Saint Louis,* al mando del capitán de navío Duroch, o sea: tres jefes, 32 oficiales, 758 suboficiales y legionarios, cinco vivanderas, 10 caballos, 10 mulas, 62 cajas, 21 barriles de pólvora, dos carros vivanderos, 733 fardos diversos y el equipaje de los oficiales. Embarcaron también 469 oficiales y soldados del primer regimiento de zuavos. La tripulación del navío contaba con 427 oficiales y marineros. El segundo batallón, con el teniente coronel Giraud, embarca a bordo del *Wagram,* al mando del capitán de navío Huguet de Majoureaux, con 20 oficiales, 699 suboficiales y legionarios y 321 zuavos del primer regimiento. La tripulación se componía de 465 oficiales y marineros. Los dos buques se hicieron a la mar el 10 de febrero, de concierto con el transporte *Finisterre,* que transportaba un gran número de mulas, con una tripulación de 212 oficiales y marinos al mando del capitán de fragata Tardin Esteve.

El convoy pasó por Gibraltar el día 11 de febrero; hizo escala en la rada de Funchal el día 16 para abastecerse de carbón, y reanudó el viaje dos días después. Del 5 al 11 de marzo fondeó en el puerto del Fort de France, en La Martinica. El día 11 los tres buques hácense a la mar y, después de una feliz travesía, fondean de noche, el 25 de marzo, en la isla de Sacrificios. El regimiento no desembarcó su personal,[14] las acémilas, caballos, carros y demás impedimentos hasta el día 28, y acampó durante tres días sobre un terreno cercano de la Alameda, aprovechando este tiempo para completar su organización y constituir un pequeño depósito a las órdenes del teniente Lebre.[15]

---

da, reportada por el corresponsal del *Galygnany's Messenger* (Nueva York) en Tolón, el de la *Army and Gazette* (Londres) en París y el del *Herald* (Londres) en Roma. "Leemos en el periódico *L'Étoile Belge* de Bruselas, con fecha 30 de enero, que los buques *St. Louis, Wagram, Finistèrre* hácense a la mar el 2 de febrero, con refuerzos para México", *El Monitor Republicano,* México, 30 de marzo de 1863, núm. 4614.

[14] "La proclama del general González Ortega ha producido buen efecto, en particular en las filas de la Legión Extranjera que ha desembarcado en Veracruz el 27 de marzo. Esta unidad ha sufrido ya considerables deserciones. Unos cuantos soldados han llegado a Tuxpan", *El Siglo XIX,* México, 2 de mayo de 1863, núm. 838. Según los Archivos del Servicio Histórico del Ejército Francés (en adelante Archivos SHEF), entre el 31 de marzo y el 27 de abril de 1863 desertaron quince legionarios del RE.

[15] Muerto en Veracruz de vómito negro el 21 de julio de 1863. Era suizo, nacido en Lausana.

El día 1 de abril el RE cambia de campamento y se establece en La Tejería bajo el mando del comandante Munier. Se reparte el segundo batallón entre La Tejería y La Soledad, congregación y cabecera de municipalidad situada en la margen izquierda del Jamapa, a 42 km OSO de la plaza de Veracruz. El teniente coronel Giraud se establece como comandante de la plaza de La Soledad y del cantón. El primer batallón ocupa varios puntos: Paso del Macho, el cerro del Chiquihuite (con un destacamento en el cerro del Caballo Blanco) y el pueblo de Atoyac, que ocupa el coronel Jeanningros como comandante de la plaza y el cantón.

El regimiento extranjero y el 7° de infantería, de línea, llegado a Veracruz casi al mismo tiempo,[16] forman, bajo el mando del general de brigada De Maussion,[17] llamada "de reserva". El 7° de línea ocupa Córdoba con su primer batallón, y los puntos de Puente Colorado, Acultzingo y de La Cañada con el segundo batallón.[18] La misión principal de la brigada de reserva es la de proteger las comunicaciones del cuerpo expedicionario desde Veracruz hasta más allá de las cumbres, siendo Veracruz la única base para las operaciones. La misión particular del RE es rescate de convoyes, la protección de los trabajadores de la vía férrea en construcción entre La Soledad y el punto de Purga, los reconocimientos y las columnas móviles de ambas partes del único camino carretero que enlaza Veracruz con Puebla (ya nuevamente sitiada); en fin, la vigilancia y protección de los destacamentos y de la circulación del correo. Sus tareas son complejas, de gran utilidad, dificilísimas. Diezmado por el vómito, el tifo, la disentería y las demás fiebres intermitentes, va a cumplir con ellas sin flaquear y sin cesar, enfrentándose constantemente a las numerosísimas guerrillas que cortan el camino y hostigan los convoyes en marcha.[19]

[16] El 7° de línea fue embarcado en los buques *Tilsitt* y *Turenne*.

[17] Retirado; muerto en Argelia en 1887 después de haber desempeñado varias veces el empleo de inspector general del ejército.

[18] Córdoba tenía también una guarnición de infantería de marina al mando del coronel Charvet.

[19] El *Moniteur Officiel* de Francia del mes de abril anuncia que las tropas francesas nada tenían que temer del clima de las "tierras calientes", cuya vigilancia habla sido confiada al RE y a las contraguerrillas. El general mexicano Gálvez, al servicio de la intervención, envía carta al

El primer encuentro del RE con las fuerzas liberales mexicanas se verifica quince días después del asiento del dispositivo de la unidad. Los días 18 y 20 de abril un grupo de patriotas mexicanos al mando de Antonio Díaz, alcalde del pueblo de Jamapa, cabecera de la municipalidad del cantón situado en la margen derecha del río de su nombre, 25 km al SO de la plaza de Veracruz, inquieta a los trabajadores de la vía férrea, tratando de interrumpir el curso de esas obras.[20] Munier, comandante militar del punto de La Tejería, con la compañía de fusileros de su batallón (el segundo), al mando del capitán Dubosq, y un pelotón de caballería auxiliar mexicana, al mando del "Negro" Figuerrero, guerrillero a sueldo de la intervención,[21] sigue las huellas del jefe mexicano y lo ataca en las cercanías de Jamapa. Antonio Díaz muere en el encuentro a manos del teniente Milson,[22] y, después de una carga a bayoneta calada, las fuerzas contrarias se desbandan dejando muertos y heridos.

El 30 de abril se verifica en el punto de El Camarón (ex Temaxcal), una de las más bellas acciones militares de los regimientos extranjeros, uno de los hechos más brillantes del historial militar francés. Aquel día, de mañana, la tercera compañía del RE, formada por tres oficiales: el capitán Danjou, los subtenientes Vilain y Maudet, y 62 legionarios, emprende el combate contra la brigada del centro del estado de Veracruz, al mando del coronel Milán;[23] se atrinchera en la

general Forey, de fecha 16 de junio de 1863, lamentando que, debido a graves dificultades con el coronel Du Pin, no podía seguir sirviendo con sus tropas en "tierras calientes", Archivos SHEF.

[20] El 6 de abril el campamento ferroviario de La Loma fue asaltado y destruido por la guerrilla de Honorato Domínguez, "La devastación había sido total", véase *Revue des Deux Mondes,* París, octubre de 1865, enero, febrero de 1866. En su informe de la primera quincena de junio de 1865 al general Forey el comandante Munier da parte de las numerosas deserciones de trabajadores de la vía férrea, "sobre todo los obreros procedentes de Nueva Orleans", Archivos SHEF y Filmoteca de El Colegio de México, "Intervención francesa", rollo 14.

[21] Tiene un descendiente directo, Régulo Corral Figuerrero, residente en Huatusco, Veracruz.

[22] Oficial prusiano, alistado en la legión extranjera el 24 de febrero de 1860, donde sirvió hasta enero de 1867; capitán de húsares, edecán del príncipe Federico Carlos de Prusia durante la guerra franco-prusiana, 1870.

[23] El coronel y licenciado Francisco de P. Milán era entonces gobernador del estado de Veracruz y comandante militar desde 1863, cargo al que renunció poco después, reteniendo el mando de las fuerzas de la entidad por disposición del supremo gobierno. Se distinguió en las campañas de la guerra con Estados Unidos, la de tres años, la intervención y el imperio. Murió en Jalapa, 1884, Archivo de Cancelados, Secretaría de la Defensa Nacional, México.

casa de material de la hacienda de la Trinidad; en esta ocasión protegían un convoy de municiones y de armas, y llevaban además tres millones de francos en oro a las tropas que sitiaban Puebla.

Al terminar un día de tremenda lucha, habiendo jurado defenderse hasta la muerte, su parque agotado, dos de sus oficiales ya muertos y el tercero mortalmente herido, dejando sobre el terreno un total de 32 muertos y 11 heridos, la compañía del RE sucumbe bajo el número superior del adversario, después de una última tentativa de salida a bayoneta calada. Salvando el convoy con su sacrificio total, y sosteniendo hasta el fin el juramento prestado, los legionarios del capitán Danjou dieron un ejemplo sublime de las virtudes militares que son tradicionales en la legión extranjera desde su creación en 1831. Así se expresa un jefe mexicano,[24] el mayor Sebastián I. Campos, acerca del combate:

> En el interior del caserón el espectáculo era horrible a la vez que conmovedor; franceses y mexicanos yacían —mezclados, confundidos, durmiendo juntos el sueño de la muerte, que se habían prodigado con furor—. Unos y otros habían pagado con la vida, víctimas inocentes, la insensata ambición del hombre más funesto que ha tenido la Francia moderna, y unos y otros daban ya cuenta a Dios de haber cumplido con su deber.[25]

El 9 de mayo el comandante de las fuerzas liberales de la plaza de Huatusco escribe al general De Maussion, comandante de la brigada de reserva en Orizaba, para darle parte de la defunción del subteniente Maudet, "que ha sucumbido a sus heridas y ha sido inhumado con los honores debidos a su rango".[26] El 14 Jeannigros toma a su

[24] Nacido en Veracruz, 1834; oficial de la guardia nacional, se distinguió en las guerras de reforma y de tres años. Durante la campaña contra los franceses actuó en las operaciones del estado y en la costa de Sotavento. Se retiró a Orizaba en 1892. En 1890-1891 publicó una serie de folletos de inspiración patriótica y liberal, titulados El *pensamiento liberal,* hoy rarísima fuente de información.

[25] Véase Sebastián I. Campos, *Recuerdos históricos de la ciudad de Veracruz y costa de Sotavento durante las campañas de tres años, la intervención y el imperio,* Orizaba, 1893, cap. XIX.

[26] Resumen de los hechos durante la primera quincena de mayo, por el general De Maussion, comandante de la brigada de reserva en Orizaba, al comandante en jefe general Forey, Archivos SHEF.

cargo la comandancia de la plaza de Veracruz; el coronel Labrousse había muerto el 30 del mes anterior y el interinato había sido cubierto por el comandante Munier, quien, con esta misma fecha, se encarga de la comandancia de la plaza de La Soledad y del cantón. El 28, los fusileros del segundo batallón reintegran la segunda compañía del mismo en Medellín, abandonando definitivamente La Tejería, después que las fiebres habían asolado la unidad.

Desde hacía mucho tiempo las poblaciones de Huatusco, San Juan Coscomatepec, Pueblo Viejo, Tomatlán, Chocamán y Tetla suministraban a las fuerzas liberales y a las guerrillas de la zona víveres y forraje, al tiempo que constituían una red de información tan importante que hacían fracasar siempre los reconocimientos franceses.[27]

Huatusco, cuya población había demostrado sus firmes disposiciones liberales desde junio de 1862, cuando la contraguerrilla ocupó el punto, era la llave maestra del lado norte del camino entre La Soledad y Orizaba, y era el cuartel general de Cuéllar.

El 27 de julio el comandante Regnault organiza una columna móvil de tres compañías desde La Soledad hasta Huatusco. El itine-

[27] Las guerrillas más activas del estado de Veracruz eran las siguientes: Zeferino Daquin, de Cocuapa, cerca de Zentla; Maximino Escobar, de La Soledad; Tomás Algazanas, de Cotaxtla; Matías González, de Cueva Pintada; Ignacio González, de San Jerónimo; Juan Canseco, de El Izote; Marcelino Rosado, de Paso del Macho; Juan Arévalo, de Coscomatepec; Pascual Rincón, de Temaxcal; Honorato Domínguez, de San Diego; Antonio Molina y Francisco Arrieta, del punto de Vacas Gordas, cerca de Palo Verde (investigaciones personales de los autores en toda esta región, donde existen descendientes de los jefes de punto o de cantón militar de aquella época). Manuel Rivera, *Historia de Jalapa y revoluciones del estado de Veracruz,* tomo v, p. 585, menciona las guerrillas de Santibáñez, Robles, Angón, Cuéllar, Carbajal, Leyva, Bustamante, Mena, Cruz-Noriega, Cabrera, Herrera y Cairo y Balcázar; Basilio Pérez Guajardo, *Martirologio de los defensores de la independencia de México, Diario Oficial del Gobierno Supremo de la República,* tomo 1, agosto-septiembre de 1867, cita guerrillas de Juan Zamudio, Vicente Lara, Catarino Osegueda, Antonio Ochoa, Donaciano Pérez; Manuel Santibáñez, *Reseña histórica del cuerpo de ejército de oriente,* da cuenta de las guerrillas de Juan Quesada, José M. Ramírez y del comandante Gómez, español; Rafael Echenique, *Catálogo alfabético y cronológico de los hechos de armas de la independencia hasta 1894,* las guerrillas de Platas, Arredondo y José Fernández; Enrique Herrera Moreno, *Historiografía del cantón de Córdoba,* México, 1892, a propósito del combate del 30 de abril de 1863 y de las guerrillas, expresa "guardias nacionales de Córdoba, Jalapa, Coscomatepec y de varios pueblos indígenas"; Wilhelm von Montlong, *Autentische Enthüllung über die letzten Freignisse in Mexiko,* Stuttgart, 1868, refiere las de Alatorre y de Fernando Ortega en la región de Misantla y Papantla.

rario seguido es Izote, Mata de Gallo, La Barranca del Chillul, San Jerónimo Zentla.

Por su lado, el 7° de línea dirige desde Orizaba una columna móvil de cuatro compañías hacia San Juan Coscomatepec por El Fortín y Monte Blanco. El comandante Mariano Camacho encabeza un cuerpo de guardia nacional en Coscomatepec, ocupando el rancho de Tlaltengo. El movimiento de la columna del 7° de línea tiene por misión impedir cualquier intención de retirada por la margen derecha del río Jamapa. Los liberales, habiendo descubierto el movimiento, se retiran a tiempo de Coscomatepec y de Huatusco. Así se expresa un testigo de la entrada de las columnas a Huatusco:

> Entramos en el pueblo el 2 de agosto a las 12 horas y media. Hemos tenido que lamentar una sola baja en la expedición, la del sargento Copain, que murió de insolación antes de llegar a San Jerónimo ayer. Este joven inteligente y culto iba a ser ascendido a oficial. Los moradores de Huatusco que se han quedado, pocos a decir verdad, dicen que tenían deseos de resistir el ataque; pero cuando se supo que éramos las mismas tropas que las del combate del 30 de abril en Camarón, empezaron a gritar: "¡Sálvese quien pueda!, pues no queremos pelear con ellas; cuesta demasiado caro". El coronel Milán se había ido; dicen que sus tropas tuvieron 500 bajas. Organizamos una pequeña peregrinación para visitar la modesta tumba de nuestro valiente amigo Maudet. La buena dama que lo atendió durante su cruenta enfermedad[28] nos lleva hasta el lugar en el atrio del templo.

El mismo testigo sigue diciendo:[29]

[28] Doña Juana Marrero viuda de Gómez. Dos comandantes liberales, hermanos de doña Juana —"Mamá Juana" como la llamaban en Huatusco—, después del combate de Camarón le llevaron al teniente Maudet, herido, a quien prodigó sus cuidados hasta que falleció; antes de morir el oficial escribió en un papel "Había yo dejado una madre en Francia, encontrándome otra en México". Cuando Manuel Marrero perdió la vida en combate cerca de Huatusco, 24 de octubre de 1865, dos oficiales franceses llevaron el cuerpo a la hermana mayor, le rindieron honores militares y desaparecieron (relato recogido por los autores de Alberto Gómez, nieto de "Mamá Juana". En el Museo de la Legión Extranjera se hallan los retratos del teniente Maudet y de Juana de Marrero, a quien los legionarios llaman "la dama del gran corazón".

[29] De Diesbach De Torny, *op. cit.*

> Fuimos recibidos como lo son los franceses en todos los países, pues es de notar que los bravos franceses, con su modo de hacer gala de generosidad en todas partes, siempre y sin motivo, son recibidos con indiferencia. Ni siquiera se toman el trabajo de ser corteses con ellos. Es verdaderamente lastimoso. Así, en estos pueblos que conocen únicamente la fuerza brutal, pasamos por ser unas ostras, y no se esconden para decir: "Ustedes, los franceses, son buenos para pelear, pero no saben hacerse respetar después de la victoria. Actúan con los que acaban de derrotar como si fueran ustedes los derrotados. Parecen pedir perdón por la victoria. Se quejan de que no tenemos confianza en ustedes; sin embargo, cuando acaban de adueñarse de una ciudad, y si aparentamos deseos de adherirnos a su causa, nos preguntan inmediatamente cómo es menester actuar. Luego sabemos que nos abandonarán unos cuantos días después, y que tan luego como se marchen las guerrillas regresarán, y la suerte que nos espera a los que hayamos colaborado con ustedes, es ser secuestrados o colgados por los guerrilleros. Si estamos de su lado no nos dan ustedes ninguna compensación y, en cambio, tenemos la esperanza de ser colgados a su salida. Vale más para nosotros, pues, seguir como siempre, una vez del lado de uno, otra vez del lado de otro, gritando ¡Viva Pablo, Viva Pedro!, según sea uno u otro quien tenga el poder".

El 5 de agosto el comandante Regnault, volviéndose a sus antiguas posiciones, acampa en la barranca de Coscomatepec; el 6, en Ocotitlán; el 7, en la hacienda de La Defensa; el 8, en Paso del Macho, y el 10 entraba en Córdoba con las tres compañías.

El 12 de septiembre el capitán Saussier, al mando de la compañía de fusileros del primer batallón del puesto de Paso del Macho, recibe la orden de dirigirse, con su tropa y con una compañía destacada del batallón de La Soledad, hacia Cotaxtla, a 12 leguas de distancia;[30] pone en fuga a los contrarios, que más tarde, con el apoyo de fuerzas liberales de Tlaliscoyan y de Paso Santa Ana, sitian a las dos compañías del RE que estaban en el pueblo de Cotaxtla.

[30] Legua francesa equivalente a 4 km.

Ante esa situación comprometida, el capitán Saussier usa un ardid de guerra: hace preparativos para franquear el río Blanco, como si intentara alcanzar el camino carretero de La Soledad, y, mientras las corporaciones liberales se dirigían hacia ese camino para esperar a los legionarios, Saussier toma el de Córdoba y regresa sin novedad a Paso del Macho.

Por orden del general Bazaine,[31] comandante en jefe del cuerpo expedicionario, de fecha 5 de octubre, todas las compañías francas son organizadas para reforzar la protección del camino carretero entre Veracruz y Puente Colorado, con el fin de recorrer las tierras calientes sin tregua ni descanso. Estas compañías francas debían formarse con voluntarios. El RE, como el 7° de línea, organiza una de ellas con 100 plazas, al mando del capitán Boechat. Su armamento es la carabina de los cazadores de a pie, modelo 1859.

Con los prisioneros mexicanos procedentes del sitio de Puebla, y ante la insistencia del emperador, tratan de organizar en cada batallón del RE una compañía de voluntarios extranjeros formada en su mayoría por mexicanos, empresa que pronto fracasa debido a las numerosas deserciones.[32]

El 3 de octubre el comandante Ligier escolta, con una parte del segundo batallón, un convoy que va por la vía férrea de Veracruz a La Tejería. Las fuerzas mexicanas provocan un descarrilamiento del ferrocarril e inician el ataque. Ocurre un encuentro rápido y muy violento, en el cual Ligier y varios miembros de la escolta mueren.[33]

Las operaciones en las que participó el RE en el transcurso de este primer año de campaña fueron muy mortíferas: misiones agotadoras de reconocimiento, columnas móviles, escoltas de protección de los caminos subiendo a la altiplanicie o bajando desde el interior hasta

[31] Bazaine tomó el mando del cuerpo expedicionario al regreso del general Forey a Francia.

[32] "Mexicanos enlistados en el regimiento extranjero", *El Indicador,* Orizaba, 29 de noviembre de 1863.

[33] B. Pérez Gallardo, *op. cit.,* tomo 1, agosto y septiembre, 1867. "11 republicanos muertos, 11 prisioneros, los mismos fusilados por el teniente Rajaud."

el mar, continuas marchas y enfermedades. Todas esas operaciones redujeron considerablemente su efectivo. En adelante le sería imposible seguir responsabilizándose de mantener la seguridad en las tierras calientes.

El general en jefe toma, pues, la decisión de crear una fuerza de contraguerrillas bajo el mando del coronel Du Pin, con voluntarios y también con las compañías de soldados criollos de las islas Martinica y Guadalupe designadas al efecto. Aparte, el RE suministra un oficial y diez legionarios.

El RE se queda reducido a dos compañías del segundo batallón, en La Soledad, o sea doscientos soldados sanos; el resto del batallón está guarnecido en el cerro del Chiquihuite; el primer batallón y los enfermos se quedan en Córdoba.

Por decisión del comandante en jefe del cuerpo expedicionario, con fecha 28 de octubre se constituye una sección disciplinaria que se instalará en el fuerte de San Juan de Ulúa. Su función es recibir a los militares de cualquier unidad del cuerpo expedicionario llevados ante los consejos de disciplina regularmente reunidos para ser procesados. Los cuadros de esta sección son provistos por la brigada de reserva (RE y 7° de línea), con lo cual las fuerzas del RE, ya muy debilitadas, se reducen todavía más.

Hasta el 31 de diciembre el RE sigue cumpliendo su labor de protección y escolta en las tierras calientes.

Desde el 1 de abril, fecha de su llegada a México, el RE ha perdido, ya sea en acción o por enfermedades, 11 oficiales y 800 suboficiales y legionarios, sobre un efectivo total de 1 400 plazas.

1864

En vista de que la considerable reducción de efectivos había dejado al RE en situación precaria, el gobierno dispone medidas para su refuerzo. El 1 de enero de 1864 una parte del tercer batallón estacionado aún en Sidi Bel-Abbés recibe la orden de embarcarse con destino a Veracruz bajo el mando del comandante mayor Rolland (24 oficiales y 650 legionarios). Un segundo contingente de refuerzo

(9 oficiales y 350 legionarios) se embarca el 31 de enero. En el RE no queda más que la sexta compañía del tercer batallón y unos cuantos enfermos que se embarcan mucho después, el 1 de abril.

El 21 de febrero el tercer batallón desembarca en Veracruz y es destinado a Puebla para juntarse con los dos primeros batallones que se encuentran allí; llega a esa ciudad el 24 del mismo mes. Dos compañías del tercer batallón se quedan en Martinica, a causa de las averías que sufre el barco transporte *Darién*. Con fecha 1 de marzo el RE es dado de baja en la brigada de reserva, y de alta en el servicio activo.

El 6 de marzo llegan a Puebla el primero y el tercer batallones. El 23 de marzo el general en jefe da a conocer que el efectivo total del RE será de cuatro batallones.

Por orden del general en jefe, la sexta compañía del primer batallón se transforma en compañía franca o compañía de guerrilleros a pie. La sexta compañía del segundo batallón pasa a ser también compañía franca o compañía de guerrilleros montados; está organizada en escuadrón y combate como dragones. Las compañías del tercero y cuarto batallones se transforman en compañías de depósito y permanecen en Puebla con la plana mayor del RE. Y, para terminar con estos detalles de organización, consignemos que un último destacamento de 400 legionarios embarcó en Orán con destino a México el 1 de agosto. Los voluntarios al RE fueron conducidos al lugar donde se hallaba asentado el 7° regimiento de línea, en Aix; allí fueron organizados en grupos y enviados a México desde el puerto de Saint Nazaire.

Puebla es entonces la cabecera de una subdivisión militar, es decir, de la zona militar de los estados de Puebla y Tlaxcala, bajo el mando del general de brigada Brincourt. Una vez concluida la citada operación de organización, el RE ocupa varios puntos del estado de Puebla. El destacamento que se encuentra más al sur es el de Acatlán, bajo el mando de un comandante, y se halla enlazado con Puebla por intermedio de una compañía acantonada en Tepeji de la Seda.

Desde enero el RE ocupa San Juan de Los Llanos, Zacatlán y Tlaxcala; hacia el oeste ocupa el puente de Texmelucan, y tiene un

destacamento en la hacienda de Apapasco y otro en San Martín. Todos y cada uno de estos puestos se ven amenazados constantemente por las fuerzas liberales del sur, por las que proceden del estado de Oaxaca y del norte y por las fuerzas establecidas en la sierra.

En abril la compañía de fusileros de Tepeji de la Seda, al mando del teniente Gans, es atacada por el general Félix Díaz, el "Chato" Díaz, con fuerzas procedentes de la villa de Huajuapam de León, y queda sitiada. Gans defiende el punto con suma inteligencia y valentía. El general Brincourt manda el 15 de abril una columna móvil, al mando del coronel Jeanningros, para auxiliar a la guarnición sitiada. Los contrarios, informados a tiempo de la aproximación de la columna, evitan el combate y se retiran. La columna regresa a Puebla el 6 de junio.

Con motivo de la inminente llegada del archiduque Maximiliano de Habsburgo y de su esposa la princesa Carlota, tropas francesas y de auxiliares mexicanos son apostadas a lo largo de la carretera de Veracruz, con el fin de poder dirigir columnas móviles hacia cualquier punto en donde puedan aparecer fuerzas contrarias. Mientras el 7° de línea destaca dos compañías de su segundo batallón a Córdoba y Orizaba, el RE dirige otras dos compañías hacia las cumbres de Acultzingo, para la protección del camino carretero de Orizaba. En el norte del estado de Puebla el punto de San Juan de los Llanos queda guardado por una avanzada establecida en la hacienda de Puchingo —al oeste del camino hacia Teziutlán, a legua y media de la hacienda de La Concepción—, formada por una fuerza de 45 legionarios al mando del capitán Girard.

Una partida de 500 infantes liberales, al mando de Juan Francisco Lucas, y de 200 jinetes, al mando de Baltasar Téllez, el 13 de junio pone sitio a ese último punto con una pieza de 12. El combate dura de las 3 y media a las 7 de la tarde. El contrario pierde a nueve de sus combatientes y tiene varios heridos, los sitiados tienen 14 bajas.[34] Una columna móvil llega en auxilio de la pequeña guarnición sitiada y las fuerzas liberales se retiran.

[34] *Ibid.*, "*Los* republicanos no tuvieron ninguna baja; los franceses 77 muertos y el punto fue ocupado por las fuerzas liberales".

Durante todo este periodo no hay más que escaramuzas continuas, compañías en marcha, pequeñas columnas reconociendo el sector bajo el mando de los comandantes De Leuchey, Saussier, De Brian y La Vollée, que logran rechazar a las partidas liberales más allá de los límites del estado.

A fines de junio el RE tiene un batallón en Puebla, otro en San Juan de los Llanos y dos en Huajuapam de León, que se halla a ocho jornadas de Puebla.

El capitán Romary es comandante del punto de Acatlán y el capitán Legout de Tepeji de la Seda. El comandante De Brian tiene como ayudante de batallón al capitán Rambert, en Huajuapam.

La ciudad de Oaxaca[35] es ocupada por uno de los mejores generales del ejército liberal, Porfirio Díaz, con un contingente de tropas bastante considerable. Desde allí, Díaz amenaza las comunicaciones con Veracruz, y sus partidarios hostigan constantemente los puertos de destacamento del cuerpo expedicionario francés. El general Brincourt obtiene del general en jefe la autorización de atacarlos y de tratar de rechazarlos hasta Oaxaca. En el mes de julio se forman dos columnas para ese efecto; una, al mando del mismo Brincourt, avanzará por el camino de Puebla hacia Huajuapam; la otra, del 7° de línea, al mando del coronel Giraud,[36] tomará el camino de La Soledad hacia San Miguel Teotitlán del Camino.

Las trece compañías del RE que forman parte de la primera columna salen de Puebla el 24 de julio y se reúnen el 30 en Acatlán. La anteguardia, al mando de De Brian, aplica su esfuerzo en facilitar el paso a la artillería (piezas de 12 y obuseros de montaña rayados), a las secciones de ambulancia y a los convoyes de víveres y de indumentaria. El 3 de agosto llega la columna a Huajuapam, pero las fuerzas contrarias, al mando de Félix Díaz (el primer batallón ligero de México, los batallones de cazadores de Oaxaca, Morelos y Guerrero, y una compañía del batallón de Juárez, de 50 jinetes, 9 piezas de artille-

[35] Oaxaca, a 90 leguas de Puebla, era el punto de llegada de dos caminos carreteros, uno que arrancaba de Puebla y el otro de La Soledad, entre los cuales se extiende la Mixteca, región montañosa de difícil acceso.

[36] Se trata del teniente coronel Giraud, del RE, ascendido a coronel.

ría y algunas tropas irregulares) rehúsan la batalla y se repliegan[37] el 10 de agosto sobre las avanzadas de la columna Giraud cerca de Teotitlán del Camino, en los puntos de San Antonio y San Pablo Ayotla. Después de varias cargas a bayoneta calada, las fuerzas liberales son rechazadas más allá de la barranca de Los Reyes. La caballería auxiliar de Bolaños, explotando el éxito, persigue a las fuerzas en retirada a través de Las Cues y Tecomavaca, poniendo entre ellas y las fuerzas de Giraud los lechos de los ríos Salado y Quiotepec.

Brincourt emprende el regreso a Puebla con tres compañías de granaderos, dejando a De Brian en Huajuapam con diez compañías. Sin embargo, los reconocimientos ejecutados los días 12, 13 y 14 de agosto dan a conocer que Díaz, después de haber reunido sus tropas en Santiago Quiotepec, ha recibido importantes refuerzos de Oaxaca y se dispone a reanudar el ataque de las posiciones francesas, apoyado del lado de la montaña por tropas de infantería y por la guerrilla de Figueroa.

La columna Brincourt, informada de la presencia de Díaz a solamente 10 leguas de distancia, modifica su movimiento, llega el día 17 a Teotitlán, y sigue marchando hacia las posiciones de Quiotepec y de Don Dominguillo Santiago,[38] situado en las márgenes del río de Las Vueltas, cinco leguas al sur de Cuicatlán. El 18 de agosto, tras haber dejado una guarnición en Teotitlán del Camino, las dos columnas llegan a Tecomavaca, población que las avanzadas adversarias han dejado una hora antes. Al día siguiente, a las cuatro de la mañana, sale la vanguardia y el grueso de la columna, con media hora de marcha, bajo el mando de Giraud, con la misión de destruir los obstáculos que las fuerzas liberales han colocado sobre el camino. La vanguardia llega a mansalva a Quiotepec, vadea el río y reconoce las obras de defensa de los contrarios, instala el vivac en Paraje Blanco, a dos leguas arriba de Quiotepec. El 20 la vanguardia reanuda la marcha hacia Don Dominguillo, y los contrarios se retiran tan luego como la ven aparecer y evitan así cualquier encuentro. El general Díaz da un

[37] B. Pérez Gallardo, *op. cit.*: "Los liberales debieron tener 250 muertos, 100 heridos, 50 prisioneros; los franceses 10 muertos y 4 heridos".

[38] Pueblo fundado en el siglo XVI por el cacique don Domingo de Fonseca, por cuyo motivo recibió el nombre de "Don Dominguillo".

rodeo a Don Dominguillo y se lanza por los montes de la Mixteca. La columna los sigue sin poder alcanzarlo y hace alto en Nochistlán, adonde llega el 25 de agosto. Los liberales, con 1 200 hombres y 9 piezas de artillería, habían atravesado ese lugar 36 horas antes.

La columna Brincourt sale de Nochistlán el 14 de septiembre, y después de haber organizado una avanzada en Yanhuitlán, que constituirá una base excelente para las operaciones ulteriores contra Oaxaca, se dirige hacia Huajuapam y Acatlán el 25 de septiembre. Yanhuitlán es ocupado por dos batallones al mando del teniente coronel Carteret Trecourt.[39]

La columna Giraud, del 7° de línea, se dirige a Tehuacán y llega allí el 20 de septiembre; cuatro compañías de fusileros del RE quedan en Huajuapam al mando de Saussier para respaldar el punto de Yanhuitlán. Este comandante, en el curso de uno de sus frecuentes reconocimientos de la zona con sus cuatros compañías, logra establecer contacto con la partida de Guerrero, formada por 400 jinetes, en Sicahyapan, y la derrota completamente.[40]

Aprovechando todas estas operaciones, el comandante en jefe, ya ascendido a mariscal, el 12 de diciembre envía a Oaxaca la primera columna al mando del general Courtois D'Hurbal, quien concentra en Yanhuitlán su artillería y su material rodante, y se adelanta con sus fuerzas para despejar el camino. El RE, a su vez, no pierde tiempo: forma parte de la columna y llega el 18 de diciembre a Etla, a cuatro horas de Oaxaca, en tanto que el tercer batallón llega el 28, debido a que al franquear la barranca de Las Minas sus hombres tuvieron que descargar los carros y transportar la carga a lomo. A cada pieza de cañón tuvieron que engancharse cuatro o cinco pares de bueyes y hacerlas remolcar por 50 hombres "reclutados entre los indígenas, que son preciosos auxiliares para nuestras tropas".[41]

Entre el 22 y el 27 de diciembre Courtois D'Hurbal realiza reconocimientos por los fuertes de Oaxaca, y en ellos toman parte dos batallones del RE.

[39] Nombrado en el RE en remplazo del teniente coronel Giraud, ascendido a coronel y comandante del 7° de línea.

[40] B. Pérez Gallardo, *op. cit.*, no menciona este encuentro.

[41] General Crisot y teniente Coulombon, *La Legion Étrangère*, París, 1874, p. 287.

1865

El mariscal Bazaine en persona toma el mando del sitio de Oaxaca y llega frente a esa ciudad el 16 de enero. Jeanningros había tomado el mando de la escolta del convoy de artillería de sitio que salió de Puebla el 7 de enero. Esta columna encuentra dificultades aún mayores que las que obstaculizaron la marcha del convoy anterior. Es a menudo preciso sacar con 40 mulas un carro vacío de un lodazal. El mariscal manda despacho tras despacho para apresurar la marcha. Oficiales y legionarios rivalizan en celo; a cada momento es necesario usar el pico para arreglar el camino, o llevar en hombros el cargamento de los carros. No se respeta la duración normal de las jornadas. Cuando las fragosidades del terreno detienen el convoy, los legionarios comen y descansan; tan pronto está compuesto el camino, vuelven a ponerse en marcha. El 30 de enero, al fin, el convoy completo llega al cuartel general de las fuerzas sitiadoras establecido en la hacienda Blanca, después de recorrer 90 leguas en 22 días.

Las demás compañías del RE forman parte de las tropas que rodean a la ciudad por el oeste, ocupan el puerto de Las Tres Cruces y se adelantan hasta la ranchería de San Juanito. Al sur de la plaza las obras de fortificación progresan muy activamente; cada puesto es atrincherado y enlazado con el vecino mediante un ramal. La plaza debe ser tomada por su parte norte. Ésta presenta la forma de un cuadrilátero flanqueado respectivamente en los cuatro puntos cardinales por cuatro grandes conventos fortificados, que constituyen cada uno un baluarte imponente.

> Sabido es que la construcción de edificios en Oaxaca se hace con gran solidez a consecuencia de los frecuentes terremotos, y que en este concepto no hay en la república ninguna población que la supere.[42]

Las obras defensivas del enemigo eran bastante importantes como para exigir que las operaciones de sitio se efectuasen con toda perfección. Además de los bastiones formados por los conventos en

[42] Manuel Balbontin, *Memorias,* México, Editorial Elede, 1958, p. 255.

un pesado reducto cuadrado, una doble línea de barricadas y de casas fortificadas constituían las cortinas.[43]

Las obras permanentes de atrincheramiento de campaña se escalonan en los altos. Los puntos más importantes, situados 1 100 metros al norte y 270 arriba de la plaza, son los siguientes: el cerro del Dominante, que defiende un reducto cuadrado de tierra; el segundo Dominante, a 400 metros del anterior, que cubre una obra avanzada de tierra y una flecha todavía sin terminar. Estas obras son protegidas por defensas accesorias muy atinadamente establecidas: fogatas pedreras, campanas rellenas de metralla, pozos de lodo, alambradas, reatas de cuero. "Pero la gran dificultad que tenían que vencer los franceses eran los parapetos construidos en las calles."[44]

El RE, repartido en tres batallones al mando respectivo de los comandantes Guyot de Leuchey, De Brian y Saussier, está colocado a la izquierda mirando al Dominante, listo para atacar.

El 1 de febrero se abre la trinchera sobre la cresta angosta que se dirige hacia esta obra. El día 4 tres baterías de piezas de 12 de sitio rompen el fuego contra la plaza. Se instala una cestonada a menos de 300 metros del Dominante, que luego es transformada en una batería de morteros cuyo tiro tiene gran eficacia. El adversario cubre el terreno del ataque con granadas, metralla y balas. Sin embargo, su fuego causa pocas bajas en las filas del RE.

El tepetate, aflorando casi por todos los lados, hace imposible pensar en prolongar las vías de acceso. Al finalizar la tarde del 8 de febrero se toma la decisión del asalto para la mañana del día siguiente, al alba. Debe ser ejecutado por las tres compañías del RE mandadas por los tres comandantes anteriormente citados.

A las 3 de la mañana las compañías inician la maniobra. A las 5 esperan impacientes la señal del asalto, cuando, de repente, se escucha el toque de "alto el fuego".

El general Díaz, tras de haber propuesto una capitulación que le

[43] Gustave Niox, *Expédition du Mexique,* París, Librairie Militaire Du Maine, 1874, segunda parte, cap. IV, p. 447.

[44] M. Balbontin, *op. cit.,* p. 256.

fue negada, se presenta en persona, acompañado del coronel Angulo, en el cuartel general del mariscal Bazaine, rinde la plaza a discreción, y duerme en el mismo cuarto que el mariscal.[45]

> Mejor resultado no podía lograrse con menos sacrificios; 4 000 prisioneros, 60 piezas de artillería y un material de guerra importante caía en manos de las tropas francesas formadas en su mayor parte por el RE, cuyas bajas no pasaban de 10 muertos y 30 heridos.[46]

El RE ocupa inmediatamente los fuertes, y unos días después va a acampar en la hacienda de Montoya, sita en un llano al oeste de la capital. El mariscal salió de Oaxaca el 15 de febrero y dejó el mando superior de la plaza al general Mangin con el 3er. y 4° batallones del RE. Jeanningros, con las otras dos compañías del RE, toma el mando de la guardia del convoy y de los cuerpos de artillería que regresan a Puebla y a México. Después de levantar el sitio, el mariscal ordena dar los caballos capturados en Oaxaca a la compañía montada del RE para formar un verdadero escuadrón de caballería que quedó al mando de De Brian con el 3er. batallón.

Este batallón toma parte después en las operaciones alrededor de Oaxaca dirigidas por el general Brincourt contra las fuerzas mexicanas de Figueroa, que se acantonan en San Juan Huautla, situado 17 leguas al este de Teotitlán del Camino, a 2 450 metros sobre el nivel del mar. Brincourt rechaza a esas fuerzas hasta Teotitlán. Al terminar estas operaciones, el 3er. batallón se dirige a Puebla y después a México, donde se junta con el 1° y 2° batallones. El estado de Puebla está ocupado entonces por fuerzas austriacas al mando del general De Thun.

En esos mismos días importantes acontecimientos suceden en el noroeste de la república. El presidente Juárez reúne a todas sus fuerzas para hacerse fuerte en aquellos estados. El general Miguel

[45] Véase Bazaine, carta de Madrid, 10 de diciembre de 1866, al general Díaz, contestación de éste de 11 de enero de 1867, *Archivo del general Porfirio Díaz, memorias y documentos*, México, Editorial Elede, 1947, vol. II, pp 185-186.

[46] G. Niox, *op. cit.*, p. 449; capitán Galindo, *Guerras nacionales. Intervención francesa*, México, Colegio Militar, 1938. (Curso de Historia Militar.)

Negrete, al frente de 2 500 hombres "bien armados, bien equipados, bien pagados",[47] y con 16 piezas de artillería, trata de restablecer la autoridad del gobierno liberal de Juárez desde Parras hasta Matamoros, pasando desde Saltillo hasta Monterrey. Las distancias que separan estos sitios son las siguientes: de Matamoros a Monterrey: 90 leguas;[48] de Monterrey a Saltillo: 40 leguas; de Saltillo a Parras: 50 leguas.

Dos caminos carreteros unen a México con esta zona. Uno por Saltillo, al oeste, pasando por Matehuala, con una longitud de 112 leguas; el otro une a esta plaza por Victoria, Linares, y llega a Monterrey orillando la zona casi inhóspita de Tamaulipas. A pesar de estas larguísimas distancias, y con el propósito de afianzar la autoridad del poder de Maximiliano, Bazaine ordena a Brincourt, que a la sazón se encuentra en Durango, que se dirija a Saltillo. Allí deberá reunírsele Jeanningros, que saldrá de San Luis Potosí. De Brian, a su vez, se embarcará en Veracruz rumbo a Matamoros para ayudar al general intervencionista Tomás Mejía, con el fin de dirigirse ambos después a Monterrey y Saltillo.

De Brian toma el camino de Puebla, y después de dejar su convoy en esa ciudad, marcha hacia Tehuacán y Acultzingo, donde encuentra un destacamento del RE recién llegado de Francia. Aumentado su batallón a 500 plazas, llega a Veracruz el 30 de abril, embarca con sus tropas en el transporte *Var* y el 21 de mayo desembarca en Bagdad, en la desembocadura del río Bravo. Su objetivo es Matamoros, sitiado por Negrete. El comandante francés se pone en marcha por el camino que corre a lo largo del río; tres embarcaciones tripuladas por un cuerpo de marineros franceses transportan la impedimenta del batallón, mientras flanquean su marcha y se mantienen a su altura. Cuando el batallón llega a cuatro km de Matamoros, De

[47] G. Niox, op. *cit.*, p. 468. En esas fuerzas también había voluntarios norteamericanos; véase William Marshall Anderson, *An American in Maximilian's Mexico. The Diaries of...*, San Marino, The Huntington Library, p. 104 ss. *Cf. El Siglo XIX* del 27 de enero de 1868, núm. 197: licenciamiento de los voluntarios extranjeros, se publica una disposición del Ministerio de Hacienda, 28 de enero de 1868, dirigida al tesorero de la nación: "súbditos de los Estados Unidos enlistados en las tropas mexicanas según disposiciones de la ley del 2 de agosto de 1864".

[48] Se trata siempre de leguas francesas.

Brian recibe la noticia de que Negrete se ha retirado, y hace su entrada a la ciudad a la una de la tarde.[49]

Por su lado, Jeanningros organiza una columna en San Luis Potosí formada por el 2° batallón del RE, un cuerpo de contraguerrillas, un escuadrón de cazadores de África a caballo y una sección de artillería de montaña. El 1er. batallón sale de Guanajuato el 30 de abril y toma el lugar del 2° en San Luis Potosí. La columna Jeanningros sale de San Luis el 8 de mayo. La marcha se efectúa sin dificultad hasta Matehuala; pero más allá de esta plaza empieza el desierto, y el agua escasea: solamente se encuentra en unos vasos formados por presas pequeñas. Encabezan la columna destacamentos de la contraguerrilla que exploran el sector. El 31 de mayo importantes fuerzas mexicanas son localizadas en Saltillo,[50] en el puerto de La Angostura y en la hacienda de Agua Nueva, a 25 km de San Luis, a una jornada de la hacienda de la Encarnación. Jeanningros no tiene todavía ninguna noticia de la columna Brincourt ni de la columna Mejía, que ha debido recibir el refuerzo del 3er. batallón el 1 de junio. El coronel, entonces, hace reconocer el puerto de La Angostura, cerrado por la línea continua de atrincheramientos y flanqueado sobre la derecha por una batería y un reducto.

Ese mismo día se reciben, por fin, noticias de Brincourt, y el 3 de junio, por instrucciones del mariscal, el comandante Saussier va a unirse a las fuerzas de Jeanningros con cuatro compañías de granaderos.

Negrete, viéndose amenazado por el flanco izquierdo, evacua sus posiciones, y Jeanningros entra en Saltillo, donde lo alcanza Brincourt. Después de dejar en la ciudad al 24 batallón, Jeanningros, con el batallón del comandante Saussier, acosa al adversario y derrota a su retaguardia al mando del coronel Espinosa el 8 de junio, en

[49] G. Niox, *op. cit.*, p. 472, "El general Negrete se había limitado a cambiar cañonazos con la plaza y no había emprendido nada en serio. A juzgar por la debilidad de sus ataques, parecía estar muy desilusionado por la actitud reservada de las fuerzas federales americanas, con las cuales los liberales habían creído contar".

[50] Negrete se hallaba en Saltillo desde el 17 de mayo, con 4 000 infantes, 800 jinetes y 21 piezas de artillería.

Yerbabuena (municipalidad de Capital y Ramos Arizpe).[51] Negrete se lanza al desierto de Mapimí; a su llegada a Monclova le quedan escasamente 800 soldados. De allí se dirige a Chihuahua.

Los franceses dejan el 1er. batallón en Saltillo, y Jeanningros con el 2° batallón ocupa Monterrey.

Por esas fechas, las dos compañías que ocupan Matehuala (del 2° batallón) son hostigadas a diario por una partida de guerrillas. El 8 de junio, con 50 legionarios y 60 jinetes auxiliares mexicanos, el capitán Barutel las derrota en La Carbonera, a 31 km de San Luis Potosí; pero el capitán Fischer muere en el curso de la acción.[52]

A partir del 1 de julio el RE forma parte de la 1ª división al mando del general Douay.

A consecuencia del tipo de operaciones que se requieren en ese momento, a la inmensa extensión en que se desarrollan, al gran número de puestos que proveer y ocupar y a las distancias que los separan unos de otros, un decreto imperial del 5 de abril decide la creación de un 5° batallón en el RE, compuesto por elementos procedentes de México. Al comandante Dufaure du Bessol, que gozaba de licencia por entonces, se le da el mando de ese batallón, y el capitán Koch lo toma provisionalmente.

El 5° batallón se dirige a San Luis Potosí; allí lo alcanza algún tiempo después el teniente coronel De Ornano, nombrado en el RE en lugar del teniente coronel Carteret-Trecourt, ascendido ya a coronel. Este batallón, al mando de De Ornano, se dirige a Tula de Tamaulipas, situada a 1 171 metros sobre el nivel del mar y a 163 km de Victoria, entonces ocupada por las fuerzas del general Pedro José Méndez. En Tula se organiza una columna para tratar de desalojar a esas fuerzas. Después de haber fortificado rápidamente esta ciudad y de haber dejado en ella una guarnición, De Ornano sale con el resto del batallón, se adueña del punto de las Tinajas, pasando por el rancho de la Presita, el puerto del Ahorcado, las Palmillas, Jaumave, el Paso de la Mula, la Vega del Diablo y el rancho del

[51] B. Pérez Gallardo, op. *cit.*, "Saltillo: Brincourt y Mejía contra Negrete; evacuó la plaza".

[52] Nacido en Estraburgo el 18 de junio de 1829; enterrado en el panteón de Matehuala.



General de Maussion, comandante de la brigada de reserva.



Capitán Danjou (combate del 30 de abril de 1863, en El Camarón).



Comandante De Brian (combate de Santa Isabel, 1 de marzo de 1866).



Capitán Charrier, constructor de la línea telegráfica
San Luis de la Paz-San Luis Potosí.

Muerto, y entra, por fin, en Victoria,[53] donde hay una guarnición auxiliar mexicana.

El 4 de agosto Jeanningros dirige una columna bajo el mando del comandante Hubert de la Hayrie sobre Linares y Montemorelos para tratar de acosar a las fuerzas del general Escobedo, que a la cabeza de un cuerpo de mil hombres recorre la zona de referencia.

De la Hayrie debe aprovechar esta operación para auxiliar a De Brian, que debe estar en camino hacia Victoria; sin embargo no logra alcanzar a las tropas de Escobedo, y entonces acude en socorro de una columna de tropas mexicanas intervencionistas que sale de Monterrey y se dirige a Matamoros. La columna francesa recorre 110 leguas en 11 días a través de tierras calientes y durante la más calurosa estación del año, pero regresa a Monterrey sin novedad y en perfectas condiciones.

Con fecha 13 de agosto Jeanningros es ascendido a general de brigada y conserva provisionalmente el mando del RE.

Toda la zona que nos ocupa sigue amagada por guerrillas y partidas de patriotas que atacan convoyes y puestos aislados y después se retiran. "Corremos como locos para perseguir a un enemigo que no se deja aprehender", escribe el teniente Malglaive en una carta con fecha 13 de marzo de 1866.[54]

El coronel De Preuil, comandante del 12° regimiento de cazadores a caballo, que ha tomado el mando de la plaza de Saltillo, es informado que un cuerpo de fuerzas liberales amenaza Parras, "ciudad adicta al imperio".[55] Sale inmediatamente con el 1er. batallón del RE, recorre la región de la Laguna y logra su pacificación, rechazando más allá del río Negro a las fuerzas contrarias y capturándoles tres cañones.

La situación política se vuelve cada día más tensa entre Francia y el gobierno federal de Washington. No solamente los norteamericanos suministran a los partidarios del gobierno juarista víveres, mu-

[53] B. Pérez Gallardo, *op. cit.*, 17 de noviembre de 1865, "Débil resistencia de las fuerzas del general Méndez; ninguna baja de uno u otro bando".

[54] Carta interceptada por una guerrilla liberal, dirigida por Mariano Escobedo al ministro en Washington, Matías Romero.

[55] Grisot y Coulombon, *op. cit.*, p. 294.

niciones y caballos, sino que vienen a alistarse en las guerrillas que recorren el país, y, además, han reunido a lo largo de la frontera un cuerpo de 20 000 soldados de color. Frente a esta situación amenazadora, Bazaine decide reagrupar sus tropas, y da la orden de evacuar Monterrey, dejando allí una guarnición mexicana solamente.

El 1° y 2° batallones se concentran en Saltillo al mando de Jeanningros, cuando se sabe que el presidente Juárez ha instalado su gobierno en Monclova; Jeanningros entonces organiza una columna ligera para marchar sobre aquella plaza formada por el 1er. batallón, al mando de Saussier, por la compañía franca, la compañía de granaderos, dos escuadrones de caballería y una sección de artillería de montaña.

Merced a la buena organización del convoy y al abundante suministro de barriles de agua, la columna atraviesa el desierto y entra en Monclova, que se hallaba ocupada únicamente por 30 jinetes, los cuales se retiran cuando llegan los primeros elementos franceses. Al regreso, a marchas forzadas, la columna sigue el camino de Villaldama, situada 100 km al norte de Monterrey, para poder llegar rápidamente a esa ciudad que ha sido atacada por Escobedo, el cual se vuelve ahora contra Monterrey, después de haber sufrido un revés en Matamoros a manos del general intervencionista Mejía.

La guarnición que ocupa Monterrey se refugia en la ciudadela. En el curso de la noche del 23 al 24 de noviembre informan a Jeanningros de la inminente entrada de Escobedo a la ciudad. Sin perder un instante, el general francés pone una columna en marcha día y noche en dirección de Monterrey. El 25, al despuntar el día, ésta se encuentra a 7 leguas de la ciudad, cuando llega un despacho del prefecto político confirmando la ocupación de la plaza por los liberales, y avisando que la guarnición encerrada en la ciudadela resiste todavía. El general hace descargar los carros de la columna que transportaban el bizcocho y los carga con las mochilas de los legionarios. La marcha se reanuda a paso acelerado. A la una y media de la tarde del 25 de noviembre, la anteguardia de la columna está a la vista de la garita de Monterrey. El general se adelanta con dos escuadrones mientras Saussier organiza una columna ligera para tratar de establecer contacto con los liberales. Pero Escobedo no los espera y se retira a las

12 del día; sin embargo, lo persigue el escuadrón montado del RE, alcanza su retaguardia en el curso de la tarde y le causa 120 bajas.[56]

A su entrada en Monterrey la columna Jeanningros se encuentra inesperadamente con un destacamento del 2° batallón del RE al mando del comandante Hubert de la Hayrie. ¿Qué había sucedido? Al saber que Monterrey era atacada, De la Hayrie había hecho subir a 150 legionarios en los carros del tren regimentario y se había dirigido con toda rapidez allá. Llegado a las 5 de la mañana, se adentró en la ciudad adueñándose de los puestos del palacio y de la plaza, sembrando la alarma por todas partes. Los contrarios se repusieron de la sorpresa, y al darse cuenta del reducido efectivo de los asaltantes, atacaron a su vez. De la Hayrie no se dejó encerrar en la ciudad y, a bayoneta calada, llegó hasta el fuerte del Obispado, en donde el adversario dejó de perseguirlo.

La rapidez del ataque había sorprendido al general Escobedo, que no tuvo tiempo de levantar una contribución de 300 000 pesos ordenada por él para castigar a la ciudad. En este brillante golpe de mano la columna había tenido solamente cinco bajas. En el curso de la marcha forzada sobre Monterrey Saussier y su batallón habían recorrido 30 leguas en 32 horas, y casi todo el tiempo con la mochila a la espalda.

El 13 de diciembre la columna sale de Monterrey, y muchos vecinos, temerosos de que los liberales tomaran represalias a su regreso, se van con ella.

Parras, amenazada nuevamente por fuerzas liberales, recibe el socorro de una parte del 2° batallón, la cual regresa a Saltillo el 31 de diciembre.

Por su parte, el 3er. batallón, que Mejía ha conservado a disposición suya, a pesar de las instrucciones en contrario del mariscal, está ocupado en las obras de fortificación de Matamoros. Por orden del comandante en jefe se embarca rumbo a Tampico, donde, de concierto con el batallón de infantería ligera de África, debe encargarse del mantenimiento del orden de la provincia y después seguir su camino sobre Victoria. Sin embargo, cuando desembarca en Tampico

[56] B. Pérez Gallardo, *op. cit.*

es diezmado por una epidemia de fiebres y de vómito negro. Son tantas las defunciones que es imposible poner el batallón en marcha. Lo embarcan de nuevo a bordo del *Tarn* y contamina a toda la tripulación. Llega por fin a Veracruz, con 200 legionarios que hay que transportar a México, ciudad a la que tan sólo arriban 160 en un estado agudo de anemia. Se busca entonces la manera de rehacer las compañías de este batallón, cuyo cuartel es una inmensa enfermería. El 7 de noviembre el batallón, al fin reorganizado, se dirige hacia San Luis Potosí. Al 4° batallón, que se había quedado en Oaxaca hasta el mes de abril bajo el mando del capitán Vigneaud, lo envían primero a México, y después a San Luis Potosí, adonde llega el 15 de julio. Su misión es escoltar los convoyes desde esa ciudad hasta Saltillo. Más tarde irá a ocupar Matehuala.

El 8 de diciembre las partidas liberales encabezadas por Miguel Reyna y por Escobar saquearon los alrededores de La Purísima. Desde Matehuala es enviado Vigneaud para desalojarlos, con 180 legionarios del RE, 16 cazadores a caballo y 40 jinetes auxiliares mexicanos. Gracias a una marcha rápida de sus jinetes y de 35 fusileros, montados a caballo, Vigneaud sorprende a los liberales en Río Blanco y los derrota, capturando 100 caballos y acémilas y dejando muertos a una docena de liberales.[57]

Así termina el año de 1865 para el regimiento extranjero.

1866

Al comenzar el año de 1866 el RE ocupa los puntos que a continuación mencionamos: 1er. y 2° batallones en Saltillo, con el general Jeanningros; 3er. batallón en San Luis Potosí; 4° batallón en Matehuala; 5° batallón en San Luis Potosí, con destacamento en Tula, Santa Bárbara de Ocampo y en la hacienda del Chamal; 6° batallón en Blidah (Argelia).

Por decreto del 17 de enero, el coronel Guilhem, del 90° regimiento de línea, permuta con el coronel De Courcy. El 5° batallón

[57] *Ibid.* no menciona esta acción de Río Blanco.

inaugura el año de 1866 con una brillante acción militar. A fin de proteger las comunicaciones con Tampico, la compañía de fusileros ocupa el punto de Santa Bárbara de Ocampo (capitán Romary), y la hacienda del Chamal ocupada por la 3ª compañía (teniente Libermann), 16 km al este de Santa Bárbara de Ocampo. La casa hacienda del Chamal, construida en el centro de un claro de 200 metros de largo, era un edificio de mampostería rodeado de chozas. Para protección de la compañía se establecen dos avanzadas, una sobre el camino a Tampico y la otra sobre la margen del río. La hacienda era importante: medía más de 17 sitios de ganado mayor. Sus ranchos anexos son: Coahuila, Charco Largo, Loma Alta, Barquilla, Estaquitas, Mesas y Ánimas.

El 11 de enero, cerca de las 5:30 de la tarde, la fusilería estalla por todos lados; es el general liberal Pedro José Méndez[58] que con 600 infantes trata de sorprender al destacamento del teniente Libermann.

Las dos avanzadas son capturadas, pero los legionarios tienen suficiente tiempo para ponerse a cubierto en el reducto y, desde éste, disparan por las troneras "a matar"; el tambor se encarga de llevarles el parque. El adversario incendia la maleza y las chozas cercanas y trata también de prender fuego a los techos de palma de unos edificios de la hacienda. La lucha dura cinco horas. El general Pedro José Méndez, reconociendo la inutilidad del ataque y sabiendo que el capitán Romary había salido de Santa Bárbara para El Chamal, se retira con 40 bajas.[59] Viendo que una inmensa columna de humo se cernía sobre El Chamal, el capitán Romary se inquietó por la seguridad de este punto y salió con 30 fusileros para auxiliar al teniente Libermann. A la mañana siguiente evacuaban el puesto y la tercera compañía regresaba a Santa Bárbara.

Por otra parte, la ciudad de Monterrey se ve amenazada nuevamente por las fuerzas liberales, y el general Jeanningros coloca a medio camino una columna ligera bajo el mando del comandante Saussier para proteger la ciudad. Los contrarios se retiran. Saussier, que ocupa Saltillo, habiendo recibido informes de la entrada de una tropa

[58] Muerto días después, el 23 de enero, en el punto de Tantoyaquita.
[59] B. Pérez Gallardo, *op. cit.*, no refiere este encuentro.

liberal en Valle de Pesquería Grande, situado al NO de Monterrey, cuyo jefe es Antonio Guzmán, decide desalojarlos. Para engañar al adversario se pone en marcha hacia Monterrey pero, aprovechando la noche, hace una contramarcha forzada con el escuadrón del regimiento, la compañía franca a pie y 70 auxiliares de la guardia rural mexicana. El adversario, engañado por el avance de la columna en dirección a Monterrey, no se ha movido. El 23 de enero a las 7 de la mañana un ataque de los elementos del RE lo desaloja del pueblo. Se retira hacia la sierra, hasta donde lo persiguen las compañías a pie que lo rechazan, a pesar de una viva fusilería. Abandona sobre el terreno 40 muertos y 100 heridos; 87 caballos con arneses quedan en manos de los legionarios del comandante Saussier.[60] Algún tiempo después el general Jeanningros ocupa de nuevo Monterrey con el 1er. batallón y deja la plaza de Saltillo bajo el mando del comandante De Brian.

En el curso del mes de febrero las compañías del 3er. batallón que aseguran el tránsito del camino de Tula se dirigen sobre esta ciudad y se adelantan hasta el puerto de El Chamal para facilitar el paso de una columna procedente de Tamaulipas. El 1 de febrero unos informadores anuncian que fuerzas liberales procedentes de Santiago de la Monclova se han adueñado de la plaza de Parras de la Fuente. Se manda inmediatamente al comandante De Brian para restablecer la autoridad del gobierno imperial. Al anuncio de su aproximación, las tropas mexicanas, encabezarlas por Treviño, se retiran, pero, reforzadas por un cuerpo de 1 200 hombres procedentes del noroeste, encabezado por los jefes Naranjo y Viezca, toman posición en la hacienda de Santa Isabel, tres leguas al norte de Parras, congregación municipal de Cadereyta Jiménez. La hacienda construida de mampostería, con terrazas, está arrimada a una prominencia de 60 metros de alto y acantilada con bancos de rocas. Las fuerzas mexicanas ocupan con su infantería el cerro y el casco de la hacienda, entre los cuales está repartida su caballería detrás del cerro, a cubierto, de manera de poder tomar a los asaltantes por el flanco.

[60] *Ibid.* asegura que los jefes republicanos eran Pedro Martínez y Macías; las bajas fueron 5 muertos, 6 heridos y 110 prisioneros que fueron fusilados. Estima las bajas francesas en 7 muertos y 10 heridos.

Durante la noche del 28 de febrero al 1 de marzo el comandante De Brian sale de Parras con la 3° y 4° compañías del 2° batallón y los fusileros; un total de 8 oficiales y 177 legionarios, más 400 auxiliares mexicanos de la guardia rural. La pequeña columna llega cerca de la hacienda antes del alba. Las compañías son desplegadas: la de fusileros ocupa el flanco izquierdo; la tropa mexicana está en el centro y la 4° compañía a la derecha. La tercera queda en reserva con la caballería mexicana aliada. Tocan "a la carga"; los legionarios deben recorrer 100 a 800 metros antes de llegar a los muros del casco de la hacienda. La compañía de fusileros encuentra el camino cortado por una barranca y debe replegarse sobre el centro de la línea del frente. Los legionarios llegan jadeantes y en desorden al pie de los muros. En este momento amanece; los legionarios avistan a la izquierda el cerro ocupado por el adversario. Aunque agotados por la carrera, tratan de escalarlo, pero una viva fusilería los recibe y el comandante De Brian es herido. El teniente Royaux muere; el teniente Schmidt es mortalmente herido; el capitán Moulinier, el teniente Ravix y el brigada Graveriaux lanzan sus legionarios al asalto. El capitán Cazes, ayudante del batallón, con unos 60 legionarios, trata de tomar al adversario de revés por la derecha; el capitán Cazes y el tambor Maître perecen sobre los atrincheramientos del adversario. Una voz, salida de la hacienda, grita en francés "en retirada";[61] los soldados, sorprendidos, dudan. En ese instante la caballería desemboca a carrera abierta desde atrás de la hacienda. El escuadrón mexicano intervencionista retrocede por el camino de Parras. Los soldados huyen en desorden, evacuan el cerro y buscan la manera de reagruparse, pero es en vano pues el adversario los desborda por todas partes.

El capitán Cazes muere al cruzar el arroyo que corre frente a la finca. El teniente Ravix, completamente rodeado, se defiende con su revólver y su sable; lo mutilan de manera horrible.[62] El comandante De Brian, herido, se retira sostenido por el sargento Racle de la 3ª

[61] Ardid utilizado por ambos bandos. Véase la marcha de aproximación efectuada por el general Bazaine en dirección de San Lorenzo, horas antes de empeñar combate contra Comonfort, mayo de 1863.

[62] Grisot y Coulombon, *op. cit.*, lib. IX, p. 302.

compañía; 8 o 10 jinetes lo asaltan, matan primero al suboficial, y después rematan al comandante. El capitán Moulinier forma el cuadro con cuatro fusileros; mueren los cinco. Asaltan al médico militar Rustegho que ha establecido su ambulancia al pie de los muros de la hacienda y queda herido. Lo remata un desertor francés del 62° regimiento de línea, apellidado Albert.[63] El sargento Desbordes reúne a los heridos y a unos 70 inválidos y, con ayuda del fusilero Degeorges, organiza la defensa y rechazan a los que los rodean. Conscientes de su inferioridad, se arrojan a una barranca, pero no tardan en quedar acorralados. Los mexicanos lanzan piedras y bloques de tierra sobre ellos y les gritan "ríndanse". Al fin, los últimos combatientes deponen las armas. A las 7:30 todo está concluido. La columna ha sido completamente aniquilada, sufriendo las siguientes bajas: 102 muertos, entre ellos 6 oficiales, de los cuales uno es médico militar y un jefe, el comandante De Brian Foussieres Fonteneuille; 82 prisioneros, de ellos 40 heridos, y un oficial dado por muerto al principio. La caballería del general González Herrera respeta a los heridos que se encuentra en el llano; los laguneros rematan a todos los que quedan en el cerro o al pie de los muros del casco de la hacienda.[64] Así fue el combate que la historia recogió con el nombre de combate de Santa Isabel.

Del lado de San Luis Potosí el 3er. batallón no queda inactivo. Durante los meses de enero y febrero unas compañías de este batallón se encargan de proteger el camino de Tula; ocupan esta ciudad y avanzan hasta el puerto de El Chamal para facilitar el paso de una columna procedente de Tamaulipas.

En marzo, una columna móvil constituida por el 3er. batallón y cuatro compañías del 5° se forma en San Luis Potosí, bajo el mando del comandante Hubert de la Hayrie, para proteger un convoy que se dirige a Matehuala, pero a pesar de la rapidez de marcha de los legionarios les es imposible alcanzar a las corporaciones liberales que tratan de detener el convoy.[65]

Cuando llegó a México, en el curso de febrero, la 6ª compañía del 3er. batallón bajo el mando del capitán Charrier, recibió la

[63] *Ibid.*, pp. 302-303.
[64] *Ibid., loc. cit.*
[65] *Ibid., loc. cit.*

misión de escoltar al concesionario encargado de establecer una línea telegráfica entre Querétaro y San Luis Potosí. El concesionario suministra el material, pero es la compañía del capitán Charrier la que debe tender la línea. Es organizada en guerrilla y debe empeñar combate con cualquier tropa que trate de cerrar el camino del norte. Llegada a San Luis de la Paz, Guanajuato, el 22 de febrero, se interna en la sierra para cortar los árboles destinados a la construcción de los postes telegráficos. El capitán Charrier, informado del paso de Aureliano Rivera, no lejos de él, escoltando un convoy, recorre 21 leguas en 24 horas y se apodera del convoy. Dominando un sin fin de dificultades (construcción de veredas en la serranía o en los mezquitales) la compañía alcanza el 31 de mayo a enlazar San Luis de la Paz y San Luis Potosí, lo que representa un tendido de alambres de 214 km de largo.

Durante el mes de febrero las unidades del 4° batallón bajo el mando del comandante Saussier, que se quedó en Matehuala, deben proteger los caminos de Saltillo y Parras a San Luis Potosí. Es así como las compañías fusileras del 4° batallón recorren 14 leguas en una noche, sorprenden al adversario que ocupa el valle de la Purísima[66] y lo obligan a retirarse.

En febrero el batallón forma parte de la columna dirigida sobre Saltillo por el general Douay. Llegada el 2 de marzo, esta columna se dirige sobre Parras cuando se recibe la noticia de la acción de Santa Isabel. La mañana siguiente a este desastre, en donde, según el general Douay, las fuerzas del RE habían sido "despedazadas",[67] el mando liberal sabe que la defensa de Parras se limita a una compañía del RE, la 5°, de efectivo muy reducido por cierto, y dirige contra ella unas fuerzas procedentes de la Laguna bajo el mando del general Jesús González Herrera. La 5° compañía citada está al mando del teniente Bastidon, con el teniente De la Grua y Talamanca de Carini y el subteniente Dodé. El teniente Bastidon da cuenta de los hechos que a continuación sucedieron:

[66] Hoy Villa Doctor Arroyo, N. L.

[67] "Todos los esfuerzos fueron inútiles, el comandante De Brian, es decir su columna, fue literalmente despedazada", de una carta del general Douay, Saltillo, 18 de marzo de 1866, interceptada por una guerrilla.

A la media noche, cuando el comandante De Brian salió, dirigiéndose hacia la hacienda de Abajo, que llaman de San Lorenzo,[68] ocupé yo inmediatamente las fortificaciones alrededor de la plaza.

A la mañana siguiente, de repente, jinetes de la guardia rural mexicana que acompañaban a la columna De Brian atravesaron a rienda suelta la aglomeración gritándome: ¡Todo está perdidol ¡Todos los franceses murieron, sálvense. El enemigo tiene 2 000 plazas y está a 2 leguas de aquí!

Creyendo que se trataba de prófugos a quienes el miedo dictaba estas palabras, hice encarcelar a unos cuantos pero al cabo de unos instantes otros jinetes llegaron lanzándome las mismas palabras que los primeros. Hasta las 7 pasaron jinetes que huían y a esa hora, como no tenía yo noticias del comandante De Brian, me convencí de que la columna nuestra había sido, si no aniquilada, por lo menos rechazada con enormes bajas y en completa derrota. Ya se avistaban grupos de caballería en el llano.

Se sabía que el adversario se dirigía hacia Parras en dos columnas: la primera, la que había atacado el comandante De Brian, llegando por el camino de Monclova, fuerte de más o menos 1 500 plazas, entre caballería e infantería; la segunda fuerte de 350 infantes procedentes del lado de la hacienda de Abajo. Al medio día estaba yo completamente cercado.

El teniente Bastidon se atrinchera en la iglesia, hace ocupar la terraza con 50 legionarios, dejando 20 adentro, e instala un obusero sobre el techo a pesar de no tener ningún parque para utilizarlo. A su lado coloca un fusil "de fortificación" con municiones apropiadas. Recibe una primera intimación para rendirse, "ofreciendo todas las garantías otorgadas generalmente a los prisioneros".

Como el teniente Bastidon se niega, el fuego de fusilería empieza para cesar cerca de las 3, cuando otro parlamentario:

desea remitirme una carta, firmada ésta por el mismo general González Herrera. Contesté al parlamentario lo que había ya contestado

[68] Se trata de la hacienda de Santa Isabel, conocida también como hacienda de San Lorenzo de Abajo.

> primero, es decir que si su general nos quería como prisioneros, tenía que venir a capturarnos. Al rato llegó un tercer parlamentario, se acercó y, cuando estuvo al alcance de mi voz, lo invité a retirarse y a decir a su general que si me mandaba un nuevo parlamentario, me vería yo en la obligación de disparar contra él.

Un tiroteo relativamente intenso siguió durante tres días, y el 4 de marzo no quedaban alrededor de la plaza más que tiradores aislados. "Desde el día 3, las tropas de González Herrera habían empezado un movimiento hacia la Boquilla, los demás hacia la Laguna, dejando solamente alrededor de la ciudad fuertes avanzadas de caballería."[69] Lo que el teniente no sabía cuando redactaba su parte era que una columna del comandante Saussier estaba ya en marcha para auxiliarlo. El 5 de marzo el comandante Saussier le escribe una carta de felicitación desde Patos.

En el sector de Monterrey las operaciones toman un giro más favorable. El día 2 de marzo una reducida columna bajo el mando del capitán Achilli, formada por un destacamento de la compañía franca montada del RE y fuerzas auxiliares mexicanas, recorre 20 leguas en 24 horas; sorprende en la Villa de Santiago, en la Mesa de Garrapatas (Nuevo León), a las 10 de la noche, a un cuerpo de jinetes al mando de Dávila y de Cantú, de los que mueren 25 en el curso de la acción.[70]

Ocho días más tarde, el 8, otra columna al mando del capitán Ballue, compuesta de destacamentos del RE, del 12° regimiento de cazadores, del batallón de África[71] y de exploradores mexicanos, efectúa una marcha forzada en dirección a la hacienda de Las Negritas, donde han señalado la presencia de Aureliano Rivera. La columna Ballue sorprende la retaguardia del jefe liberal, que rompe el contacto dejando tres muertos.[72]

[69] Extractos del informe del teniente Bastidon al comandante Saussier, con fecha 6 de marzo de 1866. Copia en poder de la familia.

[70] B. Pérez Gallardo, *op. cit.*, 2 de marzo de 1866: Mesa de Garrapatas, capitán Achili contra Dávila; 25 republicanos muertos.

[71] Batallón de infantería ligera de África, comúnmente llamado batallón de África; unidad autónoma.

[72] B. Pérez Gallardo, *op. cit.*, 9 de marzo de 1866: RE contra Aureliano Rivera; 3 republicanos muertos.

Días después, una columna compuesta de la 2ª compañía de granaderos del escuadrón del RE y de la compañía franca, hace un movimiento sobre Matamoros para escoltar un cuerpo, que pertenece a la división del general intervencionista Mejía.

Dicha columna lleva con ella un pesado convoy de víveres para 26 días. Tiene que atravesar, primero, una zona que, aunque boscosa, carece casi completamente de agua, y después otra zona de llanos ardientes. La columna es hostigada sin cesar por las guerrillas. A pesar del cansancio, y de toda clase de privaciones, la columna cumple su misión y regresa en buen estado a Monterrey.

En el curso del mes de marzo otra columna, formada por el 3er. batallón y cuatro compañías del 5°, se organiza bajo el mando del comandante Hubert de la Hayrie, para proteger un convoy destinado a Matehuala. Varias guerrillas operaban en el sector, pero, a pesar de la rapidez de marcha de los legionarios, es imposible alcanzarlas.

Durante la primera quincena del mismo mes el comandante Clemmer, del 5° batallón, se dirige hacia el sur en dirección de Mier y Noriega, para cubrir una operación organizada por fuerzas salidas de San Luis Potosí contra Aureliano Rivera, el cual se retira a tiempo, mientras otras fuerzas mexicanas liberales buscan contacto con la pequeña columna de legionarios durante la noche de diciembre 14. El 15, en la mañana, una sección de jinetes liberales hostigan la columna durante su marcha hacia Matehuala. El comandante Clemmer con el ayudante del cuerpo, un sargento, un explorador, 15 legionarios y siete jinetes auxiliares mexicanos, tiende una emboscada en el camino a San Luis Potosí. Al aparecer cuatro jinetes liberales cargan sobre ellos, pero tienen que hacer frente a 40, armados de lanzas y carabinas. El sargento Romain muere; el comandante rechaza a tres contrarios que lo apremian y corre en auxilio del capitán Lemoine, herido por dos disparos y siete golpes de lanza. Los legionarios dirigidos por el sargento Vigoreux y el cabo Erny lo salvan. Dos días más tarde, Lemoine sucumbe en Matehuala a causa de las heridas recibidas.[73]

Partidas liberales, más numerosas cada día, son señaladas al norte de Matehuala. El comandante Clemmer, jefe superior de la pla-

[73] *Ibid.* no menciona esta acción.

za, en previsión de un ataque inminente, hace levantar barricadas a las salidas de la ciudad, aspillerar las paredes de las terrazas de las casas, y organizar la iglesia como baluarte. Tiene bajo su mando a 400 legionarios del 4° batallón y algunos exploradores mexicanos a caballo. Con ellos y con los caballos de los vecinos organiza un pelotón de caballería y confía su mando al subteniente Van den Huyn. El 1 de abril, a las 8:30 de la mañana, el general Escobedo, al frente de 3 000 hombres y cinco piezas de artillería, ataca la ciudad, primero simulando un ataque hacia el norte, regresando después para hacer fuego nutrido contra el recinto. La plebe de los arrabales, atraída con la esperanza de un próximo saqueo, se une a las fuerzas atacantes. El adversario debe colocar sus piezas al alcance de los fusiles para tener un campo de tiro apropiado, pero otro fuego tan nutrido como el primero es hecho por los legionarios, obligándolos a replegarse. A las 3 de la tarde una columna contraria parece disponerse al ataque, pero también se repliega. El comandante Clemmer con varios jinetes y 40 legionarios trata de efectuar una salida de viva fuerza contra 200 jinetes liberales que avanzan sobre la barricada del camino de San Luis Potosí, pero rompen y se retiran precipitadamente. Las bajas francesas, en el curso de esta acción, son las siguientes: un jinete muerto y un legionario rezagado, victimado por la gente de un arrabal cercano. A las 5, un coronel liberal lanza nuevo ataque y la tropa grita: "¡A saquear la ciudad! ¡Mueran los franceses!"; el coronel es herido, la fusilería cesa y las fuerzas liberales se retiran. A las 6, la columna del comandante Hubert de la Hayrie, que ha marchado toda la noche para prestar auxilio a la guarnición de Matehuala, hace su entrada en la ciudad.[74] Después de corto descanso la columna reanuda su marcha hacia Venado. A medio camino de San Luis, después de dos días de avance en dirección al sur, recibe la orden de regresar a Matehuala a donde llega, en marcha forzada, la tarde del día 7.[75] En Matehuala la columna recibe nueva orden: moverse hacia el norte para restablecer las comunicaciones con Saltillo. Después de un des-

[74] *Ibid.*, 19 de abril de 1866: Matehuala, Escobedo contra la guarnición; 47 republicanos muertos, 52 heridos.

[75] *Ibid.*, 4 de abril de 1866: San Luis Potosí, La Presa, comandante De la Hayrie en acción con la avanzada de Escobedo; 9 republicanos muertos.

canso de tres días el comandante De la Hayrie reúne su columna y se sitúa en El Cedral, al norte de Matehuala, desde donde orientará sus operaciones en torno de este punto y en todas direcciones. El 13 de abril la columna regresa otra vez a Matehuala y sale de nuevo el 14 en dirección a Tula de Tamaulipas, para apoyar el movimiento ejecutado por el coronel De Ornano. En el curso de este movimiento se destruyen los talleres de reparación y los almacenes de armas del enemigo. El coronel De Ornano, por su parte, ha salido de San Luis Potosí con dos compañías del 3er. batallón y secciones de tropas auxiliares mexicanas. Derrota una partida de guerrilleros y entra en Tula el 21 de abril.[76] En adelante, evacuada por los legionarios, la plaza de Tula será guarnecida por fuerzas mexicanas imperialistas. La evacuación comienza el 22 de abril, en tres columnas: la primera, constituida por la artillería al mando del capitán de granaderos Ballue; las otras dos la siguen días más tarde. El 5 de mayo todas las tropas han regresado a San Luis Potosí.

Durante estos acontecimientos, el 6° batallón del RE, constituido en Blidah (Argelia), se había embarcado en Orán, el 5 de marzo. Desembarca el 25 de abril en Veracruz, llega a México el 17 de mayo y el 30 de junio a San Luis Potosí, donde forma la guarnición de la plaza.

Mientras llegan a Francia instrucciones para el próximo regreso del cuerpo expedicionario francés, un acontecimiento gravísimo va a acelerar el movimiento de evacuación de las provincias norteñas. En efecto, el general intervencionista Mejía debía dirigirse con un importante convoy de 200 carros de Matamoros a Monterrey; una columna se organiza para ir a su encuentro, integrada por el 1er. y 2° batallones del RE y un escuadrón del 12° regimiento de cazadores a caballo. La escolta es formada por tropas austriacas y belgas y una fuerza intervencionista considerable al mando del general Feliciano Olvera. El general Jeanningros, enfermo, deja la columna bajo el mando del teniente coronel De Tuce del 12° de cazadores a caballo.

Las tropas marchan en tres columnas paralelas, la más importante siguiendo el camino de San Francisco a Cerralvo. La vanguardia de la columna de la izquierda y la compañía franca, bajo el mando del

[76] *Ibid.* no refiere este encuentro.

comandante Saussier, tienen un encuentro el 10 de junio en el punto de Ramos, congregación de Marín, con fuerzas liberales al mando del coronel Ruperto Martínez. Los liberales experimentan pérdidas sensibles.[77] La columna llega el 18 de junio a Mier y Noriega, donde les informan que el general Escobedo atacó el convoy el 16 de ese mes en la Mesa de Santa Gertrudis, en Camargo, y que la acción acaba en un desastre completo: "Escobedo había atacado el convoy con una fuerza estimada en 5 000 combatientes de los cuales de 1 200 a 1 500 eran norteamericanos".[78]

El saldo del combate es el siguiente: muertos, 251 mexicanos y 145 austriacos; heridos, 121 mexicanos y 45 austriacos; prisioneros, 858 mexicanos y 143 austriacos. Además, esta operación representa una pérdida de más de dos millones de pesos en mercancías para los comerciantes de Matamoros y de Monterrey. El general intervencionista Olvera, al mando de la escolta constituida por 1 600 mexicanos y 500 austriacos, "apenas pudo ponerse a salvo con unos 100 jinetes y algunos jefes y oficiales".[79] El general intervencionista Mejía, viéndose cercado por fuerzas liberales y sin posibilidad de defender la plaza, capitula y rinde Matamoros, obteniendo garantías para los habitantes, pero perdiendo toda su artillería. Los restos de sus tropas son conducidos por vía marítima a Veracruz.

En vista de tales acontecimientos, el coronel De Tuce retrocede rápidamente sobre Monterrey. Esta decisión es tanto más importante pues, desde días atrás, numerosos legionarios recién llegados de Francia aprovechan la proximidad de la frontera norte para pasar a territorio sudista. Ya se habían producido casos de deserción en las filas del RE en 1863, en tierra caliente, pero el coronel Jeanningros había tomado medidas ejemplares que acabaron pronto con la propagación del fenómeno.[80]

[77] *Ibid.*, 10 de junio de 1866: Tamos, N. L., RE contra Ruperto Martínez; 18 republicanos muertos.

[78] G. Niox, *op. cit.*, segunda parte, p. 577; Pérez Gallardo, *op. cit.*, 16 de junio de 1866: Mesa de San Germán, N. L., general Olvera contra Canales; 200 republicanos muertos; imperialistas, 400 muertos, 800 prisioneros. Canales se apodera de un convoy; Canales es derrotado.

[79] Juan de Dios Arias, *en Boletín del Museo de Arqueología e Historia del Estado de Tamaulipas*, junio de 1961.

[80] "En casi todos los destacamentos se van de dos en dos con armas e impedimenta,

El 20 de junio, en el cerro del Topo de las Ayalas, el comandante De la Hayrie derrota una fuerza liberal encabezada por Antonio García, que se retira abandonando numerosos muertos.[81] El día 29 el comandante de San Luis Potosí recibe la noticia de que fuerzas liberales dirigidas por Pedro Martínez se dirigen sobre Catorce al oeste de Matehuala. El comandante hace salir una columna formada por la 4ª compañía del 3er. batallón, una compañía del batallón de África y una compañía de soldados belgas. La columna, al mando del capitán Danton, del RE, marcha durante 48 horas casi sin descanso, llega a un kilómetro de Catorce y desbanda una avanzada. A 600 metros de la ciudad la columna se enfrenta a un cerrito fortificado con muros de adobe. El capitán Danton lo ataca con 30 soldados del batallón de África, al mando del teniente Pereire. El grueso de la fuerza liberal, alerta por la fusilería, tiene apenas el tiempo de saltar sobre sus caballos y de retirarse abandonando armas, mercancías tomadas y contribuciones levantadas.

Los vecinos de Catorce aclaman a los legionarios a su entrada en la ciudad.[82] "Esta operación, dirá el general Douay, hace honor a la tropa y a los que la comandaban."[83]

El 3 de julio la 3ª y 5ª compañías, bajo el mando del capitán Frenet, con 125 plazas, ocupan la hacienda de la Encarnación, situada en el cruce de varios caminos. Dos partidas liberales, fuertes de 500 a 600 plazas, atacan.[84] El capitán se atrinchera fuertemente en una casa donde está expuesto a los decididos ataques de los contrarios. Éstos se retiran con bajas de 10 muertos y 30 heridos.

En una orden de la división, el general Douay dijo en esta oportunidad: "Las dos terceras partes de los muertos y de los heridos han sido reconocidos como los de unos miserables que han abando-

cuando no son centinelas de las avanzadas. Pero tienen que recorrer grandes distancias y varios de ellos han sido fácilmente aprehendidos e inmediatamente fusilados. El ejemplo hizo recapacitar", de una carta del general Douay a su hermano, fechada en San Luis Potosí el 4 de enero de 1866, Gabriel Zárate, *Documentos relativos a la intervención francesa en México*, 1873.

[81] B. Pérez Gallardo, *op. cit.*, 20 de junio de 1866: El Topo, comandante De la Hayrie contra Antonio García; 37 republicanos muertos.

[82] *Ibid.* no menciona esta acción.

[83] Grisot y Coulombon, *op. cit.*, p. 313.

[84] B. Pérez Gallardo, *op. cit.*, no cita esta operación.

nado las filas francesas para combatir contra sus antiguos hermanos de armas. Nadie ignora que en todos los encuentros con nosotros, nuestros adversarios empujan a los desertores franceses a marchar al frente de ellos; es así que esos desgraciados encuentran en una muerte innoble el precio de su crimen".[85] Un decreto imperial del 4 de julio de 1866 crea un 7° y un 8° batallones en el regimiento extranjero. El 15 de agosto, cinco batallones están reunidos en Matehuala: el 1° queda al mando del comandante Vilmette; el 2° al mando del comandante Saussier, el 3° al del comandante Clemmer; el 4° al del capitán Koch, el 5° al del comandante Bonneville; el 6° batallón, por último, ocupa San Luis Potosí. Su comandante Chopin-Merey ha permutado con el comandante De Musset (ausente). El comandante Bonneville, en San Luis Potosí, conserva el mando del 6° batallón.

El regimiento extranjero se dirige entonces sobre Querétaro y México, conforme al plan de evacuación general, del modo siguiente: en el curso del mes de agosto los batallones 1°, 2° y 5° salen sucesivamente de Matehuala y ocupan San Luis Potosí, donde se encuentra ya el 6°. El 1er. batallón sale de Querétaro y explora la meseta central situada entre esa ciudad y México. La columna se compone, además del 1er. batallón, fuerte de 450 plazas, de 50 legionarios a caballo, dos piezas de montaña y una sección de zapadores del RE.

El 15 de octubre la compañía franca del RE que forma la vanguardia sorprende a una fuerza liberal en Huichapam, encabezada por Vicente Martínez. El enemigo, fuertemente atacado, es totalmente derrotado y deja en poder de los franceses 30 muertos, 50 caballos con equipo, y gran cantidad de armas. Este éxito costó a los franceses dos heridos, uno de ellos el capitán Rouille, comandante de la anteguardia.[86]

En el curso del mes de octubre los batallones 2°, 3°, 5° y 6° pasan bajo el mando del general Douay, que se dirige hacia La Purísima y más allá, hacia Matehuala, para liberar al batallón de África cercado por las fuerzas del general Escobedo y de Treviño que comandan un cuerpo de 3 000 plazas con ocho piezas de artillería.

[85] Grisot y Coulombon, *op. cit.*, p. 313.

[86] B. Grisot y Coulombon, 13 de junio de 1866: Huichapan, comandante Vilmette contra varios jefes de guerrillas: 30 republicanos muertos.

Los batallones 5° y 6°, al mando del coronel Guilhem, quedan en la extrema retaguardia, en Querétaro. A cada reconocimiento ejecutado por estos batallones los liberales evacuan los puntos que ocupan y se retiran evitando cualquier encuentro.

Según la convención acordada entre el imperio francés y Maximiliano, la legión extranjera debía quedarse 10 años después de la salida del cuerpo expedicionario y debía incluir ocho batallones de infantería, dos escuadrones de caballería y dos baterías de montaña, además de una compañía de zapadores y una compañía del tren del cuerpo. Esta organización se verifica el 16 de noviembre de 1866 en Querétaro. Además, los cuadros de los cazadores mexicanos pasan al RE. Estas últimas medidas provocan una confusión completa en la organización, que se complica aún más cuando se recibe en diciembre una decisión del emperador Napoleón III ordenando la repatriación de todos los franceses que servían en el RE y habían previamente solicitado su permanencia en México, y aun de todos los militares de cualquier empleo, sirviendo en las filas de los cazadores.

Pero los encuentros no han terminado y, en el curso de la primera quincena de diciembre, el 9, en San Juan Tilapa,[87] el comandante De la Hayrie derrota a una fuerza encabezada por Riva Palacio, Régules y otros; y el día 11 el 1er. batallón rechaza a las fuerzas contrarias de Eulalio Núñez en Monte Alto. Sin embargo éstas, habiendo recibido refuerzos durante la noche, vuelven a atacar el día 12 a la columna que se preparaba a entrar en Tepeji. El combate es largo y encarnizado. Las compañías se retiran por escalones, combatiendo sin dejarse cercar por un adversario superior en fuerzas, y logran a la postre derrotarlo. El combate cuesta a los franceses 4 muertos y 9 heridos.[88]

Mientras la columna del comandante Vilmette se veía obligada a ceder terreno frente al gran número de contrarios que trataban de cercarlo, el subteniente Heckeren sigue su camino y a 3 km de Cuautitlán se encuentra frente a fuerzas considerables. Entonces se encierra en la hacienda de Parra para resistir mientras le llegan los refuerzos que ha pedido.

[87] *Ibid.*, San Juan Tilapa, comandante De la Hayrie contra Riva Palacio, Régules y otros jefes.

[88] *Ibid.* no da cuenta de esta acción.

De las 7 a las 12 de la noche tiene que sostener el ataque de 500 partidarios de Fragoso. Basta la llegada de refuerzos procedentes de Tepeji, conducidos por el capitán Morhain, para que el enemigo se retire.[89]

La evacuación del cuerpo expedicionario sigue, pues, lenta y progresiva: el 2° batallón empieza el movimiento. Se dirige sobre México y de allí sobre Tulancingo para librar a un destacamento de cazadores. El resto del regimiento lo sigue inmediatamente.

Para evitar los estragos del vómito, los batallones acantonan en La Soledad. Prosiguen en tren y llegan a Veracruz donde acampan sólo una noche.

El 18 de febrero el 1er. batallón se embarca a bordo de la *Pomone;* el 20 se embarcan en el *Aveyron* los batallones 5° y 6°, el 2° batallón a bordo del *Var,* el 21 de febrero y finalmente el 27 de febrero, a bordo del *Tarn,* el 3° y 4° batallones.

Las operaciones militares del regimiento extranjero en México habían terminado con la campaña misma. La última baja del regimiento será el capitán La Fontaine, que muere en el hospital de San José de Gracia, Orizaba, el 22 de febrero de 1867.

Antes de salir del territorio de la república mexicana restaurada, el mariscal Bazaine, comandante en jefe del cuerpo expedicionario, dirigiéndose el 31 de enero de 1867 al regimiento extranjero a punto de regresar a Argelia, se expresa de la siguiente forma en la orden del día:

> Los numerosos batallones que compusieron este regimiento le dan un lugar importante en el historial de la campaña.

En el curso de la campaña de México el regimiento extranjero había experimentado las pérdidas siguientes: 19 oficiales muertos en combates, o desaparecidos, 12 por enfermedades; 328 suboficiales y legionarios muertos en combates o a causa de sus heridas y 1 589 muertos por enfermedades. Total 1 918. Total de pérdidas en el ejército de tierra durante toda la campaña, 5 349.[90]

[89] *Ibid.,* 12 de diciembre de 1866: Cuautitlán, fuerzas francesas contra Fragoso: 35 republicanos muertos.

[90] Cifras recogidas en los Archivos SHEF.

VOLUNTARIOS EXTRANJEROS EN LOS EJÉRCITOS LIBERALES MEXICANOS, 1854-1867

*Lawrence Douglas Taylor Hansen**

La participación de voluntarios extranjeros en la guerra es muy común, y en este sentido las guerras de reforma y la segunda intervención francesa no se diferencian de otros conflictos. La presencia de tropas extranjeras es más evidente con respecto a la segunda fase de la contienda civil, que duró de 1861 a 1867. La facción conservadora en México fue apoyada después de 1860 no sólo por el ejército francés sino también por contingentes de diversas nacionalidades: austriacos, belgas, húngaros, individuos de otros países europeos, egipcios enviados por el imperio otomano, y estadounidenses, muchos de éstos provinieron de los Estados Confederados del Sur. Con el retiro del grueso del ejército francés de México, en 1866, gran cantidad de soldados extranjeros decidieron unirse al ejército mexicano del imperio y lucharon hasta la caída de Maximiliano.[1]

En cambio, es más difícil evaluar la participación militar de los voluntarios extranjeros en la facción opuesta, es decir, los ejércitos que pelearon para implantar en México las leyes de Reforma y la constitución de 1857. Las obras escritas relativas a la época hacen mínima o ninguna mención del papel de voluntarios. Los historiadores por lo general se refieren a los grupos armados liberales como si todos hubieran estado compuestos únicamente por soldados mexicanos. No obstante, existe una cantidad apreciable de documentación sobre la historia de los soldados extranjeros en el ejército constitucionalista o republicano a mediados del siglo pasado, indicio de que su contribu-

*El Colegio de México.

Historia Mexicana, vol. 37, núm. 2, octubre-noviembre de 1987, pp. 205-237.

[1] Hefter, 1962, pp. 17, 20, 22. Véanse las siglas y bibliografía al final de este artículo.

ción a la lucha, aunque relativamente pequeña, merece ser estudiada y evaluada como un elemento más para la comprensión de una fase muy compleja en la historia de México desde la independencia.

Conviene dar una breve explicación de la terminología que se utiliza referente a este tipo de personal militar y el sentido aceptado por nosotros para cumplir con los propósitos de este trabajo. Las fuentes de la época se refieren a los voluntarios de otros países que sirvieron en los ejércitos mexicanos como "filibusteros" "aventureros", "soldados de fortuna", "mercenarios", etc. Todos estos términos tienen distintas connotaciones. La palabra "filibustero" originalmente fue utilizada para designar a un bucanero o pirata en busca de botín. Posteriormente fue empleado para identificar al individuo que intervenía políticamente en los asuntos internos de una nación con la finalidad de usurpar su gobierno.[2] La expresión "aventurero" designa a uno que busca la aventura, pero no necesariamente implica un soldado. El término "soldado de fortuna", muy de moda a principios del siglo XX y quizás inventado por el corresponsal de guerra norteamericano Richard Harding Davis, indica a un hombre que lucha para obtener pago o por amor a la aventura bajo la bandera de cualquier país.[3] Por último, la palabra "mercenario", que es de uso común hoy en día, pero que también tiene un origen antiguo, se refiere a un soldado pagado por el servicio que presta a un país ajeno al suyo.[4]

Hay que tener en mente que no todos los extranjeros que lucharon en las guerras de la reforma y la intervención eran soldados profesionales contratados y pagados con sueldos. Además, no todos tenían experiencia militar. Con la excepción de los términos "filibustero" y "aventurero", las demás expresiones, "soldados de fortuna" y "mercenarios", son básicamente sinónimos y pueden ser utilizadas para referirse a las tropas de nacionalidad extranjera que combatieron en la guerra civil mexicana de 1854 a 1867, siempre y cuando uno tome en cuenta que la palabra más adecuada es la de "soldado o voluntario extranjero".

Los mercenarios que pelearon en México de 1854 a 1867 provi-

[2] Gall, 1957, p. 9; Brown, 1980, p. 459.
[3] Davis, 1912, p. 77.
[4] Quick, 1973, p. 301.

nieron de varias regiones del mundo, principalmente Estados Unidos y Europa. Muchos habían tenido experiencia como soldados profesionales en diversas contiendas civiles e internacionales de aquella época: las guerras carlistas de España, la de Crimea, el movimiento de independencia italiano contra Francia y el imperio austriaco, la guerra de secesión en Estados Unidos, etc. Sus motivos para venir a México variaron de acuerdo con los diversos caracteres de los individuos y las circunstancias personales de cada uno. Muchos eran soldados profesionales que vieron el conflicto liberal-conservador simplemente como una manera de practicar su carrera durante los tiempos de paz en sus propios países. Algunos de ellos, como el general italiano Luis G. Ghilardi, eran hombres dedicados a la causa liberal en todo el mundo. Tomaron las armas a favor de quien creyeron era un pueblo oprimido y explotado. Por supuesto, un motivo principal para la gran mayoría de los voluntarios fue la esperanza de ganar un buen sueldo y quizás un poco de botín. Algunos se unieron a las filas de las fuerzas armadas juaristas con la intención de conseguir tierras por medio del gobierno y quedarse en México en calidad de residentes fijos.

El objeto del siguiente ensayo es tratar acerca de la actuación militar de los voluntarios extranjeros en los ejércitos liberales en la época que va de la revolución de Ayutla, en 1854, a la caída del imperio, en 1867. Por conveniencia, el planteamiento del tema ha sido dividido en dos secciones que abarcan distintos periodos de esta extensa y sangrienta lucha: la reforma y la intervención francesa.

La reforma

Algunos mercenarios norteamericanos y europeos participaron en la revolución de Ayutla de 1854 a 1855 que derrocó al gobierno de Antonio López de Santa Anna. En el pueblo de Lampazos, Nuevo León, Santiago Vidaurri proclamó el plan "restaurador de la libertad" y derrocó al gobierno santanista del general Gerónimo Cardona en Monterrey.[5] En el curso de la lucha, para consolidar su poder en

[5] Tyler, 1973, pp. 17-19.

los estados del noreste, el caudillo norteño recibió numerosas solicitudes de norteamericanos para pelear en su ejército o ayudar en el reclutamiento de tropa mercenaria.[6] Vidaurri contrató al norteamericano Edward Pendleton, quien sirvió en el ejército del norte como artillero de 1854 a diciembre de 1855.[7]

Juan Álvarez, gobernador del estado de Guerrero, quien encabezó la revolución en el sur, también contrató mercenarios norteamericanos. El general Chatham Roberdeau Wheat (1826-1862), veterano de la primera expedición filibustera de Narciso López en Cuba, de las campañas de Carbajal en el norte de México y de Walker en Nicaragua, sirvió en el ejército del sur de abril de 1855 a julio de 1856.[8] José María Parra y Álvarez, sobrino del general Álvarez residente en San Francisco, contrató al viejo soldado de fortuna Jean Napoleón Zerman, veterano de la batalla de Waterloo y otras campañas europeas, para llevar un barco cargado de abastos de guerra a Acapulco. Cuando Zerman hizo escala en la bahía de La Paz, Baja California, él y sus expedicionarios fueron encarcelados por el gobernador militar José María Blancarte y conducidos a la ciudad de México para ser juzgados bajo la acusación de filibusterismo.[9]

Algunos europeos también participaron en las acciones militares que condujeron a la caída de Santa Anna. El general Santos Degollado contrató los servicios del italiano Luis G. Ghilardi (1800-1863), ex coronel del ejército de Garibaldi, quien había llegado a México a

[6] Véanse por ejemplo, Hanson Alsbury al coronel Bennet Riddels, 29 de junio de 1855; W. E. W. Radley a Vidaurri, 31 de julio de 1955, AGENL, CSV, primera sección, caja 32 (correspondencia con extranjeros), exp. 484-B, ff. 11763, 11769.

[7] Pendleton también sirvió durante algún tiempo con José María Carbajal en Tamaulipas. Edward Pendleton a Vidaurri, 29 de julio de 1855, AGENL, CSV, primera sección, caja 32, exp. 4848, f. 11762; Pendleton a Vidaurri, 24 de septiembre de 1855, AGENL, CSV, caja 28, exp. 943, f. 15007; Pendleton a Vidaurri, 15 de diciembre de 1855, AGENL, CSV, f. 15008; Pendleton a Vidaurri, 19 de febrero de 1856, AGENL, CSV, f. 15009; Pendleton a Vidaurri, 5 de agosto de 1856, AGENL, CSV, f. 15010; Pendleton a Vidaurri, a Ignacio Jáuregui, Ignacio Ramírez, Miguel Blanco Buenrostro, 20 de septiembre de 1856, AGENL, CSV, segunda sección, caja 42, exp. 1373, f. 16667.

[8] Dufour, 1957, pp. 84-88; Wheat, 1907, p. 168; Freeman, 1946, vol. 1, pp. 87, 88.

[9] Reclamación y documentos relativos a la expedición a México de Juan Napoleón Zerman y otros filibusteros de las goletas *Archibald Gracie* y *Rebeca Adams,* 2 de diciembre de 1857, AHGE, L-E-1932 a 1940; Montes a la embajada mexicana en Washington, 2 de diciembre de 1857, AHGE, CR-1-4, ff. 327, 328, 427-430, 433-436, 496, 497, 527-529; Zerman, 1858, pp. 1-14; Chamberlain, 1954, pp. 179-184.

finales de 1853. Ghilardi acompañó a Degollado en la derrota de Tizayuca, Jalisco, el 28 de marzo de 1855.[10] El 30 de noviembre de 1855 Comonfort le dio el grado de general de brigada y en diciembre de ese mismo año militó en Querétaro en la campaña de la sierra Gorda contra Tomás Mejía y José López Uraga. Posteriormente luchó en Puebla y, gravemente herido el 11 de marzo de 1856 en un asalto a la capital estatal, fue a Europa a curarse.[11] Otro europeo, el español Nicolás de Régules (1826-1895), veterano de las guerras carlistas en España, tomó parte en la campaña en el estado de Michoacán, bajo las órdenes del general Epitacio Huerta.[12]

Aunque Vidaurri, Álvarez y otros caudillos habían contratado tropas mercenarias para luchar contra el régimen de Santa Anna, los ideólogos del movimiento constitucionalista se mostraron divididos acerca del asunto durante la nueva lucha civil entre liberales y conservadores que empezó con el golpe de Estado de enero de 1858. Juárez recibió en repetidas ocasiones propuestas de ayuda extranjera, pero rechazó tales ofertas.[13] Desaprobó la práctica de José María de Jesús Carbajal y Juan Cortina, quienes tenían fuertes lazos con Estados Unidos, de contratar soldados norteamericanos para sus fuerzas militares. Aceptó que personas seleccionadas, o sea, soldados profesionales y de buena conducta, podían nacionalizarse para servir al ejército republicano.[14] En general, Juárez prefirió conseguir ayuda pecuniaria para comprar armas y municiones en lugar de contratar mercenarios. Otros miembros del gabinete liberal, como Melchor Ocampo, compartieron la actitud de su jefe.[15]

[10] Fuentes Díaz, 1959, p. 42.

[11] Biografía Luis Ghilardi, en Juárez, 1964-1975, vol. 15, p. 984.

[12] Régules había venido a México en 1846 vía Cuba y Estados Unidos, *Diccionario Porrúa*, 1976, vol. 2, p. 1736.

[13] William H. Henry a Juárez, 13 de junio de 1858 y 1 de julio del mismo año, ABJ, ms. 1-25 y 1-27; Juárez a Henry, 3 de agosto de 1858, ABJ, ms. 1-26; D. R. Bisdom a Juárez, 20 de diciembre de 1860, ABJ, ms. 2-68.

[14] Andrés Treviño a Juárez, 1 de enero de 1860, ABJ, ms. 2-136; Juárez a Treviño, 18 de enero de 1860, ABJ, ms. 2-136 bis; Carbajal a Juárez, 30 de enero de 1860, ABJ, ms. 2-71. Temeroso del efecto de incursiones filibusteras en las poblaciones de la frontera norteña, Juárez continuó ordenando a Carbajal no incorporar fuerzas extranjeras a su ejército durante los años de la intervención francesa. Juárez a Carbajal, 16 de marzo de 1866, ABJ, ms. 1464.

[15] Juárez a George B. Matthew, 14 de septiembre de 1860, ABJ, ms. supl. 93; Rivera Cambas, 1959-1960, vol. 15, p. 123.

No todos los miembros del partido liberal estuvieron de acuerdo con Juárez sobre este asunto. Después de mucha reflexión Matías Acosta opinó:

> no es deshonroso ni impolítico organizar legiones de extranjeros que vengan a nuestro servicio, convirtiéndose desde luego en mexicanos, y que se pueden licenciar a poco tiempo, dándoles tierras para que sirvan de base a la colonización.[16]

Aun dentro del mismo gabinete juarista, el ministro de Hacienda y Fomento Miguel Lerdo de Tejada exploró la posibilidad de armar un ejército de voluntarios norteamericanos, si éstos profesaban los mismos principios que los liberales. Durante su viaje a Estados Unidos en el verano de 1859 Lerdo de Tejada intentó, sin éxito, reclutar una fuerza de soldados de fortuna estadounidenses.[17]

A pesar del fracaso de los esfuerzos de Lerdo de Tejada de contratar grandes contingentes de tropas extranjeras, un pequeño número de soldados de fortuna de diversas nacionalidades se unieron a los grupos liberales en las regiones sur y central de México. Zerman y sus partidarios, dejados en libertad finalmente en 1857 después de que se levantaron las acusaciones de filibusterismo, dieron escolta armada a Comonfort de México a Veracruz y luego en barco a Nueva Orleans. Después de dos fracasos por conseguir apoyo estadounidense para el gobierno liberal con sede en Guanajuato, Zerman regresó a México, donde se unió a las fuerzas de Álvarez en Oaxaca.[18] Wheat regresó a

[16] Acosta a Juárez, 2 de mayo de 1859, ABJ, ms. 1-42.

[17] Mejía, 1958, pp. 45, 46; Blázquez Domínguez, 1978, pp. 138, 151.

[18] Cuevas al general Manuel Robles Pezuela, 17 de febrero de 1858, AHGE, H/110 (73.0), 1857-1858/1; Cuevas a la embajada mexicana en Washington, 22 de marzo de 1858, AHGE, CR 1-3, f. 870; *El Siglo Diez y Nueve,* 18 de abril de 1858, Rivera Cambas, 1959-1960, vol. 14, p. 208; *Diario Oficial del Supremo Gobierno Mexicano,* 2 de septiembre de 1858; *La Sociedad,* 24 de febrero de 1859. Durante la intervención francesa Zerman, habiéndole sido otorgado el grado de general, sirvió al gobierno republicano como agente para la compra de armas. Matías Romero a Zerman, 18 de marzo de 1862, AHMR, f. 183; Romero al ministro de Relaciones Exteriores, 8 de enero de 1863, AHMR, f. 210; Romero al ministro de Relaciones Exteriores, 26 de enero de 1863, AHMR, f. 213; Juárez a Romero, 22 de octubre de 1863, AHMR, f. 225-232; John L. Green a Romero, 31 de marzo de 1864, AHMR, f. 351; Zerman a Romero, 9 y 12 de abril de 1864, AHMR, f. 360; J. R. Whiting a Romero, 26,de abril de 1864, AHMR, f. 376; Zerman a Romero, 27 de abril de 1864, AHMR, f. 378; Zerman a Romero, 9 de mayo de 1864, AHMR, f. 382; Zerman a

Guerrero en el otoño de 1859 y luchó con el ejército liberal del sur hasta el verano de 1860.[19] A principios de 1860 el general estadounidense York Smith llegó a la costa oaxaqueña, cerca del pueblo de Huatulco, a bordo de la goleta *Ocean Wave,* con algunas tropas de la misma nacionalidad, que el general Álvarez había contratado para la campaña liberal en el departamento de Oaxaca.[20]

El polaco Józef Tabachinski sirvió a las fuerzas liberales que lucharon en el estado de Veracruz.[21]

Otros mercenarios lucharon con los ejércitos constitucionalistas en el occidente de México. Régules, mencionado anteriormente, sirvió en el ejército del general González Ortega. Le fue otorgado el grado de general de brigada por su distinguida conducta en la batalla de Silao, Guanajuato, el 10 de agosto de 1860.[22] El coronel estadounidense José María Chessman, como jefe del batallón de rifleros mixto de la unión en el ejército de Santos Degollado, tomó parte en el sitio de Guadalajara, puesto por los liberales en junio de 1858. También participó en la batalla de Atenquique, cerca de la capital tapatía, en diciembre de 1859. Chessman continuó sus servicios en las fuerzas liberales del oeste hasta la toma de la ciudad de México, a finales de diciembre de 1860.[23]

Romero, 21 de mayo de 1864, AHMR, f. 387; Sebastián Lerdo de Tejada, ministro de Guerra y Marina, a Romero, 2 de junio de 1865, en *Correspondencia Legación,* vol. 6, p. 203; Epitacio Huerta a Romero, 26 de diciembre de 1865, AHMR, f. 798; Romero a Laura Zerman, 12 de mano de 1867, AHMR, libro copiador, vol. 1, f. 360.

[19] Después de salir de México, Wheat se unió a un grupo de voluntarios británicos para ir a Italia y ayudar a Garibaldi a lograr la independencia de este país. Murió en la batalla de Gaines Mill, en Virginia, durante la guerra civil en Estados Unidos, luchando al lado de los estados del sur. Dufour, 1957, pp. 107, 108; Wheat, 1907, p. 168; Freeman, 1946, vol. 1, pp. 87, 88.

[20] Rivera Cambas, 1959-1960, vol. 15, p. 147; Rivera Cambas, 1961-1962, vol. 1, parte B, p. 420; Carta de Porfirio Díaz, coronel en jefe de la brigada mixta del istmo de Tehuantepec, publicada en el *Diario Oficial del Supremo Gobierno Mexicano,* 3 de febrero de 1860.

[21] Rivera Cambas, 1959-1960, vol. 14, p. 180.

[22] "Nicolás de Régules (1826-1895)", en *Diccionario Porrúa,* 1976, vol. 2, p. 1736.

[23] Cambre, 1949, pp. 106-108, 432; Carta de Leonardo Márquez al general de división Antonio Corona, 14 de septiembre de 1859 y 17 de octubre del mismo año, en García, 1972, pp. 629, 632, 633; Rivera Cambas, 1959-1960; vol. 15, p. 148; Cuevas, 1967, pp. 803-809; *Diario Oficial del Supremo Gobierno Mexicano,* 26 de enero de 1860; *Diario de Avisos,* 31 de enero de 1859, 4 de mayo, 24 de junio y 4 de agosto del mismo año; *La Sociedad,* 24 de marzo de 1859. Posiblemente otros soldados de fortuna sirvieron a los liberales en el occidente. La prensa conservadora reportó que, en una escaramuza con una partida de las fuerzas de Degollado por la cabeza de la Villa, un extranjero fue capturado y hecho prisionero en la capital. También

El ejército de Vidaurri, en el norte de México, probablemente recibió el auxilio más grande de mercenarios de Estados Unidos y otras naciones debido a su proximidad con este país y su control de los puertos de Matamoros y Tampico. Vidaurri era un hombre de gran riqueza personal, que podía utilizar los ingresos de la aduana fronteriza y los de los baldíos situados en la parte occidental de Coahuila como garantía para financiar sus campañas en el norte.[24]

El coronel norteamericano Edward H. Jordan (m. 1863)[25] actuó como jefe del cuerpo de artillería del ejército del general Juan Zuazua, dirigente de las operaciones militares de Vidaurri durante las campañas del verano de 1858 en el estado de San Luis Potosí. Zuazua consideró a Jordan como uno de los oficiales más capaces bajo su mando.[26] Los 30 cañones de Jordan, manejados por artilleros mexicanos, desempeñaron un papel decisivo en la toma de la ciudad de San Luis Potosí, defendida por mil soldados conservadores, el 30 de junio de 1858.[27] Después de la captura de esta población importante, Jordan remplazó a Zuazua como comandante en jefe del ejército, puesto que el último no estuvo de acuerdo con Vidaurri respecto de retirarse hacia el norte. El cambio de mando alteró seriamente la moral de las tropas liberales y condujo a su derrota en la batalla de Ahualulco, situado unos 56 kilómetros al noroeste de la capital potosina, el 29 de septiembre de 1858.[28]

---

notificó al público el descubrimiento de los cuerpos de un capitán y otros oficiales norteamericanos cerca del pueblo de Santo Tomás, en las inmediaciones de México, después del asalto constitucionalista contra la capital el 2 de abril de 1859. Zamacois, 1880, vol. 15, p. 186; *Diario de Avisos,* 23 de marzo y 4 de abril de 1859; *El Noticioso de la Capital,* 6 de abril de 1859.

[24] Ignacio Galindo a Juárez, 7 de julio de 1859, ABJ, ms. 1-54; *Diario Oficial del Supremo Gobierno Mexicano,* 28 de abril de 1858, 10 de marzo de 1860; Rivera Cambas, 1959-1960, vol. 15, pp. 62, 190; Zorrilla, 1966, vol. 1, p. 391; Moseley, 1963, p. 323; Cerutti, 1983, pp. 35-64.

[25] Para datos biográficos sobre la vida de Jordan, véanse Cavazos Garza, 1984, vol. 1, p: 250, y una circular de Vidaurri expedida a diversas personas, 14 de diciembre de 1856, AGENL, CSV, segunda sección, caja 42, exp. 1373, f. 16662 y *Boletín Oficial* (Monterrey), 29 de julio de 1863.

[26] Zuazua a Vidaurri, 2 de junio de 1858, AGENL, CSV, primera sección, caja 28, exp. 452 C, f. 10090.

[27] Zuazua a Vidaurri, 10 de julio de 1858, AGENL, CSV, caja 28, exp. 452 D, f. 10111; en la batalla Jordan fue herido en el brazo. Vidaurri y Zuazua reconocieron posteriormente su contribución a la victoria liberal. Carta de Vidaurri a Jordan, 7 de julio de 1858, *Boletín Oficial* (Monterrey), 8 y 14 de julio de 1858; informe del general Juan Zuazua sobre la batalla de San Luis Potosí, *Boletín Oficial* (Monterrey), 17 de julio de 1858.

[28] En su parte oficial sobre la batalla, Vidaurri atribuyó la derrota de su ejército a las

Después del retiro de Jordan Vidaurri dio órdenes a Ignacio Galindo, su agente de compras en Estados Unidos, de ofrecer al norteamericano J. K. Duncan el puesto de jefe de la artillería del ejército del norte, "equipándolo con ingenieros, oficiales y soldados norteamericanos de su elección para tres o cuatro baterías". Galindo encontró a Duncan en Nueva Orleans y lo contrató, sin esperar la autorización de Juárez en Veracruz, bajo la condición de que el último permanecería en México hasta finalizar las hostilidades, que su contrato expiraría (si no fuera necesario extenderlo) y que percibiría el sueldo correspondiente a su rango en el ejército norteamericano. El cuerpo de artilleros fue constituido por mexicanos, salvo los oficiales, que eran norteamericanos.[29] Otros voluntarios extranjeros que sirvieron en el ejército de Vidaurri durante la guerra de tres años fueron el artillero estadounidense Gordian Sheible y dos hombres de origen europeo llamados Pedro A. Bastendes y Rodolfo de Clairmont. Bastendes participó en la campaña de San Luis Potosí en 1858 y luego como artillero durante el sitio de Tampico. Clairmont sirvió como asesor militar, puesto en el que había tenido experiencia como miembro de un estado mayor en su país natal.[30]

Aunque no se puede determinar con exactitud cuántos merce-

---

vicisitudes del clima y al cansancio y hambre que sufría. No obstante, muchos historiadores que han estudiado el tema están de acuerdo con la hipótesis presentada anteriormente. Véanse Velázquez, 1982, pp. 293-295, 306, 307; Dávila, 1983, pp. 37, 38; Rivera Cambas, 1959-1960, vol. 14, pp. 244, 245; Naranjo, 1934, p. 147.

[29] Vidaurri previamente había rechazado una oferta de Duncan hecha en julio de 1855 en la ciudad de Saltillo, debido a la renuncia de Santa Anna a principios de agosto de este mismo año. Vidaurri a Duncan, 14 de junio de 1859, AGENL, CSV, primera sección, caja 32, exp. 480, f. 11573; Galindo a Vidaurri, 6 de julio de 1859, primera sección, caja 14, exp. 216, f. 5093; Galindo a Vidaurri, 7 de julio de 1859, AGENL, CSV, f. 5096; Vidaurri a Zuazua, 9 de junio de 1859, AGENL, CSV, primera sección, caja 28, exp. 452 F, f. 10214; Vidaurri a Zuazua, 18 de julio de 1859, AGENL, CSV, exp. 452G, f. 10320.

[30] Gordian Sheible a Vidaurri, 18 de febrero de 1863, AGENL, CSV, primera sección, exp. 484C, f. 11771; Vidaurri a Zuazua, 18 de julio de 1859, AGENL, CSV, primera sección, caja 28, exp. 452 G, f. 10320. No todos los texanos que sirvieron con Vidaurri eran norteamericanos, sino que incluyeron algunos mexicano-norteamericanos, Zaragoza, 1962, p. 47. No se sabe con seguridad si Vidaurri contrató voluntarios extranjeros durante la intervención francesa. En una ocasión solicitó permiso de Juárez para enlistar norteamericanos en su ejército. Vidaurri a Juárez, 28 de abril de 1862, Roel, 1946, vol. 1, p. 123. Las relaciones entre Vidaurri y Juárez empeoraron gradualmente debido al asilo que aquél proporcionó a Ignacio Comonfort a su regreso de Estados Unidos, en 1861. En 1864 el caudillo del norte se unió al imperio de Maximiliano.

narios lucharon con los ejércitos liberales en las diferentes regiones de México en los años de 1854 a 1858, es evidente que constituyeron una fracción muy reducida del número total de los combatientes involucrados en esta lucha. Sin embargo, su participación, por menor que fuera, era indicativa de una tendencia que iba a ser mucho más marcada en la guerra de los republicanos contra el imperio durante los últimos años de la intervención francesa.

La intervención

En los primeros años de la intervención francesa (1861-1863) los voluntarios europeos en los ejércitos liberales eran más numerosos que los mercenarios norteamericanos, debido al hecho de que la guerra civil duró en Estados Unidos de 1861 a 1865 y ofreció suficientes oportunidades de empleo para los últimos, a lo menos hasta 1864, cuando se acercaban los últimos días de los Estados Confederados del Sur. En un principio la situación militar de la facción liberal no era tan desesperada como para necesitar una contratación en grande de norteamericanos, quienes habían simbolizado un elemento de hostilidad y desconfianza para el pueblo mexicano desde la guerra de 1846 a 1848.

Algunos italianos se unieron al ejército constitucionalista debido a la afinidad política compartida entre el liberalismo mexicano y el movimiento para la unificación de Italia de la segunda mitad del siglo XIX.[31] En los primeros meses de 1862 Ghilardi, acompañado de cinco elementos, se presentó ante Matías Romero, representante diplomático de México en Estados Unidos, con una carta de presentación de Garibaldi a Juárez. Cayetano Barrera, representante peruano en Washington, proporcionó a él y a sus compatriotas un préstamo de 1 800 pesos para el pasaje hacia Acapulco vía Panamá.[32] El 3 de julio de 1862 Ghilardi fue designado por Juan Álvarez, comandante

[31] Beteta, 1962, pp. 24, 28, 29, 31; Gay, 1932, pp. 1-19.

[32] Romero al ministro de Relaciones Exteriores, 31 de mayo de 1862, en *Correspondencia Legación*, vol. 2, pp. 208, 209. Uno de los cinco compañeros era Giuseppi Larquaniti. José Larquaniti a Juárez, 11 de octubre de 1867, ABJ, ms. 20-3279.

militar de la plaza de Acapulco, que defendió contra el bombardeo del capitán Le Bris, jefe de la escuadrilla francesa en el Pacífico.[33] Luego se incorporó al ejército de oriente, al mando de Jesús González Ortega, como general de la primera brigada de infantería de Zacatecas bajo las órdenes del general Francisco Alatorre, jefe de la cuarta división de infantería. Se le encargó la defensa del fuerte Hidalgo durante el sitio de la ciudad de Puebla en 1863,[34] y lo hicieron prisionero cuando la ciudad cayó ante los franceses, pero logró escaparse. El gobierno liberal lo nombró segundo jefe de la comandancia de Jalisco en junio de 1863. Fue capturado por los franceses en Colotlán, Jalisco, el 16 de marzo de 1864, trasladado a Aguascalientes y fusilado el siguiente día.[35]

Otro veterano del ejército garibaldino que sirvió al lado de González Ortega en el sitio de Puebla fue Hércules Saviotti; como Ghilardi, logró escapar después de la caída de la ciudad y regresó a México para militar otra vez con los liberales. Después de la guerra se naturalizó mexicano y ocupó puestos consulares, primero en Ginebra y luego en Faenza, Italia, donde murió a finales de octubre de 1907.[36]

[33] Álvarez a Ghilardi, 28 de septiembre de 1862, *El Siglo Diez y Nueve,* 4 de octubre de 1862; Le Bris a Álvarez, 9 de enero de 1863 y Álvarez a Le Bris, 9 de enero de 1863, en *Correspondencia Legación,* vol. 3, p. 361; Ghilardi a Romero, 28 de julio de 1862, AHMR, libro copiador vol. 1, transcripciones de documentos sin número; Ghilardi a Álvarez, 21 de julio de 1862; AHMR, Luis Ghilardi, proclama como comandante y prefecto del Distrito de Acapulco, s .f., AHMR.

[34] González Ortega, 1963, pp. 21, 43, 70, 106; González Ortega al ministro de Guerra, 27 de marzo de 1863, Juárez, 1964-1975, pp. 460, 461; González Ortega a Ignacio Comonfort, 30 de marzo de 1863, Juárez, 1964-1975, pp. 460-461; González Ortega a Ignacio Comonfort, 29 de abril de 1863, Juárez, 1964-1975, pp. 545, 546.

[35] Juárez, 1964-1975, vol. 8, p. 736.

[36] Saviotti había sido recomendado a Juárez por el presidente Abraham Lincoln de Estados Unidos. Lalanne, 1984, p. 254; Romero al ministro de Relaciones Exteriores, 24 de diciembre de 1865, en *Correspondencia Legación,* vol. 5, pp. 928-930; carta de naturalización de Hércules Saviotti registrada en septiembre de 1892, en *Memoria Relaciones,* 1931, p. 1255; Ignacio Mariscal al senado mexicano, 25 de octubre de 1888, AHGE, LE-1943, f. 1; acuerdo de nombramiento de Hércules Saviotti como cónsul mexicano en Faenza, Italia, 4 de mayo de 1907, AHGE, 5-12-21, f. 1; R. Núñez, subsecretario de la tesorería general de la nación, 16 de enero de 1908, AHGE, 5-12-21, f. 45; G.A. Esteva al secretario de Relaciones Exteriores, 20 de noviembre de 1907, AHGE, 5-12-21, f. 42. Giuseppe Mazzini, quien vivía exiliado en Londres, escribió a Juárez el 14 de diciembre de 1855 con la oferta de organizar una legión republicana europea, utilizando como núcleo el grupo garibaldino de Estados Uni-

Cierto número de españoles también lucharon con los ejércitos liberales. Régules, mencionado en conexión con las guerras de la reforma, era general de la tercera brigada de Michoacán durante el sitio de Puebla.[37] El 11 de abril de 1865 participó en la captura de Tacámbaro, Michoacán, y la toma de Uruapan pocos días después.[38] Fue elevado a comandante de la primera división del ejército del centro y luego a general en jefe del estado de Michoacán.[39] Después de la derrota del general liberal José María Arteaga, Régules ascendió a jefe del ejército del centro.[40] Sujeto a las órdenes del general Ramón Corona, jefe del ejército de occidente, tomó parte en el sitio de Querétaro. Después de la guerra fue nombrado comandante de la primera división del centro, con sede en Morelia.[41] Otro español, Telésforo Tuñón Cañedo, era jefe de una brigada durante la batalla de Puebla el 5 de mayo de 1862. Y en el sitio de la misma ciudad en 1863 sirvió como teniente coronel del 32° batallón Zaragoza bajo las órdenes del general Alatorre.[42]

Los hermanos habaneros Manuel y Rafael Quezada tuvieron un papel notable en los primeros años de la intervención.[43] Como coronel, Manuel Quezada participó el 7 de noviembre de 1862 en la batalla de Cerro Gordo, Veracruz, que terminó en una derrota para

---

dos y Sudamérica para trasladarse a México y luchar contra los invasores franceses. Aunque un cierto número de italianos como Ghilardi y Saviotti se unieron a los ejércitos liberales mexicanos, no se sabe nada de la formación de una legión "italiana" o "republicana europea". Giuseppe Mazzini a Juárez, 17 de diciembre de 1865, ABJ, ms. 9-1282; Roberto Armenio a Juárez, s. f., ABJ, ms. 1-4; Armenio a Juárez, 13 de abril de 1866, ABJ, ms. 10-1414; Juárez, 1964-1975, vol. 15, p. 1018; Gay, 1932, pp. 1-19.

[37] Régules al ministro de Guerra Miguel Blanco, 9 de agosto de 1862, ABJ, ms. 339; Régules a Blanco, 18 de agosto de 1862, ABJ, ms. 340; González Ortega al ministro de Guerra, 25 de abril de 1863, ABJ, ms. suppl. 454; composición del ejército de oriente, González Ortega, 1963, p. 21.

[38] Juárez, 1964-1975, vol. 10, pp. 101-110.

[39] Diego Álvarez a Juárez, 25 de diciembre de 1865, ABJ, ms. 1216; Ezequiel Montes a Juárez, 3 de diciembre de 1865, ABJ, ms. 1285.

[40] Juárez a Pedro Santacilia, 21 de diciembre de 1865, ABJ, ms. 1370; Juárez a Santacilia, 26 de enero de 1866, ABJ, ms. 99.

[41] Régules a Juárez, 20 de febrero de 1867, ABJ, ms. 269; Mariano Escobedo a Juárez, 27 de abril de 1867, ABJ, ms. 2783; Escobedo a Díaz, 28 de abril de 1867, ABJ, ms. 2785; Juárez, 1964-1975, vol. 12, p. 324.

[42] Parte del general Francisco Lamadrid, 7 de mayo de 1862, Juárez, 1964-1975, vol. 6, pp. 454, 455; composición del Ejército de Oriente, en González Ortega, 1963, p. 21.

[43] Benito Juárez, "Efemérides", Juárez, 1964-1975, vol. 1, pp. 355, 357, 360, 364-367.

el ejército liberal.[44] Durante el sitio de Puebla fue comandante del escuadrón de lanceros bajo las órdenes del coronel Aureliano Rivera.[45] Con el retiro de González Ortega del mando del ejército de occidente, Quezada ascendió a general de la caballería de este cuerpo, mientras que Antonio Carbajal se quedó con la jefatura de la infantería.[46] Después de la derrota de estos dos últimos en la batalla de Estanzuela, Durango, el 22 de septiembre de 1864, Manuel y su hermano se refugiaron en Estados Unidos, donde pasaron el resto de la guerra involucrados en intrigas para postular a González Ortega como presidente de México.[47]

Voluntarios de diversas nacionalidades lucharon por la causa liberal en México. Tabachinski, mencionado anteriormente, era teniente coronel de un regimiento de carabineros a caballo asignado a la primera brigada de caballería bajo las órdenes del general Tomás O'Haron durante el sitio de Puebla, en 1863. Murió en un enfrentamiento, el 4 de abril de 1865, con el coronel conservador Francisco Naranjo, entre los pueblos de Gigedo y Nava en el norte de Coahuila.[48] El teniente coronel Carlos von Gagern, veterano del ejército prusiano, era comandante del vigésimo sexto batallón de zapadores

[44] Manuel Díaz Mirón, gobernador militar de Veracruz, al general en jefe del ejército de oriente, 8 de noviembre de 1862, Juárez, 1964-1975, vol. 7, p. 108.

[45] Comonfort al ministro de Guerra, 9 de mayo de 1863, Juárez, 1964-1975, vol, 7, p. 570; composición del ejército de oriente, González Ortega, 1963, p. 24.

[46] Carbajal a Juárez, 1 de octubre de 1864, Juárez, 1964-1975, vol. 9, p. 393.

[47] Quezada a Juárez, 15 de octubre de 1864, Juárez, 1964-1975, vol. 9, pp. 441, 442; Juárez a Santacilia, 3 de agosto de 1865, Juárez, 1964-1975, vol. 10, p. 131; Santacilia a Juárez, 28 de septiembre de 1865, Juárez, 1964-1975, pp. 191, 192; Juárez a Santacilia, 26 de octubre de 1865, Juárez, 1964-1975, p. 329, Santacilia a Juárez, 3 de noviembre de 1865, Juárez, 1964-1975, pp. 346, 347; Quezada a González Ortega, 18 de diciembre de 1865, Juárez, 1964-1975, pp. 400, 401; Santacilia a Juárez, 2 de marzo de 1866, Juárez, 1964-1975, p. 736; Santacilia a Juárez, 16 de abril de 1866, Juárez, 1964-1975, p, 836; Juan J. Baz a Juárez, 26 de abril de 1866, Juárez, 1964-1975, pp. 890, 891; Santacilia a Juárez, 12 de julio de 1866, Juárez, 1964-1975, vol. 11, p. 198; Juárez a Santacilia, 15 de octubre de 1866, Juárez, 1964-1975, pp. 649-650; Quezada a González Ortega, 18 de diciembre de 1866, Juárez, 1964-1975, pp. 665, 666. En 1869 Manuel Quezada fue designado jefe del ejército rebelde cubano al iniciarse la lucha por la independencia de Cuba. Quezada al ministro de Guerra mexicano, 5 de abril de 1877, Juárez, 1963-1974, vol. 14, p. 441; Juárez, 1970, p. 57.

[48] Benito Juárez, "Efemérides", Juárez, 1964-1975, vol. 1, pp. 351, 354; composición del ejército de oriente, en González Ortega, 1963, p. 23; informe de Miguel Negrete, ministro de Guerra y general en jefe de la división de operaciones, al ministro de Relaciones Exteriores y Gobernación, 12 de abril de 1865, en *Correspondencia Legación,* vol. 6, p. 158.

bajo el mando del general Ghilardi en el sitio de Puebla.[49] El belga Jean H. Keats, veterano del ejército del Potomac en la guerra civil estadounidense, sirvió como teniente coronel de ingenieros bajo las órdenes de Porfirio Díaz en la defensa de la ciudad de Oaxaca de diciembre de 1864 a febrero de 1865. Fue tomado preso, aprisionado en las fortalezas de Guadalupe y Loreto, Puebla, y trasladado a una cárcel en México. Puesto en libertad, se negó a unirse con los conservadores. Se sumó a las fuerzas liberales en el norte de la república, donde ayudó en la preparación de las obras de defensa de La Angostura, Coahuila. Posteriormente actuó como miembro del Club Liberal Mexicano con base en Nueva York y de agente secreto para el ejército republicano.[50]

El capitán sueco Erick Wulff también actuó como agente secreto liberal antes de ingresar al ejército del general Mariano Escobedo a partir de junio de 1866. Además de ser soldado, continuó su papel de agente y corresponsal del *New York Tribune.* Después de la caída de la ciudad de México, en junio de 1867, se unió a las fuerzas de Porfirio Díaz.[51] Como último ejemplo, el coronel argentino Edelmi-

[49] Gagern emigró a México en 1853 bajo un contrato otorgado por el general José López Uraga para enseñar en el Colegio Militar. Jesús Lalanne a Francisco G. Cosmes, 19 de junio de 1895, Lalanne, 1984, p. 254. Durante la guerra de la reforma actuó como jefe de un batallón de zapadores en el ejército conservador de Leonardo Márquez. Manifiesto de Leonardo Márquez, 1869, Baz, 1972, p. 249. Cayó prisionero después de la caída de Puebla en 1863 y fue deportado a Francia. Puesto en libertad, regresó a México y tomó parte en la defensa de Querétaro al lado de la facción conservadora. Brevemente encarcelado después de la caída de la ciudad en manos de los liberales, se naturalizó mexicano en marzo de 1868, *Memoria Relaciones,* 1931, p. 1044. Participó en la política mexicana de 1870 a 1882 (con una interrupción de 1871 a 1872, cuando vivió en el exilio); luego fue designado agregado militar en Berlín. Francisco L. Mena a la Secretaría de Relaciones Exteriores, 21 de abril de 1882, AHGE, L-E-1204, ff. 15-17.

[50] John H. Keats a Romero, 8 de mayo de 1865, AHMR, f. 654; Keats a Romero, 21 de mayo de 1865, AHMR, f. 661; Keats a Romero, 5 de junio de 1865, AHMR, f. 671; protesta del Club Mexicano de Nueva York contra don Antonio López de Santa Anna, 15 de mayo de 1866, *Correspondencia Legación,* vol. 7, pp. 553, 554; Romero a Juárez, 4 de octubre de 1866, ABJ, ms, f. 1830.

[51] Romero a Juárez, 28 de septiembre de 1865, ABJ, ms. 10-1320; Romero al ministro de Relaciones en El Paso del Norte, 11 de octubre de 1865, *Correspondencia Legación,* vol. 5, p. 685; Romero a Wulff, 10 de febrero de 1867, AHMR, libro copiador, vol. 1, f. 222; Romero a Wulff, 7 de marzo de 1867, AHMR, libro copiador, vol. 1, f. 342; Romero a Wullf, 19 de marzo de 1867, AHMR, libro copiador, vol. 1, f. 394; Romero a Wulff, 21 de marzo de 1867, AHMR, libro copiador, vol. 1, f. 401; Romero a Wulff, 31 de marzo de 1867, AHMR, libro copiador, vol. 1, f. 459; Romero a Wulff, 10 de abril de 1867, AHMR, libro copiador, vol. 1, f. 525; Porfirio Díaz a Romero, 21 de junio de 1867, AHMR, libro copiador, vol. 1, f. 1907.

ro Máyer (1837-1897), veterano del ejército argentino y de la guerra civil de Estados Unidos, participó el 16 de junio de 1866 en la batalla de Santa Gertrudis, cerca de Camargo, Tamaulipas, como jefe del prestigiado batallón Zaragoza del ejército de Escobedo. Fue general de línea en el sitio de Querétaro en mayo de 1867 y en la toma de la ciudad de México el mes siguiente.[52]

La progresiva derrota y desintegración de las fuerzas liberales en la última mitad de 1863 y los primeros meses de 1864 obligaron al gobierno juarista a buscar mayor ayuda en términos de la contratación de tropas mercenarias. Su atención se dirigió especialmente hacia Estados Unidos, debido a su proximidad geográfica, sus simpatías para la causa republicana mexicana y su abundancia de soldados entrenados a raíz de la guerra de secesión.

Como representante diplomático del gobierno liberal en Estados Unidos, Matías Romero se encargó de gran parte de la tarea de atraer voluntarios estadounidenses para luchar en México. Aunque ya existía mucha afición entre el pueblo norteamericano hacia el Partido Liberal Mexicano, Romero tuvo que dedicar grandes esfuerzos para estimularla aún más. Publicó artículos en los principales periódicos en Estados Unidos, distribuyó publicaciones que trataron de la vida de Juárez y la situación política en México, y, por último, dio una serie de banquetes públicos a los cuales invitó a personajes importantes de los círculos militares y gubernamentales norteamericanos.

También Romero tuvo que coordinar los esfuerzos de una docena o más de agentes liberales ubicados en las ciudades de San Francisco, Nueva Orleans, Nueva York y Washington. El gobierno juarista mandó tres hombres con comisiones especiales para reclutar armas y hombres en las tres primeras ciudades mencionadas; los generales

[52] *Máyer,* 1954, vol. 5, p. 161; Máyer, 1972, pp. vi-xti. Máyer llegó a México acompañado por dos capitanes ayudantes con apellidos Meier y Enking. Máyer, 1972, pp. 145-157. Para información sobre la participación de Máyer en la batalla de Santa Gertrudis véase el parte de batalla de Santa Gertrudis de Mariano Escobedo al ministro de Guerra y Marina, 19 de junio de 1866, en *Correspondencia Legación,* vol. 6, p. 764 y ss. Comprometido por su antigua amistad con Porfirio Díaz, se incorporó al movimiento revolucionario encabezado por este último para derrocar a Juárez a principios de 1869. Al ser descubierto, fue condenado a muerte, pero Domingo Faustino Sarmiento le salvó la vida. *El Siglo Diez y Nueve,* 11 de octubre de 1871.

Plácido Vega, Gaspar Sánchez Ochoa y José María Carbajal. Estos tres tenían a su cargo 15 subagentes para organizar clubes proliberales en diferentes poblaciones de Estados Unidos, publicar periódicos en español y reunir fondos para realizar actividades propagandísticas.[53] Y debido a los esfuerzos de estos hombres, un pequeño pero creciente número de mercenarios estadounidenses empezó a cruzar la frontera a fin de unirse con los grupos republicanos en el norte de México.

Para atraer aún más soldados extranjeros a la causa liberal, el gobierno de Juárez, un poco antes de salir de Monterrey en su camino hacia Chihuahua, publicó el 11 de agosto de 1864 un decreto en que anunciaba los términos de pago y premios para los soldados de fortuna que lucharan en los ejércitos constitucionalistas. El gobierno concedió a los extranjeros que se presentasen armados a servir en la caballería o infantería liberal un salario mensual de 15 pesos para los soldados rasos, 45 a los tenientes, 205 para los coroneles y 500 a los generales de división. Estas condiciones de pago eran comparables a las del ejército norteamericano en aquella época Además, los soldados extranjeros conservarían los rangos que habían conseguido en los ejércitos de sus países respectivos. El gobierno juarista, por medio de Romero y la embajada en Washington, pagaría lo que pudiera de los gastos de pasaje y alimentación de los hombres contratados.[54]

El decreto también otorgaba un premio en terrenos por valor de 1 000 pesos para un soldado raso hasta sargento, de 1 500 pesos para un subteniente hasta capitán, y de 2 000 pesos para los generales de división. El gobierno estuvo dispuesto a aceptar los voluntarios que no tenían armas, pero sólo les pagaría un premio de 900 pesos en

[53] Los 15 subagentes eran el doctor Juan A. Zambrano, el gobernador Juan José Baz, el general Pedro de Baranda, el general Jesús Díaz de León, el comandante Justiniano de Zubiría, el coronel Juan Bustamante, el coronel Enrique A. Mejía, el coronel Bernardino Smith, el teniente coronel Henry R. B. MacIvar, el capitán A. Beasley, Manuel Armendáriz, Francisco N. Borden, José Ferrer, Juan Romero, el hermano de Matías Romero y Andrés Treviño, Miller, 1965, pp. 232-236; Latané, 1926, p. 223.

[54] En más de una ocasión Juárez ofreció pagar el pasaje de los mexicanos residentes en California y otros lugares de Estados Unidos que quisieran unirse a su ejército. Ignacio Pesqueira a Juárez, 21 de agosto de 1863, ABJ, ms. 6-735; Juárez a Pesqueira, ABJ, ms. 6-735; Antonio Mancillas a Juárez, 21 de agosto de 1863, ABJ, ms. 5-552; Jesús García Morales a Juárez, 31 de octubre de 1863, ABJ, ms. 5-570.

terrenos. Por último, al entrar al ejército republicano, los extranjeros serían considerados como ciudadanos mexicanos.[55] Esta provisión fue diseñada para nulificar las acusaciones de la facción opositora de que el gobierno liberal estaba inmiscuido en la contratación de "tropa mercenaria" o "aventureros".

Con la guerra de secesión acercándose a su final, Romero recibió numerosas solicitudes de ciudadanos norteamericanos o extranjeros residentes en Estados Unidos para pelear en México. Muchos de estos hombres fueron atraídos por los términos del decreto de agosto de 1864, que había sido impreso en los principales periódicos metropolitanos.[56] El plenipotenciario mexicano generalmente entregó cartas de recomendación a los solicitantes que consideró adecuados, con un aviso de que debían dirigirse personalmente al ministro de Guerra del gobierno liberal en el norte de México.[57] La terminación de la guerra de secesión en abril de 1865 y la situación general de desempleo en Estados Unidos en los años siguientes ocasionó otra ola de solicitudes de ex soldados ansiosos de tomar las armas otra vez con un buen sueldo y con la esperanza de disfrutar de fama, aventura y botín en México.[58]

[55] Las tierras serían baldíos o propiedades agrícolas confiscadas de la facción conservadora, de acuerdo con la ley del 16 de agosto de 1863 o cualesquiera otras propiedades que pudieran ser consideradas como bienes nacionales. Tendrían un valor vigente en el momento de otorgar el premio. Estarían formadas de una cuarta parte de una legua cuadrada o una cuarta parte de un sitio de ganado mayor, además de ser libres durante cinco años de toda contribución o impuesto. En caso de que alcanzaran una población de 50 personas se podían considerar como pueblo, ley del 11 de agosto de 1864, Dublán y Lozano, vol. 9, pp. 691-694; *Contratos,* 1868, pp. 268-273; Miller, 1965, p. 239. Los premios fueron posteriormente derogados por un decreto de Juárez emitido el 28 de septiembre de 1866. Romero al ministro de Relaciones Exteriores, Chihuahua, 30 de octubre de 1866, *Correspondencia Legación,* vol. 8, p. 452.

[56] Véanse por ejemplo, James T. Hefferman a Romero, 3 de abril de 1864, AHMR, f. 356; W. S. Williams a Romero, 7 de abril de 1864, AHMR, f. 358; H. Trenchard Grafton a Romero, 18 de abril de 1864, AHMR, f. 366; Ambrose Fanning a Romero, 30 de junio de 1864, AHMR, f. 402; Alexander Gaal de Gyuler a Romero, 19 de agosto de 1864, AHMR, f. 448; Henry T. Knox a Romero, 3 de enero de 1865, AHMR, f. 572; Knox a Romero, 24 de enero de 1865, AHMR, f. 586; Charles G. Edwards a Romero, 1 de febrero de 1865, AHMR, f. 1521.

[57] Romero a Unonius, 25 de febrero de 1867, AHMR, libro copiador, vol. 1, f. 300; Romero a Unonius, 11 de marzo de 1867, AHMR, libro copiador, vol. 1, f. 356.

[58] Véanse C. Kruger a Romero, 24 de abril de 1865, AHMR, f. 642; E. M. Jefferson a Romero, 16 de junio de 1865, AHMR, f. 683; Nicolás Holden a Romero, 12 de agosto de 1865, AHMR, f. 49855; John A. Jewett a Romero, 6 de septiembre de 1865, AHMR, f. 729; F. W. Jenkins a Romero, 17 de octubre de 1865, AHMR, f. 753; Ernest W. Holmstead a Romero, 15 de mayo

Como en el caso de las guerras de reforma, es difícil calcular con exactitud el número de voluntarios norteamericanos que cruzaron la frontera durante la época de la intervención francesa para luchar con los ejércitos liberales. Aunque Romero sostuvo que unos 3 000 veteranos de guerra estadounidenses (la mayoría ex soldados del ejército de la unión) se incorporaron a las fuerzas juaristas, tal aseveración parece ser exageradas.[59] Es posible que unos cientos de voluntarios norteamericanos se incorporaran a una u otra de las facciones beligerantes en México. Y se sabe poco de la participación militar de la mayoría de ellos. Algunos se alistaron en las expediciones cuasifilibusteras que los generales R. Clay Crawford, Lewis Wallace, John A. Logan y el coronel A. F. Reed lanzaron, bajo la jefatura nominal de José María de Jesús Carbajal, contra las poblaciones fronterizas de Matamoros, Bagdad, y otros lugares bajo control francés.[60] Otros pelearon con el grupo rebelde encabezado por el capitán Pedro de Valdez, de Monclova, Coahuila, o con las otras bandas de guerrilleros liberales del noreste, el más importante de los cuales era el ejército de Juan Cortina.[61]

Se sabe más de un grupo de californianos que lucharon con los ejércitos liberales de Chihuahua y del oeste de México. Los voluntarios californianos fueron organizados como unidad militar modelo llamada legión americana de honor. Fue formada en San Francisco por los generales mexicanos Plácido Vega y Gaspar Sánchez Ochoa.[62] El coronel George M. Green, jefe de estado mayor del general Ochoa, enlistó los primeros hombres para la legión y funcionó como su comandante. El cuerpo de voluntarios, formado inicialmente por

---

de 1866, AHMR, f. 1014; D. C. Howard a Juárez, 15 de mayo de 1866, ABJ, ms. 11-1632; E. Carlo Rolland Bourdon a Juárez, 24 de junio de 1866, ABJ, ms. 12-1782; E. Eluseret a Romero, 27 de agosto de 1866, AHMR, f. 1216; William J. Faherty a Romero, 11 de febrero de 1867, AHMR, f. 1545, William R. Marshall a Romero, 12 de abril de 1867, AHMR, f. 1712.

[59] El general Philip Sheridan, comandante de la división del golfo de México del ejército de la unión en los meses inmediatamente posteriores a la guerra de secesión, estimó que alrededor de 2 000 veteranos estadounidenses (muchos de ellos ex confederados) se unieron al ejército del imperio. Miller, 1961, p. 229.

[60] Traducciones de noticias de México recibidas en Estados Unidos, *Herald* de Nueva York, *Correspondencia Legación*, vol. 7, pp. 766, 826-829; Romero a William Hunter, 22 de enero de 1866, *ibid*, p. 57.

[61] Anderson, 1959, p. 104.

[62] Buelna, 1884, pp. 22, 245-247; Buelna, 1924, p. 94.

25 veteranos del ejército de la unión estadounidense bajo la jefatura de Green y el capitán Harvey Lake, se unió a las fuerzas de Juárez en la ciudad de Chihuahua el 15 de septiembre de 1866. A este primer grupo se agregó una expedición de texanos (ex soldados confederados) bajo el mando de George William McNulty, y otro contingente de californianos encabezado por el general Plácido Vega. La contribución de Vega incluyó a prominentes mexicanos-norteamericanos, como el capitán Vladislao Vallejo, el teniente Melitón Alviso y Víctor Castro, quienes se incorporaron a las unidades mexicanas del ejército de Juárez.

También por estos meses llegaron a Chihuahua el mencionado general Wallace y el coronel George Earl Church. Wallace y Church ayudaron a equipar la legión y otras unidades del ejército mexicano (un total de 7 000 hombres). Posteriormente, el coronel Church, quien también era corresponsal del *New York Herald,* ayudó a Lerdo de Tejada a planear las campañas militares en que la legión participó. Wallace y Church lucharon no sólo por ideales políticos, sino también motivados por intereses económicos, porque representaban a empresas neoyorquinas que buscaban concesiones del gobierno liberal para abrir minas, ferrocarriles, líneas telegráficas y bancos en México.[63]

Después de ser comisionados por Juárez, los voluntarios de la legión avanzaron a Parral, donde se unieron a la división central del ejército liberal bajo el mando del general Silvestre Aranda. Fueron organizados como una compañía separada del cuerpo principal del ejército de Aranda. De hecho, la legión formó la escolta personal del general Aranda. Durante su estancia en el pueblo de Nazas, Durango, la legión también constituyó el estado mayor del general Aranda, puesto que su jefe de estado mayor, coronel Arthur Haines, remplazó brevemente al coronel Green como comandante de la

[63] Circulares, 1863, vol. 1, pp. 475, 476; Miller, 1961, p. 236. Para información con respecto a la comisión que José María Jesús Carbajal dio a Wallace véase Lew Wallace a Romero, 18 de abril de 1864, AHMR, f. 367; Lerdo de Tejada a Romero, 8 de junio de 1865, *Correspondencia Legación,* vol. 6, p. 215; José María Jesús Carbajal al ministro de Guerra, 1 de septiembre de 1865, ABJ, ms. 1226, Romero a Wallace, 15 de junio de 1867, AHMR, libro copiador, vol. 1, f. 885; instrucciones para que el agente de México alegue contra la reclamación núm. 125, Lewis Wallace, por Sebastián Lerdo de Tejada, 7 de enero de 1871, AHGE, 28-13-63, ff. 27-29.

compañía. De Nazas, la legión avanzó hasta la ciudad de Durango, donde el coronel Green fue ratificado como jefe del grupo.[64]

En enero de 1867 la legión, entonces compuesta de unos 31 o 32 norteamericanos, participó en la batalla de Zacatecas, donde repelió un fuerte contraataque francoaustriaco con la ayuda de sus rifles Henry de 16 balas (el predecesor del famoso Winchester).[65] Al mando del general Régules, la legión luego participó en el sitio de Querétaro, que duró dos meses. Los norteamericanos encabezaron dos asaltos a la ciudad, en uno de los cuales unos de sus miembros caen prisioneros.[66] Cuando la ciudad cedió por fin, el 14 de mayo de 1867, la legión estuvo al frente del ataque.[67] Otro grupo de norteamericanos que participó en el sitio de Querétaro fue el del coronel John Sobieski, originario de Europa y veterano de la guerra civil de Estados Unidos. En junio de 1865 Sobieski había organizado un grupo de veteranos del ejército de la unión para luchar con Juárez. Él y su grupo pasaron a México por la ruta Nueva Orleans-Santa Fe. En Querétaro Sobieski era comandante del pelotón de rifleros reservado para la ejecución de Maximiliano.[68]

Después de la caída de Querétaro, la legión se unió al ejército de Porfirio Díaz que sitiaba la capital. Allí un veterano norteamericano del ejército de Díaz, el capitán primero de artillería William Lumpkin, quien había participado en la toma de Jalapa en 1866 y en la de Puebla al año siguiente, se unió a las fuerzas de la legión.[69] El coronel Green estableció su cuartel general en la isla del Peñón, en el lago de

[64] "Crónica de un periodista estadounidense", en Juárez, 1970, pp. 96, 97.

[65] John H. Defrees a Romero, 9 de agosto de 1867, AHMR, f. 2041. Algunas fuentes norteamericanas de la batalla aseveran que el coronel Church salvó la vida de Juárez al prestarle su veloz caballo. Véase Miller, 1961, p. 237.

[66] Escobedo a Juárez, 8 de febrero de 1867, ABJ, ms. 17-2729; Evans, 1870, p. 228; Halas, 1962, pp. 84-87.

[67] Salm-Salm, 1868, vol. 2, p. 141. Algunas fuentes que describen la batalla mencionan que el emperador se dirigió primero al coronel Green, quien lo refirió al general Corona y luego al comandante general Escobedo. Véase Schroeder, 1887, p. 57.

[68] Miller, 1961, p. 239.

[69] Dos acuerdos para expedir un certificado a favor del capitán 1° de artillería Guillermo Lumpkin, FPD, paquete 6, f. 3789. Otro norteamericano, llamado M. T. Stovall, también sirvió como capitán primero de artillería durante el sitio y toma de Puebla en 1867, pero se retiró del servicio el 2 de abril del mismo año por causa de una herida. M. T. Stovall a Porfirio Díaz, 28 de noviembre de 1911, CPD, exp. 36, lis. 9762-9764.

Texcoco. Los norteamericanos participaron en el asalto del edificio de la Escuela Nacional de Arte y Diseño (próximo a la puerta de San Cosme, en las cercanías de Chapultepec, convertido en fortaleza por el ejército imperial), matando a los artilleros enemigos con sus rifles Henry.[70]

Al terminar la guerra con la toma de la ciudad de México, la mayoría de los miembros de la legión prefirieron regresar a Estados Unidos y fueron dados de baja el 5 de agosto de 1867. Hasta aquel momento no habían percibido gran parte de su sueldo ni sus premios en tierras.[71] Como recompensa por sus servicios, aparte de un reembolso completo de sus sueldos mensuales retrasados, se les ofrecieron 300 pesos a cada uno en lugar del pago en tierras que el decreto de 11 de agosto de 1864 les había ofrecido. Los que no aceptaron pudieron quedarse con las tierras prometidas. Casi todos prefirieron aceptar el pago en efectivo.[72] En marzo de 1868 la mayoría de los miembros de la legión habían regresado a Estados Unidos, aunque el gobierno mexicano no pagó su pasaje. El coronel Green se quedó en México unos años, disfrutando de la estimación y los favores que le dispensaba el agradecido gobierno juarista.[73]

La legión y los otros norteamericanos que pelearon en los ejércitos republicanos no salvaron la causa liberal de su destrucción, como había declarado orgullosamente más de un voluntario. Aunque las fuerzas estadounidenses lucharon bien en las batallas en que tomaron parte, sus números eran relativamente pequeños. Además, la gran mayoría sólo sirvió un año o un año y medio, aproximadamente, en una guerra que había durado siete. No obstante, el hecho de que se unieran a la facción liberal en el nadir de su poder contribuyó innegablemente a la elevación de la moral y potencia de fuego

[70] J. H. Defrees a Romero, 21 de junio de 1867, AHMR, f. 1985; Jorge Green, "Lista de oficiales y presupuesto de la Legión de Honor, 26 de julio de 1867", FPD, paquete 6, lis. 3678, 3679; Defrees a Romero, 30 de julio de 1867, AHMR, f. 1867; Defrees a Romero, 9 de agosto de 1867, AHMR, f. 2041; Evans, 1870, pp. 256, 257, 362.

[71] Jorge Green a Juárez, 3 de octubre de 1867, ABJ, ms. 19-3120; Green a Juárez, 23 de octubre de 1867, ABJ, ms. 19-3121; Green a Juárez, 20 de noviembre de 1867, ABJ, ms. 19-3122; Salm-Salm; 1868, vol. 2, p. 141.

[72] Indemnización concedida a los miembros de la legión americana por la tesorería general de la nación, 13 de marzo de 1868, AHGE, 42-2-10; Memoria Xacimda, 1870, p. 627.

[73] Miller, 1961, pp. 232-240.

de los soldados juaristas. En breve, los mercenarios norteamericanos representaron un factor menor pero significativo estratégico, táctico y psicológico, en el largo y doloroso camino hacia el eventual triunfo constitucionalista, puesto que iniciaron planes de batalla, manejaron piezas de artillería y lucharon hombro a hombro con sus contrapartes mexicanas.

Queda por considerar el papel de un último grupo de voluntarios extranjeros que militaron en la guerra de la intervención al lado del gobierno constitucional: los desertores de los contingentes europeos del ejército del imperio que se unieron (en su mayoría) a los grupos liberales en las etapas finales de la lucha. En 1866 una organización liberal europea llamada comité europeo republicano había concebido el proyecto de formar un ejército europeo republicano en México compuesto por desertores franceses, austriacos y belgas del ejército imperial.[74] El plan gradualmente se materializó con la desintegración progresiva del ejército de Maximiliano en la última mitad de 1866 y los primeros meses de 1867, aunque los que abandonaron los cuerpos europeos nunca formaron una unidad separada llamada "ejército europeo republicano". El general Escobedo declaró en una ocasión que no aceptaría desertores europeos en su ejército,[75] pero muchos de ellos participaron en el sitio de Querétaro. De hecho, fueron más numerosos que el famoso contingente de norteamericanos de la legión americana de honor.[76] Posteriormente, en el sitio de la ciudad de México dirigido por Porfirio Díaz, algunos austriacos y belgas sirvieron en el cuarto batallón de la tercera brigada del ejército de oriente. Un francés de apellido Chenet encabezó un cuerpo de contraguerrillas compuesto de seis oficiales y 33 hombres en el mismo ejército.[77] Igual que los norteamericanos, los voluntarios eu-

[74] Romero a Louis Bulewski, 2 de abril de 1866, en *Correspondencia Legación,* vol. 7, pp. 367, 368; Lerdo de Tejada a Bulewski, 17 de julio de 1866, *Correspondencia Legación,* vol. 6, p. 715; Romero a Bulewski, 21 de septiembre de 1866, *Correspondencia Legación,* vol. 8, p. 300.

[75] Contestación de Mariano Escobedo a la solicitud colectiva de voluntarios belgas y austriacos para servir en el ejército de los liberales, Querétaro, 17 de mayo de 1867, *Correspondencia Legación,* vol. 9, p. 1083.

[76] Hans, 1962, pp. 74, 75.

[77] Ferdinand Hofmann, Edward Wagner, Johann Butler y Adam Engler a Díaz, 23 de junio de 1867, FPD, paquete 6 (sobre 2), f. 3230; Chenet a Díaz, 5 de julio de 1867, FPD, paquete 6 (sobre 2), f. 3263.

ropeos que desertaron del ejército imperial a favor de la causa constitucionalista desempeñaron un pequeño pero importante papel en el logro de la victoria final de la facción juarista.

En resumen, la participación de tropas mercenarias en el periodo de la intervención fue en una escala mayor que la de las guerras de la reforma. Durante los primeros años de la lucha (1861 a 1863) hubo más soldados de fortuna europeos que norteamericanos en las fuerzas liberales; pero con el cercano fin de la guerra de secesión en la república estadounidense, de 1864 en adelante, numerosos veteranos de los ejércitos de la unión y de los estados confederados se unieron a los grupos constitucionalistas en el norte de México. A estos soldados de Europa y Estados Unidos se incorporaron desertores del estandarte imperial en las últimas fases del conflicto.

Conclusiones

Como era el caso con respecto al ejército conservador y sus aliados europeos en las guerras de la reforma y la intervención francesa, los soldados extranjeros que lucharon al lado de los liberales en este conflicto provenían de diversos países del globo, especialmente de Europa y Estados Unidos.[78]

Los de Europa lucharon principalmente por ideales libertarios, así como por la oportunidad de ejercer su carrera como soldados profesionales en periodos en que sus países natales estaban en paz. Semejantes motivos animaron a algunos mercenarios de Estados Unidos, pero otros fueron atraídos por los buenos salarios y premios en tierras ofrecidos como incentivos para luchar. Unos pocos, como Wallace y Church, estuvieron apoyados por fuertes intereses económicos estadounidenses. Otros, como Crawford y sus partidarios, fueron incitados por líderes políticos del sur de Estados Unidos, quienes impulsaron la doctrina del "destino manifiesto", que, a su vez, representó el deseo de un segmento radical del pueblo esta-

[78] Siempre hay que recordar que, mientras que algunos soldados de fortuna de un país en particular lucharon en apoyo de un bando, sea liberal o conservador, es posible que otros de sus compatriotas se hayan enrolado en las filas del lado opuesto.

dounidense que quería agregar el norte, o cuando menos el noreste de México, a la Unión Americana.

Por las razones mencionadas anteriormente, y con los recuerdos frescos en su memoria de la guerra de 1846 a 1848, Juárez y sus jefes militares tenían más confianza en los europeos de sus filas. Al italiano Ghilardi y al español Régules les fueron otorgados el alto rango de general de división en los ejércitos liberales, y tenían un significativo número de soldados mexicanos bajo su mando. Aunque unos pocos de los norteamericanos, como Wheat, Wallace y Green, también alcanzaron grados superiores en las fuerzas republicanas y se ganaron el respeto y estimación de los líderes liberales, nunca ejercieron un control militar sobre cuerpos de tropa mexicana. Los grupos de mercenarios que encabezaron tampoco fueron integrados a los ejércitos con los que lucharon.

Cualquier análisis de la importancia militar de su contribución hacia el triunfo del partido constitucionalista debe tomar en cuenta no sólo la cantidad de efectivos involucrados, sino otros elementos que son más difíciles de medir. Es verdad que no se puede determinar con precisión el número total de voluntarios extranjeros que pelearon con los grupos de liberales que operaban en el norte, occidente, centro y sur de México. Además, su presencia en la lucha constituyó más bien una intervención de individuos o pequeños grupos que oficial o gubernamental por parte de sus respectivos países de origen. No obstante, la participación de los soldados de fortuna en la guerra civil mexicana representó un factor táctico, estratégico y psicológico que no puede ser descartado cuando uno toma en cuenta el hecho de que los ejércitos republicanos necesitaron cualquier apoyo de este tipo que pudieran conseguir, particularmente en los años de 1863 a 1865.

El papel de los mercenarios en México durante la gran contienda civil ocurrida de 1854 a 1867 constituye un fascinante tema de estudio que ha sido muy poco explorado por los historiadores de la época. Futuras investigaciones más detalladas sobre el asunto sin duda servirán para aclarar buen número de las complejidades militares de este capítulo tan doloroso y formativo en la historia de México.

Siglas y bibliografía

ABJ, Archivo de Benito Juárez, Biblioteca Nacional de México (San Agustín), Fondo Reservado, México, D. F.

AGENL, CSV, Archivo General del Estado de Nuevo León, Correspondencia de Santiago Vidaurri, Monterrey, N. L.

AHGE, Archivo Histórico "Genaro Estrada", Secretaría de Relaciones Exteriores, México, D. F.

AHMR, Archivo Histórico don Matías Romero, Banco de México, México, D. F.

CPD, Colección Porfirio Díaz, Universidad Iberoamericana, Biblioteca Francisco Xavier Clavijero, México, D. F.

FPD, Fondo Porfirio Díaz (Estado Mayor del Ejército del Oriente), Biblioteca Nacional de Antropología e Historia, México, D. F.

Anderson, William Marshall, 1959, *An American in Maximilian's Mexico: The Diaries of William Marshall Anderson,* edición de Ramón Eduardo Ruiz, San Marino, The Huntington Library.

Baz, Gustavo, 1972, *Vida de Benito Juárez,* Puebla, Editorial José M. Cajica.

Beteta, Ramón, 1962, "El risorgimento italiano y la independencia mexicana", en El *centenario de la unidad italiana: Discursos y conferencias,* México, Asociación Cultural Mexicano-Italiana, pp. 21-33.

Blázquez Domínguez, Carmen, 1978, *Miguel Lerdo de Tejada: Un liberal veracruzano en la política nacional,* México, El Colegio de México.

Brown, Charles Harvey, 1980, *Agents of Manifest Destiny: The Lives and Times of the Filibusters,* Chapel Hill, University of North Carolina.

Buelna, Eustaquio, 1884, *Breves apuntes para la historia de la guerra de intervención en Sinaloa,* Mazatlán, Imprenta y Estereotipia de Retes.

——, 1924, *Apuntes para la historia de Sinaloa, 1821-1882,* México, Departamento Editorial de la Secretaría de Educación.

Cambre, Manuel, 1949, *La guerra de tres años: Apuntes para la his-*

toria de la Reforma, Guadalajara, Gobierno del Estado de Jalisco.

Cavazos Garza, Israel, 1984, *Diccionario Biográfico de Nuevo León,* Monterrey, Universidad Autónoma de Nuevo León, Capilla Alfonsina (Biblioteca Universitaria), 2 vols.

Cerutti, Mario, 1983, *Economía de guerra y poder regional en el siglo XIX: Gastos militares, aduanas y comerciantes en años de Vidaurri, 1855-1864,* Monterrey, Archivo General del Estado de Nuevo León.

Circulares, 1863, *Circulares y otras publicaciones hechas por la legación mexicana en Washington durante la guerra de intervención, 1862-1867,* México, Imprenta del Gobierno, en Palacio, 2 vols.

Contratos, 1868, *Contratos hechos en los Estados Unidos por los comisionados del gobierno de México durante los años de 1865 y 1866: Contratos celebrados por los generales D. José M. da J. Carbajal y D. Caspar Sánchez Ochoa, e intervención del Sr. Romero en los mismos,* México, Imprenta del Gobierno, en Palacio.

Correspondencia, 1972, *Correspondencia Juárez-Santacilia, 1858-1867,* México, Secretaria de Marina.

Correspondencia Legación, 1870-1892, *Correspondencia de la Legación Mexicana en Washington durante la intervención extranjera, 1860-1868,* México, Imprenta del Gobierno, 10 vols.

Chamberlain, Eugene Keith, 1954, "Baja California after Walker: The Zerman Enterprise", *Hispanic American Historial Review,* XXXIV: 2 (mayo), pp. 175-189.

Dávila, Hermenegildo, 1983, *Biografió del sr. general don Juan Zuazua,* Monterrey, Gobierno, de Nuevo León.

Davis, Richard Harding, 1912, *Real Soldiers of Fortune,* Nueva York, C. Scribner's Sons.

Diccionario Porrúa, 1976, *Diccionario Porrúa de Historia, Biografía y Geografía de Méxi*co, 4 ed., México, Editorial Porrúa, 2 vols.

Dublán, Manuel y José María Lozano (eds.), 1876-1904, *Legislación mexicana o colección completa de las disposiciones legislativas expedidas desde la independencia de la república,* México, Dublán y Lozano.

Dufour, Charles L., 1957, *Gentle Tiger: The Gallant Life of Roberdeau Wheat,* Baton Rouge, Louisiana State University.

Evans, Albert S., 1870, *Our Sister Republic: A Gala Trip through Tropical Mexico in 1869-1870,* Hartford, Columbian Book Company.

Freeman, Douglas Southall, 1946, *Lee's Lieutenants: A Study in Command,* Nueva York, Charles Scribner's Sons, 4 vols.

Fuentes Díaz, Vicente, 1959, *Santos Degollado: El santo de la Reforma,* México, Talleres Imprenta Arana.

Gall, Jacques, 1957, *El filibusterismo,* México, Fondo de Cultura Económica.

García, Genaro (ed.), 1972, *Correspondencia secreta de los principales* intervencionistas *mexicanos,* 2a. ed., México, Editorial Porrúa.

Gay, H. Nelson, 1932, "Garibaldi's American Contacts and his claims to American Citizenship", *American Historical Review,* XXXVIII, octubre, pp. 1-19.

González Ortega, Jesús, 1963, *Parte general que da al supremo gobierno de la nación aspecto de la defensa de la plaza de Puebla el ciudadano general Jesús González Ortega,* México, Comisión Nacional para las Conmemoraciones Cívicas de 1963.

Halas, Alberto, 1962, *Querétaro: Memorias de un oficial del emperador Maximiliano,* México, Editora Nacional.

Hefter, J., 1962, *El soldado de Juárez, de Napoleón y de Maximiliano,* México, Primer Congreso Nacional de Historia para el Estudio de la Guerra de Intervención.

Juárez, Benito, 1964-1975, *Documentos, discursos y correspondencia,* edición de Jorge L. Tamayo, México, Secretaría del Patrimonio Nacional, 15 vols.

1970, *Juárez en Chihuahua,* edición de Jorge L. Tamayo, México, Editorial Libros de México.

Lalanne, Jesús, 1984, "Estudio comparativo de los sitios de Puebla en México y Zaragoza en España", en Jesús González Ortega, *La defensa de la plaza de Puebla de Zaragoza, en 1863,* México, Secretaría de la Defensa Nacional, 1984, pp. 185-262.

Latané, John Holladay, 1926, *The United States and Latin America,* Garden City, Nueva York, Doubleday, Page & Company.

Máyer, 1954, "Máyer, Edelmiro", en Ricardo Piccirilli, Francisco Romay y Leoncio Gianello (comps.), *Diccionario Histórico Argentino,* Buenos Aires, Ediciones Históricas Argentinas.

Máyer, Edelmiro, 1972, *Campaña y guarnición: Memorias de un militar argentino en el ejército republicano de Benito Juárez,* México, Secretaría de Hacienda y Crédito Público.

Mejía, Francisco, 1958, *Memorias de don Francisco Mejía, secretario de Hacienda de los presidentes Juárez y Lerdo,* México, Boletín Bibliográfico de la Secretaría de Hacienda y Crédito Público.

Memoria Hacienda, 1870, *Memoria de Hacienda y Crédito Público, correspondiente al cuadragésimoquinto año económico, presentado por el secretario de Hacienda al Congreso de la Unión, el 16 de septiembre de 1870,* México, Imprenta del Gobierno, en Palacio.

Memoria Relaciones, 1931, *Memoria de la Secretaría de Relaciones Exteriores de agosto de 1930 a julio de 1931 presentada al H. Congreso de la Unión, por Genaro Estrada, secretario de Relaciones Exteriores,* México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 2 vols.

Miller, Robert Ryal, 1958, "Californians against the Emperor", en *California Historical Society Quarterly,* XXXVII: 3, septiembre, pp. 193-214.

——, 1961, "The American Legion of Honor in Mexico", *Pacific Historical Review,* XXX: 3, agosto, pp. 229-241.

——, 1962, "Plácido Vega: A Mexican Secret Agent in the United States, 1864-1866", en *The Americas,* XIX: 2, octubre, pp. 137-148.

——, 1965, "Matías Romero: Mexican Minister to the United States during the Juarez-Maximilian Era", *Hispanic American Historical Review,* XLV: 2 (mayo), pp. 228-245.

Monroy, Guadalupe (ed.), 1965-1970, *Archivo histórico de Matías Romero: Catálogo descriptivo: Correspondencia recibida,* México, Banco de México, 2 vols.

Moseley, Edward Holt, 1963, *The Public Career of Santiago Vidaurri, 1855-1858,* tesis doctoral, University of Alabama.

Naranjo, Leopoldo, 1934, *Lampazos: sus hombres, su tiempo, sus obras,* Monterrey, Talleres J. Cantú Leal, 5 de Mayo y Galeana.

Quick, John, 1973, *Dictionary of Weapons and Military Terms,* Nueva York, McGraw-Hill Book Company.

Rivera Cambas, Manuel, 1959-1960, *Historia antigua y moderna de Jalapa y de las revoluciones del estado de Veracruz,* México, Editorial Citlaltépetl, 17 vols.

——, 1961-1962, *Historia de la intervención europea y norteamericana en México y del imperio de Maximiliano de Habsburgo,* México, Academia Literaria, 6 vols.

Roel, Santiago, 1963, *Nuevo León: Apuntes históricos,* 11 ed., Monterrey.

Salm-Salm, Felix, 1868, *My Diary in Mexico in 1867. Including the Last Days of the Emperor Maximilian,* Londres, Richard Bentley, 2 vols.

Schroeder, Seaton, 1887, *The Fall of Maximilian's Empire as Seen from a United States Gunboat,* Nueva York, G. P. Putnam's Sons.

Tyler, Ronnie C., 1973, *Santiago Vidaurri and the Southern Confederacy,* Texas State Historical Association.

Valdés, Manuel, 1913, *Memorias de la guerra de Reforma,* México, Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística.

Velázquez, Primo Feliciano, 1982, *Historia de San Luis Potosí,* San Luis Potosí, Academia de Historia Potosina, Archivo Histórico del Estado, 4 vols.

Vidaurri, Santiago, 1946, *Correspondencia particular de d. Santiago Vidaurri: Gobernador de Nuevo León, 1855-1864,* Monterrey, N. L., Impresora Monterrey.

Wheat, 1907, "Wheat, Chatham Roberdeau", en *National Cyclopedia of American Biography,* Nueva York, Appleton, vol. 9, p. 168.

Zamacois, Niceto de, 1880, *Historia de Méjico, desde sus tiempos más remotos hasta nuestros días,* México, J. F. Parres, 18 tomos en 20 vols.

Zaragoza, Ignacio, 1962, *Epistolario Zaragoza-Vidaurri, 1855-1859,* México, Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística.

Zerman, Juan Napoleón, 1858, *Manifestación que hace a todas las naciones con especialidad a la república mexicana el ciudadano de*

los Estados Unidos de América Juan Napoleón Zerman en defensa de su honor y el de sus conciudadanos que compusieron la expedición Zerman, México, Imprenta del Trait d'Unión.

Zorrilla, Luis G., 1966, *Historia de las relaciones entre México y los Estados Unidos de América, 1800-1958,* México, Editorial Porrúa, 2 vols.

IV. LA INTERVENCIÓN Y EL ESPEJO MEXICANO

ARGENTINA Y LA INTERVENCIÓN EUROPEA EN MÉXICO EN 1862

Ricardo R. Caillet-Bois

Con propósitos más o menos visibles, los sucesos acaecidos en el Caribe desde mediados del siglo XIX habían hallado siempre, en el río de la Plata, comentaristas de variada información pero muy interesados en extraer conclusiones de los hechos de aquel teatro. Sirva para el caso de ejemplo suficiente la *Gaceta Mercantil.*

Las intervenciones de la diplomacia europea no pasaban desapercibidas para gobernantes y gobernados. Sobre todo cuando, con fundamento o sin ello, se intuía que aquélla equivalía a una tentativa de conquista o anexión de una porción del continente.

En consecuencia, nada extraño resulta comprobar el espacio que le asignaron los principales órganos periodísticos de Buenos Aires a la intervención europea en México.

Pero previa a la consideración del tema será menester tener presente cuál era el estado político de la Confederación Argentina a comienzos de 1862. Victorioso en la batalla de Pavón (17 agosto 1861), el gobernador de la provincia de Buenos Aires, general Bartolomé Mitre, se disponía a consolidar y completar la unión nacional dentro del orden constitucional. Para Mitre no cabía duda alguna acerca de este último aspecto. La constitución de 1853, reformada en 1860, tenía vigencia y era, en definitiva, el dique más sólido para evitar aventuras de las cuales sólo cabía esperar horas inciertas y un porvenir oscuro. Sin embargo, no era ése el pensamiento defendido por los más recalcitrantes adherentes de lo que algún diplomático extranjero llama "partido unitario". En febrero de 1862 las representaciones di-

*Academia Nacional de la Historia.

Historia Mexicana, vol. 12. núm. 4, abril-junio de 1963, pp. 552-594.

plomáticas extranjeras acreditadas cerca del extinguido gobierno de la Confederación Argentina continuaban aún en Paraná. Únicamente el ministro de Inglaterra, Mr. Thornton, se disponía a trasladarse a Buenos Aires acicateado por la inminencia de una guerra entre su patria y Estados Unidos de América. Frente a esa probable situación había decidido instalarse en Buenos Aires para poder estar en situación de resolver rápidamente los problemas relacionados con las futuras presas y el límite de la jurisdicción de la provincia ya citada en las aguas del río de la Plata. Finalmente el mencionado diplomático abandonó Paraná el 22 de febrero cuando las relaciones de Inglaterra y Estados Unidos habían entrado en un periodo de bonanza. Todo lo cual hace suponer que Thornton tenía mucho interés en salir de la antigua capital de la confederación y en instalarse en la ciudad de Buenos Aires. Un día antes había hecho lo mismo el ministro Palmer, de Estados Unidos, que partió moribundo. Durante los seis meses que permaneció en Paraná sólo había abandonado el lecho el día que entregó sus credenciales. En cuanto al representante francés, C. Lefèbre de Bécour, no se animaba aún a imitar a sus colegas. Vacilaba porque no podía prever cuál sería la futura capital. Permaneció en Paraná hasta el 10 de mayo, fecha en que se embarcó para evitar que su ausencia el día de la inauguración del congreso fuese mal interpretada. El 12 a la noche llegaba a Buenos Aires.

Mitre, entre tanto, obtenía un amplio triunfo en el senado de la provincia, que por una amplia mayoría le concedió la autorización para que convocase al congreso. El debate, prolongado y muy vivaz, reveló más claramente que nunca la existencia en Buenos Aires de "un partido muy activo cuyo jefe es Alsina que tiende a la secesión pura y simple, aunque parezca que combate solamente la elección de Buenos Aires como sede de reunión del próximo congreso". Era un partido que tenía mucha influencia en varios clubes, con "una mayoría turbulenta compuesta principalmente de jóvenes" y cuya divisa era: "Integridad territorial y autonomía de la provincia". La cámara de diputados, a su turno, aprobó la ley y el congreso fue convocado para el 25 de mayo.[1]

[1] Comunicación de C. Lefèbre de Bécour a Thouvenel, ministro de Relaciones Exteriores, Paraná, 7 de marzo de 1862. El diplomático francés tenía a la sazón una prolongada actuación en el río de la Plata (desde la época de Rosas). Acreditado cerca del gobierno de

Estaba de por medio el grave problema de la capital, problema que dividía y enceguecía de pasión a la ciudadanía.

Vencida la confederación en Pavón, Paraná dejaba de ser capital. ¿Lo sería Buenos Aires? Mitre parecía dispuesto a jugar todas sus cartas en ese sentido.[2] Pero en este tema tenía que reconocer que era combatido sordamente por los partidarios de Alsina. Subsistía en este grupo la preocupación por las rentas. Le resultaba imposible aceptar la idea de tener que compartir con trece provincias pobres los recursos de una provincia rica; le resultaba difícil aceptar tener que hacerse cargo de las deudas de la confederación, deudas que interesaban a muchísimos en las provincias como para que le fuese posible a un gobierno o a un congreso poder repudiarlas totalmente. Con todo, el nacionalismo dirigido por Mitre era fuerte. Quedaba por saber si vencería en el intento de segregarle a la provincia una parte de su territorio para con él constituir el Distrito Federal.

El senado de la provincia, mediante otro decreto, lo autorizó a dirigir las relaciones exteriores de la república, cuestión fundamental que no podía esperar la elección de las autoridades constitucionales: "el general Mitre nos había manifestado —informó C. Lefèbre de Bécour— la intención de no emplear este poder sino para los negocios corrientes derivados principalmente de las atribuciones consulares". En realidad urgía entregarle a Mitre el manejo de las relaciones exteriores, pues la situación internacional se presentaba en forma poco

Urquiza, en Paraná, en 1856, los periódicos porteños no le perdonaron que no lo hubiera sido cerca del gobierno de Buenos Aires. De suerte que su nombre no gozaba de simpatía en los círculos oficiales, ni en el periodismo que anunció su traslado de Paraná a Buenos Aires con calculada frialdad. Pero Lefèbre de Bécour, por su parte, no tuvo mayor simpatía por las autoridades surgidas a raíz de Pavón. Si a esto se le añade la irritación que le produjo la negativa del general Mitre a indultar a los marineros de la cañonera *Fulminante,* se explica que llegase a estampar conceptos duros e injustos no sólo para las autoridades sino aun para el país. Juicios inexactos que él mismo desmentía en su siempre interesante correspondencia. Pero el estallido del diplomático ¿se debió, como hemos dicho, únicamente a la indignación que le produjo la negativa de Mitre? ¿O es que quiso hacer méritos ante su canciller? ¿O no podía admitir que una república joven, recién salida del caos, no se inclinara ante una exigencia del representante del emperador? Porque todo lo que no era elogio o complacencia era juzgado por él con términos siempre severos, siempre acres. Estaba al servicio de Napoleón III y, por lo tanto, fiel a su emperador, no admitía que se juzgara con independencia la intervención europea en México. Pero nada dice, en cambio, de las censuras de J. Favre. Y lo que también se destaca es que le merece más elogios lo que ocurre en otros países.

[2] Comunicación de C. Lefèbre de Bécour a Thouvenel, Paraná, 7 y 22 de abril de 1862.

tranquilizadora, como lo subrayó *El Nacional* (20 de marzo) cuando aludió a la anexión de Santo Domingo, a la cuestión mexicana y al ultimátum dirigido al gobierno oriental. El vencedor de Pavón, ostentando ahora el título de gobernador de la provincia de Buenos Aires, encargado del poder ejecutivo nacional, procedía con prudencia y acierto. Día a día consolidaba más su posición, sobre todo en Buenos Aires. El comercio interior, aniquilado por la contienda civil, recuperaba lentamente su normalidad, "el único capital que les queda —decía una petición del comercio— consiste en créditos contra el caduco gobierno de Paraná; créditos que no solamente no se prestan al desarrollo del comercio, ayudando a la recuperación de valiosos intereses sacrificados, sino que es un capital completamente inútil, pues no tiene valor efectivo, aun para garantías de deudas". Y concluía afirmando que el arreglo de la deuda flotante de la nación, "prescindiendo de la conveniencia política como el afianzamiento de la organización nacional, es para el gobierno de Buenos Aires, una cuestión de vida o muerte". En el interior la pacificación se generalizaba. En la provincia de Buenos Aires la disposición de sus habitantes parecía inclinarse hacia la desilusión y la apatía, más que a la fermentación de las pasiones políticas.

En abril se conocieron los resultados de las elecciones provinciales. La "ausencia de programas y de debates" no permitía apreciar con qué espíritu se habían efectuado tales elecciones.

El 25, luego de concurrir al tradicional *tedeum,* Mitre se dirigió al congreso, donde pronunció un discurso con el que inauguró sus sesiones.[3]

[3]H. Marragaña, *Historia del desenvolvimiento de la nación argentina relatada cronológicamente por sus gobernantes, 1810-1910,* t. III, *1852-1880,* pp. 185 y 186. El *Mensaje* de Mitre fue reproducido por periódicos de la capital y el interior, por ejemplo, *La Confraternidad,* de Jujuy, año II, núm. 70, 27 de julio de 1862, p. 2, col. 1. *La Nación Argentina,* núm. 52, del 14 de noviembre de 1862, p. 1, cols. 3 y 4, publicó un artículo titulado "Política americana favorable al mensaje". El representante del gobierno imperial francés a quien no le provocaba simpatía la efervescencia política porteña ni el tono muy republicano de su periodismo, comentando el discurso de Mitre, escribió: "El tono es moderado y conciliador, pero un poco frío y por ello ha provocado poco entusiasmo y algunos gritos de 'Viva el general Mitre', a los que siguieron otros de 'Viva la Patria' que me han parecido más numerosos". Luego agregó: "Vd. no advertirá en el discurso [...] ningún pasaje verdaderamente significativo y si se quisiera absolutamente descubrir una idea política, ésta consistiría en la resolución de mantener la ac-

Sin embargo, los observadores extranjeros aun dudaban que la Argentina se encaminase resueltamente por el sendero de la paz interna y del progreso.

Pero si la provincia de Buenos Aires caía de las manos de Mitre y quedaba en poder de Alsina, todo volvía a fojas cero, pues éste sólo admitía la integridad nacional si se le daba autorización para reorganizar a la república.

La situación política se hizo más tensa en septiembre. La legislatura provincial había rechazado la solución propuesta para la capital, con lo cual quedaba inseguro el porvenir nacional y por supuesto la organización de la república. Parecía que aun la elección de presidente quedaba postergada para el año próximo. El "abatimiento y la inquietud" eran generales, al mismo tiempo que el congreso quedaba desairado en vísperas del cierre de sus sesiones. A todo lo cual se añadió la renuncia del doctor Costa a la cartera del Interior y Relaciones Exteriores y del doctor de la Riestra a la de Hacienda. La crisis era una faceta más del antagonismo político. Los partidos suspendieron sus ataques a la espera de la decisión presidencial. Mitre, "con la calma y reserva que le es genial, hizo al fin oír su voz autorizada", y aprobó la conducta de su ministro de Gobierno, defensor del partido de la federalización; empero habían circulado rumores según los cuales el vencedor de Pavón renunciaría al cargo de presidente de la república en el caso que se llevase la capital

---

tual constitución contra las veleidades de una diferente organización en un sentido unitario y centralista que ya se han manifestado. Es lo que me parece desprenderse de varias expresiones necesariamente calculadas y del carácter 'legislativo' asignado cuidadosamente al Congreso, en oposición al de Constituyente". En una nota del 12 de junio refiriéndose a la cuestión capital, vuelve a criticar al *Mensaje:* "Vd. verá en que términos obscuros, con qué timidez y con qué complicación de otros intereses, disimulando mal segundas intenciones anti-nacionalistas, el Presidente provisorio ha invitado al Congreso a ocuparse [de la cuestión] en lugar de dejar tomar la iniciativa al Senado, como por lo general se esperaba". Y sin embargo, las comunicaciones de Lefèbre de Bécour abundan en informaciones muy bien filtradas sobre los problemas internos a los cuales hacía frente con serenidad, ponderada cautela e inteligencia el vencedor de Pavón. Éste no solamente debía cuidar en el frente interno la posición y maniobras de los federales, vencidos pero no aniquilados, sino también a su propio partido, donde la actividad desplegada por el alsinismo concluiría dividiendo al liberalismo y con ello retardando e impidiendo su vasto plan de reformas. Cf. también Luis de Elizalde, "La política internacional de la presidencia de Mitre", en *La Nación,* domingo 7 de octubre de 1962, cuarta sección, p. 3; Carlos R. Melo, "Desde Pavón hasta el 12 de octubre de 1862", en *ibid.,* p. 1.

fuera de Buenos Aires. Y esto introdujo el desaliento en el grupo que se creyó vencedor. Fue entonces cuando se reunieron los jefes de las distintas facciones y acordaron las bases de un arreglo sobre el proyecto de federalización del municipio de Buenos Aires. Aparentemente la crisis se había conjurado. En síntesis, existía la impresión de que el partido estaba dividido y que Mitre había perdido algo de su prestigio. Comenzaba a surgir, como consecuencia de todo ello, la idea del separatismo. Mitre, frente a ese cúmulo de dificultades, contemporizaba evitando pronunciarse en forma clara, actitud que era criticada por los que desconocían o querían desconocer las dificultades que debía superar diariamente. Buscaba con ahínco la unión y la pacificación. Definirse abiertamente habría equivalido a resucitar el pavoroso fantasma de las luchas encarnizadas y aun de la guerra civil con la secesión. Supo explotar hábilmente la lasitud de los espíritus y el sentimiento de humillación de quienes se sentían decepcionados por el voto de la legislatura. Pero debió avanzar con suma cautela y mucho tacto, tanto más que él debía dejar el cargo de gobernador de la provincia y naturalmente era una vacante que podía acarrear en tal caso, en el futuro, nuevas complicaciones. Resuelta la cuestión capital invitó al Congreso a postergar su clausura y efectuar el escrutinio de la elección presidencial. Electo el 5 de octubre, prestó juramento el 12. Esta solemne ceremonia fue realzada con el discurso de V. Alsina, que trazó en tono grave una pintura bastante sombría de la situación del país. Mitre, en cambio, destacó los motivos que permitían concebir esperanzas y los elementos apropiados para obtener éxito en su difícil gestión. No dejó de insertar palabras apropiadas en pro de la conciliación que, a juicio de alguna delegación extranjera, debieron ser más acentuadas. Pero hay que convenir que fue Mitre quien se refirió más concretamente al tema pues éste —en el discurso de Alsina— aparece escasamente. Al término de la ceremonia, Lefèbre de Bécour, decano del cuerpo diplomático, pronunció un breve discurso de felicitación. "El general Mitre pareció satisfecho y contestó en términos muy apropiados, diciendo que uno de los elementos de su poder sería la simpatía de todas las naciones civilizadas, que él se esforzaría en merecer y sobre la cual contaba." Mucho más ilustrativa es la información del cónsul

general de Francia, quien, con fecha 25 de octubre, relata al ministro Thouvenel la visita que el cuerpo consular hizo al nuevo presidente de la nación. Fue entonces cuando el general, en respuesta al discurso pronunciado por el decano del cuerpo, señor Pereira Pinto, tomó la palabra improvisando una breve disertación que dirigió al señor cónsul del Brasil, con excepción de un párrafo —el relativo a la importancia de la inmigración y de la inversión de capitales— que fue pronunciado mirando deliberadamente al cónsul de Francia. He aquí la opinión del cónsul sobre Mitre:

> El general Mitre, a pesar de la frialdad que no lo abandona nunca, no pudo disimular su emoción, y su voz, cuando nos contestó, revelaba que la alocución del Cuerpo Consular le había llegado al corazón.

Horas antes de la jura y asunción del mando había experimentado, sin ninguna duda, serias preocupaciones por la actitud de la legislatura provincial. Había renunciado al cargo de gobernador y la cámara debía pronunciarse sobre su sucesor. Deseaba, conforme al precedente de 1859 y de acuerdo con el verdadero espíritu de la constitución provincial, que el presidente del senado —electo por los votos del mitrismo poco antes— fuese reconocido como gobernador provisorio para los pocos meses que aún faltaban para terminar el periodo. Pero se decidió efectuar una elección y sólo trabajosamente la minoría obtuvo que aquélla no se hiciera sino el día 14. Todo lo cual hacía pensar que un sentimiento de incertidumbre y debilidad iba a reinar en adelante. Ese sentimiento, según Lefèbre de Bécour, surgió en una conversación "entre uno de los miembros más activos y más inteligentes del congreso y del partido del general Mitre, el joven señor Rufino Elizalde y el señor del Carril. Yo destaqué la exigüidad y lo poco apropiado del local del congreso, donde —por ejemplo— la tribuna parlamentaria es ridículamente insuficiente y del más difícil acceso. Nosotros tenemos —dijo entonces el señor Elizalde— un plano o un emplazamiento magnífico para el palacio del congreso, una residencia para el jefe del Estado y para varios ministerios nacionales; pero el provisoriato que ha triunfado nos ata las manos, aunque según mi opinión —agregó— se debería

comenzar audazmente". "Pero esta audacia no es posible si no existe un perfecto acuerdo entre el presidente y el gobierno de Buenos Aires."[4]

El congreso cerró sus sesiones después de reconocer —tras una discusión borrascosa— como deuda nacional el empréstito "ficticio" de octubre de 1860 por el cual el gobierno de la confederación había consolidado y convertido en renta amortizable el crédito de Buschenthal.

El año 1863 señaló un cambio de frente por parte del ministro de Finanzas que, luego de haber pintado un cuadro sombrío, declaró que la situación era satisfactoria y designó una comisión para examinar los títulos de la deuda dejada por la confederación. Se daba así un paso importante en el arreglo del problema financiero. Pero el interior continuaba siendo fuente de preocupaciones para las autoridades. Aparecieron, en efecto, nuevos síntomas de malestar en Santa Fe y en Entre Ríos, en parte producidos por la miseria reinante. Por fortuna los numerosos elementos de oposición carecían de centro, de bandera y, lo que era más importante, de jefe que los acaudillara. En Buenos Aires mismo creció la agitación popular con motivo de

[4] Comunicación de C. Lefèbre de Bécour al ministro de Relaciones Exteriores, Paraná, 22 de marzo de 1862; carta dirigida por el mismo a V. Roque, Paraná, 14 de marzo de 1862. En relación con Juan B. Alberdi recordaremos que el 14 de febrero de dicho año presentó al ministro francés de Relaciones Exteriores un *Memorándum relativo a los medios de influencia que la actual crisis de la República Argentina ofrece al gobierno de S. M. el emperador de los franceses para el restablecimiento y conservación de la paz en dicho país.* El citado *Memorándum* fue remitido a Lefèbre de Bécour, el cual con fecha 29 de abril contestó emitiendo una extensa opinión. Las ideas expuestas por el talentoso tucumano no le parecían susceptibles de aplicación práctica. En "teoría y desde el punto de vista histórico, el memorándum de Alberdi no es del todo falso; pero creo que es aún más exacto decir que no es ni verdadero ni justo". Luego se refirió concretamente al aspecto económico como causa de la guerra civil, y a este respecto su interpretación es terminante. Dice así: "No son motivos económicos los que desencadenaron la última guerra civil. Las pasiones políticas lo hicieron todo; la revolución de San Juan, la intervención nacional en esta provincia, el rechazo de los diputados de Buenos Aires al congreso, las intrigas del partido unitario en Córdoba, la revolución que el presidente [Derqui] quiso realizar contra dicho partido en esa provincia, todos estos acontecimientos no son más que episodios de la eterna lucha librada entre sí por los partidos, sin que se pueda ver la menor influencia de un malestar económico". Encontraba, finalmente, que las ideas de Alberdi, en sí mismas, eran "razonables y justas". Pero —agregaba— "no es una razón para que las potencias, sin agravios actuales importantes, intenten intervenir en asuntos delicados, con el único propósito de garantizar a sus nativos y su comercio de eventuales obstáculos".

las próximas elecciones. A todo lo cual se sumó el alza del oro y la consiguiente depreciación del papel moneda, sin contar que la crisis aún no había desaparecido.

Luego las elecciones bonaerenses del 29 de marzo dejaron una secuela de resentimientos y de indignación, y El Chacho entró en escena en la lejana provincia de La Rioja, produciendo nuevos levantamientos. En tales circunstancias tuvo lugar la inesperada y sigilosa partida del general Venancio Flores que cruzó el río de la Plata para iniciar el alzamiento de los "colorados" en la vecina república oriental. Se sospechó entonces, injustamente, de Mitre, a quien se quiso responsabilizar de la clandestina partida del jefe uruguayo. Pero ya está suficientemente aclarado que el presidente nada tuvo que ver con tal empresa y se sabe, en cambio, que en el Ministerio existían altos funcionarios que, secretamente, auspiciaban los planes del general Flores. Gelly y Obes, por ejemplo. A este nombre podemos agregar otro, el de Mariano Varela, hermano de Héctor y que además de ser jefe de redacción de *La Tribuna* desempeñaba a la sazón las funciones de subsecretario en el Ministerio del Interior. Aprovechando la circunstancia de estar a cargo interinamente del ministerio por hallarse ausente el titular de la cartera, habría favorecido el embarque de Flores. Así lo señalan los informes recogidos por Lefèbre de Bécour.[5]

Mitre, luego de inaugurar en Rosario los trabajos para la construcción del ferrocarril que uniría dicha ciudad con la de Córdoba, regresó para leer su mensaje en la sesión del nuevo congreso (5 de mayo).

En cuanto a las potencias europeas (Inglaterra y Francia) acreditadas cerca del gobierno de la confederación, éstas tenían pendientes con las autoridades argentinas varias cuestiones, ninguna de las cuales era grave pero que podían dar lugar a enojosas discusiones.

Una de ellas consistía en la cuestión de la nacionalidad de los hijos de extranjeros nacidos en territorio argentino. El problema había sido discutido recientemente a raíz del tratado celebrado por Juan Bautista Alberdi con el gobierno de España. Lefèbre de Bé-

[5] Comunicación de C. Lefèbre de Bécour al ministro de Relaciones Exteriores, Buenos Aires, 26 de septiembre de 1862.

cour[6] trató el tema en una carta dirigida a V. Roque, en Córdoba, a quien aprobó el consejo que había dado a los franceses de no empuñar las armas sino como último recurso y para defender sus personas, familias y propiedades, sin pronunciarse para nada en relación con los bandos políticos que se disputaban el poder en la provincia. En cuanto al servicio de la guardia nacional que se les quería exigir a algunos hijos de franceses nacidos en la confederación, recordaba que tal servicio degeneraría bien pronto, como lo probaban —dijo— los abundantes antecedentes recogidos en toda la América hispánica, en servicio de tropas regulares. En consecuencia, sugirió a los que se encontrasen intimados de prestar dicho servicio que luego de declarar oficialmente a las autoridades locales que optaban por la nacionalidad del padre, se dirigiesen por escrito a él en el mismo sentido.

Los ingleses habían comenzado su penetración comercial en el interior por medio de sucursales de las casas instaladas en Buenos Aires. Es decir que iban a los mismos centros importantes en busca de mayor número de consumidores. Estaban respaldados por la calidad de sus productos y por la abundancia de capitales.

Los franceses no contaban con tal abundancia de capitales, pero, en cambio, poseían diseminados en distintas provincias un número mayor de compatriotas. Eran, en efecto, más numerosos que los ingleses, y se habían mezclado con los pobladores de las zonas elegidas para radicarse. (La proporción de ingleses y franceses era de 5 a 100). Tenían, por lo tanto, más influencia y podían convertirse en excelentes propagandistas de los artículos exportados por su país de origen.

Sin embargo, la ventaja era inglesa, pues eran más emprendedores. Con todo había que reconocer que, en el momento en que Mitre asumió el mando, la miseria reinaba en el interior y, en particular, en las provincias de Santa Fe, Córdoba, Tucumán, San Luis y Mendoza. En consecuencia, la penetración comercial anglo-francesa, no era, por el momento, nada fácil.[7]

[6] Comunicación de C. Lefèbre de Bécour al ministro de Relaciones Exteriores, Buenos Aires, 14 de mayo de 1863.

[7] Comunicación de C. Lefèbre de Bécour fechada en Paraná el 7 de abril de 1862, en Archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores, París, Correspondencia comercial, Buenos Aires, 1862-1864, t. VI.

Por otra parte estaban pendientes las indemnizaciones por perjuicios sufridos por súbditos ingleses y franceses, principalmente, a raíz de las últimas guerras civiles y sobre todo por la campaña de 1859, pues en cuanto a la campaña de Pavón Mitre había disciplinado fuertemente a sus tropas y éstas no cometieron ningún atropello. El ganado exigido por el ejército o se había pagado o lo iba a ser a corto plazo. El saqueo y el pillaje estuvieron a cargo de las derrotadas tropas de la confederación que, al retirarse del campo de batalla, en dispersión, se transformaron, en algunos casos, en verdaderos bandoleros. Thornton, en este como en otros aspectos, trató de ganarle terreno a su colega.[8] Los súbditos franceses tenían derecho al pago de una indemnización valuada en tres millones de pesos. Los ingleses a un millón seiscientos cincuenta mil pesos.

Ahora bien, los cupones de indemnización entregados a los perjudicados, en virtud de las convenciones del 21 de agosto de 1858 y 18 de agosto de 1859, habían sido recibidos, como se lo prometieron a Mitre, en pago de derechos aduaneros en las aduanas de la confederación (Rosario), pero no había ocurrido lo mismo en la aduana de la provincia de Buenos Aires. Y como no existía aún un tesoro nacional, tales cupones no podían ser presentados en ninguna caja. En consecuencia, una de las primeras gestiones de Lefèbre y de Thornton tenía por finalidad obtener que los cupones vencidos el 30 de junio y el 31 de diciembre de 1861, y no pagados mediante su aceptación como derechos aduaneros, fuesen abonados por el tesoro nacional. Mitre se negó aduciendo que la aduana de Buenos Aires aún no estaba nacionalizada y que tampoco existía el tesoro nacional (junio de 1862). A lo cual se sumó finalmente el episodio del que fueron protagonistas cuatro marineros de la cañonera *Fulminante*, acusados de haber agredido a un teniente-alcalde en San Fernando y que fueron condenados a purgar su actitud con seis meses de cárcel y a realizar determinados trabajos, entre otros el de barrer, los domingos por la mañana, la plaza de Buenos Aires.

[8] Comunicación de C. Lefèbre de Bécour al ministro de Relaciones Exteriores, Buenos Aires, 27 de mayo de 1862.

La cuestión mexicana

En febrero de 1862 los principales órganos periodísticos de Buenos Aires comenzaron a transcribir a sus lectores abundantes noticias acerca de la intervención europea en México. Así, por ejemplo, se reprodujo la alocución dirigida a los mexicanos por los representantes de las potencias intervencionistas.

El Nacional, con fecha 18 de marzo de 1862, insertó en sus páginas un artículo intitulado "Grave cuestión americana", en el cual se hacía eco de un folleto aparecido en Bruselas *(Méjico y la alianza hispano-anglo-francesa).* Con tal motivo vaticinaba que, siguiendo la línea de conducta aplicada en México, iría la nueva Santa Alianza repartiendo tronos para los despojados en Europa y así, de México "se vendrá a Centro América, a Venezuela, a Nueva Granada, al Perú, a Chile y la Plata". Luego se añadía:

> Últimamente dimos el alerta a los Estados Vecinos, con lo que, al mismo tiempo que en Méjico, se está obrando en la embocadura del Plata por la Inglaterra y la Francia exigiendo el pago al Estado Oriental de 4 millones de pesos y sus intereses [...] Ya es tiempo que la prensa americana de uno a otro estremo del Continente de Colón alze su voz con altura y enerjía contra la política de violencia, de anexión y de conquista [las Republicas Americanas] deben, sin pérdida de momento prepararse a la defensa común por medio de una Convención al efecto.

En marzo también se dio a conocer el resumen de la sesión celebrada en París por la legislatura francesa, en la cual se trató la cuestión mexicana. Poco después se insertaba en el mismo periódico *(El Nacional)* la opinión vertida por el *New York Herald* sobre la alianza de Inglaterra con España y Francia.

En abril de 1862 se reproducía la proclama del presidente Benito Juárez dirigida a los mexicanos (18 de diciembre de 1861)[9] con

[9] *El Imparcial,* Córdoba, 28 época, núm. 1522, 2 de abril de 1862, p. 2, col. 3 a 4. Redactado por Luis Cáceres, Carlos Bouquet, Agustín E. Aguirre, Salustiano J. Zavalía y Enrique López. Los editores eran Justo Pastor Martínez, Julián Urquiza, Ramón Patiño, Pastor J. Gigena, Manuel Cabral, Rosa Llana y Armengol Tercera.

motivo de la ocupación de Veracruz por tropas españolas. En esa oportunidad, el periodismo expresó el sentimiento popular cuando aseveró:

> Como la preocupación más natural de todo buen americano en estos momentos, es la cuestión de Méjico, creemos que será leída con interés [...] Quiera Dios que los odios y divisiones internas que por tanto tiempo han despedazado a aquel país, cesen hoy ante el amago de la fuerza estranjera, cuya aparición en aquella República ha dejado, según todos los antecedentes, el carácter de un medio empleado para obtener la satisfacción de reclamos pendientes, para convertirse en un elemento de conquista y opresión estraña.
>
> Si por desgracia, esto no acontece, y si las divisiones que hasta hoy han despedazado el seno de aquella infeliz República no cesan ante el amago de jente estranjera, es de temerse que para toda la América comience una nueva era de lucha exterior.

El 6 de abril el pueblo argentino pudo leer el artículo de *El Chalaco,* de El Callao, dando cuenta de la circulación de un impreso titulado *La república peligra,* referente a la invasión de México.[10] A ello le siguió un extenso artículo "México y la alianza hispano-anglo-francesa",[11] en el que se pasó revista al espinoso y oscuro problema pero dejando sentado, desde el comienzo de la colaboración, que todo hacía presentir que el objetivo de la alianza no sería otro "que la creación por la fuerza de una monarquía en Méjico en beneficio de un descendiente de una familia soberana de Europa". El desconocido autor confesó entonces que hasta ese instante se habían negado "a dar fe a estos rumores" pero que ya no era posible silenciarlos pues parecían "tomar cierto carácter de realidad"; puntualizó también que las intenciones atribuidas a los tres gobiernos constituían "un atentado a los derechos de toda nación independiente, atentado que establecería un funesto precedente de alta gravedad para todos los Estados pequeños y particularmente para los de

[10] *El Imparcial,* Córdoba, 6 de abril de 1862, 2ª época, núm. 1526, p. 3, cols. 3 y 4.
[11] *El Imparcial,* Córdoba, 18 de abril de 1862, p. 1, cols. 3 a 6.

América" y que si no existiera en el pensamiento de los gobernantes aliados "El atentado que se presume van á cometer contra la soberanía del pueblo mejicano, ellos se habrían apresurado a rechazar con indignación la probabilidad de un proyecto semejante". Luego declaraba:

> Las potencias aliadas a nuestro juicio no tienen que ver si Méjico estaría más tranquilo y sería más feliz bajo un gobierno monárquico y si el comercio y la emigración europea ganaría con ello; el pueblo mejicano solo, es quien tiene derecho de examinar estas cuestiones y su examen y decisión deben ser libres de toda presión extranjera. Si Méjico, usando de su libre albedrío, creyese deber aceptar la forma monárquica, lo veríamos con placer elegir, para fundar la monarquía, un príncipe belga o aliado de la familia real de Bélgica; encontraríamos en ello garantías positivas para la libertad y prosperidad de ese país y grandes ventajas para la Bélgica, pero la imposición por la fuerza de este príncipe al pueblo mejicano, o su elección bajo la presión de las armas estranjeras sería para la Bélgica y para la dinastía belga una falta que deploraríamos sinceramente.
>
> La Bélgica ha adquirido en el estranjero, en las Repúblicas hispano-americanas sobre todo, una alta consideración y simpatías muy marcadas, de lo que le sería fácil sacar gran partido para su comercio y su industria ¿se puede creer razonablemente que el Rey Leopoldo tan hábil y previsor quiera comprometer los resultados adquiridos por treinta años de sabia política y hacer odioso a las naciones hispano-americanas el nombre belga que hoy estiman y honran?

El Imparcial, de Córdoba, continúa luego su examen y asegura que a su juicio los mexicanos tienen

> bastante patriotismo para deponer sus resentimientos personales en presencia del peligro que los amenaza, y que unidos para la defensa común darán una severa lección a los que pretenden, con menosprecio del derecho de las naciones, que bastan diez o doce mil hombres para disponer de la suerte de un pueblo que cuenta más de siete millones de habitantes como si se tratase de dar un amo a un puñado de esclavos.

> Y será así, porque el pueblo mejicano no puede haber perdido el sentimiento de la dignidad y del honor. La ambición y las imprudencias de los partidos han podido dividirlo; pero hoy que está amenazado en su soberanía e independencia, todos sin distinción de partidos concurrirán a la defensa de la patria y probarán rechazando la invasión extrangera que son dignos de ser libres.

Con tal motivo se recordó la costosa intervención anglo-francesa en el río de la Plata donde "a pesar de la pureza de sus intenciones, a pesar del apoyo y alianza del partido opuesto a Rosas, no supieron nunca obtener una sola ventaja" y tuvieron que resignarse a reconocer que había sido vencida y humillada. Esto daba la pauta de los extremos a que conducen las intervenciones. Y con ese antecedente *El Imparcial* no dudaba que el pueblo mexicano rechazaría enérgicamente al extranjero. "Que la Europa tenga cuidado y que los gobiernos reflexionen sobre las consecuencias que pueden tener para ellos mismos estos actos de violencia y de arbitrariedad", era su última recomendación.

El mismo periódico algunos días más tarde volvió a tratar el tema, lo cual viene a demostrar indirectamente el interés con que el público recibía las noticias de México. Comentando largamente la situación planteada y luego de confesar que "una mano fatal nos ciega para conducirnos por estraviados senderos", señaló la obra de Benito Juárez: "Méjico —dijo— trabajado por una prolongada descomposición física y moral, en el momento mismo en que parecía querer emerjer de su pasado de borrascas, merced a los triunfos de un caudillo afortunado y liberal, Juárez", se encontró frente a la intervención extranjera. La lucha era "inmensamente desigual", razón por la cual, si era cierto que la vanguardia de la invasión había sido derrotada por los mexicanos, el gobierno debía aprovechar esa feliz circunstancia para abrir negociaciones con las potencias europeas. Eso sería lo prudente y lo aconsejable. Entre tanto México entero incubaba un inmenso odio contra todos los extranjeros; los asesinatos se multiplicaban. Los españoles eran los que concentraban la mayor parte del odio. Y sin embargo, el contingente enviado por Napoleón III era el mayor, circunstancia tanto más digna de tenerse

en cuenta si se considera que la suma adeudada al gobierno imperial era la menor. Esto indicaba en esa potencia miras especiales.

Naturalmente, el tono de los artículos molestaba a Lefèbre de Bécour, como lo revela el siguiente párrafo: "hablan con mucho humor de la expedición a México, del restablecimiento de la soberanía de España en Santo Domingo, del ultimátum presentado a Montevideo por Francia e Inglaterra, y propagan rumores al menos prematuros de otros armamentos de España y aun del reino de Italia, destinados al Plata".

En mayo *El Nacional,*[12] con el título de la "Monarquía en Méjico", insertó un extenso artículo en el cual dejaba sentado que

> Cuando la prensa de París y Londres comenzaba a arrojar el ridículo sobre el príncipe austríaco elegido por la nueva monarquía de Méjico, el cual estaba encerrado ya con un maestro del idioma castellano, parece que el Emperador francés toma a serio el proyecto.

Y, a continuación, destacó la actividad desplegada por el señor Chevalier, "antiguo compañero de Tocqueville", que luego de asesorar acertadamente a Napoleón III sobre el tratado de comercio con Inglaterra había publicado una "larga memoria que tenemos a la vista, probando que en Méjico todos han deseado siempre, y desean hasta ahora un rey que los gobierne". Para *El Nacional* la actitud del sabio economista y antiguo admirador de las instituciones de Estados Unidos de América del Norte era una prueba de que había olvidado sus anteriores escritos. Pero si para Chevalier lo arriba afirmado era una verdad incontrovertible, en cambio no lo era para *El Nacional,* que no perdió la oportunidad de señalar que el autor en cuestión había extractado incorrectamente obras de Alamán, trayendo a colación sólo aquellos hechos que confirmaban sus puntos de vista "como si

[12] Era un periódico comercial, político y literario, del cual fueron redactores Dalmacio Vélez Sarsfield, Miguel Cané, Carlos Tejedor, Bartolomé Mitre, José María Gutiérrez, Domingo Faustino Sarmiento, Benito Hortelano, Nicolás Avellaneda, Juan Carlos Gómez y Dardo Rocha. Fueron sus editores los señores Cayetano Casanova, Rosendo Labardén y R. Lozano. Continuó apareciendo hasta el 30 de octubre de 1886. En 1862 el director y editor era Pedro P. Creuhet.

para probar que en Buenos Aires deseábamos también un monarca se nos arguyera que en los primeros años de la revolución llevábamos la bandera española, o que en el Congreso de Tucumán se había tratado de poner la corona de América en alguna coya de Bolivia". Luego, el articulista, disparando su último dardo, añadió:

> Pero le es preciso al Sr. Chevalier llegar a la monarquía de Iturbide en Méjico, y tiene que confesar que cuando quiso recuperar el Trono que había perdido, no encontró un hombre que lo ayudara en su loca empresa: fue fácilmente tomado y fusilado en el acto. Él atribuye la suerte triste del primer monarca Mejicano a haber sido antes uno de los más crueles generales al servicio de la España, que por largos años se había cubierto de sangre de sus paisanos. Pero dice que su hijo, nacido en 1823, el príncipe Félix Iturbide goza actualmente de la más grande opinión en aquella república, y lo propone así indirectamente para el trono que trata de establecer, forma que ha usado siempre Napoleón cuando quiere tentar la opinión. El *príncipe Félix* es un pobrísimo hombre que nadie conoce en Méjico, y se habrá asombrado más que todo al verse tratar de *príncipe* por el íntimo confidente del soberano que ha llevado a aquel país un ejército y una poderosa escuadra. Parece pues que se ha hecho nueva elección de soberano para Méjico, y que hoy el candidato por el gobierno francés es el príncipe *Félix Iturbide* ¡Risum teneatis! [13]

Entre tanto el periodismo argentino insertaba en sus hojas una copiosa información, en su mayor parte de procedencia europea, sobre los apasionantes sucesos mexicanos: los preliminares de La Soledad, la nota circular de William Seward, la marcha del cuerpo expedicionario francés, la partida del general Prim y el envío de refuerzos europeos. Todo, en una palabra, está debidamente registrado en sus páginas.

El 7 de junio, procedente de Veracruz (datado el 18 de marzo) se insertó un lacónico despacho que hacía saber se estaban adop-

[13] *El Nacional,* Buenos Aires, núm. 2972, 22 de mayo de 1862, p. 2, cols. 3 y 4. En *El Imparcial,* Córdoba, núm. 1548, del 8 de mayo de 1862, p. 1, col. 6, se publicó una extensa biografía del general de Lorencez.

tando medidas para la marcha del general Lorencez hacia el interior de México. Luego, el 12, transcribiendo noticias aparecidas en el *Diario de la Marina,* de La Habana (6 de abril), se difundió la nueva según la cual parecía que españoles e ingleses se retirarían de México, en tanto que las tropas de Napoleón III proseguirían su avance sobre la capital. Un día más tarde, el 13 de junio, las noticias eran contradictorias aunque, en definitiva, parecía que españoles y franceses habrían decidido marchar sobre Puebla, elegida como punto de concentración. El 15 se daba cuenta de un artículo de Chevalier aparecido en la conocida, prestigiosa y difundida *Revue des Deux Mondes.* Luego, el 8 de mayo se informaba sobre la concentración de tropas imperiales y el 23 ya era pública la evacuación de México por las tropas inglesas y españolas. Lo cierto es que, a medida que el proceso intervencionista se agudizaba, la tarea era cada vez más ardua. La *cuestión de México* constituía el gran problema del día. Pero resultaba increíble el silencio oficial guardado por las tres potencias intervencionistas y no deja de llamar la atención la alarma que cundía en la opinión pública de Inglaterra y Francia al conocerse la posibilidad de establecer una monarquía en el territorio mexicano. En "el fondo nada creemos que haya a este respecto en la opinión de los gabinetes de los aliados", decía *El Nacional* del 2 de julio y "que se hallan perfectamente resueltos a observar los compromisos contraídos en dicho convenio". Empero, el observador que desde *El Nacional* examinaba el panorama americano no dejaba de señalar que algunos mexicanos intentaban "para sus fines particulares" proclamar la monarquía, para lo cual no sería nada extraño que en algunos estados de la citada república, fuese por la "inmensa influencia del clero, o bien por algunos jefes deseosos de realizar aspiraciones personales o encubrir dilapidaciones", se enarbolara el pabellón de la monarquía. El mismo periódico puntualizó, sin embargo, que la "inmensa mayoría" rechazaba la idea monárquica y continuaba adicta a los principios del sistema republicano. En consecuencia, resultaba claro que los monárquicos, sin la cooperación de las armas de los aliados, no conseguirían triunfar. Pero la liberal Inglaterra y la combativa democracia francesa ¿permitirían derramar la sangre de sus hijos y los caudales de sus arcas

para aherrojar a un pueblo amigo y libre? *El Nacional* fue más lejos y recordó que si Luis Felipe, después de quince años de sangrienta lucha, había dominado Argelia, para dominar América la lucha sería interminable, no "solo por la distancia sino por lo arraigado que se halla el sistema republicano que han proclamado y que sostendrán hasta el último de sus hijos, haciendo la guerra de recursos". Comprendía y aceptaba que los aliados exigiesen por la fuerza a México la reparación de los agravios producidos por la anarquía y que la diplomacia había reclamado en vano. Pero de allí a "una ocupación permanente o conquista del territorio, o establecimiento forzoso del sistema monárquico" existía una enorme distancia, la misma que "media entre la arbitrariedad y la justicia, entre el derecho internacional y el derecho de la fuerza".

Luego de este análisis el comentarista concluía diciendo que no era de creer que existiese cláusula alguna en contra de las declaraciones oficiales hechas por los gobiernos aliados.[14]

Entre tanto *El Nacional* transcribía informaciones procedentes de *La Patrie, Le Pays, Le Moniteur, Times, Evening Star* y *La Presse.* Poco después se publicó una copia del *Proyecto de tratado acordado en Washington por los plenipotenciarios de varias repúblicas americanas,* enviada por Manuel R. García al general Mitre.[15] La nueva oportunidad no fue desperdiciada. Se recordaron, en efecto, los antecedentes o tentativas para unir o confederar al continente. A este respecto se dijo:

> Quédanles, por otra parte, la gloria al Perú y Chile cuyos gobiernos no han cesado de concitar a los demás a formar una liga entre las repúblicas hispano-americanas que asegurase su forma de gobierno, que garantice sus nacionalidades y diese origen al establecimiento de un derecho internacional americano.

[14] *El Nacional,* Buenos Aires, núm. 3003, 2 de julio de 1862, p. 1, col. 6; p. 2, cols. 1 y 2; núm. 3004, 3 de julio de 1862, p. 1, cols. 5 a 7, p. 2, cols. 1 a 3; núm. 30005, p. 2, cols. 1 a 3; núm. 3006, 5 de julio de 1862, p. 1, col. 6 y 7, p. 2, col. 1 y 2.

[15] *El Nacional,* Buenos Aires, núm. 3008, 9 de julio de 1862, p. 1, col. 6; núm. 3009, 10 de julio de 1862, p. 2, cols. 1 y 2.

El temor había continuado existiendo cuando de pronto la

> nueva *Santa Alianza* formada para llevar la guerra a México amenazando arrebatarle su independencia y cambiar en monárquica su forma de gobierno, ha despertado al fin de su letargo a las secciones americanas. Antes de eso, la anexión de Santo Domingo a la España, promovida por sus agentes que, a la vez, tiene repartidos en todas las demás Repúblicas con el objeto de hacer la propaganda de las ideas monárquicas, había puesto en alarma a los gobiernos americanos y con especialidad a los del Perú y Chile, que renovaron sus instancias para una liga americana.

Según *El Nacional,* la desgraciada circunstancia de verse víctima de una guerra civil impidió al "Coloso del Norte", a Estados Unidos, "contener la invasión a Méjico". Pero fue allí, "en esta tierra clásica de la libertad y la democracia, donde estos sentimientos del republicanismo puro están encarnados en todos los corazones", donde varios plenipotenciarios de América, sintieron la necesidad de defender las nacionalidades del Nuevo Mundo contra los avances del Viejo Continente. Y allí estaba probándolo el *Proyecto del tratado continental.* Es necesario declarar que, a juicio del periódico citado, había que apresurarse a adoptarlo. Con él "no reconocerán los Estados de América, ninguna separación, ninguna división o fraccionamiento que se hagan en cualquiera de ellos sobre el territorio que al tiempo de ratificar el tratado, comprendiesen".[16]

Entre tanto, en la lejana provincia de San Juan, gobernada a la sazón por Domingo Faustino Sarmiento, el ilustre sanjuanino, en el mensaje que dirigió a la cámara legislativa (22 de junio), no dejó de intercalar un extenso párrafo sobre el comentado e inquietante intervencionismo europeo. Para él la reconquista de Santo Domingo y la invasión de México no se presentaban como "hechos aislados, sino como el comienzo de una reconstrucción política de la América española". Por eso, al terminar la consideración del tema, juzgó necesario expresar:

[16] "D. H., Tratado continental", en El Nacional, núm. 3009, 10 de julio de 1862, p. 2, cols. 1 y 2.

> ¿Arriesgaríamos nosotros, por transitorias ventajas al reorganizarnos, dividiéndonos de nuevo, dejar en problema (soluble solo por la segregación ó por nuevas batallas) el porvenir de la República? La primera de éstas hipótesis entregaría la bandera izada en mayo al primer buque extranjero que mandara arrearla: la segunda nos sumiría en la descomposición social, por agotamiento de fuerza. [17]

De pronto, en julio, se difundió en Buenos Aires la primera noticia del revés experimentado por el general Lorencez en el cerro de Guadalupe, o mejor dicho, en Puebla. En efecto, *El Nacional,* con el título de "Importante de Méjico", transcribió informaciones suministradas por la prensa norteamericana sobre el reñido encuentro.[18]

Pero la cuestión mexicana interesó a casi toda la prensa importante. Es el caso de *La Tribuna,*[19] diario caracterizado por su visible animadversión hacia el imperio francés. La importancia del tema

[17] "Mensaje del gobierno de la provincia", San Juan, 22 de junio, en *El Nacional,* núm. 3010, 11 de julio de 1862, p. 1, col. 3.

[18] *El Nacional,* Buenos Aires, núm. 3037, 19 de julio de 1862, p. 2. col. 4; núm. 3027, 31 de julio de 1862, p. 2, col. 5.

[19] Periódico político, literario y polemista, redactado por Juan Carlos Muñiz, Héctor F. Varela, Mariano Varela, Saturnino Córdoba y E. Rodríguez Lubary. Continuó apareciendo hasta el 27 de septiembre de 1880. Héctor F. Varela, principal redactor y propietario del diario, combatía disimuladamente las ideas y los proyectos del general B. Mitre, aunque por otro lado no dejaba de considerarlo y lisonjearlo. En septiembre de 1862 fue designado para desempeñar el cargo de cónsul general en Francia. El nombramiento, que provocó alguna sorpresa pues desde hacía varios años *La Tribuna* se caracterizaba por su decidida y visible oposición al gobierno de Napoleón III, no dejó de ser comentado, como lo prueba el párrafo que le dedicó C. Lefèbre de Bécour en su comunicación del 13 de septiembre, en la cual dice: "Es un nombramiento singular, en el cual algunas personas sólo han visto el propósito de alejarlo. Pero el diario que ha hecho su fuerza y la de sus hermanos corifeos, como así también de la demagogia bonaerense, ese diario queda y no ha cambiado de lenguaje. El señor Héctor Varela lo convirtió desde hace diez años en el ardiente propagandista de correspondencias siempre groseras y violentamente hostiles al gobierno y a la persona del emperador, y el eco amplificado de todas las calumnias del radicalismo europeo. Vuestra excelencia juzgará si conviene hacerle sentir en París que no se lo desconoce. No vacilo en decirle que es un hombre que hay que vigilar". El gobierno imperial no lo reconoció en su calidad de cónsul general (véase "Explicaciones", por Héctor F. Varela, en *La Tribuna,* julio, 1863). Fue remplazado por Santa Coloma (mayo de 1863). Mitre, en una conversación con Lefèbre de Bécour, no vaciló en "censurar la correspondencia" de Varela publicada en *La Tribuna.* Para entonces, M. Balcarce, desde París, informaba al gobierno argentino, diciéndole: "ha sido siempre órgano de las correspondencias europeas más calumniosas y violentas contra el Emperador". (Carta del 8 de junio de 1863, en Archivo del general Mitre, t. XIII, p. 47.)

y, en particular, la circunstancia de amoldarse el mismo a las líneas generales de la orientación trazada por su fundador y propietario, hicieron que diese cabida a numerosas informaciones relativas al debatido asunto. En el número del 19 de julio informó a sus lectores sobre el combate de Puebla y el revés experimentado por las legiones imperiales al atacar las fortificaciones mexicanas. Señaló luego la retirada del general Lorencez y la derrota infligida al general Márquez por las tropas mandadas por Carbajal y Cuéllar.[20] En esa oportunidad expresó:

> Es consolador para los pueblos americanos el ver esta resistencia hecha por uno de ellos á las ambiciones de las grandes potencias de la tierra. Méjico puede caer; pero caerá con gloria, defendiendo palmo a palmo su soberanía e independencia.

Un día más tarde, el 20 de julio, publicaba una carta de Emilio Castelar dirigida al director Héctor F. Varela, fechada en Madrid el 3 de junio de 1862, colaboración de un prestigioso escritor europeo que contribuía a realzar la importancia del periódico.

La extensa misiva comenzaba diciendo: "Siempre dije a Vd. que esa malhadada intervención de Méjico estaba preñada de tormentas".

El autor proclamaba la necesidad de que los españoles debían "tener una segunda patria en América" y que por dicha razón todo cuanto contribuya a arraigar el sentimiento de independencia en el pueblo americano debía ser procurado y fomentado por España. "Por eso me opuse —decía— tan rigurosamente a la expedición de Méjico. En mi sentir iba a acabar con la obra pacífica de nuestra justa influencia en América que ahora verdaderamente comienza." Castelar no fue partidario de unirse a la intervención con otras potencias y los hechos demostraron que no estaba errado. Consideraba tan traidores a los que acompañaron al rey José en 1808 como a Almonte y los suyos, "negra banda de cuervos [...] reaccionarios mejicanos". Y entendía que entonces Juárez, como presidente de la república, "en

[20] "Importante de Méjico" y "Méjico resiste", en *La Tribuna*, Buenos Aires, 19 de julio de 1862, p. 1, col. 7 y p. 2. col. 2.

uso de un derecho que nadie podría con justicia negarle, mandó que dondequiera que fuesen habidos, sufrieran los culpados el merecido castigo". Juzgaba imprudente la conducta del gobierno de Madrid y elogió la actuación del general Prim que, al retirarse de México, adoptó la mejor determinación que había podido tomarse.[21]

El 2 de agosto La *Tribuna* insertó la noticia del éxito obtenido por las armas mexicanas el día 5 de mayo en el punto fortificado de Guadalupe y lo acompañó por el siguiente comentario:

> El parte que del hecho de armas da el general mexicano Zaragoza es digno de un valiente y de un hombre de corazón: no hay en él nada de fanfarronería ni de huecas palabras; y al hacer justicia a sus soldados, habla como se debe, de sus bravos adversarios.[22]

Comentó favorablemente y destacó la medida adoptada por el gobierno mexicano devolviendo a los heridos franceses las cruces y medallas que se hallaron en sus mochilas. Proporcionó, asimismo, abundante información sobre el proceso intervencionista, comentó los artículos insertos en los diarios europeos y rectificó cada vez que lo creyó necesario o conveniente las apreciaciones erróneas vertidas por éstos. Así por ejemplo, corrigió a quienes creyeron o afirmaron que los mexicanos recibirían como libertadores a los expedicionarios; muy por el contrario, los imperiales se habían visto jaqueados por una población enardecida y dispuesta a morir en defensa de su libertad e independencia. Censuró a los que sostenían que México era un país bárbaro; los hechos de Puebla y otros episodios dramáticos demostraban en forma fehaciente el respeto con que los mexicanos trataron a los prisioneros y heridos.

El 18 y 19 de agosto *La Tribuna* volvió a publicar una nueva y muy extensa carta de Emilio Castelar (fechada en Madrid el 20 de junio de 1862) dirigida a Héctor F. Varela, José C. Bustamante (director de *El Comercio del Plata,* de Montevideo) y a Fernando

[21] *La Tribuna*, Buenos Aires, 20 de julio de 1862, p. 1, cols. 6 y 7.

[22] El parte del general Zaragoza fue publicado *in extenso* en *La Tribuna* del 3 de agosto de 1862, p. 1, col. 5.

Calós (abogado y publicista de Lima). Reconocía el famoso orador y fecundo escritor que sus ideas "radicales en política" lo alejaban del poder y le cerraban las puertas del parlamento hispano "donde a duras penas ha logrado penetrar un demócrata por mil títulos ilustres"; recordaba, asimismo, que, así como era corriente en el Nuevo Mundo maldecir y renegar de España, era frecuente en esta última menospreciar a los latinoamericanos por sus continuas luchas y disturbios; se refería luego a Europa y a su justa influencia en América donde

> en vez de contener este gran movimiento de unión entre el Viejo y el Nuevo Mundo ha debido impulsarlo con sabias medidas [...] Fácil, muy fácil le era cumplir este cometido. Debía proponerse asegurar la libertad de las repúblicas en su interior, y en lo exterior su independencia. Para esto se necesitaban, no tanto medios materiales como morales; no cañonazos, ideas; no ejércitos de guerreros, ejércitos de trabajadores. Pero la malhadada expedición a Méjico que yo combatí tenazmente [...] ha venido nuevamente a levantar aprensiones en el corazón y fantasmas en la inteligencia de los pueblos de la joven América.

El ilustre escritor, indignado por los hechos acaecidos en México, censuró sin reservas la orientación seguida por la política europea: "Esa expedición —dijo— interviniendo en asuntos privativos de la República, ha sido una amenaza a la independencia de América; esa expedición evocando la sombra de la monarquía ha sido una amenaza a su libertad [...] Ha retrasado cincuenta años nuestra unión pacífica con América".

No dejó de reconocer que toda la culpa no era de Europa. Habían vivido "pasando de la anarquía a la dictadura y de la dictadura a la anarquía como un enfermo que pasa del frío glacial a la fiebre ardientísima"; tenían también su responsabilidad en los recelos del Viejo Mundo. Es que, como dijo Castelar,

> No basta con tener República; es necesario que la República dé seguridad y libertad. Lo que necesita América —añadió— es dar pruebas de que los derechos individuales en sus códigos escritos no serán violados ni por los gobiernos ni por los partidos. La garantía principal

> de todo esto se halla en un gobierno libre que respete las garantías individuales que tenga fuerza para obligar también a los partidos a respetarlos. Las sociedades por un instinto salvador cuando se ven desgraciadamente por el amargo trance de optar entre la anarquía y el despotismo, optan siempre por el despotismo.

Castelar estableció luego un paralelismo entre lo sucedido en América y lo ocurrido en España. Si América cayó en manos de dictadores militares, España también conoció la dureza de regímenes idénticos:

> Si sabéis vencer el despotismo y no habéis sabido aprovecharos de la victoria, lo mismo nos ha sucedido a nosotros.

Y entonces concluyó preguntándose si no podrían reunirse todas las repúblicas hispanoamericanas y española en una gran confederación que las fortaleciese a todas. Ese ideal sólo sería posible —explica Castelar— "el día que España tenga un gobierno digno de un pueblo grande, de un pueblo libre, pues entonces y sólo entonces trabajará en favor de la Confederación con todas sus fuerzas". Pero ese ideal, luego de producida la invasión de México, resultaba poco menos que inaccesible. Y lo peor era que si se trataba de entronizar la monarquía, no había que olvidar que ella vivía de recuerdos, de tradiciones y que, por lo tanto, no podría subsistir cuando se tiene en su haber desgracias y vergüenzas. ¿Qué sería, pues, la monarquía en México aunque fuese eterna? Una eterna vergüenza para los vencidos, y para los vencedores un eterno remordimiento.

La Tribuna, que se esforzaba en darles a sus lectores una información rica y apasionada sobre el tema, nutría sus páginas con la correspondencia enviada desde París por Héctor F. Varela.

Los comentarios cáusticos de éste desmenuzaban la acción de las cancillerías europeas en México:

> Yo pregunto —escribió en el núm. 2777 de *La Tribuna*— al hombre menos imparcial, al que más haya podido simpatizar con la expedición

> de Méjico, me diga, si después de oír ese discurso pronunciado por un diputado francés [se refiere a Jules Favre], hay una palabra, una sola que decir en abono o en justificación, de lo que ayer, hoy y mañana será considerado como un gran atentado, como un abuso incalificable del poder y de la fuerza.

Pero en ese discurso de Favre había una frase que, siendo inexacta, le proporcionó la oportunidad para destacar la razón de muchos juicios erróneos de Europa respecto de América. La frase de Favre es la siguiente: "No es sólo Méjico el Estado que tiene el privilegio de semejante desgracia; id a Bolivia, a la República Argentina, y encontraréis allí hechos análogos a los ocurridos en Méjico". A lo que Varela contestó —después de hacer el elogio de Favre— diciendo: "El origen de esas palabras lo he señalado antes [...] es la ignorancia, la ignorancia completa en que viven los hombres públicos de Europa con respecto a todo cuanto pasa en América, a la vida política y social de sus repúblicas, a los antecedentes históricos de cada una y hasta de las nociones más triviales de geografía americana".

Para completar el cuadro de la prensa porteña nos faltaría agregar la voz de *La Nación Argentina,* que comenzó a aparecer en septiembre de 1862. Dirigida por José María Gutiérrez, "maestro de periodistas en una familia de excepcionales escritores" —tenía a la sazón treinta y un años de edad— hizo del diario "un puesto de combate".

> "Órgano oficial", tampoco incurrió en las exacerbaciones ditirámbicas habituales en tal índole de periódicos, regido por el sentido de la mesura, que coincidía con la tendencia al equilibrio del gobierno del cual era el vocero. Una sección hebdomadaria en francés daba cuenta al mundo del devenir del país; en la literaria, la versación crítica de Pedro Goyena codeábase con la inquietud múltiple de Santiago Estrada y el donaire anecdótico de Pastor S. Obligado. Diríase que todos los redactores eran jóvenes en ese diario del remozamiento espiritual derivado de la reorganización republicana, como también lo era el mandatario a cuyo pensamiento respondía y cuya acción apoyaba [...] el

> periódico de José María Gutiérrez [...] fue la manifestación operante del liberalismo trascendente, en lo interno y lo internacional, en el periodo en que se consolidó el régimen republicano.[23]

Ante un ataque contenido en un artículo inserto en *El Nacional,* advirtió que si contra la política de Luis Napoleón en la cuestión mexicana publicaría "todo lo que se quiera", en cambio, para "injuriar a la Francia" —declaró— "no tenemos espacio". Y luego añadió:

> Nadie mejor que un argentino debe saber que los pueblos no son responsables de los errores de sus gobernantes, y a los que piensan lo contrario lea pedimos que oigan la voz de Víctor Hugo y de Edgar Quinet, fuera de la Francia, y la de Julio Fabre en sus mismos parlamentos, sobre la cuestión de Méjico, antes que decidir que Julio Fabre, Víctor Hugo y Edgar Quinet, *como pueblo francés* deben respondemos de la obra que ellos mismos combaten.[24]

En una palabra, establecía un distingo, y con razón, entre el pueblo francés y el gobierno imperial; hizo además cuestión de principios, haciéndose eco de las manifestaciones del gobierno nacional cuando éste declaró que no reconocía antagonismo entre los intereses europeos y los intereses americanos y que no tenía motivos para "creer que la tentativa contra Méjico" estuviese ligada "a un plan preconcebido contra las instituciones democráticas de la América".

> Los pueblos europeos —agregó *La Nación Argentina*— no son el soberano teocrático de Roma ni el Czar de Rusia ni el Emperador de Francia.
>
> La Inglaterra separada por un paso solo de la República; la Francia del 92 y del 48 levantando en sus manos el depósito sagrado de los derechos del hombre; la Italia triunfante hoy contra el absolutismo; la

[23] El centenario de 'La Nación Argentina'", en *La Nación,* Buenos Aires, domingo 16 de septiembre de 1962.

[24] *La Nación Argentina,* Buenos Aires, año 1, núm. 33, 20 y 21 de octubre de 1862, p. 1, col. 2.

España reaccionando contra la tradición de Felipe Segundo y trabajada por la idea republicana, nos prueba que la Europa como la América marcha al fin común de la humanidad, que es el cumplimiento de las grandes leyes sociales.

Los intereses de tal o cual gobernante pueden conducirlo a una injusticia ó a una violación; pero los intereses de un mandón no son los intereses de Europa, como el espíritu que guía a Napoleón III a enviar un ejército contra Méjico no son ciertamente los intereses de Francia.[25]

Las autoridades nacionales y la intervención

En los primeros meses del año 1862 tuvo estado público una comunicación firmada por el ministro de Relaciones Exteriores del Perú, doctor José Julio Melgar, y fechada en Lima el 20 de noviembre de 1861. En ella el citado diplomático comenzaba destacando que las dificultades suscitadas entre México y varias potencias europeas habían tomado, desgraciadamente, "el carácter de un serio conflicto bélico" y que la "triple alianza de los gabinetes de Londres, París y Madrid contra Méjico", era ya "un hecho resuelto que pronto se pondrá en ejecución". Pero si Perú, como el resto del continente, carecía de mayores informaciones acerca del carácter y extensión de la mencionada alianza, en cambio la suerte de la república mexicana no podía dejar de inspirarle "un vivo y sincero interés", tanto más justificado si se tiene en cuenta que el sentimiento de fraternidad americana tan intensa como dolorosamente herido por la anexión de Santo Domingo y las "perspectivas que presenta el Ecuador", tenía pleno derecho a incubar un espíritu alarmante.

Sin embargo, para Perú la circunstancia de "concurrir tres potencias europeas", las que más se habían "distinguido y ahora mismo se distinguen por una política recta y hasta protectora de las autonomías nacionales", constituía una garantía "hasta cierto punto, de que

[25] *La Nación Argentina,* Buenos Aires, año 1, núm. 52, 14 de noviembre de 1862, p. 1, cols. 3 y 4.

México no sería presa de bastardas ambiciones, ni se le pondrá fuera de la ley que rige a las Naciones libres y soberanas".

Por todo ello creía llegado el caso de que los Estados americanos adoptasen

> una política, que signifique para la Europa la unión moral de la América independiente, pues aunque hay solidaridad de opiniones [...] pudiera llegar el caso en que se viese amenazada la independencia de las Naciones libres de América.

El ministro peruano cerraba su nota dando cuenta de que su gobierno había impartido instrucciones a sus representantes ante las cortes de Saint James y las Tullerías para que expresasen ese pensamiento, y, por último, que acababa de nombrar una legación en México destinada a dar a conocer "con regularidad los sucesos" que se desarrollaban en dicha república.

> Con mucha satisfacción, vería el Perú —concluía la nota peruana— que el gobierno ilustrado de V. E. concordaba en la adopción de las medidas [enumeradas].

Apenas el 14 de marzo de 1862 el ministro de Relaciones Exteriores, doctor Eduardo Costa, respondió en nombre del gobernador encargado del poder ejecutivo. La tardanza fue debida a que Mitre esperó que las provincias le confirieran la representación del país en sus relaciones con los países extranjeros

> El Gobierno argentino —dice la nota— no ha podido nunca persuadirse de que las grandes Naciones que están a la cabeza de la civilización [se coaligaran] para violentar la voluntad del pueblo mejicano. No ha podido creer tampoco que la España fuera tan mal aconsejada que viniera a renovar la contienda que terminó con la Independencia de las Repúblicas que fueron sus antiguas colonias.

Expresó luego que no podía menos de "aplaudir el noble celo y laudable interés" acreditado por la Cancillería de Lima. "S. E. el Sr.

Gobernador simpatiza ardientemente con el pensamiento generoso que ha inspirado la nota del Gobierno de V. E." Pero, por el carácter provisional de la autoridad que ejercía, no le estaba permitido "formular una política exterior definida, para lo cual se necesitaría el concurso del Congreso", el cual aún no estaba reunido. En consecuencia, se limitaba a dejar constancia, que

> el pueblo Argentino, cuyo órgano es en este momento, ligado a las Repúblicas americanas por la comunidad de tradiciones, de intereses e instituciones y de sangre acompaña a la Nación Mejicana en las dificultades en que se encuentra envuelta, con sus votos más sinceros, y con la esperanza de que, teniendo ella de su parte la razón y la justicia, que son la mejor salvaguardia del débil contra el fuerte, alcanzará a hacer respetar su independencia y su libertad.[26]

El 25 de mayo de ese mismo año, al realizarse la solemne ceremonia de la instalación y apertura de sesiones del congreso nacional, el encargado del poder ejecutivo nacional y gobernador de la provincia de Buenos Aires, general Bartolomé Mitre, dio cuenta en su discurso de haber recibido la nota peruana invitando al país a prestar su adhesión a un tratado continental de alianza. La nota —aclaró— había sido contestada diciendo que el contenido de la misma sería tenido en cuenta en el momento en que se estableciese definitivamente la autoridad nacional: "me impuse —dijo Mitre— el deber de no comprometer directa ni indirectamente la soberanía nacional". Lo cual no le impidió, naturalmente, significarle al ministro plenipotenciario peruano portador de la nota, doctor Buenaventura Seoane, que

> simpatizaba con la idea iniciada por la República del Perú, a que algunas Repúblicas americanas han adherido ya, así como los deberes

[26] H. Mabragaña, *Historia del desenvolvimiento de la nación argentina*, etc., *op. cit.*, t. III, pp. 185 y 186; *Correspondencia/cambiada con la Legación del Perú/en/la República Argentina/sobre el tratado continental celebrado/en Santiago de Chile, en septiembre 15 de 1856/ Publicación oficial/Buenos Aires/Imprenta y Litografía de Bernheim y Boneo, calle del Perú 147/1862.*

> oficiosos que se ha impuesto su gobierno, en obsequio de la República mejicana por lo que respecta a obtener seguridades sobre la suerte futura de ese país, y sobre los respetos que todos los pueblos del mundo, cualquiera que sea su poder, deben al derecho de las demás.[27]

Una vez reorganizados los poderes nacionales y ya en posesión de la presidencia de la república, Mitre y su ministro Elizalde analizaron el tratado continental, pusieron sobre el tapete la realidad nacional, sus necesidades apremiantes y las informaciones recibidas desde Europa enviadas por Balcarce, y, en consecuencia, llegaron a la conclusión de que como no creían "en los temores que lo han generado [se refieren al tratado continental] y en los medios propuestos para evitarlos" debían negar la adhesión argentina (10 de noviembre de 1862). Entonces el ministro Elizalde dejó constancia en una comunicación que entregó a Seoane[28] de que

> América independiente es una entidad política que no existe ni es posible constituir por conspiraciones diplomáticas. La América conteniendo naciones independientes, con necesidades y gobiernos propios, no puede nunca formar una sola entidad política. La naturaleza y los hechos la han dividido y los esfuerzos de la diplomacia son estériles para contrariar la existencia de esas nacionalidades.

Luego, refiriéndose a la acción europea y en virtud de lo ya aseverado, subrayó la distinta orientación que había tenido en el Pla-

[27] Entre tanto, Seoane había ido a Montevideo para negociar idéntica adhesión, pero la apertura del congreso de Buenos Aires lo obligó a salir de Uruguay antes de haber recibido la esperada respuesta. Luego, el 16 de junio se embarcó rumbo a Paraguay, donde el fracaso coronó sus esfuerzos. Lefèbre de Bécour, en agosto de 1862, conversó en Asunción con Carlos A. López y pudo apreciar el disimulo con que procedía el dictador paraguayo: "La conversación, desde luego, algo vaga, fue, en resumidas cuentas, bastante amistosa para mí y particularmente algo notable por la ausencia completa de toda alusión a la expedición de México, respecto de la cual, por el contrario, el general López me había dicho antes algunas palabras con alguna intención poco benévola". El 12 del mismo mes tuvo otra prueba del pensamiento de López, cuando informó que: "bien que el general López haya sido el primero en darme la nueva, con cierta complacencia, del contratiempo experimentado por nuestra expedición frente a Puebla". Pero inmediatamente le llegó a decir que "consideraba a Francia como la protectora natural de los pueblos hispanoamericanos".

[28] *Correspondencia cambiada con la legación,* etc., *op. cit.*

ta la acción ejercitada por los europeos. El gobierno argentino no reconocía antagonismo entre los intereses europeos y los americanos y no creía que la tentativa contra México estuviese ligada a un plan preconcebido contra las instituciones democráticas de América.

> La acción de la Europa en la República Argentina ha sido siempre protectora y civilizadora, y si alguna vez hemos tenido desinteligencias con algunos gobiernos europeos, no siempre ha podido decirse que los abusos de los poderes irregulares que han surgido de nuestras revoluciones no hayan sido la causa. Ligados a la Europa por los vínculos de la sangre de millones de personas que se ligan con nuestras familias, cuyos hijos son nacionales, fomentándose la emigración de modo que cada vez se mezcle y confunda con la población del país, robusteciendo por ella nuestra nacionalidad; recibiendo de Europa los capitales que nuestra nacionalidad requiere.

Pero Elizalde no se dio por satisfecho con la nota. Así, al entregarla al ministro Seoane le solicitó transmitiese a su gobierno que, en la República Argentina, los extranjeros gozaban de más derechos que los ofrecidos por el tratado continental; que si la "independencia de cualquier Estado americano fuese amenazada contra las previsiones del Derecho Público, no tardaría en ponerse de acuerdo con los demás gobiernos para reivindicar sus derechos y garantizar su seguridad".

El representante del Perú "ruidosamente animado en su ardor propagandista" por el periodismo de la capital, no se dio por vencido y contestó con una extensa nota. La publicación de dicho documento "ha caldeado más y más a los espíritus y por un instante" se puso en duda si el ministro Elizalde conservaría su cartera. El ministro, en medio de la expectativa general, replicó a Seoane rindiendo un homenaje al americanismo pero manteniéndose siempre en el mismo terreno. Se manifestó defensor de la unidad continental sin exclusiones de ninguna nación, con lo cual aludió evidentemente a la exclusión de Brasil y de Estados Unidos de América del Norte. Sin embargo, en cuanto a México "fue bastante explícito en manifestar sus simpatías por esta república hermana". Además de esto "significó [...] que si

amagada seriamente aquella República, se viese en riesgo de que la fuerza de una nación poderosa realizase allí siniestros planes" que afectasen a todas las repúblicas del continente, el gobierno argentino asumiría la actitud que le corresponde en guarda de su seguridad y de los intereses comunes de las repúblicas americanas.[29] Seoane, naturalmente, volvió a tomar la pluma, agrandando los conceptos vertidos por el canciller y tratando de sacar aún algún provecho para su gestión.[30]

En síntesis, el gobierno nacional había considerado, con razón, innecesario desde cierto punto de vista, y riesgoso desde otro, atarse las manos con un tratado como el que se le había ofrecido. En el río de la Plata nada permitía asegurar que la política de las potencias era avasalladora y prepotente. Si el Uruguay acusaba un diferendo con Inglaterra y ésta se aprestaba a adoptar medidas de fuerza, lo cierto es que la sangre no llegó al río... Por otra parte, para obtener el resurgimiento de la nación era menester contar con el apoyo de los capitales de Inglaterra y Francia. Cualquier paso dado en el sentido de comprometerse con una alianza hubiera desviado la inversión o el simple préstamo de capitales. Pero cuando el gobierno declaró que si la independencia de cualquier Estado se viese amenazada se pondría de acuerdo con los demás gobiernos para reivindicar sus derechos y garantizar su seguridad, no formuló una promesa que no estaba dispuesto a cumplir. Lejos de ello. Lo probó meses más tarde, cuando iniciada la cuestión del Pacífico y envuelto Perú en una situación que habría de llevarlo a la guerra con España, Argentina ofreció a Chile no solamente unirse sino

[29] *Mensaje del presidente de la República Argentina Bartolomé Mitre al abrir las sesiones del congreso argentino el 10 de mayo de 1865,* en H. Mabragaña, *Historia del desenvolvimiento de la nación argentina,* etc., *op. cit.,* t. III, p. 192.

[30] El último eco de la discusión estuvo representado por un articulo publicado en *La Tribuna* en el cual se transcribían párrafos de una comunicación atribuida a un diplomático que no podía ser otro que Lefèbre de Bécour. Dicha alusión se había hecho con intención censurable. Naturalmente, el diplomático citado rechazó enérgicamente la paternidad de la comunicación, redactada, a su juicio, por un compatriota llamado Cornac. Luego se entrevistó con el ministro Elizalde, a quien reiteró su desmentido. En diciembre de ese mismo año el asunto volvió a tener actualidad, pues el mismo Cornac, en el número del día 14 de *La Nación Argentina,* reprodujo los párrafos cuestionados agregando en dicha oportunidad comentarios que Lefèbre de Bécour juzgó descorteses para su persona. En consecuencia escribió una carta al director del diario y luego otra al canciller Elizalde (17 y 18 de diciembre). Éste, al acusarle recibo, dejó aclarado que *La Nación Argentina* no era un diario oficial.

aun dejarle que en el Pacífico asumiera, en este instante, el papel más importante. Sin embargo, Chile declinó el ofrecimiento.

La posición adoptada frente al tratado continental fue la que correspondía. Por lo demás, Elizalde estuvo acertado cuando afirmó que los Estados independientes de España tenían entre sí más diferencias y cuestiones que con las potencias del Nuevo Mundo.[31] En una palabra, el gobierno había "dado prueba de poseer un verdadero sentido político". Lo cual —dicho sea de paso— no le impidió insertar en el *Mensaje* dirigido al congreso algunas frases significativas. Así por ejemplo, aquellas en que dice:

> la República Argentina podrá hallarse a su turno en la necesidad de discutir con las grandes naciones, cuestiones de una gran importancia de las cuales depende en cierta manera la existencia futura de las Repúblicas americanas y respecto de las cuales no es posible que ellas transijan en ningún momento ni en ningún caso.

Con estos términos Mitre aludió, sin duda alguna, al espinoso problema de la nacionalidad de los hijos de extranjeros. El tema lo iba a plantear, con serenidad y altura, con España.

Todo esto, naturalmente, no impide reconocer que la opinión particular de Mitre ciudadano era distinta de aquella sostenida por Mitre gobernante. En una conversación con Lefèbre de Bécour dejó descubrir, por ejemplo, "un despecho bastante vivo con relación a la expedición de México".

Las autoridades nacionales, entre tanto, habían ido recibiendo las comunicaciones oficiales del cuerpo diplomático acreditado en el exterior. El 24 de junio Balcarce, desde París, daba cuenta al general Mitre del "interesante parte del general Zaragoza informando a su gobierno del triunfo o ventaja obtenido sobre los franceses; y verá usted que los vencedores de Sebastopol y Magenta han sido rechazados con bastante pérdida por los mejicanos a quienes se les creía incapaces de ofrecer la menor resistencia". Balcarce, que advierte al gobierno de la próxima salida de refuerzos imperiales, y que juzga injusta la

[31] *Correspondencia cambiada con la legación del Perú,* etc., *op. cit.*

intervención, no deja empero de declarar que en ella había "un móvil noble y generoso, a más de político, por parte del Emperador". En el fondo estaba desconcertado. Repudiaba la intervención; exaltaba el heroísmo mexicano, pero por otro lado temía —en el caso de fracasar el plan del emperador— que aquel "desgraciado país oprimido y destrozado por sus propios hijos", cayese "muy pronto en poder de los yankis".[32]

Algo más tarde el mismo Balcarce remitía distintos periódicos con informaciones sobre la cuestión; balanceando las noticias llegaba a la conclusión de que luego de ocupar la capital, los imperiales procederían a convocar un congreso que elija "libremente" el gobierno que "mejor les convenga", aunque parecía que ya no se pensaba "en Monarquía" y que tratarían de establecer una dictadura o protectorado.[33]

Luego, desde Torquay (Inglaterra), el 8 de septiembre, puntualizó que libre de las preocupaciones que le causaba Italia, Napoleón III podría llevar adelante la intervención en México, donde descontaba que podía adueñarse de la capital, "pues los mejicanos están muy divididos, carecen de recursos y detestan a los jefes del partido clerical, y a Juárez", pues "cada uno a su turno, han cometido toda clase de violencias y arruinado aquel tan hermoso como desdichado país". De paso acotó que parecía que el proyecto monárquico se iba disipando pues no hallaba simpatía en la población.[34]

Finalizaba diciembre y Balcarce puso en conocimiento que mientras Prim había salvado a España de las complicaciones derivadas de su participación en la intervención, el ejército de Napoleón ni veía levantarse a su frente una fuerza bien artillada capaz de hacer una heroica resistencia. "Entre tanto —agregó Balcarce— el Gobierno mejicano extiende su influjo y defiende dignamente los derechos de aquella desgraciada república."[35] Al iniciarse el año siguiente, en marzo 24 para mejor exactitud, dio noticia del próximo sitio de Puebla y de la candidatura del archiduque Maximiliano:

[32] Archivo del general Mitre, t. XIII, p. 30.
[33] París, 6 de agosto de 1862, en ibid., t. XIII, p. 32.
[34] *Ibid.*, t. XIII, pp. 35 y 36.
[35] *Ibid.*, t. XIII, p. 41. (Comunicación fechada en París el 24 de diciembre de 1862.)

> lo que indicaría que aún se lisonjean con la esperanza de establecer al príncipe Maximiliano, que, en mi opinión, sólo estando loco podría aceptar un trono apoyado en bayonetas extranjeras.
>
> Entretanto, la autoridad del Presidente Juárez se ha robustecido mucho, mientras que sus opositores del partido conservador están consternados al ver la prolongada inmovilidad del ejercito francés y el abandono que han hecho de Jalapa y Tampico [...] Por otra parte, la opinión pública en Francia es enteramente contraria a la intervención.[36]

Algo más tarde las notas del ministro argentino reflejan poco a poco el sentimiento de admiración que provocaba la heroica resistencia de Puebla, resistencia que inquietaba y alarmaba a la opinión pública "decididamente hostil a esa impolítica e injusta empresa" que contaba en Francia con "un número muy reducido de partidarios".[37] Pero no tardó en tener que participar la triste nueva de haber sido vencida la porfiada resistencia mexicana: "Puebla —dijo— ha sucumbido gloriosamente".[38] Reconoció poco después que las "simpatías de nuestros compatriotas y de los sudamericanos en general, en favor de los mexicanos" eran "muy justas" y que él participaba de dicho sentimiento, lo cual no le impedía pensar que el desgraciado México, "víctima de sus guerras civiles, y de la pérfida ambición política de sus vecinos, que se han apoderado ya de una tercera parte de su territorio, estaba condenado "a perder el resto que le queda, con su autonomía y nacionalidad", si no se establecía allí un gobierno que ofreciese garantías y estabilidad.[39]

Sin embargo, Balcarce no demostró estar definido en cuanto a la intervención. Reconoció que Maximiliano tendría que luchar siempre con la mala voluntad de sus vecinos, que no se conformarían fá-

[36] *Ibid.*, t. XIII, p. 46.

[37] Confidencial, París, 8 de junio de 1863, en *ibid.*, t. XIII, p. 48. No dejaremos de citar la curiosa comunicación de Hilario Ascasubi quien dirigiéndose a Mitre desde París, el 7 de enero, le hacía saber que el sultán le había ofrecido a Napoleón III un regimiento de infantería compuesto por mil negros, para que los utilizara en la campaña de México. "Yo creo —acotó Ascasubi— que si V. E. le ofreciese mil pampas también los aceptaría, porque en Méjico lo apuran, de lo que me alegro mucho."

[38] París, 24 de junio de 1863, en *ibid.*, t. XIII, p. 50.

[39] Madrid, 8 de septiembre de 1863, en *ibid.*, t. XIII, p. 55.

cilmente con el establecimiento en México de un poder sólido y fuerte que podría o trataría de poner un dique a la política absorbente y amenazadora, "no sólo para Méjico", de cuyo territorio se habían apoderado de una tercera parte, sino también para las "Repúblicas de Centro América tantas veces atacadas e invadidas". Y a este respecto confesó que sin "pretender justificar la intervención francesa [...] es indudable que si este [el imperio] no se consolida, aquel desgraciado país está condenado a perder su nacionalidad y autonomía y a correr la misma suerte que Tejas y California" (París, 24 de abril de 1864).

Mitre, entre tanto, había inaugurado el 5 de mayo de 1863 las sesiones del congreso. En su *Mensaje* no dejó de tratar la intervención europea en México. Volvió a dar muestras de su política realista. Aunque se quiso ver en sus términos cierta acrimonia, la verdad es que concilió con altura y dignidad la simpatía que en verdad sentía por la causa mexicana con la necesidad de no comprometer las buenas relaciones que mantenía con el gobierno del emperador.

La opinión pública

En general la opinión pública simpatizó abiertamente con la causa de México, y el periodismo (del que hemos dado ya algunas noticias) se encargó de mantener vivo dicho entusiasmo. En noviembre de 1862 en *El Siglo* (sábado 15 de noviembre de 1862, p. 1) transcribió un llamado a la juventud argentina para obsequiarle una bandera al general Zaragoza.[40] Al parecer, en ese instante, la idea no llegó a materiali-

[40] "Las ideas no tienen patria, y la gloria más pura de las nobles acciones es el aplauso universal de los buenos. El pueblo argentino que siempre ha sido el primero en ideas entusiastas, es preciso que no sea el último en las ovaciones que de todos los puntos de América se tributan hoy a la causa mejicana. La idea que hoy defiende México es la que defiende toda nación que se siente con fuerzas para vivir y con alientos varoniles para sostener la independencia nacional [...] Mientras la República Oriental envía una espada al general Zaragoza, Chile y el Perú y las demás repúblicas circunvecinas, una medalla, una banda, un óbolo alguno, significando el agradecimiento de sus admiradores, invitamos a la juventud argentina a levantar una subscripción para enviarle una bandera como testimonio de las simpatías que cuenta entre nosotros la noble causa que defiende" ("Una bandera al general Zaragoza, artículo comunicado), en *El Siglo,* sábado 15 de noviembre de 1862, p. 2). *Le Progrès* fue el periódico que en Buenos Aires defendió la intervención.

zarse. El orgullo nacional y la devoción por los principios republicanos tan ardientemente defendidos después de Caseros hallaron en la "cuestión mexicana" un tema apropiado. Y tanto en la capital como en el interior el pueblo en general se identificó con la causa de la nación hermana. A comienzos de 1863, al conocerse nuevas noticias desfavorables para la intervención a cargo de los ejércitos imperiales, la opinión pública volvió a apasionarse en torno a la cuestión mexicana. Adolfo Alsina presidió una numerosa asamblea y en ella se resolvió abrir una suscripción para reunir los fondos necesarios para obsequiar una bandera al ejército mexicano. La prensa retomó el tema con exaltación (marzo de 1863).

La caída de Puebla en manos de los imperiales produjo en Buenos Aires honda sensación y desató una ola de indignación contra Napoleón III. En las calles y en el periodismo se sucedieron las expresiones más violentas y hostiles. El principal animador y el "inspirador más activo" fue Bilbao, que contribuyó a que se constituyesen comités encargados de recolectar el óbolo popular para costear un solemne funeral en homenaje a los caídos en la defensa de la ciudad mexicana. De pronto se tuvo noticia de la ocupación de la misma ciudad de México. El efecto producido por esta información fue enorme pues, al difundirse la nueva según la cual el pueblo de la ciudad había recibido en forma entusiasta a las legiones imperiales, el partido que más había agitado a las filas populares y que explotaba la situación externa con miras al pleito político interno quedó momentáneamente confundido y trató de explicar y atenuar la importancia de la toma de la capital mexicana.

Ello no obstante, el 21 de agosto, con asistencia de varios miles de personas se realizó en la catedral la proyectada ceremonia religiosa. El presidente de la nación no concurrió ni envió representante alguno, como era de esperar. Mitre no estaba dispuesto a separarse de la línea de conducta internacional que se había trazado. Los doctores E. Costa y Rufino de Elizalde y el general Gelly y Obes, así como el gobernador de la provincia y numerosos legisladores, hicieron acto de presencia, aunque como simples particulares:

> en la nave del medio y bajo la cúpula de la catedral, se alzaba triste pero imponente, sencillo pero majestuoso, el catafalco que la mano

del pueblo de Buenos Aires levantaba en el templo de Dios, para llevar hasta él sus oraciones y sus preces por los muertos queridos de la República Mejicana.

Era una columna cuadrilátera de merino negro y quince varas de altura, reposando en una base escalonada de doce varas cuadradas por tres de altura.

Sobre la columna una sencilla cruz dorada de tamaño proporcional y cubriéndola un inmenso manto de merino negro que arrancaba de una corona suspendida del mismo medio de la cúpula.

En la columna se lee en letra de oro y bajo una corona simbólica de siempre vivas, esta gloriosa palabra

PUEBLA.

También prestó su desinteresada colaboración Mármol, el autor de *Amalia,* a quien se le debió la idea de representar la "resistencia y el estrago con que Puebla cayó, por el trofeo de armas quebradas, y rotas que se veían en la base del túmulo". Cierta razón tenía *La Tribuna* cuando al comentar el hecho, dijo:

> El corazón del pueblo sólo palpita por la libertad y el derecho. Y el corazón del pueblo de Buenos Aires ha palpitado por Puebla.[41]

No faltaron, sin embargo, quienes participaron de una opinión contraria. En efecto, había personas que cansadas por las continuas revoluciones, padeciendo un estado social que no les presentaba suficientes garantías ni para sus propiedades ni para sus personas, desesperaban de obtener lo que anhelaban de la situación política imperante. Temían la anarquía, temían la demagogia, y deseaban "en lo más recóndito de su corazón un cambio parecido al que se supone debe ser el desenlace de la cuestión mexicana y formulan votos para que este soplo aún tan débil de restauración monárquica [...] llegue a

[41] Lefèbre Bécour al ministro Drouyn de Lhuys, Buenos Aires, 11, 14 y 25 de agosto de 1863. Bilbao, antiguo discípulo "du second Lamenais", era amigo y corresponsal de Edgar Quinet. En lo referente al funeral del 21, Lefèbre de Bécour anota que el obispo de Buenos Aires, pariente de la señora de Balcarce, no asistió, pues días antes, sea por cálculo o por otra razón, se había retirado.

las márgenes del Plata". Tal es la expresión empleada por Lefèbre de Bécour en su comunicación del 7 de abril de 1862, y que no vuelve siquiera a mencionar en el resto del año. ¿Producto de la imaginación del diplomático francés deseoso de hallar a quienes simpatizasen con la aventura de México? No lo creo; él mismo agrega estas escuetas pero significativas palabras: "*No provoco ni aliento estos desahogos* pero creo de mi deber señalarle un hecho del cual usted apreciará el alcance".

La elite dirigente, aun en sus más variados sectores no sólo apoyó la causa mexicana, sino que extrajo de ella conclusiones aleccionadoras. Sarmiento, en mayo de 1862, le escribía a Rufino de Elizalde: "Ojalá que Méjico se salve moralmente. Esto me dará tregua'. Más tarde y desde Nueva York, dirigiéndose a Matías Romero, le expresó algo más categórico: "si somos vencidos en la República Argentina mis miradas se volverían a Méjico, en busca de segunda patria". Esta confesión la completó poco después diciendo: "Méjico ha conquistado recién su lugar entre las naciones y tomado el que le corresponde en América. ¡Que lo conserve por siempre!".[42] Otro contemporáneo, el general José María Francia, comentándole a Antonio Taboada la situación del norte argentino, no dejó de decirle, al pasar, cuál era su interpretación:

> Mucho me complace la participación de las provincias del Norte; con la paz mi buen amigo, tendremos leyes y seremos fuertes; Y si no que nos sirva la experiencia de la República mexicana invadida por tres Potencias.[43]

Finalmente, un argentino de sangre aventurera y resuelto defensor de la libertad, Edelmiro Mayer, se hizo intérprete de la simpatía argentina por la causa mexicana, y ofreció su espada a Benito Juárez.

[42] Domingo F. Sarmiento, *Obras*, t. XXXV, p. 268.

[43] Gaspar Taboada, *Los Taboada, Luchas de la organización nacional, Documentos seleccionados y coordinados por...*, t. II, p. 561, Buenos Aires, Editor Juan Roldán, 1933.

CONSIDERACIONES FINALES

1° La intervención europea en México sorprendió a la República Argentina en el momento en que las autoridades surgidas a raíz de la batalla de Pavón daban los primeros pasos para consolidar el nuevo orden de cosas.

2° La intervención europea fue una de las causas que gravitó, indirectamente, para acelerar la entrega del manejo de las relaciones exteriores a manos del general Mitre.

3° El general Bartolomé Mitre, al negarse a dar la adhesión de su gobierno al tratado continental, obró acertadamente. El país que apenas salía de una crisis no estaba en condiciones de intervenir activamente en ninguna coalición. Esto en el hipotético caso de que se hubiera contemplado esa posibilidad. Por lo demás, la Argentina tenía puestos sus ojos en Europa, cuyos capitales y cuya ayuda cultural le eran imprescindibles. Mitre, sin embargo, en ese instante crítico de suma debilidad en que se encontraba la nación, no tuvo reparo, con gestos y términos precisos y adecuados, en demostrar particularmente su simpatía por México y, segundo, en no aceptar algunas exigencias de las dos cancillerías más importantes en ese instante (Londres y París). Así no vaciló en plantear el problema de la nacionalidad para los hijos de extranjeros nacidos en el país.

4° El pueblo argentino y su intérprete, el periodismo, demostró de manera inequívoca su simpatía por México. Los periódicos hicieron con toda razón y justicia el distingo entre el gobierno de Napoleón III y el de Francia. Es decir que se atacó resuelta y únicamente a la política del emperador.

5° La cuestión mexicana fue uno de los medios empleados en la política interna argentina para exaltar los principios republicanos y exteriorizar su oposición al gobierno del general Mitre. Nos referimos concretamente al alsinismo, que para esta época ya constituía una fuerte agrupación adversaria al vencedor de Pavón.

6° En 1864 los graves problemas externos que tuvo que afrontar la Argentina (cuestión con la República Oriental del Uruguay y amenazante situación con el Paraguay) colocaron a la cuestión con México en un plano secundario.

GRAN BRETAÑA Y LA INTERVENCIÓN FRANCESA

*John E. Dougherty**

Durante la década de 1860-1870 Gran Bretaña era el país más poderoso del mundo. La inversión financiera de los ingleses en México era mayor que la francesa, por lo que estaban igualmente interesados en el establecimiento de una situación política estable; puede, por lo tanto, suscitarse la pregunta ¿por qué Gran Bretaña se sustrajo de la intervención en México y se convirtió hasta cierto punto en espectador, mientras Napoleón III hacía esfuerzos para establecer al archiduque Maximiliano de Austria como emperador de México?

Entre los historiadores norteamericanos muchos han interpretado la intervención en asuntos mexicanos desde el punto de vista de los intereses y las reacciones de Estados Unidos. Estas interpretaciones reflejan a menudo la creencia del autor de que, en primer lugar, Estados Unidos estaba plenamente justificado en intentar establecer su hegemonía en el hemisferio occidental y, en segundo lugar, que una república democrática es superior a una monarquía en cuanto a los beneficios que proporciona a todos los ciudadanos. Vista desde esta perspectiva, la intervención en México está condenada como un intento francés moralmente inexcusable y hostil, al contravenir los principios de la doctrina Monroe e imponer una monarquía a una república indefensa, desprovista temporalmente de la protección de Estados Unidos por la guerra civil. El hecho de que Gran Bretaña no apoyara el esfuerzo francés en pro de Maximiliano se atribuye muchas veces al deseo de evitar la ira de Estados Unidos. Para ilustrar esta idea, Samuel Bemis, en *The Latin American Policy of the United States* (Nueva York, 1943), dice que "Gran Bretaña, con la

* Universidad de California.

Historia Mexicana, vol. 37, núm. 2, octubre-diciembre de 1987, pp. 205-237.

extendida e indefensa frontera de Canadá expuesta a la amenaza de una invasión por tierra, fue más prudente cuando se trató de ayudar a Francia, su rival, que en otros tiempos, cuando el problema era la región del río de la Plata, punto menos arriesgado" (p. 108). Poco después descarta a Gran Bretaña con estas palabras:

> Los aliados ingleses de las tropas de invasión se retiraron del suelo mexicano cuando comprendieron el objetivo esencial del proyecto francés. El motivo no fue la actitud desfavorable del gobierno inglés hacia la idea monárquica, sino que aquél se dio cuenta de la hostilidad que este paso provocaría en Estados Unidos, aun entre los elementos disidentes, y los ingleses tenían que pensar ante todo en Canadá [...] Qué enorme hubiera sido el desequilibrio de la libertad en el Nuevo Mundo de realizarse el sueño romántico de monarquía en las Américas, de no ser por la política de Estados Unidos frente a América Latina (p. 111).

Dexter Perkins, historiador distinguido de la doctrina Monroe, exonera a los ingleses, con algo de condescendencia, de tener (desde el punto de vista norteamericano) "motivo ignoto".[1] Afirma que el ministro de Relaciones Exteriores, lord John Russell, "intentó no sólo limitar la intervención, sino también evitar la hostilidad de Estados Unidos" (p. 371). Se podrían citar otros historiadores norteamericanos, pero estos dos son suficientemente conocidos como para servir de prototipos.

Las interpretaciones citadas merecen criticarse desde varios aspectos. 1. Creo que es presunción considerar la doctrina Monroe como una realidad patente antes de 1867, cuando los franceses se retiraron definitivamente de la operación México. Antes de esa fecha Estados Unidos no tenía la fuerza militar suficiente para imponer la doctrina Monroe, y es un hecho que los principales países de Europa no la habían aceptado. Hasta que los criterios se unificaron, la doctrina Monroe no fue más que una declaración altisonante de los deseos norteamericanos. En vista de que la doctrina fue frecuentemente

[1] *The Monroe Doctrine 1816-1887,* Baltimore, 1933, p. 373.

violada y sin vigencia entre 1823 y 1867, no nos parece razonable citarla como motivo de la retirada de los ingleses de la intervención en México en 1862. 2. El empleo de frases tales como "un enorme desequilibrio en la libertad", " extravagantes sueños democráticos" y "motivos ignotos" es interesante en la lectura, pero cuando se usan para describir los actos de un país sólo porque su política se opuso a los intereses de Estados Unidos, el historiador pone claramente de manifiesto su prejuicio nacionalista, renunciando a la objetividad. 3. Al ser Gran Bretaña el país más poderoso del mundo en la década de 1860, y con Estados Unidos envuelto en una guerra civil que amenazaba su integridad nacional, resulta exagerada simplificación descartar la retirada inglesa a la intervención en México con la explicación de que su política se basaba, fundamentalmente, en miedo a represalias de parte de Estados Unidos. Espero demostrar que Gran Bretaña formuló su actitud frente al imperio mexicano sobre una base más compleja y que la actitud de Estados Unidos no fue más que uno de los diversos factores que sobre ella influyeron.

Los antecedentes de la intervención

México tuvo una larga historia de dificultades políticas y financieras después de lograr en 1821 su independencia de España. Más de veinte personas ocuparon la presidencia durante la época comprendida entre la caída del primer emperador, Agustín de Iturbide, en 1823, y la llegada a México de Maximiliano, en 1864. Fueron años de revolución continua y de conflicto entre los federalistas-liberales y los centralistas-conservadores. Sin embargo, no eran internas todas las dificultades de México: los españoles invadieron en 1829; Texas se separó en 1836; siguió la intervención francesa de 1838 que condujo a la guerra de los pasteles, y la guerra contra Estados Unidos (1846-1848) terminó desastrosamente para México, resultando en la pérdida de la mitad septentrional de su territorio. El conjunto de revolución interna, agresión externa y la codicia de políticos corruptos dejaron vacía la tesorería, obligando al gobierno a exigir tributos a

la iglesia y a gestionar empréstitos al extranjero con tasas de interés muy elevadas. Estos préstamos tienen interés especial porque la incapacidad de México para pagarlos condujo, más tarde, a la intervención europea en el país.

El primer préstamo extranjero considerable, otorgado a México, se firmó en Londres el 7 de septiembre de 1824. México recibió menos de 7 000 000 de pesos a cambio de bonos con valor de 16 000 000 de pesos (el peso valía entonces un dólar americano). Este préstamo es típico de los que vendrían después. En cada caso el efectivo recibido era mucho menor que el valor nominal del préstamo.[2]

Las deudas antiguas se convirtieron en nuevos bonos sucesivamente en 1824, 1831, 1837 y 1846. Cada vez el interés moratorio era capitalizado y los nuevos bonos eran colocados por una cantidad mucho menor que su valor nominal. Esto aumentó la deuda extranjera de México muy rápidamente, pero en realidad el país recibía muy poco dinero. El gobierno mexicano no podía sostener pagos durante largos periodos y los obligacionistas de Londres se mostraban cada vez más impacientes. En octubre de 1850 el congreso mexicano aprobó una ley que tenía por objeto arreglar el problema de la deuda extranjera, y en 1851 se emitieron nuevos bonos que importaban 51 208 250 pesos. Éstos, conocidos más tarde como los bonos de Londres de 1851, estaban asegurados por la asignación del 25% de todos los derechos de importación, el 75% de los derechos de exportación recaudados en la costa occidental y el 5 en la costa oriental.[3]

Además de los millones debidos a los tenedores de los bonos de Londres de 1851, varias personas originarias de Inglaterra, Francia

[2] Edgar Turlington, *Mexico and her Foreign Creditors*, Nueva York, 1930, pp. 35-43. Este préstamo fue arreglado conforme a un convenio firmado en Londres con Goldschmidt y Cía. el 7 de febrero de 1814. Los bonos producirían 5% de interés y serían amortizables en 30 años. La compañía Goldschmidt los vendió al público al 58% de su valor nominal. En agosto de 1814 un segundo préstamo de 16 000 000 de pesos fue negociado en Londres con Barclay, Herring, Richardson y Cia. Se emitieron bonos con un interés del 6% en febrero de 1815 al 86-75% del valor nominal. México recibió menos de 10 000 000 de pesos después de deducidas las comisiones y otros gastos; de este total se aplicaron 3 000 000 de pesos para la amortización de bonos del préstamo Goldschmidt.

[3] Turlington, *op. cit.*, pp. 97-98.

y España presentaron otras reclamaciones contra México. Muchos extranjeros habían sido asesinados o habían sufrido daños personales durante la serie sin fin de revoluciones y muchos habían experimentado pérdidas de propiedades o de dinero. Durante los primeros años de la década de 1850 México y cada uno de los tres poderes europeos firmaron varios acuerdos, por los cuales el primero reconocía algunas de estas reclamaciones, y se comprometía a destinar distintos porcentajes de los ingresos aduanales para satisfacerlas.

En 1857 México se vio dividido otra vez por dos facciones que aspiraban al poder. El elemento conservador, dirigido por el general Félix Zuloaga, al controlar la ciudad de México, fue reconocido como el gobierno *de facto* por los representantes diplomáticos europeos. Los liberales, encabezados por Benito Juárez, se apoderaron de Veracruz, privando al gobierno conservador de los ingresos aduanales de tal puerto. Al carecer de dinero, el gobierno conservador negoció préstamos adicionales con sociedades inglesas.[4] Estos préstamos no solucionaron el problema financiero de México, por el contrario, sus obligaciones seguían aumentando.

Al principiar el año de 1859 Miguel Miramón sustituyó a Zuloaga. Bajo la dirección de Miramón la situación financiera tornose aún más caótica. Nuevos bonos fueron emitidos a favor de J. B. Jecker y Cía., con un valor de 15 000 000 de pesos en total. A cambio de éstos, el gobierno recibió 723 000 pesos en efectivo y más de 14 000 000 de pesos en bonos de la deuda interna, los cuales podían ser comprados en la bolsa de valores por menos del 5% de su valor nominal. La operación completa le costó a Jecker y Cía. poco menos de un millón de pesos. Esta compañía estaba registrada en Suiza pero los inversionistas principales eran de nacionalidad francesa.[5] La importancia de este préstamo es grande porque fue más tarde la causa de una de las principales disputas entre Francia y sus aliados.

El gobierno de Juárez hizo esfuerzos para satisfacer lo que consideraba reclamaciones legítimas de los extranjeros. En realidad, había aceptado aumentar las recaudaciones aduanales en Veracruz bajo

[4] *Ibid.*, p. 113.
[5] *Ibid.*, pp. 114-117.

la presión "diplomática" de buques de guerra ingleses, en 1859, y nuevamente en 1860.[6]

En noviembre de 1860 Miramón cometió el grave error de adueñarse de 660 000 pesos que Juárez había recaudado para los obligacionistas de Londres y que se encontraban guardados en un cuarto sellado de la legación británica. El representante de su majestad no se hallaba presente, ya que había salido de la ciudad de México para demostrar la desaprobación de su gobierno frente a la política de Miramón. Este golpe, más que nada, excitó el resentimiento de los ingleses, que lo vieron como una ofensa contra el honor de su país. Lord Russell, ministro británico de Relaciones Exteriores, se vio obligado a discutir el asunto en el parlamento, donde se le preguntó acerca de las medidas de seguridad que el gobierno había pensado tomar para proteger los intereses ingleses en México. Russell contestó que la posición de Gran Bretaña era muy difícil; la ofensa había sido cometida por Miramón, que se había apoderado del interior del país, y los navíos ingleses sólo podían ejercer presión en la costa controlada por Juárez. En todo caso, afirmó Russell, el gobierno no pensaba declarar la guerra por este motivo.[7]

El 1 de enero de 1861 Juárez tomó posesión de la capital y de la tesorería vacía. Más del 80% de las reclamaciones aduanales fue asignado para pagar a los acreedores ingleses, franceses y españoles,[8] y todavía faltaban otras reclamaciones por liquidar. Juárez rehusó aceptar la responsabilidad del préstamo Jecker y se negó también a reconocer un tratado firmado por el gobierno de Miramón con España, con el fin de liquidar las reclamaciones de súbditos españoles. A pesar de esto, no sobrevino inmediatamente una colisión con Inglaterra, y el gobierno de Juárez fue reconocido por Gran Bretaña en febrero de 1861. Sir Charles Wyke fue nombrado nuevo ministro en México.[9]

[6] *Hansard's Parliamentary Debates,* tercera serie, vol. CLXII, pp. 206-208; en lo sucesivo citado como *Debates.* Este artículo está basado en primer lugar en documentos oficiales; no he intentado hablar sobre transacciones no oficiales, a menos que se encuentren reflejadas en la correspondencia oficial.

[7] *Debates,* vol. CLXI, p. 340.

[8] Turlington, *op. cit.,* p. 124.

[9] *Ibid.,* pp. 127-128.

Wyke salió de Southampton rumbo a México el 2 de abril de 1861. Antes de su salida recibió instrucciones detalladas de lord Russell tocante a su comportamiento a su llegada a México. Estas instrucciones fueron redactadas en forma condicional, ya que las noticias tardaban aproximadamente seis semanas para llegar de México a Inglaterra. Russell hizo hincapié en el hecho de que el reconocimiento del gobierno de Juárez estaba "condicionado a la aceptación, por dicho gobierno, de la responsabilidad de México frente a las reclamaciones de súbditos británicos quienes [...] según las pruebas presentadas, habían sufrido daños por culpa de gobiernos sucesivos de México".[10]

Si el señor Mathew, encargado de negocios británicos, no había logrado el acuerdo de México sobre este particular, Russell advertía, Wyke tendría que proceder con discreción midiendo la oportunidad de presentar sus credenciales. Russell continuaba:

> La política del gobierno británico respecto a México es una política de no intervención; el gobierno británico desea ver a México libre e independiente y en posición de poder dirigir la administración civil del país, manteniendo la paz interna y cumpliendo con sus deberes internacionales sin la intervención de ningún poder extranjero.[11]

Después de prevenir a Wyke contra toda participación en la política interna de México, Russell hizo una declaración que indica claramente la actitud de su gobierno con respecto a las reclamaciones pendientes:

> Después de su llegada a México tiene usted que prestar su inmediata atención a la cuestión de las reclamaciones inglesas. Usted sabe que no ha sido práctica del gobierno de su majestad —aunque se ha considerado siempre libre para hacerlo— interferir autoritariamente en pro de los que han decidido prestar su dinero a los gobiernos extranjeros, y

[10] *British and Foreign State Papers 1861-1862,* Londres, 1868, vol. LII, p. 137, citado como *State Papers.*

[11] *State Papers* vol. LII, p. 138.

> los obligacionistas de México no han sido considerados como excepción a tal principio. El gobierno constitucional, sin embargo [...] firmó [...] un acuerdo por el cual se estipuló que [...] los ingresos aduanales de Veracruz y Tampico deberían asignarse a los obligacionistas británicos [...] Las reclamaciones de los obligacionistas, por esto, hasta el punto estipulado en estos arreglos, han adquirido el carácter de una obligación internacional, y usted deberá insistir, en consecuencia, en el cumplimiento puntual de las obligaciones contraídas en estos términos.[12]

Mathew había encontrado muy bien dispuesto a Francisco Zarco, ministro mexicano de Relaciones Exteriores, y había ya logrado establecer relaciones diplomáticas con el gobierno mexicano antes de la llegada de Wyke.

Cuando Wyke llegó a la capital lo primero que hizo fue presionar a Guzmán, que había sustituido a Zarco como ministro de Relaciones Exteriores, para lograr el pago de los 660 000 pesos que habían sido robados por Miramón de la legación británica, y de otra gran cantidad de dinero embargada por el general Santos Degollado, del gobierno de Juárez, cuando dicho dinero era transportado de México a Veracruz.[13] Guzmán reconoció la responsabilidad del gobierno respecto a la cantidad de que dispuso el general Degollado, pero afirmó que no había dinero para cumplir con el pago en la fecha especificada, la cual estaba fijada para cuatro meses después del reconocimiento de México por Gran Bretaña.[14] Guzmán señaló como responsables del robo de la legación a los individuos que habían cometido el crimen, diciendo que las autoridades habían tomado medidas para confiscar sus propiedades. Wyke se negó a aceptar esta solución y, con mucha vehemencia, insistió en que el gobierno mexicano aceptara plena responsabilidad. Guzmán adoptó entonces una actitud tan obstinada como la de sir Charles Wyke y no se logró ningún acuerdo. La situación se complicó aún más con el decreto presidencial que suspendía todos los pagos a los acreedores de la te-

[12] *Ibid.*, pp. 138-139.
[13] *Ibid.*, p. 154.
[14] *Ibid.*, pp. 166-167.

sorería nacional, con excepción de los atribuibles a convenios diplomáticos y el dinero llevado por el general Degollado.[15]

El 25 de junio de 1861 Wyke comunicó a Russell su opinión: "no se puede confiar ni en las promesas, ni aun en los compromisos formales del gobierno de México". Después de señalar que el antiguo partido católico seguía militarmente activo, propuso determinados procedimientos a seguir:

> En consecuencia, mientras continúen las disputas entre los partidos no vemos posibilidad alguna de obtener justicia por parte de uno de ellos, mientras nos concretemos a reprender en lugar de emplear la coerción.
>
> En tales circunstancias, me parece que nos quedan sólo dos caminos, a saber, retirar definitivamente la misión diplomática de un país en donde su dignidad se ve comprometida y por consiguiente se ha convertido en inútil, o bien apoyar su influencia por medios que obliguen la obediencia a nuestras justas demandas, obteniendo así la satisfacción de los males y perjuicios sufridos por súbditos británicos, cuyos legítimos derechos hay que hacer valer.
>
> No hay más que una manera de lograr tal satisfacción, y ésta es el empleo de las fuerzas navales de su majestad, simultáneamente en todos los puertos de ambas costas de la república, con lo cual se alcanzaría un efecto moral que igualaría a la presión material y lograría el cumplimiento inmediato de cualquier condición impuesta por nosotros.

Wyke recomienda también la ocupación de las aduanas mexicanas para asegurar el pago de las reclamaciones inglesas. Discute luego las reclamaciones de los franceses y los españoles y sugiere que a éstos se les podría pagar el porcentaje debido de los ingresos recaudados por los ingleses. Prosigue:

> Desde el momento en que mostremos nuestra resolución de no permitir más que el robo o el asesinato de súbditos ingleses quede impune seremos respetados, y todos los mexicanos razonables aprobarán un

[15] *Ibid.*, pp. 256-258.

> expediente que ellos son los primeros en encontrar necesario, para poner fin a los excesos cometidos cada hora y cada día bajo un gobierno tan corrupto como incapaz para el mantenimiento del orden o para la ejecución de sus propios decretos.[16]

Russell dio aprobación oficial a los actos de Wyke y le informó en una comunicación fechada el 21 de agosto de 1861:

> Ahora debo instruirle para que exija en primer lugar del gobierno mexicano que en los puertos de Veracruz y Tampico se instalen comisionados nombrados por el gobierno británico con el objeto de hacer efectivas, en nombre de los poderes que tienen convenios con México, las concesiones señaladas en tales convenios, los cuales deben ser pagados con los ingresos de las aduanas marítimas de la república; se incluyen en las cantidades a pagarse al gobierno británico la suma del robo de la conducta con el dinero hurtado de la legación británica [...]
>
> Si no cumplen estas condiciones, usted saldrá de México con todo el personal de su misión.[17]

Mucho antes de que Wyke recibiera la comunicación de Russell, la situación había empeorado aún más. Los mexicanos dieron "un paso adelante y suspendieron todos los pagos asignados a los acreedores extranjeros por los convenios con los ingleses, franceses y españoles".

Wyke concedió a los mexicanos cuarenta y ocho horas para retirar el decreto y después llevó a cabo su amenaza de suspender relaciones diplomáticas con el gobierno mexicano hasta no recibir nuevas instrucciones de Londres. M. de Saligny, el ministro francés, fue más allá de la suspensión de relaciones, llegando a suprimir todo contacto oficial con el gobierno mexicano. Wyke recomendó nuevamente "medidas muy decididas para demostrar a este gobierno que no puede actuar así impunemente".[18]

[16] *Ibid.*, pp. 269-271.

[17] *Ibid.*, pp. 285-286. El robo de la conducta se refiere al dinero hurtado por el general Degollado.

[18] *State Papers*, vol. LII, pp. 291-294.

Manuel de Zamacona, el nuevo ministro mexicano de Relaciones Exteriores, resintió amargamente las expresiones y los actos de Wyke, afirmando enfáticamente que la suspensión por dos años no significaba cancelación. Con cierta razón indicó que si hubieran sido menos las demandas de los acreedores, quizás el cumplimiento de los compromisos internacionales hubiera estado al alcance de las posibilidades.[19]

Russell, rehusando aceptar la falta de dinero como razón del incumplimiento de las deudas, ordenó a Wyke la ruptura de relaciones diplomáticas.[20] Todo estaba listo para la intervención tripartita.

La intervención

Gran Bretaña, Francia, España y Estados Unidos tenían intereses vitales en los asuntos de México, y todos opinaron que era necesario proceder de alguna manera. Llegados a este punto, nos parece prudente examinar brevemente la actitud de cada uno de estos países para determinar los puntos de similitud y divergencia con la política inglesa en el momento de tomarse la decisión de intervenir en México.

Después de ciertas negociaciones preliminares, Russell notificó al conde Cowley, embajador británico en Francia, y a sir John Crampton, embajador en Madrid, que Gran Bretaña estaba decidida a firmar un convenio con Francia y España con el objeto de obligar a México al cumplimiento de sus obligaciones financieras y a la satisfacción de los daños sufridos en México por los súbditos de cada uno de dichos países. Desde un principio aclaró que:

> En la opinión del gobierno de su majestad sería adecuado intercalar en tal convenio una cláusula en la que se estipule que las fuerzas de los interesados no serán empleadas para otros fines más que para los ya especificados y especialmente que no deberán intervenir en los asuntos internos de México.

[19] *Ibid.*, pp. 338-312.
[20] *Ibid.*, pp. 321-321.

> El gobierno de su majestad opina que el gobierno de Estados Unidos debe ser invitado a participar en tal convenio; pero no considera necesario que, en espera de la aprobación de Estados Unidos, los tres poderes aplacen el comienzo de las operaciones proyectadas contra México.[21]

Es interesante observar que, aunque Russell consideraba conveniente la participación de Estados Unidos, indicaba específicamente que su aprobación no era requisito previo para la intervención por parte de los poderes europeos. Su actitud respecto a la doctrina Monroe y a la buena voluntad de Estados Unidos están claramente expresadas en estas palabras dirigidas a Cowley y que no indican, evidentemente, que la política británica se basara en el miedo a Estados Unidos.

> Sin ceder de ninguna manera a las pretensiones extravagantes implicadas en la llamada doctrina Monroe, sería inoportuno e imprudente provocar la censura de Estados Unidos, a menos que se persiguiera un fin de capital importancia con razonable certeza de lograr el éxito.[22]

La insistencia británica en que todos los poderes acordaran no interferir estaba basada, en primer lugar, en el hecho de que Gran Bretaña ya había renunciado al principio de intervención militar en los asuntos internos de países independientes y se interesaba más en el comercio que en la conquista. William Seward, secretario de Estado norteamericano, adoptó un concepto parecido al de Gran Bretaña. En una carta a Charles Francis Adams, embajador de Estados Unidos en Gran Bretaña, afirmaba:

> En los últimos cuarenta y cinco años Gran Bretaña ha cambiado su carácter y sus objetivos. Se ha convertido en una potencia dirigida

[21] *Ibid.*, pp. 368-369. Las palabras de los párrafos citados eran idénticas en ambos comunicados, con excepción de la palabra "será" empleada en lugar de "sería" en el primer párrafo de la comunicación a Cowley.

[22] *Ibid.*, P. 367. Perkins ha citado este mismo párrafo para indicar el deseo de Gran Bretaña de evitar el antagonismo con Estados Unidos (p. 371). Yo creo que el pasaje indica: 1. que Gran Bretaña no reconocía la doctrina Monroe; 2. no le hubiera disgustado antagonizar a Estados Unidos en caso de perseguir un fin de capital importancia. México no lo era.

> hacia la producción más que hacia la destrucción. Se ha entregado, según nuestra opinión, a una política de industria, no de ambición; una política de paz, no de guerra. Es suficiente comparar su actual condición interna con la de cualquier época anterior para darse cuenta de que esta nueva carrera a la que se ha lanzado es tan inteligente como humanitaria y benéfica. Su éxito en esta carrera depende de que reine la paz en todo el mundo civilizado, y sobre todo en este continente.[23]

En segundo lugar, y aún más importante, Russell opinaba que sería tarea imposible para un gobierno extranjero tratar de establecer un clima de orden en México porque:

> Las facciones contendientes se extienden en un enorme territorio: no obedecen a uno, ni a dos, ni a tres caciques, sino que están divididas en grupos, cada uno de los cuales roba y asesina por cuenta propia. Ningún ejército extranjero tendría la menor probabilidad de establecer su autoridad permanente o efectiva sobre estos grupos dispersos.[24]

También pudo darse cuenta de que la presencia de españoles e ingleses sería resentida en México, aunque por distintos motivos. Los liberales tendrían miedo de que los españoles restituyeran el poder al partido católico, mientras que éste temería a los ingleses por ser liberales y protestantes.

España se mostró bien dispuesta a unirse a los ingleses y a los franceses para castigar a México. Sus reclamaciones financieras eran menos considerables que las de Gran Bretaña, pero España tenía por injuria a su honor la expulsión de su ministro en México sucedida a principios del mismo año. El hombre de Estado español, mariscal Leopoldo O'Donnell, informó a sir John Crampton que España intentaría seguramente intervenir en México para proteger a sus súb-

[23] *Foreign Relations* of *the United States 1860-61*, pp. 62-63, citado como *Foreign Relations.*

[24] *State Papers*, vol. LII, p. 367.

ditos y sus intereses. También indicó que España lo haría por cuenta propia, si fuera necesario, pero que se prefería obrar de acuerdo con Francia e Inglaterra. O'Donnell, a pesar de los deseos de algunos de sus compatriotas, consideraba la idea de establecer en México una monarquía constitucional como "quimérica".[25] Para subrayar su posición, los españoles afirmaron que la ocupación se limitaría a lo que fuera necesario, para lograr reparación a los perjuicios sufridos por súbditos españoles y la satisfacción por los actos que no fueran compatibles con los derechos y la dignidad del gobierno español.[26] Se pone pues de manifiesto que desde el principio España y Gran Bretaña estaban de acuerdo sobre este punto, y su criterio político permanecería invariable hasta el fin.

Egon Caesar Corti ha escrito una incisiva historia diplomática sobre el papel de Francia en el establecimiento del imperio mexicano, *Maximiliano y Carlota de México.* Corti opina que Napoleón III fue influido decisivamente por la emperatriz Eugenia y su camarilla de mexicanos desterrados; en consecuencia, Napoleón juzgó erróneamente la fuerza del sentimiento monárquico en México y supuso una demostración espontánea y extendida cuando los poderes europeos se decidieran a intervenir. La suspensión de pagos por el gobierno de México lo llevó a la convicción de que los ingleses apoyarían el proyecto. Obviamente los franceses se interesaban en el establecimiento de una monarquía en México, pero también estaban dispuestos a firmar el tratado de Londres con sus restricciones sobre la interferencia en los asuntos internos de México.[27]

El tratado de Londres fue firmado el 31 de octubre de 1861 por los representantes de Gran Bretaña, Francia y España. Según las estipulaciones del convenio, 1. los tres países acordaron mandar fuerzas suficientes para ocupar las fortalezas estratégicas de la costa, y los comandantes regionales recibieron autorización para hacer lo que fuera necesario a fin de proteger las propiedades y personas de sus compatriotas; 2. cada país se comprometió a no buscar venta-

[25] *Ibid.*, p. 323.

[26] *Ibid.*, p. 375.

[27] Egon Caesar Corti, *Maximilian and Charlotte of Mexico,* Nueva York y Londres, 1929, p. 110.

jas ni interferir en los asuntos internos de México; 3. una comisión mixta tendría autoridad para disponer de cualquier dinero recobrado en México, y 4. Estados Unidos sería invitado a participar en la intervención, pero las operaciones no se aplazarían en espera de su contestación.[28]

España había ya colocado una fuerza militar considerable en Cuba, y en consecuencia ocupó Veracruz el 17 de diciembre de 1861.[29] Poco después vinieron los franceses con unos millares de soldados, mientras que los ingleses se limitaron a 700 marinos,[30] suponiendo que con éstos se podían lograr los objetivos fijados.

Estados Unidos estaba enterado del desorden que reinaba en México. Los súbditos norteamericanos, igual que los de Gran Bretaña y Francia, habían padecido perjuicios financieros y personales en aquel país, y el Departamento de Estado tenía sus archivos llenos de peticiones. Seward avisó a Tomás Corwin, embajador de Estados Unidos en México, que estas quejas no serían presentadas "hasta que la próxima administración de México tenga tiempo, si fuere posible, de cimentar su autoridad y reducir los elementos perturbadores del orden y la tranquilidad". Corwin recibió muy claras instrucciones de notificar al gobierno mexicano que, a pesar de todo, estas demandas se presentarían a su debido tiempo.[31]

Seward consideraba ciertamente muy importante para Estados Unidos que México conservase su soberanía. En abril de 1861 daba impresión de interesarse más en las actividades amenazantes de los filibusteros de California y de los estados confederados que en los poderes europeos. Reconocía, por supuesto, que había la posibilidad

[28] *British Sessional Papers, House of Commons, 1862,* vol. 72-78, pp. 77-82. En la cámara de los comunes, el 6 de febrero de 1862, Benjamin Disraeli manifestó ansiedad respecto a los rumores que corrían en el sentido de que el objeto de la expedición a México era la imposición de un nuevo tipo de gobierno. Palmerston tranquilizó a Disraeli asegurándole que el tratado de Londres hablaba por sí mismo y revelaba que Gran Bretaña no estaba dispuesta a ser cómplice de "ninguna empresa que interfiriese en los asuntos internos del gobierno mexicano, y que limitamos nuestras operaciones a obtener satisfacción respecto a los males y perjuicios sufridos". *Hansard's Parliamentary Debates,* tercera serie, vol. CLXV, pp. 66-73.

[29] *State Papers,* vol. LIII, p. 376.

[30] *Debates,* vol. CLXIII, pp. 720-721.

[31] *Foreign Relations 1860-62,* p. 49.

de una intervención europea en México, si el orden no se restablecía pronto.[32]

El 30 de noviembre los embajadores de Inglaterra, Francia y España, conjuntamente, avisaron a Seward su intención de intervenir en México e invitaron a participar a Estados Unidos.[33] En su contestación, cuatro días más tarde, Seward reconocía que los poderes europeos tenían derecho de decidir por ellos mismos si había suficiente provocación como para recurrir a una guerra contra México, admitía sin reserva que Estados Unidos también tenía derechos pendientes, pero rehusaba cooperar con los aliados en razón de la política tradicional norteamericana de evitar alianzas, así como por el hecho de que México era una república hermana del continente americano, hacia la cual Estados Unidos mantenía sentimientos de buena voluntad. En esta misma carta Seward afirmaba que Corwin había sido autorizado para concertar un convenio con México, por el cual esperaba eliminar la necesidad de la intervención, facilitando a México el dinero necesario para el pago de sus deudas. Cautelosamente, señalaba que esto no se hacía ocultamente y que no había ninguna intención de antagonizar a los poderes europeos.[34]

En verdad Corwin concluyó un convenio, pero el senado de Estados Unidos se negó a ratificarlo y el préstamo norteamericano no llegó a hacerse efectivo.[35]

A principios de la década de 1860 nunca estimó Seward que la intervención de Francia, Inglaterra y España en México fuera de tal importancia que se pudiera correr el riesgo de una guerra. Él estaba demasiado preocupado con los problemas originados por la rebelión de los estados del sur. Estaba dispuesto, ciertamente, a ir a la guerra

[32] *Ibid.*, pp. 50-53.

[33] *State Papers*, vol. LII, pp. 381-392.

[34] *Ibid.*, pp. 394-397.

[35] Turlington, *op. cit.*, p. 143 y *Foreign Relations 1860-1862*, pp. 748-749. Corwin sugirió préstamos hasta por 11 000 000 de dólares al 6% de interés, garantizados con todos los bienes raíces de la república y todas las propiedades eclesiásticas de que no se había ya dispuesto. El senado rechazó el tratado por veintiocho votos contra ocho. La oposición consistía de tres grupos: 1. los que se oponían a una nueva anexión de territorio mexicano; 2. los que consideraban contrario al honor nacional tratar con países extranjeros respecto a México; 3. los que temían el impacto de los subsidios sobre el crédito de Estados Unidos.

en el caso de que Francia o Gran Bretaña dieran su reconocimiento a la Confederación, ya que esto aumentaría grandemente las posibilidades de una victoria sureña.

En mayo, advirtió a Adams que, respecto a la cuestión del reconocimiento de la Confederación, "puede estallar una guerra entre Estados Unidos y uno, dos o aun tres países europeos".[36] Al mismo tiempo, Seward estaba decidido a no dejarse provocar sólo por palabras. En junio escribió a Adams:

> Es la intención de este gobierno, en lo que sea compatible con el honor y bienestar nacional, no tener ninguna disputa seria con Gran Bretaña [...] Con este fin, el gobierno [...] ha decidido pasar por alto sin reclamación oficial las opiniones expresadas en la prensa inglesa, manifestaciones de opinión individual adversa emitidas en lo particular y los discursos de políticos ingleses, aun los de los ministros de su majestad en el parlamento, mientras tales opiniones no sean adoptadas oficialmente por el gobierno de su majestad.[37]

Los poderes europeos en México

Al parecer los mexicanos no habían apreciado en toda su importancia la determinación de los británicos, hasta que sir Charles Wyke leyó a Manuel de Zamacona, ministro de Relaciones Exteriores, la carta de instrucciones de Russell del 21 de agosto. Wyke describe la reacción de Zamacona con las siguientes palabras:

> Cuando le informé de la sustancia de las instrucciones de Vuecencia, y aun les di lectura, para que no existiera ninguna duda respecto al asunto, se quedó tan asombrado como alarmado y me expresó sincero deseo de que yo no le comunicara por escrito este asunto tan grave, hasta que él hubiera avisado al presidente y a sus colegas los otros

[36] *Foreign Relations 1860-62*, p. 74.
[37] *Ibid.*, p. 85.

ministros acerca del estado real del asunto, después de lo cual él me visitaría para enterarme de las opiniones de su gobierno.[38]

Zamacona pasó por lo menos dos horas por día con Wyke durante tres semanas, tratando de convencerlo de la imposibilidad de que cumpliera con las demandas de Gran Bretaña, para conseguir mejores condiciones. Zamacona esperaba que Estados Unidos aceptara prestar el dinero o asumiera la responsabilidad de hacer los pagos a los acreedores extranjeros de México. Su desilusión fue grande cuando Wyke le avisó que Inglaterra no aceptaría la intercesión de tercera persona e insistió en que sólo México era responsable del pago de lo que se reclamaba. Wyke, en realidad, firmó un tratado con Zamacona en que se concedió lo esencial de las demandas inglesas. Sin embargo, el congreso mexicano lo repudió brevemente, considerando que la instalación de cobradores de los acreedores en las aduanas sería un insulto al honor de México. Zamacona renunció inmediatamente a su cargo como ministro de Relaciones Exteriores.[39]

Tan pronto como las fuerzas aliadas se apoderaron de Veracruz, se estableció una comisión mixta con el fin de tratar con el gobierno mexicano. Sir Charles Wyke era el representante principal de Gran Bretaña, apoyado por el comodoro Hugh Dunlop, comandante de las fuerzas navales inglesas. Los franceses estaban representados por Dubois de Saligny y el almirante de la Gravière; los españoles por el general Juan Prim, comandante de las fuerzas españolas. La primera proclamación conjunta de los comisionados, a mediados de enero de 1862, fue una justificación de la intervención aliada y una súplica para llegar a una solución pacífica.[40]

El general Manuel Doblado, sucesor de Zamacona en Relaciones Exteriores, pronto manifestó su disposición de tratar con los comisionados aliados, invitándoles a avanzar hasta Orizaba con 2 000 hombres.[41] Mantenía una actitud conciliatoria y sir Charles Wyke consideró desde un principio que los asuntos se arreglarían

[38] *State Papers,* vol. LII, p. 383.
[39] *Ibid.,* pp. 382-387.
[40] *State Papers,* vol. LIII, pp. 398-399.
[41] *Ibid.,* pp. 416-418.

sin abierta hostilidad. Un convenio preliminar fue firmado en La Soledad el 1 de febrero, que estipulaba: 1. la negociación de controversias importantes; 2. permitía el movimiento de las fuerzas aliadas al interior, en regiones de clima más soportable; 3. acordaba que, si se rompían las negociaciones, las fuerzas aliadas se retirarían a la costa antes de principiar la guerra.[42] Empero, poco después Francia adoptó una política unilateral que resultó en el retiro de Gran Bretaña y de España.

Disolución de la alianza

No bien se había constituido la misión aliada cuando se suscitó una grave disputa. Cada comisionado tenía la responsabilidad de presentar dos clases de reclamaciones: las reconocidas previamente por México en tratados y convenios, y las que resultaran de demandas que no habían sido reconocidas de antemano. M. de Saligny señaló una suma de 12 000 000 de dólares para compensar las reclamaciones de esta clase, aunque admitió que no las había examinado y que esta suma no era más que una conjetura. En su reporte decía Wyke:

> Es éste un modo muy displicente de tratar semejante asunto, tanto más cuando la demanda francesa exige que esta suma y otras reclamadas sean pagadas sin discusión por el gobierno mexicano, el cual se encuentra privado del derecho de examinar las demandas por él mismo o por tercera persona.[43]

Además de esta demanda, de Saligny insistió en presentar la reclamación de Jecker por 15 000 000 de dólares, de los cuales, se recordará, México había recibido menos de un millón. Wyke adoptó el punto de vista de que estas demandas eran exorbitantes y, si se insistía en ello, el resultado sería sin lugar a duda una guerra inmediata contra el gobierno mexicano. Wyke y el general Prim intentaron persuadir a de

[42] *Ibid,* pp. 463-464.
[43] *Ibid.,* pp. 404-405.

Saligny de que modificara o retirara estas demandas, pero no tuvieron éxito. Como resultado, los representantes de los tres países acordaron detener la presentación conjunta de reclamaciones específicas hasta recibir instrucciones directas de sus gobiernos.[44] Aunque los comisionados franceses aceptaron esta proposición, Wyke avisó a Russell:

> Evidentemente lo hicieron de mala gana, debido a la extraña hostilidad de M. de Saligny hacia el gobierno de Juárez, del cual también quiere deshacerse el almirante de la Gravière, con la esperanza de sustituirlo por una monarquía. Todavía queda por verse si tal cambio sería o no beneficioso, pero si en realidad ocurriera, debería proceder de la propia voluntad de la nación, ya que cualquier sugerencia que viniere de nuestra parte respecto a tal asunto sería tomada por los mexicanos como una injustificable interferencia.[45]

A principios de marzo Russell recibió el informe de sir Charles Wyke referente a las dificultades encontradas frente a los franceses, e inmediatamente instruyó a Cowley en París, para que sondeara al gobierno francés con el propósito de conocer su opinión respecto a las demandas hechas por De Saligny. Sin esperar la contestación de Cowley, Russell reiteró a Wyke la actitud británica en cuanto a intervención en los asuntos internos de México:

> El gobierno de su majestad no desea dar ni siquiera la impresión de que quiera interferir en los asuntos internos de México. Si los mexicanos logran establecer un gobierno central efectivo, capaz de mantener el orden en el interior y de proteger a los negociantes extranjeros, el apoyo moral del gobierno británico se dará de buena gana a México, sea cual fuere la forma particular del gobierno mexicano.[46]

Cowley habló con M. Thouvenel, el ministro francés de Relaciones Exteriores. Thouvenel mantuvo que, por el tratado de Lon-

[44] *Ibid.*, pp. 403-407.
[45] *Ibid.*, pp. 406-407.
[46] *Ibid.*, p. 419.

dres, cada firmante se veía obligado a apoyar sólo aquellas demandas previamente admitidas por los otros, mientras que aquellas que no habían sido admitidas todavía quedaban a la decisión del gobierno interesado sin someterse al juicio de los aliados. Añadió que si las demandas de algún gobierno fueran de tal naturaleza que los otros países no pudieran apoyarlas en conciencia, aquel gobierno tendría que proceder solo para imponerlas. Thouvenel defendió la reclamación de Jecker, arguyendo que éste había recibido anticipos de súbditos franceses y por ello se trataba de "reembolsar los bonos cuyo valor había sido pagado".[47]

Pocos días después Thouvenel cambió su interpretación del tratado de Londres y asumió el punto de vista de que cada uno de los aliados estaba comprometido a apoyar las pretensiones de los otros, sin intentar juzgarlas. Russell no estuvo conforme, y un acuerdo se hizo imposible.[48]

Corti afirma que el almirante Jurien de la Gravière había recibido instrucciones secretas de Napoleón III para animar al partido monárquico en México (p. 128). Sea lo que fuere, los franceses adoptaron una actitud intransigente que impedía llegar a un arreglo razonable con el gobierno de Juárez. Al mismo tiempo, la vanguardia de los desterrados mexicanos que propugnaban una monarquía encabezada por Maximiliano empezaba a llegar a Veracruz. El primero de ellos fue el ex presidente Miramón, que había robado de la legación británica los 660 000 dólares. Miramón fue inmediatamente detenido por los ingleses, que no tenían intención de permitirle que reanudara la guerra civil mexicana.[49]

Sin embargo, los franceses continuaban según lo proyectado. Al poco tiempo llegaba a México el general Juan Almonte bajo protección francesa y avanzaba hacia el interior hasta Córdoba, donde las fuerzas francesas habían acampado. Wyke reaccionó violentamente contra lo que consideraba "una violación de la neutralidad,

[47] *Ibid.*, pp. 433-435.
[48] *Ibid.*, p. 437.
[49] *Ibid.*, pp. 425-429.

a la conservación de la cual estamos todos comprometidos por las estipulaciones del convenio del 31 de octubre pasado" (el tratado de Londres). También afirmaba que:

> Solamente evitando derramamientos de sangre y logrando que nuestra intervención sea considerada bajo el aspecto de un protectorado amistoso, obtendremos el éxito de nuestra misión, reuniendo alrededor de nosotros a todos los prudentes y buenos habitantes del país, y con el apoyo de éstos, lograremos la consolidación de un gobierno que represente la inteligencia y la respetabilidad del país.
>
> No es apoyando abiertamente a la facción reaccionaria y renovando la guerra civil como se puede establecer aquí una monarquía; dicha transformación sólo podrá llevarse a cabo por el deseo de un partido influyente en este país, resuelto a adoptar aquella forma de gobierno por su propia voluntad y sin sufrir la imposición de esta forma de gobierno por medio de bayonetas extranjeras. Tal partido todavía no ha aparecido, actualmente no existe o hubiera dado señales de vida durante los tres últimos meses, en los cuales los aliados han ocupado una porción del territorio mexicano con una gran fuerza armada.[50]

El almirante Jurien de la Gravière declaró entonces que consideraba inútil tener nuevas conferencias con el gobierno mexicano y que pensaba retirar sus tropas a la línea original, antes de comenzar la guerra.[51] Poco después los españoles y los ingleses se retiraron, dejando solos a los franceses.[52] Almonte se proclamó inmediatamente salvador de México y así comenzó la marcha hacia la ciudad de México.[53]

[50] *Ibid.*, p. 502.

[51] *Ibid.*, pp. 505-508.

[52] *Ibid.*, pp. 50-532. Un análisis interesante de acontecimientos que condujeron al retiro de España y Gran Bretaña está incluido en *Debates*, vol. CLXXVI, pp. 351-360.

[53] *State Papers*, vol. LIII, pp. 568-570.

El reconocimiento del imperio mexicano por los ingleses

Las negociaciones diplomáticas que resultaron en la elevación de Maximiliano y Carlota al trono han sido detalladas por Corti. No hay necesidad de repetirlas; por lo tanto, no haremos más que considerar brevemente las acciones y actitudes de Gran Bretaña respecto a la candidatura de Maximiliano.

El archiduque Maximiliano se mostró profundamente interesado cuando Napoleón III le sugirió la posibilidad de convertirse en emperador de México. Maximiliano reconoció que el desorden reinaba en México pero, al parecer, también tenía verdadera confianza de poder restablecer el orden y la prosperidad si llegaran a cumplirse ciertas condiciones. Estipuló que aceptaría el trono sólo si el pueblo mexicano lo deseaba y si los principales poderes europeos lo apoyaban hasta que hubiera restablecido el orden político y económico. Específicamente afirmó que consideraba el apoyo activo de Gran Bretaña como una condición *sine qua non.*[54]

En un principio Inglaterra hizo todo lo posible por disuadir a Maximiliano de aceptar el trono de México, llegando hasta ofrecerle el trono de Grecia, que en esta época se encontraba vacante. Maximiliano rechazó esta oferta con indignación, porque la corona de Grecia había sido ofrecida antes a otros príncipes, que la habían rehusado.[55]

Sir Charles Wyke regresó a México e hizo algunos esfuerzos con el fin de disuadir a Maximiliano. Wyke pensaba que una monarquía constitucional podría ser la solución de los problemas de México, pero que ésta nunca llegaría a consolidarse si se establecía bajo el patrocinio del partido católico conservador radical, al cual pertenecía la mayoría de los desterrados mexicanos. Wyke creía que la única esperanza de éxito residía en lograr el apoyo de los liberales moderados, pero hasta el momento éstos no habían mostrado ninguna inclinación hacia una monarquía. Wyke viajó a Viena con el

[54] Corti, *op. cit.*, p. 173.
[55] *Ibid.*, pp. 202-203.

único objeto de convencer al conde Rechberg, ministro austriaco de Relaciones Exteriores, de que debía insistir con Maximiliano para que éste se retirara.[56]

Poco después marchó Wyke a París, en donde expuso claramente ante Napoleón III que Inglaterra consideraba increíble que Maximiliano pensara embarcarse en tan desesperada aventura. Dijo francamente a Napoleón que, según su opinión, la autoridad de Maximiliano no se extendería más allá de los fusiles de sus defensores. En el mismo viaje, Wyke encontró al confidente personal de Maximiliano, Stefan Herzfeld, y le dio una idea clara de la actitud del gobierno británico. Dijo a Herzfeld que Inglaterra se divertía secretamente con los problemas de Napoleón en México, porque éstos le conducirían probablemente a buscar la paz en Europa. También aclaró Wyke que Inglaterra no daría su apoyo a un aventura que no prometía tener éxito, y que su país se sentía en la obligación de prevenir al archiduque sobre este punto.[57]

Estas opiniones fueron debidamente comunicadas a Maximiliano y obviamente debe haber comprendido que nunca recibiría el apoyo oficial de los ingleses, lo cual él había antes afirmado ser condición de su aceptación. Con el tiempo, el deseo de Maximiliano de alcanzar el trono aumentaba a medida que las dificultades se revelaban: confiaba cada vez más en los consejos que recibía de Napoleón, Eugenia, y los desterrados mexicanos.

Hacia finales del verano de 1863 el ministerio británico de Relaciones Exteriores recibió una copia de una carta particular escrita por un señor White de la ciudad de México, el día 23 de junio. Entre otras cosas la carta dice:

[56] *Ibid.*, pp. 237-239.

[57] *Ibid.*, p. 289. Tanto Corti (p. 286), como Perkins (p. 392) indican su opinión diciendo que Wyke procedía con el conocimiento y la aprobación del Ministerio de Relaciones Exteriores. Estoy de acuerdo. El archiduque invitó a Wyke a una reunión en su apartamento en el hotel Clarendon, el 14 de marzo de 1864, cuando Maximiliano iba de visita a Londres. Al día siguiente Wyke comunicó los detalles de esta reunión al Ministerio de Relaciones Exteriores. Según Wyke, él avisó al archiduque que su única esperanza de éxito se hallaría en separarse del partido católico y en lograr el apoyo de los liberales. Wyke también dio su opinión de que Maximiliano no tenía un plan definitivo y confiaba en el efecto de su presencia en México para el restablecimiento de la paz, PRO, FO 50, vol. 383, pp. 56-60.

> *[sic]* Todo el asunto [la situación política] parece desconcertante, especialmente desde el decreto que requiere una asamblea de notables para determinar la forma de gobierno que se establecerá; una cosa está, sin embargo muy clara, que esta forma va a ser exactamente la que resuelvan las autoridades francesas. Mi propia interpretación de este documento es que van a escoger una monarquía; y ésta es la opinión comúnmente aceptada. Por supuesto, es absurdo suponer que doscientas cincuenta personas en la capital, sean representativas del país entero.

White indicó correctamente que las fuerzas francesas en México (70 000 hombres en esa fecha) no serían capaces de subyugar al país sino sólo los alrededores de la ciudad.[58]

Durante todo el año de 1863 el ministerio británico de Relaciones Exteriores siguió recibiendo mensajes de México, indicando las dificultades de elevar a Maximiliano al trono.

A pesar de todas las dificultades, aceptó Maximiliano la oferta de la asamblea de notables convocada por los franceses y llegó a Veracruz el 28 de mayo de 1864. La recepción inicial en Veracruz fue tibia y después de un molesto viaje por carreteras en malas condiciones, llegó finalmente a la ciudad de México.[59]

La cuestión del reconocimiento del imperio mexicano se había convertido en un asunto de interés para Inglaterra aun antes de la llegada de Maximiliano a México. El gobierno británico estaba sometido a una gran presión para reconocer a Maximiliano, por algunos miembros del parlamento, por los intereses comerciales y, por supuesto, por el gobierno francés. El asunto del reconocimiento fue propuesto desde el día 19 de febrero de 1864 y Lugard contestó de parte del gobierno que "el gobierno de su majestad se había negado hasta entonces a dar su opinión sobre aquel asunto".[60] El 17 de mayo el periódico *London Times* expuso la opinión de que Maximiliano

[58] Public Records Office, FO 50, vol. 378, pp. 84-85, microfilm, citado en lo sucesivo como PRO, FO 50. Las transcripciones del material Crown aparecen con el permiso del Controller of H. M. Stationery Office.

[59] *London Times,* 28 de junio de 1864.

[60] *Debates,* vol. CLXXIII, p. 793.

sería benéfico para México y su elevación al trono aumentaría las posibilidades de que las reclamaciones de los extranjeros fueran atendidas. El mismo artículo criticaba fuertemente al gobierno británico, acusándolo de no haber apoyado debidamente las reclamaciones de sus súbditos.

Sin embargo, el sentimiento en pro del reconocimiento no era unánime. Hacia fines de julio de 1864, Kinglake pronunció un discurso crítico en el parlamento. En él indicaba que los franceses controlaban sólo una pequeña región del país, los mexicanos no mostraban inclinación alguna hacia la monarquía y el gobierno, al parecer, "había prometido al gobierno francés que reconocería la invasión". Palmerston contestó débil y evasivamente a Kinglake, negando que Inglaterra "hubiera prometido prematuramente el reconocimiento del emperador de México aun antes de que aquel imperio estuviese realmente establecido".[61] El hecho es que el 7 de mayo lord Cowley recibió instrucciones de avisar a los franceses "confidencialmente" que Gran Bretaña reconocería a Maximiliano como emperador de México tan pronto como éste proclamara que se había apoderado del gobierno.[62]

Un ejemplo de la presión ejercida sobre el ministerio de Relaciones Exteriores para obtener el reconocimiento de Maximiliano es la resolución enviada al ministerio en nombre de Ralph Turnbull, secretario de la cámara de comercio de North Shields y Tynemouth. Esta resolución propiciaba el reconocimiento inmediato del imperio mexicano con miras a favorecer el comercio, estipulando las condiciones comerciales "calculadas para promover los intereses marítimos del Reino Unido junto con los de las otras naciones marítimas".[63]

Además de los intereses comerciales de Gran Bretaña, los obligacionistas también abogaban por el reconocimiento. Lamentaban amargamente que, con la disolución de la misión aliada en México para administrar sus reclamaciones, los franceses hubieran sido favorecidos.[64]

El London Times del 29 de noviembre de 1864 incluye una fas-

[61] *Ibid.*, vol. CTXXVI, pp. 2199-2204.
[62] PRO, FO 50, vol. 383, pp 128-130.
[63] PRO, FO 50, vol. 378, p. 222.
[64] *London Times*, 22 de septiembre de 1864.

cinadora y penetrante comparación de las actitudes de los franceses y los ingleses respecto a la intervención. Después de afirmar que Inglaterra reconocería pronto a México, el artículo prosigue:

> Vemos al gobierno francés apoyando la intervención, mientras el gobierno inglés pone dificultades; el pueblo inglés, aplaudiéndola, mientras el pueblo francés la critica; y mientras los capitalistas franceses retroceden, los capitalistas ingleses se lanzan a los bancos, ferrocarriles, la minería, el gas y a compañías de todo tipo. A primera vista, pues, los dos países y sus gobiernos respectivos operan, al parecer, con ideas encontradas. Esto, sin embargo, no es la verdad. Cada gobierno y cada pueblo se conduce según su instinto propio. El gobierno francés apoya la intervención porque aumenta la gloria de Francia y sigue la línea de la política sagaz de Napoleón III. El gobierno inglés objeta a la intervención, porque pretende aparecer totalmente indiferente frente a lo que ocurre en aquella región del continente americano. El pueblo inglés la aplaude porque el establecimiento de un gobierno firme y permanente en México abrirá un campo enorme a las empresas comerciales e industriales, asegurando, además, el pago de millones de dólares que, de otra manera, se perderían; y el pueblo francés la critica, porque ha obligado a Francia a sacrificios de hombres y dinero, en su opinión mucho mayores que las ventajas que pudieran obtenerse en el futuro.

La combinación de ventajas comerciales y el deseo de mantener relaciones amistosas con Francia inclinaron la balanza en favor del reconocimiento. Sir Peter Campbell Scarlett fue designado para representar a Gran Bretaña en la corte de México.

Después del reconocimiento de México

Las instrucciones entregadas a Scarlett por el ministerio de Relaciones Exteriores (aprobadas por Palmerston y la reina Victoria) le indicaban asegurar a Maximiliano que Inglaterra deseaba "relaciones muy amistosas con México", pero que le advirtiera que

la política británica respecto a la intervención interna no había cambiado:

> Usted se abstendrá de cualquier interferencia, aun por medio de consejos, en los asuntos internos de México; pero dirá sin particularizar que un gobierno fundado sobre la libertad de conciencia y la justicia para todos sería, según la opinión del gobierno de su majestad, el único capaz de poner fin a los males que afligen a México desde hace tanto.[65]

Scarlett presentó sus credenciales a Maximiliano el 8 de febrero de 1866. Casi desde un principio sus comunicaciones al ministerio de Relaciones Exteriores reflejan su creciente convicción de que la única esperanza en cuanto al problema financiero de México sería un préstamo considerable garantizado por los poderes extranjeros.[66] En vista de que no había mantenido secreta esta opinión, fue necesario prevenirle con firmeza que:

> El gobierno de su majestad no tiene ningún interés en tal garantía y si usted hubiese sugerido a quien fuere que el gobierno de su majestad podrá ser persuadido, ante posibles contingencias, de alterar su decisión, deberá desilusionarlos inmediatamente.
>
> Es necesario que Ud. entienda que el gobierno de su majestad ni desea ni intenta interferir de ningún modo directa o indirectamente en los asuntos internos de México. Requiere de México el cumplimiento puntual de todos los tratados y convenios firmados en cualquier época con Gran Bretaña, actualmente en vigor, y la protección absoluta de las vidas, de los derechos y los bienes de los súbditos británicos. El deber de usted, como ministro de su majestad, será dirigir su atención constante para lograr estos fines.[67]

Scarlett sintió el aguijón de esta reprimenda y contestó de inmediato que él nunca había fomentado la idea de que Inglaterra garanti-

[65] PRO, FO 50, vol. 384, pp. 5-6.
[66] PRO, FO 50, vol. 385, p. 76.
[67] PRO, FO 50, vol. 384, pp. 66-68.

zaría un préstamo a México, aunque no había ocultado "mi deseo de que el emperador Maximiliano pueda ser capaz de arreglar un préstamo en Europa".[68]

El día 21 de julio Scarlett informaba a Lord Russell que:

> *[sic]* Hay sólo tres caminos abiertos al gobierno francés:
>
> 1° El que están siguiendo actualmente, en mi concepto el más peligroso para todos los interesados [...] La insuficiencia de los medios adoptados da nuevas esperanzas a todos los descontentos en el imperio.
>
> 2° Los franceses podrán tal vez resolver sus dificultades, pero sin honor, pues deberán abandonar la empresa que han acometido [...]
>
> 3° El emperador Napoleón puede decretar la ocupación completa de este país por una fuerza francesa mucho mayor.
>
> Fue una circunstancia afortunada para Inglaterra y España que pudieran retirarse honorablemente de una empresa tan onerosa y difícil como el arreglo de los asuntos mexicanos.[69]

La contestación a este comunicado tuvo también un terco crítico. El ministerio de Relaciones Exteriores señaló con firmeza que Campbell Scarlett no había seleccionado bien sus palabras al referirse al retiro inglés como "una circunstancia afortunada". La comunicación del ministerio decía claramente que el retiro, no era "una circunstancia afortunada", sino el resultado de una resolución inalterable de abstenerse de intervenir en los asuntos internos de México.[70]

Durante 1865 las fuerzas francesas tuvieron constantes triunfos, pero no fueron suficientes para ocupar efectivamente todo el país. El público inglés comenzó a entenderlo así, cuando el *London Times* reconoció que en realidad la guerra no estaba todavía terminada, a pesar de las victorias sucesivas de los imperialistas.[71]

Campbell Scarlett escribió a Russell el 29 de septiembre de 1865

[68] PRO, FO 50, vol. 386, pp. 204-205.
[69] PRO, FO 50, vol. 387, p. 35.
[70] PRO, FO 50, vol. 364, pp. 153-155.
[71] *London Times,* 12 de agosto de 1865.

comunicándole que, en su opinión, le sería imposible a Maximiliano restaurar la paz sin ayuda del extranjero. Había llegado a la conclusión de que el país no estaba listo para instituciones liberales y que necesitaba un poderoso gobierno militar.[72] La situación seguía empeorando, pero Inglaterra no se desviaba de su política de no intervención.

A mediados de 1866 las probabilidades de éxito habían disminuido tanto que Scarlett escribió a Londres pidiendo instrucciones sobre su conducta en caso de que Maximiliano se viera obligado a abandonar el país.[73] Se le ordenó que en tal caso debería quedarse en México y hacer todo lo posible para dar protección a las vidas y propiedades de los súbditos británicos. Se le previno nuevamente que no debía ofrecer sus opiniones ni tomar parte en las disensiones internas de México.[74] La última parte de esta instrucción iba a desobedecerla al poco tiempo.

A fines de agosto de 1866 era opinión general a ambos lados del Atlántico que la posición de Maximiliano era casi desesperada. Los sentimientos en Europa cada vez tendían más hacia la creencia de que lo mejor sería que Maximiliano abandonara México y los franceses también se retiraran.[75] Las pruebas indican que Maximiliano participó de esta opinión por algún tiempo, pero se dejó disuadir por el padre Fischer, religioso de reputación dudosa que actuaba como su secretario, de que abandonar México sería deshonroso. El padre Fischer se dirigió a sir Peter Campbell, urgiéndole a que tratara de influir en Maximiliano para que permaneciera en el país. En violación directa de las instrucciones recibidas de Londres, Scarlett escribió a Maximiliano el 4 de noviembre, recomendándole que no se retirara sin convocar al congreso para poner el asunto a votación.[76] Es de creerse que Campbell Scarlett fue en cierto grado responsable de la decisión de Maximiliano de permanecer en México. En este sentido, ocasionó un grave perjuicio a Maximiliano y fue, indudablemente,

[72] PRO, FO 50, vol. 387, pp. 311-316.
[73] PRO, FO 50, vol. 396, pp. 14-15.
[74] PRO, FO 50, vol. 393, pp. 138-139.
[75] *London Times,* 31 de agosto de 1867.
[76] PRO, FO 50, vol. 397, pp, 6-13.

culpable de desobediencia respecto a las instrucciones de su propio gobierno.

Lo que resta de la historia de Maximiliano es bien conocido y se puede decir en pocas palabras. Los franceses, enfrentados a una difícil situación política en Europa y a unos Estados Unidos recuperados en América, retiraron sus tropas. Maximiliano decidió tratar de resistir, encabezando sus tropas en Querétaro, donde fue traicionado por un oficial de su estado mayor.[77] El embajador británico en Washington pidió a Estados Unidos que interviniera para salvar la vida de Maximiliano, pero los americanos fracasaron.[78] Maximiliano murió valerosamente frente a un pelotón de ejecución la mañana del 19 de junio de 1867.

Inglaterra tenía todas las intenciones de reconocer al gobierno de Juárez siempre que pudiera mantener la estabilidad, pero esta vez la decisión no estaba en sus manos. Juárez se negó a reconocer a los representantes que habían sido acreditados ante el imperio mexicano.[79] Gran Bretaña no tenía otra alternativa que retirar a sus representantes de México y durante cerca de diecisiete años no existieron relaciones oficiales entre Inglaterra y México.[80]

Conclusiones

Gran Bretaña firmó el tratado de Londres en 1861, aceptando la intervención en México al lado de Francia y España porque, en su opinión, se habían cometido abusos suficientes contra los súbditos ingleses y, en cierto grado, su honor se hallaba comprometido. Se retiró porque los franceses insistieron en violar la restricción incluida en el tratado de Londres contra cualquier intervención en los asuntos de México.

[77] *London Times*, 31 de agosto de 1867.

[78] PRO, FO 50, vol. 404, pp. 60-63.

[79] PRO, FO 50, vol. 407, pp. 183, 198.

[80] A. P. Tischendorf, "The British Foreign Office and the Renewal of Anglo-Mexican Diplomatic Relations 1867-1884", *Inter American Economic Affairs*, XI, verano (1957), pp. 37-58.

La política de no intervención en los asuntos internos de México fue promulgada a principios de 1861 y mantenida consistentemente en adelante. Inglaterra estaba interesada en comerciar con México, no en dominarlo.

Cuando se tomó la decisión de intervenir, Inglaterra comprendió que Estados Unidos quería establecer su hegemonía en el hemisferio occidental, pero eso no influyó mayormente en los planes británicos. La operación proyectada era estrictamente conforme al derecho internacional de aquella época y Estados Unidos no adoptó una actitud agresiva respecto a México hasta que los estados separatistas estuvieron nuevamente bajo control, cuando era ya evidente que Juárez saldría triunfante. Fue entonces cuando Estados Unidos logró obtener tácita admisión por parte de Europa de que en realidad existía la doctrina Monroe. Previamente al retiro de los franceses, la doctrina no tenía ningún efecto práctico en la formulación de las políticas, no sólo de Gran Bretaña, sino de ninguno de los otros grandes estados europeos.

Si las circunstancias se examinan objetivamente y a la luz de las prácticas internacionales de 1860, no se puede criticar a Gran Bretaña por su decisión de intervenir en México y sí debe aprobarse su decisión de retirarse cuando los franceses violaron el tratado de Londres. La decisión de reconocer al imperio mexicano puede ser considerada retrospectivamente como un error, pero aun esto es discutible cuando se considera el probable resultado que una decisión negativa hubiera tenido sobre las relaciones entre Inglaterra y Francia. De cualquier modo, después de reconocer a Maximiliano, la política británica fue consonante con la de los años anteriores. Estaba decidida a no intervenir en los asuntos internos de México.

Fuentes

Bibliografía

Bemis, Samuel F., 1935, *Guide to Diplomatic History* of *the United States,* Washington, D. C.

Humphreys, R. A., 1960, *Latin American History: A Guide to the Literature in English*, Londres.

Fuentes primarias

British and Foreign State Papers LII-LIV, Londres, 1865. Importante fuente para los años de 1861-1861. Comunicaciones entre el ministerio de Relaciones Exteriores y los embajadores. Organizado por países. Contiene anexas varias cartas de oficiales mexicanos.

British Sessional Papers, House of Commons, 1862, LXIV microtarjetas. La mayoría de los datos interesantes están duplicados en otras fuentes primarias.

Foreign Relations of the United States, 1860-1861, 1861-1862 y 1862-1863, documentos presentados al congreso por el secretario de Estado.

Hansard's Parliamentary Debates, tercera serie, CLXI-CLXXX. Todas las referencias sobre México han sido verificadas. Microfilm.

London Times, 19 de enero de 1862 a 31 de diciembre de 1867. Todas las referencias sobre México han sido verificadas.

Public Records Office, F. O. 50, vol. 363-410. Comunicados de los cónsules británicos en México e instrucciones provenientes del Ministerio de Relaciones Exteriores para los años 1861-1867. Muchos datos interesantes incluyendo cartas que reflejan el punto de vista mexicano. Pude examinar estos documentos en microfilm en la Biblioteca Bancroft de la Universidad de California en Berkeley.

Fuentes secundarias

John Emerich Edward Dalberg Acton, "Rise and Fall of the Mexican Empire", *Historical Essays and Studies*, John Neville Figgis y Reginald Vere Lawrence (eds.), Londres, 1907, pp. 143-173.

Samuel F. Bemis, *The Latin American Policy of the United States*, Nueva York, 1943.

Ricardo Caillet-Bois, "Argentina y la intervención europea en Méxi-

co en 1862", *Historia Mexicana,* XII, julio-septiembre, 1962, pp. 552-594. [Incluido en este volumen.]

Howard F. Cline, *The United States and Mexico,* Nueva York, 1963.

Egon Caesar Corti, *Maximilian and Charlotte of Mexico,* Nueva York y Londres, 1929.

Daniel Dawson, *The Mexican Adventure,* Londres, 1935.

Gloria Grajales, "La alianza tripartita en el 'Public Record Office' de Londres", *Historia Mexicana,* XI, julio-septiembre, 1961.

K. A. Hanna, "Roles of the South in the French Intervention in Mexico", *Journal* of *Southern History,* XX, febrero de 1954, pp. 3-21.

Hubert Herring, *A History of Latin America,* Nueva York, 1964, pp. 304-335.

Miramón, Miguel, "Querétaro, 1867", *Historia Mexicana,* VII, julio-septiembre de 1957, pp. 124-140.

Henry B. Parkes, *A History of Mexico,* Boston, 1960, pp. 175-259.

Dexter Perkins, *The Monroe Doctrine 1826-1867,* Baltimore, 1933, pp. 357-548.

Robert A. Potash, "The historiography of Mexico since 1821", *Hispanic American Historical Review,* XL, agosto de 1960, pp. 381-424.

W. S. Robertson, "Tripartite Treaty of London 1861", *Hispanic American Historical Review,* XX, mayo de 1940, pp. 167-189.

A. P. Tischendorf, "British Foreign Office and Renewal of Anglo-Mexican Relations, 1867-1884", *Inter American Economic Affairs,* XI, verano de 1957.

Edgar Turlington, *Mexico and her Foreign Creditors,* Nueva York, 1930.

LA INTERVENCIÓN FRANCESA Y EL IMPERIO EN LA PRENSA URUGUAYA

Selva López Chirico

Casi es innecesario advertir a lectores latinoamericanos que no es la masa popular la que allí se expresa, sino un pequeño grupo cultivado intelectualmente. En el Montevideo de 1862 la actividad periodística ni siquiera es el patrimonio de la clase alta (complejamente integrada hacia esa época), sino de uno de sus sectores urbanos. La prensa obrera no existe aún. Son escasas minorías de las clases alta y media las que monopolizan el periodismo, y ellas se dirigen a los mismos sectores sociales de los cuales provienen. En cuanto al volumen de la prensa periódica, alcanza hacia esa época magnitudes nada inferiores a las actuales, si se tienen en cuenta índices de población y alfabetización.[1] Como rasgo característico, destaca la extrema europeización; abriendo un periódico al azar encontramos crónicas tomadas de publicistas del viejo continente, principalmente franceses, novelas traducidas, correspondencia de París, Madrid y Londres remitida por corresponsales orientales o exhibiendo la firma de figuras de mundial renombre, como Emilio Castelar; traducciones completas de piezas oratorias de políticos famosos del momento, especialmente liberales, como Jules Favre. América aparece, pero ocupa un lugar de menores proporciones y con frecuencia llega vía Europa. Entre las personalidades americanas que firman artículos, el chileno Francisco Bilbao es el más frecuentado y más atendido por los publicistas criollos. Los países sudamericanos del Pacífico, además de Argentina, proporcionan la mayor parte del material informativo acerca de América. Pa-

Historia Mexicana, vol. 19, núm. 2, octubre-diciembre de 1969, pp. 248-281.

[1] Carlos Real de Azúa, "Los clasicistas y los románticos", *Capítulo Oriental,* núm. 5, p. 77 (Montevideo), 1968.

rece no haber existido una relación directa con México, por lo menos hasta el momento de la intervención; más tarde aparecen menciones bastante frecuentes al periódico mexicano *La Revolución;* el grueso de las noticias referentes a la cuestión mexicana llega vía Europa, La Habana o países del Pacífico.

En cuanto al material utilizado, fue extraído de catorce periódicos editados en Montevideo entre 1862 y 1867, de los cuales uno solo cubre la totalidad del periodo estudiado.[2] Los seleccionamos según criterios de mayor difusión, representatividad de diversos núcleos de opinión tomando en cuenta las facetas del problema mexicano (por ejemplo católicos, promasónicos) y expresión de residentes extranjeros (franceses, principalmente). Como procedimiento metodológico, tratamos de perseguir la incidencia de la posición política nacional e internacional, religiosa, etc... en la apreciación de los sucesos mexicanos. En cuanto a la frecuencia de aparición de las noticias y editoriales, cabe aclarar que la máxima se da desde la entrada de las fuerzas coaligadas hasta la de Maximiliano; al "clímax" se llega en el momento de la defensa y caída de Puebla. Posteriormente, México sufre un eclipse en la prensa uruguaya, al punto de que el imperio aparece desdibujado. La razón fundamental del hecho radica, a nuestro juicio, en que la atención del periodismo se ve completamente absorbida por la guerra del Paraguay. La cuestión mexicana sólo vuelve a acaparar la atención del público cuando aquélla llega a su trágico desenlace con las ejecuciones de Querétaro.

Del plan del trabajo, sólo queremos decir que fue surgiendo naturalmente de la consulta de la prensa según los criterios antes expuestos. Intercaladas en el texto menudearán las transcripciones, de las cuales hicimos un abuso consciente, prefiriendo acercar al lector mexicano la frescura del documento virgen, la palabra muchas veces románticamente exaltada que un momento crucial de su historia suscitó en el distante Uruguay. En suma, tratamos de que México pueda, en esta ocasión, "mirarse" en el Uruguay. América debe reflejarse en América, si quiere convertirse en nación. Y el reflejo debe ser

[2] En 1865 triunfa una revolución en contra del gobierno constituido: dejan de aparecer algunos periódicos y salen otros.

perseguido, aunque sólo nos devuelva la imagen de la dependencia colonial. Mejor aún, "para" que ello ocurra, ya que solamente en la medida en que el pasado se haga consciente será posible superarlo.[3]

URUGUAY EN LA DÉCADA DE LOS SESENTA

Allá por el mes de julio de 1863 la prensa montevideana vibra unánime ante la heroica defensa y posterior rendición de Puebla a los franceses. Periódicos oficialistas y opositores, ultramontanos y masones, prodigan editoriales elogiosos para los defensores de la república contra la monarquía, de la soberanía nacional contra la invasión extranjera, del derecho contra la fuerza, de la causa americana contra las pretensiones europeas. Las rencillas internas, las más agudas contradicciones políticas, religiosas y filosóficas, parecen esfumarse cuando se trata de juzgar la cuestión mexicana, que en ese momento conmovió al mundo.

¿Cuál es el Uruguay que sustenta esa reacción simpática para el país americano amenazado en su independencia? ¿Qué profundidad y alcances tiene esa conmoción nacional? ¿Cuáles son los matices que jalonan la actitud de la prensa uruguaya frente a la aventura francesa en México y cuál el contexto mental que los explica? Dar respuesta a estas preguntas supone la necesidad de un bosquejo, aunque sea esquemático, del Uruguay contemporáneo de la intervención y el imperio en México.

El Uruguay de la década de los sesenta vive el comienzo de una nueva etapa histórica. El periodo colonial, prolongado hasta entonces en las estructuras económicas, sociales y políticas, es removido a impulsos de la penetración capitalista, cuyo resultado inmediato es la anexión más estrecha a los mercados europeos con todas las consecuencias que hecho tan significativo encierra. La estampa ganadera del país perdura, pero la estancia cimarrona y criolla comienza a ceder paso a un modo de explotación en que ya no se deja todo librado a

[3] Premisa hegeliana desarrollada en relación con Hispanoamérica por Leopoldo Zea, en *Dos etapas del pensamiento en Hispanoamérica,* México, El Colegio de México, 1949.

la naturaleza. El espíritu empresarial, personificado en algunos inmigrantes de apellido anglosajón, irrumpe en el campo uruguayo introduciendo el mestizaje ganadera y los primeros ovinos de raza, cuya difusión es rápida ante la expansión promisoria del mercado europeo. Al mismo tiempo, el telégrafo y el ferrocarril dan sus primeros pasos, anunciando la cercana época en que facilitarán la succión de la riqueza agraria del país hacia las lejanas metrópolis europeas.

Pero esos atisbos de modernización no bastan para ocultar la faz tradicional que aún conserva el territorio; éste mantiene su peculiar estilo de vida que se niega a abandonar y que impone un "rechazo instintivo y vital a los trasplantes extranjeros".[4] Más bien la penetración del progreso parece ahondar la distancia entre ciudad y territorio existente desde los primeros tiempos coloniales. El alud inmigratorio que acrecienta sin cesar la población del pequeño país (221 248 habitantes en 1860) se concentra fundamentalmente en Montevideo, al punto de que durante esa década los extranjeros casi equilibran a la población criolla en la ciudad capital, y ella encierra más de un 25% de la población total.[5] La tendencia señalada tiende a aumentar con el correr de la década, incrementando el aspecto de moderna Babel de la ciudad puerto volcada hacia afuera y con los ojos puestos en Europa. A la europeización espontánea que sucede al ingreso de los inmigrantes súmase la que acontece a raíz de la adopción de los patrones culturales europeos por parte de la elite doctoral ciudadana, usufructuaria principal de la vinculación con el mercado mundial. "A ella [...] débese la sujeción al europeísmo y en general a la influencia extranjera que ha de signar, para bien y para mal, la futura patria uruguaya. Es en definitiva su concepción de la civilización por obra de la aportación extranjera la que concluye modelando la sociedad, sometiendo, o destruyendo, los elementos hostiles, de tipo tradicionalista."[6] Pero en la década de 1960 esos elementos hostiles son parte de un complejo social vivo y actuante, que se manifiesta

[4] O. Bruschera, *Enciclopedia Uruguaya,* núm. 17, p. 125 (Montevideo), 1968.

[5] Juan Antonio Oddone, *La formación del Uruguay moderno,* Buenos Aires, EUDEBA, 1966.

[6] Ángel Rama, "El mundo romántico", *Enciclopedia Uruguaya,* núm. 20, p. 199 (Montevideo), 1968.

antitético a la ciudad europeizada y comercial, depositaria de todos los factores "civilizadores" (a juicio de la intelectualidad de la época), al contrario del campo, sumido aún en la "barbarie" heredada de la colonia.

La ciudad ejerce su predominio a través del Estado, patrimonio exclusivo del viejo patriciado de raigambre colonial, terrateniente y mercantil, a punto de ser desplazado por nuevos grupos empresariales de origen inmigratorio. Aquel grupo controla los dos grandes partidos tradicionales, aún inorgánicos y personalistas; pero no lo logra sin valerse del caudillo, único *nexo* posible entre campo y ciudad, elemento capaz de movilizar a la masa gaucha a la que el "doctor" de la ciudad no tiene acceso, para ponerla al servicio de las luchas internas de la oligarquía dominante. A veces el descontento de las clases inferiores contra los señores de la tierra se agudiza y provoca la fusión estrecha de los grupos oligárquicos, unidos por encima de las fronteras partidarias en la defensa de sus privilegios. Las guerras civiles que tanto conmovieron al siglo XIX uruguayo se rigen por esas coordenadas. El corolario de esa situación interna es la carencia de un Estado verdaderamente nacional; el poder aparece escindido y el gobierno residente en Montevideo no controla la totalidad del territorio. La soberanía nacional se resiente de esa situación: los partidos en pugna no vacilan en llamar en su auxilio a sus aliados de los Estados vecinos en una época en que las líneas divisorias de la Patria Grande aún no se marcaban con nitidez. Brasil, Argentina y Uruguay entrelazan sus políticas internas hasta el epílogo trágico de la guerra del Paraguay. A la influencia de los países vecinos se suma la que Francia e Inglaterra ejercen, apoyando sus aspiraciones con la escuadra.

Esa realidad política descrita transcurre casi en completo divorcio de las ideologías políticas inspiradoras de la clase dirigente, al margen de las mismas. El liberalismo es la doctrina esgrimida por los políticos patricios, pero la realidad muestra muy poco liberalismo efectivo. Baste como ejemplo la escasa representatividad que tiene el acto eleccionario: en 1887, en que las elecciones fueron particularmente puras, el porcentaje de votantes alcanzó solamente al 50% de la población total. Calcúlese lo que ocurriría dos décadas atrás.

Sin embargo, el grupo dirigente y usufructuario del poder se dice y se siente liberal. Esta ideología impregna todo el siglo. Al Uruguay del siglo pasado es legítimamente aplicable el juicio de Francisco López Cámara, según el cual

> el liberalismo en cuanto tal no constituyó propiamente una determinada filosofía ni mucho menos un programa político concreto. Hubo, es cierto, sistemas filosóficos de raigambre exactamente liberal, y diversos proyectos políticos de la misma inspiración y hasta hubo determinados sistemas filosóficos que tuvieron traducciones políticas programáticas. Pero el liberalismo fue algo más que todo eso: fue, por así decir, la atmósfera general, el ambiente, el clima ideológico en que se nutrieron no sólo todos esos programas políticos y filosóficos; sino aun la ética personal y la conducta doméstica de cada individuo.[7]

Junto a esto se da una verdadera "institucionalización del cambio"[8] a través de la adopción de la ideología liberal; se puede ostentar una conducta más o menos liberal, en los hechos, pero nadie osa declararse a sí mismo conservador, salvo algún caso que por lo aislado raya en lo patológico. El liberalismo es la ideología del progreso y significa una toma de posición contraria a él declararse conservador. Es esclarecedora en cuanto a ese rasgo nacional la posición asumida frente a la cuestión mexicana por la prensa católica. Ella adopta las mismas posiciones que los liberales de pura cepa y publica los escritos de Emilio Castelar. Y el hecho adquiere más significación aún si se tiene en cuenta que en la década de los sesenta el catolicismo uruguayo vivió su primera crisis interna seria; el catolicismo liberal, tendencia unánime hasta entonces, se ve desgarrado por la pugna en-

[7] Francisco López Cámara, *¿Qué es el liberalismo?,* citado por Clapa, *Enciclopedia Uruguaya,* núm. 27 p. 133 (Montevideo), 1968.

[8] El sociólogo uruguayo Aldo Solari, en su obra *El desarrollo social del Uruguay en la posguerra,* Montevideo, Ed. Alfa, 1967, p. 104, escribe: "El cambio es altamente valorado en el Uruguay. Ningún partido político, ningún movimiento ha osado, no osaría llamarse conservador. Este y otros hechos muestran que la adhesión al cambio ha sido institucionalizada. Este fenómeno es uno de los rasgos típicos de la modernización y vale la pena subrayar que es relativamente antiguo en la sociedad uruguaya, en tanto que muchas sociedades latinoamericanas están accediendo recién a él".

tre los católicos de tendencia masónica y los de orientación projesuítica. El proceso, que da sus primeros frutos institucionales en una serie de secularizaciones practicadas por el presidente Berro, católico él mismo, evoluciona más adelante hacia el enfrentamiento de catolicismo y racionalismo, cuando ya se ha producido el ingreso de éste al país, al compás de la influencia destacada del chileno Bilbao. "El racionalismo teísta, propio del catolicismo masón, sujeto todavía a la revelación bíblica, abre así el camino al racionalismo deísta de la religión natural, llamado a florecer en los próximos años."[9]

La clave de esa adopción incondicional del liberalismo hay que buscarla en el predicamento de que gozó entre nosotros todo lo europeo[10] durante el siglo pasado; fue una de las fases de la modernización, que en América Latina fue sinónimo de incorporación dependiente a la Europa capitalista. El hecho esencial de la dependencia explica las principales limitaciones de esa mentalidad colonial; las elites criollas que usufructúan la intermediación con el capitalismo europeo importan las ideologías foráneas que identifican con la civilización; pero "ese *stock* jurídico y político compuesto de todas sus piezas, que servirá para crear una ficción de aquella sociedad rica y evolucionada [...] no puede funcionar por sí mismo, pues ese sistema ha dejado su mecanismo, su cuerda, su fuerza motriz en Europa".[11] La fuerza motriz era la burguesía europea, en plena expansión de sus fuerzas; su instrumental ideológico, el liberalismo, perdía gran parte del significado y posibilidades al ser esgrimido por los grupos diri-

[9] Arturo Ardao, *Racionalismo y liberalismo en el Uruguay,* Montevideo, Universidad de la República, 1963, p. 157.

[10] En Uruguay la influencia cultural europea se ejerció fundamentalmente a través de Francia. Desde la guerra grande se produjo la vinculación de la Francia orleanista con los círculos antirrosistas residentes en Montevideo; además, desde esa época data la poderosa influencia de la colonia francesa en Uruguay; en cuanto a la preponderancia de la cultura francesa en el resto del continente, nos dice Ardao: "Toda la agitación racionalista en América en el tercer cuarto del siglo pasado, en torno a la figura central de Bilbao, está regida de cerca por el proceso francés. Francia era para la generación romántica y latinoamericana, la metrópoli espiritual. La doble reacción política y clerical en que Francia cae bajo Napoleón III, conmovió intensamente a América, en especial cuando la aventura de Maximiliano en México". Arturo Ardao, *Liberalismo y racionalismo en el Uruguay,* Montevideo, Universidad de la República, 1963, p. 92.

[11] Jorge Abelardo Ramos, *Historia de la nación latinoamericana,* Buenos Aires, Ed. Peña Lillo, p. 364.

gentes coloniales, apenas intermediarios entre la realidad agraria del terruño y los centros industriales dinámicos de la metrópoli.

El resultado de esa alienación europeizante fue la escisión de las minorías dirigentes con la realidad del propio ambiente social americano, la reducción a esquemas simplistas de esa misma realidad y la aplicación muy limitada de los principios predicados por la doctrina liberal, principios a los cuales, por otra parte, se rendía un culto casi religioso. La falaz antítesis de "civilización o barbarie" acuñada por Sarmiento en Argentina tuvo su vigencia en Uruguay, fundada en los mismos intereses y estructuras mentales. Lo bueno es lo europeo y lo malo es lo criollo. Ese escepticismo respecto a los valores nativos se funda ciertamente en la necesidad de mantener la hegemonía para el grupo terrateniente dominante. Y es ahí donde se quiebra las alas el liberalismo de la *inteligentsia* autóctona; donde pierde sustancia y se vuelve sólo un molde sin contenido. Se tiene una fe ciega en la república, pero sólo un 5% de los ciudadanos ejercen el derecho de voto; se abomina de los déspotas, pero no se tiene a mal el apoyo de corte netamente conservador a los "gobiernos fuertes";[12] se predica contra la pena de muerte, pero no se vacila en cometer los más horrendos crímenes siempre que ellos ayuden a combatir la "barbarie" criolla, a la cual precisamente se enrostran desmanes de ese tipo; en fin, se repudia la intervención extranjera en los asuntos internos de una nación hermana, pero se recurre a ella con más frivolidad de la esperada en principistas tan acendrados. Y lo curioso es que esa ambivalencia en la aplicación de la ideología no hiere en absoluto la fe principista, sostenida con el romántico apasionamiento de que sólo fue capaz el siglo XIX. El doctor Ardao la define, más que como una escuela política, como "un temperamento, fundado en la afirmación dogmática del liberalismo constitucionalista y en la rigidez absoluta de la moral cívica, sobre un fundamento filosófico espiritualista. Los principios de que se trata no eran otros que las libertades públicas y los derechos individuales. Con los ojos puestos en una república ideal, la república del derecho natural y de la razón pura (el Estado individualista del

[12] Carlos Real de Azúa, "Pensamiento y literatura en el siglo XIX; Las ideas y los debates", *Capítulo Oriental,* núm. 8, p. 112 (Montevideo), 1968.

89) se establecía la abstracta identificación entre la moral y la política, oponiéndose de un modo tajante en la escena histórica el bien y el mal. El bien era la libertad en todas sus expresiones, políticas, sociales, económicas, religiosas, educacionales; el mal era el despotismo".[13]

Los hombres que así piensan y obran, la llamada "generación del 50" (adelantada del principismo que dará sus mejores frutos después del 70), controlan la prensa y la opinión pública en la década de los sesenta. Son ellos los que en 1863 aclaman con fervor el heroísmo de los mexicanos en Puebla.

Vacilaciones iniciales de la prensa ante los rumores intervencionistas

En 1863 la cuestión mexicana ya hacía un año que acaparaba la atención de la opinión uruguaya. Durante ese lapso se produjo una evolución marcada en la prensa montevideana; en el primer momento, cuando comienzan a llegar las noticias de la coalición europea contra México, la actitud general es vacilante, aunque matizada de diversas formas. Las posiciones van desde una prudente prescindencia en la toma de partido (con el pretexto de hacer verdadero periodismo dando a conocer todas las opiniones sobre el asunto), hasta una inicial y apresurada adhesión a la causa intervencionista. De ésta fue necesario apearse casi de inmediato, no bien comenzaron a llegar noticias más abundantes sobre los sucesos. De las razones que aducen los que justifican la intervención surge no sólo la visión que se tenía de México por estas latitudes, sino los valores en nombre de los cuales se piensa en aquélla como benéfica.

> La guerra civil continúa asolando la mayor parte de los Estados. ¡Infortunada República! La gran cuestión, la cuestión que subordina y domina a todas las otras, es la de pacificación; porque con paz tendría ella industria y comercio y rentas, y con éstas, los medios de pa-

[13] Arturo Ardao, *Espiritualismo y positivismo en el Uruguay,* Montevideo, Montevideo, Universidad de la República, 1968, pp. 51-52.

> gar la deuda exterior y la interior y los empleados, las tropas, etc..., y cuando la intervención europea le ofrece hoy el medio auxiliar más propio, más oportuno, más expedito y eficaz para que, obrando en armonía y de consuno, los plenipotenciarios europeos con el gobierno de México, se llevase a cabo en pocos días esa obra magna y anhelada y fructífera de la pacificación, fortaleciendo y vigorizando en México el principio de autoridad, hoy escarnecido y aniquilado, mediante la creación de un verdadero gobierno, digno de ese nombre, hay personas bastante imprudentes y bastante funestas para rechazar el bien de ese saludable influjo; ese auxilio poderoso que allí envía la Europa está destinado a operar en aquella nación, ¡digna de mejor suerte que la que hasta aquí le deparan sus torpes o malos hijos! Acoja ella, como debe, con los brazos abiertos, a las potencias de Europa, que no se proponen conquistarla, ni dominarla, ni explotarla [...] ¡Sólo así logrará salvarse de la ruina que la preparan sus falsos amigos, sus hijos espurios y desnaturalizados! No pierda de vista que México no tiene otro porvenir venturoso que el que reconozca por base y por punto de partida su amistosa alianza con la España.[14]

De México se veía por aquí sólo la anarquía y en nombre del principio de autoridad, tan caro a los liberales de entonces como ya se explicó más arriba, no sólo se disculpa la intervención, sino que se le considera la panacea de los males que aquejan a la infortunada República, cuya existencia algunos hasta ponían en duda. En 1863 un corresponsal uruguayo en Europa encabeza un artículo sobre la tarea regeneradora que cumple la guerra en México con el siguiente juicio: "México no es más que una grande extensión de territorio con poca población relativa, que nunca ha logrado formar un cuerpo social; y por duro que parezca, allí no hay cosas, sino los nombres de ellas, políticamente hablando; ahí hay un ministro de justicia y no hay justicia; hay un ministro de la Guerra y no hay ejército; hay un ministro de Marina y no hay buques; y por último, hay uno que se llama Presidente de la República y no hay República".[15]

[14] *La Prensa Oriental*, 6 de marzo de 1862.
[15] *El Siglo*, 9 de mayo de 1863.

El clamor de la prensa uruguaya por el afianzamiento en México del tan preciado orden burgués se ve acentuado por la inclusión de determinadas notas; por ejemplo, la declaración de los comerciantes de la lejana Hamburgo ligados a México por negocios, en la que éstos hacen votos para que la intervención "cuyo fin fue restablecer la tranquilidad y el orden", sea corta, cosa que a juicio de los declarantes depende fundamentalmente de la buena voluntad del gobierno mexicano para negociar.[16]

> Otro rasgo de esos primeros editoriales sobre el México intervenido es la susceptibilidad que demuestran ante la actitud asumida por los mexicanos respecto a los extranjeros, principalmente los residentes españoles. Menudean las afirmaciones de respeto, protección y simpatía que se profesa a los extranjeros en el Plata. Simpatía cuya vivacidad es indudable en algunos sectores europeizados, pero que está muy lejos de ser universal en el Uruguay de los sesenta, donde una mentalidad criolla tradicional, en retirada ante el cambio de estructuras impuesto por la extranjerización, se defiende adoptando una actitud de rechazo a lo europeo. Pero España es otra cosa. "Era como si lo español no formara parte de lo europeo, pues no se lo sentía como totalmente ajeno."[17]

Sin embargo, el conjunto de consideraciones desfavorables a México no alcanzó a oscurecer del todo la gravedad de lo que la intervención europea representaba.

> todos los desaires, todos los desdenes, todo el menosprecio, los insultos, las persecuciones que la bandería dominante en México hace sufrir hoy a la España y a los españoles que allí residen, no serán parte a separarnos, ni por un instante, de la moderación que nos impone el deber en momentos tan críticos para México.
>
> Además, Juárez no es la nación, ni tampoco el hombre que pue-

[16] *El Comercio del Plata*, 7 de febrero de 1862.

[17] Silvia Rodríguez Villamil, *Las mentalidades dominantes en Montevideo*, Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental, 1968, p. 53.

> da personificarla [...] De esperar es, pues, que estas gentes, verdaderas calamidades para aquella República, quedarán al fin descartadas, eliminadas de la escena, y que la cuestión se arregle pacífica y amistosamente, entre la verdadera nación mexicana por medio de sus órganos genuinos, y los representantes de las potencias aliadas.[18]

Un juicio apresurado y violento contra Juárez y su partido, la esperanza manifiesta de un arreglo pacífico, tratan de conciliar en la posición del periodista la simpatía evidente por la colonia española en dificultades y la menos explícita por la nación víctima de la intervención extranjera. Por encima de los matices varios con que es enfocada la cuestión mexicana a principios del año 1862, hay algo común a toda la prensa: el desconocimiento de México y sus problemas que ésta evidencia.

El tema del arreglo pacífico fue muy desarrollado por el periodismo montevideano. La ciudad puerto estrechamente unida a Europa por los intereses y por la sangre esperó ansiosamente una solución sin guerra que obviara una opción difícil. Por eso, cuando comienzan a llegar noticias sobre conversaciones diplomáticas en busca de una solución, las esperanzas de la prensa se despliegan. Sorprende la credulidad, auténtica o impostada, ante las promesas de los coaligados.

> ¿No ha dicho la España, la Inglaterra y la Francia que no van a México a conquistar, sino a reivindicar sus derechos, a pedir justicia para sus nacionales?[19]
>
> Aunque siga la intervención hasta que queden satisfechas las demandas de las potencias aliadas, es sin embargo un gran resultado el que se ha obtenido de que ellas hayan hecho una protesta pública y ante la faz del mundo, de que respetarán en aquella república la forma y las instituciones democráticas que han creado por la voluntad del pueblo.
>
> El feliz éxito que tendrá probablemente la cuestión mexicana, ha sido debido en gran parte a la franqueza y a la energía con que la

[18] *La Prensa Oriental,* 6 de marzo de 1862.
[19] *La República,* 19 de marzo de 1862.

prensa Sudamericana protestó unánimemente en nombre de los pueblos que representa contra toda pretensión monárquica que es ajena a su modo de ser, a sus intereses y a sus tradiciones.

Pero más especialmente se ha alcanzado la solución pacífica por la actitud vigorosa asumida por el Gobierno del Presidente Juárez que sin intimidarse ante el poder colosal de tres grandes naciones, ha demostrado una vez más con su decidida resistencia, que hasta los poderosos saben respetar a los débiles cuando no abdican su dignidad.

No es menos plausible otro resultado no menos grande que se deriva del modo con que se ha resuelto la cuestión, y es que la declaración de las potencias aliadas constituye una garantía para el porvenir y es una nueva afirmación de que ha pasado para siempre el tiempo de las conquistas por medio de la fuerza; que las naciones son iguales ante la razón y el derecho, y que los cañones rayados son impotentes ante la justicia de los pueblos.[20]

Desde los editoriales anteriormente transcritos a éste ha mediado la aparición de las primeras correspondencias de Emilio Castelar sobre el problema mexicano, los discursos de los liberales franceses, las cartas de los corresponsales orientales, los rumores de que Europa quería monarquizar a América, la presión militar de Francia e Inglaterra sobre Uruguay para cobrar una indemnización de guerra. La conciencia liberal que identificaba régimen monárquico con retroceso a la colonia se irguió airada contra las pretensiones europeas, y Juárez pasó de calamidad nacional a defensor de la república. Pero en las frases anteriores campea una fe dieciochesca y racionalista en la fuerza de la justicia, la igualdad y el derecho para resolver los conflictos, que los hechos posteriores se encargarían de desautorizar. En el mismo mes de marzo de 1862 a que pertenecen los artículos anteriores la gran mayoría de los periódicos ya se han pronunciado decididamente condenando la intervención.

[20] *El Comercio del Plata,* 13 de abril de 1862.

Unanimidad de los pronunciamientos antiintervencionistas

En marzo de 1862 aparece en varios periódicos uruguayos la traducción de un artículo de Alfredo Marbais du Graty sobre la cuestión mexicana. Marbais era un coronel de origen belga que había servido muchos años en el ejército argentino. En la presentación que hace la prensa de su artículo se elogia que, a pesar de ser europeo, siga sintiendo como americano. El enfoque que el belga hace de la cuestión da la tónica general de las argumentaciones que seguiría la prensa montevideana; sin duda alguna, lo que más se destaca en los primeros artículos que encierran declaraciones abiertamente antiintervencionistas es una defensa de la soberanía en nombre del republicanismo ofendido por los proyectos monárquicos europeos. Parecería como que la opinión pública se sensibilizó en contra de la intervención cuando la república se vio amenazada. No aparece en la prensa de la época un enfoque claro del principio de libre determinación, realizado independientemente de la forma de gobierno afectada.

Du Graty había dicho: "Parécenos que las potencias aliadas no tienen que ver si México podría permanecer más tranquilo y ser más feliz bajo un gobierno monárquico, y si el comercio y la inmigración ganarán con ello. Es únicamente el pueblo mexicano el que tiene el derecho de examinar tales cuestiones y su examen y determinación no deben estar sujetos a ninguna coacción extraña. El pueblo mexicano no puede deliberar con dignidad sobre el cambio de forma de su gobierno en presencia de las bayonetas extranjeras, que ya se le ofrecen para sostener durante diez años la futura monarquía mexicana".[21] En los diversos artículos publicados por la prensa montevideana aparecidos hacia la misma fecha que el anterior la defensa de la autonomía que realiza Du Graty se da aún mucho más nítidamente ligada a la agresión antirrepublicana de que son culpables las potencias interventoras; esos escritos historian la evolución de México, donde nunca "prendió" la monarquía desde que ese pueblo se hizo dueño de su destino y afirman que a las naciones del Nuevo Mundo sólo

[21] *La República,* 22 de marzo de 1862.

"las instituciones republicanas harán grandes y felices"; la monarquía fue sólo conocida en "las que hoy son Repúblicas Americanas por los frutos ingratos de la colonia", que todavía tienen gérmenes en nuestro atraso".[22] La identificación de progreso con república y atraso con monarquía, tan cara a la mentalidad liberal del siglo XIX, es común a todos los alegatos en contra de la intervención. Como prueba máxima de la unanimidad de ese enfoque basta leer lo que se escribió en *La Revista Católica,* órgano oficial de la curia, projesuítico en los conflictos religiosos antes reseñados y por lo tanto ultramontano. Refiriéndose a "los que sostienen la singular idea de que la Francia debe ir a México a dar protección a un partidario (que llaman el pueblo de México) para que exprese libremente su voluntad", dice:

> Olvidan que si en México existe una nueva mayoría, como lo suponen, que quisiera establecer la monarquía, ya se habría establecido, mientras que lo contrario es lo que ha sucedido; el pueblo se ha levantado siempre en masa contra los que han pretendido llevar a cabo tales proyectos. Tiempo hace que el pueblo mexicano se dio un gobierno propio y acepta la forma republicana.[23]

Dos meses antes de que viera la luz el escrito anterior, *La Prensa Oriental,* periódico de orientación masónica cuya posición inicial respecto a la cuestión mexicana ya fue tratada, toma partido por México en un editorial violentamente antijesuítico. Atribuye a la influencia perniciosa del clero la guerra civil y todos los males que aquejan a la república, para concluir aseverando que

> si nos fijamos en el candidato que se menciona para el nuevo trono llegamos a sospechar alguna trama, alguna influencia de la teocracia contra la independencia de México; porque no podemos persuadirnos que el espíritu de independencia de los mexicanos pueda nunca pretender la ignominia de entregar la patria de sus mayores al dominio de un país extranjero. Si en el libro misterioso del destino estuviese

[22] *La Prensa Oriental,* 25 de marzo de 1862.
[23] *La Revista Católica,* 3 de julio de 1862.

> escrito que México habría de contar traidores al sistema Republicano que halagasen con un trono en su seno a alguna dinastía, dudamos que se encuentren en los hombres del pueblo, ni en sus clases iletradas, ni en los que ejercen la autoridad pública, ni en los que ciñen una espada para sostener la República.
>
> La abyección y la perfidia sólo pueden hallarse en el jesuitismo y sus hechuras.[24]

Cupo al mismo periódico la publicación del único atisbo de interpretación clasista de los planes para monarquizar a México. Cuando comenta la iniciativa de Gutiérrez de Estrada, dice: "El proyecto del señor Estrada ahora halló la aprobación de algún gabinete europeo y de algunos ricos entre los mexicanos que de cierto serán tan buenos ciudadanos como el señor Estrada". Y culmina: "Conque hace veinte años que se prepara la monarquía. Oh, ¡jesuítas, jesuítas!".[25]

No encontramos expresada en la prensa de la época ninguna defensa del partido clerical y monárquico en México; en párrafos anteriores queda probado que los órganos oficiales del clero se pronunciaron por la república. (En realidad, la diferencia entre la prensa clerical y la liberal respecto a la cuestión mexicana está más en lo que aquélla ignora que en lo que ambas dicen.) Pero, por supuesto, eso no significa de ningún modo que el partido clerical mexicano haya carecido de adherentes en Montevideo; en el reducido ambiente provinciano del pequeño puerto, impregnado de fervor republicano, la voz aislada de un cura que predicó un sermón contrario a México tuvo una resonancia inusitada; no sabemos los términos exactos en que planteó la cuestión pero lo cierto es que sus palabras merecieron una respuesta en forma de editorial en el periódico *El Siglo* (liberal y masón), en el cual la culpa del presbítero Estrázulas se extiende a todo el clero de América, no sin cierta injusticia, como queda probado por las transcripciones anteriores.[26]

[24] *La Prensa Oriental,* 10 de abril de 1862.

[25] *Ibid.,* 24 de julio de 1862.

[26] El pronunciamiento de *La Revista Católica* por la república ya había aparecido hacía alrededor de veinte días.

> Sólo el clero en América puede aplaudir el triunfo de Napoleón sobre el pueblo mexicano, y sólo un sacerdote puede ver en el martirio de ese pueblo una señal de la cólera divina, provocada por la despreocupación con que combate el ultramontanismo.[27]

Infelizmente, los dos periódicos que respondían a una orientación católica dejan de aparecer en el año 1862, por lo cual no nos fue posible seguir la evolución de la opinión de ese importante sector religioso a propósito del caso mexicano. Sin embargo, más adelante volveremos sobre el tema.

La atención de los publicistas interesados en la cuestión mexicana pronto encontró la fisura jurídica por la cual atacar a las potencias interventoras; ella fue la violación en América del principio de no intervención vigente en Europa en ese momento. Los periódicos más importantes revisan prolijamente las argumentaciones más difundidas para justificar la asonada contra México y las refutan.

> Pero en derecho, ¿cuál es la razón para violar en América el principio proclamado en Europa, el principio de no intervención? No lo hay. Se habla mucho por estos mundos de las constantes revoluciones de esos jóvenes estados: desgraciadamente es cierta la acusación; pero la Francia, la Inglaterra, la España con sus siglos de existencia ¿están exentas de desórdenes, han servido de ejemplo a las naciones que, contando pocos años de vida propia, están en la época laboriosa de su constitución política y social?[28]

La idea, divulgada por la prensa oficialista francesa, de "tomar México para que éste no sea absorbido por los Estados Unidos", o la explicación de la asonada en términos de política europea (México como una compensación dada a Austria por la pérdida del Véneto), merecen por parte de la prensa uruguaya un categórico rechazo. Se dice: "no hay razón para emancipar a un pueblo a costa de la independencia de otro". En cuanto a la manida excusa de la protección de

[27] *El Siglo*, 31 de julio de 1863.
[28] *El Pueblo*, 22 de marzo de 1862.

los connacionales, se concluye que éstos gozan de prerrogativas leoninas en América, muchas más que las que disfrutan los habitantes de las naciones continentales entre sí. La abundante inmigración europea no ha sido sino una consecuencia de esa situación, y los posibles abusos en contra de ella no justifican el derecho "de una potencia extraña para cambiar la forma de gobierno de aquella de quien exigen reparaciones".[29] Los hechos inducen velozmente a una comprobación amarga: "El derecho de gentes de las grandes potencias contra las pequeñas, está en las puntas de las bayoneta de las primeras", y "estamos atravesando una época en que a cada paso se invoca el Derecho, ¡cuando es la Fuerza la que domina!" Esas verdades son tanto más sentidas cuanto el pequeño país del Plata está por sufrirlas en carne propia. Por ese entonces Francia e Inglaterra amenazaban con cobrarse a la fuerza una deuda contraída por Uruguay durante la guerra grande. Es evidente que la hermandad de situaciones excita la pluma de los periodistas cuando escriben las frases anteriores.

Pero no es toda Europa la que sufre las invectivas del sentimiento americano ofendido. La elite culta del puerto europeizado reniega de la Francia que subyuga, pero con el mismo empeño que se da a esa tarea se aferra a la Francia liberal. Los discursos de Jules Favre, traducidos textualmente, ocupan columnas enteras de los periódicos y los editoriales se llenan de disculpas para el sector liberal de la opinión francesa, en el que se continúa buscando respaldo e inspiración.

> afortunadamente el sentimiento público de la noble Francia es el primero en reprobar una política que no es la suya, y unos planes que sólo caben en la cabeza de la caduca diplomacia.
>
> El sentimiento de la juventud oriental responde pues, al sentimiento de la Francia ilustrada, liberal y progresista del siglo XIX.[30]

Incluso el vocero oficial de los católicos expresa fe en esa Francia progresista a que todos apelan; pero para la opinión católica republicana el problema es más serio; no basta con invocar al sector

[29] *La Prensa Oriental,* 22 de marzo de 1862.
[30] *La República, 5* de agosto de 1862.

liberal francés, pues hay que conciliar a la Francia protectora de los Estados Pontificios con la que está asesinando a la independencia mexicana. Ante la incongruencia de fondo, sólo queda emitir una afirmación esperanzada:

> *El Globe* y otras hojas inglesas no vacilan en decir que la Francia quiere hacer de México una Argelia del este. Nosotros no lo pensamos, porque la Francia lucha para emancipar y no para esclavizar; porque éste no es el siglo de las conquistas; hoy renacen las nacionalidades y México tiene tanto derecho a su autonomía como cualquier otro pueblo, si no más.[31]

La fe reiterada en el pueblo francés llega a su culminación durante la resistencia de Puebla; pululan entonces los comentarios acerca de la oscuridad en que pretende mantener Napoleón todo lo referente a la expedición a México para no provocar "una intensa reacción en Francia, sensible a la injusticia". Y en los editoriales en que se exalta el heroísmo de la ciudad sitiada se ve el mismo triunfo de la Francia liberal.

> La resistencia de Puebla [...] es en Europa la más completa satisfacción de las patrióticas previsiones del diputado republicano Julio Favre, y en cierto modo un triunfo de la Francia del 93, del 30 y del 48 contra la Francia Imperial, que ve paralizadas sus legiones, vencedoras en todas partes, ante los débiles muros de Zaragoza, y que hoy ve detenerse a los vencedores de Crimea y Solferino ante los muros de la invicta Puebla.[32]

Mientras expresiones como ésas se multiplicaban en la totalidad de la prensa uruguaya, ¿qué opinaba la colonia francesa en el Uruguay? *L'Observateur Française,* semanario que ostenta posiciones muy nacionalistas, trata de levantar los cargos que se hacen a Francia en el resto de la prensa; acusa a Jules Favre de "antinaciona-

[31] *La Revista Católica,* 3 de julio de 1862.
[32] *El Siglo,* 14 de julio de 1863.

lista" y apela a la "salvación" que está operando Francia frente a la expansión sajona en América, para hacer simpática la intervención a los ojos de ésta. Pero poco resultado parece haber logrado, pues esas manifestaciones y las del presbítero Estrázulas, ya mencionados antes, son las únicas a favor de la posición imperialista que se dejaron oír claramente, por lo menos en lo que se puede captar a través de la prensa. Más arriba hicimos referencia a la refutación que realiza la prensa montevideana de todos los argumentos que pretenden justificar la intervención en México. Todos aquellos hechos fueron barajados como causas coadyuvantes para que se produjese la aventura europea. ¿Caló más profundo el periodismo montevideano en cuanto a desentrañar las causas del episodio? Una lectura cuidadosa de los principales periódicos induce a pensar que no; o por lo menos, que si alguien enfocó la cuestión con una visión de más largo alcance, la versión resultante no obtuvo el favor de la opinión mayoritariamente expresada en la prensa. Hubo preferencia marcada por las explicaciones de orden político, como las que ya hemos tratado. Pero no faltan alusiones a causas de tipo socioeconómico, que sin embargo son apenas soslayadas, como si no merecieran la atención más cuidadosa. La cuestión de los créditos Jecker fue objeto de polémica entre dos periódicos; uno de ellos era acusado de parcialidad imperialista al recortar la exposición sobre el tema realizada por el diputado Favre, "negando a los lectores lo más interesante"; pero el problema se detiene ahí y en ningún momento aparece un buen análisis sobre la importancia de los créditos Jecker en la intervención. En otras oportunidades, comentan fugazmente la posibilidad de que Francia quiera favorecer "la inmigración y el comercio europeos en América abusando de la fuerza"; pero este tipo de explicaciones no eran las más convincentes; lo prueba el hecho de que un periódico publicó como "nota curiosa" una carta de Juan Bautista Alberdi en la cual el clarividente pensador argentino hace un juicio sobre las causales económicas de la intervención europea:

> Ya no es dudoso que los gobiernos de Europa han decidido ejercer su acción combinada y enérgica en los negocios de América, para poner fin a nuestras guerras civiles que tanto dañan a los intereses genera-

> les. Una formidable expedición para México, que ya partió de Europa hace algunos días, es el primer resultado de ese plan.

En el mismo escrito, este autor reconoce que la prensa inglesa,

> gran preparadora de la opinión pública para esas campañas [...] a menudo se inspira en los cálculos interesados de su comercio y de sus capitalistas, entre los cuales cuenta Buenos Aires con un ejército.[33]

Pero Alberdi, jefe del federalismo derrotado por Mitre (éste con un importante ascendiente entre la prensa liberal montevideana), no está en las mejores condiciones para que su opinión sea atendida. Y la misma elite culta que escribe ardientes editoriales contra el empleo de la fuerza europea en México disfruta de las jugosas rentas que le deja su papel de intermediaria entre la economía colonial y aquella Europa capitalista que Alberdi pone al descubierto. De ahí que, en la pluma de los periodistas locales, la crudeza de que aquél hace gala aparezca muy limada: "La preponderancia fecunda en buenos resultados que la Europa puede ejercer en los destinos de la América, nunca deberá ejercerse con el empleo desacertado de la fuerza. Ésta sólo acarreará profundos odios de raza, que en el primer desequilibrio de la nación que echó mano de ella, estallarán con iracundo desenfreno sobre sus nacionales".[34]

En cuanto a las causas de la guerra civil en México, fueron bien comprendidas y divulgadas por la prensa liberal y masónica. La cuestión mexicana alimenta su anticlericalismo creciente. Ya vimos antes cómo algunos periódicos veían en los planes monárquicos para México una conspiración jesuítica. Son ellos mismos los que publican durante varios números la versión completa de un extenso trabajo del periodista francés Emilio Mangel du Mesnil, aparecido como primicia en *La Revolución* de México, cuyo título es: "Primer ataque al poder temporal del clero de la República Mexicana".[35] El argumento

[33] *La Prensa Oriental,* 23 de febrero de 1862. Transcripción de *El Nacional* de Buenos Aires.

[34] *La República,* 22 de marzo de 1862.

[35] *La Prensa Oriental,* 22 de septiembre de 1862.

más fuerte usado por los publicistas anticlericales es la riqueza del clero, "que hacía casi imposible el equilibrio en el orden industrial". Y en cuanto a la responsabilidad del clero en la erección del imperio, se expresa:

> ¿Qué significa Maximiliano en México? Su significación no puede ser otra que el odio del clero contra los liberales, que le tomaron las propiedades inmensas que tan sin costa y con tan malas artes había adquirido, y que lo hacían acaso el clero más rico de todas las naciones de la tierra.[36]

Antes vimos cómo en la única oportunidad en que un periódico realiza una interpretación clasista de la guerra civil, lo hace a propósito de la alianza de "algunos ricos" mexicanos con el clero ultramontano de aquel país.

Nueva visión de México a través de la resistencia

En la época de los nacionalismos, los periódicos que seguían fielmente la trayectoria de Garibaldi y sus trabajos por la concreción de la nacionalidad italiana[37] no podían dejar de captar el significado exacto que tuvo la guerra nacional contra el extranjero en que desembocó la intervención. En oportunidad de la batalla de Puebla la imagen de una república mexicana "próxima a ser borrada del catálogo de las naciones por su desorganización interior" ya está plenamente superada. El reagrupamiento de fuerzas en torno a la república que opera la lucha por la independencia prueba la vitalidad de la nación mexicana, que parecía próxima a disolverse; y a ojos de los observadores extranjeros, obra como factor de regeneración y cohesión nacional.

El periodismo montevideano distingue claramente entre la guerra civil, en la que los pueblos no pueden encontrar "ni alimentos para las grandes pasiones, ni motivos para grandes rencores" y la guerra

[36] *La Tribuna*, 9 de abril de 1865.

[37] Garibaldi fue figura muy popular en el río de la Plata, pues intervino en la guerra grande junto al partido antirrosista.

extranjera "que termina por la conquista, la imposición a la opresión, pues ella echa raíces en el corazón de los pueblos que sólo puede desarrollar la mano generosa de una liberación".[38] Y ante la inminencia de la caída de Puebla, exalta el resurgimiento mexicano:

> Puebla caerá tarde o temprano, y México también, pero lo que importaba saber era simplemente si ese pueblo americano postrado y enervado por las discordias civiles, se retemplaría en el momento supremo de luchar por su independencia.
>
> No hay derecho ya para desesperar del porvenir de México, porque a la hora que es ha probado ya que la anarquía y las miserias de ayer no han corrompido todavía el corazón de ese pueblo, y el amor a la patria lo ha dominado y retemplado su espíritu a la altura del más noble y más valeroso pueblo de la tierra.[39]

Cuando se confirma la noticia de la caída de Puebla, el mismo articulista exclama: "¡La resistencia de México es el triunfo!", y escribe un largo editorial en que desarrolla la idea anterior. Los pueblos que se someten sin resistir, encuentran luego muchas dificultades para rechazar la opresión, pero

> el pueblo que quiebra sus armas en el pecho de sus opresores, y que sólo cede al bárbaro poder de la fuerza, ese no siente, ni enervado el brazo, ni quebrantada la fe, ni sometida la conciencia; ese pueblo se rinde pero no se prostituye; desaparecen los signos exteriores de su soberanía y su nacionalidad, pero se conservan imperecederos en sus esperanzas, en la vida interior del alma que no transije con el enemigo y que se robustece en la opresión.[40]

El planteo cala más profundo cuando se trata de ver en la resistencia de México la fuerza del liberalismo en lucha contra el ultramontanismo jesuítico; "precisamente porque a la par que lucha contra el extranjero realiza una revolución liberal, es que es vigorosa

[38] *El Siglo*, 3 de mayo de 1863.
[39] *El Siglo*, 14 de julio de 1863.
[40] *Ibid.*, 27 de julio de 1863.

esa resistencia y se levanta de su postración el pueblo mexicano".[41] El romanticismo político de los liberales montevideanos ya no volvió a encontrar en los sucesos mexicanos otro hecho inspirador del fuste de la defensa de Puebla. Mientras de la pluma de los periodistas surgía un México redimido de todos sus pasados vicios por la lucha libertadora, la popularidad de la causa alcanzaba sus niveles más amplios, a través de la manifiesta admiración del pueblo por los defensores de Puebla. Los periódicos se hacen eco de las iniciativas populares para enviar espadas y medallas, primero a Zaragoza, luego a Ortega. El diario de mayor tiraje ofrece a la curiosidad de los lectores un retrato de Ortega que los interesados deben pasar a ver a la redacción; se publica una larguísima descripción de Puebla, pues "se desea conocer la fisonomía de una ciudad que ha luchado, como se desea conocer la fisonomía de los héroes". Con el mismo fervor que se reverencia a los héroes, se repudia a los traidores. Almonte es el "nuevo Caín aliado a los franceses". Especulando sobre las consecuencias de la caída de Puebla, el cronista opina que lo peor que puede ofrecer Napoleón a México es el gobierno de "los Márquez y los Almontes", porque "es la mayor afrenta que puede hacerse a un pueblo imponerle sus traidores".

Si bien los héroes de Puebla recogen el mayor caudal de calor popular, Juárez es la figura que concita los juicios más profundos. Con una claridad impuesta por la perspectiva que da la lejanía, la prensa liberal captó que Juárez era la república y la nación mexicana. Sin embargo, para él, el momento de máxima popularidad fue también el del más severo juicio. La pequeña burguesía portuaria se estremeció de horror cuando las ejecuciones de Querétaro pusieron dramático fin a la aventura mexicana de Maximiliano y Carlota, cuyas figuras indudablemente románticas encajaban tan bien en la sensibilidad folletinesca de aquélla. Dice *El Siglo:*

> Unánime fue el sentimiento de indignación en ambas orillas del Plata, y la protesta ha sido tanto más solemne cuanto que ha nacido de corazones republicanos que velan con satisfacción la caída del Imperio,

[41] *Ibid.*, 31 de julio de 1863.

> pero que se estremecieron de horror al ver levantar los cadalsos [...] ¡Qué pobre política es la que por su espíritu sanguinario hace de un hombre caído un héroe de la humanidad![42]

Pero pronto aparece una mente fría que analiza Querétaro desde otro punto de vista. Sólo ocho días después del editorial anterior el mismo periódico publica un extenso artículo firmado, titulado "El crimen y la pena", en que el autor, si bien opina que hubiera sido más acertado conmutar la pena de muerte por la de trabajos forzados, pues es mejor "para escarmiento de aventureros ambiciosos y engrandecimiento de la democracia, hacer a un emperador empedrar las calles y limpiar las cloacas, que acordarle la dignidad del patíbulo y la simpatía de la tragedia [...] enalteciendo el principio de la inviolabilidad de la vida y echando la corona de los reyes a la basura"; si bien hubiera preferido esa solución de más "austero republicanismo", encuentra que la sentencia fue perfectamente justa; realiza un prolijo examen de todas las culpas en que había incurrido Maximiliano, no reconociéndole siquiera la excusa del delito político, ya que "cuatro traidores apoyados por treinta mil bayonetas extranjeras, no son jamás un partido de un pueblo".[43]

Más adelante el mismo periódico publica otro extenso artículo de un rioplatense en París, el cual, después de hacer un alegato en favor de Juárez, culmina su discurso con un extenso juicio sobre su obra y personalidad, que a fin de cuentas no hace más que resumir todos los méritos reconocidos anteriormente por la misma prensa que en esos momentos le reprochaba violentamente Querétaro.

> Y Juárez, ese hombre que ha luchado con todos los elementos, que ha mantenido siempre en alto la bandera de la República; que ha alejado la sombra de la monarquía de los horizontes de América; que ha reconquistado la causa de nuestra independencia por la cual se sacrificaron tantos mártires; que contra el fanatismo, ha salvado la conciencia libre; contra la tasa y la amortización, los principios económicos de la

[42] *Ibid.*, 13 de agosto de 1867.
[43] *El Siglo*, 21 de agosto de 1867.

ciencia; contra el clero, las bases de la democracia moderna; contra la intervención extranjera, la patria; y que rodeado de la peste y del hambre y de la miseria, con la indisciplina dentro de sus mismas filas, con la Europa entera frente por frente de sus gloriosas enseñas; con una tierra calcinada y estéril bajo sus pies; sin más luz que su idea, sin más fuerza que su fe; ese hombre que todo lo ha vencido y todo lo ha arrollado, sin abandonar un minuto el suelo querido de la patria para que siempre estuviese viva la protesta contra la usurpación; ese hombre se levantará al lado de Washington, de Bolívar, de San Martín y de Lincoln en el panteón de nuestros héroes, y un Plutarco americano, dirá a nuestros hijos, enseñándoles la vida inmortal de Juárez: HE AHÍ CÓMO SE SALVAN LAS REPÚBLICAS.[44]

AMERICANISMO Y UNIVERSALISMO LIBERAL A PROPÓSITO DE MÉXICO

a los solos rumores de que la expedición hispano-franco-inglesa, lleva por objeto a México establecer la monarquía, la América toda antes española, se ha conmovido, desde el Istmo de Panamá al Cabo de Hornos, desde las orillas del Atlántico hasta el Pacífico. Un terremoto que hubiese partido desde las entrañas del Chimborazo y hubiese estremecido toda su superficie seguramente no habría causado una impresión tan profunda en los corazones, ni hubiera sublevado los ánimos hasta el punto en que hoy se encuentran.

Es preciso leer los periódicos de todas las repúblicas de Sudamérica, es preciso entrar en el seno de las familias para poder apreciar por los artículos de aquéllas y por las conversaciones de éstas, el estado de agitación y la sorpresa que ha producido una simple noticia.[45]

El trozo anterior es uno de los tantos que en la prensa montevideana de la época traduce la inquietud americanista que sacude al país; a través de él se percibe el eco de la repercusión continental de

[44] *Ibid.*, 15 de septiembre de 1867.
[45] *La Nación*, 24 de marzo de 1862.

la intervención europea en México. Las expresiones "América Hispana", "América Latina", son frecuentes ya por esos años en que la sensibilidad americanista parece fortalecerse ante la ofensiva europea y de la América sajona: intervención yanqui en Centroamérica, anexión por España de Santo Domingo, agresión española a los países del Pacífico sur que culmina con el bombardeo de Valparaíso, reclamaciones constantes de Francia e Inglaterra, apoyadas por sus escuadras de guerra. Es el clima creado por los sucesos anteriores el que explica la entidad de la reacción popular con motivo de la intervención francesa en México. Los periódicos, ante la iniciativa de un grupo de jóvenes orientales para homenajear a Zaragoza y a Ortega, ven en el hecho un tributo "a la idea de Independencia Americana". Juárez pasa a ser "el ilustre patricio que con tanta fe mantiene levantado en México el estandarte de la república y de la patria, que simboliza el patriotismo y el republicanismo de todo el continente americano"; la caída de Puebla significa "el triunfo de la causa americana"; se llama la atención sobre la necesidad de responder a la liga conquistadora con otra que defienda la independencia de América Latina; se publican noticias frecuentes acerca de ligas similares integradas en otros puntos del continente.

La critica situación de México suscita la reflexión sobre la problemática latinoamericana. *La Revista Católica,* ante lo reiterado de las agresiones, propone un plan de acción continental que facilite a las jóvenes repúblicas la superación de la azarosa época en que se encuentran. La vastedad y detalle del plan justifican que se lo trate con algún detenimiento, no obstante ser un caso aislado en la prensa uruguaya del momento. En concreto, se propone realizar una gran confederación con las repúblicas de América Latina, a fin de "unir esfuerzos y recursos y presentarse ante el mundo bajo una forma más respetable". Aconseja, para llevar a la práctica la idea, la reunión en "París, Londres o Bruselas" *[sic]* de un congreso de ministros de todas las repúblicas que pusieran las bases de la futura unión, fijando, entre otros puntos, los siguientes: reunión anual de una dieta latinoamericana; la nacionalidad de los hijos de todos esos Estados, que deberían ser considerados como ciudadanos de una patria común; la fijación de un contingente de tropas y recursos para la común de-

fensa; el establecimiento de un tribunal que decidiera amigablemente acerca de las cuestiones que se suscitaran entre dos o más repúblicas confederadas y que llegado el caso hiciera ejecutar sus sentencias por medio de la fuerza; la adopción de un principio fijo en materia de límites territoriales; la creación de una especie de *zollverein* latinoamericano, "más liberal que el alemán".[46]

El plan propone ni más ni menos que la creación de la "nación latinoamericana", siguiendo la idea de Bolívar. Pero entre aquélla y 1862 median varias décadas de balcanización latinoamericana rubricada por la expansión capitalista europea. El plan lo reconoce ingenuamente; ya no es Panamá la sede pensada para el congreso de los ministros, sino "París, Londres o Bruselas".

A pesar de la exaltación del americanismo que se vive con motivo del problema mexicano, los liberales se cuidan muy bien de que éste no derive en antieuropeísmo y se preocupan en todo momento de evidenciar la universalidad de los principios que se están jugando en México. Los planteos que se basan en la contraposición de intereses americanos y europeos casi no aparecen y, cuando ello ocurre, siempre se hace oír la voz de un "principista auténtico" que pone las cosas en su sitio. Para ilustrar, basta el ejemplo siguiente:

> La patria de los principios y de las grandes ideas no es la Europa, no es la América, no es el Asia, no es el África, no es la Oceania: la patria de los grandes principios es el Universo.
>
> Los hombres de toda la tierra son hermanos: los partidarios de la libertad, en todos los puntos del globo, son correligionarios.
>
> La teoría, pues, que inventó el americanismo como un elemento antagonista de la Europa, es una teoría retrógrada, inadmisible ante la democracia que hace de los hombres ciudadanos del Universo.
>
> El localismo no es un principio, sino la limitación y el encadenamiento de los principios a cierto territorio.
>
> A los ojos de la libertad, México vale tanto como Polonia, y como Hungría y como Roma.[47]

[46] *La Revista Católica,* 10 de abril de 1862.
[47] *La República,* 22 de noviembre de 1962.

El argumento se repite con frecuencia y a propósito de muchos temas. Los periódicos masones lo utilizan para combatir al "poder teocrático". Cuando Emilio Mangel du Mesnil publica su artículo sobre el poder temporal del clero en México en *La Prensa Oriental* de Montevideo, lo precede de una introducción en la que expresa: "He prestado mis servicios en México, no para México sino a la causa de la humanidad".[48]

La unanimidad de la reacción favorable a México que se percibe en la prensa uruguaya, la simpatía con que se trata de penetrar la intimidad de la nación hermana —al punto de que la desdibujada imagen que por estas latitudes se tenía de aquélla es sustituida por otra de contornos mucho más definidos son hechos que despiertan la sensación de una solidaridad profunda y auténticamente vivida. Pero ciertos aspectos en el comportamiento de los conductores de la prensa respecto a la propia circunstancia histórica uruguaya y rioplatense imponen un análisis más profundo de aquella solidaridad teñida con la romántica exaltación del siglo.

La condena de la intervención en México se hizo en nombre de los más puros y universales principios del liberalismo, cuya quiebra en la Europa interventora percibieron y condenaron los liberales criollos. Pero paradójicamente, mientras la elite culta uruguaya observaba la inconsecuencia principista de la Europa liberal, una actitud semejante se gestaba en sus propias filas. La guerra del Paraguay fue para el liberalismo criollo lo mismo que México para Napoleón III. El Uruguay de 1865, con un gobierno producto de una revolución contra el poder legítimo, integra la triple alianza contra Paraguay, sin esgrimir ninguna reivindicación propia en la guerra. Desempeñó el papel de simple corifeo de los intereses británicos, argentinos y brasileños, mezclándose en un conflicto tremendamente impopular en ambas márgenes del Plata.[49] Pero naturalmente, pronto

[48] *La Prensa Oriental*, 22 de septiembre de 1862.

[49] La guerra de la triple alianza surgió de la conjunción de intereses argentinos, brasileños y británicos en contra de Paraguay. Este país, aislado de la política rioplatense desde que nació a la vida independiente y cerrados sus mercados a los productos extranjeros, estaba desarrollando sus recursos al punto de ir a la cabeza del proceso de modernización americana. El capital británico, ansioso por abrir un mercado que hasta ese momento había permanecido cerrado, se alió a las burguesías portuarias de Buenos Aires y Montevideo y presionó a tra-

surgieron los argumentos para justificar la participación y el atentado contra el país hermano. Carlos Solano López es déspota y agresor. El esquema de "civilización y barbarie" sirve una vez más para santificar la guerra y gran parte del Montevideo burgués y doctoral se alinea junto a la burguesía de Buenos Aires contra Paraguay. Y se justifica contra este país la intervención armada que se había condenado contra México.

De tal manera, la intervención en Paraguay se convierte en la piedra de toque para medir la profundidad del principismo liberal del grupo culto que comandaba la prensa y la política uruguaya en la década de los sesenta.

México estaba lejos, no había vínculos directos que comprometieran a la oligarquía gobernante con una determinada conducta política. En ese caso podían desplegarse los principios en toda su plenitud universalista. Pero Paraguay estaba cerca, los estados del ámbito rioplatense, mezclando sus políticas, desmentían a diario una independencia que no había alcanzado a borrar la comunión de la etapa colonial. Y en esa trama de complicados hilos sabiamente manejados por la diplomacia británica naufragó el "no intervencionismo" del grupo dirigente.

Frente a ese hecho, hubo un pequeño periódico uruguayo que

---

vés de Brasil, aliado secular de los ingleses, para romper el esquivo aislamiento de Paraguay. Argentina y Brasil, sin perjuicio de actuar como apoderados de los ingleses uniéndose para consagrar la destrucción de una independencia económica que molestaba a los comerciantes de Manchester y Liverpool, persiguen además sus propios fines. Los acontecimientos se tejieron de tal modo que Paraguay pareció agresor, cuando toda la conspiración estaba ya fraguada en su contra. Juan Bautista Alberdi dejó un magnífico análisis e interpretación de las causales de la guerra, en que se perciben con claridad meridiana todos los aspectos de la gestación complicada del conflicto, que se inició con una invasión brasileña a Uruguay. Sobre la misma, dice Alberdi (*Historia de la guerra del Paraguay,* Buenos Aires, Ed. de la Patria Grande, 1962, p. 55): "Montevideo es al Paraguay por su posición geográfica lo que el Paraguay es al interior del Brasil: la llave de la comunicación con el mundo exterior. Tan sujetos están los destinos del Paraguay a los de la Banda Oriental, que el día que el Brasil llegue a hacerse dueño de ese país, el Paraguay podrá considerarse colonia brasileña, aun conservando su independencia nominal. Ocupado Montevideo por el Brasil, la República del Paraguay vendría a quedar, de hecho, en medio de los dominios del Imperio. He aquí por qué el Paraguay se ha visto y ha debido haberse visto amenazado en su propia independencia por la invasión de Brasil a la Banda Oriental".,

Ha hecho suya propia la causa de la independencia oriental "porque lo es" en efecto y su actitud de guerra contra Brasil es "esencialmente defensiva", aunque las necesidades de la estrategia le hagan salir de sus fronteras".

percibió la ambivalencia en la actitud de los que se declaraban acendrados principistas. Un grupo de jóvenes orientales edita un periódico con el exclusivo fin de luchar contra aquellos que trabajan por la "pérdida de la nacionalidad oriental", es decir, los que llaman al imperio de Brasil para intervenir en los asuntos privados de la república. Los artículos que publican abundan en comparaciones de la situación uruguaya y paraguaya con la de los países del Pacífico atacados por España, y naturalmente la de México.

> El emperador Napoleón III ha trocado en Imperio la República mexicana tan gloriosa en sus días de victoria como en su martirio.
>
> La España, engañando al mundo con una expedición científica, manda a las aguas del Pacífico al pirata Pinzón y consuma el segundo atentado contra la independencia americana, apoderándose de las Islas Chincha. El Imperio del Brasil, que no quiere ser menos que sus cómplices los monarcas del viejo mundo, explota en su provecho las disensiones internas de la República Oriental para hacer desaparecer, por la absorción, otra nacionalidad americana. Napoleón tuvo en México a Almonte, Santa Ana, Miramón, Márques *[sic]*, etc..., que le abrieron el paso de la conquista; la República Oriental tiene también sus almontes que sirven de vanguardia a las añejas pretensiones del Imperio.[50]

Y sobre la gestación de la triple alianza contra el Paraguay, agregan los mismos periodistas:

> Mitre y su colega coronado (Brasil) no han de ser bastante osados para arrostrar la inmensa responsabilidad que les cabría por un atropello al derecho, sólo comparable con el de México e Islas Chincha.

Las voces que así hablaron pronto fueron acalladas, pues sólo los periódicos oficialistas conservaron el privilegio de llegar a los lectores. Pero bastan como testigos de que en Uruguay había un sector de opinión consciente de las tremendas limitaciones que ostentaba el principismo criollo.

[50] Artigas, 24 de agosto de 1864.

El origen de esas limitaciones, o sea la estrecha alianza entre la clase culta terrateniente y mercantil y la burguesía europea, es confesado por los propios protagonistas. En 1862 un periódico uruguayo transcribe la respuesta del ministro argentino Elizalde al gobierno de Perú, en la cual aquél rechaza una invitación para firmar un tratado continental americano contra las agresiones europeas. En el comentario que antecede al documento, el periodista uruguayo se solidariza con los argumentos del ministro mitrista y vierte algunos conceptos propios sobre el problema:

> La guerra de razas y conquistas supone civilizaciones inconciliables. Y ese antagonismo no existe entre la Europa y la América. Nosotros, europeos de casta y civilización, somos los dueños de América. Fraternizamos con el europeo, que utiliza a la par del americano de todos los elementos de prosperidad y riqueza que hay en el suelo.
>
> La Europa buscó mercados para sus productos, campo para su comercio, retornos para su industria, y eso lo tiene.[51]

La realidad, pues, es la simbiosis de los grupos dominantes europeos con sus portavoces coloniales. Por eso, aunque la ideología liberal del grupo dominante le inspire sentidos editoriales a propósito de la intervención francesa en el lejano México, cuando está en juego su interés de clase éste le dicta una actuación contradictoria con los principios pregonados; ahí reside la clave del destino histórico, si se quiere trágico, de nuestras oligarquías coloniales: vivieron, simultáneamente, lo mejor y lo peor que puede otorgar la dependencia. Adoptaron lo más selecto de los patrones culturales que podía ofrecer Europa y vivieron esa cultura con la misma pasión que sus creadores originales; pero con demasiada frecuencia, a la hora de la acción, se pasearon sobre las ruinas de los principios que habían reverenciado en un altar.

[51] *La República,* 20 de noviembre de 1862.

LA MISIÓN DIPLOMÁTICA DEL PERUANO MANUEL CORPANCHO, 1862-1863

Mario Federico Real de Azúa

Al referirnos al origen que tuvo la idea de reunir en estrecha liga política a los países de Latinoamérica, que siempre se atribuye a Bolívar y a Valle en Centroamérica, no podemos dejar de mencionar al padre Servando Teresa de Mier, quien en su *Segunda carta de un americano al español*[1] expresó la creencia de que "un congreso, junto al istmo de Panamá, árbitro único de la paz y la guerra en todo el continente colombino [es decir, América] no sólo contendría la ambición del principado de Brasil, y las pretensiones que pudiesen formar los Estados Unidos, sino a la Europa toda, siempre inquieta por su pobreza natural, a vista del coloso inmenso que estaba pronto a apoyar con toda su fuerza la más débil, aunque independiente provincia; al mismo tiempo que impediría se tiranizasen en el transcurso de los siglos unas a otras, como las potencias europeas".

El primer ministro plenipotenciario de Perú en México, coronel José de Morales y Ugalde, hizo una proposición semejante. En una nota elevada al gobierno mexicano el 1 de febrero de 1823 proyectó nombrar una asociación o junta hispanoamericana, que, de haberse llevado a cabo, también habría sido anterior a la circular del libertador Bolívar a los gobiernos de las repúblicas de América en 1824 para efectuar la asamblea general de plenipotenciarios. La iniciativa no prosperó debido a un cambio de gobierno en Perú (el supremo gobierno declaró insubsistentes los poderes conferidos por el gobierno provisorio a los agentes diplomáticos) y Morales tuvo hasta la penosa

Historia Mexicana, vol. 28, núm. 1, julio-septiembre de 1978, pp. 62-81.

[1] Mier, 1945, pp. LVIII, 3. Véanse las explicaciones sobre siglas y referencias al final de este artículo.

necesidad de pedir un préstamo de seis mil pesos al gobierno mexicano para poder regresar a su país de origen.[2] Así terminó su gestión y nada se hizo de inmediato para hermanar las dos repúblicas. No fue sino hasta el 15 de julio de 1826 cuando la reunión convocada por Bolívar en Panamá permitió la firma de un tratado de unión, liga y confederación entre Perú, México, Colombia y Centroamérica.

La firma de un tratado entre Perú y México, bilateral, tendría que esperar hasta la llegada de Juan de Dios Cañedo a Lima a mediados de 1832. Después de las negociaciones de rigor y de un banquete ofrecido al mexicano por el presidente de Perú el 19 de julio del mismo año, se logró un tratado de amistad, comercio y navegación a mediados de noviembre. El enviado extraordinario y ministro plenipotenciario mexicano promovió, aunque infructuosamente, el proyecto de reunir una asamblea de plenipotenciarios para continuar las discusiones iniciadas en Panamá. "Y es que la misión que llevó Cañedo a la América del Sur y que duró desde 1831 hasta 1838 tuvo como objetivo esencial [dice Jorge Flores D.] el de promover y realizar toda clase de esfuerzos para llevarla a cabo."[3]

El propio Cañedo decía en su memoria del 31 de enero de 1840, ahora como ministro de Relaciones Exteriores, que "una de las principales instrucciones que se dictaron al ministro que residió en aquellas repúblicas fue la de promover y agitar la expresada reunión, y tuvo el gusto de que al separarse de aquellos pueblos quedase bastante adelantado este interesante punto de su misión". Y agrega que "aprovechándose de tan felices circunstancias, nuestro gobierno ha dirigido a los de las repúblicas americanas una invitación el año próximo pasado recomendándoles de nuevo toda la importancia de la reunión de la asamblea".[4] "Conviene recordar", dice Bolívar Ulloa en un artículo de 1940, "que cuando Santa Cruz recibió el 18 de diciembre de 1838 la nota-circular de Cañedo era ya el período más crítico" de la confederación Perú-boliviana. En efecto, la batalla de Yungay se libró el 20 de enero siguiente. "Por lo mismo, es interesante constatar que en esos momentos Santa Cruz fue el único que

[2] Fabela, 1929, pp. 128-135; Mateos, 1877-1886, II, pp. 262, 630.
[3] Flores, 1964, nota preliminar.
[4] *Relaciones hispano-mexicanas,* 1949, p. 59.

en el Nuevo Mundo se apresuró en acoger el proyecto mexicano, y es sugestivo que indicara a Lima para eventual sede del gran congreso americano".[5]

Además del intento a cargo de Juan de Dios Cañedo, la historia diplomática de México nos ofrece la misión de Rejón, brillante personaje de la política a quien en enero de 1842 se nombró en la misma calidad que había tenido Cañedo. Partió Rejón a mediados de mayo para tratar de constituir una asamblea general que señalase los comunes principios de derecho internacional, y que adoptase, de ser posible, algunas bases de alianza.[6] Después de permanecer algún tiempo en Puerto Rico llegó a Caracas, "y como la fama y el objeto de su viaje le había precedido con mucha anticipación" encontró allí pliegos de las repúblicas de Perú, Chile, Bolivia y Argentina manifestando su conformidad en que tuviera efecto la gran asamblea americana, señalando a Lima como sede. "También le aguardaba una comunicación del imperio del Brasil solicitando ser admitido en ese congreso."

El ministro Oliver, de España, informaba a Madrid desde México que "los Estados Unidos han enviado ya, según parece, sus instrucciones sobre este asunto al encargado de negocios que mantienen en Lima, siendo probable que se opongan también a toda medida que tienda a concentrar en lo posible los intereses de la raza española y a estrechar más los vínculos que la unen". Y en Madrid, en agosto de 1842, el gobierno de España ordenaba a su ministro en México que informara sobre la marcha de la misión Rejón, "porque si el señor Rejón pudiera vencer los inmensos obstáculos que se le presentarán, quizá su encargo produciría trascendentales consecuencias".[7]

Si bien la misión Rejón representa otro intento fallido, puede considerarse un paso importante en el bien fundado propósito de unir a los países de Hispanoamérica. Es así que Venezuela, en julio de 1856, distribuyó una circular sobre la necesidad de realizar un congreso de plenipotenciarios que, antes que ninguna otra cosa, redactara un pacto de recíproca garantía de sus territorios y de la paz interna.

[5] Ulloa, 1940.
[6] *Enciclopedia Yucatanense,* 1944, VII, pp. 126-128.
[7] *Relaciones hispano-mexicanas,* 1952, p. 236.

Aunque se logró la reunión de Panamá, pasando después a Tacubaya, ni se conservan sus trabajos ni, cualesquiera que fuesen, alcanzaron el resultado que de ellos se aguardaba, ni se sabe siquiera que los tomasen en consideración los países representados en el congreso. Después de la división de Colombia, México fue el primero que resucitó el pensamiento de una asamblea americana, convidando a formarla por medio de un enviado que dispuso a Venezuela y otras repúblicas de este continente; mas en esta vez no llegó a obrarse, ni aun a obtenerse el consentimiento de todas las partes interesadas.[8]

Aparte de los intentos diplomáticos propiamente dichos hubo proyectos dentro del congreso para lograr el mismo fin. El general Tornel y Mendívil, encargado de Relaciones Exteriores de febrero a marzo de 1839, propuso en 1851, siendo senador, efectuar un congreso de plenipotenciarios de Hispanoamérica. Hace mención en su *Breve reseña histórica* de que Monteagudo había sido el primero en recomendar tan importante proyecto.[9]

Dados estos antecedentes, es más fácil ver la continuidad en la actitud peruana ante la invasión de México en 1862. En esos días el representante de Perú propuso —de acuerdo con sus instrucciones— celebrar un tratado de unión. El ministro Doblado contestó en nombre del presidente Juárez, manifestando su aceptación, y al efecto designó como plenipotenciario *ad-hoc* al diputado Lerdo de Tejada quien, como presidente del congreso, iba a dar la respuesta al mensaje presidencial en la apertura del nuevo periodo de sesiones legislativas el 15 de abril de 1862. Por sus ocupaciones, Lerdo de Tejada sólo actuó en las primeras negociaciones, y fue el ministro de Relaciones, Doblado, quien firmó el 11 de junio el tratado en nombre de México.

Perú propuso a México que se adhiriese al tratado continental de 1856 (propuesto por Perú a Chile y Ecuador) por la vía de un tratado bilateral mediante el cual México formalizaría su adhesión conforme a la estipulación del tratado primitivo para los estados que, no habiendo concurrido a formarlo, adquirieran los derechos y obli-

[8] *Archivo*, 1938, doc. 256.
[9] Tornel y Mendívil, 1852.

gaciones que resultasen de la alianza, pasando así México a formar parte de un régimen multilateral.[10]

Conviene señalar que en el texto bilateral se tuvieron en cuenta las observaciones que la convención peruana hiciera al pacto tripartita. Fue el doctor Corpancho quien informó a Lima de los detalles de las negociaciones y describió los resultados como "un tratado que tiende a facilitar la unión americana y a que los estados que la componen tengan un código internacional, en armonía con sus condiciones especiales de existencia política. La opinión pública [agregaba Corpancho], tan abiertamente pronunciada en todo el continente americano, está indicando la necesidad de que los vínculos de las repúblicas se estrechen y se consoliden como una garantía común de sus respectivas autonomías, independencia y soberanía, amenazadas a cada paso por fuertes poderes y, hoy mismo, en el *período de una prueba terrible* [cursivas nuestras] y de una crisis cuyo desenlace dependerá de circunstancias más o menos realizables".

En una nota del 28 de junio de 1862, una semana después de la firma del tratado, Corpancho informó a su gobierno que México, agradecido por los beneficios de un tratado por el cual empezaría a "reportar los derechos de la fraternidad" y las pruebas de simpatía que había recibido de Perú en la hora del conflicto, se había alentado para sobrellevarlo con la esperanza de que su causa fuera comprendida hasta el cabo de Hornos.

¿Qué establecía el tratado Doblado-Corpancho? ¿Cómo se concretó esa unión y la amistad? ¿Cuáles fueron los "derechos de la fraternidad" que señalaba Corpancho? Que los ciudadanos o naturales de cualesquiera de las altas partes contratantes gozarían, en los territorios de cualesquiera de las otras, del tratamiento de nacionales. Que convenían en concederse mutuamente la extradición de los reos de crímenes atroces, *con excepción de los delitos políticos,* que se asilaran o se hallaren en sus territorios y que hubieren cometido esos crímenes en el territorio del Estado que los reclamare; y una convención especial determinaría los casos y las formalidades a que

[10] Conferencia de Héctor Gros Espiell, "Asilo diplomático. Contribución a su historia", en el Instituto de Estudios de Derecho Internacional, México, 1976.

debería sujetarse la extradición reservada para crímenes atroces. En cuanto al asilo, se encaraba como una excepción a la posibilidad de extradición. El asilo cabía en el caso de delitos políticos, cuando los delincuentes se asilaran o se hallaran en sus territorios y los delitos políticos se hubiesen cometido en el territorio del estado que los reclamare. Se trataba de una regulación del asilo por delitos políticos, que cubría sin duda el asilo diplomático territorial. "La importancia histórica de este texto es evidente. Casi desconocido hasta hoy, no se le cita en la voluminosa obra de Vieira."[11] Esto es lamentable, porque se trata de un antecedente del tratado de Montevideo de 1889, no sólo en cuanto al instituto en sí, sino en cuanto a algunas de sus características, como la no distinción entre el asilo territorial y el asilo diplomático. Es interesante además señalar que la renuncia al asilo que Perú hizo en la reunión de Lima de 1867 fue algo contrario a su propia tradición, y que cuando Perú firmó el tratado de Montevideo (Uruguay, Argentina, Perú, Paraguay y Bolivia) ello no constituyó un quiebre de su tradición sino, por el contrario, la vuelta a la línea tradicional que siempre, con la excepción citada, había observado.

Continuamos con el tratado. Que los agentes diplomáticos y consulares prestarán a los ciudadanos o naturales de las otras, en los puntos y lugares que no los hubiere de su país, la misma protección que a sus nacionales. Que se comprometían a fijar de manera precisa y determinada, en conformidad con los principios del derecho internacional, los privilegios, exenciones y atribuciones de sus funcionarios diplomáticos y consulares, y a adoptar esas reglas en sus relaciones con los demás Estados.

Si bien pudo celebrarse un tratado de unión, dejando otras materias para convenios especiales, consideramos que su inclusión fue de importancia. Por ejemplo, que convenían en adoptar un sistema uniforme de monedas, tanto en su ley como en las subdivisiones monetarias, y un sistema uniforme de pesas y medidas. Que se comprometían y obligaban a unir esfuerzos para la difusión de la enseñanza, y a ponerse de acuerdo en las medidas que con ese fin deberían adop-

[11] *Ibidem.*

tar. Que acordaban uniformar, en cuanto fuese conforme con sus intereses y conveniencias peculiares, las leyes y tarifas de aduana. Que adoptaban en sus relaciones mutuas los siguientes principios: la bandera neutral cubriría las mercaderías enemigas con excepción del contrabando de guerra, y la mercadería neutral sería libre a bordo del buque enemigo y no estaría sujeta a confiscación, a menos que fuese contrabando de guerra. En relación con la correspondencia pública o privada y la prensa (diarios, periódicos y folletos) dirigidas al otro, o destinadas a pasar en tránsito, girarían libremente y con seguridad, no cobrándoseles ningún derecho o impuesto.

¿Qué más establecieron México y Perú? Que cada una de las partes contratantes se obligaba a no ceder ni enajenar bajo ninguna forma a otro Estado o gobierno parte alguna de su territorio ni a permitir que dentro de él se estableciese una nacionalidad extraña a la que al presente dominaba, y se comprometía a *no reconocer con tal carácter a la que por cualquier circunstancia se estableciese;* y que esta estipulación no obstaría a las cesiones que los mismos Estados comprometidos se hicieren unos a otros para regularizar sus demarcaciones geográficas, o fijar límites naturales a sus territorios, o determinar con ventaja mutua sus funciones. No escapa la real importancia de que se comprometían a no reconocer como gobierno a aquel extranjero que por cualquier causa se estableciera en uno de ellos, cuando precisamente en los momentos de la firma del tratado las tropas de Luis Bonaparte trataban de aplastar y sustituir al gobierno constitucional y legítimo mexicano.

También se establecía que cada uno de los estados contratantes se obligaba y comprometía a respetar la independencia de los demás y, en consecuencia, a impedir, por todos los medios a su alcance, que en su territorio se reuniesen o preparasen elementos de guerra, se enganchara o reclutara gente, se acopiasen armas o se aprestasen buques para obrar hostilmente contra cualquiera de los otros, o que los emigrados políticos abusasen del asilo.

Y sobre la guerra y los medios pacíficos de arreglar diferencias, se establecía que en el caso desgraciado de violar alguna de las partes contratantes este tratado, o los que se celebrasen a consecuencia de él, o cualquier tratado que ligase particularmente entre sí a alguna

de ellas, la parte que se creyere ofendida no ordenaría ni autorizaría actos de hostilidad o represalia ni declararía la guerra sin presentar antes al Estado ofensor una exposición de los motivos de queja, comprobada con testigos o justificativos bastantes, exigiendo justicia o satisfacción, y sin que ésta fuese negada o dilatada sin razón. Igual procedimiento se obligaban a observar en el caso de cualquier otra ofensa, injuria o daño inferido o hecho por alguno de los Estados a otro, y que no se ejecutarían ni cometerían hostilidades ni se declararía la guerra sin la previa exposición de motivos y sin agotar antes todos los medios pacíficos de arreglar las diferencias.

Destaquemos que, con miras a consolidar y robustecer la unión entre ambos países y desarrollar los principios en que ella se establecía, así como a adoptar las medidas que exigía la ejecución de alguna de las estipulaciones del tratado que requerían discusión y disposiciones ulteriores, México y Perú convenían en nombrar cada uno un plenipotenciario (así como cada una de las otras partes que formaran la unión), y que los plenipotenciarios, reunidos en congreso, representaran a todos los Estados de la unión para los objetos del tratado, verificándose la primera reunión del congreso de plenipotenciarios a los tres meses de canjeadas las ratificaciones, o antes si fuera posible. El congreso de plenipotenciarios tendría derecho y representación bastante para ofrecer su mediación en caso de diferencias entre los Estados contratantes. En ningún caso y por ningún motivo podía tomar como materia de sus deliberaciones los disturbios intestinos, movimientos o agitaciones interiores, ni acordar para influir en esos acontecimientos, de modo que la independencia de cada uno para organizarse y gobernarse como mejor concibiese sería respetada en toda su latitud y no podía ser contrariada, ni directa ni indirectamente, por actos, acuerdos o manifestaciones del congreso.

Con fecha 25 de junio de 1862, y con firma de Benito Juárez, se decretó: "Visto y examinado el tratado que antecede, y mereciendo mi aprobación, en uso de las facultades de que me hallo investido lo acepto, ratifico y confirmo, y prometo en nombre de la República Mexicana cumplirlo y observarlo y hacer que se cumpla y observe fielmente cuanto en él se contiene".

Hombre joven, culto, dinámico, y de la confianza del presidente Ramón Castilla, de Perú, llegó a México Manuel Nicolás Corpancho cuando tropas extranjeras hollaban su suelo. Había empezado sus estudios de medicina en 1846 y en 1848.

Con otros jóvenes publicó *El Seminario de Lima,* donde escribió versos. Al recibirse de médico —carrera que siguió por indicación de su padre, que lo era— se embarcó como cirujano a bordo de un buque de la armada peruana. En 1852 fue comisionado a Europa, recorriendo varios países. Actuó luego como secretario del presidente gran mariscal Ramón Castilla, quien a fines de 1861 lo nombró encargado de negocios y cónsul general en México con el cometido especial de proponer la adhesión al tratado continental.

Desde La Habana había escrito hacia fines de febrero a su cancillería sobre la situación mexicana y el pacto de La Soledad, e informaba que partía urgentemente a Veracruz. Presentó sus credenciales el 16 de marzo, acto al que asistió —muy significativa deferencia, ya que sólo era encargado de negocios— el propio presidente Benito Juárez. A su propuesta de celebrar el tratado de unión contestó el ministro de Relaciones Exteriores, general Manuel Doblado, expresando que el presidente Juárez lo había autorizado para manifestarle que el gobierno mexicano se hallaba en la mejor disposición para ello. Al efecto se inició de inmediato la negociación respectiva, y el día quince, al inaugurarse el segundo periodo de sesiones ordinarias del congreso, el presidente Juárez señaló que "las repúblicas americanas dan muestras de comprender que los sucesos de que México está siendo teatro afectan algo más que la nacionalidad mexicana y que el golpe que contra ella se asesta heriría no sólo a una nación sino a todo el continente", e hizo notar que la república de Perú "se ha servido de una misión especial para expresar su simpatía efectiva por México con motivo de la crisis por la que atravesamos".

No cabe duda de que la actitud peruana no era una simple postura diplomática, pues basta leer la correspondencia oficial directa entre el canciller en Lima y la legación en México para comprender la firmeza de convicción en los principios. Tomamos, como elocuente y concreto ejemplo, lo que el ministro de Relaciones Juan Antonio Ribeyro expresó a Corpancho en una nota confidencial del 7 de abril de 1862:

> Todos los pueblos americanos, que en la suerte de México ven, como es natural, cifrado su porvenir, su independencia y su gloria [...] hacen nacer desconfianza acerca de un arreglo conforme con los intereses del continente, que es algo que vemos con toda la eficacia y con todo el celo que demandan nuestros destinos seriamente amenazados.

Corpancho, a su vez, visualizaba el problema en toda su extensión:

> En vista de lo que sucede en México los gobiernos americanos no deberían disimular los peligros que corren sus respectivas repúblicas, ni sacrificar la dignidad del continente a los deseos de mantener a todo trance las relaciones de amistad que a todas ellas las liga con Francia. Si se acepta el principio de que se interviene en un pueblo americano para civilizarlo y constituirlo, y que la fuente de sus mandatarios ha de ser un general extranjero, mañana, por la misma razón, se intervendrá en el Ecuador, Guatemala, Bolivia y el Perú. Éste podría ser el caso de una mediación colectiva de todos, o la mayor parte, o algunos siquiera de aquellos gobiernos. Por débiles que nos juzguemos no debemos olvidar la fuerza que hoy tiene en el mundo la opinión y el significado que tendría moralmente el que así, de Bogotá como de Buenos Aires, de Santiago como de La Paz, de Lima como de Washington, llegasen al palacio de las Tullerías los ecos de todos los pueblos hermanos de México no insensibles a la muerte de esta colonia del occidente.

Ya no es dable alimentar ilusiones —agregaba en la misma nota a su gobierno— ni por lo más sagrado, que es la independencia de los pueblos, a las vanas fórmulas diplomáticas o a tales o cuales concesiones que vengan como dadas de favor. El derecho público americano, la razón de la existencia de las repúblicas del Nuevo Mundo, estaban explícitamente conculcadas. A México se lo había invadido porque la Francia quería traerle en las puntas de sus bayonetas los bienes de la civilización, se intervenía en sus asuntos internos porque su soberano benévolo quería pacificarlo, se había dado mayor amplitud a la guerra porque México cometió el crimen de rechazar las legiones del emperador el 5 de mayo. Por tales conceptos, Corpancho

—pese a su muy corta experiencia diplomática— queda, sin duda, en los anales de la política internacional latinoamericana. Más allá de la misión del representante peruano —y obviamente de aquellos que le dieron instrucciones para actuar— los conceptos señalados por Corpancho en sus notas informativas a Lima tienen tal vigencia que merecen ser registrados. Sugería, además, la mediación colectiva. Ponderaba la fuerza y eficacia de la opinión pública en el mundo internacional. Comprendía, en profundidad y en amplitud, todo lo mucho que estaba en juego; que —como lo dijera el manifiesto del general Doblado— "tengamos fe en la justicia de nuestra causa; tengamos fe en nuestros propios esfuerzos y unidos salvaremos la independencia de México, haciendo triunfar no sólo a nuestra patria, sino los principios de inviolabilidad de la soberanía de las naciones".

En México la junta patriótica sugirió al gobierno que en las fiestas patrias que se iban a celebrar del quince al diecisiete de septiembre la bandera peruana fuera colocada oficialmente, como testimonio y símbolo de fraternidad y unión, junto al pabellón nacional mexicano en todos los actos y ceremonias conmemorativos. Para resaltar el gesto fraternal del gobierno y el pueblo peruanos, el gobierno accedió y así se hizo. En cuanto al apoyo de Perú, debemos aclarar que no fue sólo del gobierno sino que el pueblo también alcanzó a comprender el amplio alcance que podría tener una agresión a cualquier Estado latinoamericano. Por eso efectuó manifestaciones, contribuyó con colectas y exteriorizó su solidaridad de muchas maneras. Una preciosa medalla que se halla en el Museo Nacional de Historia, en Chapultepec, fue enviada a Juárez por la Escuela de Medicina de Perú. En Lima se estableció una junta de auxilios a México. Sobre los fondos para gastos de guerra reunidos por suscripción pública en Lima y en otras ciudades peruanas pueden consultarse veinte documentos coleccionados por Jesús Guzmán y Raz-Guzmán. En el último se dan las gracias al gobierno y al pueblo de Perú.[12]

Los periódicos se fijaron también en este aspecto de las relaciones que sostenía México con sus vecinos del sur. En la sección "Crónica extranjera" del periódico *El Siglo XIX*, dedicada a Perú, se

[12] Guzmán y Raz-Guzmán, 1925, pp. 141-158.

describió cómo "el espíritu público se manifiesta muy excitado por la intervención europea en México, y todos los órganos del periodismo se ocupan de la cuestión bajo el punto de vista americano".[13] Más adelante se decía:

> Al celebrarse en Lima, el 28 de julio, el aniversario de la independencia de Perú, en todas partes flameaba el pabellón mexicano. La junta, en debida reciprocidad, acordó que en nuestras fiestas cívicas se coloque el pabellón peruano al lado del nuestro. También acordó que en señal de fraternidad se coloquen en la Alameda y en el Teatro Nacional los pabellones de todas las repúblicas americanas.[14]

No solamente fueron los festejos motivo para expresar el sentimiento de unidad a través de las banderas; según la crónica hecha por el mismo periódico sobre los funerales del general Ignacio Zaragoza, "los pabellones de Perú y de los Estados Unidos de Colombia estuvieron ayer a media asta en la legación y en el consulado respectivo".[15]

Corpancho fue considerado por el presidente Juárez y su ministro de Relaciones Exteriores como un sincero amigo de México, y por ello trataron en su presencia algunos asuntos delicados y secretos relacionados con la grave situación por la cual pasaba su patria. El 29 de marzo de 1863 el ministerio de Relaciones Exteriores pasó una nota a todas las misiones diplomáticas residentes en la capital comunicando la resolución del supremo gobierno de trasladarse (por ahora, decía) a San Luis Potosí, e invitándolos a pasar a la nueva sede del gobierno "cuando les sea posible". Con tal motivo, el día primero de junio se reunió el cuerpo diplomático en la sede del decano, que lo era el ministro norteamericano Thomas Corwin, y resolvieron quedarse (en observación de los acontecimientos) hasta tanto obtener nuevas instrucciones de sus gobiernos. Esto —dice el acta— sin perjuicio de continuar las buenas relaciones con el gobierno ante quien están acreditadas. Incluso tomaron muy en cuenta las dificultades que

[13] *El Siglo XIX* (México), 2 de julio, 1862.
[14] *El Siglo XIX* (México), 12 de septiembre, 1862.
[15] *El Siglo XIX* (México), 14 de septiembre, 1862.

tendrían de trasladarse a San Luis Potosí para comunicarse con sus respectivos gobiernos. También consideraron que en los primeros tiempos de la ocupación de la ciudad de México por las fuerzas imperiales de Napoleón III podrían sin duda prestar servicios eficaces a sus respectivos nacionales residentes, "y en especial a los verdaderos intereses de México". El acta fue firmada por todos los miembros del cuerpo diplomático: por su decano Corwin, por Francisco de P. Pastor (encargado de negocios del Ecuador), doctor Manuel Nicolás Corpancho (encargado de negocios de Perú), Ramón Sotomayor Balde (encargado de negocios de Chile) y Narciso de Francisco Martín (agente confidencial de Venezuela). Con respecto al representante peruano debemos señalar que Ángel Núñez Ortega reconoce su intervención como intermediario de mexicanos patriotas para enviar despachos al gobierno legítimo en San Luis Potosí.

Es por todo ello que el 20 de julio de 1863, estando ya instalado el gobierno de la regencia en la ciudad de México, el subsecretario de Estado y Negocios Extranjeros de la regencia, José Miguel Arroyo, se dirigió directamente a Lima, al ministro de Relaciones de Perú, dándole detalles de la instalación de ese gobierno; y el 20 de agosto, justo un mes después, el mismo Arroyo se dirigió al diplomático Corpancho, a secas, sin título ni rango diplomático ni consular alguno, expresándole que lo hacía por orden expresa de la regencia y que, considerando su permanencia en el país incompatible con los deseos que la animaban de mantener buenas relaciones con la república de Perú, había dispuesto se le expidiera el correspondiente pasaporte, lo mismo que a los señores Juan C. Sánchez y Ramón Manrique, para salir del territorio mexicano, fijándoseles tres días para marcharse de la capital rumbo al exterior. Ese mismo día Arroyo se dirigió por nota a Lima informando a la cancillería peruana de lo dispuesto por la regencia imperial con el doctor Corpancho y "su comitiva".

> La permanencia en México del señor Corpancho no haría otra cosa que reagravar cada día más los motivos de queja por la conducta en extremo hostil que siempre ha observado, amparando, con la protección del pabellón de Perú, a enemigos notoriamente conocidos del gobierno (el de la regencia, aclaramos), colocando el pabellón peruano

en cuatro casas: una en su habitación, la otra en el consulado, otra en el archivo, y una más en las afueras (San Ángel).

Notable testimonio de la actuación del doctor Corpancho.

Y parece juicioso aclarar —y no dar margen a suspicacias— que en la conducta del representante diplomático peruano ante el gobierno constitucional presidido por Benito Juárez no hubo ni asomo de intervención en fuero interno (lo que, por lo demás, no se le hubiera permitido), y como testimonio de tal conducta limpia tenemos lo dicho por un periodista alemán en el *Allgemeine Zeitung* del 31 de diciembre de 1863, en la ciudad de Augsburgo: "Puesto que el ministro residente de Perú ha tomado partido por Juárez, aunque sin inmiscuirse directamente en la situación".[16] no tuvo tiempo de despedirse de una sociedad que con todo calor lo había tratado durante su misión; así que desde Puebla, el 25 de agosto, les envió unas líneas disculpándose y agradeciendo a sus buenos amigos mexicanos todas las atenciones recibidas.

En Veracruz tomó un barco de bandera española con destino a Cuba, de donde seguiría a Estados Unidos a esperar órdenes e instrucciones de Lima. El 13 de septiembre de 1863, hallándose el buque a un día de navegación de La Habana, estalló un incendio a bordo, en el que murieron trágicamente los tres peruanos y setenta pasajeros más. Corpancho, que puso calor y énfasis en el cumplimiento de una noble misión de solidaridad internacionalista,[17] murió a los 33 años de edad, al igual que su amigo el general Ignacio Zaragoza, fallecido en septiembre del año anterior.

[16] Monjarás-Ruiz, 1973, p. 120.
[17] *Tratados y convenciones,* 1878.

APÉNDICE

Los doce primeros tratados de México con países latinoamericanos

				Firmado en			
	1	Colombia	3 oct. 1823	México	V	Unión, liga y confederación	Gobierno provisorio
	2	Colombia	31 dic. 1823	México	V	Comercio y navegación	Gobierno provisorio
	3	Colombia	19 ago. 1825	México	V	Convención operaciones militares	Guadalupe Victoria
M	4	Colombia Centroamérica Perú	15 julio 1826	Bogotá	N	Unión, liga y confederación	Guadalupe Victoria
M	5	Mismos países	15 julio 1826	Panamá	N	Convención sobre contingentes	
	6	Chile	7 mar. 1831	México	V	Amistad y comercio	Anastasio Bustamante
	7	Centroamérica	18 abr. 1832	Guatemala	N	Amistad y comercio	Anastasio Bustamante
	8	Perú	16 nov. 1832	Lima	V*	Amistad y comercio y navegación	Melchor Múzquiz
	9	Ecuador	21 jun. 1838	México		Amistad y comercio	Anastasio Bustamante
	10	Guatemala	30 nov. 1850	México		Extradición	José Joaquín de Herrera
	11	Salvador	19 feb. 1858	Guatemala	N	Amistad y comercio y navegación	Félix Zuloaga
	12	Perú	11 jun. 1862	México	N*	Amistad y alianza	Benito Juárez

M. Multilateral. V. Que entró en vigor. N. Que no entró en vigor.
*Canjeadas las ratificaciones en México el 15 de noviembre de 1833.
** Ratificado por México, presidente Juárez, el 25 de junio de 1862.
Los números 4 y 5 fueron firmados por México (Michelena y José Domínguez, regente del tribunal de justicia de Guanajuato) y por Perú (Manuel Lorenzo de Vidaurre, presidente de la corte suprema, y Manuel Pérez de Tudela, fiscal del mismo).
El número 8 firmado por Juan de Dios Cañedo (México) y Manuel del Río (Perú).
El número 12 firmado por Manuel Nicolás Corpancho y Manuel Doblado, por Perú y México respectivamente.
Fuente: Tratados y convenciones, 1878.

SIGLAS, REFERENCIAS, Y BIBLIOGRAFÍA COMPLEMENTARIA

Aranda, Ricardo, 1892-1907, *Colección de los tratados, convenciones...*, Lima, Ministerio de Relaciones Exteriores. Archivo diplomático peruano, 1938, Lima.

Corpancho, Manuel Nicolás, 1854, *Ensayos poéticos de [...] precedidos de varios juicios escritos en Europa y América,* París, Imprenta y litografía de Maulde y Renou.

Correspondencia diplomática franco-mexicana, 1808-1839, México, El Colegio de México, 1957.

Díaz, Lilia, 1976 "El liberalismo militante", en *Historia general de México,* México, El Colegio de México, vol. III.

Documentos relativos al juicio que se sigue en los tribunales de Londres por la comisión de delegados fiscales de Perú, Lima, Imprenta del Estado, 1872.

Enciclopedia yucatanense, 1944, México, Gobierno de Yucatán.

Estrada, Genaro, 1923, *Las relaciones entre México y Perú,* México, Secretaría de Relaciones Exteriores.

Fabela, Isidro, 1929, *Los precursores de la diplomacia mexicana,* México, Secretaría de Relaciones Exteriores.

Flores D., Jorge, 1964, *Memorias inéditas, 1839, 1840, 1841,* México, Secretaría de Relaciones Exteriores.

Guzmán y Raz-Guzmán, Jesús, 1925, *Las relaciones diplomáticas de México con Sudamérica,* México, Secretaría de Relaciones Exteriores.

Hernández Tapia, Germán, 1962, *Ensayo de una bibliografía de la intervención europea en México en el siglo XIX, 1861-1867,* México, Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística.

Homenajes tributados por México para honrar la memoria del diplomático peruano Manuel Nicolás Corpancho en recuerdo de su intensa actuación americanista, al defender la integridad y soberanía mexicanas, durante la intervención extranjera de 1862 y 1863, México, Talleres Gráficos de la Nación, 1931.

Iglesias, José María, 1966, *Revistas históricas sobre la intervención francesa en México, 1861-1867,* México, Editorial Porrúa.

Maria y Campos, Armando de, 1962, "Perú ante la intervención francesa", *Boletín Bibliográfico de la Secretaría de Hacienda y Crédito Público,* CCXLVI (México), 1 de junio.

Mateos, Juan, 1877-1886, *Historia parlamentaria de los congresos mexicanos de 1821 a 1857,* México, Vicente S. Reyes Impresor.

Mestre Ghigliazza, Manuel, 1945, *Efemérides biográficas,* México, Porrúa e Hijos.

Mier, Servando Teresa de, 1945, *Fray Servando Teresa de Mier,* selección de Edmundo O'Gorman, México, Imprenta Universitaria.

Monjarás-Ruiz, Jesús, 1973, *México en 1863. Testimonios germanos sobre la intervención francesa,* México, Secretaría de Educación Pública.

Núñez Ortega, Ángel, 1878, *Memorias sobre los relaciones diplomáticas de México con los estados libres y soberanos de América del Sur.*

Palomino y Cañedo, Jorge, 1947, *La casa y mayorazgo de Cañedo de Nueva Galicia,* México, Editorial Atenea, 2 vols.

Pereda, Juan Nepomuceno, 1964, *Juan Nepomuceno de Pereda y su misión secreta en Europa, 1846-1848,* México, Secretaría de Relaciones Exteriores.

Relaciones diplomáticas hispano-mexicanas, serie i, *Despachos generales, i, 1839-1841,* México, El Colegio de México, 1949.

Relaciones diplomáticas hispano-mexicanas, serie i, *Despachos generales,* ii, *1841-1843,* México, El Colegio de México, 1952.

Relaciones diplomáticas hispano-mexicanas, serie i, *Despachos generales,* iii, *1844-1846,* México, El Colegio de México, 1966.

Rodríguez O., Jaime E., 1975, *The Emergence of Spanish America — Vicente Rocafuerte and Spanish Americanism — 1802-1832,* Berkeley, University of California Press.

Rouero, Emilia, 1949, *Corpancho, un amigo de México,* México, Junta Mexicana de Investigaciones Históricas.

Tamayo, Jorge L., 1966, *Benito Juárez. Documentos, discursos y correspondencia,* México, Secretaría del Patrimonio Nacional.

Topete, María de la Luz, 1976, *Labor diplomática de Matías Romero en Washington, 1861-1867,* México, Secretaría de Relaciones Exteriores.

Tornel y Mendívil, José María, *1852, Breve reseña histórica de los acontecimientos más notables de la nación mexicana desde el año de 1821 hasta nuestros días, México,* Imprenta Cumplido.

Tratados y convenciones convenidos y ratificados por la república mexicana desde su independencia hasta el año actual, México, Imprenta de Gonzalo A. Esteta, 1878.

Ulloa, Bolívar, 1940, "Apuntes de un historiador peruano", *Excélsior,* 17 de octubre.

Viera, Manuel A., 1961, *Derecho de asilo diplomático,* Montevideo, Biblioteca de la Facultad de Derecho.

Zea, Leopoldo, 1974, *Dependencia y liberación en la cultura latinoamericana, México,* Joaquín Mortiz.

ÍNDICE DE PERSONAS

Achille, François, 321, 333
Achilli, capitán, 395
Acosta, Matías, 410
Adams, Charles Francis, 16, 87, 490, 495
Agreda, Manuel, 157
Agüero, Francisca, 309
Aguilar Camín, Héctor, 9
Aguirre, Agustín E., 448n
Alamán, Lucas, 157, 452
Alatorre, Francisco, 220, 365n, 415, 416
Alberdi, Juan Bautista, 444n, 445, 532, 533, 542n
Alfonso XII de España, 316, 317, 320, 332, 333
Algazanas, Tomás, 365n
Almonte, Juan N., 93, 97, 118, 149, 172, 222, 237, 271, 273, 276-278, 280-283, 285, 458, 499, 500, 536, 543
Alonso Vara, Victoriano, 67
Alsina, Adolfo, 438, 439, 441, 474
Alsina, V., 442
Altamirano, Ignacio Manuel, 34, 180, 339
Álvarez, Antonio, 220, 221, 241, 242, 247, 255-257, 259
Álvarez, Juan , 49, 60, 408-411, 414
Álvarez Rull, Antonio, 324
Alviso, Melitón, 423
Amaule, duque de (Enrique Eugenio de Orleans), 321, 322
Ameche, Miguel, 217
Ampère, André Marie, 124
Ampère, Jean Jacques, 124, 126, 127, 129, 132, 136
Anderson, Benedict, 13, 181, 194n
Andrade, José María, 22, 23
Angón, 365n
Antillón, Florencio, 219
Anzoátegui, José de, 171
Arana, Antonio, 162, 164
Aranda, Silvestre, 423
Ardao, Arturo, 519n, 520
Arellano Belloc, Francisco, 39, 65
Arellano, Agustín, 210
Arévalo, Juan, 365n
Argles, Charles, 166
Armendáriz, Francisco, 162
Armendáriz, Manuel, 162, 420n
Arnáiz y Freg, Arturo, 37
Arriaga, Ponciano, 43
Arrieta, Francisco, 365n
Arriola, Modesto, 256, 258
Arróniz, Ignacio, 169n
Arroyo Cabrera, Miguel, 60
Arroyo, José Miguel, 557
Arroyo Llano, Rodolfo, 45
Arteaga, José María, 100, 345, 416
Arvizu V. Mellano, José, 66
Ascasubi, Hilario, 472n
Avellaneda, Nicolás, 452n
Avilés, René, 56
Ayucardo, Soledad, 186
Azcárate, familia, 311
Azcárate, Juliana, 311

Bajtin, Mijail, 181
Balcarce, M., 457n, 467, 470-472, 475n
Balcázar, Miguel, 258
Ballesteros, Rafael, 259
Ballue, capitán, 395, 398
Bancroft, George, 78, 80-86
Baranda, Pedro de, 420n
Barrera, Cayetano, 414
Barrera, Juan de la, 191n
Barringer, George A., 23
Barron, Eustaquio; *véase también* Baron, 154 y n, 157
Barutel , capitán, 380
Bassols Batalla, Ángel, 63
Bastendes, Pedro A., 413
Bastidon, teniente, 393, 394
Bataillon, Claude, 37
Baz, Juan José, 339, 420n
Bazaine, François Achille (a veces Aquiles), 14 y n, 15, 99, 102, 105, 148, 150, 151, 159, 171, 172, 296, 299, 301-304, 306, 309-314, 316 y ss., 352, 368 y n, 375, 377, 378, 386, 391n, 403
Beasley, A., 420n
Beaurang, Gustavo A., 171
Beezley, William, 13
Béistegui, familia, 157
Béistegui, Juan Antonio, 157, 171
Bellemare, Eugenio Gabriel Luis de (Gabriel Ferry), 122, 123
Beltrami, J. C., 120-122, 126-128
Beltrán Salazar, José, 163
Bemis, Samuel, 479
Benecke, Etienne, 158
Benjamin, Judah P., 92-95
Bennett, James Gordon, 331
Beraza, Rafael, 169
Berceo, Gonzalo de, 192
Bermejillo, Pío, 157, 158
Berriozábal, Felipe , 219, 242, 248, 253, 256, 262, 265, 349
Berro, Bernardo Prudencio, 519
Berrueto Ramón, Federico, 45
Biart, Lucien, 126, 135
Bibesco, Georges, 242, 245, 249, 262
Bigelow, John, 101
Bilbao, Francisco, 474, 475n, 513, 519 y n
Bismarck, Otto Eduard Leopold von, 142, 312
Bitar Letayf, Marcelo, 26, 40
Blancarte, José María, 408
Blanquel, editor, 186
Bliss, Alexander, 81
Blondeel, Édouard, 291
Boches, Alfredo, 168
Boechat, capitán, 368
Bolívar, Simón, 538, 540, 545, 546
Bonaparte I (Napoleón Bonaparte, el grande), 116, 256
Bonaparte II (Napoleón Francisco José Carlos Bonaparte), 141 y n
Bonaparte III, *véase* Napoleón III (Carlos Luis Napoleón Bonaparte),
Bonaparte, Luis, *véase* Napoleón III
Bonfil, Pablo, 169n
Bonneville, comandante, 401
Borbón, Eulalia de, 323
Borbón, familia, 334
Borden, Francisco N., 420n
Bouquet, Carlos, 448n
Bourdillon, Charles, 148n, 154
Brincourt, general, 370-373, 377-379
Brisbane, Albert , 291
Bulnes, Francisco, 26
Bumont, E., 303
Bureau, Allyre, 294n

Buschenthal, José de, 444
Bush, George W., 190
Bustamante, Anastasio, 559
Bustamante, José C., 459
Bustamante, Juan, 420n
Butet, Mathieu, 357, 358

Cabral, Manuel, 448n
Cáceres López, Carlos , 56
Cáceres, Luis, 448n
Caillet-Bois, Ricardo R., 16
Calderón Collantes, Fernando, 88, 101
Calós, Fernando, 459, 460
Camacho, Dionisio, 162
Camacho, Mariano, 366
Camaño, coronel, 249
Cambre, Manuel, 51
Campbell, Charlotte, 331
Campos, José G., 223, 233, 235, 236
Campos, Sebastián I., 51, 364
Cané, Miguel, 452n
Cano (o Canal), Francisco, 163
Canseco, Juan, 365n
Cantú, 395
Cañedo, Juan de Dios, 546, 547, 559n
Carbajal, Antonio, 58, 218, 220, 228, 273, 279, 281, 365n, 417, 458
Carbajal, José María, 408 y n, 409 y n, 420, 422, 423n
Cardona, Gerónimo, 407
Cargile, William Walter, 167
Carlota Amalia, emperatriz consorte de México (a veces Charlotte), 25, 46, 47, 115, 116, 156n, 177, 186, 189, 193, 305, 311, 312, 317, 334, 371, 492, 501, 536
Carranco Cardoso, Leopoldo, 59
Carrera, Martín, 157, 291
Carril, Salvador María del , 443
Carteret-Trecourt, teniente, 380
Casanova, Cayetano, 452n
Castaign, Jean, 14, 15
Castañeda Batres, Óscar, 31, 45, 46, 55
Castelar, Emilio, 458-461, 513, 518, 525
Castilla, Ramón, 553
Castillo Velasco, José María, 43
Castro, Ponciano, 223, 233, 237
Castro, Víctor , 423
Cattaneo, Carlo, 86
Cavaignac, Eugène, 296
Cazes, capitán, 391
Chapeyron, ingeniero, 321
Charnay, Désiré, 126, 131, 137
Charpenne, Pierre, 121, 126, 127
Charrier, capitán, 384, 392, 393
Charvet, coronel, 362n
Chassin, Leonel, 168
Chávez, Ezequiel A., 25
Chávez Orozco, Luis, 26, 28, 37, 40, 52
Chenet, capitán, 426
Chessman, José María, 411
Chevalier, François, 28, 37
Chevalier, Michel, 121, 126, 133, 135, 137, 141, 142n, 143, 452-454
Chimalpopoca, Faustino, 302
Chopin-Merey, comandante, 401
Church, George Earl, 423, 424n, 427
Clairmont, Rodolfo de, 413
Clavijero, Francisco Xavier, 122
Clemente, John V., 163
Clemmer, comandante, 396, 397, 401
Cobos, José María, 231, 281, 283, 284
Colombres, Joaquín, 210, 211, 218
Cómez Mayorga, Mauricio, 38

Comonfort, Ignacio, 15, 64, 271, 280, 292, 339-347, 349-355, 391n, 409, 410, 413n
Conrad, 317
Considérant, Victor , 14, 290, 292-296, 298-302, 306 y n, 307
Conte Corti, Egon Caesar (a veces simplemente Corti), 25, 34,46, 152n, 153n, 492, 499, 501, 502n
Copain, sargento, 366
Coppey, Hyppolite, 124, 126
Cordero Torres, Enrique, 61
Córdoba, Saturnino, 457n
Cornac, 469n
Corona, Ramón, 270, 416, 424n
Corpancho, Manuel Nicolás, 16, 549, 553-559
Corral Figuerrero, Régulo, 363n
Corta, diputado, 150n, 154 y n
Cortina, Juan, 409, 422
Corwin, Tomás (a veces Thomas), 493, 494 y n, 556, 557
Cosío, Ignacio, 165
Cosío Villegas, Daniel , 12, 38
Cosío Villegas, Emma, 23
Costa, Eduardo, 441, 465, 474
Courtois D'Hurbal, general , 374
Cousín, comandante, 250, 251
Coutolène, 276
Cowley, conde, 489, 490 y n, 498, 504
Crampton, John, 489, 491
Crawford, R. Clay, 422, 427
Creuhet, Pedro P., 452n
Cruz-Noriega, 365
Cruz, Francisco Santiago, 52
Cue Cánovas, Agustín, 26, 27, 40, 48
Cuéllar Abaroa, Crisanto, 58
Cuéllar, Ignacio, 220, 273, 279, 365 y n, 458
Cuevas, Félix, 171
Curti, Merle, 291
Dabbs, Jack Autrey, 14n, 26
Danjou, capitán, 363, 364, 382
Danó, Alphonse, 97
Danton, capitán, 400
Daquin, Zeferino, 365n
Davidson, Nathaniel, 140, 141n, 151, 155-158, 164
Dávila, 395
Davis, Richard Harding , 406
Dayton, William H., 88, 90
De Brian Foussieres Fonteneuille, 372, 373, 376-379, 383, 385, 390-392, 393n, 394
De Courcy, coronel, 388
De Maussion, general, 362, 364, 381
De Musset, comandante, 401
De Ornano, coronel, 380, 398
De Preuil, coronel, 385
De Tuce, teniente, 398, 399
Degeorges, fusilero, 392
Degollado, Joaquín, 97
Degollado, Santos, 273, 408, 409, 411 y n, 486, 487, 488n
Delbrück, presidente de la cancillería, 81
Desbordes, sargento, 392
Deveaux, Isidore, 292
Díaz, Antonio, 363
Díaz, Félix, 261, 371, 372
Díaz, Porfirio, 24, 155n, 173, 180, 196, 219, 249, 251, 254, 255, 258, 260, 372, 373, 376, 418, 419n, 424, 426
Díaz de León, Jesús, 420n
Díaz López, Lilia, 23, 31
Díaz-Thomé, Hugo, 302
Disraeli, Benjamin, 493n
Doblado, Manuel, 25, 64, 117, 271, 272, 281, 342, 343, 352, 354, 496, 548, 549, 553, 555, 559n

Dodé, subteniente, 393
Doineau, capitán, 324, 325, 329
Domenech, Emmanuel, 125, 127, 133, 134, 137
Domínguez, Honorato, 363n, 365n
Domínguez, José, 559n
Dones, William A., 167
Douay, Félix, 380, 285, 393 y n, 400 y n, 401
Dougherty, John E., 15
Drouyn de Lhuys, Édouard, 98, 99, 101, 105, 108 y n, 109, 110
Du Pin, coronel, 363n, 369
Dubois de Saligny, Alphonse , 13, 117, 209, 267, 488, 496-498
Dubosq, capitán, 363
Duchesne, Albert , 26
Dufaure du Bessol, comandante, 380
Duncan, J. K., 413 y n
Dunlop, Hugh , 496
Duplessis, Paul, 123, 126
Durán, Francisco de P., 210
Durán, José, 346
Duroch, capitán, 361
Echegaray, Ignacio, 217
El Chacho,, 445
Elchingen, Ney d', 263
Elguero, Manuel, 162, 164
Elizalde, Rufino, 443, 467, 468, 469n, 470, 474, 476, 544
Eloin, Félix, 146n, 154, 303
Engels, Federico, 306n
Enking, capitán, 419n
Erny, cabo, 396
Escandón, familia, 157
Escandón, Manuel, 157
Escandón, Vicente, 169n
Escobar, Maximino, 365n, 388
Escobedo, Mariano, 385 y n, 386, 387, 397 y n, 399, 401, 418, 419, 424n, 426
Escutia, Juan, 191
Espinosa, Alejandro, 259, 379
Espriú, Francisco, 162
Esteve, Tardin, 361
Estrada, Genaro, 23
Estrada, Santiago, 462
Estrázulas, Santiago, 528, 532
Evia Jiménez, Máximo, 65
Favre, Jules (a veces Julio; a veces Fabre), 439, 462, 463, 513, 530-532
Felipe II de España, 464
Fernández, Francisco, 258
Fernández, José, 365n
Fernández, Manuel A., 162
Fernández de Lizardi, José Joaquín, 184, 186
Ferrer, José, 420n
Ferro, comandante, 270
Ferry, Gabriel (seudónimo de Bellemare), 122, 123, 126, 132, 134
Figueroa, 373, 377
Figuerrero, "el Negro" , 363
Fischer, Agustín, 303, 508
Fischer, capitán, 380
Fish, Hamilton, 85
Flores D., Jorge, 546
Flores, Venancio, 445
Florescano, Enrique, 194n
Flux, William, 166
Fontaines, Édouard des , 292
Fontaines, Gustave des, 292
Forey, Frédéric, 90-92, 299, 347, 352, 363n, 368
Fossey, Mathieu de, 124-127, 129, 130, 134, 137
Fould, Archile (a veces Archil), 142n, 148 y n, 149, 150 y n, 153 y n
Fourier, Charles, 14, 122, 290-292
Fragoso, 403 y n

Francia, José María, 476
Francisco de Asís de Borbón, 334
Francisco José, emperador de Austria, 116
Frenet, capitán, 400
Freud, Sigmund, 193
Frías, Francisco, 120
Fuente, Francisco de la, 168
Fuentes Díaz, Vicente, 27, 37, 46
Fuentes Mares, José, 12, 25, 47
Fuentes, Ignacio, 169n
Gabriac, Alexis de, 117
Gagern, Carlos von, 417, 418n
Galindo, Ignacio, 413
Gálvez, José M., 218, 273, 274, 285, 362n
Gambetta, León, 314, 316
Gans, teniente, 371
García G., Raúl, 59
García Gutiérrez, Jesús, 52
García Sela, Miguel, 65, 66
García y Stewart, Víctor, 162
García, Antonio, 400
García, Feliciano, 57
García, Manuel R., 455
Garibaldi, Giuseppe, 408, 411n, 414, 534 y n
Geddes, Roberto, 160, 164, 167
Geertz, Clifford, 13, 181
Gelly y Obes, Juan Andrés, 445, 474
Genin, Auguste, 131
Germiny, conde de, 150n
Ghilardi, Luis G., 407-409, 414, 415 y n, 416n, 418, 428
Gibbon, Enrique, 168, 169n
Gigena, Pastor J., 448n
Gille, Bertrand, 149n
Gille, Geneviève, 28, 141n, 144
Giraud, teniente coronel, 360-362, 372 y n, 373, 374n
Godwin, Parke, 291
Gómez, Alberto, 366n
Gómez, comandante guerrillero, 365n
Gómez, Juan Carlos, 452n
Gómez, Juana Marrero viuda de, 366n
Gómez Arana, Guillermo, 41
Gómez Camacho, Arturo, 11, 12, 54, 62
Gómez del Palacio, Francisco, 77, 78
Gómez Linares, Teresa Aguilar de, 168
Gómez Pedraza, Manuel, 311
González, Ignacio, 365n
González, Matías, 365n
González Hermosillo, Francisco , 168
González Herrera, Jesús, 392-395
González Navarro, Moisés, 31, 37
González Ortega, Jesús, 28, 36, 47, 52, 103-105, 107, 227, 343-345, 347, 349, 351, 352, 361n, 411, 415, 417, 536, 539
González Ortega, José, 47
González y González, Luis, 9
Goyena, Pedro, 462
Grajales Ramos, Gloria , 24, 32
Gravière, Jurien de la, 117, 267, 496,498-500
Greaves, Graham, 158
Greeley, Horace, 291
Green, George M. (a veces Jorge), 422-425, 428
Groso, Antonio, 168
Grua y Talamanca de Carini, Miguel de la, 393
Guerra, François-Xavier, 11
Guilhem, coronel, 388, 402
Gutiérrez, A., 162
Gutiérrez, José María, 452n, 462, 463
Gutiérrez de Estrada, José María (a

veces Gutiérrez Estrada), 93, 94, 118, 528
Gutiérrez Nájera, Manuel, 180
Gutiérrez Santos, Daniel, 13n, 26, 30
Guyot de Leuchey, , 376
Guzmán y Raz-Guzmán, Jesús, 23, 555
Guzmán, Antonio, 390
Guzmán, Octavio, 60
Haghenbeck, Carlos, 157
Haines, Arthur , 423
Hans, Albert, 34
Hansen, Lawrence Douglas Taylor, 15
Harding, Bertita, 47
Haro y Tamariz, Antonio, 278-280
Harrison, Frederick, 166, 167
Hart, James Levy, 166, 167
Hart, Mathew, 179
Hayrie, Hubert de la, 385, 387, 392, 396-398, 400, 402
Heckeren, subteniente, 402
Heine, Miguel, 154, 155n
Heine, Salomón, 146, 149
Helguera, Margarita, 12
Hernández, Amalia, 189
Hernández, Manuel A., 58
Hernández Carrasco, F., 302
Hernández Luna, Juan , 28
Hernández Rodríguez, Rosaura, 15, 64
Hernández Tapia, Germán, 58
Herodoto, 115
Herrán, José Domingo, 222, 223, 232, 233, 236, 279, 283
Herrera y Cairo, Ignacio , 365n
Herrera y Lozada, José María, 237
Herrera, José Joaquín de, 559
Herzfeld, Stefan, 502
Hidalgo y Costilla, Miguel, 56, 65, 118, 192, 195, 197
Hidalgo y Esnaurízar, José Manuel, 34, 35, 108
Hinojosa, Pedro, 346
Hitchings, Edward, 166
Horncaste, Tomás, 162
Hortelano, Benito, 452n
Hottinguer, Jean-Henri, 149, 154n
Huerta, Epitacio, 52, 409
Hugo, Víctor, 463
Humboldt, Alejandro de, 118, 119, 122, 123
Ibarra de Anda, Fortino, 62
Iglesias, José María, 352
Iglesias, Ramón, 346
Ingham, John M., 193
Isabel II de España, 101, 118, 316-318, 321, 332-334
Islas García, Luis, 25
Iturbe, familia, 157
Iturbide, Agustín de (a veces Agustín I), 40, 178, 193, 214, 453, 481
Iturbide, Félix, 453
Izquierdo, Eugenio, 210
Jackson, Jesse, 190
Jeanningros, Pierre, 359 y n, 361, 362, 371, 375, 377-380, 385-390, 398, 399
Jecker, J. B., 27, 37, 137, 169n, 483, 484, 497, 499, 532
Jefferson, Thomas, 87, 89, 90, 421n
Jiménez de Sandoval, Juan, marqués de la Ribera. Véase Ribera,
Jiménez Moreno, Wigberto, 37
Jiménez, Mariano, 259
Johnson, Andrew, 97, 98, 103, 105, 107 y n, 112
Jordan, Edward H., 412 y n, 413
Juárez, Benito, 12, 24, 32, 35, 37, 44, 47, 49, 56, 62, 64-66, 69 y ss., 92, 96, 97, 101-105, 107, 112, 113, 116-118, 139, 140, 148,

171, 172, 177, 180, 187 y n, 191, 196, 197, 240, 269-273, 279, 298-300, 302, 306, 307, 339, 340, 342, 343, 345, 347, 349-352, 354, 355, 372, 377, 378, 386, 409, 410, 413 y n, 414-416, 419, 420, 423, 424, 428, 448, 451, 458, 471, 472, 476, 483-486, 498, 499, 509, 510, 523-525, 536-539, 548, 552, 553, 555, 556, 558, 559
Junco, Alfonso, 53
Jurien de la Gravière, Edmond, 117, 267, 268, 271, 274, 500
Karner, ministro norteamericano en España, 96
Keats, Jean H., 418
Kinglake, 504
Kleine, M., 295
Knapp, Frank Averill, 25, 47
Koch, capitán, 380, 401
L'Heriller,, 223
La Fontaine, capitán, 403
La Vollée, , 372
Labardén, Rosendo, 452n
Labrousse, coronel, 365
Lake, Harvey , 423
Lamadrid, Francisco, 219, 242, 251, 257, 265
Landa, familia, 157
Langworthy, Lewis, 167
Lara, Vicente, 365n
Larenaudière, M. de, 122, 132
Larquaniti, Giuseppi (a veces José), 414n
Lastra, Diego de, 162
Lazcano, Jesús, 65
Le Bris, capitán, 415
Lebre, teniente, 361
Lee Plumb, Edward, 79
Lefèbre de Bécour, Charles (ojo, es Lefèbvre de Bécourt), 438 y n, 439 y n, 441n, 442, 443, 444n, 445-447, 452, 457n, 467n, 469n, 470, 475n, 476
Lefêvre, comandante, 225, 234
Legout, capitán, 372
Lehman, T., 162
Lemercier de Neuville, Louis, 178
Lemoine, capitán, 396
León Toral, Jesús de, 26, 56
León-Portilla, Miguel, 32
Leopoldo I de Bélgica, 153n, 156, 291, 293, 450
Lerdo de Tejada, Miguel, 25, 292, 410
Lerdo de Tejada, Sebastián, 25, 35, 47, 48, 79-86, 104, 112, 140, 173, 352-353, 423, 548
Leuchey, Guyot de, 372, 376
Leyva, 365n
Libermann, teniente, 389
Ligier, comandante, 368
Limantour, José Yves (padre), 157
Linarte, Agustín, 210
Linati, Claudio, 200
Lincoln, Abraham, 88, 89, 94, 96, 171, 415n, 538
Lizardi, familia, 157
Lizardi, Manuel J., 171
Llana, Rosa, 448n
Llano, Ciriaco del, 214
Llave, Ignacio de la, 270
Loaeza, Francisco, 259
Logan, John A., 422
Lomnitz, Claudio, 187n
López, Albino, 162
López, Carlos A., 467n
López, Enrique, 448n
López, Florentino, 281
López, Narciso, 408
López Cámara, Francisco, 27, 28, 57, 292, 518
López Chirico, Selva, 16

López de Santa Anna, Antonio (a veces Santa Ana), 24, 35, 102, 103, 105-107, 180, 183, 193, 196, 407-409, 413n, 418n, 543
López Gutiérrez, Gustavo, 67
López Reyes, Diógenes, 67
López Uraga, José (a veces simplemente Uraga), 269, 270, 353, 354, 409, 418n
Lorencez, Charles Ferdinand Latrille, conde de, 134, 222, 223, 229, 245, 252, 253, 263, 267, 272, 274, 275, 277, 278, 281, 282, 284, 285, 453n, 454, 457, 458
Löwenstern, Isidore, 122, 126, 127, 130, 133
Loza Macías, Manuel, 26, 41
Lozano, R., 452n
Lucas, Juan Francisco, 371
Ludlow, Leonor, 13
Lugard, 503
Luis Napoleón. Véase Napoleón III,
Lumpkin, William (a veces Guillermo), 424 y n
Mac-Mahon, Patrice de, 313, 319, 320, 322, 323, 325, 328
MacIvar, Henry R. B., 420n
Magaña, Albino, 210
Magin, comandante, 262, 263
Maître, tambor, 391
Majoureaux, Huguet de, 361
Maldonado Koerdell, Manuel, 38
Malglaive, teniente, 385
Mangel du Mesnil, Emilio, 533, 541
Mangin, general, 377
Manrique, Ramón, 557
Marbais du Graty, Alfredo, 526
Marchi, M. , 328
María Cristina de Borbón-Dos Sicilias , 334
Marín Tamayo, Fausto, 36
Mariscal, Ignacio, 86
Mármol, José, 475
Márquez, Francisco, 191n
Márquez, Leonardo, 26, 54, 154, 217, 221-223, 225, 228, 229, 231, 237, 243, 278, 280-284, 418n, 458, 536
Marrero, Manuel, 366n
Marrero, viuda de Gómez, Juana, 366n
Marshall, William Julius (a veces Marshal), 166, 167
Martín, Narciso de Francisco, 557
Martínez, capitán, 252
Martínez, Justo Pastor , 448n
Martínez, Pedro, 390n, 400
Martínez, Ruperto, 399
Martínez, Vicente, 401
Martínez Báez, Antonio, 38, 44
Martínez Campos, 332
Martínez del Río, Pablo, 171
Martínez Leal, Margarita, 41
Marx, Karl, 305, 306 y n, 307
Mason, J.M., 92
Masson, René, 292
Maudet, subteniente, 363, 364, 366 y n
Maussion, general de, 362, 364 y n, 381
Maximiliano de Habsburgo, 13, 22, 24-26, 33-35, 37, 38, 40, 41, 45, 46, 53, 56, 57, 62, 64, 66, 72, 81, 87, 93, 94, 96-99, 101-103, 105, 107, 108, 111, 115, 116, 118, 125, 137, 140, 141n, 142n, 143, 144, 148-150, 151n, 152n, 153-157, 159, 171, 172, 177, 178, 181, 183, 186, 188, 189, 193, 299-303, 305-307, 310-312, 317, 336, 371, 378, 402, 405, 413n, 424, 426, 471, 472,

479, 481, 492, 499, 501-510, 514, 519n, 534, 536, 537
Mayer, Edelmiro, 418, 419 y n, 476
Mazzini, Giuseppe, 415n
McGowan, Archibaldo, 163
McGowan, Luis, 162
McLean, Malcolm D., 48
McNulty, George William, 423
Media, Francisco, 35
Medina, Hilario , 41
Meier, capitán, 419n
Mejía Zúñiga, Raúl, 42
Mejía, Enrique A., 420n
Mejía, Francisco , 36, 218
Mejía, Ignacio, 246, 255
Mejía, Tomás , 277, 345, 355, 378, 386, 387, 396, 398, 399, 409
Melgar, Agustín, 191n
Melgar, José Julio, 464
Mena, 365n
Méndez, Pedro José, 380, 389
Mendiolea, Bernabé de, 162
Mendoza, general, 349
Mendoza, Vicente T., 38, 63
Mercier, M., 94
Merrifield Castro, Ellen Elvira, 48
Michelena, José Mariano, 559n
Mier y Terán, Gregorio, 157
Mier, Servando Teresa de, 545
Milán, Francisco de P., 363 y n, 366
Mina, Francisco Javier, 121
Minié, capitán, 360 y n
Minvielle Porte Petit, Jorge, 61
Miquel i Vergès, José María, 14, 48
Miramón, Miguel, 26, 50, 54, 154, 156, 270, 483, 484, 486, 499, 543
Miranda, Francisco Javier, 118
Mitre, Bartolomé, 437-443, 445-447, 452n, 455, 457n, 465-467, 470, 472n, 473, 474, 477, 533, 543
Molina Enríquez, Andrés, 48
Molina, Antonio, 365n
Monroy, Guadalupe, 23
Monteagudo, 548
Monterde, Francisco, 38
Montes de Oca, Demetrio, 162
Montes de Oca, Fernando, 191n
Montes de Oca, Nicolás, 168
Montes, Ezequiel, 73-77, 343
Montholon, Charles Tristan, marqués de, 97, 98, 108n
Montijo, Eugenia de, 310, 313, 331
Montpensier, duque de, 321
Mora, José María Luis, 65
Morales y Ugalde, José de, 242, 260, 545
Morand, comandante, 250
Morelet, Arthur, 123, 126, 127, 135
Moreno, Daniel, 27, 56
Moreno, Pablo C., 66
Moreno, Tomás, 346
Morhain, capitán, 403
Moro, Tomás, 290
Motley, ministro, 96
Moulinier, capitán, 391, 392
Munier, comandante, 360, 362, 363 y n, 365
Muñiz, Juan Carlos, 457n
Muñoz y Pérez, Daniel, 49
Muriel, hermanos, 157
Murillo Reveles, José Antonio, 64
Murphy, José C., 171
Múzquiz, Melchor, 559
Nakayama A., Antonio, 67
Napoleón III (Carlos Luis Napoleón Bonaparte), 140-142, 144, 149, 150, 152n, 153 y n, 154, 155, 171, 172, 551
Naranjo, Francisco, 390, 417
Negrete, Miguel, 214, 215, 219, 237, 241, 246-249, 253, 255-257, 262, 265, 273, 274, 349, 377-379 y n, 380

Neira Barragán, Manuel, 63
Nelson, Thomas H., 85, 86
Nessler, comandante, 360
Newbold, Guillermo (a veces William), 160 y n, 161, 164, 165, 166n, 167
Niox, G., 26
Nolhac, doctor de, 292
Noriega, Íñigo, 157
Núñez de León, A., 64
Núñez Mata, Efrén, 49
Núñez Ortega, Ángel, 557
Núñez, Eulalio, 402
Núñez, José Higinio, 352
O'Donnell, Leopoldo, 491, 492
O'Haron, Tomás , 417
Obligado, Pastor S., 462
Obregón, Ramón, 162
Ocampo, Melchor, 51, 409
Ocaranza, Fernando, 32
Ochoa, Antonio, 365n
Olavarría y Ferrari, Enrique de, 53
Oliver, Pedro Pascual de (al parecer es Olivier), 547
Olliffe, Charles, 123, 126, 127, 129
Ollivier, Émile, 38
Olvera, Feliciano, 398, 399
Olvera, Isidoro, 43
Ordóñez, Plinio, 59
Ordovilla, Bruno de, 169n
Orleans, Enrique Eugenio de, 321
Orleans, Luis Felipe de , 321
Orozco, José Clemente, 24
Ortega y Medina, Juan, 38
Ortega, Fernando, 365n
Ortega, Severo, 168
Ortiz, Celedonio, 162
Oruña, Nicolás de, 162
Osegueda, Catarino, 365n
Osorio, Luis, 212
Owen, Robert, 291
Padilla Penilla, Alfredo, 65
Páez Brotchie, Luis, 61
Palmerston, Henry John Temple, conocido como Lord, 141n, 156, 493n, 504, 505
Parra y Álvarez, José María, 408
Parrodi, Anastasio, 346
Pasquel, Leonardo , 35, 38
Pastor Martínez, Justo, 448n
Pastor, Francisco de P., 557
Paterson, John, 166, 167
Patiño, Ramón, 448n
Paula de Arrangoiz, Francisco de, 148, 150n
Payno, Manuel, 29, 42, 141n, 339
Paz, Francisco, 217, 349
Pendleton, Edward, 408 y n
Penette, Marcel (ojo, a veces Pennette y Pénette), 13n, 15, 26, 59
Peña y Barragán, Enrique, 311
Peña, Josefa (Pepita), 14, 309, 310, 312-314, 316, 321, 322, 324, 328-331, 335, 336, 337n
Peñaloza, Ángel Vicente. Véase El Chacho,
Pereire, familia, 149, 151
Pereire, Isaac, 142, 153
Pereire, teniente, 400
Pérez, Donaciano, 365n
Pérez, Víctor, 302
Pérez de Tudela, Manuel, 559n
Pérez Galdós, Benito, 43
Pérez Gálvez, señora, 335, 336
Pérez Gaujardo, Basilio, 365n
Pérez Martínez, Héctor, 25, 49
Pérez Montfort, Ricardo, 181
Perkins, Dexter, 480, 490n, 502n
Perry, Eduardo J., 171
Pío IX, 142n, 171
Pompa y Pompa, Antonio, 31, 42, 53
Portilla, Francisco de P., 158

Posada Olayo, María Dolores , 61
Poza, Ángel, 49
Prado Vértiz, Antonio, 60
Preston, William, 93, 94
Prieto, Francisco, 168
Prieto, Guillermo, 48, 179-181
Prim, Juan, 48, 49, 117, 134, 268, 275, 309, 316, 317, 331, 453, 459, 471, 496, 497
Proudhon, Pierre-Joseph , 291
Pueblita, Manuel, 346
Quesada, Juan, 365n
Quezada, Manuel, 416, 417 y n
Quezada, Rafael, 416
Quinet, Edgar, 290, 463, 475n
Quintero, José Agustín, 92, 93
Quiroga, Vasco de, 290
Racle, sargento, 391
Racoul, intendente, 244, 251
Rajaud, teniente, 368n
Rambert, capitán, 372
Ramírez, Ignacio, 65, 180
Ramírez, José Fernando, 302
Ramírez, José M., 365
Ramírez, Soledad Mateos de, 168
Ramírez Fentanes, Luis, 49
Ramírez López, Ignacio, 64
Randon, mariscal, 274, 359
Rangel Gaspar, Eliseo, 28, 47, 61
Ravix, teniente, 391
Real de Azúa, Mario Federico, 16
Rechberg, J.B. conde de, 502
Reed, A. F., 422
Reed, Nelson, 26
Regnault, comandante, 360, 365, 367
Régules, Nicolás de, 402, 409 y n, 411, 416, 424, 428
Rejón, Manuel Crescencio , 547
Renan, Ernest, 294, 295
Reus, conde de, 331
Revilla, duques de, 324, 326-328
Reyes, Evaristo, 302
Reyes de la Maza, Luis, 53
Reyes Heroles, Jesús , 28, 43
Reyna, Miguel, 388
Ribera, Juan Jiménez de Sandoval, marqués de la, 101, 102
Ribeyro, Juan Antonio, 553
Rice, Thomas, 188
Rincón, Manuel E., 177
Rincón, Pascual, 365n
Rincón, Pedro, 169n
Rincón, Rosa, 335
Río, Manuel del, 559n
Ríos, Enrique M. de los , 45
Ripley, George, 291
Riva Palacio, Vicente, 402
Rivera Cambas, Manuel, 38
Rivera Torres, Josefina, 63
Rivera y Sanromán, Agustín, 38
Rivera y Sanromán, Agustín, 38
Rivera, Aureliano, 393, 395, 396, 417
Robina, Lucía de, 32
Robinson, J.A., 162
Robles Pezuela, Manuel, 97, 269, 271-273
Rocca, Marius, 326-329
Rocha, Dardo, 452n
Rocha, Marcelino, 168
Rodríguez Frausto, Jesús,, 65
Rodríguez Lubary, E., 457n
Rodríguez Miramontes, Francisco, 67
Rodríguez Zambrano, Baltazar, 214
Rodríguez, Zeferino, 218, 241
Roeder, Ralph, 24, 25, 50
Rojas, Basilio, 57
Rojo, José Mariano, 219, 225, 226, 248, 253, 256
Romain, sargento, 396
Romary, capitán, 372, 389
Romero de Terreros, Manuel, 335

Romero Flores, , 51
Romero, Juan, 420n
Romero, Matías, 22, 23, 25, 80-82, 84-86, 101 y n, 103-108, 112, 113, 360n, 414, 419, 420 y n, 421, 422, 476
Roncari, Amilcari, 168
Rondamina, Nicolás, 162
Roque, V., 446
Rosado, Marcelino, 365n
Rosas, Ignacio, 258
Rosas, Juan Manuel de, 438n, 451
Rosecrans, William J., 82
Rosete Aranda, familia, 182, 195, 198
Rothschild, familia, 141, 142, 154, 156
Rausset-Boulbon, Gastón de, 124
Royaux, teniente, 391
Rubio, Cayetano, 157, 171
Ruiz, Eduardo, 53
Ruiz, Juan, 162
Ruiz Castañeda, María del Carmen, 33
Rule, Juan Ricardo, 169n
Rumney, Robert, 167
Russell, John, 87, 480, 484, 485, 487-491, 495, 498, 499, 507
Rustegho, médico militar, 392
Saboya, Amadeo de, 317
Saboya, dinastía, 331
Saint-Simon, Henri de, 122
Sáinz, Ricardo, 157
Salado Álvarez, Victoriano, 43
Salas, Antonio, 233
Salazar, Carlos, 49, 100, 258
Salazar, Dolores, 168
Saligny, M. de, 488, 497, 498
Salle Arredondo, Pablo, 66
San Martín, José de, 538
San Miguel, Francisco de, 212
Sánchez G., José María, 59
Sánchez Lamego, Miguel, 14 y n, 26, 60
Sánchez Navarro, Carlos, 25, 26, 50
Sánchez Ochoa, Gaspar, 420, 422
Sánchez, Juan C., 557
Sand, George, 123
Sanromán, José, 162
Santa Cruz, Andrés, 546
Santibáñez, Manuel, 365n
Sarmiento, Domingo Faustino, 419n, 452n, 456, 476, 520
Saussier, Félix-Gustave, 367, 368, 372, 374, 376, 379, 386, 387, 389, 390, 393, 395, 399, 401
Sauto, Luis, 157
Saviotti, Hércules, 415 y n, 416n
Scarlett, Peter Campbell, 505-508
Schefer, Christian, 39
Schloezer, Kurd von, 82, 83
Schmidt, teniente, 391
Scott, James C., 181, 194n
Scott, Winfield, 298
Seoane, Buenaventura, 466, 467n, 468, 469
Serna, Jesús de la, 340
Serrano, Pedro, 168
Seward, William H., 22, 78-83, 88-90, 94, 96, 99-113, 453, 490, 493-495
Sheible, Gordian, 413
Sheridan, Philip, 103, 422n
Shields, James C., 27
Sierra, Carlos J., 33, 51, 57
Sierra, Catalina, 39, 44
Sierra, Justo, 24, 50, 132, 307
Sierra, Manuel J., 30
Siliceo, Manuel, 342
Slaugther, James Edwin (debe decir Slaughter), 97
Slidell, John, 91-95
Smith, Bernardino, 420n

Smith, York, 411
Sobieski, John, 424
Solari, Aldo, 518n
Solís, J., 261
Sotomayor Balde, Ramón, 557
Stovall, M. T., 424n
Suárez, Rosario Arias de, 168
Suárez, Vicente, 191n
Tabachinski, Józef, 411, 417
Taboada, Antonio, 226, 237, 278, 280, 476
Tafolla Pérez, Rafael, 61, 62
Tamayo, Jorge L., 35
Tandonnet, Eugéne, 291
Tapia, Santiago, 222, 223, 225, 226, 228-230, 237, 241, 246
Tarragó M., Ernesto, 62
Tavera Alfaro, Xavier, 37-39, 43
Taylor, Zachary, 298
Tejedor, Carlos, 452n
Téllez, Baltasar , 371
Terán, Jesús, 105
Tercera, Armengol, 448n
Terrajas Valdés, Alberto, 53
Thiers, Adolfo, 121, 314, 319, 331
Thornton, Edward, 438, 447
Thouvenel, Antoine Edouard, 88, 91, 267, 443, 498, 499
Tijera, Mateo, 168
Toledano, Camilo, 168
Tolsá, Manuel, 335
Toral, Jesús de León, 26, 56
Tormo, María Soledad, 310
Tornel y Mendívil, José María, 548
Torre, Ernesto de la, 30, 38, 43, 57
Torrea, Juan Manuel, 50
Torreblanca, José María, 184
Torres Adalid, hermanos, 157
Torres Adalid, Ignacio, 168
Toussaint L'Ouverture, François Dominique, 188
Trevelyan, George Macaulay, 141n
Treviño, Andrés, 390, 401, 420n
Trouillot, Michel-Rolph, 188n
Trueba, Alfonso, 26, 44
Tuñón Cañedo, Telésforo, 258, 416
Turnbull, Ralph, 504
Uribe Romo, Emilio, 63
Urquiza, Julián, 448n
Urquiza, Justo José de , 439n
Usigli, Rodolfo , 25, 115
Vaca, Doroteo, 233
Valadés, José C., 51
Valdez, Pedro de, 422
Valencia, Sixto, 190
Valle, José del, 545
Valle, Leandro, 273
Vallejo, Vladislao, 423
Van den Huyn, subteniente, 397
Varela, Héctor F., 445, 457n, 458, 459, 461, 462
Varela, Mariano, 445, 457n
Vasconcelos, José, *El Negrito*, 186
Vega, Plácido, 420, 422, 423
Velazé, coronel , 272, 279-281, 285
Velázquez Chávez, María del Carmen, 24, 33
Vélez Sarsfield, Dalmacio, 452n
Vicario, Juan, 223, 233, 235, 236, 282-284
Vicario, Juan (hijo), 223, 233
Victoria, Guadalupe, 559
Vidaurre, Manuel Lorenzo de, 559n
Vidaurreta, Valentín, 162
Vidaurri, Santiago, 36, 59, 66, 92, 271, 295, 296, 340, 341, 343, 407-409, 412 y n, 413 y n
Vieira,, 550
Viezca, Andrés (ojo, debe decir Viesca), 390
Vigil, José María, 51
Vigneau, agente confidencial de Almonte, 93
Vigneaud, capitán, 388

Vigoreux, sargento, 396
Vilain, subteniente, 363
Villanueva, Francisco, 302
Villarelo Vélez, Ildefonso, 39
Villarreal, Florencio, 346
Villaseñor y Villaseñor, Alejandro, 26, 44
Vilmette, comandante, 401 y n, 402
Viya, H. de, 171
Walker, William, 408
Wallace, Lewis, 422, 423 y n, 427, 428
Weckmann, Luis, 24, 34
Wheat, Chatham Roberdeau, 408, 410, 411n, 428
White, Mr., 502, 503
Willette, Henry, 323, 325, 326, 328, 329
Wood, ministro en Dinamarca, 96
Wulff, Erick, 418
Wyke, Charles Lennox, 140, 268, 484-489, 495-499, 501, 502 y n
Yáñez, Agustín , 30
Yáñez, José María, 346
Zamacona, Manuel María de, 75-77, 489, 495, 496
Zambrano, Juan A., 420n
Zamudio, Juan, 365n
Zaragoza, Ignacio, 14, 24, 36, 45, 49, 59, 209, 210, 217, 218, 221-223, 225-232, 236, 237, 240, 245, 246, 251-254, 264, 273-281, 283, 284, 344, 459 y n, 470, 473 y n, 536, 539, 556, 558
Zarco, Francisco, 37, 44-46, 54, 75, 76, 342, 486
Zavala, Silvio, 14, 28
Zavalía, Salustiano J., 448n
Zendejas, Adelina, 58
Zentla, Jerónimo, 365n, 366
Zerecero, Anastasio, 24
Zerman, Jean Napoleón (a veces Juan en vez de Jean), 408, 410 y n
Zichy, Fery, 152n
Zires, Agustín, 237
Zorrilla, José, 178
Zuazua, Juan, 412 y n
Zubiría, Justiniano de, 420n
Zuloaga, Félix, 272, 281-283, 483, 559

La intervención francesa en la revista Historia Mexicana
se terminó de imprimir en junio de 2012
en los talleres de Reproducciones y Materiales, S.A. de C.V.
Presidentes 189-A, col. Portales, 03020 México, D.F.
Portada: Pablo Reyna.
Tipografía y formación: Victoria Schussheim.
Cuidó la edición la Dirección de Publicaciones de
El Colegio de México.

ISBN: 978-607-462-373-4